Alfonso de Lamartine

La Revolución Francesa
(Historia de los Girondinos)

TOMO II

SG
6130

B.P. de Soria
61085107
D-2 12625
D-2
12625

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

TOMO II

R-825

A. DE LAMARTINE

La Revolución Francesa

(HISTORIA DE LOS GIRONDINOS)

TRADUCCIÓN DE
F. CABAÑAS VENTURA

TOMO II

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

Derechos reservados.

Ramón Sopena, impresor y editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

(HISTORIA DE LOS GIRONDINOS)

LIBRO XXIII

La Asamblea y el pueblo.—El poder en la casa consistorial.—Los jefes salen de sus escondites.—El ayuntamiento, germen de la Convención.—Aspect de la Asamblea.—Los peticionarios en la barra.—Despojos del palacio llevados por los combatientes.—Suspensión de la monarquía.—Se decreta la Convención.—Campamento junto a París. — Roland, Claviere y Serván son reintegrados.—Dantón, ministro de Justicia.—Sus palabras en el palacio municipal.—París al anochecer del 10 de agosto.—El pueblo y la burguesía. — Santerre y Lafayette.—El rey y la familia real pernoctan en los Fuldenses. — El pueblo sigue pidiendo asesinatos.—Dantón aplaza las venganzas populares.—La familia real es conducida al Temple.

I

La Asamblea, que no había sabido tomar el partido de la Revolución ni el de la Constitución, sufría en silencio y de rechazo los golpes de afuera, pareciendo sólo permanente para sancionar los actos del pueblo. ¡Esta actitud pasiva y poco airosa era justo castigo a una corporación que, siendo soberana, temía a la república sin atreverse a resistirla, y que la deseaba sin atreverse a servirla! El pueblo, que conocía la debilidad de los diputados, restablecía la república, pero de la manera que él lo hace todo cuando no hay gobierno, por medio de los tumultos, del incendio y de la sangre. Aparentemente, respetaba a la Asamblea, para que pareciese que respetaba legalmente alguna cosa; pero, en realidad, habíase irrogado la dictadura al empuñar las armas. Los homenajes que simulaba tributar a la representación nacional no eran más que órdenes respetuosas que le imponía. El verdadero poder lo tenían en el ayuntamiento los comisionados del distrito, y el pueblo, que lo sabía, les prestaba su fuerza. El pueblo tiene el sentimiento del derecho supremo, que es el derecho de no perecer, y los comisionados del distrito eran, más que sus representantes, el pueblo mismo de París: así fué, que tan pronto como la retirada del rey y el asalto de las Tullerías decidieron la victoria, todos los hombres populares, pero prudentes, que habían esperado saber hacia donde se inclinaba la fortuna para decidirse, corrieron al palacio municipal y se instalaron en nombre de su opinión en el consejo de los verdaderos soberanos de las circunstancias.

Robespierre, que reservaba siempre no su persona, sino su fortuna, y que se había ocultado tanto a los amigos como a los enemigos durante la conjuración y durante el combate, presentóse aquel día en el consejo del distrito, donde fué recibido por sus discípulos Huguenín, Sergent y Panís, como el hombre de Estado necesario en aquella crisis y como el organizador de la victoria.

Dantón, después de haber tranquilizado a su esposa y besado a sus hijos, fué al club de los franciscanos a embriagarse

con los aplausos de los conjurados de Charentón, y a imprimir en sus cómplices la actitud, el tono y la voluntad del momento.

Hasta Marat salió del subterráneo en que se había encerrado algunos días antes. Al oír los gritos de victoria, lanzóse a la calle al frente de un grupo de fanáticos y de una columna de los federados de Brest, paseándose por París con un sable desnudo en la mano y con corona de laurel en la cabeza; se hizo proclamar comisario de su sección en nombre de sus harapos, de sus calabozos y de su furor; fué con aquellos satélites a la Imprenta Real y se apoderó de las prensas, llevándoselas a su casa como despojo debido a su genio.

Tallién, Collot-d'Herbois, Billaud-Varennes, Camilo Desmoulins y todos los jefes de los jacobinos o de los franciscanos, todos los agitadores, todas las cabezas, todas las voces y todas las manos del pueblo corrieron a la casa consistorial e hicieron del concejo municipal el gobierno de la nación. Uniéronse a ellos Fabre d'Eglantine, Osselín, Frerón, Desforgues, Lenfat, Chenier y Legendre, y quedó constituído el concejo provisional del distrito, que fué el germen de la Convención, y obró dictatorialmente.

II

A la sesión de la Asamblea del día 10 de agosto sólo concurrieron trescientos diputados, pues los del partido de la derecha y los del lado constitucional, presintiendo que se verían obligados a sancionar los desmanes del pueblo, si no querían perecer, habíanse abstenido de concurrir a la sesión, a la que asistieron solos los girondinos y los jacobinos; pero los bancos vacíos de los representantes estaban ocupados por personas extrañas, por peticionarios, por miembros de los clubs y por artesanos que, mezclados con los diputados, gesticulaban y charlaban con éstos, como bajo el imperio de un peligro público que identificaba a la Asamblea con los espectadores. En una catástrofe que interesa a todos de igual manera, no hay espectadores, todo el mundo es agente; tal era el aspecto de la Asamblea durante y después del combate, no pronunciándose ningún discurso, pero lanzándose gritos de horror o triunfo y renovándose constantemente los juramentos como para afirmarse con el ruido de una aclamación cívica contra el sacudimiento del cañón que sonaba a las puertas. Las diputaciones nombradas que trataban de salir, veíanse obligadas a volver a entrar; y se hacían llamamientos nominales con el solo propósito de pasar el tiempo fingiendo obrar, con lo que se daba a los acontecimientos el tiempo necesario para adoptar una resolución decisiva.

Cuando el pueblo se apoderó del palacio real, los gritos de victoria penetraron desde afuera por todas las entradas de la sala. La Asamblea se levantó en masa y se asoció a aquel triunfo, con el juramento de sostener la igualdad y la libertad. A cada momento llegaban grupos de revoltosos con los brazos desnudos, las manos ensangrentadas y la cara ennegrecida por la pólvora, que eran recibidos con aplausos, se adelantaban a la barra, y referían en pocas palabras las pérfidas emboscadas de la corte, que habían puesto a los ciudadanos, con apariencias de tregua, bajo el fuego de los suizos. Otros, mostrando con el gesto la *tribuna del logógrafo*, ofrecían sus brazos a la nación para exterminar al tirano y al asesino del pueblo.

—Esa pérfida corte—dijo uno de aquellos oradores, descubriendo su pecho herido por una bala y derramando aún sangre — ha hecho correr esta sangre. Para entrar en palacio hemos tenido que pasar por encima de montones de cadáveres de nuestros hermanos; hemos hecho prisioneros a muchos de los satélites del rey parricida, pero a éste solo acusamos, pues aquellos hombres no eran más que instrumentos de su traición, y desde que los asesinos mercenarios rindieron las armas han dejado de ser enemigos, y los consideramos hermanos.

Al decir esto, abrazó a un suizo desarmado, que había conducido por la mano, y cayó desmayado en medio de la sala, agotadas sus fuerzas por la fatiga, las emociones y la pérdida de sangre. Algunos diputados, que acudieron en su socorro, consiguieron reanimarlo, y él, al recobrar el conocimiento, se levantó y,

entrando nuevamente en la barra, dijo:

—Siento renacer mis fuerzas, y pido a la Asamblea que permita a este desgraciado suizo que permanezca en mi casa, pues quiero protegerlo y alimentarlo; ésta es la venganza de un patriota francés.

La generosidad de aquel ciudadano comunicóse a la Asamblea y a las tribunas; se enviaron diputaciones al pueblo para contener el degüello, y se dispuso que entraran en el patio de los Fuldenses los suizos que continuaban en el terraplén expuestos al furor de las turbas. Los suizos dispararon sus fusiles al aire, en señal de confianza y seguridad, y entraron en los pasadizos, en los patios y hasta en las oficinas de la Asamblea.

Los combatientes llevaron sucesivamente y fueron colocando sobre la mesa del presidente la vajilla de plata, los sacos de oro, los diamantes, las alhajas preciosas, los muebles de precio, y hasta las carteras y cartas encontradas en las habitaciones de la familia real, siendo celebrados con aplausos aquellos actos de probidad. Las armas, el oro y los asignados que se encontraron en los vestidos de los suizos, fueron amontonados al pie de la tribuna, presenciando el rey y la reina desde el interior de la *tribuna del logógrafo* el inventario de los despojos hallados en los aposentos más secretos de su palacio.

El presidente entregó, bajo su responsabilidad, aquellos efectos a Huguenín, comisario del distrito.

III

Cesó el ruido del cañón y el fuego de fusilería fué disminuyendo. Los peticionarios reclamaron a grandes gritos la cabeza o la destitución del rey.

—No evitaréis que el pueblo se vengue más que haciéndole justicia; representantes, sed firmes, pues tenéis la obligación de salvarnos. Atreveos a jurar que salvaréis a la nación, y la nación se salvará—gritaba imperativamente la multitud, que presenciaba la sesión de la Asamblea.

Los girondinos, indecisos hasta entonces entre la humillación y la caída del trono, conocieron que era necesario precipitarle, para evitar el ser ellos arrastrados con él. Vergniaud dejó la presidencia a Guadet, para que la Asamblea, durante su ausencia, estuviera dominada por un hombre de su partido. La comisión extraordinaria, en la que los girondinos tenían la mayoría del número, de la importancia y del talento, se reunió sin levantar la sesión, y la deliberación no fué larga, porque el cañón deliberaba por ella y el pueblo aguardaba. Vergniaud cogió la pluma, redactó precipitadamente el acta de suspensión provisional del trono, volvió a entrar y leyó, en medio de un profundo silencio y a cuatro pasos del rey, que lo escuchaba, el plebiscito de la destitución. El acento de Vergniaud era solemne y triste, y su actitud, melancólica; y fuera que la necesidad de leer la sentencia de la monarquía en presencia del monarca impusiera a sus labios y a su corazón la piedad, o fuera que el arrepentimiento del impulso que había dado a los acontecimientos se hubiera apoderado de él, y que se reconociera como instrumento pasivo de la fatalidad que le exigía más de lo que en conciencia creía que podía dar, parecía que pronunciaba su propia sentencia, y no que proclamaba la victoria de su partido.

—Vengo — dijo — en nombre de la comisión extraordinaria a proponeros que adoptéis una medida bien rigurosa, apelando al dolor que experimentáis para que apreciéis cuánto importa a la salvación de la patria el ejecutarla inmediatamente. La Asamblea nacional, considerando que los peligros de la patria han llegado al límite; que los males que afligen a la nación proceden principalmente de la desconfianza que inspira la conducta de los jefes del poder ejecutivo en la guerra emprendida en su nombre contra la Constitución y la independencia nacional; que esta desconfianza ha sugerido a todos los franceses el deseo de la revocación de la autoridad confiada a Luis XVI; considerando, sin embargo, que la corporación legislativa no pretende acrecentar con usurpaciones de ninguna clase su propia autoridad y que no puede conciliar su juramento a la Constitución con su firme voluntad de salvar la libertad, mas haciendo un llamamiento a la soberanía del pueblo, decreta lo siguiente:

»Se invita al pueblo francés a formar una Convención nacional.

»El jefe del poder ejecutivo queda provisionalmente en suspenso en sus funciones, y hoy mismo se decretará el nombramiento de un director del príncipe real.

»Se suspende el pago de la lista civil.

»El rey y su familia permanecerán en el recinto de la Asamblea hasta que se haya restablecido la tranquilidad en París, y, mientras, el departamento preparará el Luxemburgo para que residan allí, bajo la guardia de los ciudadanos.

Este decreto fué aprobado sin discusión. El rey, que lo escuchó sin admiración y sin pesar, dirigióse, en el momento de la votación, al diputado Coustard, colocado sobre la *tribuna del logógrafo*, con quien había hablado familiarmente durante la sesión, y le dijo con alegría impropia de las circunstancias:

—Lo que estáis haciendo no es muy constitucional.

—Es cierto, señor — respondió Coustard—; pero es el único medio de salvaros la vida.

Y votó contra el rey sosteniendo al rey.

IV

Pero este decreto, que dejaba en suspenso la cuestión de la monarquía o de la república y que hasta la prejuzgaba en favor de la monarquía, proponiendo el nombramiento de un director del príncipe real, no era más que una satisfacción, a medias, a lo crítico de la situación. Al día siguiente de haberse deseado con tanta vehemencia este decreto, se murmuraba ya de él.

Apenas concluyó Vergniaud de leerlo, cuando algunos revolucionarios más exigentes se presentaron en la barra e intimaron a la Asamblea para que destituyera al rey pérfido, cuyo reinado concluía con el derramamiento de la sangre de los súbditos. Vergniaud justificó los términos y la extensión del ambiguo decreto de los girondinos.

—Estoy satisfecho — dijo — pudiendo explicarme ante los ciudadanos que están en la barra: los representantes del pueblo han hecho cuanto les permitían sus deberes al decretar el nombramiento de una convención nacional para que resuelva el asunto de la destitución. Entre tanto, la Asamblea acaba de decretar la suspensión, y esta medida debe bastar al pueblo para tranquilizarse respecto a las traiciones del poder ejecutivo, pues la suspensión pone al rey en la imposibilidad de causar daño. Espero que esta explicación dejará satisfecho al pueblo, y que se prestará a oír y a conocer la verdad.

Las tribunas y los peticionarios escucharon fríamente estas palabras; y el diputado Choudieu hizo votar con urgencia la formación de un campamento en las inmediaciones de París y que las sesiones de la Asamblea fueran permanentes. La Asamblea procedió al nombramiento de ministros.

Roland, Claviere y Serván, los tres ministros girondinos, que habían sido destituídos por el rey, fueron reintegrados en sus cargos a propuesta de Brissot. Este nombramiento era una venganza de la destitución del rey; Dantón fué nombrado ministro de Justicia; Monge, ministro de Marina; Lebrún, de Negocios Extranjeros; y Grouvelle, secretario del Consejo de ministros. Monge era un matemático ilustre, Lebrún un hombre de cancillería, versado en la diplomacia, y Grouvelle un letrado subalterno y ambicioso. A las nueve de la noche se constituyó el gobierno, en el que dominaban los girondinos por Roland, Claviere, Serván y Lebrún, contrabalanceados por el ayuntamiento con Dantón solo.

Este, apenas fué nombrado, corrió a la casa consistorial a rendir homenaje, a sus cómplices, del poder que acababa de conquistar para ellos.

—Me ha llevado al ministerio una bala de cañón — dijo a sus confidentes—, y quiero que la Revolución entre conmigo en el poder: soy fuerte por ella y pereceré si me separo.

Confió a Fabre d'Eglantine y a Camilo Desmoulins los dos empleos más importantes de su ministerio; el primero rendía homenaje a su genio; el otro, a su fuerza.

La Asamblea hizo redactar el extracto de sus decretos de aquel día, que fueron publicados a la luz de las antorchas en todas las calles de París.

V

El cielo estaba sereno; la temperatura fresca de la noche y la febril emoción de los sucesos del día animaban al vecindario a salir de casa para respirar el aire. La curiosidad de saber lo que pasaba en la Asamblea y de visitar el campo de batalla de la mañana, llevaba casi instintivamente a los muelles, los Campos Elíseos y las Tullerías a los ociosos y a los jóvenes de ambos sexos de los barrios más lejanos, viéndose, además, largas columnas de pacíficos paseantes debajo de los árboles de las Tullerías, donde se permitía ya entrar al pueblo. Las llamas y el humo de los muebles devorados por el incendio en los patios, flotaban sobre los tejados de palacio iluminando las orillas del Sena; las inmediaciones del edificio ardían del lado del pabellón de Flora. Un incendio de mil quinientas toesas de extensión, rodeado de bomberos y zapadores, lanzaba montones de chispas por encima de la galería del Louvre amenazando abrasar el devastado palacio. El fuego, que se reflejaba entre el Puente Nuevo y el puente de Luis XVI en el Sena, daba a las aguas la apariencia de sangre. Multitud de carros, conducidos por agentes municipales, recogían en los Campos Elíseos, en la plaza de Luis XV, en el jardín y en los patios los cuatro mil cadáveres de los suizos, de los marselleses y de los federados, que señalaban el sitio en que el combate había sido más encarnizado. Las mujeres, engalanadas como en día de fiesta, no temían acercarse a los carros y contemplar los restos de la carnicería de la mañana, y el pueblo, cuya tristeza nunca es duradera, hacía oír el sordo murmullo, los alegres cuchicheos y el rumor de las conversaciones ordinarias en los lugares públicos. Los teatros estaban abiertos y los espectadores se agolpaban a sus puertas, como si la caída de la monarquía hubiera sido un acontecimiento ya olvidado.

Los marselleses, los de Brest y las gentes de los arrabales se replegaron a los barrios lejanos y a los cuarteles; habían consumado su obra y pagado desinteresadamente con más de tres mil seiscientos cadáveres su tributo a la Revolución, cuyo fruto debían recoger sus hijos.

VI

Los soldados y el pueblo, que no habían combatido por el poder ni por el botín, volvían con las manos vacías y los brazos cansados a sus talleres. Obreros de la libertad, le habían dedicado un día, y habían combatido por ella sin comprenderla bien, pues, indiferentes a la fortuna del poder, a la monarquía y a la república, eran incapaces de definir las palabras por que morían; pero se sentían impulsados como por un presentimiento divino al destino que conquistaban para la humanidad: la clase media combatía por ella misma, y el pueblo combatía por las ideas. ¡Cosa rara, pero verdadera! había más inteligencia en la clase media, pero más ideal en el pueblo; diferencia que quedó bien demostrada durante aquel día. La guardia nacional, compuesta de la clase acomodada, del partido de Lafayette, de los girondinos y de Pethión, no había sabido impedir, ni obrar, ni atacar, ni defender. Temiendo por un lado la victoria del pueblo, y por el otro, la envidia y el triunfo de la corte y de la aristocracia, sólo tomó partido por ella misma. Reunida con trabajo, mostróse indecisa, rehusando su apoyo a la república y al rey, y permaneció arma al brazo, entre el palacio y los arrabales, sin prevenir el choque y sin decidir la victoria; y, luego, poniéndose cobardemente de parte del vencedor, disparó las armas contra los fugitivos.

Ahora volvía humillada y consternada a los almacenes y a las oficinas, después de haber perdido su ascendiente sobre el pueblo y dispuesta a ser en lo sucesivo la fuerza de la Revolución, llamada para asistir a todos sus actos y a todos sus crímenes; decoración viva y vana a las órdenes de todos los directores de la República.

VII

La guardia nacional había desaparecido desde la noche del 10 de agosto, reemplazando las picas y los andrajos a las bayonetas y los uniformes cívicos en las

guardias y en las patrullas que cruzaban por París; sólo los marselleses y los federados daban algún aparato militar a los destacamentos del pueblo armado. Santerre, cuyo aspecto afectaba la sencillez cínica de un general de los arrabales contrastando con el lujo militar de Lafayette, recorría París montado en un pesado caballo negro, bestia de trabajo más bien que de batalla: dos o tres obreros de cervecería lo acompañaban en concepto de ayudantes de campo, en substitución del brillante estado mayor de jóvenes oficiales de la aristocracia o del alto comercio de que siempre iba acompañado el general del Campo de Marte. El sombrero aplastado de Santerre, sus ennegrecidas charreteras, su sable con vaina de cobre, su uniforme raído y desgarbado, su pecho descubierto y su gesto trivial complacían a la multitud, que veía y amaba a Santerre como a un igual suyo. Westermann, con traje más militar, visitó las guardias de los federados y marselleses, acompañado de Fournier *el Americano*, de Barbaroux y de Rebecqui.

Los agentes del ayuntamiento de París, deseosos de hacer desaparecer las huellas de la sangre y los cuerpos de las víctimas, temiendo que el aspecto de los cadáveres sugiriese al día siguiente ideas de venganza al pueblo y se perpetuaran los degüellos, enviaron escuadras de trabajadores al Carrousel para limpiar el campo de batalla. A media noche encendiéronse grandes hogueras con los restos de las maderas quemadas, las camas de los guardias suizos del palacio de Brionne y los muebles de palacio, y arrojaron a ellas los centenares de cadáveres que cubrían el Carrousel, los patios, el vestíbulo y los aposentos: formados y silenciosos en torno del fuego los barrenderos de sangre atizaban la hoguera agregando despojos y cuerpos. Las llamas lúgubres, reverberando sobre los muros e iluminando al través de los cristales rotos hasta el interior de palacio, fueron la última iluminación de aquella noche trágica, y, al amanecer, suizos y marselleses, realistas y republicanos, nobles y pueblo, todo estaba consumido. Se lavó el pavimento y se barrieron las cenizas hacia el Sena, habiéndolo hecho desaparecer todo la noche, el agua y el fuego. La ciudad recobró su aspecto normal, no quedando de la catástrofe de la monarquía otras señales que un palacio desierto, puertas sin guardias, ventanas arrancadas, y los agujeros hechos por la metralla en los viejos muros de las Tullerías.

VIII

La Asamblea suspendió la sesión a las dos de la mañana, hasta cuya hora permaneció la familia real en la *tribuna del logógrafo*, y ¡sólo Dios puede medir la duración de las diez y seis horas de aquella sesión en el alma del rey, de la reina, de Madama Isabel y de los niños! Lo repentino de la caída, la prolongada incertidumbre, las alternativas de temor y de esperanza; la batalla que se daba a las puertas; los cañonazos y los disparos de fusil resonando en su corazón, alejándose y acercándose de nuevo como la esperanza que juega con el moribundo; el pensamiento de los peligros de sus amigos abandonados en palacio; el sombrío porvenir que veían en perspectiva; la imposibilidad de obrar y de moverse; el forzado silencio a que se veían reducidos; la actitud impasible que el cuidado de conservar la dignidad les imponía; el temor, la alegría, la desesperación, el enternecimiento y, por último, la mirada de los enemigos constantemente fija en ellos para complacerse en su angustia, todo hizo que aquellas horas eternas fueran la verdadera agonía de la majestad. El descenso del trono al cadalso fué largo, profundo y terrible; pero en ninguna parte fué tan sensible como allí; el primer golpe es el que despedaza, los otros no hacen más que matar.

Si se agregan a estos sufrimientos morales los físicos de aquella desgraciada familia, encerrada después de una noche de insomnio en aquella especie de calabozo; el aire abrasador exhalado por tres o cuatro mil personas que penetraba en el recinto y era interceptado en el pasadizo por el gentío que lo ocupaba exteriormente, la sed, la sofocación, el sudor; la ternura recíproca de cada uno de los miembros de la familia, que multiplicaba en cada uno los sufrimientos de todos, se comprenderá bien que aquel día solo hubiera saciado la venganza de una larga servidumbre.

IX

Exceptuando el apetito que el rey había satisfecho al principiar la sesión, las personas de la familia real no habían tomado ningún alimento durante todo el día y la mitad de la noche; pero hasta los niños olvidaron el hambre. La atenta piedad de algunos diputados y de los inspectores de la sala les enviaba de vez en cuando algunas frutas y algunos vasos de agua de nieve para que refrescasen; pero la reina y Madama Isabel no hacían más que humedecerse los labios, atentas únicamente a cuidar al rey.

Este, con los codos apoyados en la barandilla de la tribuna, como quien asiste a un gran espectáculo, parecía estar ya familiarizado con su situación. Hacía observaciones juiciosas y desinteresadas acerca de las circunstancias, de las proposiciones y de los votos, demostrando en todo un completo desprendimiento de sí mismo. Hablaba de sí como de un rey que hubiera vivido mil años antes, y juzgaba los actos del pueblo respecto a su persona, como hubiera juzgado los actos de Cromwell y del parlamento largo respecto de Carlos I. El poder de resignación que poseía, le daba el poder de imparcialidad bajo el mismo hierro del partido que lo sacrificaba. Con frecuencia dirigía la palabra a media voz a los diputados más inmediatos que conocía, entre ellos a Calón, inspector de la sala, a Coustard y a Vergniaud, oyendo, sin variar de color, de mirada, ni de actitud, los ultrajes que se le inferían y el decreto de su destitución: la caída de la corona no imprimió ningún movimiento a su cabeza, y hasta se vió brillar una secreta alegría en sus facciones, al través de la gravedad y de la tristeza del momento. Respiró con fuerza, como si se hubiera quitado de encima un enorme peso, pues el trono para él era más un deber que una satisfacción, y, degradándole, lo aliviaban.

Madama Isabel, insensible a la catástrofe política, trataba de infundir serenidad a aquella sombra; estrechaba la mano de la reina, y la triste expresión de su sonrisa, y el profundo cariño que brillaba en sus ojos, al través de las lágrimas, abrían al rey y a la reina un rincón de cielo interior, donde descansaban confidencialmente sus miradas de tanta turbación. Un alma que ama, un solo acento que compadece, compensan la injuria y el odio de todo un pueblo, y Madama Isabel era la piedad visible y presente al lado del suplicio.

A la reina la sostuvo al principio la esperanza de la derrota de la insurrección. Conmovida, como un héroe con el ruido del cañón, intrépida contra las vociferaciones de los peticionarios y de las tribunas, los desafiaba con la mirada, despreciándolos, volvíase sin cesar y dirigía miradas de inteligencia a los oficiales de la guardia que ocupaban el fondo de la tribuna y del pasadizo, para preguntarles noticias de palacio, de los suizos, de las fuerzas que les quedaban y de la situación de las personas queridas que había dejado en las Tullerías, y especialmente de su amiga la princesa de Lamballe. Había oído, temblando de indignación, pero sin variar de color, la noticia del degüello de Suleau en el patio de los Fuldenses, los rabiosos gritos de los asesinos, los disparos de los batallones a las puertas de la Asamblea, y los ruidos de asaltos tumultuosos del pueblo que pretendía forzar la entrada del pasadizo para inmolarla a ella. Mientras duró el combate, se había mantenido agitada y entusiasmada, pero al oír los últimos cañonazos y los gritos de victoria del pueblo, al ver sus estuches, sus alhajas, sus carteras y sus secretos puestos de manifiesto y profanados a su vista, como despojos de su persona y de su corazón, cayó en un abatimiento inmóvil, pero siempre altivo. Devoraba su caída, pero no la aceptaba como el rey; su rango formaba parte de su afán, y el caer era morir; el decreto de suspensión propuesto por Vergniaud había sido un golpe de hacha asestado sobre su cabeza; cerró un momento los ojos, pareció recogerse en su humillación y, luego, el orgullo del infortunio brilló en su frente como otra diadema. Recogió toda su fuerza para elevarse, despreciando los golpes de los enemigos, que sólo sintió por la familia.

X

Cincuenta hombres escogidos y fieles que habían penetrado con el rey en la Asamblea, hacían guardia en torno de la familia real, en el pasadizo y en la *tribuna del logógrafo*. Los ministros, algunos oficiales generales, el príncipe de Poix, Choiseul, Aubiers, Maillardoz, Aubigny, Viomenil, Carl, comandante de la gendarmería, y algunos criados personales del rey, encontrábanse allí, de pie y atentos a sus órdenes, dispuestos a morir, sirviéndoles de muralla si el pueblo penetraba por los pasadizos en la sala. Estos generosos confidentes de las angustias de la familia real le comunicaban en voz baja las noticias que llegaban de fuera. Los uniformes de la guardia nacional y del ejército de que estaban vestidos, les permitían circular por las inmediaciones de la Asamblea y llevar a sus señores noticias de los acontecimientos del día.

A las seis, los antiguos ministros, llamados por decreto, se despidieron tristemente del rey y se retiraron para ir a entregar el depósito de su administración y comparecer al día siguiente ante el tribunal de Orleáns. Poco después, Affry, comandante de los suizos, llamado por los comisionados del ayuntamiento, fué conducido a la Abadía. Aubigny, que había manifestado su indignación a los grupos que derribaban las estatuas de los reyes en la plaza de Luis XV, fué asesinado sobre el mismo monumento cuya profanación deploraba. Dos veces corrió Choiseul riesgo de perecer al salir para reunir a los suizos, volviendo a entrar para defender al rey con su espada. Un momento después, oyóse un gran ruido a las puertas, el rey volvió la cabeza y preguntó con inquietud la causa de aquel tumulto; Carl, comandante de la gendarmería de París, fué a ver lo que era, y no volvió; y el rey, que volvía la cara para oír la respuesta, supo, con horror, que había muerto; la reina se cubrió el rostro con ambas manos; cada una de sus órdenes causaba la desgracia de algunos de sus amigos; el vacío revelaba que el degüello diezmaba a los que estaban a su alrededor, y la muerte hería cada vez más cerca de su alma. ¡Cuántos corazones que latían aquella mañana, estaban helados por la noche! La obscuridad del recinto, el resplandor del incendio de las Tullerías que se reflejaban en las ventanas y en las murallas del Picadero, las agitaciones de una prolongada sesión, y la noche, siempre más cruel que el día, los sumergió en los más sombríos pensamientos. El silencio de la tumba reinaba desde hacía algunas horas en la *tribuna del logógrafo*, donde sólo se percibía el rasguear de las plumas de los redactores que escribían minuto por minuto las palabras, los gestos y las emociones de la sala. La fétida llama de las velas que iluminaban su mesa, permitía ver al joven Delfín acostado sobre las rodillas de la reina y durmiendo arrullado por el rumor de la lectura de los decretos que le arrebataban el trono y la vida.

XI

A la una de la madrugada, los inspectores de la sala fueron a buscar a la familia real para conducirla al alojamiento que apresuradamente se le había preparado después que se promulgó el decreto de destitución. Los comisionados de la Asamblea y un destacamento de la guardia nacional la acompañó. Un oficial de la casa del rey tomó al Delfín de los brazos de la reina y lo condujo durmiendo detrás de ella.

Aquel alojamiento, más parecido a un claustro o a una cárcel que a un palacio, estaba en el piso alto del antiguo monasterio de los Fuldenses, encima de las oficinas y de los comités de la Asamblea. Se componía de cuatro aposentos en fila, cuyas puertas, iguales todas, daban al ancho pasadizo de servicio de las celdas de los religiosos. Estos aposentos, inhabitados desde la supresión de las órdenes monásticas, estaban desguarnecidos como los muros, cuyos dueños andaban desde hacía tiempo dispersos. El arquitecto de la Asamblea, por orden de los inspectores de la sala, hizo llevar apresuradamente los muebles que se encontraron a mano en su casa: una mesa para comer, algunas sillas, cuatro camas sin colgaduras para el rey, la reina, el Delfín y la hermana de éste; pero Ma-

dama Isabel y el aya de los príncipes tuvieron que dormir sobre colchones extendidos sobre el suelo: campamento sobre campo de batalla entre dos días de crisis, a las puertas del palacio saqueado, bajo el imperio del pueblo vencedor, y cuya desnudez revelaba elocuentemente a la familia real que estaba más expuesta a ser conducida a un calabozo que a un palacio. De Briges, d'Aubier, de Goguelás, el príncipe de Poix y el duque de Choiseul ocuparon la primera habitación que servía de antesala, echados sobre sus capotes a la puerta del rey; eran los últimos que velaban el sueño de Luis XVI.

El rey se acostó medio vestido en el segundo aposento; desprovisto de su traje de noche y de los muebles de su tocador, se cubrió la cabeza con una servilleta. La reina, con los niños, durmió en el tercer aposento. Madama Isabel, la señora de Tourzel y la princesa de Lamballe, que fueron por la noche a reunirse con la familia real, estaban juntas en una pieza que seguía a la de la reina, y pasaron la noche en vela, llorando y orando.

El claustro, elevado y espacioso, a que daban estas habitaciones, sirvió de campamento a los oficiales superiores, a los cincuenta hombres de guardia y a los criados del rey, Hue y Chamilly. Luis XVI, su familia y los que lo acompañaban, no probaron aquella noche la cena que les habían preparado. El rey, la reina y Madama Isabel, después de haber conversado íntimamente y sin testigos, retiráronse a descansar, pues después de una vigilia de treinta y seis horas, tenían agobiada el alma y el cuerpo rendido. El sueño fué corto y terrible el despertar.

XII

La reina, al abrir los ojos a los rayos del sol abrasador, que penetraba hasta su lecho, al ver la techumbre sombría, la ventana sin colgaduras, el aposento desnudo, las sillas de paja, los vestidos esparcidos desordenadamente sobre los muebles casi miserables, volvió a cerrar los ojos para engañarse a sí misma y persuadirse de que los acontecimientos de la víspera y el horror del momento eran un sueño, sacándola de esta especie de letargo la presencia, la voz y las caricias de los niños, que Madama Isabel condujo a su lado. Advirtieron a la reina que llegaba la hora de la sesión y que la Asamblea exigía que la familia real ocupara el mismo lugar que había ocupado la víspera, cuando llegaron algunas de sus camaristas, a quienes los inspectores de la sala habían permitido entrar. Al atravesar éstas el aposento del rey, lo encontraron sentado cerca de su cama, mientras le arreglaban un poco el peinado y le cortaban el cabello; el monarca cogió algunos rizos y se los dió a aquellas fieles servidoras de su esposa: munificencia de corazón, la única que en adelante le fué permitido manifestar. Las camaristas quisieron besarle la mano; pero él, retirándola, las abrazó. La familiaridad de la desgracia hizo desaparecer las distancias entre la familia real y sus servidores.

Las camaristas se enternecieron al ver a la reina de Francia acostada en un lecho de campaña y servida por una persona extraña, que era la que cuidaba el claustro abandonado, una pobre sirvienta que, intimidada y enternecida por la grandeza y el infortunio que tenía ante sus ojos, trataba de compensar con cuidados y respeto su falta de habilidad en el servicio. María Antonieta tendió los brazos a sus amigas y prorrumpió en llanto, permaneciendo largo rato sin poder mirar ni hablar, confusa y avergonzada de su abatimiento y de su degradación, ante personas que el día antes la habían visto en medio del lujo y esplendor.

—Venid, infelices — les dijo al fin—, venid a ver una mujer más desgraciada que vosotras, puesto que causa todas vuestras desgracias.

Luego, besando a su hija y al Delfín, que le presentaba la señora de Tourzel, exclamó:

—Pobres niños, ¡es bien cruel haberos prometido tan bella herencia, y tener que deciros que todo se acaba con nosotros!

Se informó después con los más minuciosos pormenores de la suerte de la señora Paulina de Tourzel, de la señora de Laroche-Aymón, de la duquesa de Luynes, y de todas las personas de la corte, a quienes había dejado en las Tullerías.

XIII

La muerte de sus servidores, caídos en el umbral de su puerta, desgarró el corazón de María Antonieta, que derramó muchas lágrimas en su memoria, y mientras se vestía contó a sus camaristas las impresiones que había experimentado durante la sesión de la víspera. Se lamentó con medias palabras de que el rey, desde que estaba en manos de la Asamblea, no conservase toda la dignidad natural que hubiera querido verle mostrar ante sus enemigos, quejándose de que hubiera comido en público y ofrecido de ese modo a las miradas del pueblo una prueba de indiferencia y de insensibilidad, de que estaba bien lejos su corazón. Los diputados adictos le habían notificado el mal efecto que había producido aquel olvido de su situación; pero, conociendo, decía, la inutilidad de tales advertencias, impotentes contra su fuerte naturaleza, no se lo había comunicado al rey para no añadir una humillación a tantas penas. Como el reloj y el bolsillo de la reina se hubieran perdido durante el tumultuoso tránsito de palacio a la Asamblea, tomó prestado el reloj de una de sus camaristas, y suplicó a la señora Augié, su primera doncella, que le prestase veinticinco luises por lo que pudiera suceder en su cautividad.

A las diez volvió la familia real a entrar en la Asamblea, donde permaneció hasta la noche: el triunfo de la víspera había hecho más exigente al pueblo, cuyas proposiciones fueron más sanguinarias. La barra estaba llena de peticionarios, que reclamaban a grandes voces la sangre de los suizos de la escolta del rey, refugiados en los Fuldenses; pero la Asamblea disputaba a los asesinos aquellas trescientas víctimas.

Santerre, a quien había llamado Vergniaud para que protegiera a los prisioneros, manifestó el inminente peligro que corrían los que habían sido arrestados en el bosque de Boloña. Oíanse a la puerta gritos furiosos solicitando que se les entregara su presa.

—¡Gran Dios — exclamó Vergniaud—, qué caníbales!

Entre los rugidos de fieras ávidas de sangre, se observaron algunos rasgos de generosidad. Algunos combatientes acogieron a los vencidos bajo su responsabilidad, esforzándose por salvarlos. Mailhe y Chabot, a quienes se les encargó que arengaran a los grupos, fueron recibidos con los gritos de *¡Mueran los oradores!* Hubo un momento en que el terror se apoderó de la Asamblea, y Vergniaud, seguro por sí, temió por la vida del rey. Los inspectores de la sala acudieron e hicieron que la familia real se colocara en el pasadizo con objeto de que, si el pueblo entraba con las armas en la mano en la sala, no encontrara a su paso las víctimas. El rey, temiendo que hubiera llegado el momento supremo para él y su familia, pensó en la salvación de sus servidores, a quienes suplicó que lo abandonasen a su suerte y pensaran en su propia seguridad; pero todos continuaron donde el honor y su adhesión les mandaban vivir o morir. El centinela hizo retroceder al pueblo; pero Dantón acudió, atravesó por entre la multitud con la autoridad de su nombre y el terror de su aspecto, y rogó a los asesinos que tuvieran paciencia, en vez de haberles aconsejado que se mostraran generosos. Los hombres de las picas, al oírlo, suspendieron su venganza.

—Legisladores — dijo Dantón al entrar en la Asamblea—, la nación francesa, cansada del despotismo, ha hecho una revolución; pero, demasiado generosa, ha transigido con los tiranos. La experiencia le ha demostrado que no hay ningún cambio que esperar de los antiguos opresores del pueblo, y va a recobrar sus derechos... mas donde empieza la justicia deben detenerse las venganzas populares. Yo me comprometo ante la Asamblea nacional a proteger a las personas que están en su recinto. Marcharé al frente de ellas y respondo de su vida.

Al pronunciar estas palabras, echó una rápida y altiva ojeada a la reina, como si bajo la aspereza de su discurso y el desdén de su actitud, se ocultaran una inteligencia secreta o una soberbia compasión.

XIV

La Asamblea y las tribunas aplaudieron; el pueblo ratificó, fuera, con sus

aclamaciones, la promesa de su favorito, y los suizos lograron salvarse hasta el 2 de septiembre. Pethión sucedió a Dantón; libre de su fingida cautividad, acababa de volver a tomar en el ayuntamiento el simulacro de una autoridad que sólo tenía de nombre. Util la víspera a los facciosos, en adelante érales importuno; pero simuló ante la Asamblea creer todavía en el poder que se le escapaba, porque, concluída la obra, se rompe el instrumento. Pethión sólo era cómplice tímido de la conspiración, maniquí popular levantado contra el rey, que resultaba inútil desde que la realeza había terminado. En vano intentaba refrenar las exigencias de los comisionados del distrito y de atraer el poder a su centro legal, es decir, a la Asamblea; el ayuntamiento enviaba imperiosamente órdenes en tono de súplicas al cuerpo legislativo, pero los girondinos no eran, como Pethión, más que soberanos honorarios de una revolución que avanzaba más que ellos.

Habían decretado la víspera que Luis XVI habitaría el palacio de Luxemburgo mientras el rey estuviera suspenso en sus funciones; pero este palacio recordaba demasiado el poder supremo, cuya imagen se deseaba separar de la vista del pueblo, y el ayuntamiento declaró al cuerpo legislativo: que no podía responder del rey en una mansión tan amplia, y cuyos inmensos subterráneos podían favorecer las evasiones o los complots. La Asamblea, a fin de salvar la aparente independencia de sus resoluciones, dió poder a una comisión para que eligiera habitación para el rey, y esta comisión decretó que la familia cautiva ocupara la casa del ministro de Justicia en la plaza de Vendôme. Esta casa, situada en el centro de París y en una plaza donde se pasaba revista a las tropas, atraía todavía demasiado la atención hacia un poder que era peligroso tener a la vista de los soldados y del pueblo, y el ayuntamiento se negó a cumplimentar el decreto. Manuel pidió que se instalara al rey en el Temple, lejos de la vista, lejos de los recuerdos y lejos de las emociones de la ciudad, a lo cual accedió la Asamblea. La elección del Temple revelaba el propósito del Ayuntamiento, que daba una prisión a la familia real, en vez de darle una vivienda.

XV

Los girondinos habían suspendido la monarquía, y el Ayuntamiento la degradaba. Roland y sus amigos quisieron prepararse contra la omnipotencia de la ciudad, constituyendo el consejo del departamento y devolviéndole el ascendiente y la vigilancia que la Constitución le daba sobre la corporación municipal, e hicieron que presentara esta proposición uno de sus partidarios más desconocidos para ocultar la mano que asestaba el golpe; pero el Ayuntamiento comprendió la jugada y se previno, pidiendo humildemente al principio, con firmeza después, y, por último, con insolencia, la revocación del decreto atentatorio a su omnipotencia. El último mandato fué breve y amenazador, como una orden soberana, y fué obedecido. Después otras diputaciones de la corporación municipal pidieron la creación de un tribunal militar que vengase la sangre del pueblo, y la Asamblea no respondió.

—Si no se expide este decreto — dijo fríamente el orador del Ayuntamiento—, nuestra misión es la de esperarlo.

Robespierre se presentó en la barra en nombre de la sección de la plaza de Vendôme, y dijo, haciendo alusión a las estatuas del rey que se derribaban en las plazas públicas, cuando la tiranía está por tierra:

—Pueblo, libraos de darle tiempo para que se levante. Hemos visto caer la estatua de un déspota, y en su sitio se debe levantar un monumento a la libertad; los ciudadanos que mueren defendiendo a la patria están en segunda línea, los que ocupan la primera son los que mueren por emanciparla.

Por último, el prusiano Anacarsis Clootz, filósofo errante, cuyo deseo era propagar su doctrina por medio de la palabra, del dinero y de la sangre, hizo oír a la Asamblea, en nombre del género humano, el primer eco del 10 de agosto en el alma de los pueblos impacientes por la servidumbre. Clootz llevaba la pasión de la humanidad hasta el delirio; pero este delirio era el de la esperanza de la

regeneración; los escépticos lo encontraban ridículo; los patriotas, lisonjero, y los políticos lo caracterizaban de utopista. Sin embargo, Clootz sólo se equivocaba en el tiempo, pues con frecuencia las utopías son verdades prematuras. Las almas, conmovidas por la sacudida del momento y fanatizadas por la esperanza, se entusiasmaban con las perspectivas más ideales. Se escuchó al filósofo con agrado, y las consoladoras ideas que hizo brillar como un arco iris sobre aquel horizonte de sangre, suspendieron durante algunos momentos la lucha de los partidos y el hacha de los asesinos.

XVI

El rey fué conducido nuevamente a los Fuldenses después de este segundo día. Las pruebas de piedad y adhesión que le dieron los hombres que lo ocultaban alarmaron a la corporación municipal y a los jacobinos. Santerre los relevó eligiendo para dar la guardia al rey a personas inaccesibles a la indulgencia e irreconciliables con el tirano destronado. Lo grosero de sus gestos y el rigor de sus consignas revelaron al rey aquel cambio. El girondino Grangeneuve, miembro del comité de vigilancia, cuya oficina estaba en el mismo claustro que los aposentos del rey, alarmóse también ante el respeto y el cariño del pequeño número de amigos que rodeaban a la familia real; sospechó un proyecto de rapto y comunicó esta sospecha a sus colegas; la tiranía que más espanta es la reciente. El comité participó o fingió participar del temor de Grangeneuve, y mandó que se separasen todas las personas que no fueran criados inmediatos de la familia, orden que trastornó a los generosos cortesanos de la cautividad. El rey hizo llamar a los diputados inspectores de la sala, y les preguntó con amargura:

—Estoy preso, ¿no es verdad? Carlos I fué más feliz que yo, pues le permitieron que le acompañaran sus amigos hasta el cadalso.

Los inspectores bajaron la cabeza sin responder; pero su silencio fué bien elocuente.

Rogaron al rey que pasara a la sala, donde estaba servida la cena de la familia real, y se le permitió que le siguiesen los amigos, siendo éste el último día en que el rey y la reina fueron servidos con la etiqueta de la corte por cinco nobles en pie; pero la tristeza presidió aquella comida, pues dueños y servidores presentían que iban a separarse para siempre. Aunque el rey no comía, retardaba intencionadamente el momento de levantar los manteles con objeto de prolongar los minutos en que aun se le permitía ver caras amigas; pero esta larga despedida acabó con la paciencia de los oficiales de guardia, y fué indispensable poner término a la conversación. El rey sabía que los cinco nobles corrían riesgo de que los prendiesen al bajar la escalera, y la inquietud que le producía la suerte de éstos aumentaba el horror de la suya. Al fin, inundado en llanto, trató de hablar; pero su emoción se lo impidió.

—Nos separamos — les dijo la reina—, y éste es el instante en que comprendemos todo lo amargo de nuestra situación; hasta ahora nos la habían ocultado vuestros respetos y dulcificado vuestras atenciones. Págueos Dios una gratitud que...

Los suspiros la impidieron continuar. Hizo que besasen a los niños hasta los últimos criados de la familia; pero la guardia inflexible entró y les disputó los minutos. Los nobles bajaron por una escalera excusada, saliendo uno a uno con trajes prestados para ocultarse más fácilmente entre la multitud.

XVII

Rohán-Chabot, ayudante de campo de Lafayette, pasó dos días y dos noches a la puerta del aposento del rey, vestido de guardia nacional; pero, habiéndole reconocido y arrestado al salir de los Fuldenses, fué conducido a la Abadía, que sólo se abrió a los asesinos de septiembre. La reina, Madama Isabel y los príncipes, faltos de todo por el saqueo de las Tullerías, recibieron de la embajada de Inglaterra la ropa blanca y vestidos necesarios a la decencia. La familia real pasó todavía día y medio en la *tribuna del logógrafo*, como si el pueblo, como vencedor cruel, hubiera querido alimentarse durante el más largo tiempo posible con

el suplicio y la ignominia de la majestad. Solos y sin amigos durante aquellos dos últimos días, su dolor y su vergüenza no tenían testigos, pero tampoco tenían consuelo; y sus corazones, cansados de los ultrajes, no podían descansar en un poco de piedad: mirábanse mutuamente y sus ojos sólo veían terrores y lágrimas.

El lunes, a las tres, presentáronse Pethión y Manuel con dos coches para conducir a la familia real al Temple. La corporación municipal, que podía haber mandado conducir a los prisioneros durante la noche, quiso que aquel tránsito de las Tullerías a la cárcel se hiciera en pleno día, despacio y por los barrios más populosos de París, para que la degradación del trono tuviese el aspecto y la autenticidad de una exposición antes del suplicio. Pethión y Manuel iban en el coche del rey y un gentío inmenso formaba la fila desde la puerta de los Fuldenses a la del Temple. Las miradas, los gestos, las injurias y las risas irónicas, que son el más cobarde de los ultrajes, renovábanse a cada paso que daba el triste cortejo. En vano la debilidad de las mujeres y la inocencia de los niños enternecían a algunos espectadores, porque éstos sólo podían dirigirles algunas furtivas miradas, temerosos de que sus sentimientos fueran calificados de traición. Pethión tenía ya costumbre de asistir a las marchas triunfales de la desgracia, pues él era quien había traído al rey de Varennes a través de la capital irritada; él quien lo había visto cubierto con el gorro encarnado durante la invasión de palacio el 20 de junio, y quien había felicitado al pueblo al despedirlo; y él también quien lo conducía a la última etapa del camino del suplicio, no perdonándole ninguna de las amarguras que proporcionaba el trayecto, y, sin ocultarle ninguno de los detalles que presagiaban su caída, lo paseaba al través de su vergüenza para hacérsela saborear. Al pasar por la plaza de Vendôme, le hizo observar que había sido derribada la estatua de Luis XIV, cuyos restos cubrían la ciudad en que tanto tiempo había reinado. El pueblo no quería ni aun el recuerdo de los reyes, y por doquier veíanse los símbolos de la majestad derribados o mutilados en el trayecto que recorrían los coches. De este modo destruía el pueblo de antemano la institución que la Asamblea no había destruído aún.

El 10 de agosto apresurábase la corporación municipal de París, por medio de un decreto algo confuso, a interpretar su victoria poniendo preso al rey, pues volver desde la prisión al trono era imposible, y el ayuntamiento quería hacerlo entender así. Luis XVI lo conoció, y, cuando después de dos horas entraron los coches bajo las bóvedas del Temple, su corazón había abdicado ya el trono y resignádose al cadalso.

LIBRO XXIV

Los girondinos se ven obligados a abdicar.—Disposiciones del ejército.—Lafayette se expatria.—Dumouriez presta juramento a la nación.—Couthón.—Westermann, emisario de Dantón en el ejército.—Dumouriez reemplaza a Lafayette en el ejército.—Se capta la confianza de las tropas.—El ayuntamiento de París se arroga el poder ejecutivo.—Creación de un tribunal del crimen.—Marat prosigue sus planes de exterminio.—Dantón los ejecuta.

I

Mientras la familia real iba aproximándose al término de tantas agitaciones y se instalaba dentro de los muros del Temple, su último asilo, la Asamblea, por medio de Guadet, promulgaba las reglas que debían observarse para nombrar una convención y hacer un llamamiento a la soberanía directa y unánime del pueblo. Las Asambleas primarias debían componerse de todos los franceses que tuvieran la edad de 21 años y que fueran de condición libre, quienes debían reunirse el 26 de agosto y conferir a sus representantes un poder soberano e independiente de toda Constitución anterior; la Convención se reuniría el 20 de septiembre. La Asamblea nacional y el poder ejecutivo, nombrado la víspera, sólo ejercerían su autoridad durante el interregno del 12 de agosto al 20 de septiembre.

De este modo el triunfo de los girondinos los condujo inmediatamente a la abdicación, porque la Asamblea que ellos dominaban conoció su debilidad después de un acontecimiento que no había te-

nido valor para llevar a efecto, ni virtud para impedir. Se retiraron, por consiguiente, devolviendo al pueblo los poderes que de él habían recibido, pues habiendo abortado el movimiento en sus manos, abandonaron el gobierno a la suerte y entregaron Francia al azar. Aquella Asamblea, infiel a la Constitución, rehusando su apoyo al trono y tímida al frente de la república, no tuvo plan, ni política, ni audacia; dió a todos los partidos el derecho de despreciarla, y la historia la juzgará más severamente que a ninguna de las Asambleas que personificaron la Revolución. Colocada entre la Asamblea constituyente y la Convención nacional, pierde color ante estos dos grandes focos, uno, de las luces filosóficas, y otro, de la voluntad revolucionaria de la nación; no destruyó nada, no fundó nada, pero contribuyó a la caída de todo. Recibió de sus predecesores una Constitución que conservar, un trono que reformar y un país que defender; y dejó, al retirarse, a Francia sin Constitución, sin rey y sin ejército, desapareciendo ella en un motín. Sus únicas huellas fueron despojos; ¿debe acusársela, o atribuir la culpa a las dificultades del tiempo? Pero, ¿fué el tiempo, o, mejor dicho, los acontecimientos, más fáciles de manejar para la Asamblea constituyente en el juramento del Juego de Pelota en los días de octubre, en el 14 de julio, y cuando la fuga del rey? ¿Fueron más suaves los tiempos para la Convención, a su advenimiento, en la anarquía, en la proclamación de la república, en la invasión de la Champaña, en la insurrección de la Vendée y en el sitio de Lyón? Seguramente, no; pero estas grandes dificultades encontraron en aquellos dos cuerpos una política y una voluntad iguales a lo difícil de sus situaciones. ¿En qué consiste esa diferencia entre dos cuerpos políticos elegidos por el mismo pueblo, y obrando en la misma época? Digámoslo francamente: consiste en que la Asamblea legislativa, nombrada por odio a la aristocracia y por desconfianza del pueblo, y escogida entre los partidarios medios y moderados, que son en los tiempos de crisis negociaciones del bien y del mal, no tuvo, en los elementos que la componían, ni el espíritu político de las clases elevadas, ni el alma patriótica del pueblo. La Asamblea constituyente fué la representación del pensamiento de Francia; la Convención lo fué de la decisión apasionada de las masas, y la Asamblea legislativa sólo representó los intereses y las vanidades de las clases intermedias: fué expresión de la clase media, honrada, pero egoísta en sus costumbres; no llevó al gobierno más que los pensamientos medios, las pasiones vanidosas y la apocada prudencia de la parte de las naciones, cuya timidez es también virtud y vicio; supo escribir y hablar, pero no supo obrar; tuvo oradores, pero le faltaron hombres de Estado. Mirabeau había sido en la Asamblea constituyente la expresión soberana de la aristocracia que, después de haberse ilustrado en las elevadas clases de las naciones, con los grandes conocimientos de la época, aspira a la gloria de difundirlos en el pueblo y se hace revolucionaria por generosidad y popular por orgullo. Dantón y Robespierre fueron la expresión terrible de las pasiones de un pueblo apenas libre de sus cadenas, que a toda costa desea conservar para el porvenir la revolución que ha verificado y que no contrabalancea el interés con la idea, ni la vida con el principio. Vergniaud, Brissot, Gensonné y Guadet, sólo fueron oradores, sublimes algunas veces, y siempre importantes, pero no tuvieron objeto fijo, o colocaron siempre su punto de mira demasiado lejos o demasiado cerca, por lo cual el impulso que dieron a la Revolución fué tan pronto débil como fuerte, quedándose siempre cortos o avanzando demasiado. Deseaban el poder, y lo minaban; temían la anarquía, y conspiraban para implantarla; querían la república, y la aplazaban; sus vacilaciones impacientaron a la nación, porque ocasionaban su pérdida; el pueblo tuvo ocasión de imponerse y ellos desaparecieron. El pueblo, en el 10 de agosto, fué más hombre de Estado que los gobernantes; era indispensable una crisis para evitar que desapareciera todo entre las manos de los legisladores, que querían el movimiento sin agitaciones, la libertad sin sacrificio, la monarquía sin majestad, la república sin indecisión, la Revolución sin garantía, la fuerza del pueblo sin su in-

tervención, y el patriotismo sin la fiebre del entusiasmo que hace que las naciones deliren y se desesperen. El pueblo, sin caer en el delirio, no podía consentir que siguiera empeorando semejante estado de contradicciones; Francia se perdía, y la Asamblea no regía el timón; el pueblo se apresuró a empuñarlo con el genio de la circunstancia y la temeridad de la resolución que arriesga el todo por el todo, cuando todo se pierde inevitablemente. El mecanismo de la Constitución había dejado ya de funcionar; un rayo de convicción demostró al pueblo que era imposible recomponerlo, y lo rompió: tal fué el origen del 10 de agosto. Las lágrimas, la sangre y los crímenes de aquel día no cayeron tanto sobre el pueblo que los cometió, como sobre la Asamblea que los hizo inevitables, porque, si la Asamblea legislativa hubiera tenido bastante inteligencia, si hubiera empuñado la dictadura, salvado la Constitución, suspendido al rey, y puesto en tutela al trono durante la crisis, habría evitado la intervención de las picas, preservado la forma monárquica, armado la nación, garantido las fronteras, evitado la sangre de las víctimas del 10 de agosto y del 2 de septiembre, y no habría entristecido a Francia con el cadalso del rey: su debilidad produjo aquellos excesos enfureciendo al pueblo. ¡Desgraciadas las naciones cuyos gobernantes no toman la iniciativa de los grandes acontecimientos, y permiten que la insurrección la tome! Lo que el pueblo toca es siempre destrozado violentamente o manchado con sangre; la Asamblea nacional fué muy inferior a la crisis: tuvo el talento, las luces, el patriotismo y hasta las virtudes que han menester los fundadores de la libertad; pero le faltó carácter. Este es el genio de la acción, y aquellos hombres no tuvieron más que el de la palabra y el de la muerte. Hablar bien y morir bien, tal fué su destino.

II

El 10 de agosto repercutió en toda la nación y en toda Europa: los gabinetes extranjeros y los emigrados, mientras deploraban la catástrofe, la prisión del rey y el impulso que el triunfo del pueblo de París daba a la revolución, se alegraron de las convulsivas agitaciones, con que era probable que Francia se destrozara a sí misma; el más poderoso auxiliar de la guerra extranjera sería la guerra civil, y el gobierno anárquico de una Asamblea era el menos a propósito para dirigir una guerra nacional; Francia sin jefe, sin unidad y sin Constitución, debía caer miembro por miembro en poder de los coligados; y, además, el escándalo del palacio violado, de los guardias asesinados, y de la familia real envilecida por la insurrección, quitaban todo pretexto de contemporización y condescendencia a los gabinetes que todavía estaban indecisos. Francia había arrojado el guante a todas las monarquías, y era preciso recogerlo o declarar que todos los tronos de Europa eran impotentes para sostenerse frente al tumulto y la insurrección, vencedores en todas partes, después que hubiesen vencido en París. La misma Inglaterra, hasta entonces tan favorable a la reforma en Francia, principiaba a ver con repugnancia aquel movimiento que traspasaba los límites y la reforma de su propia Constitución: Francia, lanzándose en lo desconocido, frustraba todos los votos y todas las esperanzas que la siguieran hasta entonces. El toque de alarma para los tronos sonaba en París, y los coligados y los emigrados respondieron a él acercándose a las fronteras; hasta el duque de Brunswick recobró la confianza, concentró sus fuerzas y empezó a agitarse.

III

En el norte y en el mediodía de Francia la adhesión al 10 de agosto fué unánime, excepto en las aldeas de la Vendée donde hubo agitaciones y se manifestaron algunos síntomas de guerra civil; pero en todos los demás puntos, los realistas y los constitucionales, consternados, ocultaron sus presentimientos y su dolor. Los girondinos y los jacobinos aunaron sus fuerzas para hacer que las asambleas primarias nombraran miembros de la Convención a personas de los partidos extremos, de temple e irreconciliables con el trono. Francia conoció que el tiempo de los consejos tími-

dos había ya pasado, y que la patria no tenía más murallas que sus bayonetas, necesitando, tanto en el poder como en las fronteras, personas que no pudieran mirar hacia atrás; las buscó, las encontró, las eligió y les dió por único encargo la salvación de la nación y de la libertad.

El ejército, mandado por generales constitucionales y por oficiales adictos al rey, recibió con asombro la inesperada noticia de la caída de la Constitución y del triunfo de los jacobinos. Al principio se puso en duda que un jefe hábil y acreditado hubiera podido aprovecharse de las circunstancias para conducir el ejército a París; pero la victoria no había dado todavía a ningún general el derecho de desobedecer a un movimiento popular. El viejo Luckner, general en jefe, preguntado en Metz por la corporación municipal y por el club respecto al partido que adoptaría el ejército, aprobó, tartamudeando, el golpe de Estado de París; pero, habiendo recibido al día siguiente noticia de la opinión contraria de Lafayette, su segundo, varió de lenguaje y arengó a las tropas para que estuvieran alerta contra los instigadores del desorden, que iban a llegar. Viejo maniquí de guerra, incapaz de comprender la política, Luckner recitaba como un niño cuanto le apuntaban; y así, cuando llegaron los comisionados de la Asamblea enviados a los ejércitos para ilustrarlos y seducirlos, le hicieron modificar su lenguaje por tercera vez.

El general Dillón, en Valenciennes, hizo saber en una orden del día que la Constitución había sido violada y que los perjuros debían ser castigados; pero algunos días después, se retractó en una carta que dirigió a la Asamblea. Montesquieu, en el Mediodía, se pronunció débilmente por el sostenimiento de la Constitución; en Estrasburgo, el alcalde Dietrick y los geneles Caffarelli Dufalga y Víctor de Broglie se indignaron al enterarse del atentado contra la inviolabilidad del rey; pero el general Birón, amigo del duque de Orleáns y sostenido por los jacobinos de Estrasburgo, extirpó aquel germen de sublevación y entregó su ejército al partido vencedor. Sólo Lafayette adoptó una resolución y una actitud políticas.

IV

Lafayette tenía el cuartel general en Sedán, capital de las Ardenas, y allí supo los acontecimientos del 10 de agosto por un oficial de su ejército, que, encontrándose en París durante el combate, salió de la ciudad y corrió a informarle de los asesinatos y de los decretos de aquel día. Lafayette, a quien aquel movimiento dejaba atrás, creyó tener fuerza para reprimirlo por medio de una federación de su ejército con los departamentos, y, a falta de poder central a quien obedecer legalmente, pidió órdenes a los administradores de los departamentos de las Ardenas, con el propósito de formar una especie de congreso de los departamentos reunidos. El núcleo de aquella federación estaba para él en los tres departamentos de las Ardenas, del Aisne y del Mosa, con cuyas disposiciones creía poder contar. Fiaba poco en el éxito; pero, creyendo que éste era su deber, lo cumplía más como ciudadano que como jefe de partido. Informada la Asamblea de la indecisión del ejército, envió comisionados para que lo separasen de los generales sospechosos.

Pero Lafayette, a pesar de su natural generosidad y del voluntario sacrificio de su vida, confió demasiado, como jefe de partido, en el poder de la ley, y en lugar de apoderarse inmediatamente de las tropas, las dejó reflexionar, y el entusiasmo de éstas y su adhesión a la Constitución se adormecieron con la duda. Destituído por la Asamblea el 19, conoció que la fortuna lo abandonaba, que estaba vencida su popularidad y que la Revolución iba a volverse contra él, por lo que resolvió expatriarse, condenándose al ostracismo, antes que lo condenase la nación. Alejandro Lameth, los dos hermanos Latour-Maubourg, Moreau de Pusy, patriota, militar y político eminente, sus ayudantes de campo y algunos otros oficiales lo acompañaron en la fuga. Lafayette se proponía pasar a Holanda y de allí a América; pero, después de una noche de marcha, cayó en manos de un destacamento enemigo, que lo conoció y lo condujo a Namur, donde su nombre

fué reputado como un crimen por los generales del emperador. El jefe de la insurrección francesa, el protector de Luis XVI, el general del pueblo de París era presa demasiado inesperada y demasiado brillante para que los reyes coligados le permitieran generosamente retirarse del campo de batalla. Lafayette, separado de sus amigos, llevado de una a otra plaza fuerte hasta el calabozo de Olmutz, sufrió pacientemente una larga y odiosa cautividad. Mártir de la libertad, después de haber sido héroe, su vida sufrió, a partir de aquel día, una interrupción de treinta años; la Revolución le llamó nuevamente a intervenir en la historia, y sus amigos y sus enemigos lo encontraron invariable en sus principios, con las mismas virtudes y las mismas decepciones.

V

La expatriación de Lafayette y la sumisión de su ejército tranquilizaron a la Asamblea respecto a la disposición de las tropas; pero le inspiraron temores por la situación de las fronteras. Los girondinos, que habían entrado nuevamente en el ministerio, representados por Serván, Claviere y Roland, previendo su caída próxima, conocieron cuánto importaba dar al ejército un jefe que les garantizase la victoria sobre los enemigos de fuera y les apoyase contra los enemigos de dentro. Antiguos compañeros de Dumouriez, su enojo contra este general cedió ante el elevado concepto que tenían de su clara inteligencia. Por su parte Dumouriez, con su gran penetración, había sondeado el acontecimiento del 10 de agosto y lo había juzgado. Las crisis no vuelven atrás antes de haberse agotado o de haber verificado su completa evolución, y, puesto que la crisis francesa avanzaba, era necesario avanzar con ella, pues de otro modo dejaría atrás a los indecisos. Dumouriez sentía la desgracia del rey; pero, rehusando el juramento a la nación, se perdía sin salvar a Luis XVI y, además, cualquiera que fuese la forma de gobierno, él tendría patria, y salvarla era lo único que podía convenir a un soldado. El campo de batalla era el camino del poder. Mientras que los otros generales luchaban con la necesidad o intentaban resistencias impotentes, Dumouriez, encerrado en el campamento de Maulde, cerca de Valenciennes, tuvo el atrevimiento de desobedecer a Dillón, negándose a obligar a sus soldados a que prestaran el antiguo juramento al trono y decidiéndose a arrostrar las consecuencias de su negativa. Inmediatamente entabló correspondencia secreta con sus antiguos colegas Serván, Claviere y Roland, felicitándose los girondinos por tener una cabeza y un brazo que les pertenecía. Los jacobinos reanudaron también sus relaciones con Dumouriez, a quien la casualidad volvía a poner en juego, con el propósito de utilizar en beneficio propio la habilidad del general.

VI

El joven Couthón, amigo de Robespierre y diputado por Auvernia en la Asamblea legislativa, encontrábase a la sazón tomando baños en Saint-Amand, pueblo próximo a Valenciennes e inmediato al campamento de Dumouriez, a quien encontraba y con quien hablaba con frecuencia. El general tenía la aureola de sus presentimientos, su palabra enervaba a los que se le acercaban, y Couthón, que, fascinado por la seducción del genio de Dumouriez, como lo había sido Gensonné en otro tiempo, adivinó el salvador de la patria. Couthón, joven abogado de Clermont, antes de que lo enviasen a la Asamblea nacional y después a la Convención, era un fanático de la Revolución, y, dulce y reflexivo entonces, llegó a hacerse sanguinario después. El foco de su alma, llena de amor y de esperanza por la humanidad, se convirtió en el cráter de un volcán contra los enemigos de sus ideas, porque cuanto más bellos son los sueños del hombre, más se irrita contra todo lo que los trastorna. Couthón era un filósofo, de rostro agraciado, mirada serena, y conversación grave y melancólica. Una mujer joven y un hijo que tenía consigo, alimentaban la ternura de su alma consolándole en su desgracia de verse privado del uso de las piernas, desgracia que debía al amor. Atravesando una noche obscura de invierno un valle pantanoso de Auvernia

para ir a hablar furtivamente con la joven a quien amaba, extravió el camino, y pasó toda la noche hundido en el barro helado, luchando contra la muerte, a consecuencia de lo cual quedó baldado. En Saint-Amand nadie supuso el papel que había de llegar a representar Couthón, ni vió en él presentimientos sanguinarios.

Los tres diputados enviados al ejército de Dillón, Delmás, Dubois-Dubais y Bellegarde, que llegaron el 14 de agosto a Valenciennes, llevaban orden de destituir a Dillón y Lanoue, generales que habían tardado en adherirse al movimiento del 10 de agosto; pero, arrepentidos y sumisos, imploraron entonces el perdón de los tres comisarios. Couthón corrió a Saint-Amand, a Valenciennes, alabó el talento y la energía de Dumouriez, e hizo que la Asamblea le confiriese el mando de los dos ejércitos de Lanoue y Lafayete. Westermann, amigo de Dantón, su hombre de acción en la jornada del 10 y entonces su emisario en los ejércitos, después de haber visitado el campamento de Sedán, corrió a Valenciennes, y pintó con colores muy vivos a Dumouriez la desorganización del ejército de Lafayette, la deserción de los oficiales, el descontento de los soldados, el mal espíritu de las Ardenas y la próxima violación del territorio, si el enemigo, dueño ya de Longwy, continuaba avanzando sobre la Champaña. Westermann, investido de la confianza de Dantón y animado con el fuego del patriotismo que llevaba de París, convenció a Dumouriez y lo sedujo. El general, acostumbrado a tratar con las facciones y a oír a media voz las insinuaciones de sus jefes, comprendió que Dantón deseaba tener un agente en el ejército y que éste era Westermann, y se sirvió de éste para entenderse con aquél. Westermann, seducido por el genio de Dumouriez, le sirvió con pasión. El general, que sabía utilizar los hombres según el valor y no según el grado, conoció, al primer golpe de vista, que Westermann tenía espíritu militar, alma de fuego y brazo de hierro, y se captó su voluntad.

VII

Durante la noche del 25 al 26 de agosto adoptó Dumouriez las disposiciones necesarias para emprender la campaña de Bélgica, a la que no había renunciado aún. Hizo venir de Lila al general Labourdonnaye, comandante militar de aquella plaza, a quien entregó, en su ausencia, el mando del ejército de Valenciennes. Marchó a Sedán el 26 con Westermann, un solo ayudante de campo y el bravo Bautista, su ayuda de cámara, cuyo valor y adhesión fueron después uno de los instrumentos de su gloria y de los buenos resultados de su ejército. Llegó el 28 al campamento de Lafayette, donde fué recibido con frialdad por el ejército que, no conociendo al jefe que se le daba, echaba de menos al jefe que había perdido. Seguro del porvenir, al general no le intimidó aquella acogida, sino que, por lo contrario, desafió la aparente hostilidad confiando en que su superioridad había de conquistarle los corazones. Llegó sin equipajes y sin caballos de batalla, montó los de Lafayette, pasó revista a las tropas, y las arengó. La infantería se mostraba triste, pero firme; la caballería casi sediciosa, y al pasar ante ella oyó algunas palabras injuriosas.

—Es ese hombre — murmuraban los soldados — quien ha hecho declarar la guerra y que es causa de los peligros de la patria y del derramamiento de la sangre de nuestros hermanos en Longwy.

Dumouriez, deteniendo su caballo y mirando altivamente a los escuadrones, les dijo:

—¿Hay alguno bastante cobarde entre los soldados que sienta la guerra, y que crea conquistar la libertad sin batirse?

Estas palabras devolvieron, si no la confianza, a lo menos el respeto a los oficiales y los soldados. La mirada de Dumouriez, la presencia de Westermann, el vencedor del 10 de agosto, manchado aún con la sangre de los suizos, y el entusiasmo del pueblo de París, impusieron a las tropas, que, al comprender que con la toma de Longwy estaban colocadas entre las bayonetas de los prusianos y el desprecio de la nación que las con-

templaba, se reanimaron. Examinadas las fuerzas respectivas y las distancias medias en el mapa desplegado sobre la mesa del consejo, abrió Dumouriez la sesión, expuso la situación y pidió consejos. Dillón fué el primero que tomó la palabra para demostrar sobre el mapa que era necesario apoderarse de Chalons antes que el enemigo, si se quería cortarle a tiempo la entrada en los llanos de Francia y en el camino de París. Con el compás en la mano midió la distancia de Chalons a Verdún y de Chalons a Sedán; demostró que, encontrándose ya el enemigo bajo los muros de Verdún, estaría más cerca de Chalons que el ejército defensor, y, poniendo de manifiesto que la conservación de la capital importaba más a la nación que la conservación de las Ardenas, concluyó que se debía marchar aquella misma noche sobre Chalons, dejando al general Chazot con algunos batallones en el campamento fortificado de Sedán. El consejo unánime fué del mismo parecer; pero Dumouriez, que opinaba lo contrario, mandó a Dillón que marchara con la vanguardia sobre la orilla izquierda del Marne, como si hubiera aprobado el movimiento sobre Chalons. Apenas disuelto el consejo de guerra, Dumouriez, quedándose con el ayudante general Thouvenot, en quien había observado una mirada pensativa y expresiva fisonomía mientras duró el discurso de Dillón, acercóse a él, como a un confidente capaz de comprender y concebir un gran pensamiento, y le dijo:

—La retirada sobre Chalons es un pensamiento prudente; pero la prudencia de los grandes peligros es la temeridad, y es preciso engañar a la fortuna mostrándose más confiado cuanto más adversa se muestra ella. Retirarse tras el Marne, delante de un enemigo poderoso y activo, es dar a Francia muestras de debilidad y de desaliento, es principiar la guerra por un movimiento a retaguardia, muy semejante a una derrota; en fin, es franquear a los coligados los fértiles llanos de Epernay y de Reims y el camino de París, en el que no puede detenerle ningún obstáculo, después de pasado el Marne.

Al decir esto, señaló sobre el mapa una larga línea de bosques que se extienden desde Sedán a Sainte-Menehould, entre Verdún y Chalons, nombre poco conocido entonces y que se hizo nacional después.

—He ahí — dijo a Thouvenot — las Termópilas de Francia; si tengo la suerte de llegar antes que los prusianos, todo está salvado.

Este movimiento oblicuo de Dumouriez, en vez de alejar el ejército francés de los prusianos, lo acercaba, señalándole atrevidamente el campo de batalla en el mismo terreno que ellos ocupaban ya, porque desde Verdún, donde se encontraba el rey de Prusia, hay menos distancia que desde Sedán, donde estaba Dumouriez, para ir al centro del bosque de Argonne. A Thouvenot convencióle el entusiasmo con que aquella chispa de genio sorprendió repentinamente su atención militar, y adoptó la idea como si él la hubiera concebido. Dominado por la superioridad de carácter y de inteligencia de su jefe, fué desde aquel día su segundo y su amigo. Tenía Thouvenot un alma que dormitaba en la obscuridad de los puestos secundarios, hasta que una mano hábil la hizo despertar. Había estimado a Lafayette, pero a Dumouriez llegó a adorarlo; y, buen oficial a las órdenes del primero, fué un héroe a las del segundo. Los hombres forman a los hombres, y el alma del ejército está en el general.

VIII

Feliz al verse comprendido, Dumouriez, que no había dormido desde la víspera de su salida de Valenciennnes, encargó a Thouvenot que preparase los pormenores de aquel movimiento, y descansó algunas horas soñando con su idea. Las resoluciones grandes tranquilizan a los grandes corazones, y él tenía la seguridad previa que da un partido tomado. Cuando despertó, envió orden a Beurnonville, a quien había dejado en Valenciennes, de que le mandase nueve mil hombres de infantería y caballería, que por el momento eran inútiles en el campamento de Maulde. Hizo marchar por todos los caminos correos y oficiales seguros para informar a Luckner de sus movimientos e informarse de los suyos,

notificando al viejo general que iba a llamar sobre el Argonne un ejército de ochenta mil prusianos, y señalándole el sitio probable en que el ejército de Metz y el de Sedán se reunirían, lo que había de decidir la batalla y salvar a la patria; además, tomó en los arsenales de la Fere y de Douai las municiones de guerra que necesitaba, y nombró generales para reemplazar a los que se había llevado Lafayette. Dangest, Diettmann, Ligneville, Chazot y Miaczinski, oficiales queridos por los soldados, recibieron el grado de tenientes generales y mariscales de campo, con los que substituyó a su estado mayor, que se componía de gente descontenta y poco segura, y así el ejército, que tenía una cabeza, a las veinticuatro horas tuvo brazos. Comunicó a Serván, ministro de la Guerra, su plan de defensa e instruyó confidencialmente a Dantón, por conducto de Westermann, de la temeraria resolución que había adoptado. Westermann, a su vez, le informó de las convulsiones patrióticas con que pensaba agitar a Francia para lanzar miles de defensores a las fronteras, y Dumouriez indicó que Chalons y Sainte-Menehould eran los lugares más a propósito para acampar a los voluntarios que llegasen del interior, a cuyo objeto proveyó a estos dos puntos de víveres y de todo lo necesario para hombres y caballos. Siempre a caballo o en el consejo, se multiplicó para darse a conocer personalmente a todos los cuerpos, borrándoles la imagen de Lafayette de los ojos para reemplazarlo en los corazones. Lafayette era más ciudadano, Dumouriez más soldado, y el ejército se adhirió más a éste, quien lo organizó de nuevo y lo dividió en cuerpos distintos, poniendo al frente de cada uno de ellos un general, responsable, por su gloria, de la conducta de los soldados. Habiendo destacado la víspera al general Dillón con la vanguardia de Lafayette a fin de que fuese al extremo del bosque de Argonne y permaneciese separado, durante muchos días, de aquella parte del ejército, formó una segunda vanguardia, cuyo mando confió a Stengel, valiente coronel del regimiento de húsares de Bercheny. Siendo necesario que Verdún se resistiera, al menos durante algunos días, para la ejecución de su plan y poder desplegar las tropas en las diferentes posiciones que deseaba ocupar en el Argonne, mandó marchar al general Galbaud con un refuerzo de tres mil hombres a Verdún para prolongar allí la defensa lo más posible. Adoptadas estas disposiciones, estudió de más cerca el terreno sobre que iba a situar el ejército francés, la importancia de los diferentes puntos que tendría que cubrir y los medios de hacerle llegar antes que el enemigo a los desfiladeros de los que éste, más numeroso, estaba menos distante. Necesitaba que se guardara el mayor secreto, pues la menor sospecha bastaba para que abortase su plan; un solo indicio lo hubiera perdido.

IX

El bosque de Argonne, que se extiende desde Sedán a Sainte-Menehould, tiene tres leguas de largo y una anchura que varía de dos a cuatro leguas. Situado sobre un terreno montuoso, está cortado por ríos, estanques, arroyos, pantanos y barrancos, que, multiplicando los obstáculos, hacen que sea una barrera impenetrable para la marcha de un ejército. Este bosque separa las ricas provincias de Trois-Évêchés de las estériles llanuras de Champaña; sus bordes por aquellos dos lados forman unas pendientes regadas y verdes, donde la abundancia de pastos y las tierras de labor han aglomerado caseríos y aldeas. Es un largo brazo de las Ardenas, tendido en medio de la llanura de la Champaña. El bosque sólo se puede atravesar por los cinco grandes claros que la configuración natural del terreno, el curso de las aguas, las cortas de árboles y el paso frecuente, han trazado y allanado en su espesura, y, estando estos cinco desfiladeros ocupados, fortificados y defendidos, el centro de Francia es inatacable. El primero y más próximo a Sedán es el llamado Chene-Populeux, ancho y sin obstáculo natural, y por donde pasa el camino de Rethel a Sedán; el segundo se llama Croix-aux-Bois, y no es más que un camino estrecho por donde transitan los leñadores; el tercero es el desfiladero de Grandpré, que se encuentra en el centro

del bosque. La naturaleza ha dispuesto aquella salida para que sirva de campamento al ejército defensor; es un anfiteatro colocado entre dos ríos, rodeado por el bosque que protege sus flancos; baja en pendiente rápida del lado del enemigo y da a las tropas establecidas en aquella posición la superioridad del nivel, la seguridad de sus alas y un glacis natural a la muralla que corona con su fuego; lo atraviesa el camino de Stenay a Reims. El cuarto es el desfiladero de Chalade, que pone en comunicación a la villa de Varennes con la de Sainte-Menehould; y, en fin, el quinto, que es el llamado de las Isletas, abre el camino real de Verdún a París. Más allá de las Isletas empieza a disminuir el bosque, que concluye en el pequeño pueblo de Passavant y en los llanos que se extienden hasta Bar.

X

Tal era la barrera que Dumouriez, con un ejército de veintisiete mil hombres, pretendía cerrar a noventa mil combatientes, ufanos con sus primeras victorias y deseosos de atravesar la Champaña y llegar a París. Lo más difícil era desarrollar el plan oportunamente, para lo cual tenía Dumouriez dos medios, siendo el primero y más seguro hacer que pasara el ejército de Sedán a Vouziers y a Sainte-Menehould, abriendo la marcha por el mismo bosque y dejando la montaña de la Argonne entre el enemigo y el ejército defensor; el segundo medio era marchar a los desfiladeros de la Argonne a descubierto por la falda exterior del bosque y despreciar al general Clairfayt, que se encontraba en Stenay con veinte mil hombres. El primero de estos caminos era doble más largo, y, haciendo perder tiempo, ofrecía el inconveniente de que revelaba el propósito de Dumouriez y excitaba al general Clairfayt y al duque de Brunswick a que ocuparan, los primeros, el uno el desfiladero de Grandpré, y el otro el de las Isletas. Si los prusianos se apoderaban de estos puestos, rechazaban al ejército francés sobre Chalons, y de allí con poco esfuerzo podrían llegar hasta los muros de París. El segundo podría conducir en tres marchas la vanguardia de Dillón a las Isletas, y a Dumouriez en dos a Grandpré; mas, para ejecutarlo, se necesitaba pasar delante de Clairfayt, que sólo distaba seis horas de Grandpré, mientras Dumouriez estaba a diez, o engañar e intimidar a Clairfayt, marchando directamente sobre él a Stenay y obligándole a retroceder al otro lado del Mosa.

Cuando Dumouriez decidió dar este golpe atrevido, recibió un correo del general Galbaud que le anunciaba que el ejército prusiano había cercado a Verdún, y no había posibilidad de llevar socorros a aquella plaza, sitiada por cincuenta mil hombres. Contestó a Galbaud que se replegara sobre el desfiladero de las Isletas y que aguardara allí a Dillón; y escribió al general Duval, a quien había dejado en el campamento de Maulde, cuando salió de Valenciennnes, que levantara el campo, y que, con su ejército, el de Maubeuge y con todos los batallones que encontrara al paso, fuera a reunirse con él a marchas forzadas, indicándole que ocupara el desfiladero del Chene-Populeux, cerca de Sedán. A Dumouriez no le inquietaba este paso, porque durante algunos días le aseguraba la duración probable del sitio de Stenay, y no dudaba que Duval llegaría a tiempo para cercarlo. El 31 de agosto empezó la maniobra; dió a Miaczinski orden de atacar en apariencia a Stenay; a Dillón la de sostener a Miaczinski y apostarse frente a aquella villa. Miaczinski, a la cabeza de mil quinientos hombres, atacó heroicamente la vanguardia de Clairfayt y la obligó a retirarse del otro lado del Mosa librando durante un momento a Stenay. Dillón, en vez de sostener a Miaczinski, permaneció inmóvil con el resto de la vanguardia en Mouzón, en la falda del bosque, y hasta ordenó a Miaczinski, que era vencedor, que se replegase. Esta falta de Dillón comprometió el plan de Dumouriez.

Creyendo que las órdenes dadas habían sido cumplidas y suponiendo a Dillón en Stenay, puso en movimiento al ejército el 1.° de septiembre y fué a Mouzón. Admirado de encontrar en este punto a Dillón, prosiguió la marcha hasta Stenay para renovar la demostración de un ataque contra Clairfayt. Acampó duran-

te dos días frente a él como para ofrecerle la batalla, mientras que Dillón ganaba el desfiladero de las Isletas, donde al fin situó la vanguardia el 3 de septiembre. Clairfayt permaneció inmóvil, y los diferentes cuerpos de Dumouriez tomaron posición en los desfiladeros que se les habían señalado, mientras él, volviendo repentinamente sobre la derecha, entró, con los quince mil hombres que formaban su centro, en el desfiladero de Grandpré, donde acampó, entre el Aire y el Aisne, dos ríos que, pasando uno por delante y el otro por detrás, formaban aquel anfiteatro. Colocó su artillería a retaguardia, en situación más elevada que el campamento, en la aldea de Senuc, y puso la vanguardia, a las órdenes del intrépido coronel Stengel, delante del Aire, desde donde podía efectuar una retirada segura por dos puntos que la unían al resto del campamento. La posición del de Grandpré era tal, que, para forzarla, el enemigo tenía que arrollar todos los puntos defendidos por una formidable vanguardia, pasar el río Aire sin puentes, y desembocar en un plano descubierto y cercado bajo el triple fuego del castillo de Grandpré, de la artillería situada en la aldea de Senuc y de los cañones que ocupaban el frente del campamento. Dumouriez, guarda de aquel camino de fuego, que era necesario recorrer para penetrar en el corazón de Francia, esperó que la nación se levantara detrás de él.

XI

Ya era tiempo; Longwy acababa de ser tomado en dos días y Verdún se encontraba en situación comprometida: los ejércitos del rey de Prusia y del emperador, durante largo tiempo inactivos a causa de la indecisión del generalísimo, iban a recibir de la impaciencia y del 10 de agosto el impulso que el jefe se negaba a darles.

El duque de Brunswick, desde el principio de la guerra, tenía por sistema la contemporización; pero, amortiguando el ataque, daba a los defensores tiempo para recobrarse. La guerra ofensiva no debe conceder tiempo, y la defensiva debe disputarlo hora por hora, porque el tiempo que emplean las fuerzas de los ejércitos de invasión, es el primer auxiliar de las guerras nacionales. El duque de Brunswick, acostumbrado a las maniobras sabias y meditadas de la estrategia alemana, obraba con la circunspección y lentitud de un jugador de ajedrez. Era la profesión contra el entusiasmo, y éste debía vencer. Además, esta lentitud favorecíanla las negociaciones que se practicaban en el cuartel general de los coligados. En la conferencia celebrada en Coblenza por el emperador y el rey de Prusia, habíase convenido en que los emigrados franceses no se reunirían a los ejércitos de operaciones para que no se irritara Francia contra el yugo que parecería pretender imponerle con las armas la nobleza. El marqués de Bouillé, consejero militar del rey de Prusia, propuso atenuar aquella disposición que hería a los emigrados, y se convino en dividirlos en tres grupos, el primero de los cuales se compondría de diez mil nobles, que se reuniría al gran ejército del duque de Brunswick, y los otros dos de cinco mil nobles cada uno, que operarían, el primero, a las órdenes del príncipe de Condé, en Flandes, y el otro a las del duque de Borbón sobre el Rin. Así distribuídos estos tres cuerpos de emigrados, marcharían en segunda línea, para evitar que derramaran sangre francesa, y para que se incorporaran a ellos, detrás del ejército de operaciones, los desertores de los cuerpos franceses. Las negociaciones contradictorias del barón de Breteuil, y de los señores Calonne y Moustier, dificultaban la marcha de los negocios y suspendían la acción de las potencias. El barón de Breteuil, encargado de los poderes de Luis XVI, se oponía en nombre de éste a que los gabinetes extranjeros reconociesen en Francia otra autoridad legítima que la del rey. El señor Calonne, agente de los príncipes y su plenipotenciario en Coblenza, reclamaba la regencia para el conde de Provenza, mientras durase la impotencia o la disfrazada cautividad de Luis XVI. El señor Moustier, enviado por el conde de Provenza para reemplazar a Calonne, que se hizo odioso a los emigrados, insistía tenazmente en obtener el reconocimiento de los derechos del conde de Provenza a la

administración del reino reconquistado, y Rusia favorecía esta ambición del príncipe; el emperador, por insinuación secreta de su hermana, María Antonieta, se negaba a declarar de hecho el destronamiento del rey, cuya autoridad, desconocida por sus súbditos, pretendía restablecer. En las conferencias a que asistieron el rey de Prusia, el duque de Brunswick, el príncipe de Hohenlohe y el de Nassau, nada se resolvió. Por fin divulgóse la noticia del 10 de agosto en el cuartel general de los coligados, y el duque de Brunswick trató de esperar aún; pero el ascendiente del rey de Prusia violentó su indecisión.

—Si no podemos llegar a tiempo de salvar al rey — dijo en el consejo de guerra—, llegaremos oportunamente para salvar el trono.

Al día siguiente púsose en marcha el ejército, y el 19 de agosto, después de haber recorrido cuarenta leguas en veinte días, pasó al fin la frontera, y acampó en Tiercelet, donde se reunió con los cuerpos austriacos del general Clairfayt. Al dar este paso decisivo, ¡el duque de Brunswick experimentó nuevas dudas, y, para resolverlas, solicitó que se celebrara otro consejo de guerra, en el que declaró al rey que auguraba mal de la invasión de un país, en el que la insurrección había aprisionado al rey y degollado a sus guardias.

—¿Quién sabe — añadió — si nuestra primera victoria será la señal de la muerte del rey?

Francisco Guillermo, a quien el conde de Schullembourg, su ministro, y los de los jefes emigrados, ansiosos de volver a la patria aconsejaban firmeza en sus propósitos, acogió con visible desagrado la eterna circunspección del general, a quien contestó:

—Por horrorosa que sea la situción de la familia real, los ejércitos no deben retroceder. Deseo con toda mi alma llegar a tiempo para libertar al rey de Francia; pero, sobre todo, mi deber es de salvar a Europa.

XII

El día 20, el ejército cercó la fortaleza de Longwy, y el bombardeo, empezado en la noche del 21 e interrumpido por una horrorosa tempestad que hacía inútiles los esfuerzos de los sitiadores, se reanudó al día siguiente. Trescientas bombas que cayeron en la plaza y el incendio de algunas casas, decidieron al comandante Lavergne a firmar una deshonrosa capitulación, ¡mal principio de una campaña! La deserción de Lafayette, anunciada al mismo tiempo a los coligados, llenó a éstos de júbilo, y si el duque de Brunswick hubiera aprovechado aquel entusiasmo del ejército y las ventajas que le proporcionaba la fortuna para operar rápidamente sobre la frontera central, habría llegado a los muros de París. Dejando algunos miles de hombres delante de Thionville, podía arrojarse con los restantes sobre el ejército de Lafayette, que, privado de general, desorganizado y anonadado por el número, sucumbiría; o bien podía apoderarse antes que Dumouriez de los desfiladeros del Argonne, única barrera natural entre el Marne y París, y llegar a la capital antes que el patriotismo de los departamentos la cubriese con una muralla de voluntarios. El duque de Brunswick no tomó ninguno de estos partidos, limitándose a hablar de prudencia y de tanteos, cuando, en aquella circunstancia, la única prudencia era la temeridad. O el genio del duque de Brunswick le hizo traición, o él traicionó a los reyes de Europa que confiaban en su valor y en su pericia. Cansó el ardor de Federico Guillermo a fuerza de crearle obstáculos; y, como si no le hubieran bastado setenta y dos mil hombres para atacar a diez y siete mil, diseminados en pequeños destacamentos sobre una línea de quince leguas entre Sedán y Sainte-Menehould, perdió diez días esperando refuerzos. El rey de Prusia, luchando entre el respeto al prestigio militar del generalísimo y la evidencia de sus faltas, se negó durante mucho tiempo a reconocer que el duque de Brunswick escondía el brazo y combatía con repugnancia una causa que le había ofrecido,

y que aun le ofrecía coronarlo. ¿Veía el duque la incertidumbre de la corona con que se le prometía recompensar si transigía con la Francia revolucionaria? Su lentitud autoriza a sospecharlo, y su retirada lo confirma; pero esto es insuficiente para explicar tanta debilidad o tanta complicidad.

XIII

Durante estos diez días se rindió Verdún; pero Dumouriez había atrincherado los desfiladeros de Argonne, donde, además, situó un ejército más inexpugnable que las guarniciones y las murallas de que el enemigo se iba apoderando a fuerza de tiempo. El ejército coligado no se presentó hasta el 30 de agosto en las alturas del monte Saint-Michel, que domina a Verdún. El rey de Prusia y el duque de Brunswick acamparon en Grand-Bras a la orilla derecha del Mosa, más abajo de la ciudad. Verdún, débilmente fortificado, pero capaz de resistir el sitio durante algún tiempo, tenía una guarnición de tres mil quinientos hombres, mandados por el coronel Beaurepaire, oficial intrépido y patriota digno de los tiempos antiguos. El bombardeo empezó el 31 e incendió muchos edificios; y la plaza respondía mal al enemigo, porque faltaban artilleros para servir las piezas, y éstas eran de cureña de reserva. La población, que era realista y temía el asalto, se apresuró a aceptar la suspensión de hostilidades que propuso el rey de Prusia. Se reunió un consejo de defensa, compuesto de vecinos y magistrados civiles, a quienes la Asamblea legislativa, que desconfiaba del ejército, había confiado la autoridad suprema en las ciudades en estado de sitio. Este consejo de guerra declaró que la ciudad no estaba en estado de resistir; pero Beaurepaire y sus principales oficiales, en cuyo número se contaban los jóvenes subtenientes que fueron después los generales Lemoine, Dufour y Marceau, futuras glorias de Francia, se opusieron, aunque inútilmente, a una capitulación prematura. Reconocían que el pueblo no podía resistir un prolongado sitio, pero querían que se rindiera con honor. El consejo se precipitó en el oprobio, y la capitulación quedó decidida. Beaurepaire, arrojando la pluma que le presentaban para firmar, y empuñando una pistola que se sacó del cinto, dijo:

—Señores, he jurado no rendir más que un cadáver a los enemigos de mi patria. Sobrevivid a vuestra vergüenza, si podéis; yo seré fiel a mis juramentos. Pero oíd mi última palabra; muero libre; lego mi sangre como oprobio a los cobardes y como ejemplo a los valientes.

Y, dicho esto, se disparó un pistoletazo en el pecho y cayó muerto en la sala del consejo. Este acto de heroísmo no hizo siquiera variar de color a los que se encontraban presentes, quienes retiraron el cadáver y... la rendición de Verdún quedó firmada. Las hijas de los principales vecinos de la villa, vestidas con sus mejores trajes, fueron procesionalmente a sembrar de flores el camino por donde debía el rey de Prusia hacer su entrada en el pueblo. Este crimen disculpable por el sexo, por la edad, y por la inocencia, las condujo después a todas al cadalso. La guarnición salió con los honores de la guerra, y un furgón arrastrado por caballos negros y cubierto con un manto tricolor en concepto de paño mortuorio, llevóse el cuerpo de Beaurepaire, cuyo cadáver no quisieron los soldados dejar prisionero. La Asamblea legislativa acordó tributar honores fúnebres a Beaurepaire, cuyo corazón fué depositado en el Panteón. El joven Marceau, que había protestado con elocuente indignación contra la capitulación, participó de las demostraciones de la admiración pública. Al salir de Verdún, había perdido las armas, el caballo y el equipo, y un representante del pueblo, que estaba en comisión cerca del ejército de Dumouriez, le preguntó:

—¿Qué deseáis que os devuelva la nación?

—Mi sable — respondió lacónicamente Marceau.

XIV

Las noticias de la fuga de Lafaytte, de la entrada del ejército coligado en Francia, de la toma de Longwy y de la capitulación de Verdún, se propalaron en París con la rapidez del rayo. En todos

los rostros reflejábase la consternación. Los extranjeros a seis jornadas de la capital, la traición en el ejército, la cobardía en los pueblos, el espanto en los campos, la alegría secreta en el corazón de los cómplices de la emigración, el gobierno derribado, la Asamblea disuelta, la catástrofe durante un interregno parlamentario, la guerra extranjera en medio de la guerra civil, jamás Francia había tenido tan cerca los días siniestros que presagian la descomposición de las naciones. Todo estaba muerto en ella, menos la voluntad de vivir. El entusiasmo de la patria y de la libertad sobrevivía, y la patria abandonada por todos no se abandonaba, necesitando sólo dos cosas para salvarse: tiempo y una dictadura. ¿Tiempo? El heroísmo de Dumouriez lo dió. ¿Dictadura? Dantón la aceptó bajo el nombre de corporación municipal de París. En el intervalo que medió desde el 10 de agosto hasta el 20 de septiembre no hubo más gobierno que el de Dantón. Dominando al ayuntamiento, cuyas voluntades servía, fomentaba y dirigía, llevaba al consejo de ministros la omnipotencia que tomaba en la casa consistorial, y hablaba como Mario, que sólo quería ver instrumentos en sus colegas. El filósofo Roland, el hacendista Claviere, el geómetra Monge, el diplomático Lebrún y el militar Serván no tenían el genio, ni la resolución, ni la perversidad de las crisis a que les había lanzado la ambición. Dantón era el único hombre de Estado del poder ejecutivo, como era también el único verbo, pues ninguno de los hombres de negocios, envejecidos en las secretarías o en las oficinas, sabía hablar el lenguaje de las pasiones que Dantón había aprendido con la larga práctica de los motines y de los tumultos. El pueblo conocía su voz, y un gesto suyo soliviantaba o tranquilizaba los ánimos; tenía aterrada a la Asamblea, donde hablaba menos como ministro que como mediador omnipotente que protege y que riñe; sus consejos eran órdenes, y, apoyado en su popularidad, daba cuenta, en términos imperativos, confusos y breves, de sus plebiscitos en la barra. Se apresuraba para entrar de nuevo en el misterio de los conciliábulos y en las intrigas de los agentes que le servían, o en los comités secretos del ayuntamiento. Claramente se echaba de ver la admiración que imponía su superioridad. La precisión de su talento, la energía de su patriotismo, lo acertado de sus consejos y el fuego de su alma habían puesto bajo su dependencia a todos los partidos. Tenía todos los cabos y los hacía obrar, ya mostrando, ya ocultando la mano, sin dignarse siquiera disfrazar el desdén que Roland le inspiraba; intervenía en los asuntos de todos sus colegas y dirigía la guerra, la hacienda, la gobernación y las cuestiones diplomáticas. Roland murmuraba y se quejaba a su mujer de la insolencia y de la universalidad de atribuciones que se arrogaba Dantón. Humillado por la superioridad de éste y asombrado de sus instintos, conocía Roland que el 10 de agosto se escapaba de las manos de los girondinos, quienes, aceptando a Dantón como auxiliar, se habían dado un dueño. Roland se sometía, sin embargo, esperando levantarse en la próxima Asamblea, y, mientras tanto, se limitaba a los detalles puramente administrativos del ministerio del Interior y se consolaba con las confidencias de Brissot, de Guadet y de Vergniaud.

XV

Esto no obstante, Dantón no descuidaba nada para añadir el poder de la seducción al de la intimidación que ejercía sobre Roland, y se dedicaba a agradar a la mujer de éste, conociendo que dominaba a su marido. La señora Roland veía, con la delicada repugnancia instintiva de su sexo, la presencia de Dantón en el poder ejecutivo. Aquel tribuno sin gracia, sin buenas costumbres y sin principios, era, en su concepto, una humillante concesión de los girondinos al miedo.

—¡Qué vergüenza — decía a sus amigos — que el consejo sea profanado por ese Dantón, cuya fama es tan mala!

—¿Qué queréis?—respondió Brissot—. Es necesario tomar la fuerza donde la hay.

—Es más fácil — replicó ella — no dar el poder a semejantes hombres, que impedir que abusen de él.

Soñaba la señora Roland con un consejo de ministros compuesto de republicanos firmes, moderados, incorruptibles, tales como los había visto en Plutarco, en cuyo lugar estaban la obsequiosa pero tímida probidad de Monge, que temía en cada mirada de Dantón ser denunciado a las sospechas del ayuntamiento; la indiferencia de Serván por todos los asuntos ajenos al ministerio de la Guerra, la medianía de Lebrún, y la turbulencia y la inmoralidad de Dantón. Sin embargo, recibía casi diariamente en su casa al joven ministro, unas veces poco antes de la hora del consejo, yendo él con anticipación para tener tiempo de conferenciar con ella, y, otras, durante las comidas íntimas en que se trataba de los negocios públicos. Dantón hacíase acompañar por Camilo Desmoulins y Fabre d'Eglantine, y su conversación respiraba patriotismo, decisión y un ardiente deseo de concordia. Sus palabras, el tono de su voz, el acento de sinceridad, y, por decirlo así, la serenidad de su entusiasmo ilusionaban a la señora Roland, que casi calificaba de calumnia el rumor público, creyendo que aquel hombre poseía las virtudes salvajes de la libertad; pero, cuando le miraba la cara, se reconvenía a sí misma de su indulgencia, porque no creía compatible la honradez con aquel rostro.

—Jamás he visto nada — decía — que caracterice tan perfectamente la furia de las pasiones brutales y el desenfreno, medio velado por una afectación de franqueza, de alegría y de bondad. Mi imaginación, que se complace en dar papel a los personajes, me representaba siempre a Dantón con un puñal en la mano, y soliviantando con la voz y con el gesto a una banda de asesinos no tan feroces como él, o ya, satisfecho de sus maldades, indicando con el gesto de Sardanápalo las cínicas voluptuosidades en que su alma descansaba del crimen.

Apenas elevado al poder por la catástrofe del 10 de agosto, abandonó el papel de agitador mostrándose a la altura de la crisis; conquistó con liberalidades a los ambiciosos sedientos de oro y de crédito, a quienes había despreciado largo tiempo en los clubs; formó un partido de todos los que aspiraban a la fortuna, pues, como él era venal, conocía el poder de la venalidad, e impúdicamente se procuró los medios; organizó la corrupción entre los patriotas, y no contento con los 100.000 francos de los fondos secretos, señalados el 10 de agosto a cada ministerio, se apropió la cuarta parte de los 2.000,000 que la Asamblea concedió al poder ejecutivo para los gastos de negociaciones con los gabinetes extranjeros y hasta obligó a Lebrún y a Serván a que le entregaran parte de los fondos pertenecientes a sus respectivos ministerios. Con estos fondos, envió al ejército comisionados escogidos entre los individuos del ayuntamiento de París más adictos a sus intereses, así es que el tesoro público pagaba los procónsules de Dantón.

XVI

La rivalidad de poderes, iniciada en la noche del 9 al 10 de agosto entre la Asamblea moribunda y la corporación municipal, aumentaba, cada vez con mayor insolencia, de día en día. La Asamblea, único poder legal y único resto de la Constitución, trataba de atraer al pueblo, después de la crisis, al sentimiento de la legalidad y al respeto constitucional por la autoridad de los representantes de la nación, porque quería gobernar según las leyes. El consejo general del ayuntamiento, producto de una insurrección y de una usurpación, deseaba perpetuar en beneficio propio el derecho de la insurrección; arrogarse todo el poder ejecutivo y servirse de la representación nacional exclusivamente para dar fuerza de decreto a las intimaciones absolutas de la capital. Cada sesión demostraba esta lucha, y los comisionados llevaban a la Asamblea un voto del Ayuntamiento; algunos se oponían enérgicamente a aquella usurpación de poderes; pero otros, intimidados o cómplices, demostraban la urgencia del decreto propuesto, concluyendo por someterse servilmente a la voluntad del ayuntamiento, o por adoptar una medida equívoca que ocultaban la dependencia bajo apariencias de transacción. Los girondinos temblaban, pero obedecían; y, por temor de parecer vencidos, se hacían cómplices. También solicitó imperiosamente la corporación municipal la creación de un tribunal mi-

litar que juzgara sumariamente a los enemigos del pueblo y a los cómplices de la corte. Brissot y sus amigos temblaron ante la idea de poner en manos del pueblo semejante instrumento de tiranía; resistieron durante algunos días y redactaron una proclama con el propósito de inculcar en los ánimos los principios de justicia, de humanidad e imparcialidad, garantías de la vida de los ciudadanos en los tribunales. Choudieu y Thuriot, aunque jacobinos, se opusieron enérgicamente a la creación de aquel tribunal de venganza.

—Adoro la Revolución — dijo Thuriot—; pero declaro que, si ésta sólo pudiera triunfar con un crimen, la dejaría perecer antes que degradarme.

Thuriot tenía por conciencia la revelación de la verdadera salvación de las revoluciones. El crimen es la política de los asesinos, y el verdadero genio siempre es inocente, porque es la suprema inteligencia. La corporación municipal insistió y amenazó.

—Ciudadanos — dijo un orador en la barra de la Asamblea—, el pueblo está cansado de ver que no se le venga, temed que se tome la justicia por su mano. Esta noche a las doce se tocará a rebato y se oirá la generala; queremos que se nombre un ciudadano por cada sección para formar un tribunal criminal, y que este tribunal celebre sus sesiones en el palacio de las Tullerías, a fin de que la venganza parta del mismo punto donde se ha fraguado el crimen. Pido que Luis XVI y María Antonieta, tan ávidos de la sangre del pueblo, se sacien viendo correr la de sus infames satélites...

—Si antes de tres horas — añadió otro orador — los jurados que pedimos que se nombren no están en disposición de hacer justicia, caerán sobre vuestras cabezas muchas desgracias.

Herault de Sechelles, en nombre de la comisión extraordinaria, respondió pocos momentos después a aquella intimación, leyendo un decreto creando un tribunal encargado de juzgar los crímenes del 10 de agosto. Robespierre, nombrado presidente de este tribunal, se excusó, ya por horror a la sangre, ya por desprecio a una magistratura que no correspondía a su alteza de miras.

XVII

La guardia nacional, odiosa para unos y sospechosa para otros, fué reorganizada popularmente bajo la denominación de *Secciones armadas*, a cada compañía de las cuales se agregó un número ilimitado de obreros y de proletarios provistos de picas, guardia pretoriana de la municipalidad, de la que recibía la paga y las órdenes y para vigilar a los ciudadanos de las secciones. No satisfecha la corporación municipal con la creación del tribunal criminal, pidió en la sesión del 25 de agosto que se llevaran a París a los presos de Orleáns, «para sufrir en la capital el suplicio que merecían sus crímenes». Los federados de Brest, armados, acompañaban aquel día a los comisionados del ayuntamiento, y uno amenazó a la Asamblea con la venganza del pueblo, si no se le sacrificaba la sangre de los prisioneros. Lacroix, amigo de Robespierre y de Dantón, jacobino fanático, pero diputado intrépido, que presidía la Asamblea, respondió indignado:

—Francia tiene los ojos fijos en la Asamblea nacional, y nosotros nos mantendremos dignos de ella, pues las amenazas no nos producirán otro efecto que el de resignarnos a morir. No está en nuestras atribuciones el modificar la Constitución; haced esa petición a la Convención nacional, pues sólo a ella compete variar la organización del gran tribunal de Orleáns. Hemos cumplido nuestro deber, y si la muerte es la última prueba necesaria para persuadiros de ello, el pueblo, con quien nos amenazáis, puede disponer de nuestra vida. Los diputados que arrostraron la muerte cuando los satélites del despotismo amenazaban al pueblo, con quien han participado de todos los peligros que le amenazaban, sabrán morir en su puesto. Decidlo así a los que os han enviado.

Esta generosa resistencia de Lacroix, amigo y confidente de Dantón, hace suponer que aquel ministro continuaba oponiéndose personalmente a las instigaciones de Marat y de su partido, que lo impulsaban a los crímenes de septiembre. De este modo, a los catorce días del

triunfo conseguido colectivamente contra el trono, la Asamblea disputaba al ayuntamiento y al pueblo el asesinato. Al día siguiente, aprobó el decreto de deportación contra los clérigos que hubieran rehusado el juramento de la constitución civil del clero, o retractádose de él.

XVIII

La toma de Longwy interrumpió la lucha entre la Asamblea y la corporación municipal de París, reemplazándola por una rivalidad de sacrificios para conjurar el peligro de la patria. Jacobinos, girondinos y franciscanos acordaron organizar tropas extraordinarias a las que dotaron del equipo y armamento que las circunstancias reclamaban. Un grito de indignación resonó en todas partes contra el comadante de Longwy, y Vergniaud propuso que se impusiera la pena de muerte a todo ciudadano de una plaza sitiada que pretendiera rendirse. Luckner fué reemplazado en el ejército de Metz por Kellermann, general apasionado por las armas y por la libertad, que había ganado los galones en la guerra de Siete Años, donde adquirió la experiencia de los antiguos capitanes de Federico. La Revolución lo había sorprendido de coronel y lo promovió al rango de general. Unido a Luckner, habíase granjeado el afecto de las tropas, pero, destituído éste, Kellermann rehusó el mando del ejército de su antiguo jefe y amigo, si no se daba al viejo mariscal el grado de generalísimo. La Asamblea, conmovida por la generosidad de Kellermann, y convencida de la inocencia y de la imbecilidad de Luckner, nombró a éste generalísimo y lo envió a Chalons a gozar de su título puramente honorífico, y a organizar los batallones de voluntarios que de todos los departamentos llegaban al ejército.

Mientras Dantón prestaba al gobierno el vigor de sus golpes de mano, Robespierre, menos dueño que él del consejo de la municipalidad y colocado a más bajo nivel, levantó la voz después de la batalla, para explicar al pueblo la importancia y consecuencias del desastre.

«La nación francesa había llegado, escribió, al punto de calamidad pública en que las naciones, como los individuos, sólo tienen un deber, que es el de procurarse su propia existencia. Se ha levantado como en 1789, pero más ordenada y majestuosamente que entonces, ejerciendo con más serenidad la soberanía para asegurarse la salvación y la dicha. En 1789, una parte de la aristocracia la ayudaba; en 1792 no ha tenido para salvarse más que a sí misma.»

Haciendo después la relación de la jornada, reasumió así su opinión sobre las consecuencias del 10 de agosto:

«La Asamblea suspendió al rey, pero con eso no hizo bastante, pues no era la suspensión, sino la destitución de la majestad lo que debía haber decretado. Debía cortar esta cuestión, cuya solución nos proporciona dificultades y dilaciones. En lugar de esto, trató de nombrar un gobernador al príncipe real. Franceses, pensad en la sangre que se ha derramado. Recordad los prodigios de valor que os han hecho superiores a todos los pueblos de la tierra; recordad los principios inmortales que tuvisteis la audacia y la gloria de hacer resonar antes que nadie alrededor de los tronos para sacar al género humano de las tinieblas y de la servidumbre. ¡Qué gran diferencia entre esta misión sublime y la elección de un ayo para educar al hijo de un tirano!

»¡Pero ya está en camino la revolución más grande y más hermosa que ha realizado la humanidad! ¡la única que ha tenido objeto verdaderamente digno del hombre, el de fundar sociedades políticas sobre los principios divinos de la igualdad, de la justicia y de la razón! ¡Qué otra causa podía inspirar al pueblo un valor sublime y paciente, capaz de realizar prodigios de heroísmo, iguales a cuanto la historia nos refiere de la antigüedad! El sacudimiento que ha derribado un trono, ha conmovido todos los demás. Franceses, estad alerta y velad: o los reyes o los franceses deben sucumbir. Romped, pues, los últimos eslabones de la cadena del trono, dando al universo, y a vosotros mismos, la mejor de las constituciones posibles. No llevéis a la Convención sino a hombres ajenos a las intrigas y a las bajezas, que son las virtudes de las cortes; en adelante estaréis en guerra contra todos los opresores, y

sólo lograréis paz cuando los hayáis vencido y castigado.»

Esto no era más que un llamamiento a las elecciones que se aproximaban.

XIX

Pethión, objeto del culto platónico de los comisionados del nuevo ayuntamiento, que le llamaban el *Padre de la patria*, no se presentaba más que de vez en cuando en la barra de la Asamblea, para justificar las usurpaciones de la corporación municipal. La sonrisa bondadosa que asomaba a sus labios, disfrazaba mal las amarguras que le hacían sufrir en la alcaldía; era la prenda que tenía el pueblo en la casa consistorial, donde el verdadero alcalde era Dantón. Este, presenciando siempre las deliberaciones de aquel cuerpo municipal reunido en sesión permanente, descuidaba la Asamblea por el ayuntamiento, conviniendo con éste las medidas de gobierno cuyo poder ejecutivo era él. Para dar a la corporación municipal la dirección, la unidad y el secreto necesarios a una reunión de personas de acción, y hacer prevalecer, en sesión general, las resoluciones adoptadas, había dividido, de acuerdo con Marat, el concejo municipal en distintos comités, que deliberaban y obraban aisladamente, a semejanza de los que, más tarde, concentraron el gobierno en la Convención. El comité soberano era el de la *Vigilancia general*, que se componía de un reducido número de personas sucesivamente escogidas y depuradas por Marat y por Dantón. Este comité, que dominaba a los demás, arrogábase todos los poderes y avanzaba más que los decretos de la Asamblea; citaba ante su presencia a los ciudadanos, les hacía detener, llenando con ellos las cárceles, ejercía la policía general de la nación y disciplinaba la insurrección; era la conjuración permanente, modelo de la institución de tiranía que ejerció después el comité de *Salud pública*. Apoyándose Dantón en la autoridad del ministro de Justicia en el consejo ejecutivo, y en la influencia que ejercía en el comité de vigilancia en la corporación municipal, daba a sus órdenes, como ministro, la fuerza de ley. Si Dantón pensaba cometer un crimen, este crimen pasaba a ser un acto de gobierno; si no lo meditaba, permitía que se preparase en la sombra y cerca de él. Renovaba a propósito los miembros del comité, para que en el momento de la ejecución ninguno de aquellos hombres vacilase. Desde el 29 de agosto dejó transparentar su pensamiento ante la Asamblea nacional.

XX

Hizo esto en la sesión nocturna, cuando la Asamblea, conmovida a causa de las noticias que se recibían de la frontera, adoptaba disposiciones para igualar la decisión con los peligros. Multiplicábanse las proposiciones; y Vergniaud, Guadet, Brissot, Gensonné, Lasource, Chambón y Ducós, golpeaban con los pies en la tribuna como para hacer brotar del suelo defensores de la patria. Se decretaban levas, requisas, y adquisición de caballos y armas. En medio de aquella agitación, Dantón entró en la sala seguido por sus colegas y subió a la tribuna con la resolución de quien lleva una solución en la cabeza. Al verle, todos guardaron silencio, en actitud expectante.

—El poder ejecutivo — dijo — me encarga que notifique a la Asamblea nacional las medidas que ha adoptado para salvar a la patria, y probaré la necesidad de estas medidas, como ministro del pueblo, como ministro revolucionario. El enemigo amenaza al reino; pero el enemigo no ha tomado a Longwy: sin embargo, aunque se exageran nuestros reveses, los peligros son grandes y es necesario que la Asamblea se muestre digna de la nación; por medio de una convulsión hemos derribado el despotismo, y por medio de otra gran convulsión haremos retrogradar a los déspotas. Hasta ahora sólo hemos hecho la guerra simulada de Lafayette, y es necesario combatir con mayor pujanza impulsando al pueblo a precipitarse en masa sobre los enemigos. Se han cerrado hasta ahora las puertas de la capital, medida acertada porque nos permite apoderarnos de los traidores; pero, aunque sean treinta mil, es necesario que estén presos mañana y que mañana se comunique París con el resto de Francia, por lo cual solicitamos

autorización para hacer visitas domiciliarias. ¿Qué diría Francia, si París, estupefacto, esperase inmóvil la llegada de los enemigos? El pueblo francés ha querido ser libre, y lo será.

El ministro, después de esto, guardó silencio, la Asamblea se asombró y el decreto quedó aprobado. Dantón encaminóse corriendo al Ayuntamiento, dispuesto ya a la obediencia, y pidió «que decretara, sin levantar la sesión, las medidas necesarias para dar el golpe de Estado nacional, cuya responsabilidad arrostraba el poder ejecutivo; que al toque de tambor, que se oiría al día siguiente, se obligara a todos los ciudadanos a entrar en sus casas; a las dos se suspendería la circulación de los carruajes; se invitaría a las secciones, a los tribunales y a los clubs a cerrar sus sesiones, para no distraer la atención pública de las necesidades del momento; por la noche se iluminarían las casas; comisionados escogidos por las secciones y acompañados por la fuerza pública penetrarían en nombre de la ley en todos los domicilios, y éstos declararían y entregarían las armas que poseyesen; respecto al que fuera sospechoso, se harían investigaciones, y, si se demostraba que había mentido, se le prendería; todo ciudadano que se encontrara en un domicilio que no fuera el suyo, sería declarado sospechoso y se le encarcelaría, y las casas inhabitadas o que no se abrieran, serían selladas. El comandante general Santerre pediría fuerza a las secciones armadas, con las cuales formaría un segundo cordón de guardias en torno de París, para detener al que intentara huir; se registrarían los jardines, los bosques y los paseos de los alrededores; y barcos armados interceptarían en los dos extremos de París el curso del río, a fin de cortar todos los medios de fuga a los enemigos de la nación.»

Dictadas estas medidas, se retiró Dantón y fué al comité de vigilancia de la corporación municipal a dar las últimas órdenes a sus cómplices. Este comité, que había sido renovado, estaba presidido por Marat, que no era comisario de ninguna sección; pero el consejo general habíale concedido el favor excepcional de asistir a las sesiones por derecho de patriotismo, concediéndole una tribuna de honor en su seno para que, desde ella, notificase al pueblo sus deliberaciones. Los demás miembros eran Panís, cuñado de Santerre; Lepeintre y Sargent, presidentes de sección; Duplein, Lenfant, Lefort, Jourdeuil, Desforgues, Guermeur, Leclerc y Dufort, dignos colegas de Marat y ejecutores de Dantón. Mehée, secretario; Manuel, procurador del Ayuntamiento; Billaut-Varennes, su substituto; Collot d'Herbois, Fabre d'Eglantine, Tallien, secretario del Consejo general; Huguenín, presidente; Herbet y algunos otros entre los jefes de la corporación municipal, sea porque hubieran aprobado, combatido o tolerado la resolución, tuvieron conocimiento de ella. Las actas y otros documentos irrecusables atestiguan que en aquella convulsión popular, predicha y aceptada, si no provocada por Dantón, todo fué previamente premeditado y preparado: los ejecutores, las víctimas y hasta las tumbas.

Envueltas en el misterio han quedado las deliberaciones de aquel conciliábulo; sólo se sabe que Dantón, moviendo horizontalmente la mano, dijo con aspereza y acrimonia:

—Es preciso aterrorizar a los realistas.

Más adelante, él mismo declaró en contra suya explicando aquellas famosas palabras, dirigidas a la Convención, al responder a los girondinos que le acusaban del 2 de septiembre:

—Miré mi crimen cara a cara y lo cometí.

XXI

Antes de media noche, Maillard, jefe de las hordas del 6 de octubre, recibió orden de reunir su milicia de sicarios para efectuar una próxima expedición, cuya hora y víctimas se le designarían después, ofreciéndosele una gratificación por asesinato, y encargándole que tuviera preparados los carros necesarios para conducir los cadáveres.

Finalmente, dos agentes del comité de vigilancia se presentaron el 28 de agosto a las seis de la mañana en casa del enterrador de la parroquia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, mandándole que cogiera su azada y los siguiera. Cuando llegaron a las canteras que se extienden fuera de la

puerta de Saint-Jacques, algunas de las cuales habían servido de catacumbas durante la reciente mudanza de los cementerios de París, los dos desconocidos desenvolvieron un plano y se orientaron sobre aquel campo de muerte, reconocieron por las señales trazadas en el suelo y marcadas en el mapa el sitio de aquellos cerrados subterráneos, y ellos mismos trazaron con la azada un círculo de seis pies de diámetro, donde el enterrador debía cavar para encontrar la abertura del pozo que daba entrada a aquellos abismos; entregáronle el dinero necesario para pagar los obreros, encargáronle que cuidara de que la obra quedara concluída al cuarto día y se marcharon imponiéndole silencio.

Pero este silencio no encubrió por completo aquellos funestos preparativos, pues un sordo rumor que circuló en las cárceles notificó a las víctimas el golpe que les amenazaba. Los carceleros y llaveros recibieron y propagaron advertencias confusas.

Dantón, cediendo a las súplicas de la amistad y a los impulsos de su corazón, hizo poner en libertad la víspera a algunos presos, en cuya suerte se le interesó. Al mandar cometer el crimen por ferocidad de sistema y no por ferocidad natural, Dantón se consideraba feliz ocultándose a sí mismo las víctimas. El señor de Marguerie, oficial superior de la guardia constitucional del rey; el abate Lhomond, célebre gramático, y algunos pobres clérigos de las escuelas cristianas, que habían contribuído a la educación de Dantón, le debieron la vida. Marat, por orden del ministro, ordenó que salieran estos presos, y él mismo puso a algunos al abrigo del golpe que iba a asestar, pues el corazón del hombre jamás es tan inflexible como su espíritu. La amistad de Manuel salvó a Beaumarchais, el autor de la comedia de *Fígaro*, de aquel prólogo de la revolución que había empezado por la risa y había de concluir por el hacha. Manuel fué a la cárcel de los Carmelitas a poner un centinela a la puerta de cuatro ancianos religiosos, a quienes se había permitido concluir allí su vida y que fueron los únicos que sobrevivieron. No eran conocidos de Manuel, pero se consideró inútil derramar su sangre.

El abate Berardier, jefe principal del colegio de Luis el Grande, donde habían estudiado Robespierre y Camilo Desmoulins, recibió el día del degüello un salvoconducto de una mano desconocida. Aquellos preparativos, aquellas advertencias y aquellas excepciones demuestran la premeditación. Camilo, que era confidente de todos los pensamientos de Dantón, no podía ignorar el organizado plan de degüello; también era imposible que Dantón no insinuara algo a Santerre, comandante en jefe de los guardias nacionales y cuya inacción era indispensable durante tres días para la perpetración de tantas muertes; pero, enterado del golpe Santerre, no podía ignorarlo Pethión, porque el comandante de la fuerza cívica dependía del alcalde de París. Las medias palabras, las confidencias equívocas, los signos de inteligencia, indispensables entre conjurados que se reúnen, que deliberan y que obran casi a cara descubierta en presencia unos de otros en un consejo compuesto de ciento ochenta miembros, no podían en modo alguno ocultarse a Pethión.

XXII

Las relaciones de la policía municipal, que se presentaban de hora en hora en el ayuntamiento, no ocultaban los preparativos, ni los hombres, ni las armas de que se disponían para el acontecimiento. ¿Cómo podía ignorar el Ayuntamiento lo que se sabía en las cárceles? Después de ejecutado el acto, todo el mundo se ha lavado las manos; después de haberlo atribuído mucho tiempo a un movimiento repentino e irresistible de la cólera del pueblo, se ha pretendido reducir el crimen al más pequeño número posible de ejecutores, pero la historia no puede tener tales condescendencias; el pensamiento pertenece a Marat; la aceptación y la responsabilidad a Dantón; la ejecución al consejo de vigilancia; la complicidad a muchos y la cobarde tolerancia a casi todos. Los más animosos, conociendo su impotencia para impedir el asesinato, afectaron ignorarlo para no verse obligados a aprobarlo ni a prevenirlo; se separaron, se condolieron y callaron. Para la guardia nacional, para la

Asamblea y para el Consejo general del ayuntamiento, fué éste un crimen de reticencia; cerraron los ojos mientras se cometía, y no lo execraron con energía hasta después de cometido. En el alma de Marat fué la sed insaciable de sangre, remedio supremo de una sociedad que, según sus sueños, quería matar para resucitarla; en el genio de Dantón fué un golpe de Estado político y razonó su crimen antes de ordenar su ejecución; siendo tan fácil impedirlo como tolerarlo, se disfrazó a sí mismo la atrocidad.

—No asesinaremos — dijo en la última conferencia que celebró con el consejo de vigilancia—; juzgaremos, y ningún inocente perecerá.

Dantón quiso tres cosas: la primera, conmover al pueblo y comprometerlo de tal modo en la causa de la Revolución, que, no pudiendo retroceder, se lanzara a las fronteras salpicado con la sangre de los realistas, sin más esperanza que la de triunfar o morir; la segunda, aterrorizar a los realistas, a los aristócratas y a los clérigos; y la tercera, intimidar a los girondinos, que empezaban a murmurar de la tiranía de la corporación municipal y demostrarles que, si no se convertían en instrumentos del pueblo, podían llegar a ser sus víctimas.

Pero a Dantón lo impulsó al asesinato una causa más personal y menos utópica; su carácter le había dado reputación de enérgico, y él, lleno de orgullo, quiso demostrarlo con una medida que admirase a amigos y a enemigos. Confundió el crimen con el genio y despreció a los que se detenían ante algún obstáculo, aunque éste fuera el asesinato en masa; se admiraba de los remordimientos y consintió ser el fenómeno de la furia revolucionaria; hubo hasta vanidad en su crimen, del que creyó que, purificándose por la intención y la distancia, perdería su carácter; que su nombre se engrandecería y que sería el coloso de la Revolución; pero se engañaba. Cuanto más se alejan los crímenes políticos de las pasiones que han impulsado a cometerlos, más sombrío es el color con que los ve la posteridad. La historia es la conciencia del género humano, y el grito de esta conciencia será la condenación de Dantón; se ha dicho que salvó la patria y la Revolución con los asesinatos y que las victorias son su excusa; pero se engañan como él se engañó. El pueblo a quien se necesitó embriagar con sangre para impulsarlo a defender la patria, estaría formado por malvados y no por héroes, porque el heroísmo es lo contrario del asesinato. El prestigio de la Revolución estaba en la justicia y en la moralidad, y aquel degüello la manchó ante los ojos de Europa, que, indudablemente, prorrumpiría en un grito de horror, pero el horror no es respeto, y con la deshonra no se sirve a las causas.

LIBRO XXV

París sin comunicación con el exterior.—Visitas domiciliarias.—Los sospechosos en las cárceles.—Dantón se prepara para el acontecimiento.—Robespierre deja marchar la revolución.—Saint-Just y Robespierre.—El 2 de septiembre.—Asesinatos en las prisiones.—Los suizos.—El barón de Reding.—Los guardias del rey.—El señor de Montmorín.—El señor de Sombreuil y su hija.—Cazotte y su hija.—Thierry.—Los señores de Maillé y de Rohán-Chabot.—El joven Montsabray.—El abate Sicard.—El arzobispo de Arlés.—La princesa de Lamballe.—El negro Delorme.

I

Apenas había salido Dantón del comité secreto de la municipalidad, cuando la población, avisada por el redoble de los tambores, se paralizó repentinamente como una ciudad muerta, cuyos habitantes hubiera dispersado una calamidad inesperada. Aunque el sol de verano iluminaba las cimas de los árboles de las Tullerías, del Luxemburgo, de los Campos Elíseos y de los baluartes, estos paseos, las plazas y las calles estaban completamente desiertos. El sordo rumor de los carruajes, que es el ruido de la vida y se asemeja al murmullo de las corrientes humanas, había cesado, y sólo se oía el estruendo de las puertas y ventanas que el vecindario se apresuraba a cerrar atropelladamente como a la aproximación de un enemigo público. Las cuadrillas de hombres armados de picas, las patrullas de confederados y los destacamentos de marselleses y de brestenses, atravesaban con lentitud los diferentes cuarteles. Santerre, seguido por su estado mayor, compuesto de cuarenta y ocho edecanes,

que le habían proporcionado las secciones, recorría a caballo los puestos. Las puertas de la ciudad, cerradas, estaban defendidas por los marselleses, formando las secciones por la parte exterior una segunda muralla de centinelas.

Estaban cortadas todas las comunicaciones con la campiña, y París, en silencio, asemejábase a un prisionero cuyos miembros están sujetos mientras lo encierran o encadenan; el agua del río estaba tan prisionera como el suelo. Algunas flotillas de barcas, llenas de hombres armados, navegaban constantemente por el Sena, impidiendo toda comunicación entre ambas márgenes. Los parapetos de los muelles, los ojos de los puentes, las techumbres de los barcos de baños o de blanqueo sobre el río, estaban poblados por centinelas. De vez en cuando un disparo de fusil, hecho en alguno de estos puntos culminantes, alcanzaba a los fugitivos que buscaban asilo hasta en la embocadura de los albañales. Muchos obreros de los puertos murieron de este modo al salir de los barcos o al entrar en ellos. Llegada la hora, era un crimen todo paso en la ciudad. Las escuadras de picas detenían a cuantos se habían retardado por casualidad, por imprudencia o por necesidad de la vida. Mientras las calles estaban desiertas, reinaban en lo interior de las casas la expectativa y el terror. Nadie sabía si sería criminal o inocente para los que hacían la visita domiciliaria, y si estaba próximo a ser arrebatado al hogar, a la esposa y a los hijos.

Un arma que no hubiera sido declarada era motivo suficiente para la delación, y, declarada, se convertía en testimonio de sospecha. Cualquier distintivo realista, el uniforme de la guardia del rey, un sello, un botón con las armas reales, un retrato, la carta de un amigo o de un pariente emigrado, la hospitalidad concedida a un extranjero, y cuya permanencia en la casa tal vez se ignoraba, todo podía ser título de muerte. La denuncia de un enemigo, de un vecino, de un criado, hacía palidecer. Todos buscaban para sí, para sus huéspedes, para los objetos que se deseaba substraer a las pesquisas, lugares obscuros, sitios retirados, asilos y escondrijos que engañaran a los que giraban la visita. La gente escondíase en las bodegas, subía a los tejados, se encaramaba por los cañones de las chimeneas, hacía excavaciones en las paredes y nichos que se cubrían con armarios o con cuadros; levantaba las tablas del pavimento, se ocultaba entre las vigas que sostenían el piso; en una palabra, se envidiaba la suerte de los reptiles.

Al resonar los aldabazos que descargaban los comisarios en las puertas de las casas, deteníase la respiración de los moradores. Los comisarios subían acompañados por hombres de las secciones, con el sable desenvainado, jornaleros que conocían todos los secretos artificios por cuyo medio las paredes, los muebles, las maderas, las camas, los colchones y las piedras pueden ser cómplices de una ocultación. Varios cerrajeros, provistos de sus herramientas, abrían las cerraduras, hundían las puertas, sondeaban el pavimento y burlaban los recursos de la ternura, de la hospitalidad y del miedo.

Cinco mil sospechosos fueron hechos prisioneros en sus domicilios o en sus albergues, durante el breve espacio de una noche. Se les buscó hasta en las camas de los enfermos, hasta en los hospitales adonde habían ido a morir. La odiosa tenacidad de los sicarios de Dantón aventajó en ingenio al miedo. Fueron reducidos a prisión hasta los tres hermanos Sansón, verdugos de París, culpables de haber prestado su guillotina a las venganzas de la soberanía.

Pocos realistas lograron escaparse. En París no quedó ninguno de los que no habían podido salir de su recinto después del 10 de agosto.

II

Al amanecer del día siguiente, el depósito de la alcaldía, las secciones, las antiguas cárceles de París y los conventos, estaban atestados de prisioneros, a los que se interrogó sumariamente, y se puso en libertad a la mitad de ellos, víctimas del error, de la precipitación, de la noche, y que fueron reclamados por las respectivas secciones. Los demás fueron conducidos a las cárceles de la Abadía de San Germán, de la Consejería, del Cha-

telet, de la Fuerza, del Luxemburgo, y a los antiguos monasterios de los Bernardinos, de San Fermín y del Carmen. Bicetre y la Salpetriere, esas dos grandes sentinas de París, estrecharon sus filas para recibirlos.

Los tres días que siguieron a esta noche, fueron empleados por los comisarios de las secciones en seleccionar a los presos. El rumor de la suerte que les estaba reservada, percibíase desde lejos; ya se deliberaba acerca de su muerte. La sección de la Pescadería los condenó a la guillotina. La sección de las Termas pidió que fueran ejecutados, sin más forma de proceso, por el peligro que su vida hacía correr a la patria.

—Es preciso limpiar las cárceles y no dejar traidores detrás de nosotros cuando vayamos a las fronteras — decían Marat y Dantón a las masas—. El pueblo necesita que se dé forma a su cólera y que se le familiarice con los crímenes.

III

Tal era la actitud de Dantón la víspera de estos sucesos delictivos.

En cuanto a Robespierre, desempeñó en estas jornadas el mismo papel que en las demás crisis: en la cuestión de la guerra, en el 20 de junio y en el 10 de agosto. No obraba, pero vituperó y abandonó los sucesos a sí mismos, y, después de consumados, los aceptó como un paso de la Revolución que ya no podía retroceder. No permitió que otros le aventajaran en popularidad, lavóse las manos en la sangre y la dejó correr. Pero su reputación, inferior a la de Dantón y Marat en el consejo de la corporación municipal, no le daba en aquellas circunstancias la fuerza de poder necesaria para impedir cosa alguna. Estaba obscurecido como Pethión. Estos, lo mismo que los girondinos, veían desarrollarse los proyectos de Marat y de Dantón, pero, considerándose impotentes para precaverlos, fingían que los ignoraban. Un hecho recientemente revelado por un confidente de Robespierre y de Saint-Just, que logró sobrevivir a aquellos tiempos infaustos, prueba la exactitud de estas conjeturas, en cuanto a Robespierre, en la ejecución de las jornadas de septiembre.

IV

En aquel tiempo, Robespierre y el joven Saint-Just, vivían en la íntima familiaridad que suele unir al maestro y al discípulo. Saint-Just, que había tomado ya parte en el movimiento de la época, seguía y adivinaba la crisis de la Revolución con la fría impasibilidad de la lógica, que hace al corazón impasible como un sistema, y riguroso como una abstracción. La política era en su concepto una lucha a muerte, y los vencidos víctimas. El 2 de septiembre, a las once de la noche, Robespierre y Saint-Just salieron juntos del club de los jacobinos, fatigados de los trabajos corporales y morales de un día dedicado por completo a las deliberaciones.

Saint-Just habitaba un pequeño aposento de una posada de la calle de Santa Ana, no lejos de la casa del carpintero Duplay, donde vivía Robespierre. Hablando de los sucesos del día y de las amenazas del siguiente, llegaron a la puerta de la casa de Saint-Just. Embebido Robespierre en sus cavilaciones, subió para proseguir la conversación hasta la habitación del joven. Saint-Just se desnudó, puso la ropa en una silla y se dispuso a dormir.

—¿Qué vas a hacer? — le preguntó Robespierre.

—Voy a acostarme — respondió Saint-Just.

—¡Qué! ¿Puedes conciliar el sueño en una noche como ésta? — le replicó Robespierre—. ¿No oyes tocar a rebato? ¿Ignoras que esta noche será tal vez la última para miles de personas, que viven cuando vas a dormirte y que serán cadáveres cuando despiertes?

—¡Ay! — respondió Saint-Just—. Sé que se cometerán muchos asesinatos esta noche y lo deploro. Quisiera tener poder suficiente para moderar los disturbios de la sociedad que batalla entre la libertad y la muerte, pero, ¡qué sé yo! Además, los que sean sacrificados esta noche, no son partidarios de nuestras ideas. Adiós.

Y, dicho esto, se quedó dormido.

El día siguiente, al rayar el alba, cuan-

do despertó Saint-Just, vió a Robespierre paseándose por el aposento, y asomándose de vez en cuando a la vidriera, para ver la naciente claridad del día en el cielo, y escuchar el ruido de la calle. Asombrado Saint-Just de que su amigo estuviera tan temprano en el mismo sitio en que lo había dejado él al dormirse, le preguntó:

—¿Qué te trae hoy por aquí tan de mañana?

—¿Qué es lo que me trae? — respondió Robespierre—. ¿Piensas acaso que he vuelto?

—Qué, ¿no te has ido a dormir? — repuso Saint-Just.

—¡Dormir! — replicó Robespierre—, ¡dormir, mientras que centenares de asesinos degüellan a miles de víctimas, y la sangre, pura o impura, corre como el agua en los albañales!... ¡Oh! no — prosiguió diciendo con voz sombría y con la sonrisa sardónica en los labios—; no, no me he acostado; he velado como los remordimientos o como el crimen; sí, he tenido la debilidad de no dormir; ¡pero DANTÓN HA DORMIDO!

V

Las desastrosas noticias recibidas de la frontera, los alistamientos patrióticos que se hacían en los tablados colocados en las principales encrucijadas de París, los paseos de los voluntarios al son del tambor y cantando la *Marsellesa* y el *Ça ira*, la bandera negra, señal de una guerra fúnebre, desplegada en el ayuntamiento y en las torres de la catedral; las hojas volantes de Marat y de Hebert, escritas con sangre; los periódicos pegados en las esquinas, que, como exclamaciones anónimas, hacían hablar a las paredes y aglomeraban al pueblo en grupos tumultuosos para oír su lectura; la campana tocando a rebato y acelerando la respiración de la ciudad inmensa; y, por último, el cañón de alarma disparado de hora en hora, todo había sido calculado para exacerbar la fiebre revolucionaria. El exterminio había sido combinado como un plan de campaña, pues hasta las casualidades habían sido previstas y concertadas.

VI

El domingo 2 de septiembre, a las tres de la tarde, cuando el pueblo acababa de comer y se lanzaba a las calles para distraerse, dióse la señal como por efecto de esos incidentes que se verifican espontáneamente.

Cinco coches, ocupado cada uno por seis sacerdotes, se encaminaron desde el depósito del ayuntamiento a la cárcel de la Abadía, por el Puente Nuevo y la calle de Bussy, lugares tumultuosos y funestos. Al tercer cañonazo de alarma, emprendieron la marcha estos coches, seguidos por una pequeña escolta de aviñoneses y marselleses armados de sables y de picas. Llevaban abiertas las portezuelas para que la muchedumbre viera en el interior los trajes talares que tanto aborrecía. Varios grupos de muchachos, de mujeres y de hombres del pueblo los seguían, insultando a los sacerdotes. Los que formaban la escolta repetían las injurias, las amenazas y las insolencias del populacho.

—¡Mirad! — decían a la multitud, mostrándole los presos con la punta de los sables—. Esos son los cómplices de los prusianos, y los que os degollarán si les dejáis vivir para que puedan traicionaros.

El tumulto, aumentado a cada paso, al atravesar la calle Delfina, fué detenido por otro grupo que cerraba el paso en la encrucijada de Bussy, donde algunos oficiales municipales inscribían al aire libre a los voluntarios que se presentaban. Detuviéronse los coches; un hombre, atravesando por entre la escolta, que le abrió paso, subió al estribo del primer coche, sepultó dos veces consecutivas la hoja de un sable en el cuerpo de un sacerdote, la sacó humeando, y la mostró ensangrentada al pueblo, que exhaló un grito de horror y se alejó.

—¡Esto os atemoriza, cobardes! — exclamó el asesino con desdeñosa sonrisa—. Es preciso que os familiaricéis con la muerte.

Al pronunciar estas palabras, hundió otra vez la punta del sable dentro del coche, y continuó hiriendo. Los sacerdotes,

uno con el hombro atravesado, el otro con el rostro acuchillado, y el tercero con una mano cortada, intentaron ocultar el rostro. Al abate Sicard, piadoso director de los sordomudos, lo defendieron los cuerpos de sus compañeros heridos. Los coches reanudaron lentamente la marcha, y el asesino, pasando de uno a otro, y apoyándose con la mano en las portezuelas, hirió con la otra, a ciegas, a cuantos alcanzó con el arma. Los asesinos de Aviñón, confundidos en la escolta, rivalizaron con él hundiendo las bayonetas dentro de los coches. Las puntas de las picas asestadas contra las portezuelas, amenazaban a los sacerdotes que intentaban arrojarse a la calle. La dilatada fila de estos coches, que rodaban pausadamente, dejando un reguero de sangre; los gritos, los ademanes de desesperación de los sacerdotes, los aullidos de furor de los verdugos, las carcajadas y los aplausos del populacho, anunciaron desde lejos a los presos de la Abadía la aproximación del convoy. La impaciencia de los sicarios no les permitió esperar que las víctimas llegaran al lugar del suplicio, y los sacrificaron en el camino.

La comitiva se detuvo en la plaza, a la puerta de la cárcel. Los soldados de la escolta sacaron, tirándoles de los pies, ocho cadáveres de los coches. Los sacerdotes a quienes no habían alcanzado los sables, o que sólo estaban heridos, se precipitaron a la cárcel; pero cuatro fueron apresados al través de la verja que cierra el atrio y cayeron asesinados en el umbral. Algunos, para quienes la puerta se abría con lentitud, saltaron por la ventana del comité de la sección, que en aquel momento celebraba sesión en la cárcel. Los ciudadanos, ajenos al asesinato, ocultaron las víctimas al furor de los asesinos haciéndolas sentar a su lado. El periodista Pariseau y el intendente de la casa real, Lachapelle, debieron la vida a la presencia de ánimo y al valeroso ardid de los individuos de este comité.

VII

Sin embargo, los presos amontonados en la Abadía, oían estos preludios de matanza a las puertas de la prisión. Desde aquella mañana, el aspecto sombrío y las medias palabras de los alcaides, les habían presagiado una tarde aciaga. Una orden de la corporación municipal había hecho anticipar aquel día en todas las cárceles la hora de la comida. Los presos se preguntaban unos a otros cuál sería la causa de esta variación en las costumbres del régimen interior. ¿Se trataba acaso de una traslación? ¿Iban a ser conducidos al destierro, al otro lado de los mares? Unos esperaban, otros temblaban, y todos estaban agitados. Desde las rejas de una torrecilla que mira a la calle de Santa Margarita, algunos distinguieron al fin los coches; oyeron la gritería y esparcieron la alarma en la cárcel, no tardando en propalarse la noticia de que los sacerdotes habían sido asesinados en el camino. El murmullo de la multitud inmensa que había invadido el patio y que se apiñaba en la plaza y calles próximas a la Abadía, llegó a oídos de los presos por las ventanas y respiraderos de la cárcel. El ruido de los coches, los pasos de los caballos, el choque de los sables, la voz confusa que enmudecía momentáneamente, para prorrumpir luego, a intervalos, en un prolongado grito de ¡viva la nación!, los tuvieron durante un rato indecisos, ignorando si este tumulto se proponía sacrificarlos o defenderlos. Los postigos interiores estaban cerrados; acababa de serles comunicada a los presos la orden de que se retiraran a sus departamentos respectivos, para que estuvieran dispuestos a acudir al llamamiento que se les hiciera.

VIII

El espectáculo que se les ocultaba era el siguiente: La última habitación que daba al patio estaba transformada en tribunal. Alrededor de una espaciosa mesa, llena de papeles, de escribanías, de registros de la cárcel, de vasos, de botellas, de pistolas, de sables y de picas, encontrábanse sentados en bancos doce jueces de rostro pálido, aunque de hombros atléticos, lo cual era un indicio de fatiga, de disolución o de sangre. Vestían como las clases trabajadoras del pueblo, con gorros de lana, chupas, zapatos ordinarios y delantales de tela como los que

usan los carniceros. Algunos se habían quitado parte de los vestidos, y tenían las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos, dejando al descubierto los brazos musculosos, y el cutis pintarrajeado con símbolos de diferentes oficios. Dos o tres de ellos, más delgados que los otros, y de manos más blancas y expresión más intelectual en el rostro, parecían dotados de raciocinio, mezclados cuidadosamente con los hombres de acción para dirigirlos. El presidente del tribunal estaba vestido de paño pardo, y tenía el sable a un lado, la pluma en la mano, y semblante inflexible y al parecer petrificado; era el ujier Maillard, ídolo de las turbas del arrabal de San Marcelo salido de la hez del pueblo, y detrás del cual se agrupaba la chusma porque no podía sobrepujarlo. Émulo de Jourdán, amigo de Theroigne, y uno de los revolucionarios que más se habían distinguido en las jornadas de octubre, del 20 de junio y del 10 de agosto, Maillard habíase convertido espontáneamente en verdugo del pueblo, complaciéndose en la efusión de sangre; llevaba las cabezas, enarbolaba los corazones y descuartizaba los cadáveres. Las prostitutas y los perdidos glorificaban a Maillard, que se había granjeado gran popularidad en el horror que inspiraba su nombre. A la sazón, mostraba cierta imparcialidad en la venganza y cierta moderación en el asesinato; ya no ejecutaba por sus propias manos, dejando obrar a sus subalternos, y discutiendo con su conciencia antes de entregar las víctimas.

Maillard acababa de llegar en aquel momento del Carmen, donde había organizado la carnicería. La presencia del siniestro personaje en la Abadía, precisamente a la hora crítica de la llegada del último convoy, y con el registro de la cárcel en la mano, debióse a los avisos confidenciales de Marat recibidos por conducto de los individuos del comité de vigilancia. Dantón había hecho llevar los registros a este comité, donde se habían depurado las listas, donde se indicaron a Maillard quiénes debían ser absueltos y quiénes condenados. Por lo demás, el juicio había sido remitido al tribunal que debía formarse en los respectivos lugares y que no tenía otra ley que la arbitrariedad del pueblo. Se leía el registro, y los dependientes del alcaide iban a buscar al preso; Maillard le interrogaba, y consultaba con la vista el dictamen de sus colegas. Si el preso lograba la absolución, decía Maillard: *Que alejen al señor.* Si era condenado, ordenaba: *A la fuerza.* Pronunciadas estas palabras, se abría la puerta exterior, y el preso, empujado fuera del umbral, caía al salir.

IX

La carnicería empezó por los suizos, de los cuales había en la Abadía ciento cincuenta, entre oficiales y soldados. Maillard los hizo conducir al tribunal y los juzgó, diciéndoles:

—Habéis asesinado al pueblo el 10 de agosto, y el pueblo pide venganza. Vais a ser trasladados a la Fuerza.

—¡Perdón, perdón! — gritaron los soldados, cayendo de rodillas.

—No se trata de morir — les respondió Maillard—, sino únicamente de trasladaros a otra cárcel. En otra parte quizá se os concederá el perdón.

Pero los suizos habían oído la gritería con que la chusma pedía sus vidas, y contestaron:

—¿Por qué nos engañáis? Sabemos bien que al salir de aquí nos arrastrarán a la muerte.

Al oír esto, un marsellés y un joven carnicero entreabrieron la puerta, y señalando con el dedo a los suizos, les dijeron:

—¡Vamos, vamos! ¡decidíos! ¡marchemos! ¡El pueblo se impacienta!

Los suizos retrocedieron como un rebaño a la vista del matadero, agrupándose en el fondo de la prisión, exhalando desgarradores lamentos y encaramándose unos sobre otros.

—Es preciso poner término a esta escena — dijo uno de los jueces—. Veamos, ¿quién es el primero que sale?

—Yo — respondió un oficial joven, de alta estatura, de rostro apacible y de continente marcial—. Voy a dar el ejemplo; indicadme la puerta por dónde debemos ir.

La puerta se abrió; arrojó el sombrero a la espalda, despidióse de sus camaradas y salvó el dintel. Su agradable aspec-

to y su resolución dejaron atónitos a los asesinos, que se separaron en hilera y le permitieron adelantarse hasta el medio del patio. Pero, reponiéndose en seguida de su sorpresa, formaron, acercándose unos a otros, un círculo de sables, de picas y de bayonetas asestados contra él. El oficial retrocedió dos pasos, paseó tranquilamente sus miradas por los asesinos, cruzó los brazos sobre el pecho, quedóse inmóvil un momento, como si esperase el golpe, y después, viendo que todo estaba preparado, se arrojó sobre las bayonetas, cayendo atravesado por mil golpes. A su muerte siguió la de los otros ciento cincuenta suizos, que cayeron, unos en pos de otros, en el pavimento como toros aporreados. Los carros no bastaban para desembarazar el patio de cadáveres, siendo preciso amontonarlos a ambos lados para dejar sitio a las víctimas que iban llegando. El jefe murió el último: era el mayor Reding. Este joven oficial distinguíase por su elevada estatura y por la varonil expresión de sus facciones, propias de la raza montañesa.

Reding tenía un hombro y un muslo fracturados por las balas, a consecuencia de las heridas sufridas en las Tullerías, desde donde había sido trasladado a la Abadía. Recostado en una miserable cama en un obscuro rincón de la capilla, el más ligero movimiento le dislocaba los miembros fracturados, haciéndole prorrumpir en quejidos. Una mujer que lo amaba, había alcanzado a precio de oro de los comisarios de las cárceles, el permiso de ir a asistirlo. Disfrazada de enfermero de los hospitales, pasaba días enteros a la cabecera de Reding, y, aunque muchos la conocían, todos fingían ignorarlo y respetaban el misterio que ocultaba tanto amor en tan grande abnegación. Asesinados todos los suizos, sucedió en el patio el silencio a los sablazos y al ruido de la caída de los cuerpos sobre el pavimento. Los asesinos bebían; Reding creíase olvidado o perdonado y sus compañeros de prisión le felicitaban en voz baja; pero, contadas las víctimas en la calle, no correspondieron al número de los presos; faltaba un suizo; los verdugos se acordaron del herido, y tres asesinos, con el sable en la mano, precedidos de un dependiente del alcaide, que llevaba una antorcha, entraron en la capilla y preguntaron por Reding. La joven que lo cuidaba cayó desmayada al oír pronunciar aquel nombre. Reding rogó a los verdugos que le dieran muerte en la cama, para evitarle el tormento de ser trasladado después de los suplicios que había sufrido; pero aquéllos, negándose a complacerle, le contestaron con atroces sarcasmos. Uno de los asesinos lo tomó en brazos y se lo echó sobre los hombros, con las piernas hacia delante, vuelta hacia atrás la cabeza. El herido exhaló involuntarios lamentos. Otro, o por ferocidad o por compasión, cortó con un sable el cuello de Reding, cuyos gritos fueron ahogados con sangre. El infeliz llegó muerto al pie de la escalera y su cadáver fué arrojado a los asesinos, que, después de esta ejecución, descansaron un rato.

X

Aproximábase la noche y varias antorchas iluminaban el patio. Sentados y bañados los pies en sangre, los hombres asalariados por el crimen, comían y bebían como el jornalero cuando ha dado fin a su tarea; pero su tarea sólo estaba interrumpida. La corporación municipal, después de saber que los asesinatos se habían consumado, envió a Manuel, Billaud-Varennes y a otros comisarios a las cárceles, para declinar al menos la responsabilidad del crimen y hacer creer que había hecho algunos esfuerzos para evitarlo; pero estas arengas, tímidas por la actitud de los asesinos y por las armas teñidas de sangre, más parecían lisonjas que acriminaciones, advirtiéndose en ellas la connivencia o el miedo, que el pueblo interpretaba como estímulos. Algunas eran felicitaciones y hasta provocaciones a nuevos asesinatos.

—Valientes ciudadanos—dijo Billaud-Varennes en el patio de la Abadía—, acabáis de degollar a grandes delincuentes, y la corporación municipal no sabe cómo daros las gracias; sin duda alguna, los despojos de esos malvados pertenecen a los que nos han libertado de ellos. Sin que creamos recompensaros por ello, tengo el encargo de ofrecer a cada uno de vosotros 24 libras, que os serán entregadas inmediatamente.

Mientras Billaud-Varennes hablaba de esta suerte, la carnicería, suspendida durante un momento, se reanudaba en su presencia. El antiguo comandante de la gendarmería, Rulbieres, atravesado ya con cinco lanzadas, despojado y abandonado por muerto, corría desnudo y lleno de sangre, alrededor del patio, con las manos hacia adelante, buscando a tientas las paredes; caía otra vez y se levantaba de nuevo en la lucha de la agonía. ¡Esta fuga macabra duró diez minutos!

Después de los suizos, fueron juzgados todos los guardias del rey presos en la Abadía, y cuyo único crimen era la fidelidad con que se condujeron el 10 de agosto; no había proceso ni más acusación que la de haber sido vencidos. Todo se redujo a preguntarles sus nombres. Larga fué la matanza, pues, entregados uno por uno al pueblo, cuya crueldad exasperaban el vino, el aguardiente mezclado con pólvora, la vista y el olor de la sangre, se dilataba el suplicio como si aquellos bárbaros temieran que concluyese el espectáculo, empleándose toda la noche en sacrificarlos y despojarlos.

El abate Sicard y otros dos sacerdotes refugiados como él en un pequeño aposento contiguo al comité, vieron, escucharon y contaron todos los minutos de aquella trágica noche. Sólo una puerta vieja, llena de rendijas, los separaba de la escena de carnicería, y percibían el rumor de las pisadas, los sablazos en las cabezas, la caída de los cuerpos, los aullidos de los verdugos, los aplausos del populacho, las voces de los amigos que acababan de dejarles, y los bailes atroces de las mujeres y de los muchachos, al resplandor de las antorchas, al compás de la *Carmañola*, en torno de los cadáveres. Las diputaciones de los degolladores no cesaban de pedir vino al comité, que se apresuraba a ordenar que se les distribuyese. Las mujeres llevaban la comida a los hombres, al apuntar el día, para sostenerlos, según decían, en tan penoso trabajo, para los cuales, como obreros de la muerte, embrutecidos por la miseria, la ignorancia y el hambre, el asesinato era un medio de subsistencia.

Los carros enviados por el Ayuntamiento desocuparon, durante esta tregua, los patios de los montones de cadáveres que los obstruían, y, como no había agua bastante para lavar el pavimento, los pies resbalaban en la sangre. Los asesinos, antes de reanudar la tarea, extendieron una capa de paja en una parte del patio, y la cubrieron con las ropas de las víctimas, acordando proseguir la matanza sobre este colchón de paja y lana, para que la sangre se empapara en los vestidos. Colocaron bancos alrededor de este teatro, para que, cuando fuera de día, los que desearan presenciar la agonía de las víctimas pudiesen asistir sentados y en orden al espectáculo. Apostaron centinelas alrededor del patio con la consigna de mantener el orden, y, al amanecer, los bancos fueron ocupados efectivamente por personas de ambos sexos del distrito de la Abadía, que concurrieron como espectadores y aplaudieron a los asesinos. A aquella hora, Maillard y los jueces se desayunaban en el tribunal. Después de haber fumado tranquilamente, quedáronse dormidos sin remordimiento alguno, reponiendo sus fuerzas para la tarea del día siguiente.

XI

Sólo los presos no dormían. Encerrados en los calabozos o en las salas, de pie o sentados en el borde de las tarimas, escuchaban con la mayor atención, pues todos los rumores tenían para ellos una significación de muerte o de vida. La reja de la torrecilla de la Abadía, desde la que, por un lado, se veía la calle de Santa Margarita, y, por el otro, una parte del patio, era un observatorio, al que subían alternativamente los más resueltos para informar a los demás de lo que ocurría afuera. En el silencio de las últimas horas de la noche, creyendo que el pueblo se habría cansado de asesinar, algunos se quedaron aletargados por efecto del cansancio, y otros emplearon los minutos en rezar, en escribir a sus deudos y en hacer testamento.

Al salir el sol, dos sacerdotes, el abate Lenfant, predicador del rey, y el abate de Rastignac, escritor religioso, encerrados juntos en la Abadía, reunieron a los presos en la capilla, y, subidos en una tribuna, los exhortaron a la muerte. Estos dos sacerdotes rayaban en los ochen-

ta años. Sus cabellos blancos y su rostro marchito por la edad, macerado por la vigilia y divinizado por la proximidad del martirio, prestaban a sus ademanes y palabras la solemnidad evangélica de la eternidad, mostrándose a los presos jóvenes como los ángeles de la agonía: todos se postraron de rodillas. Este rayo de religión que iluminaba el campo de sangre, hizo conocer que la Providencia estaba presente hasta en el suplicio. Unos se sintieron fortalecidos, otros consolados, y todos enternecidos. No bien los sacerdotes habían extendido las manos sobre sus compañeros de infortunio, cuando fueron llamados para dar ejemplo de resignación en el martirio, y, con las manos alzadas, el espíritu recogido y los ojos fijos en el cielo, fueron despedazados a sablazos, cayendo sin haber cesado de orar.

Pero la resignación heroica de los dos ancianos no atenuó el horror de la escena en el ánimo de los presos, quienes discutían, unos con otros, acerca de la actitud en que debían recibir o arrostrar los golpes, para sufrir menos. Unos proponían que se extendiese el cuello a los sables para que la cabeza viniera al suelo al primer golpe; otros eran de parecer que se descubriera el pecho, manteniendo las manos asidas a la espalda para que el hierro hiriera certero, dirigiéndose en línea recta al corazón; otros deseaban luchar hasta el postrer suspiro con los verdugos, coger las picas, separar los sables, postrar en tierra a los asesinos, y trocar el suplicio en combate para morir en el acceso de la cólera y en el placer de la venganza. No contentos aún con esta teoría del suplicio, los presos iban a estudiar, como los gladiadores, el suplicio en las actitudes de los que sucumbían primero, y, por decirlo así, a repetir la muerte. Advirtieron, observando por una claraboya elevada, que los que alargaban instintivamente las manos hacia adelante, sufrían dos muertes en vez de una, porque eran despedazados antes de morir, y que, por lo contrario, los que cruzaban los brazos sobre el pecho y en esta posición se lanzaban sobre el hierro asesino, caían bajo los golpes más certeros y no volvían a levantarse. Resolvieron, pues, morir de esta manera.

XII

Algunos prefirieron elegir la muerte, por parecerles más dulce anticiparla que esperarla, y se hicieron pedazos la cabeza contra las cerraduras de hierro y contra el ángulo agudo de las piedras de sillería, o se sepultaron en el corazón los cuchillos mal afilados que habían substraído el día anterior a las pesquisas de los carceleros. Chantereine, coronel de la guardia constitucional del rey, asestóse tres estocadas y cayó exclamando: *¡Dios mío! ¡Voy a vos!*

Montmorín, antiguo ministro de Luis XVI, fué interrogado en la Asamblea algunos días antes. Brissot, Guadet, Vergniaud y Gensonné, que eran sus enemigos, habían abusado de la victoria del 10 de agosto contra este estadista, que estaba alejado de los negocios públicos, y a quien el encono de aquéllos hubiera debido olvidar. Prolongaron, sin embargo, su interrogatorio, tendiéndole lazos para hacer valer como un mérito el condenarlo a muerte; Montmorín fué encerrado en la Abadía, donde lo consolaba su hijo, todavía niño. Recluído en la misma sala que Affry, Thierry, Sombreuil, gobernador de los Inválidos, la hija de Sombreuil y Beaumarchais, que se reía al través de los cerrojos, Montmorín había sobrellevado tranquilamente el cautiverio, conversando con estos antiguos amigos. La separación de Affry y de Beaumarchais, a quienes Manuel había puesto en libertad la víspera, como también a las señoras de Saint-Brice y de Tourzel, le hizo concebir la esperanza de verse pronto libre. El toque de rebato del 2 de septiembre, el tumulto de los patios, los alaridos de las víctimas, y el haberlo separado violentamente aquella mañana de los brazos de su hijo, le hicieron pasar repentinamente desde la confianza al abatimiento, degenerando su desesperación en furor. Con los cabellos desordenados, los ojos encendidos y las manos levantadas, recorría el aposento, vomitando imprecaciones contra los forajidos y reclamando la presencia de sus enemigos para confundirlos. Sus músculos, contraídos por la ira, le daban tal

fuerza, que conmovía las barras de hierro de la prisión, rompiendo con las manos una mesa de encina, cuyas tablas tenían dos pulgadas de espesor, por lo que fué necesario engañarle para hacerle salvar el dintel del patio. Compareció con aspecto altivo y con la ironía en los labios, ante la presencia del tribunal.

—Presidente—dijo a Maillard—, puesto que os complace llamaros así, espero que me proporcionaréis un coche para que me conduzca a la Fuerza y que me evitéis los improperios de los asesinos.

Maillard hizo un ademán de asentimiento; Montmorín se sentó un momento en el patio y vió juzgar a algunos presos.

—El coche que ha de conduciros ha llegado — le dijo por fin el presidente, e inmediatamente se abrió la puerta del patio.

Montmorín se apresuró a salir, pero fué clavado en la pared por treinta lanzadas y murió creyendo que iba a recobrar la libertad.

Montmorín había tenido en su poder un recibo de 100.000 francos, pagados a Dantón, para indemnizarle, por orden del rey, del empleo en el tribunal del Chatelet; pero esta suma no era realmente otra cosa que el precio de la corrupción solicitada y aceptada de la corte en secreto por el joven demagogo. Montmorín, algún tiempo antes del 20 de junio, se inquietó al verse depositario de un arcano que debía parecer a Dantón una revelación amenazadora, suspendida constantemente sobre su popularidad. El antiguo ministro fué a buscar a Lafayette, le confió el secreto y le pidió su opinión.

—Sólo podéis adoptar uno de estos dos partidos — le dijo Lafayette—, o hacer entender a Dantón que hacéis pública su venalidad, si no sirve al rey, o devolverle el recibo comprometiéndolo a quedaros agradecido, al deshaceros de las pruebas que tenéis contra él.

Montmorín no siguió ninguno de los dos consejos, limitándose a decir por escrito a Dantón que había quemado el recibo. Dantón, creyendo, quizá, que esta prueba no había desaparecido todavía, y que, en todo caso, Montmorín era siempre un testigo peligroso para su crédito, se negó a concederle la libertad que otros muchos alcanzaron, a pesar de haberle sido implorada. Montmorín pereció, y nadie sabe a punto fijo si su muerte fué un olvido o un acto de prudencia de los que tenían el nombre del ex ministro en la memoria y la firma en los papeles.

Después de Montmorín compareció Sombreuil, gobernador de los Inválidos; su hija, presa en su compañía, tenía permiso para salir, pero había rehusado abandonar el encierro por el amor que profesaba a su padre. Habitaba en la cárcel un aposento destinado a las mujeres con las señoras de Tourzel, de Saint-Brice y la hija de Cazotte. Desde el principio de las ejecuciones, permanecía en el patio del tribunal acechando el momento de la presentación de su padre, protegida por la compasión de los guardias y de los ayudantes del carcelero. Compareció, en efecto, Sombreuil y fué condenado. Abrióse la puerta, brillaron las bayonetas, arrojóse la joven al cuello del anciano, escudándole con su cuerpo, y conjuró a los asesinos a que perdonaran a su padre o que le arrancaran a ella la vida con el mismo golpe. Su ademán, su sexo, su juventud, sus cabellos destrenzados, su belleza realzada por la emoción, la sublimidad de su cariño y el fervor de sus ruegos, enternecieron a los sicarios; la multitud prorrumpió en un grito de perdón; bajáronse las picas y se concedió a la hija la vida del padre, pero a un precio horrible, pues se pretendió que, en señal de abjuración de la aristocracia, humedeciera sus labios con la sangre de los aristócratas. La señorita de Sombreuil tomó el vaso con mano firme, se lo llevó a la boca y bebió por la salvación de su padre. Esto la salvó; todos tomaron parte en su regocijo, y las lágrimas de los asesinos se confundieron con las suyas. La naturaleza experimenta sorpresas hasta en lo más profundo del crimen, porque hay abismos insondables en el corazón humano. Los monstruos, con los brazos ensangrentados, llevaron en triunfo a Sombreuil y a la hija de éste hasta su aposento y les juraron defenderlos contra los enemigos.

La hija de Cazotte disputó también a los verdugos la vida de su padre, y consiguió salvarlo. Cazotte era un anciano de cerca de setenta y cinco años. Su ele-

vada estatura, la blancura de sus largos cabellos, la animación de su mirada, que brillaba debajo de las blancas cejas, la hermosura severa y la exaltación de sus facciones, le daban la majestad de un profeta, cuya elocuencia y transportes tenía. Imaginación ardiente en los escritos, alma arrobada en la piedad, hombre de bien en la vida privada, veía en la Revolución un crisol por el que Dios hacía pasar a los hijos del siglo para reconocer a los suyos y glorificarlos en el martirio. Ofrecía su sangre y se mostraba impaciente por el sacrificio. Su hija lo había seguido voluntariamente al calabozo, y, presintiendo la carnicería, había buscado y encontrado protectores entre los marselleses que custodiaban a los presos. La interesante juventud, la piedad filial y la amable familiaridad de la joven, habían dulcificado la rudeza de aquellos hombres, que le prometieron la vida del anciano y cumplieron su promesa. Interrogado Cazotte por el tribunal, respondió como quien a todo trance desea morir:

—¡Esposa mía! ¡hijos míos! — exclamó—. ¡No me lloréis! ¡No me olvidéis, pero acordaos de Dios especialmente! Quiero morir como he vivido, guardando fidelidad a mi Dios y a mi rey.

No pudiendo la hija impedirle que se arrojara a la muerte, precipitóse tras de él.

XIII

Algunos marselleses compasivos siguieron a la hija de Cazotte, al patio, bajaron con la mano los sables y las picas levantadas sobre ella y pidieron gracia para estas dos vidas inseparables, haciendo atravesar a su protegida la balsa de sangre; le entregaron al padre y condujeron a ambos a lugar seguro.

Pero este perdón sólo fué un plazo para Cazotte, pues, preso nuevamente algunos días después, lo encerraron separado de la hija para que no se apiadaran de él. Lo que no se atrevieron a hacer los asesinos, lo hicieron los jueces. Cazotte pereció.

Después de él, murió Thierry, primer ayuda de cámara del rey, quien dijo a Maillard:

—La gratitud no tiene opinión, y mi deber era ser leal a mi señor.

Atravesado por una pica que le entraba por el pecho y le salía por la espalda, apoyábase con una mano en un guardacantón del patio, mientras con la otra agitaba todavía el sombrero, haciendo esfuerzos para gritar: ¡Viva el rey!

Maillé, Rohán-Chabot, el teniente general Wittgenstein, Romainvilliers, segundo comandante de la guardia nacional en el 10 de agosto, los jueces de paz Buob y Bosquillón, sucumbieron después de Thierry. Hubo arrepentimientos, precipitación y confusión de nombres, viéndose algunas personas que entraron en el patio, volvieron a los cadáveres, lavaron con esponjas la sangre que les cubría los rostros, los reconocieron y se marcharon apesadumbrados o gozosos por haber equivocado o satisfecho su venganza.

Durante la noche del segundo día, resonaron en la calle y en los patios gritos de perdón para los que quedaban, por lo que los presos olvidados concibieron esperanzas de salvarse. Creyéndolo así, algunos recogieron los efectos que tenían de más valor y se dispusieron a salir; pero las llamaradas que se advirtieron dentro de la cárcel y los gritos que se escucharon fuera, los amontonaron en el fondo de las redes vacías.

Narremos ahora el asesinato de Montsabray, joven que apenas contaba diez y ocho años, y pertenecía a las más ilustres familias de la nobleza. Por sus atractivos personales, las gracias propias de su edad y la dulzura de su carácter, era la admiración y el ídolo del ejército, y el duque de Brissac le había nombrado ayudante de campo. El duque, después de la muerte de Luis XV, habíase apasionado de la señora Dubarry, joven y hermosa todavía. Cortesano por amor de la favorita desterrada, Brissac habitaba en compañía de ésta el pabellón de Luciennes, en el bosque de Marly, regalo que había hecho el rey a su querida. La señora Dubarry amaba con ternura maternal a Montsabray, quien, ligeramente herido el 10 de agosto, se había refugiado en Luciennes. La habitación secreta del palacio donde esperaba la curación, sólo era conocida por la señora Dubarry y de las doncellas de ésta, quien curaba por

sí misma la herida del joven militar. Habiendo Audoin, individuo de la municipalidad, pedido al Consejo general un cuerpo de doscientos confederados para limpiar los alrededores de París de los aristócratas que habían logrado fugarse después del combate, descubrió a Montsabray en el pabellón de Luciennes. Ni el oro, ni las lágrimas, ni los ruegos de la señora Dubarry consiguieron aplacar a Audoin, quien llevó al joven ayudante de campo en unas parihuelas a la Abadía. Al estrépito de la matanza, Montsabray, que estaba acostado en la sacristía de la capilla, saltó de la cama y, encaramándose por el cañón de la chimenea hasta el vértice del edificio, logró asirse a una gruesa reja de hierro, desde donde oyó durante dos días y dos noches, y sin tomar alimento, el ruido de los degüellos, confiando evadirse por medio de la paciencia; pero el registro reveló que faltaba una víctima y fué recordado el herido, a quien se buscó en vano. El carcelero de la capilla, conocedor de los ardides de que se valen los presos, hizo disparar varios fusilazos desde abajo al cañón. La única bala que acertó a Montsabray le fracturó la muñeca; pero tuvo la resistencia de no caer y guardar silencio. Ya casi se renunciaba a la idea de encontrarlo, cuando un ayudante del alcaide puso paja en el hogar y le prendió fuego. El humo ahogó al herido, que cayó sobre la paja encendida. Trasladáronlo mutilado, abrasado, desvanecido y moribundo a la calle, donde lo acostaron en un charco de sangre y deliberaron en su presencia sobre la clase de muerte que le darían. El malogrado joven, recobrado el conocimiento, permaneció cerca de un cuarto de hora en aquel lecho de cadáveres, esperando que los asesinos encontraran el medio de rematarlo y cargaran las armas. Compadeciéronse por último al ver el suplicio del joven, a quien quitaron la vida disparándole simultáneamente cinco pistoletazos sobre el pecho.

Ya no quedaba en la Abadía más que un solo preso, que era el señor de Saint-Marc, coronel de un regimiento de caballería, cuyo martirio acordaron los asesinos para que todos tomaran parte en los tormentos y en la muerte. Le hicieron primeramente pasear con lentitud al través de una fila de sables, cuyos golpes suavizaban por temor de concluir con él demasiado pronto; atravesáronle luego el cuerpo con una lanza; le obligaron a que caminara así de rodillas, y lo escarnecieron, imitando los verdugos las contorsiones que le ocasionaban tales tormentos. Cuando ya no pudo sostenerse, le despedazaron a sablazos las manos, el rostro y los miembros, y, al fin, le asestaron seis sablazos en la cabeza. ¡Tales eran los hombres que había en las simas de la civilización, cubiertas con tanto lujo y tantas luces! Existen Nerones en todos los grados, desde el trono hasta el tugurio; refinados en las altas regiones, y estúpidos en las ínfimas. La afición a la sangre es la primera y la última corrupción del hombre.

Algunos actos inexplicables o consoladores admiran, sin embargo, en medio de aquellos horrores. La compasión de Mouillard parecía que buscaba inocentes con tanto ahinco, como su venganza perseguía a los culpables, perdonando a todos los que le dieron un pretexto para salvarlos. Ya considerase el asesinato como un deber penoso, respecto del cual se tranquilizaba concediendo algunos perdones, ya le lisonjeara el dispensar la muerte como la vida, prodigó una y otra, arriesgándose para disputar las víctimas a los verdugos. Con frecuencia se murmuraba en el patio contra su parsimonia en ordenar los asesinatos, y se repetía la palabra *traición*. Muchas veces los degolladores forzaron, con el sable en la mano, la puerta del patio y amenazaron asesinar a los individuos del tribunal. Algunos ciudadanos, extraños a las víctimas, se entregaron para salvar a personas a quienes sólo conocían de nombre. El relojero Monnot se atrevió a reclamar al abate Sicard, y lo consiguió en nombre de los infelices del pueblo a quienes había consagrado la vida el preceptor de los sordomudos. Varias diputaciones de secciones intentaron penetrar en la cárcel para reclamar la libertad de algunos ciudadanos, pero fueron rechazadas. Un retén de la guardia nacional, que ocupaba la bóveda que conduce desde la plaza de la Abadía hasta el patio, tenía orden de dejar entrar, pero no de permitir la salida, como si sólo hubiera estado allí

para proteger el asesinato. Sólo uno de aquellos diputados se atrevió a atravesar la bóveda, y los asesinos le preguntaron:

—¿Ya estás cansado de vivir?

Pero, al fin, se le condujo a la presencia de Maillard, quien mandó que se le entregaran los dos presos que reclamaba. El diputado atravesó por segunda vez el patio con los presos. Algunas antorchas alumbraban montones de cadáveres y lagos de sangre. Los degolladores, sentados sobre estos despojos humanos, como los segadores sobre las haces de mieses, descansaban, fumaban, comían y bebían con toda tranquilidad.

—¿Quieres ver un corazón de aristócrata? — le preguntaron los sacrificadores de hombres—. ¡Toma! ¡mira!

Y, pronunciando estas palabras, uno abrió el tronco de un cadáver todavía caliente, le arrancó el corazón, exprimió la sangre en un vaso y lo bebió en presencia de Bissón, a quien presentó luego el vaso, y le obligó a mojar en él los labios. Sólo a este precio dejó pasar a los presos.

Los asesinos interrumpían muchas veces su sangrienta faena y se lavaban los pies y manos para ir a entregar a las respectivas familias las personas perdonadas por el tribunal, negándose a recibir la más pequeña gratificación.

—La nación nos paga para matar — contestaban—, pero no para salvar.

Después de haber entregado un padre a su hija o un hijo a su madre, se enjugaban las lágrimas que la ternura les hacía derramar para reanudar la degollina. En ningún tiempo tuvo el asesinato más apariencias de profesión regularizada, que en aquellos días, en los que había llegado a ser un oficio más en París.

XIV

Mientras los carros enviados por el comité de vigilancia conducían los cadáveres ensangrentados de la Abadía, treinta degolladores vigilaban desde por la mañana las puertas del Carmen, desde la calle de Vaugirard, esperando que les dieran la señal para entrar. La cárcel del Carmen era el antiguo convento, edificio inmenso, atravesado de claustros, franqueado por una iglesia y rodeado de patios, de jardines y de terrenos incultos, donde fueron encerrados los sacerdotes condenados a la deportación, y se establecieron retenes para la gendarmería y la guardia nacional, que intencionadamente habían sido disminuídos aquella mañana. Los asesinos, que forzaron las puertas a las seis de la tarde, las cerraron a su espalda. Los que inauguraron la matanza, no eran gente del pueblo, ni por el traje, ni por el lenguaje, ni por las armas que usaban, sino jóvenes bien vestidos, armados de pistolas y de escopetas, acaudillados por Cerat, joven agente de Marat y de Dantón. Se reconocían en esta tropa algunos rostros exaltados, que se veían diariamente en las tribunas del club de los franciscanos. Los pretores de estos revoltosos, llamados por alusión al convento en que se celebraban las sesiones, *los hermanos encarnados de Dantón*, se distinguían por el gorro, corbata, chaleco y cinturón encarnados, que usaban para acostumbrar la vista y el pensamiento al color de la sangre. Los directores de la carnicería, temiendo que el ascendiente de los sacerdotes en el pueblo bajo hiciera retroceder a los degolladores vulgares al aspecto de los asesinatos sacrílegos, reclutaron en las escuelas, en los lupanares y en los clubs, verdugos voluntarios, inaccesibles a estos escrúpulos y a quienes el odio a la superstición impelía espontáneamente al asesinato de los sacerdotes. Varios disparos de fusil hechos en el jardín y en los patios sobre algunos ancianos que se paseaban en ellos, fueron la señal de la matanza. De claustro en claustro, de celda en celda, de árbol en árbol, caían los fugitivos heridos o muertos por las balas, haciendo rodar por las escaleras o arrojando por las ventanas los cadáveres de los que habían sucumbido a las descargas. Algunas hordas repugnantes, compuestas de andrajosos, de mujeres y de muchachos, a quienes llevaba a aquel sitio el estruendo de los fusilazos, se agolpaban en las puertas, que, de vez en cuando, se abrían para dar salida a los carros, arrastrados por magníficos caballos de las cuadras del rey. Estos carros atravesaban lentamente por entre la muchedumbre, dejando tras de sí un largo surco de sangre. Las mujeres y los muchachos, sentados sobre los montones am-

bulantes de cadáveres y dando saltos de alegría, reíanse, mostrando a los transeuntes pedazos de carne humana. La sangre les salpicaba los vestidos, los rostros y el pan. Aquellos labios lívidos, aullando la *Marsellesa*, deshonraban el canto del heroísmo asociándolo al asesinato. El pueblo macilento, que seguía a los vehículos cargados de cadáveres, repetía en coro las estrofas, y bailaba, alrededor de los despojos triunfales del clero y de la aristocracia vencidos. El pequeño número de asesinos y la multitud de víctimas, la inmensidad del edificio, la extensión del jardín, las paredes, los árboles y los restos de arbustos, en que se parapetaban contra las balas los sacerdotes, que corrían en todas direcciones para librarse de la muerte, dificultaron la ejecución; pero la noche, ya próxima, iba a protegerla con sus sombras. Los ejecutores formaron un círculo, como si trataran de cazar animales montaraces, en torno del jardín. Acercándose paso a paso a los edificios, obligaron, dándoles de plano con la hoja de los sables, a todos los eclesiásticos a que se refugiaran en la iglesia, donde los encerraron. Mientras por la parte de afuera se efectuaba esta batida, una pesquisa general efectuada en la casa obligó igualmente a refugiarse en la iglesia a los sacerdotes que habían podido librarse de las primeras descargas. Los asesinos llevaron hasta en brazos a los sacerdotes heridos que no podían andar. Luego que estuvieron encerradas las víctimas, llamadas una por una, fueron conducidas por una puertecita que daba sobre el jardín y sacrificadas en la escalera. El arzobispo de Arlés, Dulau, el más anciano y respetable de estos mártires, los edificaba con su actitud y les infundía valor con sus palabras. El obispo de Beauvais y el obispo de Saintes, dos hermanos de la casa de La Rochefoucauld, más unidos por el corazón que por la sangre, se abrazaban regocijándose de morir juntos. Todos rezaban agrupados en el coro al derredor del altar. Los llamados para morir recibían el beso de paz de sus hermanos, que les rezaban las oraciones de los agonizantes. El arzobispo de Arlés fué uno de los primeros.

—¿Eres tú — le preguntó un marsellés — quien hizo correr la sangre de los patriotas de Arlés?

—¡Yo no he ocasionado mal a nadie en mi vida! — respondió el arzobispo, quien, al decir esto, recibió un sablazo en el rostro.

Esto no obstante, permaneció impasible y de pie; recibió otro sablazo que le cubrió los ojos con un velo de sangre; y, al tercero, cayó, apoyándose en la mano izquierda sin proferir un solo quejido. El marsellés lo atravesó con la pica, cuya asta se rompió a causa de la violencia del golpe; subióse sobre el cuerpo del arzobispo, le arrancó el pectoral y lo enseñó como un trofeo. El obispo de Beauvais se abrazó al altar hasta el postrer momento; después se dirigió a la puerta con tanta calma y majestad, como en las sagradas ceremonias. Los sacerdotes jóvenes lo siguieron hasta el umbral, donde los bendijo. El confesor del rey, Hebert, superior de los eudistas y consolador de Luis XVI en la noche del 10 de agosto, fué sacrificado después, disminuyéndose las filas en el coro poco a poco. Ya sólo quedaban algunos sacerdotes sentados o arrodillados en las gradas del altar y pronto no quedó más que uno, el obispo de Saintes, a quien habían fracturado un muslo en el jardín, y que yacía sobre un colchón en una capilla de la nave, rodeado por los gendarmes de la guardia que lo substraían a las miradas. Mejor armados y en mayor número que los ejecutores, hubieran podido defender al obispo de Saintes; pero presenciaron, arma al brazo, la matanza y entregaron esta víctima como las demás.

—No me niego a morir con mi hermano — dijo el obispo cuando fué llamado—; pero tengo fracturado el muslo y no puedo sostenerme. Ayudadme a andar y marcharé gozoso al suplicio.

Dos de los asesinos lo sostuvieron, pasándole los brazos alrededor del cuerpo. El obispo cayó dándoles gracias; fué la última víctima. La matanza, que había durado cuatro horas, terminó a las ocho.

XV

Los carros sacaron ciento ochenta cadáveres. Los asesinos se dispersaron y corrieron a las demás cárceles, pues la sed

de sangre no se sacia nunca. Ya corría ésta en las nueve cárceles de París. La de la Fuerza, que encerraba, después de la Abadía, los presos más significados para ser exterminados por el pueblo, contenía los caballeros y damas de la corte, presos el 10 de agosto. A la hora en que Maillard instalaba un tribunal en la Abadía, dos individuos del Ayuntamiento, Hebert y Lhuilier, se erigían en jueces supremos en el tribunal de la Fuerza, donde se observaron los mismos síntomas de premeditación en el atentado, la misma invasión de una horda de sesenta ejecutores, la misma disciplina en el asesinato, las mismas formas de interrogatorio y de juicio, el mismo cuidado para enjugar la sangre, los mismos vehículos para amontonar los cadáveres, las mismas mutilaciones, los mismos juegos con las cabezas cortadas, la misma indiferencia brutal de los verdugos, que también comían, bebían, bailaban y paseaban sobre los miembros de las víctimas; las mismas antorchas alumbraban durante la noche las mismas saturnales, reflejándose en un lago de sangre, y, por último, igual impasibilidad por parte de la fuerza pública que presenciaba y toleraba los degüellos. Ciento sesenta cabezas rodaron en el espacio de dos días al filo del sable y a los pies de los asesinos. Hebert y Lhuilier salvaron diez personas, entre las que había algunas camaristas de la reina. ¿Cuál fué el precio estipulado para esta salvación? No se vió contar en las manos de los jueces, pero la cuchilla, que caía despiadadamente sobre los más desvalidos y los más pobres, perdonó a los más distinguidos y a los más ricos. Se comerció con la sangre gota a gota, y se fijó precio a la piedad. Sólo una de estas víctimas, rescatada de antemano en la intención de los jueces, no pudo libertarse del suplicio, aunque Hebert y Lhuilier deseaban salvarla; un grito la perdió y cayó ante el tribunal y la calle. Fué ésta la princesa de Lamballe, joven viuda del hijo del duque de Penthievre, princesa de Saboya-Cariñán. Su hermosura y las bellas prendas que la adornaban le habían granjeado el vehemente cariño de María Antonieta. El casto amor de la princesa de Lamballe había respondido a las odiosas sospechas del pueblo con una abnegación llevada hasta el heroísmo en las desgracias de su amiga. Cuanto más descendía la reina, más se identificaba la princesa con su descenso, y más grato le era participar de sus adversidades. Pethión le había permitido acompañar en el Temple a la reina; pero la corporación municipal, más inexorable, había mandado prenderla en los brazos de la reina y encerrarla en la cárcel de la Fuerza. El suegro de la princesa de Lamballe, duque de Penthievre, la idolatraba como si fuera su propia hija.

XVI

El duque de Penthievre vivía retirado en el palacio de Bizy, en Normandía, donde el amor del pueblo protegía su ancianidad. Se había enterado del cautiverio de su hija política y de los peligros que amenazaban a las cárceles, y, desde lejos procuraba salvarle la existencia, enviando a París un agente secreto, provisto de cien mil escudos, que compró a uno de los principales empleados municipales la salvación de la princesa de Lamballe. Otros agentes subalternos, domésticos o familiares de la casa de Penthievre, habíanse diseminado por París, comisionados por el duque para entablar amistad con los hombres peligrosos que vagaban alrededor de las cárceles, para averiguar el momento del crimen y precaverlo, excitando la codicia de los asesinos. Todas estas medidas, cuyo centro era la fonda de Tolosa, palacio del duque, obtuvieron un éxito feliz, pues los miembros del Ayuntamiento, los jueces y los ejecutores se interesaron en la salvación de la princesa.

Esta fué de las últimas que comparecieron ante el tribunal. Había sido perdonada el día y la noche del 2 de septiembre, con objeto de dar al pueblo tiempo suficiente para cebarse antes de ocultarle esta presa. Encerrada sola con la señora de Navarra, una de sus doncellas, en un aposento alto de la cárcel, escuchaba desde hacía cuarenta horas el tumulto del pueblo, los golpes de los matadores y los ayes de los moribundos, oyendo también las voces que pronunciaban su nombre. Enferma en cama,

pasando alternativamente desde las convulsiones del terror al abatimiento del sueño, y despertando, de vez en cuando, sobresaltada, con ensueños menos horribles que el eco de los golpes del asesinato, se desmayaba continuamente. A las cuatro entraron dos guardias nacionales en el aposento de la princesa y le mandaron con fingida aspereza que se levantara y los siguiese a la Abadía. Costándole gran trabajo levantarse, suplicó que la dejaran donde estaba, agregando que le era indiferente morir allí o en otra parte. Uno de aquellos hombres se inclinó sobre el lecho y le dijo al oído que era preciso obedecer, pues le iba en ello la salvación. Ella les rogó entonces que se retiraran, se vistió prontamente y bajó la escalera apoyada en el guardia nacional que tanto interés tenía en salvarla.

Hebert y Lhuilier la estaban esperando. Al ver aquellas fisonomías siniestras, aquel aparato de crimen, aquellos verdugos con los brazos ensangrentados, que entreabrían la puerta del patio donde se oía caer a las víctimas, la joven perdió el conocimiento, cayendo en brazos de su doncella; pero logró volver a la vida. Después de un breve interrogatorio:

—¿Juráis — le preguntaron los jueces — amor a la igualdad, a la libertad y odio a los reyes y a las reinas?

—Prestaré gustosa el primer juramento — respondió—; pero no puedo jurar odiar al rey y a la reina, porque mi corazón no abriga tal odio.

Uno de los jueces se inclinó a su oído para decirle, mientras hacía un ademán significativo:

—Jurad todo, porque, si no juráis, perderéis la vida.

La princesa inclinó la cabeza y permaneció silenciosa.

—Pues bien, salid — le dijeron los concurrentes — y cuando estéis en la calle gritad: ¡Viva la nación!

Un caudillo de los asesinos, llamado Truchón o Nicolás *el Grande*, sostuvo a la princesa por un lado, y un ayudante suyo por otro. La joven se presentó en el umbral y retrocedió ante el montón de cadáveres mutilados; pero, olvidando el grito salvador que le había sido encargado, exclamó:

—¡Dios mío, qué horror!

Truchón le puso la mano en la boca y la obligó a pasar por encima de los muertos. Desarmados los degolladores con esta aparición angelical, se detuvieron extáticos ante tanta hermosura. Había atravesado en medio del estupor y del silencio más de la mitad del camino, cuando un mozalbete peluquero, llamado Charlot, ebrio de vino y de sangre, intentó, bromeando, arrebatarle con la punta de la pica el gorro que le cubría los cabellos; pero la pica, mal dirigida por la embriaguez, rozó la frente de la princesa, brotó la sangre y le cubrió el rostro.

XVII

Viendo los degolladores correr sangre, creyeron que les había sido entregada la víctima y se precipitaron sobre ella. Un malvado, llamado Grizón, la tendió de un garrotazo y los sables y las picas la hirieron. Charlot la cogió por los cabellos y le cortó la cabeza, mientras otros desnudaban el cadáver, lo profanaban y lo mutilaban. Mientras se consumaban estos sacrilegios, Charlot, Grizón, Hamín y Rodi — la historia es el padrón eterno de los nombres infames — llevaron la cabeza de la princesa de Lamballe a una taberna inmediata, la colocaron en el mostrador entre los vasos y las botellas y obligaron a los concurrentes a brindar en su compañía por la muerta. Estos bebedores de sangre marcharon, aumentándose, hasta las puertas del Temple para mofarse de María Antonieta, presentándole la lívida cabeza de su mejor amiga. Los comisarios de la corporación municipal, que daban guardia en el Temple con una comisión de la Asamblea, noticiosos de la aproximación de la turba, la recibieron deferentemente. El tropel se limitó a pedir que se le permitiera pasear la cabeza de la cómplice de la reina debajo de los balcones de la familia real, a lo que accedieron los comisarios. Mientras desfilaba la comitiva por el jardín, debajo de la torre habitada por la familia real, el comandante de la guardia invitó a Luis XVI que se presentara al pueblo. El rey accedió; pero un comisario más humano se interpuso entre él y la ventana donde se alzaba el espantoso trofeo.

Sin embargo, Luis XVI vió la cabeza de la princesa de Lamballe y la reconoció. La reina, llamada por la muchedumbre con voces desaforadas, e ignorando el espectáculo que se le reservaba, se lanzó a la ventana; pero el rey la retuvo en sus brazos y la llevó al interior de las habitaciones. Sólo pudo ocultársele la vista del suplicio de su amiga, porque aquella misma noche se enteró de todos los pormenores del crimen, y pudo apreciar el rencor que el pueblo le profesaba, en el encarnizamiento que mostraba contra todas las personas de su predilección.

XVIII

La muchedumbre emprendió nuevamente la marcha al través de las calles de París, deteniéndose debajo de los balcones del palacio real para presentar al duque de Orleáns la cabeza de su cuñada, no como amenaza, sino como tributo. El duque de Orleáns estaba en aquel momento a la mesa con la señora Buffón, su nueva favorita, y algunos compañeros de placeres, y no se atrevió a rechazar el homenaje, ofrecido en nombre del pueblo por los asesinos. Levantóse, salió al balcón y contempló durante algunos instantes en silencio la ensangrentada cabeza que levantaban hasta él. La señora Buffón la vió y, juntando las manos y volviendo la espalda, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Así será paseada también muy pronto mi cabeza por las calles!

El duque cerró el balcón, y trató de tranquilizar a la favorita, y dijo aludiendo a la princesa de Lamballe:

—¡Pobre mujer! ¡Si hubiera seguido mis consejos no estaría ahí su cabeza!

Después se sentó y permaneció silencioso y sombrío hasta el fin de la comida. Sus enemigos le acusaron de haber señalado esta cabeza al hierro asesino, y de haber exigido que le fuera presentada para saciar su venganza y satisfacer su codicia; decíase que el duque consideraba como enemiga a la amiga de la reina, y, además, que debía heredar por la muerte de la princesa de Lamballe las arras que los bienes del duque de Penthievre debían a la viuda de su cuñado. Pero estas imputaciones se desvanecieron ante la verdad. La vida de la amiga predilecta de María Antonieta era indiferente a su ambición, y su muerte nada añadía a su fortuna. En los momentos en que se perpetró el asesinato, el duque y la duquesa de Orleáns estaban jurídicamente separados en lo relativo a los bienes. Las arras de la señora de Lamballe sólo gravaban los bienes futuros de la duquesa de Orleáns con una corta pensión de treinta mil francos anuales, y esta cantidad era inferior al precio del asesinato y tampoco debía redundar en provecho del asesino. Atribuíanse al duque de Orleáns todos los crímenes cuya causa se desconocía: ¡lamentable castigo de una mala reputación! Su mano fué repetidas veces sorprendida en los extravíos del pueblo y creíase sorprenderla en la efusión de sangre; pero fué inocente de este crimen.

XIX

Al cerrar la noche, un desconocido que seguía piadosamente a la comitiva, compró a precio de oro a los asesinos la cabeza de la princesa, a la que no se había desprovisto de su larga cabellera. Limpió la sangre y el lodo que manchaban el rostro, guardó la cabeza dentro de una caja de plomo, a la que puso un sello, y la remitió a los servidores del duque de Penthievre, para que, al menos, esta parte de la víctima recibiera sepultura en el panteón de familia. El duque de Penthievre esperaba ansiosamente las noticias que la voz pública llevaba hasta su palacio de Bizy. Cuando llegaron a sus manos aquellos despojos queridos, su hija, esposa del duque de Orleáns, y sus servidores, hicieron esfuerzos inútiles por permanecer tranquilos para ocultar al anciano el conocimiento de tan horrible atentado; pero el príncipe leyó en todos los ojos la desgracia ocurrida, levantó al cielo las manos y exclamó:

—¡Gran Dios! ¿de qué sirven la juventud, la belleza y las ternuras de una mujer, si no han podido hallar gracia delante del pueblo? ¿Qué es el pueblo?

Ya no volvió a levantarse del lecho. El servicio fúnebre se celebró en su aposento, que se cubrió de negro.

—Creo escuchar continuamente su voz — decía en las últimas conversaciones que tuvo con su hija—; creo siempre verla sentada cerca de la ventana en este pequeño gabinete. ¿Te acuerdas, hija mía, con cuánta asiduidad trabajaba aquí, desde la mañana hasta la noche, para socorrer a los pobres? He pasado muchos años a su lado y nunca he sorprendido en su alma un pensamiento que no estuviera dedicado a la reina, a mí, o a los desvalidos; ¡a este ángel han despedazado! ¡Ah! ¡Conozco que esta desgracia me llevará a la sepultura!

En efecto, murió sin haber disfrutado de un solo momento de consuelo.

XX

La prisión del Chatelet y la Conserjería, adonde habían sido conducidos los acusados por delitos civiles, y donde, por falta de prisiones habían sido encerrados los suizos y los realistas, fueron visitados al día siguiente por los exterminadores de la Abadía y de la Fuerza. El ayuntamiento había puesto en libertad a doscientos detenidos por deudas o por faltas insignificantes, dejando expuestas a la matanza y entregadas a todos los azares de estas jornadas a las víctimas que en su concepto eran culpables. La carnicería empezó allí en la mañana del 3 de septiembre. El tribunal, constituído para juzgar los crímenes del 10 de agosto, celebraba sus sesiones en el palacio a pocos pasos de distancia del lugar de la ejecución; pero los asesinos, llenos de impaciencia, no esperaron la sentencia, que les pareció muy lenta. La muerte se anticipó al fallo del tribunal y la pica jugó en masa. Ochenta cadáveres cubrieron en pocos minutos el patio del palacio; el tribunal seguía juzgando. El mayor Bachmann, que había sucedido al señor de Affry en el mando general de los suizos el 10 de agosto, fué llamado a comparecer ante los jueces. Los asesinos lo encontraron en la escalera que desde la cárcel conduce al pretorio, y lo respetaron en calidad de víctima de la ley. Condenado a muerte en cinco minutos, Bachmann subió a la carreta que debía conducirlo al suplicio. De pie en ella, con la cabeza erguida, la mirada tranquila, el semblante orgulloso, marcialmente embozado en su capa encarnada de uniforme, como el soldado que descansa en un vivac, conservó ante la muerte toda la dignidad del mando. Lanzó una mirada despectiva a la sanguinaria muchedumbre que se agitaba al lado del vehículo pidiendo su cabeza, y la carreta atravesó con lentitud el patio donde el pueblo sacrificaba a los compatriotas y amigos de Bachmann, quien se enterneció por ellos. Parte de los soldados, que todavía esperaban turno para morir, se inclinaron respetuosamente al pasar su jefe, reconociéndolo como comandante hasta en la muerte. El verdugo, que lo tenía asido, era un escudo contra los asesinos, que no lo perdonaron sino a condición de que fuera al cadalso, al que subió con orgullo y donde murió como soldado.

Doscientos veinte cadáveres en el gran Chatelet y doscientos ochenta y nueve en la Conserjería, fueron despedazados por los *trabajadores*. Los asesinos, pocos en número para tanta faena, pusieron en libertad a los que estaban presos por robo, bajo la condición de que se asociaran a ellos, y los libertados no vacilaron en sacrificar a los compañeros de prisión, cuya mano hacía un momento que acababan tal vez de estrechar. Más de la mitad de los presos sucumbió a los golpes de la otra mitad.

Un joven armero de la calle de Saint-Avoie, detenido por causa leve, notable por su estatura y fuerza, recibió también la libertad, a condición de que ayudara a los matadores a realizar su obra de exterminio. El amor instintivo a la vida le hizo aceptar; pero descargó, vacilando, algunos golpes inseguros, y, volviendo inmediatamente en sí, al aspecto de la sangre, arrojó con horror el instrumento homicida que le habían puesto en la mano, y exclamó:

—¡No, no; antes víctima que verdugo! Prefiero recibir la muerte, a darla a inocentes inermes. Heridme.

Cayó, y lavó voluntariamente con su sangre la que acababa de derramar.

Epremesnil, reconocido y favorecido por un guardia nacional de Burdeos, fué el único preso que logró librarse de la matanza del Chatelet, de donde se eva-

dió llevando en la mano un sable ensangrentado y disfrazado de degollador. La noche, el desorden y la embriaguez hicieron confundir al fugitivo con los asesinos. Hundióse hasta los tobillos en el lodo colorado de la carnicería y, al llegar a la fuente Mauboué, empleó más de una hora en lavarse el calzado y la ropa para no aterrorizar a las personas en cuya casa iba a refugiarse.

En esta cárcel adelantóse el suplicio de muchos acusados o condenados a muerte por delitos civiles. Uno de éstos fué el abate Bardi, acusado de haber asesinado a su propio hermano. Hombre de gigantesca estatura y de salvaje energía, luchó durante media hora con los verdugos ahogando a dos entre las piernas. Una joven de admirable hermosura, conocida con el nombre de la *Bella Ramillletera*, acusada de haber herido en un arrebato de celos a su amante, que era subteniente de los guardias franceses, debía ser sentenciada en el transcurso de pocos días. Las asesinos, entre quienes había algunos vengadores de la víctima, anticiparon el oficio del verdugo. Theroigne de Méricourt contribuyó con su ingenio a este suplicio. Habiéndola atado desnuda a un poste, con las piernas separadas y los pies clavados en el suelo, le quemaron el cuerpo con haces de paja encendida; le cortaron los pechos a sablazos y le introdujeron en las carnes los hierros de las picas enrojecidas al fuego. Empalada, por último, sobre los hierros ardientes, sus alaridos, atravesando el Sena, llenaban de estupor a los habitantes de la otra orilla. Cincuenta mujeres libertadas de la Consejería por los matadores, prestaron su concurso a estos bárbaros suplicios superando en ferocidad a los hombres.

Los quinientos setenta y cinco cadáveres del Chatelet y de la Conserjería fueron amontonados en el Puente del Cambio. Por la noche, algunos grupos de muchachos, familiarizados durante tres días con la matanza y a quienes servían de juguetes los cadáveres, encendieron candilejas y bailaron la *Carmañola;* la *Marsellesa*, cantada en coro por otras voces más robustas, resonaba a la misma hora en las inmediaciones y puertas de las cárceles. Los reverberos, las candilejas, las antorchas de resina mezclaban su pálido resplandor con la luz de la luna, que alumbraba aquellos rimeros de cuerpos, aquellos troncos mutilados, aquellas cabezas cortadas y aquellos charcos de sangre. Aquella misma noche Henriot, esbirro y espía en tiempo de los reyes, asesino y verdugo en tiempo de la revolución, capitaneando una cuadrilla de veinte o treinta hombres, dirigía y ejecutaba los asesinatos de noventa y dos sacerdotes en el seminario de San Fermín. Los satélites de Henriot perseguían a los sacerdotes en los corredores y celdas, arrojándolos vivos por las ventanas sobre un bosque de picas, de asadores y de bayonetas, que los atravesaban al caer. Las mujeres a quienes los degolladores permitían este regocijo, los remataban a garrotazos y los arrastraban por los arroyos. Las mismas escenas se desarrollaron en el monasterio de los Bernardinos.

Faltaban ya en París víctimas para saciar la sed de sangre, excitada por estas noventa y dos horas de carnicería; las cárceles habían quedado vacías. Henriot y los ejecutores de los asesinatos, cuyo número pasaba de doscientos, reforzados con los criminales que se habían reclutado en las cárceles, se dirigieron a Bicetre con siete piezas de artillería que el ayuntamiento les dejó llevar impunemente. Bicetre, ancha sentina a donde iba a parar la hez de la nación para limpiarla de locos, de mendigos o de delincuentes incorregibles, encerraba tres mil quinientos presos, que no tenían color político, pero cuya sangre, pura o impura, era sangre. Los degolladores forzaron las puertas de Bicetre, hundieron los calabozos a cañonazos, arrebataron los presos e hicieron en ellos una carnicería que duró cinco días y cinco noches. El agua, el hierro y el fuego sirvieron para exterminar a las víctimas, siendo unas inundadas o ahogadas en los subterráneos donde se habían refugiado, otras destrozadas a sablazos, y los demás muertos por la metralla en los patios. Culpables o inocentes, enfermos o sanos, vagos o pordioseros, todos, inclusos los dementes, fueron indistintamente asesinados. El ecónomo, los limosneros, los conserjes, los escribientes de la ad-

ministración, fueron también víctimas de la matanza general. En vano envió comisarios la municipalidad; en vano Pethión amonestó a los asesinos, que suspendieron su obra para oír las advertencias del alcalde, porque el pueblo escucha respetuosamente, sin obedecer, las palabras destituídas de fuerza: los degolladores sólo se detuvieron cuando no tuvieron más víctimas que inmolar. Al día siguiente, la misma cuadrilla de cerca de doscientos cincuenta hombres armados de fusiles, de picas, de hachas y de mazas, invadió el hospital de la Salpetriere, que era hospicio y cárcel al mismo tiempo. En la Salpetriere sólo había mujeres perdidas: era un lugar de corrección para las ancianas, de curación para las jóvenes y de asilo para las niñas. Después de haber asesinado a treinta y cinco mujeres de las de más edad, forzaron los dormitorios de las demás, a las que obligaron a satisfacer sus brutales deseos, degollaron a las que se resistieron y llevaron en triunfo a algunas niñas de diez o doce años, ¡presa inmunda de la disolución, recogida en la sangre!

XXI

París estaba consternado. La Asamblea enviaba a algunos comisarios para que arengasen al pueblo a las puertas de las cárceles; pero los degolladores ni aun suspendían la matanza para escuchar los discursos. Las palabras de justicia y humanidad no tenían eco en el corazón de aquellos hombres estúpidos, ebrios de vino y de sangre. Inútilmente el ministro del Interior Roland, deplorando su impotencia, escribió a Santerre pidiéndole que empleara fuerza para proteger las cárceles. Santerre no solicitó hasta el tercer día autorización del Ayuntamiento para reprimir a los malvados que llegaron a ser peligrosos hasta para los que los habían lanzado contra los realistas. Los matadores se presentaron cínicamente a exigir de la corporación municipal la recompensa de los asesinatos. Tallién y sus colegas no se atrevieron a negarles el jornal de aquellos días de trabajo y consignaron en los registros del Ayuntamiento de París estos salarios, mal disfrazados con títulos y pretextos que no encubrían la verdad. Santerre y sus destacamentos, que llegaron después de perpetrados los crímenes, encerraron, con no poco trabajo, en sus escondrijos a aquellas hordas, que, alimentadas con crímenes por espacio de siete días, hartas de vino mezclado con pólvora, y ebrias con el vapor de la sangre, llegaron a un estado de exaltación física que no les permitía el menor descanso, padecían la fiebre del exterminio, y sólo servían para asesinar. Cuando les faltó ocupación, muchos se enfurecieron contra sí mismos. Algunos, al entrar en su domicilio, vomitaron imprecaciones contra la ingratitud del Ayuntamiento, que sólo les había abonado cuarenta sueldos diarios, lo que equivalía a sueldo por víctima. Otros, acosados por los remordimientos, no vieron ya más que rostros cárdenos, miembros ensangrentados y entrañas aun humeantes, y cayeron en un acceso de locura o en una postración siniestra, que en breve espacio de tiempo los condujo al sepulcro. Finalmente, otros, denunciados al horror de los vecinos y aborrecidos hasta por los parientes, se alejaron de sus respectivos barrios, alistándose en los batallones de voluntarios, o bien, insaciables de crímenes, se afiliaron en las cuadrillas de malhechores que fueron a continuar en Orleáns, en Lyón, en Meaux, en Reims y en Versalles los asesinatos de París. A este número pertenecieron Charlot, Grizón, Hamín, el tejedor Rodi, Henriol, el joven carnicero Allaigre, y un negro llamado Delorme, llevado a París por el americano Fournier. Este negro, incansable en la matanza, degolló más de doscientas víctimas en los tres días y tres noches que duró la matanza, sin más tregua que los breves momentos que empleaba en beber vino. Su camisa arrollada en la cintura, sus repugnantes facciones, su piel negra, salpicada con manchas de sangre, las carcajadas salvajes que abrían su boca, mostrando los dientes a cada golpe que descargaba, hacían de este hombre el símbolo del homicidio y el vengador de su raza. Era una sangre que agotaba otra sangre; el crimen exterminador que castigaba al europeo por los atentados que éste había come-

tido en Africa. Este negro, que en todas las convulsiones populares de la Revolución se presentaba llevando una cabeza cortada, fué preso dos años después, en las jornadas de pradial, cuando conducía en la punta de una pica la cabeza del diputado Feraud, y, al fin, sufrió el mismo suplicio que con tanta frecuencia había él impuesto. Tan pronto como los asesinos de septiembre, refugiados en los ejércitos y en los batallones de voluntarios, fueron denunciados a sus camaradas, los batallones los expulsaron con indignación, pues los soldados no podían vivir al lado de los criminales. La bandera del patriotismo no debía amparar a los malhechores; el heroísmo y el crimen no querían ser confundidos.

XXII

Tales fueron las jornadas de septiembre. Los fosos de Clamart y las catacumbas de la barrera de Santiago fueron las únicas que supieron con exactitud el número de víctimas, que unos hacían ascender a diez mil, mientras que otros las redujeron a tres mil. Pero el crimen no consiste en el número, sino en la realización de los asesinatos, que se ha pretendido justificar con una teoría bárbara. Las teorías que sublevan la conciencia, no son más que paradojas del espíritu al servicio de los extravíos del corazón. Algunos pretenden engrandecerse elevándose en cálculos llamados de hombre de Estado, sobre los escrúpulos de la moral y la ternura del alma, y se creen superiores al hombre; pero se equivocan, porque son menos que el hombre. Todo lo que cercena a éste su sensibilidad, le roba parte de su verdadera grandeza. Todo lo que niega la verdadera conciencia, le roba parte de la luz, pues la luz del hombre está en el espíritu, y especialmente en la conciencia. Los sistemas fascinan; sólo el sentimiento es infalible como la naturaleza. Poner en duda la criminalidad de las jornadas de septiembre, es declarar falso el sentimiento de humanidad; es negar la naturaleza, que no es otra cosa que la moral en el instinto. El sentimiento más elevado del hombre es el de humanidad, y a ningún gobierno le es más lícito que al individuo el asesinato. La multitud de víctimas no varía el carácter del asesinato. Si una gota de sangre mancha la mano del homicida, ¡los ríos de sangre no purifican las de Dantón! La enormidad del delito no lo transforma en virtud. Las pirámides de cadáveres son más altas; por eso, precisamente, están más expuestas a la execración de los hombres.

XXIII

Indudablemente no deben contarse las vidas que cuesta una causa santa y justa, pues los pueblos avanzan en medio de la sangre y no se manchan cuando se dirigen a la conquista de los derechos, a la justicia y a la libertad del mundo; pero la sangre que no mancha es la vertida en los campos de batalla: la de las víctimas sacrificadas fría y sistemáticamente, sí. Las revoluciones tienen, como los gobiernos, dos medios legítimos de cumplir sus deberes y defenderse: uno es juzgar con arreglo a la ley, y el otro combatir; pero, cuando degüellan, horrorizan a los amigos y dan la razón a los enemigos. La piedad del mundo se aleja de las causas sanguinarias. Una revolución que permaneciera inflexiblemente pura, conquistaría al universo. Los que dan el ejemplo y los consejos de septiembre ofreciendo el degüello como elemento de patriotismo, pierden anticipadamente la causa de los pueblos haciéndola aborrecible, pues con tales doctrinas, sólo hay tinieblas, precipicios y caídas. La San Bartolomé debilitó el catolicismo más que si se hubiera derramado la sangre de un millón de católicos. Las jornadas de septiembre fueron la San Bartolomé de la libertad: Maquiavelo las hubiera aconsejado, y Fenelón las hubiera maldecido. Una sola virtud de Fenelón contiene más ciencia política que todas las máximas de Maquiavelo. Los hombres de Estado más eminentes de las revoluciones se brindan, en determinadas circunstancias, a ser mártires, pero jamás se brindan a ser verdugos.

LIBRO XXVI

Proscripciones.—Muerte del duque de La Rochefoucauld en Gisors.—Asesinatos en Orleáns, Lyón, Meaux, Reims y Versalles.—El alcalde Richaud.—Dantón acepta la responsabilidad de las jornadas de septiembre.

I

Francia se estremecía de horror y de espanto. El consejo de la corporación municipal de París amparábase en el crimen, teniendo la osadía de dirigir una circular a los departamentos en la que recomendaba a los asesinos de septiembre como ejemplo digno de ser imitado. Autorizar el crimen es más que perpetrarlo, porque es asociarse fríamente a él, sin tener la excusa de la pasión que lo explica. El ejemplo de la impunidad de los degüellos de París hablaba demasiado alto a las provincias, y este estímulo tácito fué comprendido. El duque de La Rochefoucauld, el aristócrata más popular después de Lafayette, amigo y bienhechor de Condorcet, a quien regaló 100.000 francos para que se casara, había llegado a ser aborrecido por la muchedumbre. Siendo presidente del departamento de París, había pedido el 20 de junio la destitución de Pethión, siendo éste el motivo de que se le encarcelara. Retirado después del 10 de agosto en los baños de Forges con la duquesa de Anville, su madre, y con su joven esposa, envióle la orden de arresto el Ayuntamiento por conducto de uno de sus procónsules. Este, aterrado de la misión de que era portador, aconsejó al duque que no confiara en su inocencia y que huyera a Inglaterra; pero La Rochefoucauld, rechazando el consejo, se encaminó a París, en compañía de su madre y de su esposa y del comisario municipal. Un batallón de guardia nacional del Finistere, reforzado con un destacamento de los asesinos de París, lo esperaba en Gisors, esforzándose por protegerle. Mientras el coche que conducía a las señoras tomaba la delantera, una fila de municipales y de guardias nacionales llevó al preso fuera de la ciudad por caminos extraviados. ¡Inútil prudencia! Al salir de las puertas, interceptando la calle los coches, se rompió la fila. Un asesino agarró una piedra, la arrojó a la cabeza del duque y lo dejó muerto en el pueblo a que la víctima le había consagrado la vida. Su cadáver fué entregado a la madre y a la esposa, que ya lo creían salvado. Este asesinato de uno de los primeros apóstoles de la libertad y de la filosofía, resonó como un sacrilegio por toda Europa, despopularizando la Revolución, que se mostró parricida al sacrificar a este padre del pueblo. El gran orador Burke y sus amigos, en el parlamento inglés, se avergonzaron de simpatizar con los asesinos de La Rochefoucauld, contra quienes lanzaron airadas imprecaciones.

II

En Orleáns, la guardia nacional, desarmada por el alcalde, permitió que se violara impunemente las cárceles, que se saqueara las casas de los más ricos comerciantes, que se asesinara a ocho o diez personas, y, en fin, que se quemara a fuego lento, en una hoguera encendida en la plaza pública, a dos empleados de una fábrica de refinar azúcar, que habían pretendido libertar del saqueo la casa a que prestaban sus servicios.

En Lyón, la noticia de las jornadas de París excitó en el pueblo una emulación feroz. Diez mil hombres, mujeres y muchachos procedentes de la hez de los jornaleros nómadas, se dirigieron, a pesar de la resistencia del alcalde Vitet y del comandante de la ciudad, Imbert Colomez, a la fortaleza de Pierre-Encise; derribaron las puertas y asesinaron a veintiún oficiales del regimiento de Real Polonia, que estaban encerrados en ella. Desde allí fueron a las cárceles civiles, degollaron indistintamente a todos los que encontraron y clavaron en los árboles del paseo de Bellecourt los miembros mutilados de las víctimas.

Ronsín, comandante de uno de los batallones de París, compuesto de los vencedores del 10 de agosto y de algunos asesinos de septiembre, pasó por Meaux al dirigirse a la frontera. A su llegada reprendió al alcalde por no haber seguido aún el ejemplo del Ayuntamiento de

París; recorrió sable en mano las calles de la ciudad; reclutó algunos malvados en los lugares sospechosos; los condujo a la cárcel y los excitó al asesinato con el ademán y la voz.

—Mis hombres son forajidos — respondía Ronsín a los que le acriminaban por las atrocidades que cometía aquella horda—. ¿Pero se componían de gente honrada las legiones que ejecutaban las proscripciones de Mario?

Por Reims pasó otro batallón, reclutado en los antros de París, con dirección a la frontera, al mando del general Duboux. Un revoltoso, llamado Armonville, se presentó ante los soldados cuando el general les pasaba revista; les arengó y, a pesar de que el comandante trató de contenerlos, los soldados fueron arrastrados por un grupo de cincuenta revolucionarios a la sociedad popular, donde, después de entregarles armas, les señalaron las casas, les designaron las víctimas y los lanzaron a la matanza. Dos empleados fueron asesinados en los escalones del ayuntamiento, y sus cabezas sirvieron a los asesinos para jugar a los bolos: después arrojaron en una hoguera encendida en el atrio de la catedral a todos los sacerdotes que encontraron en la ciudad. Durante dos días los asesinos no cesaron de alimentar la hoguera, arrojando a ella nuevas víctimas; obligaron al sobrino de uno de los sacerdotes a que llevara leña para consumir el cuerpo de su tío; cortaron las piernas y los brazos al señor Montrosier, que era vecino de la ciudad y no estaba afiliado a ningún partido político, y lo llevaron a la puerta de su casa, para que su padre y su esposa lo vieran morir.

Aquellos infames se divirtieron con la agonía, con la conciencia y con los remordimientos de las víctimas. Un sacerdote, cercado por las llamas y vencido por el dolor, rogó que le permitieran prestar juramento a la nación y lo separaran del fuego, y el procurador del ayuntamiento, Couplet, acudió a recibir el juramento.

—Ahora que acabas de decir una mentira más — dijeron entonces los verdugos a la víctima que acababan de apartar del suplicio—, arde con los otros — y le arrojaron de nuevo a la hoguera.

Los incendiarios concluyeron quemándose recíprocamente. Un tejedor, llamado Lorenzo, formó la lista de los destinados al suplicio e incluyó en ella a un mercader, vecino suyo, cuyo crimen consistía en haberse negado a fiar géneros a aquél. El mercader, agente secreto de Armonville, recibió aviso del lazo que le tendían y fué a quejarse a su principal. Armonville borró el nombre del mercader y escribió en su lugar el del delator. Cuando Lorenzo designó a su enemigo para ser quemado, le prendieron y le arrojaron a las llamas, entre las carcajadas de sus cómplices. La sangre impura del tejedor apagó la hoguera.

El terror fué tan servil en Reims y el nombre de Armonville intimidó de tal modo la conciencia pública, que la ciudad nombró, algunos días después, a este infame su representante en la Convención.

III

Los exterminadores no podían dar al olvido las cárceles del tribunal superior de Orleáns, en las que había sesenta y dos acusados del crimen de lesa nación. De quienes el pueblo se acordaba más era del anciano duque de Brissac, comandante de la guardia del rey, y del señor de Lessart, ministro proscripto por los girondinos. Los obispos, los magistrados y los generales, denunciados por el departamento o por las tropas, periodistas del partido de la corte, y finalmente, los veintisiete oficiales del regimiento de Cambresis, acusados de haber pretendido sorprender la ciudadela de Perpiñán para entregarla a los españoles, gemían hacía más de un año en estas cárceles. La vaguedad de las acusaciones, la falta de pruebas y la distancia de los testigos suspendían o atenuaban los fallos. La prevención, que juzga sin pruebas y condena cuanto aborrece, se impacientaba con estas dilaciones. El ayuntamiento, Marat y Dantón, que deseaban acabar con ellas, encontraron a todas estas víctimas cercadas ya por el asesinato. Avergonzada la Asamblea con los degüellos del 2 de septiembre, cometidos a su vista y cuya responsabilidad

pesaba sobre ella, quería substraer sesenta y dos presos a la justicia sumaria de la corporación municipal; pero los partidarios de Marat inculcaron al pueblo la idea de que las cárceles de Orleáns, convertidas en mansión de delicias y en foco de conspiración por el oro del duque de Brissac, iban a abrir sus puertas a los presos a la señal que dieran los emigrados, frustrando la venganza de la nación; también hablóse de que se preparaba una evasión. Al propalarse este rumor, doscientos marselleses y un destacamento de confederados y degolladores, mandado por el polaco Lazouski, pusiéronse en camino hacia Orleáns, obedeciendo la orden secreta que le dieron los agitadores del Ayuntamiento. Al llegar a Longjumeau, escribieron a la Asamblea diciendo que estaban en camino para conducir los presos a París. Agitada la Asamblea por Vergniaud y Brissot, expidió un decreto prohibiendo a los confederados disponer a su arbitrio de los acusados o de los culpables, sometidos a la acción de las leyes. Lazouski y sus satélites, fingiendo obedecer el decreto, respondieron que se dirigían a Orleáns para custodiar a los presos a quienes se trataba de libertar. Vergniaud y sus amigos, que entendieron este lenguaje, afectaron conformarse con esta obediencia a medias, pero hicieron expedir otro decreto encargando a los ministros que enviaran a Orleáns mil ochocientos hombres para prevenir todo conato de substracción. Confióse a Fournier *el Americano* el mando de estos mil ochocientos hombres. Al llegar con esta fuerza a Longjumeau, Fournier rehizo los doscientos marselleses y entró en Orleáns.

Leonardo Bourdón se había anticipado. Enviado por el Ayuntamiento de París con una misión sospechosa, Leonardo Bourdón, ciudadano de Orleáns, pero amigo de Marat, bajo pretexto de evitar un choque entre el destacamento parisiense y la corporación municipal de Orleáns, hizo que permaneciera neutral la guardia nacional de esta ciudad. Esta, que se componía de seis mil hombres y era adicta a las leyes, se dirigió a las cárceles con artillería para defender las puertas. Entabláronse negociaciones y, por último, se acordó respetar a los presos, que serían entregados por la guardia nacional a la escolta, para que los condujera a París.

IV

Siete carretas, en cada una de las cuales iban ocho presos cargados de cadenas, se pusieron en camino el 4 de septiembre a las seis de la mañana. Fournier marchaba al frente del convoy, a caballo. Un collar de la cruz de San Luis, de la cruz de Cincinato y otras condecoraciones militares robadas a los presos, colgaban del pretal de la cabalgadura. Noticiosa la Asamblea de los sucesos de Orleáns, decretó por conducto de Vergniaud que la columna no entrara en París. Los comisarios enviados a Etampes para detener a Fournier en el camino, fueron intimidados por Leonardo Bourdón. El decreto fué pisoteado, y se prosiguió la marcha hacia Versalles. Sin embargo, los verdugos del 2 de septiembre esperaron la comitiva en Arpajón, se incorporaron a la escolta y llegaron al mismo tiempo que el convoy a las puertas de Versalles. El alcalde Lachaud, informado del peligro, adoptó las precauciones que le aconsejaron la prudencia y la humanidad. Fournier y Lazouski, con dos mil hombres y artillería, tenían fuerza suficiente para evitar un atentado, pero parecía que todo lo habían dispuesto para entregar los presos y no para defenderlos. Los cañones y la caballería de la escolta precedían, a gran distancia, al convoy. Cinco hombres en fila marchaban a derecha e izquierda del camino. El alcalde de Versalles, acompañado de algunos consejeros municipales y oficiales de la guardia nacional, imponía respeto a los asesinos con su presencia y sus palabras. Aunque era domingo y la hora en que el pueblo se entrega al ocio, propio de la festividad, las calles de la ciudad estaban desiertas. La cuadrilla de degolladores que acechaba la presa, no pasaba de cuarenta o cincuenta hombres, los cuales dejaron aproximar las carretas a la verja del jardín que conduce a la casa de fieras, donde se pensaba hacer alto aquella noche. Tan pronto como Fournier, los

cañones y la caballería de la escolta pasaron la verja, la cerraron. Fournier, ya porque fuera realmente sorprendido, ya porque fingiera ser violentado, fué arrojado del caballo por algunos hombres del pueblo, con los que luchó débilmente para hacer abrir nuevamente la verja que lo separaba del grueso de la tropa y de los presos que custodiaba. Lazouski, con la guardia, no intentó siquiera incorporarse a la comitiva. Dueños los asesinos de las carretas, precipitáronse sobre los presos encadenados que nadie les disputaba. El alcalde Lachaud se interpuso entre los asesinos y los presos, y, subiendo al primer vehículo y separando con ambas manos los sables y las picas, cubrió con su cuerpo a los dos primeros; pero todo fué inútil. Derribado sobre los cadáveres e inundado en sangre, los asesinos lo llevaron desmayado a una casa inmediata y ejecutaron sin la menor resistencia, en poco más de una hora, la matanza a sangre fría, sin que la ciudad aterrorizada y dos mil hombres armados pudieran impedírselo. El animoso Lachaud, vuelto en sí del desmayo y arrancándose a los brazos que se esforzaban por retenerle, se escapó de la casa adonde lo habían trasladado, se dirigió a las carretas, se arrodilló a los pies de los asesinos, les agarró los brazos ensangrentados y les reconvino porque deshonraban la Revolución y la ciudad en que ésta había triunfado del despotismo, llegando hasta ofrecerles su vida para rescatar la de la última de las víctimas, pero le miraron y se alejaron sin hacerle caso. Con mucha dificultad siete u ocho presos, precipitándose de los vehículos en la confusión de la carnicería, y protegidos por algunos espectadores compasivos, consiguieron evadirse y refugiarse en las casas inmediatas, pero todos los demás perecieron. Cuarenta y siete cadáveres con las manos y los pies todavía encadenados, quedaron obstruyendo la calle como testimonio de la barbarie y cobardía de los degolladores. Un montón de troncos y miembros despedazados alzóse en medio de la encrucijada de los Quatre-Bornes. Las cabezas cortadas, después de ser paseadas por los asesinos, se clavaron en las barras de las verjas del palacio de Versalles. Entre ellas se distinguía la del duque de Brissac, por sus cabellos blancos, salpicados de sangre, que fueron arrollados a la verja de la puerta de sus señores. Dos asesinos, Foliot, mayordomo de la fábrica de Meudón, y Hurtevent, guardabosque de Verrieres, recorrieron los cafés de la ciudad, llevando uno el corazón ensangrentado, arrancado del pecho del duque de Brissac, y el otro un pedazo de carne obscena, cortada al cadáver del ministro Lessart. Una joven, embarazada de algunos meses, a quien mostraron esta carne humana, cayó de espaldas al verla y se desnucó, muriendo del golpe; los muchachos despedazaban los miembros en la calle y los arrojaban a los perros. Una mujer llevó asida por los cabellos una de estas cabezas a la Asamblea de electores, y la puso sobre la mesa del presidente, y el que no aplaudía, calló, porque el silencio era indicio de valor. Más de una hora había transcurrido desde la consumación de los asesinatos, cuando los espectadores que contemplaban desde lejos los despojos ensangrentados de las víctimas, observaron que un ligero movimiento agitaba los cadáveres. Alzáronse unos brazos ensangrentados, mostróse después una cabeza calva, y, por último, se incorporó el desnudo tronco de un anciano en la cúspide del montón de muertos. Era una víctima que salía del desvanecimiento, ocasionado por el golpe que le asestaron y que, habiendo sido dado por muerto por los asesinos, habíase ocultado debajo de los cadáveres de sus compañeros de infortunio. Esforzábase por desasirse de los cuerpos mutilados bajo los cuales estaba sepultado hasta la cintura, y acechaba a hurtadillas el lado por donde podía arrastrarse para salvar la vida. Los silenciosos testigos de este macabro espectáculo empezaron a hacerle señales de inteligencia y de compasión, cuando un asesino, retrocediendo casualmente, vió al anciano, y acercándose a él con el sable en alto, le gritó:

—¡Ah! ¿Despiertas? Espera, voy a hacerte dormir un largo sueño — y, al decir esto, le abrió la cabeza con un sablazo, tendiéndolo otra vez sobre aquel lecho de cadáveres.

V

Los matadores se dirigieron luego a las dos cárceles de Versalles, y, a pesar de los esfuerzos desesperados de Lachaud para evitarlo, degollaron a diez prisioneros, debiendo los demás la salvación a la intrepidez, a la elocuencia y a los ardides piadosos de este generoso magistrado, que no había cesado de prevenir al poder ejecutivo hacía dos días los peligros que amenazaban a los presos de Versalles y de reclamar fuerzas a París. Alquier, presidente del tibunal de Versalles, fué dos veces a casa de Dantón, ministro de Justicia, para intimarle a que proveyese a la seguridad de las cárceles. La vez primera Dantón eludió contestarle, y la segunda se incomodó por la insistencia que le exacerbaba los remordimientos.

Dirigiendo a Alquier una mirada significativa, que deseaba ser entendida sin necesidad de más explicaciones, le dijo con aspereza:

—¡Señor Alquier, esos hombres son muy culpables, muy culpables! Cumplid vuestro deber y no intervengáis en este asunto. Si hubiera podido contestaros de otro modo, ya lo hubiera hecho. ¿No lo comprendéis?

Alquier se retiró consternado; había comprendido. Las palabras que Dantón dejó escapar en su impaciencia, son el comentario de las que profirió el 2 de septiembre en la Asamblea.

—¡La patria se ha salvado! — exclamó entonces—. ¡El toque de rebato que va a sonar no es una señal de alarma, sino la carga contra los enemigos de la patria! ¿Qué necesitamos para vencerlos? ¡Audacia, audacia y siempre audacia!

Acabó de ratificar el significado que para él tenían estas palabras la misma tarde de la matanza de Versalles.

Los asesinos de Brissac y de Lessart regresaron a París al anochecer y se agolparon bajo los balcones del ministerio de Justicia, pidiendo armas para ir a defender las fronteras. Dantón se levantó de la mesa, se presentó en el balcón, y les dijo:

—No es el ministro de Justicia, sino el ministro de la Revolución, quien os da las gracias.

En ningún tiempo sancionó con más procacidad ningún revolucionario los crímenes de sus satélites. Dantón violaba las leyes, de cuya defensa estaba encargado, y aceptaba la sangre, que tenía el deber de vengar, siendo ministro de la muerte, en vez de serlo de la libertad. Los sucesos de septiembre fueron el crimen de algunos malhechores; pero no el crimen de la libertad.

LIBRO XXVII

El ejército.—Dumouriez permanece en Argonne.—Kellermann.—Miranda.—Campamento de Sainte-Menehould.—Posición de Kellermann.—El duque de Chartres.—Su retrato.—Valmy.—Victoria.—Retirada del ejército prusiano.—Inacción.—Perseverancia de Dumouriez.—Apacigua las murmuraciones de las tropas.—La República es reconocida en los campamentos.

I

Durante el interregno que medió entre la monarquía y la república, estando entregada la capital a los satélites de Dantón, Francia, con las fronteras abiertas, no tenía para salvarse más que el pequeño bosque de Argonne y el genio de Dumouriez. El 2 de septiembre estaba este general encerrado con diez y seis mil hombres en el campamento de Grandpré y ocupando con débiles destacamentos los desfiladeros inmediatos entre Sedán y Sainte-Menehould, por donde el duque de Brunswick podía intentar romper la línea y rebasar la posición de los franceses. Aprovechándose hora por hora de la lentitud del enemigo, hacía tocar a alarma en todas las aldeas situadas en las faldas del bosque de Argonne; se esforzaba por avivar el entusiasmo patriótico de los aldeanos, y hacía cortar los puentes y los caminos por donde los prusianos podían atacarle, y derribar los árboles para construir empalizadas en los puntos más indiferentes; pero la toma de Longwy y de Verdún, las inteligencias de los nobles del país con los emigrados, el odio a la Revolución y la masa desproporcionada del ejército coligado, hacían poco temible la resistencia. Dumouriez, abandonado por el vecindario,

sólo podía contar con su ejército, porque los batallones de voluntarios que llegaban poco a poco de París y de los departamentos y que se reunían en Chalons, eran inexpertos, estaban indisciplinados y tenían un terror pánico, por cuya razón temía más que deseaba semejantes auxiliares. Dumouriez cifraba toda su esperanza en reunirse con el ejército que Kellermann, sucesor de Luckner, llevaba de Metz: si podía efectuarse esta reunión detrás del bosque de Argonne antes que las tropas del duque de Brunswick hubieran forzado aquella muralla natural, Kellermann y Dumouriez podían oponer un ejército de cuarenta y cinco mil combatientes al de los noventa mil prusianos, y jugar con alguna esperanza la suerte de Francia en una batalla. Kellermann, digno de comprender y secundar aquel gran pensamiento, ejecutaba lealmente el plan de Dumouriez, satisfecho con la parte de gloria que pudiera corresponderle, si la patria se salvaba. Marchaba oblicuamente desde Metz a la extremidad del Argonne, enterando a Dumouriez de cada paso que avanzaba; pero la superior inteligencia de estos dos generales pasaba inadvertida para la masa de los oficiales y de las tropas, pues hasta en el campamento de Dumouriez se reputaba aquella inmovilidad como una obstinación fatal en intentar lo imposible, presagiando la prisión del ejército por los infinitos cuerpos con que el duque de Brunswick iba a rodearlo y obligarle a rendirse. Los víveres eran malos y escaseaban, hasta el extremo de que el mismo general se veía obligado a comer el pan negro de munición, hierbas y ninguna carne, y a beber cerveza en vez de vino; y las enfermedades, consecuencia de la fatiga, hacían sufrir a las tropas, produciendo todo esto sordos murmullos que exasperaban los ánimos. Los ministros, los diputados y hasta el mismo Luckner, a consecuencia de las noticias que recibían del campamento, no cesaban de escribir a Dumouriez ordenándole que abandonara su comprometida posición y que se retirara a Chalons, mientras los amigos le advertían que su tenacidad sería causa de que lo substituyeran y quizá de un decreto de acusación contra él.

II

Los tenientes del ejército de Dumouriez forzaron una mañana la entrada de la tienda de su general, y, comunicándole las impresiones del ejército, le expusieron la necesidad de retirarse. Dumouriez, después de oírlos tranquilamente, les contestó:

—Cuando se celebre consejo de guerra, escucharé vuestras opiniones; pero ahora sólo me consulto a mí mismo, pues soy el único encargado de dirigir la guerra y el responsable de todo. Volved a vuestros puestos y no penséis más que en secundar los planes de vuestro general.

La seguridad del jefe inspiró confianza a los subalternos, porque el genio tiene misterios que se respetan, aun cuando se desconozcan. Algunas ligeras escaramuzas, siempre felices, sostenidas por la vanguardia de los prusianos, que se adelantaban hacia el bosque con los puestos avanzados de Dumouriez, hicieron que las tropas tuvieran más paciencia, pues los disparos y el paso de carga son la música de los campamentos. Miaczinski, Stengel y Miranda rechazaron en todas partes a los prusianos. Ya conocemos a Miaczinski y a Stengel, hombres escogidos por Dumouriez; a Miranda lo había enviado recientemente Pethión, y el general quiso probarlo en seguida, quedando satisfecho de él.

Miranda, que tanta parte tomó después en las victorias y en los reveses de Dumouriez, era uno de los aventureros que no tenían más patria que los campamentos y que prestan su brazo y su inteligencia a la causa que consideran más merecedora de derramar su sangre, y él simpatizaba con todas las revoluciones en todo el universo. Natural del Perú, noble, rico e influyente en la América española, había intentado, siendo aún joven, emancipar su patria del yugo de España. Refugiado en Europa, adonde había traído parte de sus riquezas, había viajado de nación en nación instruyéndose en las lenguas, en la legislación y en el arte de la guerra, buscando por todas partes enemigos de España y auxiliares

de la libertad. La Revolución francesa le había parecido el campo de batalla de sus ideas y se apresuró a prestarle su concurso. Unido a los girondinos, que hasta entonces eran los demócratas más avanzados, obtuvo, por mediación de Pethión y de Serván, el grado de general en los ejércitos franceses. Estaba impaciente por conquistarse un nombre en aquella guerra de independencia para que este nombre, resonando en América, le diera en su patria la popularidad, la gloria y el prestigio de Lafayette. Desde que llegó al campamento, Miranda mostró el valor de aventurero que naturaliza al extranjero en un ejército.

Otro extranjero también, el joven Macdonald, de una familia militar de Escocia, a quien la revolución de su país había llevado a Francia, era ayudante de campo de Dumouriez, y aprendía en el campamento de Grandpré cómo se salva una patria; más adelante aprendió, a las órdenes de Napoleón, cómo se ilustra. Mariscal de Francia al fin de su vida, fué un héroe al empezar su carrera.

III

Dumouriez amortiguaba, en su posición, el choque de los cien mil hombres que el rey de Prusia y el duque de Brunswick habían agrupado al pie del Argonne, sirviéndose del tiempo, precioso auxiliar del buen éxito en las guerras de invasión. Tranquilo en cuanto al frente, que tenía defendido por cinco leguas de bosque y de barrancos, imposibles de atravesar; y tranquilo en cuanto a la derecha, ocupada por los cuerpos de Dillón y bien pronto fortificada con los veinte mil hombres de Kellermann, estaba también tranquilo en cuanto a la izquierda, garantida contra toda sorpresa por los destacamentos que había colocado en los cuatro desfiladeros del Argonne, por los cuerpos de Miaczinski que le flanqueaban por Sedán y por el campo de Maulde, que su amigo, el joven y valiente Beurnonville le llevaba a marchas forzadas; pero una casualidad lo comprometió todo. Abrumado por las fatigas del cuerpo y del espíritu, habíase descuidado en reconocer personalmente, a pesar de tenerlo muy cerca, el desfiladero de Croix-au-Bois, que le habían descripto como impracticable para las tropas, y, sobre todo, para la caballería y artillería, a pesar de lo cual lo había mandado ocupar por un regimiento de dragones, dos batallones de voluntarios y dos piezas de artillería, bajo las órdenes de un coronel; pero, con motivo de un cambio de cuerpos por el que se llamaba al campamento de Grandpré al regimiento de dragones, y a los dos batallones de la Croix-au-Bois, antes que el batallón de las Ardenas, que debía reemplazarlos, hubiera llegado a su destino, el desfiladero quedó momentáneamente franco para el enemigo. Los numerosos espías voluntarios que los emigrados tenían en los pueblos del Argonne, se apresuraron a revelar esta circunstancia al general austriaco Clairfayt, quien envió inmediatamente ocho mil hombres a las órdenes del joven príncipe de Ligne a la Croix-au-Bois y se apoderó del desfiladero. Informado pocas horas después de esta pérdida, Dumouriez dió al general Chazot dos brigadas, seis escuadrones de las mejores tropas, cuatro piezas de artillería, además de las que tenían los batallones, y le mandó que atacara al enemigo a la bayoneta y se apoderara a todo trance nuevamente del desfiladero. De hora en hora el general, impaciente, enviaba a Chazot ayudantes de campo para precipitar su marcha y para que le trajesen noticias; veinticuatro horas pasaron en esta incertidumbre; pero, por fin, el 14, oyó Dumouriez el cañón a la izquierda, y juzgando por el ruido que se alejaba, dedujo que los imperiales retrocedían. Chazot le comunicó por la noche que había forzado los atrincheramientos de los austriacos, defendidos heroicamente; que ochocientos muertos cubrían el desfiladero y que el príncipe de Ligne había pagado con la vida su conquista de un día. Pero apenas, después de leer esta carta en el campamento de Grandpré, Dumouriez se había quedado dormido, considerándose seguro, cuando Clairfayt, deseoso de vengar la muerte del príncipe de Ligne y de dar un asalto decisivo a aquella muralla del ejército francés, cargó con todas sus columnas sobre el desfiladero, se apoderó de las alturas, atacó a la columna de Chazot de frente y por

los dos flancos, se apoderó de sus cañones, obligó a Chazot a desembocar en la llanura, le cortó la comunicación con el campamento de Grandpré y lo rechazó huyendo y derrotado sobre Vouziers. En aquel momento el cuerpo de los emigrados atacó al general Dubouquet en el desfiladero del Chene-Populeux, donde franceses contra franceses pelearon con igual valor, luchando unos por salvar la patria y otros por reconquistarla. Dubouquet sucumbió y, evacuado el paso, se retiró sobre Chalons. De estos dos desastres se enteró al mismo tiempo Dumouriez, pareciendo que Chazot y Dubouquet le trazaban el camino y que la voz unánime del ejército le indicaba a Chalons por refugio. Clairfayt con veinticinco mil hombres iba a cortarle la comunicación con Chalons, mientras el duque de Brunswick con ochenta mil prusianos lo encerraba por los otros tres lados en el campamento de Grandpré. Sus destacamentos extraviados, sin que les fuera posible volver, reducían el ejército de Grandpré a quince mil combatientes. Morir de hambre en las trincheras, rendir las armas o sacrificarse inútilmente en una posición ya dominada, eran las tres únicas soluciones que entreveía el general. El camino de Chalons, que tenía aún abierto a su espalda, iba a ser cortado con sólo dos marchas de Clairfayt, y, por consiguiente, no le quedaba más que un día para recorrerlo y tratar de entrar en la ciudad. Parecía que la necesidad le trazaba el plan de campaña que podía seguir; pero este plan era una retirada, y una retirada delante del enemigo vencedor en dos combates parciales equivalía a inclinar la fortuna de Francia ante el extranjero. En aquella crítica circunstancia, como si la audacia de Dantón hubiera pasado al alma y a la táctica de Dumouriez, concibió un plan más temerario aún que el de Argonne, y, rechazando los prudentes consejos del arte, sólo obedeció al entusiasmo, arte sin reglas del genio. Se encerró con los ayudantes de campo y los jefes de cuerpo; dictó a cada uno las órdenes que debían modificar la dirección de los generales y de los cuerpos de ejército y coordinarlos según la nueva resolución; a Kellermann le mandó que continuara la marcha y se dirigiera sobre Sainte-Menehould, población pequeña al extremo del bosque del Argonne, en las últimas desigualdades del terreno que hay entre las Ardenas y la Champaña; a Beurnonville que saliera de Rhetel y siguiera la orilla del Aisne, evitando la aproximación al Argonne para evitar que los flancos fueran atacados por Clairfayt; a Dillón que defendiera hasta morir los dos desfiladeros del Argonne, de que aun estaban distantes los prusianos hacia la derecha de Grandpré, y que enviara tropas ligeras más allá del bosque, volviendo el extremo de su ejército por Passavant, para sorprender por aquel lado la marcha del duque de Brunswick y ponerse más pronto en comunicación con la vanguardia de Kellermann; a Chazot le ordenó que volviera a Autry; y al general Sparre, comandante de Chalons, que formara un campamento delante de aquel pueblo con todos los batallones armados que llegasen del interior, reserva que preparaba Dumouriez para el caso de que lo derrotaran en una batalla. Dadas estas órdenes, dispuso las tropas para la maniobra que deseaba ejecutar personalmente aquella noche. Dirigió sobre las alturas que cubren la izquierda de Grandpré por el lado de la Croix-au-Bois, por donde le inquietaba Clairfayt, seis batallones, seis escuadrones y seis piezas de artillería en observación contra un impensado ataque de los austriacos; hizo, después de anochecer, que desfilara en silencio su parque de artillería por los dos puentes que atraviesan el Aisne, y lo envió a las alturas de Autry. Ningún movimiento aparente en su cuerpo de ejército, ni en sus puestos avanzados, revelaron al enemigo el propósito de retirada del ejército francés. El príncipe de Hohenlohe solicitó una entrevista con Dumouriez la misma noche, para apreciar el estado de aquel ejército. Dumouriez la concedió, pero se hizo reemplazar por el general Duval, cuya edad avanzada, blancos cabellos, elevada estatura y actitud marcial y majestuosa imponían al general austriaco. Duval, afectando tranquilidad, aseguró al príncipe que Beurnonville llegaría al día siguiente con diez y ocho mil hombres y Kellermann a la cabeza de treinta mil combatientes.

Desanimado en sus tentativas de negociaciones por la actitud de Duval, el general austriaco se retiró convencido de que Dumouriez esperaba ser atacado en su campamento.

IV

A media noche Dumouriez salió a caballo del palacio que habitaba en Grandpré, encaminándose al campamento en medio de la mayor obscuridad, donde todos dormían. Prohibió tocar a los tambores y cornetas e hizo pasar de boca en boca y a media voz la orden de recoger las tiendas y tomar las armas; pero la obscuridad y la confusión retardaron la formación de las columnas, a pesar de lo cual, antes de amanecer, el ejército se puso en marcha, pasando las tropas en dos filas los puentes de Senuc y de Grandchamp y formándose luego en orden de batalla sobre las alturas de Autry. Ya cubierto en adelante por el Aisne, observó Dumouriez si el enemigo lo seguía; pero el misterio había desconcertado al duque de Brunswick y a Clairfayt. El ejército cortó los puentes que dejaba tras de sí y, puesto nuevamente en marcha, acampó en Dommartín, a cuatro leguas de Grandpré. Habiéndole despertado dos veces durante la noche, con motivo de terrores pánicos repentinos, difundidos por la traición o por el miedo, montó dos veces a caballo, acudió al sitio de donde procedía el ruido, se presentó a las tropas, las reprendió, las tranquilizó, restableció el orden e hizo encender grandes fogatas, a cuya luz los soldados se reconocieron recobrando todos los corazones la confianza en su general. Al día siguiente ordenó al general Duval que dispersara la nube de húsares prusianos que durante la noche habían asaltado y derrotado las tropas del general Chazot, que se creyó atacado por todo el ejército prusiano. Los fugitivos, que se habían escapado en todas direcciones, llegaron hasta Reims, Chalons y Vitry, difundiendo la noticia de la completa derrota del ejército francés. Habiendo conseguido el general que la caballería le trajera algunos de aquellos cobardes, les quitó los uniformes, mandó que les cortasen el cabello y las cejas, y los expulsó del campamento, declarándolos indignos de combatir en nombre de la patria. Después de esta ejecución, que castigaba la cobardía con el desprecio, y que recordaba las lecciones de César a sus legiones, Dumouriez emprendió la marcha llegando el 17 a su campamento de Sainte-Menehould.

V

El campamento de Sainte-Menehould, que el genio de Dumouriez convirtió en escollo de los coligados, parecía haber sido designado por la naturaleza para servir de ciudadela a un puñado de soldados patriotas, contra un ejército innumerable y victorioso. Era una elevada meseta de cerca de una legua cuadrada, precedida, por el lado que daba frente al enemigo, por un valle hondo y estrecho, semejante al foso de una fortificación; protegida en sus dos flancos, en un lado, por el cauce del Aisne y, en el otro, por lagunas y barrizales intransitables para la artillería; la espalda de este campamento estaba asegurada por terrenos pantanosos procedentes del río Auve. Más allá de estos charcos y barrancos alzábase un terreno sólido y estrecho que podría muy bien servir para poner en él otro campamento; el general reservaba este punto para Kellermann. La leña, el agua, los piensos, las harinas, las carnes saladas, el aguardiente y las municiones llevadas en abundancia por los dos caminos de Reims y de Chalons, mientras permanecían libres, daban seguridad al general y alegría al soldado. Dumouriez había estudiado aquella posición en los pocos momentos que había tenido de ocio en el campamento de Grandpré, y se estableció en ella con la infalibilidad de golpe de vista de quien conoce el terreno y se apodera de él, sin dudar de los resultados. Situó un batallón en el castillo escarpado de Santo Tomás, que terminaba y cubría la derecha; tres batallones y un regimiento de caballería en Vienne-le-Chateau; baterías en el frente del campamento enfilando el valle; la vanguardia se apostó en las alturas que dominaban, más allá del valle, el riachuelo de la Tourbe y algunos puestos avanzados en

el camino de Chalons, para sostener durante el mayor tiempo posible la comunicación con el pueblo, el arsenal y la plaza de reclutas. Adoptadas estas disposiciones e instalado el cuartel general en Sainte-Menehould que estaba en el centro del ejército, inquieto Dumouriez por las noticias de su supuesta derrota, propaladas por los fugitivos de Grandpré, escribió a la Asamblea: «Me he visto obligado a abandonar el campamento de Grandpré; efectuada con fortuna la retirada, el ejército experimentó un terror pánico, a consecuencia del cual huyeron diez mil hombres delante de mil quinientos prusianos; pero todo está reparado y respondo de todo.»

Mientras el general tomaba posesión del último campo de batalla que quedaba a Francia y preparaba el punto en que Kellermann y Beurnonville debían reunirse al núcleo de las tropas para vencer o morir con él, la fortuna frustraba de nuevo la prudencia de Dumouriez como si se complaciera en burlarse de su talento. Al saber la noticia de la retirada de Grandpré, creyendo Kellermann que Dumouriez había sido abatido, y temiendo caer, si se acercaba al extremo del Argonne, entre las masas prusianas, a quienes suponía más allá del desfiladero, retrocedió hasta Vitry, a donde a cada momento le llegaban correos de Dumouriez llamándole; avanzaba de nuevo, pero con la lentitud de quien teme ser víctima, a cada paso, de una celada. Kellermann no conocía el secreto de la fortuna de Dumouriez, y dudaba sin dejar de obedecer. Por otro lado, Beurnonville, amigo y confidente de Dumouriez, que se adelantaba desde Rhetel a Grandpré con el ejército auxiliar del campamento de Maulde, había encontrado a los fugitivos de Chazot, y, desconcertado con la noticia de la falsa derrota que éstos le dieron, fué con algunos caballos a una colina desde donde se veía el Argonne y los picos desnudos de las montañas que se extienden desde Grandpré a Sainte-Menehould.

Ocurría esto en la mañana del 17, a la hora en que el ejército de Dumouriez pasaba de Dommartin a Sainte-Menehould. Beurnonville, al ver aquella columna de tropas que serpenteaba en el llano, cuyos uniformes y banderas no podían distinguirse a causa de la distancia y de la niebla, creyó que era el ejército prusiano que marchaba en persecución de los franceses. Cambió de camino, apresuró la marcha y se dirigió a Chalons para reunirse con Dumouriez; pero, informado en Chalons de su error por un ayudante de campo, dió doce horas de descanso a sus fatigadas tropas y llegó el 19 con diez mil hombres aguerridos al campo de batalla. Dumouriez recobró de nuevo la esperanza de vencer al ver aquellos bravos soldados a quienes llamaba hijos y de quienes era llamado padre, y salió a caballo para recibir a Beurnonville. Apenas la columna divisó al general, los oficiales, sargentos y soldados, olvidaron las fatigas de la marcha y agitando los sombreros en la punta de los sables y de las bayonetas, saludaron con una inmensa aclamación al jefe, que inmediatamente les pasó revista. Estos batallones y estos escuadrones, que él había formado con tanta paciencia, disciplinado y acostumbrado al fuego durante las lentas contemporizaciones de Luckner en el ejército del Norte, desfilaron en su presencia cubiertos con el polvo del camino, los caballos flacos, los uniformes despedazados y los zapatos rotos, pero las armas completas y limpias, como en día de parada.

Después que los oficiales del estado mayor señalaron a cada cuerpo el lugar que debían ocupar y se pusieron las armas en pabellones frente a las tiendas, los soldados, más ansiosos de ver al general que de comer, rodearon tumultuosamente a Dumouriez, unos dándole palmadas en el anca del caballo, otros besándole las botas, aquéllos cogiéndole la mano con familiaridad y apretándola como la de un amigo a quien se acaba de encontrar, éstos preguntándole si los llevaría pronto al combate, y todos manifestando el afecto familiar que un jefe amado convierte cuando quiere en heroísmo. Dumouriez, que conocía el corazón del soldado, como veterano que era, fomentaba en vez de reprimir, con el gesto, con la sonrisa y con la mano aquella familiaridad militar, que no exime de respeto y que aumenta la decisión de las tropas. Les dió las gracias, los

animó y les dirigió algunas palabras, que pasando de boca en boca y de grupo en grupo, circularon como el santo de la alegría en el campamento y fueron a regocijar el vivac de los batallones. Los soldados del campamento de Grandpré, al ver las muestras de adhesión que los del campamento de Maulde tributaban al general, tuvieron mayor confianza en Dumouriez, cuyo aspecto, cordialidad militar, actitud, gesto y palabra ejercían tal imperio en las tropas, que los dos campamentos, celosos de las preferencias del jefe, rivalizaron en pocos días para ver quiénes eran más dignos de que los llamara hijos. Necesitaba entusiasmo y lo comunicaba con la vista; tenía corazón para los soldados y éstos tenían ternura para él, que no los trataba como máquinas, sino como hombres.

VI

Aun no se había apeado Dumouriez del caballo, cuando Westermann y Thouvenot, dos oficiales de ordenanza en el estado mayor, le notificaron que el ejército prusiano había pasado la punta del Argonne y ocupaba las colinas de la Lune, al otro lado del Tourbe, frente a él. En el mismo momento el ayudante de campo Macdonald, enviado la antevíspera al camino de Vitry, llegó a galope llevando la feliz noticia de la aproximación de Kellermann, tanto tiempo esperada. Kellermann, a la cabeza de veinte mil hombres del ejército de Metz y de algunos miles de voluntarios de la Lorena, encontrábase ya a dos horas de distancia. La fortuna de la Revolución y el genio de Dumouriez, ayudándose mutuamente, llevaban a la hora fija y al punto designado, desde los extremos de Francia y desde el centro de Alemania, las fuerzas que debían asaltar la nación y las que debían defenderla. El compás y el reloj no hubieran proporcionado el lugar y el minuto del encuentro, mejor que lo había hecho el genio previsor y la infatigable paciencia de Dumouriez, pudiendo decirse que era aquella la cita de cuatro ejércitos movidos por el dedo del hombre. Dumouriez, llamando en torno suyo a los destacamentos aislados, se apercibió para la lucha con la concentración de todas las fuerzas divididas. El general Dubouquet, que se había quedado en el desfiladero del Argonne, llamado Chene-Populeux, y a quien la entrada de Clairfayt en la Croix-au-Bois había separado del ejército principal, habíase refugiado con tres mil hombres en Chalons. Al llegar donde él creía, como Beurnonville, que estaba Dumouriez, sólo había encontrado diez batallones de federados y de voluntarios recién llegados de París, y estos batallones, al saber la noticia de la retirada del ejército, se amotinaron contra los jefes, cortaron la cabeza a algunos oficiales, arrastraron a otros, robaron los almacenes del ejército, arrancaron las insignias a los comandantes de tropas de línea, asesinaron al coronel del regimiento de Vexín que intentó defenderlas, y, por último, se desbandaron y volvieron a tomar en hordas confusas el camino de París, proclamando por todas partes la traición de Dumouriez y pidiendo su cabeza. Estos batallones eran los que habían ensangrentado las ciudades de Meaux, de Soissons y de Reims.

Dumouriez temía el contacto y el contagio del ejército con estas hordas de forajidos, que sembraban por doquier la sedición en medio de la que habían sido reclutadas. Los verdaderos soldados los despreciaban como héroes de callejuela, rezagados del ejército, vehementes en el motín y cobardes en el combate. Dubouquet recibió la orden de dejarlos marchar, reteniendo únicamente a los jóvenes valientes, a quienes el verdadero entusiasmo patriótico había decidido a alistarse. Debía reunirlos como reserva junto a Chalons, organizarlos, armarlos, aguerrirlos y tenerlos a la mano, pero fuera del campamento de Dumouriez.

El general Stengel, después de haber devastado el país entre el Argonne y Sainte-Menehould para molestar a los prusianos, se replegó más allá de la Tourbe, apostándose con la vanguardia en los pequeños montes de Livron, frente a las colinas de la Lune, donde se había situado el duque de Brunswick. El campamento de Dampierre, separado del de Dumouriez por los brazos y pantanos del Auve, se le señaló a Kellermann; pero,

ya porque este general equivocase el sitio del campamento que se le había trazado, ya porque quisiera demostrar independencia en el auxilio que llevaba, fué más allá del campamento de Dampierre y apostó el ejército, tiendas, equipajes y artillería en las alturas de Valmy, a la izquierda del campamento de Sainte-Menehould. La línea del de Kellermann, más próxima al enemigo por la izquierda, tocaba por la derecha a la línea del de Dumouriez, formando así con el ejército principal un ángulo entrante, en el que el enemigo no podía introducir las columnas de ataque sin ser acribillado en ambos flancos por la artillería de los cuerpos franceses. Como advirtiera Dumouriez en seguida que Kellermann, demasiado adelante y aislado en la llanura de Valmy, podía ser envuelto por los prusianos, envió al general Chazot a la cabeza de ocho batallones y ocho escuadrones para que se apostara detrás de la altura de Gizaucourt y se pusiera a las órdenes de Kellermann, mandando al mismo tiempo al general Stengel y a Beurnonville que se situaran con veintiséis batallones a la derecha de Valmy, donde presentía que el duque de Brunswick había de dar el ataque, corrigiendo de este modo el aislamiento de Kellermann, y uniendo a Valmy por derecha e izquierda con el núcleo principal del ejército. El plan de Dumouriez, ligera y felizmente modificado, era perfecto. Cuarenta y cinco mil hombres habían arrojado el guante a los ciento diez mil combatientes de la coalición.

VII

El ejército francés tenía cubiertos el flanco derecho y la retirada por el Argonne, inaccesible para el enemigo, y estaba defendido por los barrancos y los bosques; el centro, erizado de baterías y de obstáculos naturales, era inexpugnable. El ala izquierda, destacada en forma de T, era la única que avanzaba como para provocar el combate; pero, estando sólidamente apoyada por el núcleo principal del ejército, podían todos los cuerpos maniobrar en torno suyo, abrigados por el Auve y por los picos de los peñascos de Livrón, como si fueran caminos cubiertos. El ejército daba frente a la Champaña, y teniendo libre a retaguardia el camino de Chalons y de la Lorena, con la seguridad, en aquel país rico en granos y forraje, de que no carecerían de víveres, refuerzos y municiones. En esta posición tan hábil y tranquilamente meditada, Dumouriez respondía a las dos hipótesis de la campaña de los coligados y desafiaba al genio desconcertado o gastado del duque de Brunswick.

«O los prusianos, decía, querrán combatir o tratarán de marchar a París. Si desean el combate, encontrarán al ejército francés que tiene un campamento atrincherado por campo de batalla; obligados, para atacar el centro, a pasar el Auve, la Tourbe y la Bionne bajo el fuego de mis reductos, presentarán el flanco a Kellermann, que deshará las columnas enemigas, cogiéndolas en medio de los batallones que bajen de Valmy y las baterías de mi cuerpo de ejército. Si no quieren atacar al ejército francés, sino únicamente incomunicarlo con París marchando sobre Chalons, nosotros, cambiando de frente, los seguiremos engrosándonos durante el trayecto. Los refuerzos del ejército del Rin y del ejército del Norte, que están en marcha, los batallones de voluntarios diseminados que reuniré al cruzar las provincias sublevadas, harán subir el número de combatientes a sesenta o setenta mil hombres. Los prusianos, incomunicados con su base de operaciones y obligados a saquear, para vivir, la árida Champaña, marchando por un país enemigo y lleno de emboscadas, se debilitarán a cada paso, lo que aumentará mis fuerzas, con las que los alcanzaré en las inmediaciones de París. Un ejército de invasión, situado entre una capital de seiscientas mil almas que le cierra las puertas, y un ejército nacional que le corta la retirada, es un ejército perdido. Francia se salvará en el centro de Francia, en vez de salvarse en las fronteras, pero se salvará.»

VIII

Así discurría Dumouriez, cuando los primeros cañonazos prusianos que retumbaban al pie de las alturas de Val-

my, le anunciaron que el duque de Brunswick, conociendo el peligro de avanzar dejando a su espalda al ejército francés, atacaba a Kellermann.

Pero no era el duque de Brunswick quien había dado la orden de atacar, sino el joven rey de Prusia, que, impaciente por adquirir gloria y cansado de las contemporizaciones del generalísimo, avergonzado con la indecisión de su bandera al frente de un puñado de patriotas franceses, movido por las instancias de los emigrados, que le aseguraban que París era la tumba de la Revolución, y el ejército de Dumouriez una banda de soldados facciosos cuyo valor dependía de las perplejidades del duque de Brunswick, habíase anticipado a éste, y el ejército prusiano, que el generalísimo deseaba desplegar lentamente desde Reims al Argonne, paralelo al ejército francés, recibió orden de atacar las posiciones de Kellermann. Fué el 19 a Somme-Tourbe, donde pasó la noche sobre las armas. En el cuartel general del rey de Prusia habíase divulgado la noticia de que los franceses proyectaban retirarse a Chalons, y que los movimientos que se notaban en su línea no tenían otro objeto que el de ocultar aquella marcha retrógrada. El rey se indignó con el plan de campaña que los dejaba siempre escapar, y creyó sorprender a Dumouriez en la falsa actitud de un ejército que levanta sus reales. El duque de Brunswick, cuya autoridad militar empezaba a decaer por el poco éxito de las precedentes maniobras, encargó al general Kœler que refrenase el ardor del rey; pero, como esta táctica no le diera resultado, resolvió atacar.

El 20, a las siete de la mañana, marchó el duque a la cabeza de la vanguardia prusiana a Somme-Bionne con intención de rebasar a Kellermann y cortarle la retirada por el camino real de Chalons. Una espesa niebla de otoño flotaba sobre el llano, en las tres gargantas húmedas por donde corren los tres ríos, y en los barrancos que separaban a los dos ejércitos, no dejando ver más que las cumbres de los picos de las montañas y las crestas de las colinas encima de aquel océano de niebla que, cerrando el horizonte a muy pocos pasos, ocultaba completamente a cada ejército los movimientos del otro. El inesperado choque de las vanguardias de caballería reveló en medio de las tinieblas la marcha de los prusianos a los franceses. Después de una breve refriega y del disparo de algunos cañonazos, la vanguardia francesa se replegó en Valmy e informó a Kellermann de la proximidad del enemigo. El duque de Brunswick continuó avanzando, llegó al camino real de Chalons, lo pasó y desplegó sucesivamente todo el ejército a uno y otro lado del camino. A las diez, se disipó repentinamente la niebla, dejando ver a ambos generales la recíproca posición del enemigo.

IX

El ejército de Kellermann encontrábase situado en la llanura a espaldas del molino de Valmy, posición aventurada que se adelantaba como un cabo en medio de las líneas de bayonetas prusianas. El general Chazot no había llegado aún con sus veintiséis batallones para flanquear la izquierda de Kellermann; el general Leveneur, que debía flanquear la derecha y unirla al ejército de Dumouriez, adelantábase incierto y a pasos lentos temiendo concitar sobre él todo el peso de las tropas prusianas que veía formadas en orden de batalla delante de él. El general Valence, que mandaba la caballería de Kellermann, se desplegaba sobre una sola línea con un regimiento de carabineros, algunos escuadrones de dragones y cuatro batallones de granaderos entre Gizaucourt y Valmy, ocultando así el espacio que Kellermann no podía cubrir y donde era éste esperado. Las líneas de Kellermann ocupaban el centro sobre las alturas, y su numerosa artillería erizaba con sus piezas las cercanías del molino de Valmy, centro y llave de la posición. Casi envuelto Kellermann por las líneas semicirculares del enemigo, que no cesaban de aumentar, embarazado en aquella elevación demasiado estrecha con veintidós mil hombres, caballos y cañones, no podía maniobrar con los brazos del ejército. El choque que se aproximaba parecía el asalto de una brecha defendida por numerosos sitiados, más que un campo de

batalla preparado para maniobrar dos ejércitos. Desde la cima de la meseta veía Kellermann salir sucesivamente de entre la blanca niebla de la mañana y brillar con el sol la numerosa caballería prusiana, que marchaba por escuadrones rodeando el montecillo de Gizaucourt y amenazando envolverle en una red si llegaba a atacarle. Los batallones de infantería rodeaban también la eminencia de Valmy. Habiendo formado el duque de Brunswick a las diez de la mañana todo el ejército en dos líneas y concebido el plan de la jornada, vióse destacarse del centro y avanzar hacia las faldas de Gizaucourt y de la Lune la vanguardia compuesta de infantería, caballería y tres baterías. El duque de Brunswick a caballo y rodeado por un grupo de oficiales, dirigía personalmente el movimiento; el ejército reformó su línea, y nuevas tropas ocuparon el vacío que el cuerpo destacado dejaba en el centro. Con los anteojos se distinguía al rey a caballo, con uniforme de general, formando a retaguardia dos fuertes columnas de ataque, a las que animaba con el gesto y con la espada.

X

Tal era el panorama de tiendas, de bayonetas, de caballos, de cañones y de estado mayor, que se descubría a lo lejos sobre las alturas blanquecinas y en las hondonadas de la Champaña el 20 de septiembre a mediodía. Media hora después, la Convención, reunida en sesión, iba a resolver si en lo sucesivo habría en la nación monarquía o república. Dentro y fuera, Francia y la libertad se jugaban al azar. El aspecto de los dos ejércitos parecía declarar de antemano contra los franceses el fin de la campaña, pues tenían los prusianos ciento diez mil combatientes de todas armas, una táctica, herencia del gran Federico, que vivía aún en sus tenientes; una disciplina que convertía a los batallones en máquinas de guerra, y que anulando la voluntad individual del soldado, la refundía en el pensamiento y en la voz de los oficiales; una infantería, cuya ligazón entre sí la hacía sólida e impenetrable como murallas de hierro; una caballería provista de magníficos caballos de Frisia y de Mecklemburgo, cuya docilidad para el manejo, ardor moderado e intrépida sangre fría, hacían que no se espantara del ruido, ni del fuego de la artillería, ni del brillo de las armas blancas; oficiales educados desde la infancia en el arte de la guerra, nacidos, por decirlo así, con uniforme, que conocían a las tropas y eran conocidos por ellas, y que ejercían sobre los soldados la influencia de la nobleza y del mando; por auxiliares, los regimientos elegidos del ejército austriaco recientemente llegados de las orillas del Danubio, donde acababan de aguerrirse peleando contra los turcos; una nobleza francesa emigrada, compuesta de los nombres más ilustres de la monarquía, en la que cada soldado combatía para vengar una injuria, un rey que salvar y una patria que recobrar con la punta de la bayoneta o del sable; generales prusianos, discípulos de un rey militar, que tenían que conservar en Europa la superioridad de su renombre; un generalísimo a quien Alemania llamaba su Agamenón y a quien el genio de Federico cubría con el prestigio de invencible; y, por último, un rey joven, valiente, adorado por el pueblo y por las tropas, vengador de la causa de los reyes, acompañado por representantes de todas las cortes en el campo de batalla, y que suplía la inexperiencia de la guerra por la intrepidez personal que le hacía olvidar su rango para acordarse únicamente de su honor. Tales eran los elementos de que se componía el ejército prusiano.

XI

El ejército francés tenía una inferioridad numérica de uno contra tres, respecto a los prusianos: regimientos reducidos a trescientos o cuatrocientos hombres a causa de las leyes de 1790, que habían suprimido los enganches por dinero; estos regimientos, privados de los mejores oficiales que la emigración había llevado a tierra enemiga, y por la creación repentina de cien batallones de voluntarios a cuya cabeza se habían puesto como instructores los que habían quedado en Francia; estos regimientos y estos batallones sin espíritu militar, mi-

rándose unos a otros con rivalidad o con desprecio; dos espíritus en el mismo ejército, el espíritu de disciplina en los antiguos cuadros y el de insubordinación en los nuevos batallones; los oficiales antiguos sospechosos a los soldados, y éstos temidos por los oficiales; la caballería mal montada y peor equipada; la infantería instruída y sólida en los regimientos, novicia y débil en los batallones; la paga atrasada y en asignados que habían caído en descrédito; las armas insuficientes; los uniformes distintos, y hechos trizas; muchos soldados sin zapatos o reemplazando las suelas con manojos de heno atados a las piernas con bramante; procedentes de diferentes cuerpos y de distintas provincias, desconocidos los unos por los otros, sin saber apenas el nombre de los generales a cuyas órdenes los ponían; los generales, o jóvenes y temerarios, que habían pasado sin transición de la obediencia al mando, o viejos rutinarios, que no podían habituarse al arrojo de las guerras desesperadas; y, por último, al frente de este ejército incoherente, un general en jefe de cincuenta y tres años, novicio en la guerra, que no inspiraba confianza a nadie, que estaba en lucha con el gobierno de la nación, y que iba a ejecutar un plan atrevido y lento que no se comprendía, sin haber prestado un servicio notable durante su vida militar ni tener grabado el nombre de una victoria en su espada para hacerse perdonar las deficiencias en el mando. Tal fué el cuadro que presentaron los franceses en Valmy; pero el entusiasmo de la patria y de la Revolución latía en el corazón de aquel ejército, y el genio de la guerra inspiraba a Dumouriez.

XII

Dumouriez, inquieto por la posición de Kellermann, a caballo desde el amanecer, recorría la línea, escalonaba los cuerpos entre Sainte-Menehould y Gizaucourt, y galopaba hacia Valmy tratando de adivinar las intenciones del duque de Brunswick y el punto donde se concentrarían las fuerzas prusianas. Encontró a Kellermann dando las últimas órdenes a los generales que a izquierda y a derecha debían responder del éxito de la jornada; uno era el general Valence, otro el duque de Chartres. Valence, adicto a la casa de Orleáns, había contraído matrimonio con la hija de la señora de Genlís. Diputado por la nobleza en los Estados generales, había servido a la causa de la libertad con sus opiniones; y desde el principio de la guerra la servía con su sangre. Al principio coronel de dragones, joven, activo, agraciado como un aristócrata, patriota como un ciudadano y valiente como un soldado, hacía maniobrar a la caballería con audacia y había mandado la vanguardia de Luckner en Courtrai. Su golpe de vista militar, sus estudios y su talento lo elevaban a la altura de jefe de un cuerpo de ejército, mereciendo que se le confiara la defensa de una posición.

El duque de Chartres era el primogénito del duque de Orleáns; nacido en la misma cuna de la libertad, alimentado por el patriotismo de su padre, no había tenido que elegir opinión, porque la educación se la había inspirado. Podía, realmente, decirse que había respirado la revolución desde la cuna, pero no en el Palacio Real, foco de los desórdenes domésticos y de los proyectos políticos de su padre, sino pasando la adolescencia, estudiosa y pura, retirado en Belle-Chasse y Passy, donde la señora de Genlís dirigía la educación de los príncipes de la casa de Orleáns. Jamás hubo mujer que aunara en sí de modo tan perfecto la intriga y la virtud, ni asociara una situación más que sospechosa a los preceptos más austeros: odiosa a la madre, favorita del padre, mentora de los hijos, demócrata y amiga de un príncipe al mismo tiempo, formó a sus discípulos con el doble barro del príncipe y del ciudadano, modelándoles el alma en la suya, y les dió muchos conocimientos, muchos principios y mucho cálculo, infundiéndoles, además, en la naturaleza destreza para con los hombres, y flexibilidad para con los acontecimientos. El duque de Chartres no fué joven, porque la educación suprimía esta edad en los discípulos de la señora de Genlís. La reflexión, el estudio y la premeditación de todos los pensamientos y de todos los

actos reemplazaba a la naturaleza por el estudio, y el instinto por la voluntad; esta educación formaba hombres, pero hombres ficticios, por lo que el joven príncipe a los diez y siete años tenía la madurez de la edad avanzada. Coronel en 1791, había obtenido ya dos coronas cívicas en la ciudad de Vendôme, donde había estado de guarnición, por haber salvado, con peligro de su vida, la de dos sacerdotes en un motín, y la de un ciudadano en el río. Asiduo concurrente a las sesiones de la Asamblea constituyente, afiliado por su padre al partido de los jacobinos, asistía a las discusiones de las asambleas populares en las tribunas. Parecía que lo arrastraban las pasiones que estudiaba; pero dominaba sus arranques aparentes, manteniéndose siempre bastante dentro del oleaje del día para ser nacional y bastante fuera de él para no manchar su porvenir, siendo su familia, a la que tributaba culto, la mejor parte de su patriotismo. Cuando se enteró de la supresión del derecho de primogenitura, abrazó a sus hermanos, diciéndoles:

—Esta ley feliz, que permite a los hermanos amarse sin celos, no me ordena otra cosa que lo que mi corazón había decretado de antemano; todos lo sabéis, la naturaleza nos había impuesto ya a nosotros esa ley.

Felizmente la guerra lo llevó a los campamentos, donde la sangre de la Revolución era pura; su padre solicitó que sirviera a las órdenes del general Birón, su amigo, y se distinguió por su firmeza en las tentativas militares de la media campaña de Luckner en Bélgica. Ascendido a general de brigada a los veintitrés años, por antigüedad, a causa de haber emigrado casi todos los coroneles, siguió a Luckner a Metz. Habiéndole llamado Serván para mandar en Estrasburgo, respondió:

—Soy demasiado joven para encerrarme en una plaza, y ruego que se me deje en el ejército activo.

Kellermann, sucesor de Luckner, presintiendo su valor, le había confiado el mando de una brigada compuesta de doce batallones de infantería y doce escuadrones de caballería.

XIII

El duque de Chartres había logrado que lo trataran los antiguos soldados como príncipe, los nuevos como patriota y todos como camarada; su arrojo era reflexivo, no lo arrastraba, sino que lo guiaba, dejándole el acierto en el golpe de vista y la serenidad en el mando; marchaba al combate sin apresurar ni acortar el paso, no siendo su ardor entusiasmo, sino voluntad reflexiva como el cálculo y grave como el deber. Era alto, vigoroso y de aspecto serio: la elevación de la frente, el azul de los ojos, el óvalo de la cara, el contorno majestuoso, pero algo pesado de la barba, recordaba, al verle, su origen borbónico y el trono. El cuello, con frecuencia inclinado, la modesta actitud del cuerpo, la boca algo caída en las extremidades, la mirada recta, la sonrisa cariñosa, el gesto agraciado y la facilidad de palabra, recordaban al hijo del aristócrata que complacía a la multitud, y el pueblo lo veía con agrado. Su familiaridad, marcial con el oficial, soldadesca con el soldado y patriótica con los ciudadanos, hacían que la Revolución le perdonara el rango; pero, bajo el aspecto de soldado del pueblo, adivinábase en el fondo de su mirada el pensamiento secreto del príncipe de la sangre. Se entregaba a todos los accidentes de la revolución con el abandono completo, pero hábil, de un talento consumado; podía habérsele supuesto sabedor de que los acontecimientos despedazan a los que los resisten, y de que las revoluciones, como las olas del mar, llevan nuevamente a los hombres al sitio de donde los tomaron. Toda su política consistía en hacer bien lo que exigían las circunstancias, fiando el resto al porvenir y a su sangre; Maquiavelo no le habría aconsejado mejor que el instinto; su estrella nunca le iluminaba más que algunos pasos delante de él, pero el príncipe no le pedía más luz, ni más brillo, limitando su ambición a saber esperar. Su providencia era el tiempo, pareciendo que había nacido para desaparecer en las grandes convulsiones de la patria, para sobrevivir a las crisis, para trastornar los

partidos ya fatigados, y para satisfacer y amortiguar las revoluciones. Al través de su bravura y de su exaltado entusiasmo por Francia, llegóse a temer que entreveía en perspectiva un trono levantado sobre los escombros de otro y por manos de la república. Este presentimiento, que precede a los grandes destinos y a los grandes nombres, parecía revelar desde lejos al ejército que de todos los hombres que se agitaban entonces en la Revolución, este joven podía ser, en el transcurso del tiempo, el más útil o el más funesto a la libertad.

Dumouriez, que lo había visto en el ejército de Luckner, lo observó atentamente, y quedó sorprendido de la sangre fría y despejo que demostraba en la acción, entreviendo vagamente una fuerza en aquel joven, cuya adhesión resolvió captarse.

XIV

Los prusianos, que ocupaban las crestas de las alturas de la Lune, empezaban a descender de ellas en orden de batalla. Los viejos soldados del Gran Federico, lentos y mesurados en sus movimientos, no demostraban impetuosidad, pero tampoco dejaban nada al azar. Sus batallones marchaban formando un solo cuerpo, y, perfilándose en líneas geométricas y en ángulos rectos como baluartes, parecía que vacilaban en aproximarse al enemigo, al que superaban tres veces en número y en táctica, pero del que temían la temeridad o la desesperación.

En cuanto a los franceses, contemplaban con cierta conmoción aquel ejército inmenso, hasta entonces invencible, cuya primera línea avanzaba silenciosamente en columnas desplegando las dos alas para exterminar su centro y cortarles la retirada, ya fuera a Chalons, ya fuera para unirse con Dumouriez. Los soldados permanecieron inmóviles, temiendo desamparar por un falso movimiento el estrecho campo de batalla en que podían defenderse, aunque no maniobrar. Cuando llegaron al medio de la cuesta de la colina de Lune, detuviéronse los prusianos, cuyas compañías de zapadores allanaron el terreno haciendo anchas plataformas, y, desembocando la artillería al través de los batallones, que le abrieron paso, colocó en un momento al frente de las columnas cincuenta y ocho bocas de fuego divididas en cuatro baterías, tres de las cuales eran de cañones y una de obuses. Otra batería de igual fuerza, que cogía por el flanco las líneas francesas, permanecía oculta aún bajo la niebla, a la derecha de los prusianos; pero la niebla se disipó al dispararse los primeros cañonazos. El frente y el flanco empezaron el fuego a un tiempo.

Al ver este fuego, la artillería de Kellermann se puso en movimiento, colocándose delante de la infantería.

Más de veinte mil balas de cañón, disparadas en el espacio de dos horas por ciento veinte piezas de artillería, surcaron el terreno de las dos colinas opuestas, como si ambos combatientes hubieran querido abrir brecha en las dos montañas. El espeso humo de la pólvora y el polvo levantado por el choque de las balas que desmenuzaban la tierra, impedían a los artilleros fijar la puntería, por lo que con frecuencia se perdían los disparos. Se combatía en el fondo de las nubes y se disparaba hacia donde se oía el ruido, más que adonde alcanzaba la vista. Los prusianos, más al descubierto que los franceses, caían en mayor número al pie de las piezas, su fuego empezó a disminuir, y Kellermann, que espiaba el menor síntoma de conmoción del enemigo, creyó advertir alguna confusión en sus movimientos, y se lanzó a caballo a la cabeza de una columna a apoderarse de los cañones; pero otra batería, oculta por un repliegue del terreno, disparó contra el frente de esta columna, y el caballo, con el pecho abierto por un casco de metralla, cayó y expiró sobre su dueño. El teniente coronel Lomier, su ayudante de campo, fué mortalmente herido, y la cabeza de la columna, acribillada por tres lados a la vez, se acobardó retrocediendo en desorden; pero Kellermann, sacado de debajo del caballo y llevado por los soldados, montó de nuevo. Los prusianos, que vieron la caída del general y la retirada de la tropa, redoblaron el fuego, y una lluvia de bombas mejor dirigidas desbarató el parque de los franceses, entre cuyas filas reventaron dos cajas de municiones; los proyec-

tiles, los ejes y los restos de los caballos lanzados en todos sentidos, arrastraron tras de sí filas enteras de soldados. Los conductores de los carros, huyendo a galope del sitio de la explosión con sus cajas, introdujeron la confusión en el ejército, siendo seguidos en la fuga por los batallones de primera línea, y la artillería, privada de municiones, disminuyó y apagó el fuego.

El duque de Chartres, que durante tres horas había estado aguantando con el arma al brazo la nube de balas y de metralla de la artillería prusiana en el molino de Valmy, viendo el peligro que corría su general, corrió a toda brida a la segunda línea, llevó consigo la reserva de la artillería a caballo, haciéndola galopar sobre la meseta del molino, reparó el desorden del centro, reunió las cajas de municiones, las llevó a los artilleros, y reanudó el combate, asombrando al enemigo, cuyo ímpetu refrenó.

El duque de Brunswick, no queriendo dar a los franceses tiempo para que se rehicieran, organizó tres columnas de ataque sostenidas por dos alas de caballería, las cuales se adelantaron a pesar del fuego de las baterías francesas, yendo a sepultar bajo su masa el molino de Valmy, donde el duque de Chartres los esperaba sin moverse. Kellermann, que acababa de reorganizar su tropa, la formó en columnas por batallones, se apeó y entregó la brida del caballo a un ordenanza, mandándole que lo llevara a retaguardia de las filas, e indicando a los soldados con aquel acto desesperado que no había ya más que esperar que la victoria o la muerte. El ejército lo comprendió.

—Camaradas — dijo Kellermann, con voz llena de entusiasmo, y prolongando las sílabas para que llegaran más claras a los oídos de los soldados—, éste es el momento de la victoria; dejemos avanzar al enemigo sin hacer un disparo y carguemos a la bayoneta.

Diciendo esto, levantó y agitó en el aire un sombrero, adornado con el penacho tricolor y colocado en la punta de la espada. *¡Viva la nación!*, gritó con voz de trueno: *¡Vamos a vencer por ella!*

Este grito del general, pasando de boca en boca por los batallones más próximos, recorrió toda la línea, produciendo un clamor inmenso, semejante a la voz de la patria, que animaba a sus primeros defensores. Este grito de todo el ejército, prolongado más de un cuarto de hora y resonando de una en otra colina, en los intervalos que dejaba el ruido del cañón, hizo reflexionar al duque de Brunswick. Aquellos corazones debían tener brazos terribles. Los soldados franceses, imitando espontáneamente el gesto sublime de su general, levantaron los sombreros y los cascos en la punta de las bayonetas, y los agitaron en el aire, como para saludar la victoria.

—*¡Ya es nuestra!* — dijo Kellermann, y se lanzó a paso de marcha delante de las columnas prusianas, haciendo que redoblaran las descargas de artillería.

Al ver que aquel ejército avanzaba como una máquina, bajo la metralla de ochenta piezas de artillería, las columnas prusianas vacilaron, desordenándose, durante un momento; pero Kellermann avanza siempre, y el duque de Chartres, con la bandera tricolor en una mano y la espada en la otra, lanza la caballería detrás de la artillería montada. El duque de Brunswick, con el golpe de vista de veterano y deseando economizar la sangre como general consumado, comprendiendo en seguida que el ataque de sus tropas se estrellaría contra el desmedido entusiasmo del enemigo, reformó con sangre fría las cabezas de sus columnas, mandó tocar a retirada, y volvió lentamente y sin ser perseguido a su anterior posición.

XV

Las baterías enmudecieron, restablecióse el vacío entre los dos ejércitos, y la batalla quedó tácitamente suspensa hasta las cuatro de la tarde, a cuya hora el rey de Prusia, indignado con la indecisión e impotencia de su ejército, organizó con lo mejor de su infantería y caballería tres formidables columnas de ataque, y recorriendo a caballo el frente de sus líneas, les reprochó amargamente que humillaran la bandera de la monarquía. Las columnas se pusieron en movimiento a la voz del soberano que, rodeado por el duque de Brunswick y por sus principales generales, marchó a las

primeras filas poniéndose a descubierto, bajo el fuego de los franceses, que le diezmaba el estado mayor en torno suyo. Intrépido como descendiente de Federico, mandó como rey celoso del honor de la nación, y se expuso como soldado para quien nada significa la vida sin la victoria; pero todo fué inútil. Las columnas prusianas, acribilladas, antes de poder llegar a las alturas de Valmy, por veinticuatro cañones puestos en batería en el pico del molino, se replegaron al anochecer, no dejando en el camino más que los surcos de las balas francesas, un rastro de sangre y ochocientos cadáveres. Kellermann durmió aquella noche en la llanura de Valmy entre los heridos y los muertos; pero, dando a aquel tiroteo de diez horas la importancia de una victoria, había hecho oír al ejército por primera vez el ruido de la guerra y probado el patriotismo francés en el fuego de doscientas piezas de artillería: el número y la situación de las tropas no permitían más, y para el ejército francés, no ser vencido era vencer. Kellermann lo reconoció con tal entusiasmo, que más adelante pretendió unir a su nombre el de Valmy, y después de una larga vida y de brillantes victorias, legó el corazón a esta aldea, para que reposara al lado de los compañeros de su primer combate.

Mientras el ejército francés combatía y triunfaba en Valmy, la Convención decretaba la República en París. El correo que llevaba al ejército la noticia de haberse proclamado la República, y el correo que llevaba a París la del descalabro de la coalición, se cruzaron en las cercanías de Chalons, encontrándose la victoria y la libertad el mismo día y a la misma hora, como para presagiar a Francia que la fortuna le sería fiel, mientras Francia permaneciera fiel a la causa del pueblo y a los principios de la Revolución.

XVI

Dumouriez había vuelto nuevamente a su campamento, mientras disparaba los últimos cañonazos la artillería de Kellermann. Aunque se felicitaba por el éxito de aquella jornada, que afirmaba el espíritu del ejército, y que hacía que el primer choque contra la patria fuera fatal para los enemigos, era demasiado previsor para desconocer la falta de Kellermann y la temeridad de su posición. El duque de Brunswick era al día siguiente lo que él había sido la víspera, y, además había extendido el ala derecha más allá de Gizaucourt, cortando el camino de Chalons; el ejército francés, aunque victorioso, quedaba por este movimiento encerrado en sus líneas y sin otra comunicación con París, que por el camino indirecto de Vitry.

Un segundo ataque de los prusianos al ejército de Kellermann, que estaba demasiado expuesto, podía anonadarle, y para evitarlo, Dumouriez fué el 21 por la mañana, muy temprano, al campamento de aquél general, a quien mandó pasar el Auve y replegarse en el campamento de Dampierre, que se le había designado antes. Esta posición menos brillante, pero más segura, daba trabazón y solidez al ejército francés, por lo que, conociéndolo Kellermann, obedeció sin murmurar, pues no era posible que los prusianos atacaran a sesenta mil hombres defendidos por bastiones y fosos naturales y provistos de numerosa artillería. El tiempo era lo único que en lo sucesivo podía proteger a uno u otro ejército.

Los prusianos habían perdido tantos días, que ya no les era posible esperar más. Se aproximaba el invierno, y el frío iba a obligarlos a retirarse. El duque de Brunswick sólo podía adoptar uno de los tres partidos que le quedaban, y le era forzoso decidirse inmediatamente por cualquiera de ellos, que eran: encaminarse a París por el camino de Chalons, que había conquistado; atacar y vencer a Dumouriez en su campamento, o volver a pasar el Argonne y acuartelarse bien en la parte fértil del territorio que había invadido, teniendo a Francia estrechada, durante seis meses, para volver a tomar la ofensiva en la primavera.

Sin embargo, el duque no siguió ninguno de estos tres partidos, perdió diez días irreparables observando al ejército francés y desolando el terreno estéril que ocupaba, y en esta incertidumbre le sorprendió la estación lluviosa, que fué tan rigurosa, que las aguas dejaron intransi-

tables los caminos del Argonne por donde recibía los convoyes de Verdún. Los soldados prusianos, sin abrigo y desprovistos de víveres, se diseminaron por los campos, por las huertas y por las viñas para comer uvas verdes, que los hombres del Norte cogían por primera vez. La mala alimentación les hizo contraer enfermedades que les quitaron la fuerza y el valor; el contagio se propagó con rapidez en el campamento diezmando al ejército y llenando los caminos del Argonne de carros que conducían a los pálidos soldados de Brunswick a los hospitales de Longwy y Verdún. La situación de Dumouriez no parecía tampoco muy satisfactoria a los que desconocían sus proyectos.

Encerrados por el lado de los Evechés por el príncipe de Hohenlohe, y por el de París por el rey de Prusia, los prusianos no distaban más que seis leguas de Chalons, y los emigrados todavía menos, mientras los hulanos, caballería ligera prusiana, llegaban libremente hasta las puertas de Reims, sin tener entre la capital y Chalons una posición, ni un ejército. París temía verse al descubierto; las siniestras noticias, aumentadas por la mala intención y por el miedo, anunciaban a cada instante a los parisienses consternados la aproximación del rey de Prusia, y los periódicos clamaban contra la traición. El gobierno, el ministro de la Guerra y el mismo Dantón no cesaban de enviar correos a Dumouriez, mandándole que movilizara a toda costa el ejército, y acudiera a cubrir el Marne; Kellermann, teniente intrépido, pero susceptible y murmurador, impresionado por los temores de París, amenazaba abandonar el campamento; pero Dumouriez, empleando tanto el ascendiente de la autoridad, como la seducción del genio, pasaba, para contenerle, de la amenaza a la súplica, ganando día por día una victoria de paciencia. Una poderosa convicción era lo único que podía sostenerle contra todos. Como estaba interceptado el camino de Chalons, se retardaba la llegada de los convoyes del interior, y algunas veces los soldados pasaban tres días sin pan, llegando sus murmullos a oídos del general, que respondía a todos con chanzas.

—Mirad los prusianos — les decía—, ¿no son más dignos de lástimas que vosotros? Comen caballos muertos, mientras vosotros tenéis harina; haced tortas y la libertad las sazonará.

Otras veces amenazaba quitar el uniforme y las armas y expulsar del campamento, como cobardes e indignos de sufrir privaciones por la patria, a los que se quejaran de tener hambre. Los ocho batallones de federados, que habían llegado últimamente del campamento de Chalons, y experimentaban todavía los efectos de la embriaguez de sedición y de asesinato, eran los que más amenazaban insubordinar al ejército, diciendo a voces que los oficiales antiguos eran traidores y que se necesitaba limpiar al ejército de generales, como se había limpiado a París de aristócratas. Dumouriez ordenó que aquellos batallones acamparan separados, colocó algunos escuadrones detrás y dos piezas de artillería sobre el flanco, y, luego, mandando que formaran en orden de batalla con pretexto de pasarles revista, se colocó al frente, rodeado por todo el estado mayor y seguido por una escolta de cien húsares, y les dijo:

—Vosotros, porque no quiero llamaros ciudadanos, ni soldados, tenéis al frente la artillería, y detrás la caballería; sois unos criminales y yo no admito aquí asesinos ni verdugos. Sé que hay entre vosotros malvados que tienen misión de impulsaros al crimen; echadlos vosotros o denunciádmelos, pues os hago responsables de su conducta.

Los batallones temblaron y se subordinaron.

El antiguo honor asociábase en el campamento de Dumouriez al patriotismo, y el general sabía conservarlo entre las tropas. Familiarizándose con los soldados, pasaba las noches alrededor de las fogatas, comía y bebía con ellos, les explicaba su posición y la de los prusianos; les anunciaba la próxima derrota de los enemigos, y exigía a cada uno la confianza y la paciencia que eran necesarias para que se salvaran todos. De París le amenazaban diariamente destituirlo; pero él contestaba desafiando al ministro:

—Ocultaré mi destitución hasta que vea huir a los enemigos; entonces se la

notificaré al ejército, y luego iré a recibir el castigo por haber salvado a la patria.

XVII

Sillery, Carra y Prieur, comisionados por la Convención, llegaron al campamento el 24 para hacer reconocer la república. Dumouriez no dudó, y, aunque monárquico, comprendió instintivamente que la cuestión del momento no era la forma de gobierno, sino la patria; además, su ambición era grande, como su genio, y vaga como el porvenir. Una república, agitada dentro, y amenazada fuera, no podía descontentar a un general victorioso a la cabeza de un ejército que lo adoraba, pues, abolido el trono, nada había en la nación más alto que el generalísimo. Los comisionados tenían también el encargo de llevar el ejército más allá del Marne; Dumouriez les pidió un plazo de seis días, que obtuvo; el séptimo, al salir el sol, los centinelas franceses vieron las colinas del campamento de la Lune desnudas, y desiertas las posiciones del duque de Brunswick, cuyas columnas desfilaban lentamente por entre los picos de las montañas de la Champaña con dirección a Grandpré: la fortuna había justificado la perseverancia; el genio había cansado al número; Dumouriez había triunfado y la patria estaba salvada.

Al saber esta noticia, todo el ejército francés lanzó, unánime, el grito de *¡Viva la nación!* Los comisionados, los generales Beurnonville, Miranda, y hasta Kellermann, abrazaron a Dumouriez y reconocieron la superioridad de sus planes y la omnipotencia de su voluntad. Los soldados le proclamaron el Fabio de la patria; pero este nombre, que él aceptaba momentáneamente, no le satisfacía por completo, pues ya soñaba con representar fuera de la patria el papel de Aníbal, más conforme a la actividad de su carácter y a la obstinación de su genio, pudiendo en lo interior aspirar al papel de César. Esta ambición de Dumouriez es la única explicación que puede darse a la retirada impune de los prusianos, atravesando un país enemigo por desfiladeros fáciles de cambiar en horcas caudinas, y bajo el cañón de setenta mil franceses, ante los cuales el ejército, diezmado y enervado, del duque de Brunswick, tenía que marchar de flanco.

LIBRO XXVIII

Negociaciones secretas de los ejércitos.—Dantón trata de dominar la revolución.—Dumouriez en París.—Dumouriez se entiende con Dantón.

I

En tanto que el genio militar de Dumouriez triunfaba del ejército prusiano, su genio político no permanecía inactivo, pues el campamento, durante los últimos días de la campaña, había sido cuartel general y centro de negociaciones diplomáticas al mismo tiempo. Antiguo diplomático, versado en las intrigas de las cortes, conociendo a fondo los secretos de los gabinetes extranjeros y las sordas rivalidades que fermentan bajo la aparente armonía de las coaliciones, Dumouriez había anudado o aceptado relaciones, ya públicas, ya secretas, con el duque de Brunswick y con los militares y los ministros que mayor influencia tenían en las resoluciones del rey de Prusia. Dantón, único ministro con quien tenía que entenderse en Francia, estaba enterado de estas negociaciones. El robo del guardamuebles de la corona, que acababa de efectuarse en París con la complicidad presunta de agentes desconocidos de la corporación municipal, proporcionó, según dicen, a Dumouriez, no los grandes medios de corrupción con los que se rescata la patria, sino los gastos secretos con que se paga la intriga y se obtiene el favor de los agentes subalternos de la corte o del cuartel general.

El duque de Brunswick no deseaba menos que Dumouriez negociar mientras combatían. El cuartel general del rey de Prusia estaba dividido en dos bandos: uno que deseaba retener al rey en el ejército, y el otro que aspiraba a alejarlo. El conde de Schulemburgo, confidente del rey, pertenecía al primero, y el duque de Brunswick era el alma del segundo. Haugwitz, Lucchesini, Lombard, secretario privado del rey, Kalkreuth y el príncipe de Hohenlohe favo-

recían los proyectos del generalísimo, diciendo constantemente al rey que los asuntos de Polonia, más importantes para el imperio que los desórdenes de París, reclamaban su presencia en Berlín si quería apoderarse de la parte que le correspondía de la gran presa que Rusia iba a despedazar, y apoderarse de Dantzig. El rey resistía con la firmeza de quien, habiendo comprometido el honor en una gran causa, a la faz del mundo, aspira, por lo menos, a salvar la gloria, y se quedó en el ejército, ordenando al conde de Schulemburgo que vigilara, en su nombre, las operaciones de Polonia. Desde aquel día el príncipe fué víctima de las influencias interesadas en detener la marcha y en debilitar sus resoluciones, y desde aquel día también se indicó la retirada.

II

El duque de Brunswick buscaba un pretexto para entablar relaciones con el cuartel general francés. Mientras había estado detrás del Argonne, a diez leguas de Grandpré, no se presentó oportunidad para ello, porque sus proposiciones hubiéranle parecido al rey de Prusia cobardía o traición, y siendo éste uno de los motivos que decidieron al duque de Brunswick a pasar el Argonne y a situarse frente a Dumouriez, y por este motivo también, el generalísimo, después de desplegar tantas fuerzas y de hacer tan vanas demostraciones en el campamento de la Lune, no atacó al ejército francés al arma blanca, ni emprendió más que un cañoneo, en vez de presentar la batalla, y se retiró por la noche, quedando la victoria indecisa. El combate de Valmy, en concepto del duque de Brunswick, fué una negociación a cañonazos, y en concepto de Dumouriez, se jugaba la suerte de la Revolución francesa. No podía creer que aquel general quisiera servir de instrumento ciego al furor de la democracia anárquica.

—Pondrá el peso de su espada—decía a sus confidentes — al lado de la monarquía constitucional y templada; se volverá contra los carceleros del rey y contra los asesinos de septiembre: guarda de las fronteras del país, no tendrá más que amenazar con abrirlas a la coalición para hacer temblar y obedecer a los agitadores de las asambleas nacionales. Una transacción entre Francia monárquica y Prusia, bajo los auspicios de Dumouriez, es mil veces preferible a la guerra en que Prusia aventura el ejército y el trono contra la desesperación de un reino entero. Nuestro interés consiste en engrandecer a Dumouriez ante sus compatriotas para que se haga más imponente y popular, y nos permite tratar con él para dejarle que disponga del ejército contra los jacobinos de París. Conozco a Dumouriez, a quien tuve prisionero en la guerra de los Siete Años, cayó en poder de los hulanos cubierto de heridas; le salvé la vida; le hice cuidar y le di la corte por cárcel, y, más que prisionero, fué mi compañero y mi amigo; deseo verlo para sondear sus secretos designios y apoyarlos en cuanto pueda ser útil a Alemania; reconocerá a su antiguo libertador, y con algunas conferencias adelantaremos más que con ruinosas campañas.

III

En estos términos se expresaba el viejo duque de Brunswick y no se equivocaba en cuanto a las miras secretas de Dumouriez; pero se engañaba en lo referente a la influencia que podía ejercer éste. La revolución, en todo su apogeo entonces, no se ponía a merced de nadie, lo dominaba todo y no se dejaba dominar; sin embargo, apenas habían vuelto los dos ejércitos a ocupar sus antiguas posiciones al día siguiente de la batalla de Valmy, el duque de Brunswick envió al campamento de Kellermann al general prusiano Heymann y al coronel Manstein, ayudante general del rey de Prusia, con el pretexto de negociar un canje de prisioneros. Dumouriez, advertido por Kellermann, asistió a la conferencia, que fué larga, íntima y adulladora por parte de los prusianos; altiva, reservada y casi silenciosa por la de Dumouriez. Una palabra podía perderlo y un gesto venderlo; trataba con el enemigo de su patria, teniendo al lado a Kellermann, que era su rival, y detrás a

los sospechosos comisionados de la Convención.

—Coronel — respondió a las proposiciones del rey de Prusia y del duque de Brunswick—, me habéis dicho que se me aprecia en el ejército prusiano, y creo que se me desprecia si se me considera capaz de escuchar semejantes propuestas.

Y se limitó a aceptar la suspensión de hostilidades que le propusieron los prusianos.

IV

En la noche que siguió a esta conferencia oficial, Westermann y Fabre d'Eglantine, agentes confidenciales de Dantón, llegaron al campamento con el pretexto de reconciliar a Dumouriez y a Kellermann, pero con la misión secreta de autorizar y de apresurar las negociaciones bajo la base de la rápida evacuación del territorio. Aquella misma noche el secretario privado del consejo del rey de Prusia, Lombard, por orden del rey y con anuencia del duque de Brunswick, simuló ser sorprendido con algunos carruajes por una patrulla de húsares franceses, y, conducido al cuartel general, celebró una conferencia reservada con Dumouriez, cuyas circunstancias se conocieron más tarde. Librar a Luis XVI de la cautividad de la torre del Temple y restablecer la monarquía constitucional en Francia, eran, por parte del rey de Prusia, las dos condiciones preliminares de la negociación. Dumouriez profesaba los mismos principios; confesaba los mismos deseos, y se comprometía a hacer cuanto pudiese para restaurar el trono; «pero se perdía inútilmente el tiempo, agregaba, contrayendo tan graves compromisos en un tratado secreto. No tenía bastante fuerza para soportar tales resoluciones. La Convención acababa de declarar con entusiasmo y por unanimidad, que jamás reconocería a ningún rey. El único medio de dar a Dumouriez en la nación el crédito necesario para salvar a Luis XVI era presentarlo a Francia como libertador de la patria y como pacificador de la Revolución. La retirada de los ejércitos extranjeros del territorio francés, era el primer paso hacia el orden y hacia la paz.» Como Lombard le instase para que accediera a celebrar una conferencia con el duque de Brunswick, el general se negó a ello, pero le entregó una memoria razonada para el rey de Prusia, en la que exponía los motivos y la posibilidad de una alianza con Francia de recíproco interés para ambos ejércitos combatientes, esforzándose por convencerle de los peligros que entrañaba la coalición con el emperador, alianza que, agotando las fuerzas y el dinero de Prusia, no podía ser provechosa más que a Austria. Con pretexto de acompañar a Lombard al cuartel general del rey de Prusia, Dumouriez envió a Westermann, confidente de Dantón y su ayudante general, al campamento de los prusianos. Lombard presentó al rey el informe y repitió las palabras confidenciales de Dumouriez, y aquél autorizó al duque de Brunswick para que conferenciase con Westermann.

Esta conferencia se celebró en presencia del general Heymann, y concluyó solicitando el duque de Brunswick un tratado secreto que prometiera la libertad a Luis XVI y que, suspendiendo las hostilidades entre los ejércitos combatientes, permitiese a los prusianos retirarse sin ser atacados. El duque atribuyó todo lo odioso de la guerra a los austriacos y a los príncipes franceses, y entregó sin resistencia los emigrados prisioneros de guerra a la vindicta de las leyes de su país. Westermann repitió esas proposiciones a Dumouriez, quien informó de ellas a Dantón por un correo extraordinario. Dantón envió al general, por toda respuesta, el decreto de la Convención, declarando que la república francesa no trataría con los enemigos hasta que hubieran evacuado el territorio.

Pero la resolución de Dantón la conocía ya Dumouriez, cuando recibió el citado decreto de la Convención, y no se suspendieron las conferencias, sirviendo las que se celebraban públicamente , con motivo del canje de prisioneros, para encubrir conversaciones y correspondencias misteriosas. Temiendo Dumouriez que las relaciones que sostenía con el campamento prusiano sirvieran de pretexto a las tropas para acusarlo de traidor, se anticipó a la sospecha, diciendo a los sol-

dados, que lo rodeaban cuando recorría los puestos:

—Hijos míos, ¿qué pensáis de todas estas negociaciones con los prusianos? ¿No os hacen recelar algo de mí?

—No, no—respondieron los soldados—, si se tratara de otro, estaríamos inquietos y examinaríamos su conducta; pero con vos cerramos los ojos, porque sois nuestro padre.

El hábil general entretenía de esta manera al ejército.

V

Las reuniones entre generales de los dos campos opuestos se celebraban también en el campamento de Kellermann; pero en estas conversaciones sólo se trataba del canje de prisioneros.

Una circunstancia aceleró la determinación del rey de Prusia y del duque de Brunswick. El mayor prusiano, Massembach, confidente del rey, comía en casa de Kellermann con muchos generales franceses y los dos hijos del duque de Orleáns. Hablando Dillón, después de la comida, con Massembach en el hueco de una ventana, le dijo que si el rey, su señor, se negaba a reconocer la república, Luis XVI, la nobleza y el clero sucumbirían infaliblemente en Francia, y que él, aunque adicto por principios y de corazón a la causa popular, sería también víctima del hacha del pueblo. Después, dirigiendo por toda la sala una mirada inquieta y rápida y viendo que los convidados dispersos en grupos animados no le observaban, llevó a Massembach a un balcón y le dijo en voz alta:

—¡Ved qué magnífico país!

Y luego, bajando la voz y cambiando de tono, añadió, fingiendo la más completa indiferencia:

—Advertid al rey de Prusia que se prepara en París un proyecto de invasión en Alemania, porque se sabe que no hay tropas en las márgenes del Rin, con lo que se pretende obligar a vuestro ejército a retroceder.

Esta peligrosa confidencia, repetida aquella noche al rey por Massembach, confirmaba los movimientos de Custine, que preparaba la irrupción por Spira y por Maguncia. El rey se conmovió y decidióse a concertar el arreglo.

Mientras tanto, el partido austriaco, el partido de la guerra y, sobre todo, el de los emigrados, que sólo fundaban sus esperanzas en ella, murmuraban en el campamento de los prusianos quejándose y reconviniendo al cuartel general del rey.

—¿Qué presagian — decían — estas conferencias entre el rey y Dumouriez? ¿Quieren salvar la vida al rey de Francia sacrificándonos? En este caso, ¿qué va a ser de la monarquía, de la religión, de la nobleza y de la propiedad? ¿Habrán empuñado las armas nuestros aliados sólo para entregarnos a nuestros enemigos?

Tales eran las quejas que formulaban los jefes de los emigrados y los comisionados de los príncipes franceses en el cuartel general del rey de Prusia.

Gœthe, el Voltaire de Alemania, que seguía al duque de Weimar en la campaña, y que conservó en sus memorias la de una de aquellas noches que precedieron a la retirada de los alemanes, dice:

«En el círculo de personas que rodeaban los fuegos del vivac y cuyo rostro estaba calcinado por las llamas, vi un anciano, a quien creí haber conocido ya en tiempos más felices; me acerqué a él, y a su vez fijó en mí la vista con asombro, pareciendo no comprender por qué rareza me veía a mí en medio del ejército la víspera de una batalla. Este anciano era el marqués de Bombelles, embajador de Francia en Venecia, a quien había conocido dos años antes en aquella capital de la aristocracia y del placer, en donde lo acompañaba entonces la duquesa Amelia, como el Tasso había acompañado a Leonor. Le recordé su hermoso palacio junto al canal de Venecia y el feliz momento en que la joven duquesa y su comitiva, llegando en góndola a la puerta de la casa, nos había recibido con toda la gracia y magnificencia del país, en medio de la música, de las iluminaciones y de las fiestas. Creía distraerle trayendo a la memoria tan gratos recuerdos; pero no conseguí más que hacerle llorar.

»—No hablemos de eso — me dijo—;

ese tiempo está ahora muy lejos de nosotros, y aun entonces, cuando festejaba a mis nobles huéspedes, mi alegría sólo era aparente, pues tenía el corazón traspasado, porque preveía las consecuencias de las borrascas de mi patria y admiraba vuestra indiferencia; en cuanto a mí, me preparaba en silencio al cambio de situación, y, efectivamente, pronto tuve que abandonar el puesto, el palacio y a Venecia, para empezar una vida de destierro, de aventuras y de miserias, que me ha conducido aquí... donde voy a asistir quizá — continuó con tristeza el desterrado — al abandono de mi rey por el ejército de los reyes.

»El marqués de Bombelles se alejó disimulando el dolor que le embargaba, se cubrió la cabeza con la capa, y se acercó a otra fogata».

VI

El marqués de Bombelles había sido enviado al cuartel general por el barón de Breteuil para que velara por los intereses de Luis XVI. Los consejos se multiplicaban en la tienda del rey de Prusia; los príncipes franceses proponían marchar a Chalons; el rey se inclinaba a las resoluciones arriesgadas y decisivas; pero el duque se oponía enérgicamente a marchar hacia adelante, haciendo ver que, si se alejaban de Verdún, arsenal y almacén del ejército, las difíciles y lentas comunicaciones, lo avanzado de la estación, las enfermedades que aumentaban, la diminución diaria de los confederados, la recluta de los franceses en su propio territorio, y la imposibilidad de volver a pasar sin pérdida los desfiladeros de Grandpré, si el ejército batido tenía que reconquistar su camino hacia Alemania, agravarían enormemente su situación, de donde deducía que se debía esperar el resultado de las negociaciones, pues esta espera, acrecentando el peligro, daría más fuerza al partido de la retirada. En estas vacilaciones pasaban los días, y los días eran fuerzas; el rey principiaba a desmayar y era evidente que no buscaba en los términos de la negociación más que un pretexto para salvar el honor de las armas, y que aceptaría las garantías más ilusorias respecto a la vida y la libertad de Luis XVI. Dumouriez y Dantón se las dieron.

Westermann, de regreso en París, expuso confidencialmente a Dantón la verdadera situación de los ánimos en los dos campamentos. Dumouriez había entregado a Westermann una carta para el ministro de Negocios Extranjeros, Lebrún, en la que decía: «Si tengo estrechado ocho días aún al rey de Prusia, será deshecho su ejército sin haber combatido. El príncipe está muy indeciso y desearía encontrar un medio honroso de salir de la situación en que se encuentra; quizá la desesperación le impulse a atacarme, si no encuentra otra salida. Yo continúo, mientras tanto, cortando mi pluma a sablazos.»

En la carta confidencial que el general escribió a Dantón, confesaba que la negociación estaba más adelantada. «El rey de Prusia, antes de tratar con nosotros, le decía, desea obtener pormenores seguros respecto a Luis XVI, la naturaleza de su cautividad, la suerte que se le prepara y las consideraciones que se le tienen.»

Dantón deseaba la evacuación del territorio a todo trance, considerándola necesaria para la fundación de la república, pues esto era lo único que podía calmar el horror que los crímenes de septiembre hacían recaer sobre su nombre y sobre su poder. Además, Dantón, ligado a la corte por antiguas relaciones, deseaba en su fuero interno salvar la vida del rey y de su familia, y encargó a sus agentes en el consejo de la corporación municipal que visitaran a Luis XVI en la torre del Temple, y le hicieran una relación oficial de la situación de los prisioneros, en la que la cautividad política del rey se disfrazara bajo la apariencia de una prudente prevención por su vida y en la que las fórmulas del respeto y la compasión ocultasen los muros, los cerrojos y los rigores del Temple.

El alcalde Pethión y el procurador del Ayuntamiento, Manuel, se concertaron para secundar los planes de Dantón, y solicitaron copia de todos los decretos relativos a la torre del Temple. Fueron a ella; interrogaron al rey; afectaron llevarle respetuosos consuelos y entregaron a Dantón un proceso verbal que demos-

traba el interés que les inspiraba la familia real. Siendo conocidos en París estos pasos, que coincidieron con la evacuación del territorio por los prusianos, acreditaron los rumores que circulaban respecto a la correspondencia secreta entre Luis XVI y el rey de Prusia, cuyo intermediario se creía que había sido Manuel, y cuyo objeto era conseguir que se retirara el ejército invasor a cambio de la garantía de la vida de Luis XVI. Esta correspondencia jamás existió, y los agentes de Luis XVI en el campamento del rey de Prusia, los señores de Breteuil, de Colonne, de Bombelles, de Moustier, el mariscal de Broglie y el mariscal de Castries, no cesaron hasta el 29 de pedir la batalla y la marcha a París, única salvación para el rey de Francia.

Entre tanto, Westermann, volvió nuevamente a París con el documento destinado a acallar los remordimientos de honor al rey de Prusia. Dumouriez lo envió al cuartel general prusiano por conducto del coronel Thouvenot, quien, con plenos poderes, dió verbalmente al duque de Brunswick seguridad respecto a las disposiciones personales de Dumouriez.

—Está resuelto a salvar al rey y a regularizar la Revolución — dijo el coronel Thouvenot—; se declarará por el establecimiento de la monarquía cuando sea ocasión oportuna y cuando haya preparado al ejército para que le obedezca, y París tiemble ante él; pero para esto necesita una popularidad inmensa, que sólo pueden proporcionarle la evacuación voluntaria del territorio por el rey de Prusia, o la victoria decisiva luchando contra vuestro ejército. Tan dispuesto está a pelear como a negociar; escoged.»

VII

El duque de Brunswick presentó al rey los documentos relativos a la torre del Temple y a las palabras de Thouvenot, y se convocó para el 28 el último consejo de gabinete en presencia de aquél. El duque, convenientemente preparado, dió cuenta al rey del estado de negociación secreta, que no dejaba más esperanza de salvar la vida de Luis XVI que la evacuación del territorio francés. Colocó sobre la mesa los pliegos, llegados aquella noche de Inglaterra y de Holanda, anunciando que estos dos gobiernos se negaban formalmente a entrar en la coalición contra Francia, y, por último, confirmó la confidencia hecha por el general Dillón a Massenbach y presentó a Custine maniobrando ya en el Rin y dispuesto a cortar la retirada al ejército prusiano. Suplicó al rey que se apiadara de Luis XVI y se interesara por su reino, no avanzando más en un país en que las pasiones estaban inflamadas, y que no arriesgara una batalla, cuyo éxito más feliz sería derramar sangre prusiana, inútil y aisladamente en defensa de una causa vendida por Europa. El rey, avergonzado, cedió, y la orden de apercibirse para el combate, que había dado la víspera, se convirtió en la de prepararse a marchar, quedando decidida la retirada.

Concertóse un convenio militar público entre los generales de los ejércitos combatientes, que Dumouriez, en una carta dirigida al ministro Lebrún, definía de este modo: «Es preciso considerar esto como una negociación puramente militar, como las que los capitanes griegos y romanos hacían al frente de los ejércitos. Remontémonos a aquellos tiempos heroicos, si queremos ser dignos de la república que hemos creado.»

Bajo estas palabras ocultaba el general la verdadera naturaleza de la negociación, que, siendo militar en apariencia, era política en el fondo. Dumouriez revelaba parte para ocultar el resto.

Según el citado convenio militar, el ejército francés prometía no inquietar a los prusianos en su retirada hasta el Meuse, y que más allá de este río el ejército francés se limitaría a observar sin atacar, a condición de que el rey de Prusia entregara sin combate al ejército francés las ciudades de Longwy y de Verdún, de que se había apoderado. El convenio político y verbal garantizaba al rey de Prusia la vida de la familia real y los esfuerzos de Dumouriez para restaurar la monarquía constitucional y moderar la Revolución. Este tratado, cuya existencia ha motivado muchas controversias y muchas acusaciones, no puede ser juzgado hoy. El honor del gabinete prusiano le obliga a negarlo y a atribuir

la retirada del ejército coligado a la habilidad de sus maniobras y a la impotencia de los franceses; pero del gabinete prusiano es de donde salieron la confesión, los testimonios y los documentos que demuestran la realidad de la negociación, que por sí sola explica la inexplicable inmovilidad de Dumouriez, permitiendo maniobrar impunemente al duque de Brunswick y al rey de modo que los exponía a ser cortados en trozos, y acomodando los pasos del ejército francés a los pasos lentos del ejército prusiano, pareciendo que los franceses acompañaban a los enemigos, y no que los arrojaban de las fronteras.

VIII

Esta negociación de Dumouriez no se debió a traición ni debilidad, sino al instinto del patriotismo y a la fuerza de las circunstancias: salvó a Francia con un gesto, en vez de comprometerla dando un golpe. La evacuación cierta valía mucho más para Francia, en su extremada situación, que una batalla dudosa. Atacado en su retirada el duque de Brunswick, que aun tenía cuarenta mil combatientes más que Dumouriez, podía volverse y exterminar al ejército francés, y Francia no contaba con otro ejército ni con otro Dumouriez, y una sola derrota la exponía a la invasión, que, de rechazo, hubiera derribado la república apenas afirmada por la victoria del 10 de agosto. Dantón, más interesado que nadie en las medidas desesperadas, comprendiéndolo así, fué cómplice de la prudencia de Dumouriez, pues su energía llegaba hasta el crimen, pero no hasta la demencia, por lo que tomó el convenio y la tregua bajo su responsabilidad.

Dumouriez tuvo, además, otro motivo para no abusar de la retirada y tratar con consideración a los prusianos. Diplomático antes de ser soldado, sabía que las coaliciones llevan consigo, en sordas rivalidades, el principio que debe disolverlas; Rusia y Austria iban a disputar a Prusia los restos más preciosos de Polonia, mientras el ejército prusiano agotaba las fuerzas en la cruzada de los reyes contra Francia, peligro que conocían el gabinete prusiano y el duque de Brunswick. La alianza con Francia, aunque fuese republicana, podía entrar en los planes secretos del gabinete prusiano y no convenía contrariar estas segundas intenciones del rey de Prusia y de su nación, llevando la guerra hasta el encarnizamiento, y la retirada del rey hasta la humillación. De suerte que era gran habilidad dejar los honores de la guerra a los prusianos, expulsándolos del territorio de la república, pues siempre es posible reconciliarse con el enemigo cuyo orgullo no se ha humillado, y la libertad tenía ya demasiados enemigos en el continente para mirar con indiferencia una alianza con Alemania; pero el verdadero y secreto motivo de Dumouriez era personal. La guerra de sutilezas, que podía prolongarse todo el invierno y quizá toda la campaña siguiente contra los prusianos en las Ardenas y en las orillas del Meuse, no convenía a su situación política ni a su ambición, porque él necesitaba dos cosas: el título de libertador del territorio francés primero, y la libertad de emplear de otro modo su actividad y su genio, necesidades ambas que le garantizaban la retirada de los prusianos sin lucha y el tratado secreto con aquella potencia. La Convención, tranquila por aquella parte de las fronteras, le permitiría realizar su sueño militar y llevar la guerra a Bélgica; y, vencedor de los prusianos en el interior, vencería también a los austriacos en sus propios dominios, pudiendo añadir al título de libertador de la república el de conquistador del Brabante. Resplandeciente con esta doble gloria, ¿qué no podía intentar en favor del rey o de la república, o en beneficio propio? ¿Restablecería a Luis XVI sobre el trono? ¿Haría surgir una nueva dinastía, emanada del seno de la Revolución, colocando primero al joven duque de Chartres, hijo del duque de Orleáns, que acababa de mostrársele en medio del fuego de Valmy, como envuelto en una aureola de porvenir? ¿Abandonaría a Francia a las convulsiones y obtendría él un poder independiente en las provincias belgas que arrancara a la opresión austriaca y a las expoliaciones de Francia? Dudaba qué partido tomar, pero estaba dispuesto a decidirse por el que mejor le ofreciese la fortuna;

antes de todo era necesario conquistar Bélgica. Dejó a los tenientes seguir lentamente al ejército prusiano, que se retiraba dejando en los campamentos y en los caminos las huellas de la mortandad que lo diezmaba, y él volvió a triunfar a París.

IX

La noche que llegó abrazó a Dantón, a pesar de la sangre que éste había hecho derramar el 2 de septiembre. Ambos se comprendían a través del horror del tiempo, siendo uno la cabeza y otro el brazo de la patria; y se juraron alianza y amistad, considerándose necesarios uno al otro. Dantón completaba a Dumouriez y éste hacía falta a Dantón: el uno respondía del ejército, y el otro respondía del pueblo, y los dos se creían dueños de la Revolución. En aquellos días, el duque de Chartres, que más tarde fué rey de los franceses, se presentó al ministro de la Guerra, Serván, para quejarse de una injusticia. Serván se encontraba enfermo y escuchaba distraído al joven príncipe; y Dantón, que estaba presente y parecía mandar en el ministerio de la Guerra más que el mismo ministro, llamó aparte al duque de Chartres y le dijo en voz baja:

—¿Qué hacéis aquí? Bien veis que Serván es un fantasma de ministro, y que ni puede serviros ni perjudicaros. Id mañana a mi casa, os oiré y arreglaré vuestro asunto.

El duque de Chartres fué al día siguiente al ministerio, y Dantón le recibió con cierta aspereza paternal.

—Y bien, joven — dijo al duque de Chartres—, ¿sabéis lo que he averiguado? Se asegura que habláis de un modo muy semejante a la murmuración; que censuráis medidas del gobierno; que compadecéis mucho a las víctimas y prorrumpís en imprecaciones contra los verdugos. Tened cuidado, el patriotismo no admite tibieza y vos tenéis que haceros perdonar vuestro nombre.

El príncipe confesó con firmeza superior a su edad que al ejército le horrorizaba la sangre vertida fuera de los campos de batalla, y que los asesinatos de septiembre le parecían deshonrosos a la libertad.

—Sois demasiado joven para juzgar esos acontecimientos — replicó Dantón, con actitud y acento de superioridad—, para comprenderlos es necesario estar en el sitio donde estamos nosotros. La patria estaba amenazada y nadie se presentaba a salvarla; los enemigos avanzaban e iban a anonadarnos y fué necesario poner un río de sangre entre los tiranos y nosotros. ¡En adelante, callaos! Volved al ejército, batíos bien; pero no prodiguéis inútilmente vuestra vida; os quedan muchos años de vida, Francia no quiere la república, tiene las costumbres, las debilidades y las necesidades de la monarquía, y la llevarán a ella, o sus vicios o sus necesidades. Vos seréis rey. Adiós, joven, acordaos de la predicción de Dantón.

X

Al día siguiente Dumouriez comió en casa de Roland con los principales personajes del partido girondino. Al entrar en el salón, presentó a la señora Roland un ramillete de adelfas en señal de reconciliación y como para rendir homenaje de su victoria a los girondinos. La gloria de la campaña brillaba en su varonil figura, y todos los partidos querían iluminarse con sus rayos: sentado entre la señora Roland y Vergniaud, oyó las proposiciones de los convidados. La guerra entre los girondinos y los jacobinos, aunque sorda, había principiado; a Dumouriez sólo le interesaba la patria y la señora Roland se lo perdonó todo. Después de comer marchó a la Ópera, donde fué saludado como triunfador por todo el pueblo; Dantón triunfaba a su lado en el palco del ministro del Interior, pareciendo ser él quien lo presentaba al pueblo. La señora Roland y Vergniaud, que habían llegado al teatro algunos momentos después, abrieron el palco y se dispusieron a entrar para servir de acompañamiento al vencedor; pero, al ver la cara siniestra de Dantón al lado de Dumouriez, la señora Roland hizo un gesto de horror, creyendo ver la figura del crimen al lado de la gloria — ¡la gloria misma le hubiera parecido manchada con el

tacto de Dantón! — y se retiró sin ser vista, llevándose consigo a Vergniaud. El criminal de septiembre los privaba del héroe de Valmy. Parecía que entre el día en que Dumouriez había marchado de París y el día de su regreso, mediaba un siglo, pues había dejado la monarquía y encontraba la república.

Después de un breve interregno, durante el cual la corporación municipal de París y la Asamblea legislativa se habían disputado el poder caído en manos de los asesinos y recogido en la sangre por Dantón, habíase reunido la Convención nacional y se disponía a obrar. Elegida a consecuencia del golpe del 10 de agosto y bajo el terror de los crímenes de septiembre, estaba compuesta de enemigos de la monarquía que no creían en la Constitución de 1791, transacción proyectada bajo el nombre de monarquía constitucional: hombres extremos y los únicos indicados por lo crítico de las circunstancias. Los girondinos y jacobinos, confundidos en una conspiración común contra el trono, habían sido nombrados en todas partes para completar su obra. Su sistema era concluir con lo pasado, anonadar las resistencias, derrocar el trono, exterminar a la aristocracia, al clero, a la emigración y a los ejércitos extranjeros, arrojar el guante a todos los reyes y proclamar, no la soberanía abstracta del pueblo que se desnaturaliza y se pierde en el complicado mecanismo de las constituciones mixtas, sino la soberanía popular que pregunta a hombre por hombre, hasta el último de los ciudadanos, y que hace reinar con irresistible omnipotencia el pensamiento, la voluntad y hasta la pasión de todos. Este era, en resumen, el instinto del momento.

Todos los nombres que Francia había oído pronunciar desde el principio de la Revolución en los consejos, en los clubs y en las sediciones, figuraban en la lista de los miembros de la Convención. Francia los había escogido, no entre los más moderados, sino entre los más vehementes; no entre los prudentes, sino entre los audaces; no entre los que poseían la experiencia que dan los años, sino entre los jóvenes más turbulentos: era una elección desesperada. La patria conocía que en los peligros en que iba a ponerla la resolución de cambiar la faz del mundo, necesitaba combatientes y no legisladores. Convencida de que necesitaba unidad y energía de acción, votaba a sabiendas una gran dictadura; sólo que en lugar de entregarla a una persona que podría engañarse, doblegarse o vengarse, la confiaba a setecientos cincuenta representantes cuya fidelidad le garantizaban las rivalidades, pues, vigilándose unos a otros, no podrían detenerse ni retroceder sin encontrar detrás de sí la sospecha del pueblo y el suplicio. No se les pedía inteligencia, ni justicia, ni virtud, sólo se les exigía voluntad.

LIBRO XXIX

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convención.—Disidencias.—La monarquía.—La república.—Los girondinos.—Collot-d'Herbois propone la abolición de la monarquía.—Los girondinos adoptan la proposición.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de destronamiento.

I

El 21 de septiembre, a mediodía, abriéronse las puertas del salón del Picadero para dar paso a los miembros de la Convención, que entraron lenta y solemnemente, y que, algún tiempo después, salieron, en su mayoría, para ir al cadalso. Los espectadores de las tribunas, en pie, atentos y reclinados sobre las barandas, reconocían, se indicaban con el dedo y se nombraban los unos a los otros a los principales miembros de la Convención, conforme iban pasando.

Los miembros de la Asamblea legislativa escoltaban a la Convención para abdicar solemnemente. Francisco de Neufchateau, último presidente de la Asamblea disuelta, tomó la palabra, y dijo: «Representantes de la nación, la Asamblea legislativa ha cesado en sus funciones, y deposita el gobierno en vuestras manos, dando a los franceses ejemplo de respeto a la voluntad soberana del pueblo. Libertad, ley y paz, son tres palabras que grabaron los griegos en las puertas del templo de Delfos; vosotros las grabaréis en todo el territorio francés.»

Pethión fué nombrado presidente por unanimidad, por lo que los girondinos

acogieron con una sonrisa este presagio de su influencia en la Convención. Condorcet, Brissot, Rabaut, Saint-Etienne, Vergniaud, Camús, Lasource, todos girondinos, excepto Camús, fueron elegidos secretarios. Manuel se levantó y dijo: «La misión para que habéis sido elegidos exige prudencia y poder divinos. Cuando Cineas entró en el Senado de Roma, creyó ver una Asamblea de reyes; pero una comparación semejante sería para vosotros una injuria. Esta debe ser una Asamblea de filósofos, ocupados en preparar la felicidad del mundo. El presidente de Francia debe alojarse en el palacio nacional, teniendo a su lado los atributos de la ley y de la fuerza, y, cuantas veces se abra la sesión, todos los ciudadanos deben ponerse en pie.

Estas palabras fueron acogidas con un murmullo de desaprobación, conmoviéndose el sentimiento de igualdad republicana, alma de aquel cuerpo popular, ante la sombra del ceremonial propio de las cortes.

—¿Por qué tanto respeto al presidente de la Convención? — preguntó el joven Tallién, vestido con carmañola—. Fuera de esta sala, el presidente es un simple ciudadano; si se desea hablarle, se le irá a buscar al tercero o último piso de la casa modesta en que vive, pues en ella se alojan el patriotismo y la virtud.

La Convención acordó no conceder a la dignidad del presidente ningún signo distintivo.

«Nuestra misión es grande y sublime — dijo Couthón, sentado junto a Robespierre—; no temo que en la discusión que vais a entablar se atreva nadie a mencionar el trono; pero no es sólo el trono lo que importa separar de la Constitución, sino todo poder individual que tienda a restringir los derechos del pueblo. Se ha hablado de triunvirato, de protectorado y de dictadura, y se dice públicamente que se está organizando un partido en la Convención para crear una de estas instituciones. Desbaratemos estos proyectos, si existen, jurando todos la soberanía absoluta y directa del pueblo. Votemos execrar de igual modo al trono, que a la dictadura y al triunvirato.

Estas palabras iban dirigidas contra Dantón y revelaban las primeras sospechas de Robespierre. Dantón las comprendió y no tardó en responder a ellas con una abdicación que, aliviándole del poder ejecutivo, lo volvía nuevamente a su elemento.

II

Dantón, en primer término, estaba ya cansado de aquel reinado de seis semanas, durante las cuales había participado Francia de las convulsiones de su carácter; en segundo, deseaba alejarse del poder para ver cómo se desarrollaban los nuevos hombres, los nuevos acontecimientos y los nuevos partidos; y, por último — ¡tanto influyen las circunstancias domésticas en los hombres públicos! — su esposa, moribunda, deplorando la siniestra fama que le habían dado los asesinatos provocados o tolerados, le suplicaba llorando que saliera del torbellino que causaba tales vértigos, y expiara las injusticias o las desgracias de su ministerio retirándose. Dantón amaba y respetaba a la compañera de su juventud, la escuchaba como un oráculo de ternura, y miraba con inquietud a los dos niños que la muerte iba a dejar sin madre. Aspiraba a recogerse, orgulloso de haber salvado las fronteras, y avergonzado del precio que su extraviado patriotismo le había exigido en los días de septiembre.

III

Estas primeras palabras, la actitud y hasta el silencio de la Convención revelaban impaciencia, pues los franceses no dejan nunca para el día siguiente lo que tienen que hacer. En todos los ánimos dominaba un pensamiento, así como en todas las miradas y en todos los labios, y no podía tardar en insinuarse. La primera cuestión que había que tratar era la forma de gobierno; Francia había tomado un partido, y la Asamblea, que no podía suspender el suyo, reflexionaba acerca de la grandeza del acto. Hay palabras que encierran en sí la vida o la muerte de los pueblos, y hay minutos que deciden el porvenir del género humano; la Convención se encontraba en el dintel de lo desconocido; no dudaba, pero reflexionaba.

IV

Francia había nacido, crecido y envejecido bajo el trono, y la monarquía, dado el tiempo que había durado, constituía su naturaleza. Nación militar, había coronado a los primeros soldados; nación feudal, había enfeudado al gobierno como al territorio; nación religiosa, había consagrado a los jefes, atribuído a los reyes una especie de delegación divina, adorado la majestad como dogma, proscripto la independencia de opinión como insurrección, y castigado el delito de lesa majestad como sacrilegio. En los parlamentos, en los estados provinciales y en las administraciones comunales subsistía aún la sombra de la independencia individual y del privilegio de las provincias. La ley era el rey, el noble era el súbdito, el pueblo era el siervo, o, a lo sumo, el liberto. Nación guerrera y activa había ennoblecido la servidumbre por el honor, santificado la obediencia por la decisión y personificado al país en el trono; de manera que, desapareciendo el rey, no se sabía dónde estaba la patria. El derecho, el deber, la bandera, todo desaparecía con él; el rey era el Dios visible de la nación, y la virtud consistía en obedecerle.

El ejercicio de las virtudes cívicas, que son el alma de los gobiernos libres, no había dado nada al pueblo, pues honores, dignidades, influencias, poder, grados, todo emanaba del rey. Las ambiciones jamás miraban hacia abajo, sino hacia arriba; la estimación no otorgaba nada, el favor lo concedía todo; además, una alianza tan antigua como la monarquía unía la religión al trono, y derribar una, era derribar el otro. Francia tenía dos instituciones seculares, el trono y el catolicismo, a los que estaban unidos la opinión y la conciencia de tal modo, que no se podía desarraigar una sin agitar el otro; sin el trono, el catolicismo, como institución soberana y civil, caía con él; en lugar de una ruina se necesitaban dos.

En suma, la familia real en Francia, que consideraba el trono como herencia inajenable y el poder soberano como legitimidad de la sangre, habíase enlazado por el matrimonio, por el parentesco y por las alianzas con todas las familias que reinaban en Europa, por lo que atacar los derechos del trono en Francia, era amenazarlos o atacarlos en toda Europa. Las familias reales componían una sola, y las coronas eran solidarias, de donde resultaba que suprimir el título y los derechos del trono en París era suprimir la herencia y el derecho de los reyes en todas las cortes; era trastornar y alterar las relaciones exteriores de Francia con los Estados europeos, fundadas en una política de familia, para establecerlas en lo sucesivo en una política de intereses nacionales. El ejemplo era amenazador, la guerra segura, mortal y universal; así lo decía la historia en voz baja a los girondinos.

Además, el republicanismo, cuya misión creía tener la Convención, decía al alma de los convencionales: «Es necesario acabar con los tronos; la Revolución tiene el encargo de substituir la razón a las preocupaciones, el derecho a la usurpación, la igualdad al privilegio, la libertad a la esclavitud en el gobierno de las sociedades, empezando por Francia. El trono es una preocupación y una usurpación que sufren desde hace muchos siglos la ignorancia y la cobardía de los pueblos, pues sólo la costumbre hizo de él un derecho. El trono absoluto es un hombre-pueblo substituyéndose a la humanidad soberana; es el género humano abdicando los títulos, los derechos, la razón, la libertad, la voluntad y los intereses en uno solo; es convertir, por medio de una ficción en Dios lo que la naturaleza hizo hombre; es degradar, deposeer, destronar a dos millones de hombres, iguales en derechos y algunas veces superiores en inteligencia y en virtud para engrandecer y coronar a uno; es semejar la nación al suelo donde trabaja y entregar la civilización, las generaciones y los siglos, como si fueran una cosa, a una familia que disponga de la herencia de Dios.

»¿Transigiremos con esta costumbre del trono y conservaremos el nombre suprimido de la cosa? ¿Crearemos, para complacer a la multitud rutinaria, un trono constitucional y representativo en el que el rey no sea más que el primer

magistrado hereditario, encargado de ejecutar pasivamente la voluntad del pueblo? ¿Pero qué fuerza, ni qué utilidad puede tener semejante institución? Acabamos de hacer la experiencia, y nuestros hijos la harían después que nosotros. Es preciso decidirse: o el rey constitucional tendrá derecho propio y voluntad personal, o no tendrá ni uno ni otra. Si tiene derecho propio y voluntad personal, este derecho y esta voluntad del rey, muchas veces en oposición y algunas en lucha con la voluntad del pueblo, contendrán un germen de contradicción, de guerra intestina y de muerte en la Constitución. El gobierno, en vez de ser armonía y unidad, será el antagonismo y guerra; será la anarquía constituída en la cumbre para imponer el orden y la paz en la base, lo cual es una contradicción.

»O el rey no tendrá autoridad ni voluntad personal, y, entonces, impotente, inútil y despreciado, sólo será la aguja dorada que señala la hora en la esfera de la Constitución, pero que no modera ni arregla el mecanismo, lo que sería un escarnio del título de rey y el envilecimiento del signo del poder.

»Pero no es esto todo: o el rey representativo será un ente nulo, un fantasma, o será hombre inteligente y ambicioso: si es un ente nulo y un vano fantasma, ¿para qué servirá, sino para hacer perder la consideración a su rango y para convertir la majestad en burla ante el pueblo? Pero si es hombre inteligente y ambicioso, ¡qué peligro constante no creáis a la igualdad y a la libertad de la nación!

»Honrado con el título y las insignias del poder supremo, expuesto constantemente en palacio, en las ceremonias, en los templos, a la cabeza del ejército, a la adoración de la multitud, espléndidamente dotado con una lista civil y con propiedades inajenables y siempre en aumento, elemento de corrupción de los caracteres, órgano de todas las voluntades, ejecutor de todas las leyes, negociador con todas las cortes extranjeras, nombrando todos los ministros y haciendo recaer en éstos la responsabilidad e impopularidad, conducto de todas las gracias, única institución hereditaria en el seno de la Constitución en que todo será electivo y vitalicio, transmitiendo de padre a hijo las tradiciones ambiciosas de invasión del poder, gastando los hombres y los partidos sin gastarse él jamás, ¿cómo puede permanecer inofensivo a la igualdad y a la libertad de la nación el trono? ¿no tendrá sobre los poderes populares la ventaja de lo que no perece sobre lo que perece? y ¿no habrá absorbido antes de un siglo cuanto imprudentemente le hayamos confiado respecto a nuestros derechos y a nuestros intereses, después de haber tenido el efímero valor de conquistarlos? Es preferible no desarraigar esta preocupación, antes que restablecerla nosotros.

»La república democrática, continuaban, es el único gobierno fundado en la razón, pues en él no existen hombres deificados, ni familias fuera de la ley, ni clases fuera de la igualdad, no existe la ficción que suponen en el hijo el genio o la virtud del padre, y que da a unos la herencia del mando y la de la obediencia a otros.

»La razón humana es la única legitimidad del poder; la inteligencia es título, no de la soberanía, porque la nación no la reconoce fuera de ella, sino de las magistraturas instituídas en interés y beneficio de todos. La elección es la consagración del pueblo a sus magistraturas, delegaciones revocables de la voluntad, que eleva y depone incesantemente, sin que ningún ciudadano sea más soberano que otro, siéndolo todos en proporción del derecho, de la capacidad y del interés que tienen en la asociación común. Todas las influencias personales y vitalicias no son sino el libre consentimiento de la razón pública a los méritos, a las luces y a las virtudes de cada individuo. Las superioridades de la naturaleza, de la instrucción, de la fortuna, de la decisión, probadas por la elección mutua de los ciudadanos entre sí, elevan al gobierno a los más dignos; pero estas superioridades que se legitiman por los servicios prestados, no pueden amenazar con que el gobierno degenere en tiranía, porque desaparecen con los mismos entrando nuevamente en el rango de simples ciudadanos, y se desvanecen con la vida de los favoritos del pueblo, dejando paso a otros servidores. Esta es la verdadera

fuerza del poder social, que no es patrimonio de algunos, sino de todos, saliendo sin interrupción de la única fuente que es el pueblo y volviendo a entrar en él siempre inajenable, para salir eternamente de nuevo, según su voluntad. Es la rotación del gobierno calcada en la perpetua rotación de las generaciones, que no se detiene jamás, que no enfeuda el porvenir al pasado, que no deja sin movimiento la soberanía, ni la ley, ni la razón, pero que, a imitación de la naturaleza, se perpetúa renovándose.

»El trono, gobierno formado a imagen de Dios, es un sueño; la república, gobierno hecho a imagen del hombre, es la realidad política.

»Pero, si la forma republicana es la razón, es también la justicia. Distribuye, nivela e iguala incesantemente los derechos, los títulos, las superioridades, las funciones y los intereses de las clases y de los ciudadanos entre sí.

»¡El Evangelio es democrático, el cristianismo es republicano!

V

»Y, aunque la república sólo fuera el ideal del gobierno de la razón, en los momentos actuales sería también la necesidad de Francia, que, con el rey destronado, con la nobleza armada en contra suya, con el clero desposeído, con toda Europa monárquica en sus fronteras, no tendría en ninguna forma de trono, en ninguna monarquía templada, en ninguna dinastía renovada, la fuerza sobrehumana que necesita para triunfar de tantos enemigos y para sobrevivir a tal crisis. El rey sería sospechoso, la constitución impotente, y la dinastía disputada; en tal estado de cosas, la energía desesperada y omnipotente del pueblo, convertida por aclamación en gobierno, es la única fuerza que puede igualar la voluntad a las resistencias y la decisión a los peligros. Anteo tocaba la tierra y renacía; Francia debe tocar al pueblo para apoyar en él la palanca de la Revolución; dudar respecto a la forma de gobierno en tales circunstancias, es querer perderlas todas: ¡no podemos elegir! La república es la última palabra de la Revolución, como el último esfuerzo de la nacionalidad y es preciso aceptarla y defenderla, o vivir con la muerte vergonzosa de los pueblos que entregan sus hogares y sus dioses a los enemigos para salvar la vida.»

Tales eran las reflexiones que la razón y la pasión, sucesivamente, el pasado y el presente de Francia, sugerían a los girondinos para decidirlos a la república, que les era impuesta por la política y la necesidad, y la aceptaron.

VI

Sin embargo, los girondinos temían ya que la república cayese en manos de la demagogia furiosa e insensata. El 10 de agosto y el 2 de septiembre los consternaban, y deseaban que la asamblea y la opinión reflexionaran y reaccionaran contra los excesos populares. Hombres imbuídos de las ideas republicanas de la antigüedad, en la que la libertad de los ciudadanos suponía la esclavitud de las masas, y en que las repúblicas no eran sino numerosas aristocracias, comprendían mal el genio cristiano de las repúblicas democráticas del porvenir. Querían la república a condición de gobernar solos, con arreglo a las ideas e intereses de la clase media e ilustrada a que pertenecían, y se proponían hacer la constitución republicana a imagen de aquella sola clase, ante la que se acababan de desvanecer el trono, la iglesia y la aristocracia. Por república entendían el reinado de la inteligencia, de las virtudes, de la propiedad y del talento, cuyo privilegio tenía la clase media, y aspiraban a imponer condiciones, garantías, exclusiones e indignidades en las coaliciones electorales, en los derechos cívicos, en el ejercicio de las funciones públicas, que sin duda darían más amplitud a los límites de la capacidad gubernamental, pero que excluirían la masa débil, ignorante, indigente o mercenaria del pueblo. Debiendo la Constitución, en su concepto, corregir lo que la república tenía de popular y de borrascoso, separaban a la plebe de la nación; sirviendo a una, se ponían a cubierto de la otra; no se resignaban a forjar, por medio de una constitución repentina, irreflexiva y temeraria, el hacha bajo la que tendrían que incli-

narse y caer. Siendo numerosos en la Convención y elocuentes, confiaban en el prestigio que ejercían.

VII

El ascendiente, que, desde hacía dos meses, venían ejerciendo en los departamentos y en la Asamblea, había disminuído mucho en París ante la audacia de la corporación municipal, la dictadura de Dantón, la demagogia de Marat y, especialmente, ante el prestigio de Robespierre. El Ayuntamiento había invadido; Marat había asustado; Dantón había gobernado; Robespierre se había engrandecido, y los girondinos habían perdido cuanto aquéllas autoridades y aquéllos hombres habían conquistado. Siguieron, murmurando muchas veces, el movimiento que los arrastraba; nada habían prevenido, ni gobernado durante la tempestad; habían dominado aparentemente los movimientos, pero, como el roto mástil de un navío domina las olas, siguiendo las ondulaciones.

Cuantos esfuerzos intentaron para moderar la corriente anárquica de la capital, no sirvieron más que para poner de manifiesto su debilidad. La nación, que no los necesitaba, se separaba de ellos, pues ni uno solo de los favorecidos por la opinión en tiempo de la Asamblea legislativa, había sido nombrado miembro de la Convención por la ciudad de París; por lo contrario, los enemigos habían sido los elegidos por el pueblo; la corporación municipal había hecho triunfar a todos sus candidatos; Dantón, Robespierre y Marat habían dictado los escrutinios, y con los escrutinios los votos.

El pueblo, impaciente, reclamaba resoluciones extremas; la popularidad estaba puesta a subasta, siendo necesario rivalizar en energía y hasta en furor para conquistarla. La reserva monárquica hecha por Vergniaud, Guadet, Gensonné y Condorcet, al proponer el nombramiento de un ayo para el príncipe real en el decreto de destitución, los había hecho sospechosos a los girondinos. Aquel sillar de la monarquía parecía revelar que perseguían el propósito de levantarla, después de haberla abatido. Los periódicos y las tribunas de los jacobinos explotaban esta sospecha de realismo o de moderación.

«No habéis quemado vuestras naves, les decían, y mientras nosotros combatíamos para derribar para siempre el trono, escribíais con nuestra sangre respetuosas reservas para la majestad.»

Los girondinos no podían responder a estas acusaciones, sin aventajar en audacia a sus enemigos; pero les detenía un nuevo temor. No podían aventurarse más en el camino de los jacobinos y de la corporación municipal, sin poner el pie en la sangre del 2 de septiembre, sangre que les horrorizaba, y ante la cual se detenían sin deliberar. Resueltos a votar la república, querían votar al mismo tiempo una Constitución que le diera algo de concentración de poder y de la regularidad de la monarquía. Romanos por educación y por carácter, el pueblo y el Senado de Roma eran el único ideal político que podían imitar. El advenimiento de todo el pueblo al gobierno, la inauguración de toda la democracia cristiana y fraternal, cuyo apóstol era Robespierre, nunca habían entrado en sus planes. Toda la política de los girondinos era variar el gobierno; la de los demócratas, transformar la sociedad; unos eran políticos, otros filósofos en acción; unos pensaban en el día siguiente, los otros en la posteridad. Por consiguiente, los girondinos deseaban, antes de proclamar la república, darle una forma que la preservara de la anarquía o de la dictadura; los jacobinos querían proclamarla como principio exponiéndola al azar; quizá produciría arroyos de sangre, tiranías pasajeras, pero de aquí surgiría el triunfo y la salvación del pueblo y de la humanidad. Por último, Dantón, completamente indiferente a las formas de gobierno, con tal que le entregaran el mando, quería proclamar la república para comprometer a la nación entera en la causa de la Revolución, y para hacer inevitable y terrible, entre Francia libre y las monarquías, un choque en que el antiguo mundo político se rompiera y dejara el puesto, no a los principios, sino a los hombres nuevos. Además, otros como Marat y sus cómplices, querían proclamar la república como venganza del pueblo contra los reyes y los aristó-

cratas, y como era de agitación y de tumulto en que la fortuna multiplicaría los azares que invierten la jerarquía social. Así como la espuma necesita la tempestad para elevarse y flotar sobre las aguas, la política demagógica no era más que la sedición reducida a principio, y la anarquía escrita en la constitución.

VIII

Cada uno de los partidos debía apresurarse para no dejar al otro el honor de la iniciativa y la ventaja de la prioridad.

Altivos los girondinos por el número de los que había en la Convención, reuniéronse en casa de la señora Roland y resolvieron no admitir la discusión respecto al cambio de forma de gobierno, sino después de haberse apoderado de las comisiones ejecutivas y, sobre todo, de la comisión de Constitución, que preparasen un plan, que asegurasen el medio y que fueran los órganos de las opiniones. Se consideraban bastante dueños de la Convención por el número y por la autoridad, para evitar en las primeras sesiones la aclamación temeraria de la república, y en esta confianza entraron en la sala.

Dantón, Robespierre y Marat no se proponían precipitar el momento de aquella aclamación; deseaban darle la solemnidad del acto más grande que la nación puede llevar a efecto, probar su fuerza en la Convención y agrupar a los amigos para acomodar la república a las ideas y ambición de cada cual. Se había tácitamente convenido callar, respecto a esta gran medida, entre todos los jefes de la Asamblea; pero la víspera de la primera sesión, algunos miembros de la Convención, jóvenes y exaltados: Saint-Just, Lequinio, Panís, Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois, y algunos miembros de la corporación municipal, reunidos en un banquete político en el Palacio Real, acalorados con la conversación y con los vapores del vino, condenaron unánimemente la contemporización de los jefes, y resolvieron poner término a aquella actitud de prudencia y desconcertar los proyectos de los girondinos, lanzando la palabra república a los enemigos.

—Si la recogen — dijo Saint-Just—, están perdidos, porque seremos nosotros quien la habremos impuesto; si no la aceptan, están perdidos también, porque, oponiéndose a los deseos del pueblo, los abrumará la impopularidad.

Lequinio, Sergent, Panís y Billaud-Varennes aplaudieron el atrevido maquiavelismo de Saint-Just. Collot-d'Herbois, cómico en otro tiempo, orador teatral, hombre de voz sonora, de gesto expresivo, y a propósito para dar un golpe de mano, cuyo extravío, cuando hablaba, asemejábase a la embriaguez, se encargó de presentar la moción y juró arrostrar solo, si era preciso, el silencio, la admiración y los murmullos de la Gironda.

IX

Collot-d'Herbois, al entrar aquella noche en la sesión, dió, según habían convenido, el santo a los impacientes, que se apresuraron a servirle de eco. Cuando se alza una voz en medio de una asamblea indecisa, arrastra tras sí las resoluciones, y no hay prudencia capaz de contener lo que está en el pensamiento de todos. Apenas pidió Collot-d'Herbois la abolición del trono, cuando en todos los puntos de la sala se dieron muestras de aprobación. Queinette y Bazire pidieron, por respeto a la nueva institución, que la gravedad de las formas y la solemnidad de la reflexión presidieran a la proclamación de la república.

—¡Qué necesidad hay de deliberar — exclamó Gregoire—, cuando todo el mundo está conforme! Los reyes son, en el orden moral, lo que los monstruos en el orden físico; las cortes son el taller donde se fraguan todos los crímenes; ¡la historia de los reyes es el martirologio de las naciones!

El joven Ducós, de Burdeos, amigo y discípulo de Vergniaud, comprendiendo la conveniencia de confundir la voz de su partido en la voz general, para que el pueblo no pudiera distinguir ni al primero ni al último en aquel voto, dijo:

—Redactemos inmediatamente el decreto, pues no hay necesidad de considerandos después de las luces que ha difundido el 10 de agosto. El *considerando* del decreto de abolición del trono será la historia de los crímenes de Luis XVI.

Así fué proclamada la república por diversos sentimientos, pero unánimemente. Arrebatada a la iniciativa de los unos por la celosa popularidad de los otros, enviada como reto por los jacobinos a sus enemigos, aceptada, por aclamación, por los girondinos, para no dejar a los contrarios el honor del patriotismo; resolución desesperada, abismo insondable al que la reflexión arrastraba a los políticos y al que el vértigo atraía a los imprudentes; único asilo que quedaba a la patria, según los patriotas; sima obscura en que creían sepultar recíprocamente unos a otros, y que todos sucesivamente debían llenar con combates, crímenes, virtudes y sangre.

LIBRO XXX

La república proclamada por unanimidad.—Los girondinos en casa de la señora Roland.—Acusación contra Marat.—Apóstrofe de Vergniaud.—Dantón.—Robespierre.—Detalles íntimos.—Escenas tumultuosas.—Marat.—Su retrato.—Ruptura de la señora Dantón con los girondinos.

I

La proclamación de la república fué acogida con entusiasmo en París, en los departamentos y en el ejército, pues era para los filósofos el tipo de los gobiernos humanos, encontrado entre los escombros de catorce siglos de preocupaciones y de tiranías; para los patriotas, la declaración de guerra de una nación, proclamada el día de la victoria de Valmy, a la faz de los tronos conjurados contra la libertad; y, para el pueblo, una novedad que le embriagaba. Cada ciudadano creíase, por decirlo así, coronado con parte de la soberanía reconquistada, de que el acta de la Convención acababa de despojar la frente de la familia real para restituírla al pueblo. La nación, aliviada del peso del trono, creyó respirar por primera vez el aire libre y vital que iba a regenerarla: fué uno de los cortos momentos que concentran en un punto los horizontes de entusiasmo y de esperanzas que los pueblos esperan durante siglos, que saborean durante algunos días y que no olvidan, pero que pronto los dejan escapar como un bello sueño para caer nuevamente en las realidades, en las dificultades y en las angustias que acompañan a la vida laboriosa de las naciones. Esto no obstante, las horas de ilusión son tan bellas y tan completas, que se cuentan por siglos en la vida de la humanidad, y la historia parece detenerlos para eternizarlos.

II

Los que más gozaron fueron los girondinos. Reunidos por la noche en casa de la señora Roland, Pethión, Brissot, Guadet, Louvet, Boyer-Fonfrede, Ducós, Grangeneuve, Gensonné, Barbaroux, Vergniaud y Condorcet celebraron con recogimiento casi religioso el advenimiento al mundo, y corriendo voluntariamente el velo de la ilusión sobre las dificultades del día siguiente y sobre la obscuridad del porvenir, entregáronse con toda el alma al mayor goce que Dios ha concedido al hombre sobre la tierra: la creación de la idea, la contemplación de la obra y la posesión del ideal realizado. Se habló con entusiasmo durante la comida, pero la señora Roland, pálida con la emoción, lanzaba miradas de brillo sobrenatural que parecían ver el cadalso a través de la gloria y de la felicidad del momento. El anciano Roland indagaba con la vista el pensamiento de su esposa, pareciendo preguntarle si aquél era el último día de su vida, después del cual no había más que morir. Condorcet hablaba con Brissot acerca de los horizontes indefinidos que la nueva era abría a la humanidad. Boyer-Fonfrede, Barbaroux, Rebecqui y Ducós, jóvenes amigos, casi hermanos, felicitábanse por encontrarse en edad de poder ofrecer a la patria y a la libertad muchos años de vida aún. Guadet y Gensonné descansaban gloriosamente de sus largas fatigas en el triunfo a que al fin habían conducido a la Revolución. Pethión, dichoso y triste al mismo tiempo, conocía que la popularidad le abandonaba; pero abdicaba voluntariamente, en su fuero interno, desde el momento que se la concedían a precio del crimen. La sangre de septiembre había quitado a Pethión el ansia de popularidad, y hacía el propósito de vivir honradamente en lo sucesivo. Vergniaud, en

quien todos los convidados tenían la vista fija, como el principal autor y el único moderador de la futura república, mostraba la indiferente tranquilidad de la fuerza, que descansa antes y después del combate; miraba a los amigos sonriéndose con sonrisa melancólica y hablaba poco. Al terminar la comida cogió un vaso, lo llenó de vino, se levantó y propuso brindar por la eternidad de la república. La señora Roland, imbuída de los recuerdos de la antigüedad, pidió a Vergniaud que deshojara en el vaso, como los antiguos, algunas rosas del ramillete que llevaba aquel día. Vergniaud presentó el vaso, hizo nadar las hojas en el vino y bebió; y luego, inclinándose hacia Barbaroux antes de sentarse de nuevo, le dijo a media voz:

—Barbaroux, no son rosas, sino hojas de ciprés lo que debíamos poner esta noche en el vino, pues, al brindar por una república, cuya cuna está nadando en la sangre de septiembre, ¿quién sabe si no brindamos por la muerte? Sin embargo, aunque este vino fuera mi sangre, lo bebería brindando por la libertad y la igualdad.

—*¡Viva la república!* — gritaron a la vez todos los convidados.

Esta siniestra imagen entristeció, pero no desalentó a los girondinos, que estaban dispuestos a aceptar todo de la Revolución, hasta la muerte.

III

Los girondinos oyeron después de comer las notas que Roland, con ayuda de su esposa, había redactado para la Convención respecto al estado de la república, planteando con claridad la cuestión entablada entre Francia y la corporación municipal de París. Roland, como ministro del Interior, apelaba a la Convención de los desórdenes de la anarquía y de los crímenes que habían señalado el interregno de las leyes desde el 10 de agosto hasta la apertura de la nueva Asamblea, y pedía que se afirmara el poder ejecutivo en manos del gobierno central. Los girondinos prometieron sostener enérgicamente al ministro en estos proyectos y poner término a las usurpaciones de poder del Ayuntamiento de París, lo que equivalía a declarar la guerra a Dantón, a Robespierre y a Marat, que reinaban en el palacio consistorial. Aquella restauración del poder nacional era difícil y peligrosa para los girondinos que la emprendían; Roland, deplorando los excesos de septiembre sin poder reprimirlos, había escrito dos veces a la Asamblea legislativa para invocar la venganza de las leyes sobre los provocadores y autores de aquel llamamiento; pero sus enérgicas protestas, teniendo en cuenta que fueron escritas bajo el cuchillo de los asesinos y en un consejo de ministros del que formaba parte Dantón, excusaban los crímenes cometidos y hacían deplorables concesiones al furor del pueblo, pedían que se respetara las vidas y las propiedades de los ciudadanos, e indicaban que Roland era censor y no cómplice de la corporación municipal, lo cual era suficiente para señalarle, como a su esposa, al odio y a las picas de los asesinos.

Efectivamente, el comité de vigilancia de la corporación municipal había tenido la audacia de ordenar el arresto de Roland. Informado Dantón de aquel exceso de escándalo, y sabiendo mejor que nadie que el decreto de arresto equivalía en aquellos tiempos a un decreto de muerte, corrió al consejo de vigilancia, reprendió a sus cómplices y rompió la orden de arresto. Siendo él también ministro, comprendió que el comité que se atrevía a mandar la prisión y la muerte de tan alto funcionario, necesitaba ser reprimido. Roland, desde entonces, fué el blanco de todas las calumnias de los periódicos de Marat y de todos los motines de los facciosos: amenazado constantemente en su casa, en el ministerio del Interior, y muy débilmente protegido por una pequeña guardia de gendarmería, veíase con frecuencia obligado a pernoctar fuera de su domicilio, y, cuando dormía en él, la señora Roland colocaba las pistolas debajo de la almohada, ya para defenderse contra los ataques nocturnos de los asesinos apostados, ya para evitar los ultrajes con una muerte voluntaria. Roland, animado por esta mujer varonil, no había cesado de cumplir sus deberes. Las cartas que dirigía a los departamentos para combatir las sanguinarias provocaciones del Ayuntamiento, los perió-

dicos redactados en sus oficinas, y cuyos más violentos artículos estaban inspirados por *El Centinela*, periódico republicano y honrado, escrito por Louvet y dictado por él, demostraban los esfuerzos que hacía por contener la revolución dentro de los límites de la justicia y de la ley.

Dantón y Fabre d'Eglantine intentaron arrebatar a Roland aquel medio de acción sobre el espíritu público, apoderándose de la mayor parte de los dos millones de fondos secretos que la Asamblea había concedido al poder ejecutivo. Lo consiguieron, al fin, y de este modo privaron al ministro del Interior del débil medio que le quedaba para influir en la opinión.

IV

Marat, menos imperativo, pero más ávido, no contento con haber robado las prensas a la Imprenta real, pidió a Roland dinero para los gastos de impresión de los libelos populares, que tenía en cartera; Roland se lo negó, y Marat denunció al ministro a la vindicta de los patriotas; pero Dantón se encargó de tapar la boca a Marat. El duque de Orleáns, ligado secretamente con Dantón, facilitó la suma necesaria, y desahogó su rencor en líneas de sangre contra Roland, la esposa y los amigos de éste. Cada tentativa que los girondinos hacían para restablecer la acción del gobierno, el orden y la seguridad en París y en los departamentos, era aprovechada por el *Amigo del Pueblo* y por los vendidos a la corporación municipal para acusarles de conspirar contra los patriotas. El robo del guardamuebles de la corona, efectuado en aquellas circunstancias, sirvió de pretexto para lanzar nuevas acusaciones de negligencia o complicidad contra el ministerio del Interior. A Roland afligióle aquel robo que privaba a la nación de riquezas preciosas en momentos de necesidad e hizo perseguir con actividad, que resultó inútil, a los desconocidos autores del pillaje. Fueron detenidos algunos ladrones de profesión, que no parecían haber sido cómplices de aquel robo, sólo para encubrir a los verdaderos ladrones. Parte de los objetos preciosos que encerraba el guardamuebles de la monarquía, se encontró enterrada en los Campos Elíseos, y el resto desapareció sin dejar rastro. Se sospechó que Dantón lo empleó en pagar las tropas de Dumouriez y en corromper el estado mayor del rey de Prusia para conseguir que el ejército enemigo evacuara el territorio de la patria. Los agitadores tenebrosos de la corporación municipal, entre quienes los culpables tenían indudablemente cómplices, fueron acusados de haber empleado la otra parte en pagar la anarquía y perpetuar su dominio: acusaciones vagas, sospechas sin pruebas, que el tiempo no ha justificado por completo ni desmentido en absoluto.

Roland, acusado constantemente por Marat, respondió por medio de una exposición a los parisienses. Sus golpes pesaban sobre Marat y se dirigían a la corporación municipal, cuya lucha con la Asamblea era cada vez más encarnizada. «Envilecer la Asamblea nacional, concitar contra ella a la insurrección, difundir la desconfianza entre las autoridades y el pueblo, tal es el objeto de los anuncios y de los escritos de Marat, decía Roland. Leed lo que acerca del 8 de septiembre dice en su periódico y veréis a todos los ministros, excepto Dantón, expuestos a la animadversión pública y acusados de traición. Si esas diatribas fuesen anónimas o estuvieran firmadas por una persona desconocida, las despreciaría; pero llevan la firma de un hombre que forma parte del cuerpo electoral y de la corporación municipal, y a quien se trata de hacer miembro de la Convención. Tal acusador me obliga a responder; y, aunque la respuesta debiera ser mi testamento, no dejaría de darla para que fuera útil al país. Nací con la firmeza de carácter que sostiene la virtud, desprecio la fortuna, amo la gloria honrosa y no puedo vivir más que en paz con mi conciencia. Que examinen mi vida y que se lean mis obras; desafío a la maledicencia a que encuentre en ellas un solo acto, un solo sentimiento que pueda avergonzarme. En los cuarenta años que he pertenecido a la administración pública, sólo he practicado el bien, y como no amo el poder, prefiero el retiro a una vida agitada. Me acusan de maquinar a favor de la facción de Brissot, pero se-

mejante acusación es falsa, aunque se trata de un hombre a quien estimo, porque le reconozco tanta pureza como talento. He admirado el 10 de agosto, me estremecieron las consecuencias del 2 de septiembre y comprendí la cólera del pueblo; pero he querido evitar los asesinatos. ¡Hasta a mí me han designado como víctima! ¡Cuántos malvados concitan a los asesinos contra mí! ¡Los aguardo, estoy en mi puesto y sabré morir!»

V

Brissot, cuyo nombre había llegado a ser la denominación de todo un partido, vióse obligado a defenderse también contra la calumnia, que lo acusaba de pretender restaurar la monarquía en Francia, dando la corona al duque de Brunswick. Pethión no cesaba en la Asamblea de recordar sus servicios y su merecimiento a la confianza del pueblo, lo que equivalía a indicar que se le olvidaba. El nombre de la señora Roland, unido siempre al de sus amigos, lanzábase con insinuaciones odiosas a la envidia y a la burla de la opinión. Hasta Vergniaud era ultrajado, amenazado y designado por su celebridad y por su talento a los sicarios de septiembre. Dos veces había él ahogado la impopularidad que le habían atraído los dos discursos, en que desafiaba a los enemigos de Francia, y amenazaba a los tiranos de la corporación municipal. El primero de estos discursos, pronunciado cuando se anunció la supuesta derrota de Dumouriez en el Argonne, había reanimado el espíritu público, separándolo poderosamente de las hostilidades intestinas del Ayuntamiento y los girondinos. Coustard acababa de enumerar las fuerzas que quedaban a Dumouriez, cuando Vergniaud subió a la tribuna, y dijo:

«Los detalles que os dan deben tranquilizaros; pero es imposible prescindir de algunas inquietudes cuando vemos el campamento enemigo junto a París. ¿De qué procede este entorpecimiento que parece domina a los ciudadanos que han quedado en la capital? No nos engañemos, pues ha llegado el momento de decir la verdad. Las proscripciones pasadas, el terror de las proscripciones futuras y las revueltas interiores han difundido la consternación y el espanto. Las personas honradas se ocultan cuando se llega a un estado de cosas, durante el cual se comete impunemente el crimen: hay hombres, por lo contrario, que sólo aparecen en épocas de calamidades públicas, como hay insectos maléficos que sólo se ven durante las tormentas. Estos hombres propagan las sospechas, las desconfianzas, los celos, los odios y las venganzas; están ávidos de sangre y en sus conversaciones sediciosas quieren hacer aristocrática hasta la misma virtud para tener derecho de hollarla bajo los pies, y democrático el crimen para poder saciarse sin que la justicia los castigue. Sus esfuerzos tienden a deshonrar la más bella de las causas, a fin de soliviantar a las naciones amigas de la Revolución. ¡Ciudadanos de París! Os pregunto con la más profunda emoción, ¿no quitaréis la máscara a esos hombres perversos que pretenden conquistar vuestra confianza valiéndose de medios bajos y de insolentes pretensiones? ¡Ciudadanos!, cuando el enemigo avanza, y en vez de animaros a que toméis la espada para rechazarle, se os impulsa a que degolléis a sangre fría mujeres y ciudadanos desarmados, quien tal cosa hace es enemigo de vuestra gloria y de vuestra salvación, pues os engaña para perderos. Por lo contrario, cuando se os habla de los prusianos para indicaros el corazón donde debéis herir, cuando sólo se os impulsa a la victoria por medios dignos de vuestro valor, es porque se desea vuestra gloria y vuestra felicidad y se pretende salvaros. ¡Abjurad, pues, vuestras disensiones intestinas y marchad todos juntos al campamento, pues allí es dónde está la salvación!

»Con frecuencia se dice: Podemos sufrir una derrota. ¿Qué harán entonces los prusianos? ¿Vendrán a París? No, si París está en estado de defensa respetable, si adoptáis posiciones para oponer una fuerte resistencia, porque entonces el enemigo temería ser perseguido y rodeado por los restos de los ejércitos que hubiera vencido, y perecer como Sansón bajo las ruinas del templo que derribó. ¡Al campamento, pues, ciudadanos! ¡al campamento! Pues qué, ¿mientras vues-

tros hermanos y vuestros conciudadanos, con decisión heroica, abandonan sus esposas, sus hijos y sus hogares, permaneceréis sumidos en blanda ociosidad? No tenéis otro modo de demostrar vuestro celo más que el de preguntar como los atenienses, ¿qué ocurre hoy? ¡Al campamento, ciudadanos! ¡al campamento! Mientras probablemente riegan vuestros hermanos con sangre las llanuras de la Champaña, no temamos regar con sudor las de Saint-Denis para asegurarles la retirada.»

VI

Este discurso, en que directamente se aludía a Dantón, Robespierre y Marat, como hombres sanguinarios a quienes Vergniaud entregaba a la execración de Francia, electrizó de tal modo a la Asamblea que ninguna voz atrevióse a responderle, y hasta la facción de la corporación municipal pareció quedar sumergida bajo aquella oleada de patriotismo. Dos días después, con motivo de otra queja formulada por Roland contra las usurpaciones del Ayuntamiento, Vergniaud apostrofó más directamente a los instigadores de los asesinatos de septiembre y declaró la guerra a la disfrazada tiranía de los jacobinos. Los prisioneros reclamaban que se garantizase la seguridad de las cárceles.

—Si no hubiera que temer más que al pueblo—dijo Vergniaud—, aseguraría que todo era de esperar, porque el pueblo es justo y aborrece el crimen; pero existen malvados a quienes se paga por sembrar la discordia, difundir la consternación y precipitarnos en la anarquía. (Aplausos.) Temblaron al oír el juramento que habéis hecho de proteger con todas vuestras fuerzas la vida de las personas, las propiedades y el cumplimiento de las leyes. Ellos han dicho: se pretende que cesen las proscripciones, quieren arrancarnos nuestras víctimas, quieren impedirnos degollarlas en los brazos de sus esposas y de sus hijos. Pues bien: recurramos a los mandamientos de prisión del comité de la corporación municipal. Denunciemos, arrestemos, llenemos los calabozos de víctimas; agitaremos después al pueblo, daremos libertad a nuestros sicarios y haremos en las cárceles una carnicería para saciarnos de sangre. (Aplausos unánimes y prolongados en la Asamblea y en las tribunas.) Y ¿sabéis, señores, cómo disponen de la libertad de los ciudadanos los que se imaginan que se ha hecho la Revolución para ellos, los que creen que se ha enviado a Luis XVI al Temple para entronizarlos en las Tullerías? (Aplausos.) ¿Sabéis cómo se han dictado los mandatos de arresto? La corporación municipal de París descansa, respecto a este particular, en el comité de vigilancia, el cual, por abuso de todos los principios o por confianza criminal, da a los individuos el terrible derecho de hacer arrestar a cuantos les parecen sospechosos. Delegan este derecho a otras personas de su confianza, cuyas venganzas es necesario satisfacer, si se desea que sirvan para satisfacer las venganzas de los cómplices. ¡Ved de qué extrañas ilaciones dependen la libertad y la vida de los ciudadanos! ¡Ved en qué manos está la seguridad pública! Y los parisienses ciegos, ¡se atreven a llamarse libres! ¡Ah! no son esclavos, es verdad, de testas coronadas, pero lo son de hombres viles y de detestables malvados. (Nuevos aplausos.) ¡Ha llegado el momento de romper las vergonzosas cadenas, de anonadar la nueva tiranía; ha llegado el momento de que los que hacen temblar a los hombres de bien, tiemblen también! No ignoro que tienen puñales a sus órdenes. ¿Cómo he de ignorarlo, cuando en la noche del 2 de septiembre, en aquella noche trágica, han querido dirigirlos contra muchos diputados y contra mí? ¿No nos han denunciado al pueblo como traidores? ¡Por fortuna era el pueblo el que estaba allí, los asesinos se encontraban en otra parte! (Estremecimiento general.) La calumnia no produjo ningún efecto, y mi voz puede aún resonar aquí, y, os lo aseguro, resonará con toda su fuerza para condenar los crímenes y denunciar a los tiranos: ¡qué me importan los puñales de los sicarios! ¡Qué importa la vida al representante del pueblo, cuando se trata de la salvación de la patria! Cuando Guillermo Tell apuntaba la flecha que debía quitar la manzana que un monstruo había colocado sobre la cabeza de su hijo, decía: Perezcan mi nombre y

mi memoria, con tal que Suiza sea libre. (Aplausos entusiastas.) Nosotros también diremos: perezcan la Asamblea nacional y su memoria, con tal que Francia sea libre.» (Los diputados se ponen en pie, como por un impulso unánime, repitiendo con entusiasmo el juramento de Vergniaud, y las tribunas imitan aquel movimiento, confundiendo sus voces con las de los diputados.) Vergniaud, después de una breve interrupción, continuó: «¡Sí: perezcan la Asamblea nacional y su memoria, si su muerte evita a la nación un crimen que mancharía indeleblemente al nombre francés; sí, su vigor revela a las naciones de Europa que, a pesar de las calumnias con que se pretende deshonrar a Francia, existen todavía en el seno de la anarquía momentánea a que nos han conducido los malvados, algunas virtudes públicas, y se respeta la humanidad!!! Perezca la Asamblea nacional y su memoria, sí, con tal que sobre nuestras cenizas puedan nuestros sucesores, más felices, levantar el edificio de una Constitución que asegure la dicha de Francia y consolide el reino de la libertad y de la igualdad.»

VII

Estos discursos consolaban por el momento a las personas honradas, pero no intimidaban a los hombres sanguinarios. Los girondinos tenían en su favor la razón, la elocuencia y la mayoría en la Asamblea. Los jacobinos sólo tenían un poder organizado en el comité del Ayuntamiento y una fuerza armada en las secciones para realizar sus proyectos. Los mejores sentimientos de los girondinos evaporábanse después de haberse explayado en magníficos discursos. Los proyectos de los jacobinos traducíanse en actos al día siguiente de concebidos. Continuaban desafiando impunemente a la Asamblea, y sus periódicos y sus oradores reclamaban un segundo 10 de agosto contra Roland y sus amigos. Collot-d'Herbois aspiraba francamente a reemplazarlo en el ministerio del Interior y fomentaba el odio popular contra él. Pache, suizo, hijo del portero de una fonda de París, y protegido por Roland, y que lo había hecho ascender, hasta el ministerio de la Guerra, lo abandonó desde que Roland dejó de serle útil, y se pasó a las filas de los enemigos.

Roland y Vergniaud creían que el reinado violento y anárquico de la insurrección, bajo el nombre de la corporación municipal, debía cesar el día en que la Convención nacional centralizara la voluntad pública reasumiendo los poderes, arrebatados al pueblo por los facciosos y por los proscriptores.

Los departamentos, celosos de las usurpaciones de París a la nación y la indignación de los hombres honrados provocada por los asesinatos de septiembre, debían, según los girondinos, anonadar la corporación municipal, restablecer el poder ejecutivo y confiarlo a los más dignos y a los más capaces, y en esta confianza dejaron transcurrir con paciencia cinco semanas. De la Convención, que acababa de inaugurarse, lo esperaban todo los departamentos; el ministerio del Interior los halagaba ofreciéndoles el rápido restablecimiento del orden: «Vuestros representantes, les decía, extraños a las facciones que agitan la capital, se apartarán, cuando lleguen a París, de los sediciosos como Marat y Dantón. La anarquía los rechazará por el disgusto que inspira a los buenos ciudadanos.» Les prometía, además, el apoyo moral del ejército y, especialmente, el de Dumouriez, a quien las victorias acababan de hacer árbitro de la patria. Santerre, comandante nacional de las secciones, pertenecía, es cierto, al partido de la corporación municipal, y, por sus relaciones con París, era uno de los principales agitadores del partido; pero Barbaroux y Rebecqui respondían de los batallones marselleses vencedores el 10 de agosto, creyéndolos fuerza suficiente para defender la Convención contra los arrabales de la capital; por orden suya, llegaron otros ochocientos marselleses; Marat horrorizaba y Dantón causaba espanto. Estas consideraciones, hechas frecuentemente a los girondinos por la fría autoridad de Brissot y la elocuente indignación de Vergniaud, y sancionadas por las miradas y el alma de la señora Roland, daban a aquellos jóvenes la confianza de la victoria y la impaciencia del combate.

El partido contrario abrigaba cierta

duda, que revelaba inquietud: las sesiones de los jacobinos hacía ya algún tiempo que eran poco frecuentes e insignificantes. Los miembros nuevos de la Convención no se inscribían en este club, temerosos de comprometer su carácter y su independencia, si figuraban en una lista cuyos nombres eran sospechosos de violencia y usurpación. Pethión y Barbaroux luchaban allí con ventaja contra Fabre d'Eglantine y Chabot; Marat sólo agitaba la hez del populacho: era más bien el escándalo brillante de la Revolución que fuerza revolucionaria; despopularizaba a la corporación municipal, formando parte de ella; hasta Dantón parecía intimidado por la aproximación de la Convención, pues hubiera deseado hacer olvidar su pasado y, sobre todo, poder olvidarlo él. Cuanto le recordaba los días de septiembre le era importuno y doloroso; hombre de previsión y como inspirado del genio inculto del gobierno, conocía que el papel de jefe de una facción demagógica en el ayuntamiento de París era pequeño, precario, subalterno e indigno de Francia y de él. La dirección de una insurrección y el gobierno sangriento de un interregno de seis semanas, no satisfacían su ambición. Para imponer su dictadura de un modo permanente a la nueva Asamblea, necesitaba Dantón dos cosas: el ejército o la popularidad; el ejército no lo tenía, aunque había procurado tenerlo; y en cuanto a la popularidad, no podía contar con ella durante mucho tiempo, estaba ya gastada. Además, tenía miras bastante elevadas para despreciarla; juzgar y despreciar la popularidad, es la prueba de un hombre de Estado: Dantón había nacido con este signo. Sólo una cosa le había faltado para tomar y retener aquel papel: la moralidad de la ambición y la inocencia de los medios; pero no tardó en sufrir el castigo. Grande y temido aún, no dejaba de conocer el desvío que su nombre ocasionaba en torno suyo, y que no podía vencer sino con nuevos crímenes, o desapareciendo voluntariamente de la escena durante cierto tiempo. ¿Nuevos crímenes? Ya no los deseaba; la sangre de septiembre le parecía demasiado amarga para que derramase más. Dantón tenía buen corazón, a pesar de estar pervertido, y su crueldad había sido un espasmo de pasión más bien que la saciedad de un alma malvada. Era el sistema quien lo había inmolado, no la naturaleza: todavía no lo confesaba en público, pero lo confesaba a su esposa, y estaba arrepentido. Como Sila, proyectaba desaparecer voluntaria y temporalmente; despreciaba bastante a sus rivales para abandonarles la escena.

—¿Ves esos hombres? — preguntaba una noche a Camilo Desmoulins, hablando de los girondinos, de Robespierre y de Marat, en la confianza íntima en que su orgullo descubría a veces los secretos de su alma—. ¿Ves esos hombres? No hay uno que valga tanto como Dantón durmiendo. La naturaleza sólo vació dos almas en el molde de los hombres de Estado capaces de manejar las revoluciones: Mirabeau y yo; después ha roto el molde. Esos son unos charlatanes que pierden el tiempo en hacer frases y que se duermen arrullados por los aplausos. ¿Crees que voy a combatirlos y a disputarles la tribuna y el ministerio? Por lo contrario, pienso echarme a un lado y dejar que su impotencia resuelva las dificultades del gobierno; lo grande de los acontecimientos los sepultará.

De esta manera los girondinos encontraban el puesto casi vacío y la opinión desarmada. Sólo una persona había crecido en opinión y en popularidad después del 10 de agosto, y éste era Robespierre.

IX

Robespierre parecía entonces el filósofo de la Revolución. Por una fuerza de abstracción que sólo es propia de las convicciones absolutas, habíase separado, por decirlo así, de sí mismo para confundirse con el pueblo; su superioridad procedía de que, al menos aparentemente, nadie servía tanto como él a la Revolución; se elevaba sobre ella y, por un cambio natural, el pueblo se reconocía en él: la Revolución para Robespierre no era una causa política, sino una religión del espíritu. No le pedía sólo que le engrandeciera a él, sino que le permitiera llevarla a término. Sus ideas, confusas antes, como los instintos, empezaban a aclararse con el estudio y con la prácti-

ca. Su talento, al principio rebelde y laborioso, servía mejor a su voluntad. Desprovisto de dotes físicas y de inspiraciones repentinas de elocuencia nacional, había trabajado tanto, había meditado tanto, escrito tanto, borrado tanto, y despreciado tanto la falta de atención y las burlas de sus oyentes, que concluyó por suavizar y pulir el lenguaje y por hacer de su persona, a pesar de su talle delgado y ridículo, de su voz chillona y de su gesto desagradable, un instrumento de elocuencia, de convencimiento y de pasión. Arrinconado, durante la Asamblea constituyente, por Mirabeau, por Maury y por Cazalés; vencido en el club de los jacobinos por Dantón, por Pethión y por Brissot; obscurecido en la Convención por la incomparable superioridad de palabra de Vergniaud, si no lo hubieran sostenido la obstinación de la idea que en él brillaba y la intrepidez de la voluntad que creía tener fuerza para dominarlo todo, porque lo dominaba a él, mil veces habría renunciado a la lucha y reducídose al silencio. Era el hombre más convencido de toda la Revolución, y, por esta razón, fué durante mucho tiempo su servidor obscuro, después el favorito, más tarde el dueño y, por último, la víctima.

Creíase que la Revolución no era, en su concepto, más que la realización de la filosofía del siglo XVIII, y el nacimiento de la justicia y de la razón según la ley. Robespierre era una utopía filosófica en acción; su política, expresada en el Contrato social, no era más que la letra sin la elevación de la teoría evangélica, que él pretendía desarrollar bajo una institución democrática. Libertad, igualdad y fraternidad entre los ciudadanos, paz entre las naciones; palabras que, comentadas en beneficio de todos los hombres y para ruina de todas las desigualdades y de todas las tiranías, eran el código que preconizaba, y al que aplicaba las fórmulas y las consecuencias, sin ceder a todas las cuestiones y a todas las circunstancias originadas por el tiempo. Iluminado por la llama de la teoría que ningún viento exterior hacía vacilar, no se había extraviado hasta entonces: su interés era la fe, su ambición era la causa, y sus amigos eran todos los que la servían más útilmente, como eran sus enemigos todos los que la traicionaban. Su desgracia, y bien pronto después su crimen, consistió en creerse único, puro y capaz; sospechar, envidiar y aborrecer a cuantos rivalizaban con él en la dirección de la opinión.

Robespierre conquistó y mereció en este concepto el nombre de incorruptible, título honroso en época en que se desconfiaba de todos. Robespierre, que comprendía la realización de su filosofía política bajo las más diversas formas de gobierno, con tal que imperase la democracia, no había conspirado contra el trono, no había repudiado la Constitución de 1791, no había contribuído al 10 de agosto, y no había fomentado la república: la prefería, sin duda, como forma más completa de la igualdad política y como gobierno en que el pueblo confiaba la libertad a sí mismo; pero no veía inconveniente inmediato y radical en que la democracia conservara la unidad del poder en la monarquía popular. Esta concesión a la paz y a las costumbres inveteradas de la nación, parecíale preferible a las crisis de las revoluciones que sería necesario atravesar para transformar el mecanismo del gobierno. La firmeza de sus convicciones no excluía la medida en la aplicación: había sido moderado en las ideas extremas; los ambiciosos, como los girondinos, o los agitadores, como los demagogos, eran quienes más habían trabajado por implantar la república, pero no él, que transigía con el tiempo porque nada le pedía. Su lema era el siguiente: todo para el pueblo y para el porvenir.

X

La vida de Robespierre demostraba su desinterés, y era el más elocuente de sus discursos. Si su maestro J. J. Rousseau hubiera abandonado la cabaña de las Charmettes o de Ermenonville para ser el legislador de la humanidad, no habría vivido más recogido ni más pobre que Robespierre: esta pobreza era meritoria, porque era voluntaria. Objeto de numerosas tentativas de corrupción por parte de la corte, del partido de Mirabeau, del partido de Lameth y del partido giron-

dino durante las dos Asambleas, había despreciado constantemente la fortuna que tenía al alcance de su mano. Llamado después por elección a las funciones de acusador público y juez en París, todo lo había renunciado para vivir en la indigencia; su patrimonio, el de su hermano y de su hermana consistía en algunas tierras que tenían dadas en arrendamiento en el Artois, y cuyos arrendadores, pobres también, pagaban con muy poca regularidad las rentas. Su sueldo, como miembro de la Asamblea constituyente y de la Convención, cubría sus necesidades y las de sus hermanos, viéndose obligado a recurrir algunas veces al bolsillo de sus amigos, a pesar de lo cual, sus deudas sólo ascendían a la módica suma de 4.000 francos, cuando murió, después de seis años de residencia en París, lo que demuestra la extrema sobriedad con que vivía.

Habitaba en una casa de la calle de San Honorato, señalada hoy con el número 396, frente a la iglesia de la Asunción, con la modestia de un artesano. Esta casa, baja, precedida de un patio y rodeada de cobertizos llenos de tablas, vigas y otros materiales de construcción, tenía aspecto casi rústico. Constaba, en el piso bajo, de un comedor que daba al patio, a cuyo nivel estaba, y comunicaba con un salón en el que había una ventana que recibía la luz por un pequeño jardín; a este salón seguía un gabinete de estudio donde había un piano. Una escalera de caracol conducía desde el comedor al primer piso, que habitaba la familia del propietario, y de allí al cuarto de Robespierre.

Esta casa era propiedad de un ebanista, empresario de obras, llamado Duplay, que había adoptado con entusiasmo los principios de la Revolución. Duplay, que conocía a muchos miembros de la Asamblea constituyente, les rogó que le llevaran a Robespierre, con quien no tardó en entablar amistad, merced a la igualdad de opiniones. El día de los asesinatos del Campo de Marte, algunos miembros de la sociedad de los Amigos de la Constitución creyeron que sería imprudente dejar a Robespierre regresar al centro del Marais, atravesando la ciudad, y abandonarle sin defensa a los peligros de que se decía estaba amenazado. Duplay ofreció entonces darle asilo, y su oferta fué aceptada. Desde entonces Robespierre vivió hasta el 9 de termidor en familia con el ebanista, cuya intimidad convirtió la hospitalidad en mutuo afecto, llegando a ser la familia de Duplay otra nueva familia para Robespierre, quien le hizo adoptar sus opiniones sin quitarle nada de la sencillez de sus costumbres y ni aun de sus prácticas religiosas. Esta familia componíase de padre, madre, un hijo adolescente y cuatro hijas, la mayor de las cuales tenía veinticinco años y la más joven diez y ocho. El padre, ocupado durante el día en los trabajos de su oficio, iba algunas noches al club de los jacobinos a oír a Robespierre, regresando lleno de admiración por el orador del pueblo y de odio contra los enemigos de aquel joven y honrado patriota; la señora Duplay participaba del entusiasmo de su marido. La estimación que tenía a Robespierre hacía que le parecieran honrosos y dulces los pequeños servicios caseros voluntarios que le prestaba, como si hubiera sido su madre más que su patrona. Robespierre pagaba en afecto aquellos servicios y aquella adhesión, siendo expansivo con el padre, filial con la madre, paternal con el hijo, y familiar y casi hermano con las muchachas. Inspiraba y sentía en aquel reducido círculo, formado en torno suyo, todos los sentimientos que el alma ardiente inspira y siente, extendiéndose sobre un dilatado espacio.

XI

Hasta el amor había echado raíces en su corazón, en aquel tranquilo hogar de trabajo, pobreza y recogimiento. Leonor Duplay, hija mayor del ebanista, inspiraba a Robespierre gran afecto, que era correspondido con ingenuidad; pero ni Leonor ni Robespierre hubieran podido decir cuándo había principiado, porque había crecido con la edad en el alma de la joven, y con la costumbre en el corazón del demagogo. Este afecto le daba ternura y no tormentos, dicha y no distracciones; era el amor que convenía a un hombre sumido constantemente en las agitaciones de la vida pública, des-

canso del corazón después del cansancio del espíritu.

—Alma varonil — decía Robespierre al hablar de su amiga—, que sabría morir como sabe amar.

Aquel amor, confesado por ambos y aprobado por la familia, era respetuoso y puro, viviendo ambos en la misma casa como prometidos, y no como amantes. Robespierre había pedido la mano de la joven, y le había sido concedida. «La pobreza y la incertidumbre del porvenir le impedían contraer matrimonio antes que el destino de Francia se aclarase; pero sólo esperaba, solía decir, el momento en que, concluída y afirmada la Revolución, le permitiera retirarse de la palestra, casarse con la que amaba y retirarse a vivir en el Artois, en una de las tierras que conservaba de los bienes de su familia, para confundir allí su ignorada felicidad con la felicidad común.» De las hermanas de Leonor, la que más quería a Robespierre era Isabel, la más joven de las tres, con quien se casó luego su compatriota y compañero Lebás. Isabel, a quien la amistad de Robespierre costó el quedarse viuda a los once meses de matrimonio, vivió más de cincuenta años sin haber negado una sola vez su culto a Robespierre, y sin haber comprendido las maldiciones del mundo contra aquel amigo de su juventud, que se le aparecía aún en la memoria tan puro, tan virtuoso y tan dulce.

XII

Las alternativas de fortuna, de influencia y de popularidad de Robespierre en nada alteraron la sencillez de su existencia. La multitud imploraba el favor o la vida a la puerta de la casa sin que nadie penetrara en ella. El alojamiento personal de Robespierre consistía en un aposento bajo, construído en forma de buhardilla, encima de los tinglados, con una ventana que se habría sobre el techo. No tenía más vista que el interior de un patio que parecía un taller, donde resonaba constantemente el martillo y la sierra de los obreros, y que la señora Duplay y las hijas de ésta atravesaban sin cesar para los quehaceres domésticos. Este aposento estaba separado del de los dueños de la casa por un pequeño gabinete de que se servían en común la familia y él. Del otro lado, igualmente debajo del tejado, había dos gabinetes que estaban habitados, uno por el hijo de la casa, y el otro por Simón Duplay, secretario de Robespierre y sobrino del ebanista. Este joven, cuyo patriotismo era tan ardiente como sus opiniones, deseaba derramar su sangre por la causa de que Robespierre era el alma; alistado como voluntario en un regimiento de artillería, perdió una pierna a consecuencia de una herida de bala de cañón en la batalla de Valmy. El aposento del diputado de Arrás no tenía más que una cama de nogal y cuatro sillas de paja, y servía a la vez de despacho y dormitorio. Los papeles, las cartas, los borradores de los discursos, escritos de su puño con una letra regular pero trabajosa y llenos de raspaduras, estaban clasificados cuidadosamente en unos estantes de pino, arrimados a la pared, donde había también algunos libros escogidos, pero pocos, muy bien ordenados: casi siempre tenía sobre la mesa un volumen de J. J. Rousseau o de Racine, por cuyos autores mostraba predilección. Allí era donde Robespierre pasaba la mayor parte del día, ocupado en preparar los discursos, saliendo únicamente por las mañanas para ir a las sesiones de la Asamblea y por las noches a las siete para ir al club de los jacobinos. Su traje, aun en la época en que los demagogos afectaban adular al pueblo imitando el cinismo y la indigencia, era limpio, decente y decoroso, como el de quien se respeta en la mirada de otro. El cuidado algo solícito de su dignidad y de su estilo reflejábase en su aspecto exterior. Cabello empolvado de blanco, y levantado en aletas sobre las sienes, frac azul claro abrochado en la cintura, abierto sobre el pecho para lucir chaleco blanco, calzones cortos amarillos, medias blancas y zapatos de hebilla de plata, eran su traje invariable durante su vida pública, pudiendo decirse que quería, al no cambiar nunca la forma ni el color de los vestidos, imprimir siempre la misma imagen en la vista y en la imaginación de la multitud.

XIII

Las facciones y la expresión del rostro revelaban la tensión perpetua del espíritu que se esfuerza, pero no la malevolencia, el desorden ni la perversidad del malvado. Estas facciones se desarrollaban hasta la alegría en el interior, en la mesa, o durante la noche arrimado al fuego de virutas, en la sala baja del ebanista. Pasaba todas las veladas en familia, hablando de las emociones del día, de los planes para el siguiente, de las conspiraciones de los aristócratas, de los peligros de los patriotas, y de las perspectivas de felicidad pública después del triunfo de la Revolución. Era la nación en miniatura con sus costumbres sencillas, sus recelos y, a veces, hasta con sus enternecimientos.

Un reducido número de amigos de Robespierre y de Duplay eran admitidos alternativamente en aquella reunión íntima: los Lameth y Pethión en los primeros tiempos, y Legendre muy pocas veces; Merlín de Thionville, Fouché, que amaba a la hermana de Robespierre y con quien Robespierre no simpatizaba; con frecuencia Taschereau, Confinhal, Panís, Sergent y Piot; todas las noches, Lebás, Saint-Just, David, Couthón, Buonarotti, patriota toscano descendiente de Miguel Ángel, Camilo Desmoulins, Nicolás, impresor del *Diario* y de los discursos del orador; un cerrajero llamado Didier, amigo de Duplay, y, por último, la señora de Chalabre, noble y rica, entusiasta de Robespierre, que se le ofrecía, como las viudas de Corinto o de Roma a los apóstoles del culto nuevo, entregándole su fortuna para contribuir a la divulgación de sus ideas, y captándose la amistad de la esposa y de las hijas de Duplay para obtener una mirada de Robespierre.

Allí se hablaba de la Revolución. Otras veces, después de una breve conversación y algunas bromas con las jóvenes, Robespierre, que quería adornar el talento de su prometida, leía a la familia, generalmente, las tragedias de Racine. Le complacía el recitar los versos, ya para ejercitarse, ya para elevar aquellas almas sencillas al nivel de los grandes sentimientos y de las grandes catástrofes de la antigüedad, a las que cada día se aproximaba él más: salía muy poco por la noche. Dos o tres veces al año llevaba a la señora Duplay y a las jóvenes al teatro, siempre al Francés y a representaciones clásicas. No le gustaban más que las declaraciones trágicas que le recordaban la tribuna, la tiranía, el pueblo, los grandes crímenes y las grandes virtudes, pues Robespierre era teatral hasta en los sueños y en los ocios.

Otros días Robespierre retirábase temprano, se acostaba y volvía a levantarse para trabajar durante la noche. Los innumerables discursos que ha pronunciado en las dos Asambleas nacionales y en el club de los jacobinos, los artículos publicados en su periódico mientras lo tuvo, los manuscritos más numerosos aún de discursos que había preparado y que no llegó a pronunciar; el cuidado del estilo y las correcciones infatigables que hay de su puño y letra en estos manuscritos, son testimonios de sus vigilias y de su laboriosidad. Amaba el arte tanto como a la nación, y sabía que la belleza seduce al vulgo tanto como la verdad, por lo que trataba al pueblo como tratan los grandes escritores a la posteridad, sin familiaridad, encerrándose en la filosofía y en el patriotismo. Sus únicas distracciones eran los paseos solitarios, imitando a Juan Jacobo, por los Campos Elíseos, o por los alrededores de París, a los cuales no llevaba más compañero que el hermoso perro dogo, que dormía a la puerta de su aposento, y que iba tras él siempre que salía. Este perro colosal, conocido en todo el barrio, se llamaba *Brount*. Robespierre lo quería mucho y siempre se le veía jugando con él. Era la única escolta de aquel tirano de la opinión que hacía temblar al trono y huir al extranjero a toda la aristocracia de la nación.

En los momentos de grande agitación y cuando se temía por la vida de los demócratas, el tipógrafo Nicolás, el cerrajero Didier y algunos otros amigos acompañaban desde lejos a Robespierre; precauciones tomadas siempre sin su conocimiento, porque le enojaban.

—Dejadme salir de vuestra casa e ir-

me a vivir solo — decía a Duplay—, porque comprometo a vuestra familia. Mis enemigos acusan como criminales a vuestros hijos porque me profesan afecto.

—No, no, moriremos juntos o el pueblo triunfará — respondía Duplay.

Algunos domingos toda la familia salía de París con Robespierre, y el demócrata, hecho hombre, se internaba con la madre, las hermanas y el hermano de Leonor en los bosques de Versalles o de Issy.

XIV

Tal era la vida privada de Robespierre, cuyo poder, nulo en torno suyo, hacíase inmenso alejándose de él; pero este poder no era más que un nombre, y este nombre sólo reinaba en la opinión. Robespierre había llegado a ser poco a poco la única persona a quien el pueblo respetaba. A fuerza de presentarse en todas las tribunas, como defensor de los oprimidos, había grabado su imagen y la idea de su patriotismo en el pensamiento de aquella parte de la nación. Su residencia en casa del ebanista, su vida en común con una familia de honrados artesanos, habían contribuído poderosamente a incrustar el nombre de Robespierre en la masa revolucionaria, pero honrada, del pueblo de París. Los Duplay, y los obreros y amigos de éste, hablaban de Robespierre en los diversos barrios de la capital presentándolo como el prototipo de la verdad y de la virtud. En aquella época, en que la opinión estaba soliviantada, los obreros no iban, como hoy, después del trabajo a los sitios de placer o de desorden para pasar las horas de la noche charlando de futilidades. Sólo un pensamiento agitaba, dispersaba y reunía a la multitud. Nada había aislado e individual en las impresiones, sino que, por lo contrario, todo era colectivo, popular y tumultuoso. La pasión inflamaba todos los corazones; los periódicos, con incalculable número de subscriptores, caían a todas horas y sobre todas las clases de la población, como otras tantas chispas sobre materias inflamables; anuncios de todas formas, de todas dimensiones y de todos colores detenían a los transeuntes en todas las esquinas; y las sociedades populares tenían tribunas y oradores en todos los barrios. Las cuestiones públicas habían de tal modo llegado a interesar a todos, que hasta los que no sabían leer se agrupaban en los mercados y en las plazas alrededor de los lectores ambulantes que leían y comentaban los papeles públicos.

Entre todos los diputados y oradores, cuyos nombres conocía el pueblo, la chusma tenía sus favoritos, por los que se apasionaba, defendiendo su causa como propia. Mirabeau, Pethión, Marat, Dantón, Barnabe y Robespierre habían sido o eran todavía sucesivamente los héroes de la multitud; pero de todas estas popularidades, ninguna se había más lenta y más profundamente arraigado en el corazón de las masas que la del diputado de Arrás.

XV

Esta popularidad la había eclipsado momentáneamente, después del 10 de agosto, la de Dantón y Marat; pero este olvido del pueblo no tuvo mucha duración. Robespierre, llamado al consejo de la corporación municipal al día siguiente de la victoria, había tomado parte activa en las deliberaciones, redactado los decretos y promulgado las voluntades del Ayuntamiento como orador de muchas diputaciones en la barra de la Asamblea legislativa. Convencido de que al fin había llegado el momento de implantar la república, y de que detenerse en la indecisión era detenerse en la anarquía, Robespierre había aceptado la forma republicana y violentado a los girondinos para arrancarles el gobierno y entregarlo al pueblo de París. Hasta el 2 de septiembre habíase confundido en el Ayuntamiento con los directores del movimiento de la corporación municipal y con los dictadores de París; pero, cuando Dantón y Marat organizaron la muerte y regularizaron el asesinato, ya previendo la justa indignación pública, ya por horror a la sangre, Robespierre dejó de presentarse en la casa consistorial, adonde no volvió después del 2 de septiembre.

Ya se ha dicho en qué términos expuso a Saint-Just la conmoción que le produjeron aquellos asesinatos, que le repug-

naban de tal modo que no quiso a ningún precio que se le confundiera con sus colegas de la corporación municipal, por temor á que cayera sobre él una mancha de la sangre de septiembre.

A medida que los asesinatos, vistos a sangre fría, se hacían más odiosos, Robespierre mostrábase más puro. No se olvidaba su inacción, y se le agradecía que hubiera conservado a la causa del pueblo el prestigio de la justicia y de la humanidad. La reacción de la opinión contra las jornadas de septiembre le conquistaba el afecto de todos los partidos extremos no corrompidos.

El día de la primera sesión de la Convención, era aún el hombre incorruptible de la Revolución, no sugestionado por la sangre ni por el oro; su nombre lo dominaba todo: la misma corporación municipal, pues no toda había intervenido en los asesinatos de septiembre, se gloriaba con Robespierre, autorizando todos sus actos, porque comprendía que la fuerza moral del Ayuntamiento residía en él. Los girondinos, que lo comprendían también, temían poco a Marat, demasiado monstruoso para seducir, y negociaban con Dantón, suficientemente venal para ser seducido. Pero, aunque desdeñado todavía el subalterno talento de Robespierre, temblaban ante él, porque era el único que, después de Dantón, podía disputarles la dirección del pueblo y el manejo de la república.

La amistad de Robespierre con la señora Roland y los amigos de ésta hacía ya mucho tiempo que había cesado. Vergniaud, confiando en su elocuencia y poder de persuasión, despreciaba a Robespierre, que reprendía siempre, pero que no se encolerizaba nunca. Creía que el genio perdía a los hombres, y el de Robespierre se arrastraba al pie de la tribuna, en la que Vergniaud reinaba ya. Pethión, que había sido durante mucho tiempo amigo de Robespierre, no le perdonaba que le hubiese arrebatado la mitad del favor público, pues la popularidad no es tan divisible como el mando. Louvet, Barbaroux, Rebecqui, Isnard, Ducós, Fonfrede y Lanjuinais, jóvenes diputados de la Convención, que creían llegar a París con la omnipotencia de la voluntad nacional, y hacer que todo se inclinara ante la constitución republicana que iban a decretar, se indignaron al encontrar en la corporación municipal un poder usurpador y rebelde, que era preciso derribar o sufrir, y en Robespierre un tirano de la opinión con quien era necesario contar. Las cartas que estos jóvenes dirigieron a los departamentos están llenas de expresiones iracundas contra los agitadores de París: difundíanse rumores de dictadura, ya por los partidarios, ya por los rivales de Robespierre; Marat justificaba estos rumores y no cesaba de pedir al pueblo que entregara nuevamente a una sola persona el poder y el hacha para exterminar a todos los enemigos a un tiempo. Los girondinos agrandaban estas noticias sin darles crédito. Los partidos se combatían con sospechas, y cuando la sospecha del realismo no podía alcanzar a nadie, difundían la de aspirar a la dictadura para asestarse el golpe mortal.

Si la soberanía de la opinión era la única ambición de Robespierre, según su confidente Lebás creía adivinar, el aspirar entonces a la dictadura directa era una calumnia. Necesitaba aún acrecentar la confianza y el fanatismo del pueblo en favor suyo para atreverse a dominar la representación; los enemigos se encargaban de elevarlo atacándolo, pues acusarle de aspirar a la dictadura era prestarle dos servicios, puesto que se le daba ocasión fácil para demostrar su inocencia, y se lanzaba la idea del crimen de que se le acusaba propagando su candidatura para el poder supremo. Doble fortuna para un ambicioso.

XVI

Los jóvenes girondinos, coléricos e impacientes, sin hacer ninguna de estas reflexiones, reuniéronse en casa de Barbaroux, discutieron acaloradamente, y resolvieron atacar de repente y cuerpo a cuerpo la tiranía de París, en la persona y bajo el nombre de Robespierre. Atribuyéndole todo lo odioso de aquella tiranía, tenían la ventaja de atenuar la de Dantón, a quien temían más, con lo que creían atacar a la corporación municipal en lo más venerable de sus triunviros y no dudaban triunfar fácilmente. Algu-

nos girondinos de más edad y más contemporizadores, como Brissot, Sieyés y Condorcet, les aconsejaron que aplazaran el ataque y esperaran a que se suscitara un conflicto inevitable y próximo entre el Ayuntamiento y la Convención. Los más resueltos contestaron que dar tiempo era dar fuerzas; que el valor era siempre la mejor política; que era hábil arrancar desde el primer momento la república a los facciosos que pretendían apoderarse de ella en la cuna; qué no era preciso dejar que la indignación de Francia contra los asesinos de septiembre se calmara, sino comprometer desde luego a la mayoría de la Convención contra los hombres sanguinarios que amenazaban avasallarlo todo, y que, además, había algo más que la política que les inducía a obrar rápidamente, y era el horror que les inspiraban los seductores del pueblo y la imposibilidad de que los hombres de corazón sano se confundieran con los asesinos, pareciendo que se les toleraba o guardaba consideración durante más tiempo.

El intrépido Vergniaud, avergonzado de haber sufrido durante seis semanas la tiranía de los oradores de la corporación municipal, no trataba de activar ni de contener el ardor de sus jóvenes compatriotas; ni rehuía ni solicitaba el combate; pero se declaraba dispuesto a aceptarlo y sostenerlo. Su alma, su palabra y su sangre habíalas consagrado a la salvación de la patria y a la pureza de la república.

Sieyés, que en los primeros tiempos era buscado por los girondinos y a quienes veía todas las noches en la tertulia de la señora Roland, les dió lacónicamente y en fórmulas precisas consejos de táctica, y les presentó planos metafísicos de constitución; los girondinos lo consideraban como su hombre de Estado. Sieyés, espíritu previsor, aunque detestaba a Robespierre, a Marat y a Dantón, habría deseado que, antes de atacar a la corporación municipal, hubieran separado a Dantón y hecho con Dumouriez un pacto que les asegurase otra fuerza distinta de la de la tribuna contra las bandas insurreccionales del Ayuntamiento.

—No expongáis — les dijo — la república en una batalla en las calles antes de contar con cañones.

Vergniaud reconoció lo acertado del consejo; pero la impaciencia de la juventud, la vergüenza de retroceder y las elocuentes excitaciones de la señora Roland se impusieron a la prudencia.

XVII

Hacía ya dos días que los jacobinos no daban señales de vida, cuando Marat y Robespierre se presentaron.

La Convención empezó sus tareas, oyó al principio favorablemente una relación enérgica de Roland, que proclamaba los verdaderos principios de orden y legalidad, y pedía a la Asamblea que asegurara la dignidad propia contra los movimientos populares, haciendo uso de la fuerza armada para defender la representación nacional. El momento era oportuno para atacar a la corporación municipal y censurar sus desmanes. En la sesión del 24 de septiembre, Kersaint, noble bretón, intrépido oficial de marina, escritor político elocuente, reformador, partidario de la regeneración social, unido desde el primer día con los girondinos por el mismo amor a la libertad y por el horror al crimen, pidió repentinamente, con motivo de un desorden en los Campos Elíseos, que se nombraran comisionados para vengar la violación de los primeros derechos del hombre, la libertad, la propiedad y la vida de los ciudadanos.

—Ha llegado la hora — dijo Kersaint — de llevar al cadalso a los asesinos y a los que inducen al asesinato.

Luego, dirigiéndose a Robespierre, a Marat y a Dantón, agregó con voz atronadora:

—¡Hay, quizá, algún valor en levantarse aquí contra los asesinos!...

La Asamblea se estremeció y aplaudió.

Tallién pidió que se prorrogara la discusión de aquella proposición, y Vergniaud dijo:

—Prorrogar el castigo del crimen, es proclamar la impunidad de los asesinatos.

Fabre d'Eglantine, Sergent, Collot-d'Herbois, creyéndose aludidos, comba-

tieron la proposición de Kersaint y defendieron a los ciudadanos de París.

—Los ciudadanos de París — dijo Lanjuinais — están llenos de estupor; cuando llegué a la capital, me estremecí.

Empezaron los murmullos, y Buzot, confidente de Roland, preparado para hablar por la comunicación que había recibido del informe, se aprovechó de la inesperada impresión ocasionada por el discurso de Kersaint para subir a la tribuna y empezar el combate ensanchando el terreno.

XVIII

—En medio de la violenta agitación que ha producido la proposición de Kersaint — dijo Buzot—, necesito conservar la sangre fría que conviene a un hombre libre. No basta llamarse republicano y soportar, bajo esta denominación, a los tiranos. Extraño a los partidos, he llegado aquí con la confianza de que podría conservar la independencia de mi alma, y es bueno que sepa lo que debo esperar o temer. ¿Estamos seguros? ¿Existen leyes contra los que inducen al asesinato? ¿Se cree que nosotros no hemos traído un alma republicana, pero incapaz de ceder a las amenazas y a las violencias de hombres, cuyos designios desconozco? Se pide que empleéis la fuerza pública, y eso es lo que pide también el ministro del Interior, señor Roland, quien a pesar de las calumnias que se le dirigen, es, en vuestro concepto, uno de los hombres más honrados que tiene Francia. (Aplausos.) Yo pido también una fuerza pública de la que formen parte todos los departamentos. Es necesario promulgar una ley contra los infames que asesinan, porque no tienen valor para combatir... ¿Se pretende hacernos esclavos de algunos diputados de París?

Este arrojo del alma de Buzot, que conmovió a la Convención, fué recibido con aplausos por los diputados de los departamentos. Los diputados de París enmudecieron consternados, y la proposición fué aprobada. Aquella noche los doce diputados de París presentáronse en el club de los jacobinos para desahogar su cólera y acordar la manera de vengarse.

—Es necesario — dijo Chabot — que los jacobinos, no sólo de París, sino de toda la nación, *obliguen* a la Convención a dar a Francia el gobierno que elija. La Convención retrocede y los intrigantes la dominan. Los aduladores de la pandilla de Brissot y de Roland desean establecer un gobierno federal para dominarnos con el apoyo de los departamentos.

Al decirse esto, presentóse Pethión y ocupó su asiento. Brissot manifestó, por escrito, que quería explicarse fraternalmente. Fabre d'Eglantine atacó a Buzot, manifestando que el discurso que había pronunciado por la mañana era una combinación preparada en la casa de Roland para prevenir en la Convención los ánimos contra París. Pethión defendió a Buzot, «no sólo a título de amigo, sino como uno de los conciudadanos que con mayor entusiasmo defendían la libertad y la república». Billaud-Varennes, Chabot y Camilo Desmoulins llamaron a Buzot malvado. Grangeneuve y Barbaroux amenazaron a la diputación de París con la llegada de nuevos marselleses, y la sesión terminó en medio del tumulto más espantoso, quedando declarada la guerra

XIX

El combate empezó al día siguiente, en la sesión de la Convención, con las siguientes palabras de Merlín: «Se trata de señalar la orden del día; pero ésta no puede ser otra que el de poner término a las desconfianzas que nos dividen y que perderían la causa pública. ¿Decís que hay tiranos y dictadores? Pues nombradlos, y les daré de puñaladas. Intimo a Lasource, que ayer denunció la existencia de un partido dictatorial, a que lo designe.»

Lasource, amigo de Vergniaud y casi tan elocuente como él, contestó, indignado, a aquella pérfida interpelación:

—Es extraordinario que, interpelándome el ciudadano Merlín, me calumnie. Yo no he hablado de dictadores, sino de dictadura; he dicho que aquí hay algunos hombres que, en mi concepto, pretenden dominar por medio de la intriga. Es una conversación particular lo que el ciudadano Merlín denuncia, pero lejos de quejarme de esa indiscreción, me alegro,

porque lo que he dicho en confianza voy a repetirlo en la tribuna para aliviar de un peso a mi corazón. Ayer noche en el club de los jacobinos se denunció a las dos terceras partes de la Convención, como conspiradores contra el pueblo y contra la libertad; al salir, me rodearon algunos ciudadanos, entre los cuales se encontraba Merlín, y les notifiqué mi inquietud y dolor. Se gritaba contra el proyecto de ley cuya aprobación se solicita para castigar a los instigadores del asesinato, y yo repito que esa ley sólo puede asustar a los que proyectan cometer crímenes con el deliberado propósito de atribuirlos después al pueblo, de quienes se llaman únicos amigos. Se gritó contra la proposición de dar una guardia a la Convención, y yo he dicho y repito que la Convención nacional no puede privar a los departamentos de la república del derecho de velar por el depósito común y por la libertad de sus representantes. No es al pueblo a quien temo, porque el pueblo es quien nos ha salvado, y puesto que es necesario hablar de sí mismo, son los ciudadanos de París quienes me han salvado en el terraplén de los Fuldenses, quienes apartaron de mí la muerte que me amenazaba y quienes separaron de mi pecho treinta sables. No, no es al ciudadano a quien temo, sino al cobarde asesino que da de puñaladas. ¿Producen admiración mis palabras? Y, ahora, interpelando a mi vez a Merlín, pregunto: ¿No es verdad que me ha advertido en confianza hace pocos días, en el comité de vigilancia, que se proyectaba asesinarme en el umbral de mi puerta al entrar en mi casa como a otros muchos de mis colegas? Sí, temo el despotismo de París, temo el dominio de los intrigantes que le oprimen en la Convención nacional; no quiero que París venga a ser en la nación francesa lo que Roma en el imperio romano. Aborrezco a los hombres que, en el mismo día en que se cometían los asesinatos, se atrevieron a decretar mandamientos de prisión contra ocho diputados y aspiran a conseguir, por medio de la anarquía, el dominio de que están sedientos. No designo a nadie, sigo con la vista el proyecto de los conjurados y descorro la cortina; cuando aquellos en quienes me fijo me hayan dado bastante luz para verlos bien y para mostrarlos a Francia, vendré a esta tribuna a desenmascararlos aunque al bajar sea víctima de sus golpes. Me habré vengado, y el poder nacional que anonadó a Luis XVI, anonadará a los que ansían el dominio y la sangre.

Un prolongado aplauso acogió estas palabras, que tuvieron la virtud de ensanchar todos los pechos, que habían estado pendientes de los labios de Lasource.

Rebecqui nombró a Robespierre, diciendo:

—He ahí el partido, he ahí el hombre que os denuncio.

Dantón, que creía tener aún bastante apoyo en los dos lados de la Convención para sostenerse y para interponerse como terrible mediador, pidió la palabra.

—Hoy — dijo — es un gran día para la nación y para la República, porque nos proporciona el placer de poder explicarnos fraternalmente. Si hay culpables, si existe un hombre perverso que pretenda dominar despóticamente a los representantes del pueblo, su cabeza caerá tan pronto como sea descubierto: esta imputación no debe ser vaga e indeterminada, y el que la haga debe firmarla. Yo la haré, aunque ocasione la muerte de mi mejor amigo. No defiendo en conjunto a la diputación de París, no respondo por nadie (mirando desdeñosamente el banco de Marat), y sólo hablaré de mí. Dispuesto a daros cuenta de mi vida pública, diré que desde hace tres años he hecho cuanto he creído que debía hacer en defensa de la libertad. Mientras estuve en el ministerio, empleé todo el vigor de mi carácter y toda la actividad de un ciudadano a quien abrasa el amor a la patria. Si, respecto a este particular, hay alguno que pueda acusarme, que se levante y hable. Existe, es verdad, en la diputación de París un hombre, cuyas opiniones exageran y desacreditan al partido republicano, y este hombre es Marat. Bastante y demasiado tiempo se me ha acusado de ser el autor de sus escritos; invoco el testimonio del ciudadano que os preside: Pethión tiene en su poder la carta amenazadora que me ha dirigido Marat, y ha presenciado el altercado que con éste he

sostenido en el ayuntamiento; pero atribuyo aquellos excesos a las vejaciones que Marat ha sufrido, y creo que los sótanos en que ha estado encerrado ulceraron su alma. Mas, ¿porque haya algunos individuos exagerados, se debe acusar a toda una diputación? En cuanto a mí, no pertenezco a París, pues he nacido en el departamento hacia el que se vuelven siempre mis miradas con placer, aunque ninguno de nosotros pertenece a este o al otro departamento, sino que todos pertenecemos a Francia entera. Promulguemos una ley que imponga la pena de muerte a cualquiera que se declare partidario de la dictadura o del triunvirato. Se dice que hay entre nosotros diputados que quieren dividir a Francia; hagamos desaparecer estas ideas absurdas pronunciando la pena de muerte contra ellos, pues Francia debe ser indivisible. Los ciudadanos de Marsella desean dar la mano a los ciudadanos de Dunkerque. Votemos la unidad de la representación y del gobierno, y seguramente esta armonía hará estremecer a los austriacos. Cuando esta armonía sea un hecho, os lo juro, dejaremos de tener enemigos.

Dantón, al bajar de la tribuna, fué calurosamente aplaudido.

Las asambleas, indecisas siempre por naturaleza, adoptaron con entusiasmo las proposiciones dilatorias que les evitaban la necesidad de pronunciarse en uno u otro sentido; pero Buzot, impaciente por obtener una victoria para referírsela a la señora Roland, no se contentó con aquella denegación del juicio, con las leyes de muerte de doble filo, ni con los juramentos equívocos de unidad y de indivisibilidad de la república.

—Y, ¿quién os ha dicho, ciudadano Dantón, que nadie haya pensado en romper esa unidad? — respondió—. ¿No he pedido que fuera consagrada y garantida por una guardia compuesta de ciudadanos procedentes de todos los departamentos? ¿Nos hablan de juramentos? No creo en ellos, pues Lafayette y Lameth hicieron uno y lo han violado. ¿Nos hablan de decretos? Un decreto no basta para asegurar la indivisibilidad de la república; es necesario que esta unidad exista de hecho, es necesario que una fuerza armada, enviada por los ochenta y tres departamentos, rodee la Convención. Pero, como todas estas ideas necesitan ser coordinadas, solicito que se remitan a la comisión de los seis.

La obstinación de Buzot reanimó la audacia de los jóvenes girondinos, a quienes momentáneamente había desconcertado Dantón. Vergniaud, Guadet y Pethión callaban, pareciendo reflejarse en su rostro y en su actitud la repugnancia que les inspiraba el llevar el combate más adelante. Robespierre, aludido directamente, subió con lentitud y solemnidad los escalones de la tribuna; todas las miradas se fijaron en él. El prematuro odio de los girondinos le había proporcionado la ocasión de representar el más bello papel de un orador popular, el de la inocencia que se defiende y el de la fuerza que se reprime.

XX

«Ciudadanos, dijo, al subir a la tribuna para responder a la acusación que se ha lanzado contra mí, no es mi propia causa la que voy a defender, sino la causa pública. Al justificarme, no creáis que me ocupo en mí mismo, sino en la patria. Ciudadano — continuó apostrofando a Rebecqui—, ciudadano, que habéis tenido el valor de acusarme de que pretendo dominar la nación a la faz de los representantes del pueblo, desde este mismo sitio en que he defendido sus derechos, os doy las gracias, pues reconozco en este acto el civismo que caracteriza a la célebre ciudad (Marsella) que os nombró diputado. Os doy las gracias, porque todos ganaremos con esta acusación. Se me ha designado como jefe de un partido que se señala a la animadversión de Francia como aspirante a la tiranía. Hombres hay que sucumbirían bajo el peso de semejante acusación; pero yo no temo, gracias a lo que he trabajado en defensa de la libertad. Yo soy quien ha combatido durante tres años todas las facciones en la Asamblea constituyente, y yo soy también quien ha combatido a la corte, desdeñando sus presentes y despreciando los obsequios del partido más seductor que después se había elevado para oprimir la libertad.»

Muchas voces, a quienes molestaba el vago panegírico que de sí mismo hacía el orador, interrumpieron a Robespierre, diciéndole que no se saliera fuera de la cuestión. Tallién rogó que se prestase atención al diputado de París. Robespierre, que ya no contaba con el favor y el respeto de que gozaba en el club de los jacobinos, se detuvo un momento e imploró el silencio de la generosidad de los acusadores, recordando nuevamente sus servicios a la Revolución.

«Pero aquí es, prosiguió, donde empiezan mis crímenes, porque quien ha luchado durante tan largo tiempo contra todos los partidos con valor fuerte e inflexible, sin proporcionarse ningún partido a sí mismo, debe ser odiado y perseguido por todos los ambiciosos y por todos los intrigantes. Cuando se pretende principiar un sistema de opresión, el primer pensamiento debe ser separar a quien tales cosas ha hecho. Sin duda, otros ciudadanos han defendido mejor que yo los derechos del pueblo; pero soy el que puede gloriarse de tener más enemigos y haber sufrido más persecuciones.

—¡Robespierre! — gritaron de todas partes—, ¡dinos sencillamente si has aspirado a la dictadura o al triunvirato!

Robespierre se indignó de los estrechos límites que señalaban a su defensa; la Convención murmuró y manifestó experimentar cansancio, prestando poca atención al orador.

—Abreviad, abreviad — gritaron a Robespierre de todos los bancos.

—No abreviaré — replicó—, os recuerdo vuestra dignidad, e invoco la justicia de la mayoría de la Convención contra ciertos miembros que son mis enemigos...

—Aquí hay unidad de patriotismo y no es por odio por lo que se os interrumpe — le respondió Cambón.

Ducós solicitó que en interés de los acusadores se oyera al acusado con atención.

XXI

Robespierre reanudó su discurso, en medio de las risas y de los sarcasmos del auditorio, diciendo: «Constitúyanse en tribunal los que me responden con risotadas y con murmullos, y pronuncien mi sentencia, pues ése será el día más glorioso de mi vida. ¡Ah! ¡Si hubiera sido capaz de afiliarme a uno de esos partidos, si hubiera transigido con mi conciencia, no sufriría estos insultos ni estas persecuciones! París es el lugar donde he combatido contra mis enemigos y contra los enemigos del pueblo, y no es, por consiguiente, París la ciudad donde se puede desnaturalizar mi conducta, porque aquí tiene el pueblo por testigo; pero no sucede lo mismo en los departamentos, os lo ruego en nombre de la causa pública, desengañaos y escuchadme imparcialmente. Si la calumnia no rechazada es el más temible de los prejuicios contra un ciudadano, es también el más perjudicial para la patria. Me han acusado de haber celebrado conferencias con la reina y con la princesa de Lamballe; y me han hecho responsable de las frases irreflexivas de un patriota exagerado (Marat) que pedía que la nación se confiara a hombres cuya incorruptibilidad durante tres años fuera patente. Después de la apertura de la Convención, y aun antes, se renuevan estas acusaciones. Se pretende desacreditar ante la opinión pública a los ciudadanos que han jurado acabar con todos los partidos. Se sospecha que aspiramos a la dictadura, y nosotros sospechamos que se aspira a hacer de la república francesa un conjunto de repúblicas federativas que serían constantemente presa de los furores civiles o presa de nuestros enemigos. Veamos el fondo de estas sospechas, pues no basta calumniar, ¡es preciso acusar y firmar las acusaciones contra mí!»

XXII

El impaciente Barbaroux se levantó y dijo arrogantemente: «Barbaroux, de Marsella, se presenta, mirando a Robespierre cara a cara, para firmar la denuncia... Estábamos en París; acabábamos de derribar el trono con los marselleses, nos buscaban todos los partidos como árbitros del poder, y nos condujeron a casa de Robespierre. Allí nos dijeron que este hombre era el ciudadano más virtuoso, y el único digno de gobernar la república.

Respondimos que los marselleses jamás inclinarían la frente ante un dictador. (Aplausos.) Esto es lo que firmaré, y desafío a Robespierre a que lo desmienta. ¡Y se atreven a deciros que el proyecto de dictadura no existe! ¡y la desorganizadora corporación municipal se atreve a dictar mandamientos de prisión contra un ministro, contra Roland, que pertenece por completo a la república! ¡y esta corporación municipal se coliga por correspondencias y por comisionados con los demás ayuntamientos de la república! ¡y se oponen a que los ciudadanos de todos los departamentos se reúnan para proteger la independencia de la representación nacional! ¡Ciudadanos, se reunirán y formarán una muralla con sus cuerpos! Marsella previno vuestros decretos y se dispone a cumplirlos; los marselleses se encuentran en camino; si han de ser vencidos, si nosotros debemos ser bloqueados aquí por los enemigos, declarad que nuestros suplentes se reunirán en la ciudad designada, y nosotros moriremos aquí. En cuanto a la acusación que lancé contra Robespierre, declaro que lo estimaba, que lo quería; que reconozca él su falta y retiraré la acusasión; pero que no diga que se le calumnia, porque si él ha servido a la libertad con sus escritos, nosotros la hemos defendido con nuestros brazos. ¡Ciudadanos, cuando llegue el momento del peligro, nos juzgaréis! Veremos si los propaladores de noticias saben morir como nosotros.»

Esta alusión despectiva a Robespierre y Marat fué muy aplaudida.

Cambón, de Montpeller, espíritu recto y fogoso, que se colocaba con toda la energía de sus convicciones al lado de la justicia, sostuvo a Barbaroux; expuso los escándalos de usurpación de poder que se había arrogado el ayuntamiento de París, y exclamó: «¡Se nos quiere dar el régimen municipal de Roma! Los diputados del Mediodía desean la unidad republicana».

Este grito de patriotismo fué repetido, como la palabra de orden de la nación en todos los puntos de la sala. «La unidad es lo que deseamos todos, todos, todos.»

Panís, amigo de Robespierre, contestando a Barbaroux, refirió que las entrevistas de aquél con los jefes marselleses no habían tenido otro objeto que el de organizar el bloqueo de las Tullerías.

—Presidente — dijo a Pethión—, vos estabais entonces en el Ayuntamiento, y debéis recordar que, algunos días antes del 10 de agosto, dije: «hay que expulsar de palacio a los conjurados que en él se albergan, porque no tenemos más salvación que la insurrección.» No quisisteis creerme, y me respondisteis que el partido aristocrático estaba vencido y que nada había que temer de él. Me separé de vos y formamos un comité secreto: un joven marsellés, lleno de patriotismo, nos pidió cartuchos, y nosotros no podíamos entregárselos sin vuestra firma, que no nos atrevimos a solicitar porque teníais demasiada confianza. Entonces se puso la pistola en la garganta, y dijo: «si no me proporcionáis los medios de defender la patria, me suicidaré». Aquel joven nos hizo llorar, y firmamos. En cuanto a Barbaroux, juro que jamás le he hablado de dictadura. ¿Quién puede testificarlo?

—Yo — respondió Rebecqui.

—Vos sois el amigo de Barbaroux, y os recuso. En cuanto a los actos del comité, estoy dispuesto a justificarlos.

—¿Por qué razón — le pregunta Brissot, indignado—, habéis mandado arrestar a un diputado? ¿No fué para asesinarlo juntamente con los prisioneros de la Abadía?

—Os hemos salvado y nos calumniáis —replica Panís—. Se recuerdan bastante las terribles circunstancias en que nos encontrábamos. Nos veíamos rodeados de ciudadanos irritados con las traiciones de la corte, y nos gritaban: «ahí tenéis un aristócrata que va a salvarse, es preciso detenerle o vosotros también sois traidores». Además, muchos buenos ciudadanos nos denunciaron que Brissot se marchaba a Londres con las pruebas escritas de sus maquinaciones. Yo no di crédito a la inculpación; pero, como la afirmaban honrados ciudadanos, a quienes Brissot reconocía como tales, envié a casa de éste comisionados con el encargo de pedirle amistosamente que mostrase sus papeles. Sí, nosotros hemos salvado a la patria.

XXIII

Marat pidió entonces la palabra: el nombre, el aspecto y la voz de este orador provocaron murmullos de desaprobación, y los gritos de *fuera de la tribuna* impidieron durante largo rato hablar al *amigo del pueblo*. Lacroix impuso silencio, y la curiosidad lo obtuvo de la Asamblea.

—Tengo en esta Asamblea gran número de enemigos personales — empezó diciendo Marat.

—Todos, todos lo somos—le interrumpen muchos diputados a gritos, poniéndose en pie.

—Tengo en la Convención gran número de enemigos — prosiguió Marat—, a quienes ruego que sean prudentes y no silben ni amenacen a quien se ha sacrificado por la patria. Escuchadme un momento en silencio, pues no abusaré de vuestra paciencia. Doy gracias a la mano oculta que arrojó entre nosotros un fantasma para intimidar a las almas débiles, para dividir a los ciudadanos, para despopularizar a la diputación de París, y para acusarla de que aspira al tribunado. Semejante inculpación no puede tener ninguna verosimilitud, sino aplicándose a mí; pues bien, declaro que mis colegas, en particular Robespierre y Dantón, desaprobaron siempre la idea del tribunado, del triunvirato o de la dictadura. Si alguien ha propalado esa idea, yo soy el culpable. Caiga sobre mí la venganza de la nación; pero, antes de llevarme al cadalso, escuchadme.

»En medio de los manejos y de traiciones de que la patria estaba constantemente amenazada, en vista de los atroces complots de la corte y de los manejos secretos de los traidores encerrados en el seno de la Asamblea legislativa, ¿me atribuiréis como crimen el haber propuesto el único medio que creía capaz de contenernos en el borde del abismo siempre abierto? Cuando las autoridades constituídas servían para encadenar la libertad, para proteger las conspiraciones, para degollar a los patriotas con el arma de la ley, ¿me censuraréis que haya hecho descargar sobre los traidores el hacha vengadora del pueblo? No: si me lo imputaseis como crimen, el pueblo os desmentiría, porque, secundándome, comprendió que el medio que proponía era el único que podía salvar a la patria; y, convertido en dictador, ha sabido desembarazarse de los traidores. A mí también me conmovieron los movimientos impetuosos y desordenados del pueblo, cuando advertí que se prolongaban, y para que estos movimientos no fueran eternamente vanos y ciegos, pedí que se designara a un honrado ciudadano, prudente, justo y firme, conocido por su ferviente amor a la libertad, para dirigir sus actos encaminados a la salvación pública. Si el pueblo hubiera podido apreciar la rectitud de esta medida y adoptarla al día siguiente de la toma de la Bastilla, hubiera hecho caer quinientas cabezas de intrigantes y hoy todo estaría tranquilo; los traidores habrían temblado, y la libertad y la justicia imperarían en la nación. Por este motivo he propuesto muchas veces que se confiera la autoridad a una persona honrada y enérgica, a la que se denominaría tribuno del pueblo, o dictador, el nombre no hace al caso; pero la prueba de que deseaba encadenarlo a la patria, es que proponía que se le pusiera un grillete al pie y que sólo tuviera autoridad para castigar a los criminales. Así opino, y no me avergüenzo de ello; si no me comprendéis, peor para vosotros, porque los tumultos no han concluído aún. Cien mil patriotas han sido degollados ya, por no habérseme hecho caso, y no tardarán en caer otros cien mil: si el pueblo desmaya, se perpetuará la anarquía. Me acusan de tener miras ambiciosas, vedme y juzgadme.

Y, al decir esto, señaló con el dedo el pañuelo sucio que cubría su cabeza enferma y sacudió las rotas solapas de su chaqueta, mostrando el pecho desnudo.

«Si hubiese querido — continuó — poner precio a mi silencio; si hubiese querido algún destino, hubiera disfrutado de los favores de la corte. Veamos, ¿cuál ha sido mi vida? Me encerré voluntariamente en calabozos subterráneos, me condené a vivir en la miseria y a arrostrar todos los peligros; el puñal de veinte mil asesinos estaba suspendido sobre mí, y yo, imperturbable, continuaba predi-

cando la verdad con la cabeza puesta en el tajo... Os ruego que abráis los ojos; ¿no veis que se pretende introducir la discordia entre nosotros y distraer a la Asamblea de la gran misión que le está encomendada? ¡Los que han utilizado el fantasma de la dictadura deben agregarse a mí para ir con los verdaderos patriotas a tomar las únicas medidas, capaces de asegurar la felicidad del pueblo, por la que sacrificaré toda mi vida!»

XXIV

Un silencio de estupor siguió a este discurso: Marat, cuya audacia superaba en aquel momento a la de Dantón, y, sobre todo, a la de Robespierre, había dominado a sus dos rivales y admirado a la Convención. Solo contra todos atrevióse a hablar, como tribuno que se entrega a los puñales de la Asamblea, seguro de que el pueblo se encontraba a la puerta para defenderlo o para vengarlo. Sus palabras destilaban la sangre del 2 de septiembre y pedía un verdugo nacional por toda institución: el crimen en su boca tenía tal enormidad, y el furor en su alma se asemejaba tanto a la sangre fría de un hombre de Estado, que era peligroso y cobarde dejar a la Asamblea horrorizada y asombrada, y necesario arrancarle una protesta unánime contra aquel teórico del asesinato; el pueblo hubiera creído que se temía o que se admiraba a Marat. Vergniaud, disimulando el horror, subió, con la cabeza inclinada, la escalera de la tribuna.

XXV

—Es una desgracia para un representante del pueblo — dijo con débil voz — el verse obligado a reemplazar en la tribuna al encargado de los decretos de prisión, que aun no ha purgado.

—De lo que me honro — exclamó Marat.

—¿Son los decretos del despotismo? — preguntó Chabot.

—¿Son los decretos con que fué honrado por haber echado a Lafayette? — repuso Tallién.

Vergniaud continuó con frialdad:

—Es una desgracia el verse obligado a reemplazar en la tribuna a la persona contra quien se ha dictado un *decreto de acusación*, y que ha osado levantar la cabeza por encima de las leyes; a una persona, en fin, que es repugnante, por haber difundido la calumnia y hecho derramar la sangre...

Se oyen algunos murmullos, y Ducós dice:

—Puesto que hemos hecho el esfuerzo de oír a Marat, escuchemos también a Vergniaud.

En las tribunas patean y dan voces favorables a Marat, y el presidente se ve obligado a imponer orden. Vergniaud lee la circular que la corporación municipal de París ha dirigido a los departamentos, invitando a imitar los degüellos de las cárceles, y recuerda que el Ayuntamiento, por conducto de Robespierre, denunció el complot tramado, según él, por Ducós, Vergniaud, Brissot, Guadet, Lasource, Condorcet, para entregar Francia al duque de Brunswick.

—Robespierre — continuó—, de quien hasta entonces nada había yo dicho, que no demostrase la estimación en que lo tenía...

—Eso es falso — gritó Sergent.

—Como hablo sin encono — prosiguió Vergniaud—, me complace esa negativa, que me convence de que también Robespierre ha podido ser calumniado; pero es cierto que en este escrito se pretende concitar los puñales contra la Asamblea. Y, ¿qué diré de la invitación formal que en él se hace al asesinato?... Los buenos ciudadanos tienden un velo sobre estos desórdenes parciales, y tratan de borrar las manchas que podrían deshonrar la historia de esta memorable Revolución. Pero que las personas a quienes su empleo impone la misión de obligar al pueblo a cumplir sus deberes y a respetar la ley, prediquen el asesinato y hagan su apología, es llegar a un grado de perversidad que no se puede concebir más que estando la moral desterrada de la tierra.

Boileau, amigo de los girondinos, que sucedió en la tribuna a Vergniaud, leyó a la Convención algunas frases del periódico de Marat que incitaban al degüello de los diputados: «¡Oh pueblo, nada esperes de la Asamblea! Cincuenta años de anarquía te aguardan, y sólo saldrás

de este estado cuando tengas un dictador, verdadero patriota y excelente estadista.» Oyéronse gritos de furor contra Marat en todas partes y muchas voces que pedían que se le condujera a la Abadía; pero, Marat, intrépido, arrostró la tempestad, diciendo:

—Se piden decretos contra mí; el pueblo los ha invalidado al enviarme aquí; de las sentencias que se alegan en contra mía, me glorío y envanezco, pues las merecí por haber arrancado la máscara a los traidores y a los conspiradores. He vivido diez y ocho meses bajo la cuchilla de Lafayette; si los subterráneos donde me refugié no me hubieran librado de su furor, me habría hecho perecer, y el más celoso defensor del pueblo no existiría. Las líneas que se acaban de leer contra mí, se han escrito hace diez días, cuando me indignaba el ver que se elegían miembros de la Convención a esa cáfila de la Gironda, que hoy pretende proscribirme.

Después leyó una página de su diario de la mañana, en que se expresaba con más moderación y decencia.

—Lo veis — añadió—. ¿De qué depende la vida de los más probados patriotas? Si por descuido del impresor no hubiera aparecido en estas páginas mi justificación, me hubierais entregado al hacha de los tiranos. Este furor, ¿es digno de hombres libres? Sin embargo, nada temo bajo el sol.

Al decir esto, sacó del pecho una pistola, y, aplicando la boca del cañón a la frente, agregó:

—Si se acuerda el decreto de acusación contra mí me levanto la tapa de los sesos al pie de esta tribuna...

Después, con voz más tierna y como agobiado por la ingratitud de los enemigos, continuó:

—Ved el fruto de tres años de encierro y de angustias sufridas por salvar a la patria. Ved el fruto de mis vigilias, de mis trabajos, de mi miseria, de mis sufrimientos y de mis proscripciones... Pues bien, me quedaré entre vosotros para arrostrar vuestro furor.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando una multitud de diputados, entre los que se contaban Cambón, Goupilleau, Rebecqui y Barbaroux, se acercaron a la tribuna con ademanes amenazadores. ¡A la guillotina, a la guillotina!, gritábase en todas partes con furor. Marat cruzó los brazos sobre el pecho y contempló impasible la sala que temblaba bajo sus pies, advirtiéndose en la impasibilidad de su exaltación que le complacía el papel de mártir del pueblo, y que la tribuna era el pedestal sobre el que deseaba ser visto como víctima de la Revolución.

Pero los denuestos de los enemigos le obligaron, por fin, a bajar, y, fuera por compasión o por cansancio, la Asamblea olvidó a Marat, votó la indivisibilidad de la república y se levantó la sesión.

Al día siguiente Marat triunfó en su periódico de la debilidad de los enemigos. «Dejo al lector, escribió, que reflexione acerca de la maldad de la facción Guadet-Brissot, a algunos de cuyos acólitos compadezco y perdono, porque los han extraviado. En cuanto a los jefes, Condorcet, Lasource, Brissot y Vergniaud, los considero incapaces de arrepentirse y los perseguiré hasta la muerte; han jurado hacerme sucumbir el 25 de este mes bajo la cuchilla de la tiranía o el puñal de los asesinos, juramento que deben conocer los amigos de la patria, para que, si muero bajo los golpes del puñal de los asesinos, sepan a quién deben atribuir el crimen y de quién se deben vengar.»

Las tribunas de la Convención, ocupadas por los hombres más violentos de las secciones, sostenían a Marat con la vista y con el gesto. Deseando un amigo de Brissot salir de la sala antes de concluirse la sesión, el oficial de guardia se lo impidió, diciendo:

—Libraos de que os vea esa turba, que es partidaria de Marat; acabo de atravesarla y he notado su fermentación. Si se aprueba el decreto de acusación contra el amigo del pueblo, caerán algunas cabezas esta noche.

XXVI

Esta fué la primera demostración de los girondinos, que, mal preparada y peor sostenida por los principales oradores, limitada en el plan, e indecisa y abortada en el resultado, no dió estabilidad a su imperio. Robespierre salió de ella más

popular; Dantón, más importante, y Marat, más impune. Haciendo recaer la odiosidad de la anarquía sobre Marat, los girondinos habían tratado de deshonrarla; pero habían engrandecido al enemigo, que se jactaba del odio que le profesaban, convirtiéndose en el ídolo del pueblo, porque se presentaba a él como mártir. Además, la compasión uníase a la popularidad de que disfrutaba.

Marat no tenía patria: había nacido en la aldea de Baudry, cerca de Neufchatel, de padres humildes, en aquella Suiza cosmopolita cuyos hijos van a buscar fortuna por el mundo. Siendo aún joven, abandonó para siempre sus montañas, y anduvo errante hasta la edad de cuarenta años por Inglaterra, Escocia y Francia. Impulsado y rechazado por la vaga inquietud que es el genio de los ambiciosos; maestro, literato, médico, filósofo y político, había profesado todas las ideas y ejercido todas las profesiones en que se puede encontrar fortuna o gloria; pero sólo encontró indigencia y fama. Voltaire se había burlado de su filosofía; el célebre profesor Charles había despreciado su física, y Marat, irritado, contestó a la censura con la injuria y tuvo un duelo con Charles. La legislación criminal llamó después su atención, y defendió la abolición de la pena de muerte, aunque difundió luego el exterminio. Sin talento para expresar sus ideas, y no teniendo decoro suficiente para mantener relaciones con los hombres, la sociedad no le había franqueado el paso. Su orgullo herido y ofensor cerraba los corazones, que su situación, sus trabajos y su mérito le hubieran granjeado. Apurado por la necesidad, vióse reducido a vender por las calles de París un específico de su composición. Sus hábitos de charlatán habían hecho trivial su lenguaje, acostumbrádole a vestir mal, y envilecido sus costumbres; pero, al propio tiempo, aprendió a conocer, a adular y a conmover al populacho.

Sin embargo, su fibra irritada y dolorida le hizo amar y compadecer al pueblo que sufría y que era despreciado como él; había contraído con las masas el parentesco de la miseria y de la opresión, y juró vengarlas, vengándose a sí mismo. Quería remover la sociedad, como se remueve la tierra con el arado, poniendo a la sombra lo que está al sol, y al sol lo que está a la sombra. No pensaba en la revolución, sino en la reforma general de todas las situaciones y de todos los principios falsificados por el desorden social, y proyectaba restablecerlos violentamente y a todo trance, según el plan de la naturaleza. Filosofía, resentimiento, equidad, venganza, amor al pueblo, odio a la humanidad, ambición y afecto, asesinato y martirio, todo se confundía en su sistema. Era la utopía del desorden, iluminado en lo alto por la luz de la filantropía, y abajo por el fulgor del incendio social.

XXVII

Este sistema, que fermentaba hacía ya años en su alma, lo animó la Revolución. Marat desempeñaba entonces el empleo ínfimo de médico de las caballerizas del conde de Artois. Arrastrado desde los primeros días de 1789 por el movimiento popular, lanzóse a él para acelerarlo, vendiendo hasta la cama para pagar al impresor sus primeras hojas volantes; cambió tres veces el título de su periódico, pero nunca su espíritu: era el rugido del pueblo redactado con letras de sangre, que aparecía cada mañana pidiendo las cabezas de los traidores y conspiradores.

Aquella voz parecía salir del fondo de la sociedad en fermentación, pues nadie conocía al que la lanzaba. Marat era un ser ideal para el pueblo, y cuya existencia estaba envuelta en el misterio, pues hasta la señora Roland la ignoraba y preguntaba a Dantón si había efectivamente un hombre llamado Marat. El misterio, los subterráneos, los calabozos de donde salían aquellos papeles, añadían prestigio a los escritos, al nombre y a la vida de Marat. El pueblo se enternecía ante los peligros, las fugas, los tenebrosos asilos, los sufrimientos y los andrajos que cubrían a quien parecía soportarlo todo por defenderlo. Marat sólo salía de un escondite para entrar en otro; perseguido en 1790 por Lafayette, le protegió Dantón ocultándole en casa de la señorita de Fleury, actriz del teatro Francés. Como se hiciera sospechoso este asi-

lo, se retiró a Versalles, donde se refugió en casa de Bassal, cura de la parroquia de San Luis, y después su colega en la Convención. Aquellos hermanos de la nueva religión se visitaban y se socorrían mutuamente. Acusado de nuevo por los girondinos Lasource y Guadet, durante la Asamblea legislativa, lo escondió en su bodega el carnicero Legendre. Los sótanos del convento de los Franciscanos lo ocultaron después a él y a sus prensas hasta que, el 10 de agosto, salió llevado en triunfo para entrar bajo el patrocinio de Dantón en la corporación municipal y combinar allí los degüellos de septiembre. Extraño hasta entonces a todos los partidos, pero temido por todos, los jacobinos, a petición de Chabot y Taschereau, le recomendaron a los electores de París. El terror de su nombre hablaba en su favor, y fué elegido.

Habitaba a la sazón en una pequeña casa, no muy lejos del club de los Franciscanos, con una mujer que compartía sus desgracias, y que, siendo joven, demostraba en su palidez y demacración las miserias que sufría con él y por él. Esta mujer era la esposa del impresor que publicaba el periódico de Marat, a la que éste había seducido. Sacrificada por él, veíase obligada a pasar una vida errante y tenebrosa y a sufrir la ignominia de su amante. Querida, cómplice y criada de Marat al mismo tiempo, había aceptado todas las servidumbres para sufrir o para morir con él. Marat no se comunicaba con la vida exterior, sino por medio de esta mujer y del regente de la imprenta de su diario; privado de sueño y de aire, sin trato con sus semejantes, y trabajando diez y ocho horas diarias, sus pensamientos encendidos por la tensión de espíritu y por la soledad, habían llegado a ser una verdadera obsesión. En la antigüedad hubieran dicho que estaba poseído por el espíritu de exterminio; su lógica, violenta y terrible, iba siempre a parar al asesinato; todos sus principios pedían sangre, y su sociedad no podía fundarse más que sobre cadáveres y sobre las ruinas de todo lo existente; perseguía el ideal al través de la sangre, siendo para él el único crimen detenerse ante el crimen.

Sin embargo, su corazón no estaba tan completamente empedernido, que no se debilitara bajo el peso de su teoría; alguna vez tuvo ráfagas de virtud y sospresas de enternecimiento. Dos rasgos, durante mucho tiempo ignorados por la historia, demuestran que algunas veces se ocultaba el hombre bajo la figura del insensato. Cuando se efectuaban los degüellos de las cárceles, que él había inspirado y dirigido, uno de los libertadores de Cazotte, después de haber conducido al padre y a la hija a su casa, refirió, no sin cierto temor, a Marat su debilidad, y éste lloró al escuchar el relato.

—Has hecho bien — dijo al asesino admirado—; el padre merecía la vida por tener tal hija; pero en cuanto a los suizos que habéis perdonado habéis hecho mal, debíais haber degollado hasta el último.

El enojo contra su patria, donde había sufrido mucha miseria, sólo podía saciarse en la sangre de sus compatriotas.

XXVIII

Pocos días antes de aquellos asesinatos, una joven, bella e inocente, supo, por los rumores que circulaban en las cárceles, que los presos iban a ser degollados. Su padre, empleado en las Tullerías antes del 10 de agosto, estaba encerrado en la Abadía; la joven no tenía madre, y la piedad filial la llevaba de puerta en puerta para obtener la vida de su progenitor; pero ninguna se le abría. Manuel, Dantón y Panís no habían querido recibir a la desventurada, que, creyendo oír el toque del degüello, se sacrificó por salvar a su padre. Se acordó del nombre del *amigo del pueblo*, y a una mujer que conocía a Marat, le entregó una carta para él. Esta carta, en la que ofrecía entregarse a él a cambio de la vida de su padre, llegó a manos del destinatario. La mensajera le describió la juventud, los encantos y la pureza de la que le escribía, y Marat abrió la carta sonriéndose.

—Decid a esa muchacha que vaya esta noche sola al terraplén de la orilla del río. El hombre que se le acerque sin hablarle y la agarre del brazo será Marat; que lo siga, en silencio. La joven obede-

ció, Marat acudió a la cita y llevó tras sí a la desconocida, muda y temblando, a un extremo de los Campos Elíseos, entró en un bodegón, pidió un aposento apartado y una ligera comida. Mientras la preparaban, Marat se acercó y cogió la mano de la joven, que no se atrevía a abrir los ojos; pero al fin cayó a sus pies derramando un torrente de lágrimas.

—¿Me tenéis miedo? — preguntó Marat con una voz conmovida—. ¿Os causo horror y consentís en entregaros a mí?

—Acepto todo lo que pueda salvar a mi padre — tartamudeó la víctima.

—Bien, levantaos — dijo Marat, tranquilizándola—. Este sacrificio me basta: he querido ver hasta dónde llegaba el amor filial; pero sería un cobarde si abusara de vuestra decisión, y no quiero manchar lo que admiro. Mañana se os devolverá vuestro padre.

Volvió a coger el brazo de la joven y la condujo hasta la puerta de su casa.

XXIX

El aspecto exterior de Marat revelaba su alma: pequeño, delgado y huesoso, su cuerpo parecía abrasado por un fuego interior; tenía el rostro marcado con manchas de bilis y sangre; sus ojos, aunque saltones y llenos de insolencia, parecían sufrir con la claridad del día; su boca muy hendida, como para vomitar la injuria, contraíase desdeñosamente. Conocía la mala opinión que todos tenían de él y parecía desafiarla; llevaba la cabeza erguida y algo inclinada a la izquierda, como en ademán de reto; el conjunto de su cara vista de lejos y recibiendo la luz de arriba, tenía brillo y fuerza, pero en desorden; todas sus facciones eran divergentes como el pensamiento. La cara de Marat era lo contrario que la cara de Robespierre convergente y concentrada como un sistema: la una, meditación constante; la otra, explosión continua. Al revés que Robespierre, que afectaba limpieza y elegancia, Marat afectaba trivialidad y desaseo en su traje. Con zapatos sin hebillas y suelas con clavos, pantalón de tela ordinaria, manchado de barro, chaqueta corta como los artesanos, camisa abierta descubriendo el pecho y dejando a la vista los músculos del cuello, las manos gruesas, el puño cerrado, el cabello grasiento y constantemente enmarañado, Marat aspiraba a personificar el sistema social que defendía.

XXX

Tal era el hombre que los girondinos habían hábilmente escogido para denigrar en él a la facción de la corporación municipal que les era contraria. Atacado por éstos, abandonado por Dantón y negado por Robespierre, Marat acababa de escapárseles por la energía de su actitud y por la franqueza de su lenguaje. Los girondinos comprendieron que era necesario empezar nuevamente el combate, obtener la victoria o inclinar la cabeza ante el triunvirato. Era el momento en que la Convención debía nombrar nuevos ministros o ratificar los poderes al ministerio del 10 de agosto. Roland, Dantón y Serván ofrecían la dimisión, a menos que la nueva Asamblea legitimara su autoridad, invitándoles formal y explícitamente a continuar desempeñando sus funciones.

Se abrió discusión sobre este punto, y Buzot, órgano de Roland, pidió a la Convención que relevase a Serván, ministro de la Guerra, de sus funciones por impedirle desempeñarlas la enfermedad que padecía.

—Yo suplicaría a Dantón que permaneciera en su puesto, si él no hubiera declarado tres veces que desea retirarse, pues tenemos el derecho de invitarle, pero no el de obligarle. En cuanto a Roland, es una política bien extraña no querer hacer justicia, no diré a los grandes hombres, sino a los hombres virtuosos que han merecido confianza. Se dice que no faltan hombres virtuosos y capaces, pero, extraño a este país de virtudes y de intrigas, pregunto a mis colegas, ¿dónde están? A pesar de las murmuraciones, las calumnias y las amenazas, me envanezco en decirlo, Roland es mi amigo, lo creo hombre honrado, y todos los departamentos opinan como yo. Si Roland permanece en el ministerio, es sacrificándose por la causa pública, porque de ese modo renuncia al honor de tomar asiento entre vosotros como diputado; si no con-

tinúa, pierde la estimación de los hombres de bien. La nación no conoce vuestros odios y dice a los hombres honrados: continuad sirviéndome y tendréis siempre mi aprecio.

—Pido — dijo Philippeaux — que se extienda la invitación a Dantón.

—Y yo declaro — respondió Dantón — que no apruebo esa invitación, porque creo que no es digna de la Convención.

—Y yo — replicó Barrere — me opongo a que la Convención dé un solo paso para retener a los ministros, porque sería contrario a la majestad y a la libertad del pueblo. Recordad las palabras de Mirabeau: «nunca pongáis en la balanza un hombre y la patria». Rindo homenaje a las virtudes y al patriotismo de Roland; pero no se puede ser libre mucho tiempo en un país en que con las adulaciones se eleva a un ciudadano sobre los demás.

—No puedo oír — añadió Cambón—, aplaudir a un hombre sin temblar.

Dantón, a quien molestaba aquella discusión, que constituía un homenaje a Roland, se levantó para decir con afectada deferencia:

—Nadie hace a Roland más justicia que yo; pero, si le invitáis a proseguir en el ministerio, invitad también a su mujer, porque todo el mundo sabe que Roland no estaba solo en su departamento; yo sí estaba solo en el mío.

Estas palabras provocaron en los bancos de los jacobinos carcajadas malévolas contra la señora Roland; pero los susurros de la mayoría ahogaron la voz de Dantón, a quien censuraron lo inconsiderado de la alusión. El orador se irritó con los murmullos, y agregó:

—Puesto que se me obliga a decir claro mi pensamiento, recordaré que hubo un momento en que de tal modo estuvo perdida la confianza que ya no había ministros, y hasta Roland tuvo intención de salir de París.

—Conozco ese hecho — respondió Louvet—; fué cuando se tapizaban las calles con carteles repugnantes que contenían las más atroces calumnias.

—¡Era Marat! — gritaron muchos diputados.

—Temiendo por la causa pública y hasta por Roland — prosiguió Louvet—, fuí a hablarle del peligro que corría, y me contestó: «Si me amenaza la muerte, debo aguardarla, ése será el último crimen de la facción.» Por consiguiente, Roland podía haber perdido alguna confianza, pero conservaba todo el valor.

—Se os ha citado a Arístides — dijo Valazé, apoyando a Louvet en la defensa de Roland—; pero si los atenienses sentenciaron al ostracismo a aquel hombre justo, expiaron su injusticia volviéndole a llamar; y si Roma desterró a Camilo, éste fué vengado al volver a la patria. Los nombres de Roland y de Serván son sagrados para mí. (Esta manifestación de amistad es aplaudida.)

—¿Qué le importa a la patria — continúa Lasource — que Roland tenga una mujer inteligente que le inspire sus resoluciones, o que estas resoluciones procedan de él mismo? (Aplausos.) Este mezquino medio no es digno de los talentos de Dantón. (Nuevos y más numerosos aplausos.) No diré como Dantón que es la mujer de Roland quien gobierna, pues esto sería acusar a Roland de inepcia; y, en cuanto a la falta de energía, diré que Roland respondió valerosamente a los infames libelos en que se pretendía mancillar la virtud de un hombre honrado. ¿Cesó alguna vez de predicar el orden y las leyes? ¿Cesó nunca de quitar la máscara a los agitadores? (Aplausos.) ¿Débese, sin embargo, invitarle a que continúe en el ministerio? No: ¡desgraciadas las naciones agradecidas! Lo digo con Tácito, ¡el reconocimiento ha ocasionado la desgracia de las naciones, porque él es quien hizo los reyes! (Nuevos aplausos.)

Esta hábil intervención de un amigo de Roland eludió la cuestión, sin resolverla, y dejó a los girondinos los honores de la magnanimidad. Roland, al día siguiente, escribió a la Convención una de las cartas leídas en sesión pública, y que indirectamente le daban la palabra en la Convención y la influencia del talento de su esposa en la opinión. Estas cartas, dirigidas a las autoridades constituídas, a los departamentos y a la Convención, eran los discursos de la señora Roland, que rivalizaba de este modo con Vergniaud, luchaba contra Robespierre y anonadaba a Marat. Se conocía el genio,

se ignoraba el sexo y combatía disfrazada en la guerra de los partidos. «La Convención, decía Roland en su carta, ha demostrado gran prudencia, negando a un hombre la importancia que parecía otorgarle la invitación solemne de que permaneciera en el ministerio, pero su deliberación me honra y ha manifestado su deseo bien claramente. Este voto me basta, me abre la carrera y me lanzo a ella con valor; continuaré en el ministerio, porque hay peligros que arrostrar, y los arrostro sin temer ninguno puesto que se trata de salvar a la patria... a la que me consagro hasta la muerte. No desconozco las tormentas que se están formando; hombres ardientes, y quizá extraviados, toman sus pasiones por virtudes, y creyendo que sólo ellos pueden servir bien a la libertad, fomentan la desconfianza contra las autoridades, que no han creado ellos; ven por doquier la traición; provocan las sediciones; afilan los puñales y meditan los asesinatos. Hacen un derecho de su audacia y una muralla del terror que tratan de inspirar; llevarían a la ruina a la nación que tenga la desgracia de no contar con ciudadanos capaces de desenmascararlos y contenerlos. ¡Qué culpable sería el hombre superior, por su fuerza o su talento, en esta horda insensata que la utilizara para realizar sus ambiciosos designios! Así han procedido todos los usurpadores desde Sila hasta Rienzi... Se os han denunciado proyectos de dictadura y de triunvirato: ¡han existido! Se me acusó de falta de valor, y yo pregunto: ¿qué valor demostraron, en los días lúgubres que siguieron al 2 de septiembre, los que protegían a los asesinos?»

Estas alusiones directas a la corporación municipal de París, a Dantón y a Robespierre, eran una declaración de guerra en la que el enojo de la mujer ultrajada se sobreponía a la sangre fría del político. De este modo hizo que Dantón, indeciso, se afiliara entre los enemigos de los girondinos. Todavía se trató de conmoverlo y atraerlo al partido que mejor se armonizaba con su naturaleza de hombre de Estado, a lo que, por lo pronto, accedió Dantón, porque la anarquía prolongada le disgustaba, y fingió más deferencia por Robespierre que la que en realidad le inspiraba, confesando claramente lo mucho que le disgustaba Marat. Dantón apreciaba a Roland y había admirado a su mujer; la elocuencia de Vergniaud le entusiasmaba; su alma no conocía la envidia, y su alianza con los girondinos era fácil, y habría dado a las teorías de Vergniaud la fuerza de ejecución que faltaba a este orador platónico. La Gironda sólo tenía cabezas; Dantón hubiera sido el brazo, porque él se inclinaba hacia los hombres y amaba la Revolución como el liberto que no quiere ser otra vez esclavo.

XXXI

Dumouriez deseaba también la reconciliación de Dantón con los girondinos, porque daba a Francia un gobierno cuya espada hubiera sido él. Convidó a comer a Dantón y a los principales jefes de la Gironda, y, durante la comida, se habló de imponer silencio a los resentimientos y de no remover la sangre de septiembre, de la que sólo podían salir emanaciones letales para la república; se trató de relegar a Robespierre y a Marat a la impotente idolatría de las facciones, de llamar a París una fuerza departamental imponente, de intimidar a los jacobinos y de someter a la corporación municipal al yugo de la ley. En París, los comités de la Convención estaban dominados por los amigos de Roland y de Dantón; en las fronteras, Dumouriez aseguraba el ejército a la Convención alucinando a la opinión con el brillo de nuevas victorias, lo cual debía salvar a la nación en el exterior, y consolidar el gobierno de Francia. Este plan, desarrollado por Dumouriez y adoptado por la mayoría de los convidados, sedujo a todos. Pethión se adhirió a él; y Sieyés, Condorcet, Gensonné y Brissot lo reputaron necesario. Vergniaud, más político y más estadista que lo que dejaba sospechar la indolencia de su carácter, consentía en sellar los labios y en sacrificar la indignación a las exigencias de la patria. Muchas veces, durante aquella noche, pareció estar cimentada la alianza; pero Buzot, Guadet, Barbaroux, Ducós, Fonfrede y Rebecqui, cuyo republicanismo tenía toda la pureza de una idea inmaculada, se prestaban

con repugnancia visible a las concesiones que tácitamente les hacían aceptar la solidaridad de los asesinatos de septiembre.

—Todo, excepto la impunidad para los asesinos y sus cómplices — dijo Guadet al retirarse.

Dantón, irritado, pero dominando su cólera, se dirigió a él y dijo, tratando de atraerlo:

—Nuestras rencillas son la perdición de la república; las facciones nos devorarán a todos, si no les ponemos término. ¡Moriremos todos, y vosotros los primeros!

—No es perdonando el crimen como se obtiene el perdón de los malvados—respondió secamente Guadet—. Una república honrada o la muerte. Tal es el combate que vamos a empezar.

Dantón soltó con tristeza la mano de Guadet y le dijo con voz profética:

—Guadet, no sabéis hacer a la patria el sacrificio de vuestros resentimientos; no sabéis perdonar y seréis víctima de vuestra obstinación. Vamos cada uno adonde el flujo de la Revolución nos impela; podíamos dominarla unidos; pero, desunidos, nos dominará. ¡Adiós!

Concluyó la conferencia; Dantón fué rechazado hacia Robespierre, y la dirección de la Convención quedó confiada al azar.

Sin embargo, Dantón, que preveía la anarquía y temía a Robespierre, hizo con Dumouriez una alianza ofensiva y defensiva contra los enemigos comunes. Una ojeada bastó al héroe de Valmy para juzgar a los girondinos.

—Son romanos fuera de su país — dijo a Westermann, su confidente—. La república, como ellos la entienden, no es más que la novela de una mujer de talento; van a embriagarse con buenas palabras, mientras el pueblo se embriagará con sangre. Aquí sólo hay un hombre, que es Dantón.

Desde aquel día, Dumouriez y Dantón concertaron en secreto todos sus proyectos. Estos dos hombres, unidos en adelante, celebraron otra segunda entrevista con los girondinos, en casa de la señora Roland. Hubiera podido decirse que el instinto del porvenir les advertía los peligros del rompimiento y trataba de unirlos aún. La señora Roland encubrió con seducciones y encantos el abismo que separaba a los dos partidos. Vergniaud tendió generosamente su mano honrada a Dantón arrepentido. Louvet inmoló a Robespierre y a Marat con sus sarcasmos a la risa amarga de los amigos y al desprecio del rival. Dumouriez describió la campaña en que estaba empeñado el ejército y prometió para la primavera conquistar a Bélgica para la república, si ésta vivía hasta entonces. Los corazones parecían explayarse, y el entusiasmo por la patria elevó los ánimos a una región inaccesible a las rencillas de los partidos políticos; pero, cada vez que se volvía al terreno de la realidad y se trataba la cuestión del día, se tropezaba con la sangre de septiembre. Dantón la expiaba, los girondinos le acusaban, y se evitó hablar de ella; pero, al fin, aunque lo sintieron, se separaron para siempre.

LIBRO XXXI

Diplomacia de Dumouriez.—Westermann.—El *Amigo del Pueblo*.—Brissot intenta oponerse a las facciones.—Louvet.—Su retrato.—Acusa a Robespierre.—Infama a Marat.—Respuesta de Robespierre.—Barrère.—Fabre d'Eglantine.—Carta confidencial de Vergniaud.—Fonfrede.—Los partidos se disputan la popularidad.

I

Dumouriez saboreaba el triunfo en París y todos los partidos se disputaban el honor de conseguir que ingresara en sus filas el salvador de la república.

Dumouriez, con su gracia marcial, su carácter y su talento, prestábase a todos, pero no se entregaba a ninguno, dejando a cada uno de los jefes de partido la esperanza de contar con su espada, con cuya táctica interesó a todos en su gloria, y obtuvo los hombres, armas, municiones, subsidios y confianza de que tenía necesidad para realizar sus conquistas. La habilidad diplomática que había adquirido tratando antes con los partidos de los confederados en Polonia, le hizo fácil el manejo de los revolucionarios en París. El genio del generalísimo jugaba con las intrigas, y el hilo de su ambición mezclado en todas, sin enredarse en ninguna, le daba probabilidades

de éxito en la trama de todos los partidos. Sólo Marat le perseguía, amenazándole y acusándole por anticipado, pues el instinto le hacía ver en Dumouriez un traidor antes de consumar la traición.

Dumouriez, por su parte, despreciaba a Marat; pero éste desafiaba el favor público de que Dumouriez estaba rodeado y seguía como los insultadores paganos de Roma, los pasos del triunfador. El general había hecho desarmar y castigar a un batallón republicano por haber degollado a los emigrados, prisioneros de guerra, en Rhetel. El teniente coronel de este batallón, que era el arquitecto Palloy, había tomado parte en los excesos de los soldados, fué destituído por Beurnonville, segundo y amigo de Dumouriez. Palloy acudió en queja a París.

Era Palloy persona que en todo ponía su nombre a fin de darle celebridad. Había hecho una industria del entusiasmo, demoliendo la Bastilla y vendiendo las piezas de la fortaleza a los patriotas, como reliquias y despojos del despotismo. Era amigo de Marat, quien se encargó de defenderlo, haciendo que los jacobinos nombraran una comisión indagadora, compuesta de Bentabolle, gritador de los clubs, de Montaut, aristócrata que rescataba su nacimiento por la exaltación demagógica, y de él mismo para examinar la cuestión, reprender a Dumouriez y vengar a Palloy.

Habiendo rehusado el general recibirlos, Marat y sus dos colegas persiguieron a Dumouriez, hasta en medio de una fiesta triunfal que la señora Simons-Candeille, amiga de Vergniaud y de los girondinos, daba al vencedor de Valmy. Marat, interrumpiendo bruscamente la fiesta cuando la música y el baile entusiasmaban a los convidados, entre los que se encontraba Dantón, se acercó a Dumouriez y le interpeló con el tono del juez que interroga a un acusado acerca de los abusos de poder que se le atribuían. El general no se dignó responder, pero, mirando curiosa y despectivamente a la persona y traje de Marat, le dijo con acento y sonrisa de insolencia militar: «¿Sois vos el que llaman Marat? Nada tengo que deciros;» y le volvió la espalda. Marat se retiró rabioso, en medio de las risas y los cuchicheos de los enemigos. Al día siguiente se vengaba de este agravio en el *Diario de la República*, que redactaba entonces.

«¿No es humillante para los legisladores — decía en el periódico — ir a buscar a casa de las cortesanas al generalísimo de la república, y encontrarlo rodeado de ayudantes de campo dignos de él: de Westermann, capaz de cometer todos los crímenes con tal que se los paguen, y de Saint-Georges, espadachín titulado del duque de Orleáns?»

Louvet y Gorsás le respondieron en el mismo tono, en los periódicos girondinos, *El Centinela* y el *Correo de los Departamentos*. «Como está demostrado que la nación te mira como reptil venenoso, como maniático sanguinario, dijo irónicamente Gorsás, continúa sublevando al pueblo contra la Convención; continúa defendiendo la necesidad de que los diputados sean apedreados y las leyes sean hechas a golpes; continúa pidiendo que las tribunas se coloquen más en el centro del salón, para que el pueblo tenga más a su alcance a los diputados. Cuando éstos, a excepción de diez o doce de tus seides, sean inmolados, el pueblo irá a casa de los ministros, que tú no hayas elegido, especialmente a la de Roland, que no quiso entregarte los fondos de la república que le pediste para pagar y distribuir tus libelos; a casa de todos los periodistas, y a la de todos los moderados que no han aplaudido los asesinatos del 2 y 3 de septiembre. Así quedará París limpio de impurezas. ¡Qué alegría para ti, Marat, ver correr la sangre por las calles! ¡qué delicioso espectáculo verlas llenas de cadáveres, de miembros esparcidos y de entrañas palpitantes aún! y, ¡qué placer para tu alma bañarte en la sangre caliente de tus enemigos y enrojecer las páginas de tus diarios con la relación de esas gloriosas expediciones! ¡Puñales, puñales, amigo Marat! ¡pero no olvides las teas! ¡las teas también! Me parece que has descuidado en extremo este último recurso del crimen, porque es necesario que la sangre se mezcle con las cenizas. *El fuego de alegría de la matanza, es el incendio.* ¡Así opinaba Masaniello, y así debes opinar tú!»

II

Mientras los periodistas girondinos, asalariados por Roland e inspirados por su esposa ridiculizaban en el nombre de Marat sus propias teorías, los soldados de Dumouriez que guarnecían a París, y especialmente la caballería, defendiendo al general, insultaban al feroz demagogo en todas partes donde lo encontraban. Colgaron su efigie en el Palacio Real, y una multitud de marselleses y de dragones, acuartelados en la Escuela militar, desfilaron juntos por la calle de los Franciscanos y se detuvieron debajo de las ventanas del *amigo del pueblo* pidiendo su cabeza y las de los diputados de París, y amenazando incendiarle la casa. Marat, temblando, se refugió nuevamente en el subterráneo.

Un día que se atrevió a salir, escoltado por algunos hombres del pueblo que fijaban anuncios en las esquinas, lo encontró Westermann en el Puente Nuevo. Westermann, que era violento y estaba indignado con los ultrajes que Marat le infería constantemente en los periódicos, agarró al *amigo del pueblo* por el brazo y descargó unos cuantos sablazos de plano sobre sus espaldas. El pueblo, a quien el uniforme alucina y la audacia intimida, dejó cobardemente martirizar al tribuno. La acción de Westermann animó a Louvet, joven periodista, que escribió al día siguiente: «Pueblo, voy a referirte un apólogo extraño, que te hará ver claramente la locura de tu amigo Marat. Supongo que un pelo de mi barba tiene la facultad de hablar, y me dice: Corta tu brazo derecho porque ha defendido tu vida; corta tu brazo izquierdo porque ha llevado el pan a tu boca; corta tu cabeza porque ha dirigido tus miembros; corta tus piernas porque han llevado tu cuerpo. Dime ahora, pueblo soberano, ¿no sería mejor que hubiera guardado mis brazos, mis piernas y mi cabeza y me cortara sólo la barba que me daba tan absurdos consejos? Marat es el pelo de la barba de la república y dice: Matad a los generales que arrojan de Francia a los enemigos de la república; matad a la Convención que gobierna la nave del Estado; matad a los ministros que se preocupan del bienestar público; matadlos a todos, ¡menos a mí! El miserable sabe bien que sólo puede ser grande, cuando se quede solo.»

Marat acusó, no sin fundamento, a los girondinos de que fomentaban los motines en París, buscando en ellos la ocasión de una reacción contra el Ayuntamiento. Un destacamento de emigrados prisioneros de guerra, atravesó en efecto a París a mediodía, precedido de un trompeta tocando marcha y escoltado sólo por algunos soldados, como para provocar la emoción y la venganza de los arrabales. Más de veinte mil soldados o de federados de los departamentos se reunieron bajo diferentes pretextos en París, o en el campamento inmediato. Se continuó haciendo inscripciones de voluntarios para la guerra, con lo que se limpió la capital de más de diez mil proletarios sediciosos, que marchaban a la frontera. La corporación municipal no dió cuenta de la sangre vertida, sino de los prisioneros y de los despojos que había acumulado en las cárceles y en los depósitos, desde el 10 de agosto. Además de las víctimas de aquel día y de los ocho o diez mil detenidos que los asesinos de septiembre habían asesinado en las cárceles, otras mil y quinientas personas arrestadas por el crimen de contrarrevolución, habían sido inscriptas en los registros de las diferentes cárceles de París, cuatrocientas de las cuales habían sido detenidas arbitrariamente por orden de la corporación municipal. Las cárceles de los departamentos no eran suficientes para contener a los presos, y todas las ciudades convertían los antiguos monasterios en cárceles.

Reorganizóse el Ayuntamiento de París, y las elecciones para nombrar alcalde demostraron que el partido del orden tenía inmensa mayoría en las secciones, cuando no las intimidaban los agitadores que las dominaban. Pethión, representante del partido moderado y amigo de Roland, obtuvo catorce mil votos; Antonelle, Billaud-Varennes, Marat y Robespierre, candidatos de los jacobinos, sólo tuvieron un insignificante número de sufragios; pero Pethión declaró en un manifiesto dirigido a sus conciudadanos que,

elegido diputado de la Convención nacional, creía deber obedecer a la nación, y no podía asumir dos cargos incompatibles.

Brissot, expulsado del partido de los jacobinos, atacó la sociedad-madre de París en una alocución dirigida a todas las de Francia, y cuyo epígrafe, tomado de Salustio, recordaba los tiempos más desesperados de Roma. «¿Quiénes son los que pretenden afianzar la república? Los sanguinarios y ladrones. Lo que es unión entre los buenos ciudadanos, es facción entre los perversos.» — «La intriga, decía Brissot, me borró de la lista de los jacobinos de París; pero yo voy a desenmascararlos diciendo quiénes son y lo que meditan. Desaparecerá la superstición que inspira la sociedad-madre, de la que disponen algunos malvados para apoderarse de Francia. ¿Queréis conocerlos? Leed los escritos de Marat; escuchad a Robespierre, a Collot-d'Herbois y a Chabot en la tribuna del club de los jacobinos; ved los anuncios que manchan las esquinas de París; ojead los registros de proscripción del comité de vigilancia de la corporación municipal; removed los cadáveres del 2 de septiembre; recordad las predicaciones de los apóstoles del asesinato en los departamentos. ¡Y se me acusa de tener fe en este partido! Acusad, pues, a la Convención que los juzga, a Francia entera que los detesta y a Europa que lamenta ver manchada por ellos la más santa de las revoluciones. ¿Me llaman faccioso? Yo pertenezco a aquella facción que deseaba la república, y que fué durante mucho tiempo compuesta por Pethión, Buzot y por mí. ¡La facción de Brissot, la facción de la Gironda, la nacional de los que quieren el orden y la seguridad de las personas!... No conocéis a los que calumniáis por pertenecer a una facción. Guadet tiene el alma demasiado altiva; Vergniaud lleva demasiado adelante la indiferencia del genio, que confía en sus fuerzas y marcha sola. ¡Ducós tiene demasiado talento y es demasiado honrado! ¡Gensonné es bastante inteligente para someterse a la opinión de un jefe! ¡Me acusan de haber calumniado el 2 de septiembre! Decid más bien que el 2 de septiembre ha calumniado a la revolución del 10 de agosto, con la que querríais confundirle. El uno es el día más hermoso, el otro el más execrable de nuestros fastos: ¡pero la verdad se abrirá paso!... ¡Todos los satélites de Sila no murieron en su lecho! y, ¿dónde estaban el 10 de agosto nuestros calumniadores? Marat suplicaba a Barbaroux que lo condujeran a Marsella; Robespierre quería alejar de su casa al comité de insurrección que estaba en la de Antoine, por temor de ser acusado de complicidad con los conspiradores de la república. Los demás se ocultaban de las balas, mientras la tímida facción de la Gironda triunfaba. Los Merlíns, los Chabots, ¿dónde estaban entonces? Collot, que llamaba a los reyes soles radiantes de gloria, ¿dónde estaba? Sólo les faltó valor para subir al tribunado el 2 de septiembre sobre los cadáveres de Roland, de Guadet, de Vergniaud y sobre el mío. ¡Me acusan de federalismo! Escuchad: cuando Robespierre, que no era republicano, se defendía, en sus discursos del 14 de julio de 1791, de las sospechas de republicanismo, yo confesaba la república, la república unitaria, y me burlaba del sueño insensato que pretendía establecer en Francia ochenta y tres repúblicas confederadas. Acabar de vencer, derribar los tronos, instruir a los pueblos, conquistar y conservar la libertad, ved nuestra obra: Europa tiene la vista fija en la Convención. La impunidad del 2 de septiembre ha separado a Europa de nuestros principios: que se levante, que se presente ante Francia el malvado que puede decir: Yo he ordenado esos asesinatos, yo he degollado con mis manos a treinta o cuarenta víctimas; que se levante, y si la tierra no se abre para tragar tal monstruo, si Francia le recompensara en lugar de exterminarlo, ¡sería preciso huir al fin del universo y pedir al cielo que anonadase hasta el recuerdo de nuestra Revolución! Me equivoco, sería necesario ir a Marsella, porque Marsella ha borrado el horror del 2 de septiembre. Cincuenta y tres individuos detenidos allí por el pueblo han sido juzgados y absueltos por el tribunal popular; el pueblo no ha sido asesinado; él mismo ejecutó la sentencia; abrió las cárceles, abrazó a los desgraciados que gemían en ellas y los ha llevado a sus casas. ¡Esos

son los verdaderos republicanos!... Los calumniadores, ¿guardarán silencio?»

III

Brissot, arrastrado hasta el 10 de agosto por la lógica de sus principios republicanos, oponía, después de la conquista de la república, gran fuerza de resistencia a las facciones, semejante a la fuerza de impulsión que había comunicado hasta entonces a la opinión de los hombres libres. La ambición de que le habían acusado durante dos años, se desvaneció en concepto de las personas imparciales. Su proselitismo no era el de un ambicioso, sino el de un apóstol; no afectaba ni la influencia ni el mando, y sólo estaba dedicado a moderar y regularizar la victoria. Tan filósofo como político, no creía en la libertad sin honradez, y quería fundamentar la república en la moral y la justicia. Extraño al poder, limpias sus manos de sangre y de robo, tan pobre después de tres años de revolución como el día en que había empezado a combatir por ella, vivía desde hacía cinco años en un cuarto piso, casi sin muebles, en medio de sus libros y de las cunas de sus hijos; asilo en que todo revelaba la medianía de su posición, casi la indigencia. Después de las tormentas del día y de las fatigas del trabajo que le proporcionaba el periódico, iba a pie por la noche a ver a su esposa y a sus niños, que vivían en una pobre casa de Saint-Cloud. Los alimentaba con su trabajo, como un obrero de la inteligencia. Careciendo de la elocuencia que se enardece con el fuego de las discusiones y que brota en gestos y en acentos, dejaba la tribuna a Vergniaud, limitándose a la que se había creado con el periódico y en la que luchaba todas las mañanas con Camilo, Robespierre y Marat. Sus artículos eran discursos, en los que se ofrecía voluntariamente al odio y a los puñales de los jacobinos, pues había hecho el sacrificio de su vida y se inmolaba a la pureza de la república. Merecía la injuria del dictado de *hombre de Estado* que le daban los enemigos, pues, efectivamente, era hombre de Estado por lo profundo de sus pensamientos, por el conocimiento de la historia, por la extensión del plan y por la energía de la voluntad. Si hubiese tenido la elocuencia de Vergniaud o la espada de Dumouriez, habría podido dar un gobierno a la república, al día siguiente de su advenimiento.

Pero la naturaleza lo había creado para difundir ideas más bien que para manejar hombres. Su cuerpo pequeño y delgado, su rostro meditabundo y grave, la palidez y el ascetismo de sus facciones, la severidad melancólica de su semblante le impedían exteriorizar la llama antigua que ardía dentro; en la Convención tenía más influencia que acción; inspiraba y no agitaba, necesitando el silencio y la soledad de su gabinete para entusiasmarse. Su pensamiento era como el fuego de esas lámparas que sólo brillan entre paredes, porque las ráfagas del aire libre las hacen vacilar y apagarse; pero volvía a recobrar toda la intrepidez en el recogimiento, donde Vergniaud y Gensonné concurrían todas las noches a ilustrarse.

IV

Tal era la irritación entre los partidos y los hombres, cuando Brissot, Vergniaud, Condorcet y los amigos de éstos, decidieron a Roland a llevar a la Convención su informe acerca de la situación de París, en el que se invitaba francamente al combate a las facciones. Este informe fué leído en la sesión del 29 de octubre. Escuchado favorablemente por la mayoría, intimidó a Marat, a Robespierre y hasta a Dantón inspirando confianza a los girondinos. Los federados de los departamentos presentáronse al día siguiente en la barra y solicitaron que la Asamblea reprimiera a los agitadores de París, e hiciera prevalecer el gobierno nacional sobre la usurpación de algunos malvados, después de lo cual se diseminaron por los lugares públicos pidiendo a grandes gritos las cabezas de Marat, de Robespierre y de Dantón. Legendre denunció los atentados de los amigos de la Gironda, en la sesión del 3 de noviembre; Bentabolle refirió que la víspera, al pasar seiscientos dragones sable en mano por el baluarte, habían amenazado a los ciudadanos gritando: *No hay que procesar al rey, sino cortar la cabeza a Robespie-*

rre. Bazire, en el club de los jacobinos, denunció al partido a Brissot, de quien dijo que únicamente se ocupaba en asegurarse el mando; Robespierre el joven delató a Roland por haber hecho imprimir, por cuenta del Estado, la acusación de Louvet contra su hermano y por haberla hecho distribuir en los departamentos.

—Ciudadanos — dijo Saint-Just—, no sé qué golpe se prepara; todo está en fermentación en París; en el momento en que se trata de juzgar al rey y de perder a Robespierre, se llaman a las tropas a la capital. La influencia de los ministros es tal, que desde que se presentan en la Convención, sus deseos se convierten en leyes; se proponen decretos de acusación contra los representantes del pueblo, y Barbaroux propone juzgar al pueblo soberano. ¡Qué gobierno es el que pretende plantar el árbol de la libertad sobre el cadalso! ¡Denunciemos a la nación a todos los traidores!

V

Hacía ya algunos días que Robespierre no se presentaba en la Convención ni en el club de los jacobinos. Humillado por la superioridad de Marat y de Dantón en la primera lucha que sostuvo con ellos contra los girondinos, esperaba, retirado, el momento de reconquistar la estimación del pueblo y la admiración de las tribunas; una derrota oratoria le era mucho más sensible que una caída en el poder. Sus enemigos no tardaron en proporcionarle la ocasión de colocarse de nuevo en el lugar en que él deseaba.

—Pido la palabra para acusar a Robespierre — dijo inopinadamente el temerario Louvet.

—Y yo también la pido para acusarle —agregó Barbaroux.

Advertíase en esta impaciencia que la acusación estaba preparada y que sólo espiaban el momento favorable para presentarla.

—Escuchad a mis acusadores — respondió Robespierre con frialdad.

Louvet y Barbaroux ya se disputaban la tribuna, cuando Dantón se abalanzó a ella para interponerse por última vez.

—Es ya tiempo de que nos conozcamos — dijo Dantón—; es tiempo de que sepamos de quién somos colegas; es tiempo de que los nuestros sepan qué deben pensar de nosotros. En la Asamblea existen gérmenes de desconfianza mutua, y es necesario que terminen. Si entre nosotros hay un culpable, que se le castigue. Yo declaro a la Convención, a la nación entera, que no quiero a Marat, porque tiene un carácter, no sólo depravado y vehemente, sino también insociable. Después de esta opinión, séame permitido decir que yo tampoco tengo partido ni facción; si alguno puede probarme que pertenezco a una facción, que me confunda en seguida; si por lo contrario, es verdad que mi pensamiento es mío, que estoy firmemente decidido a morir antes que ser causa de un trastorno en la república, permítaseme manifestar lo que opino respecto a la situación actual.

»Sin duda es bueno que el sentimiento humanitario haga deplorar al ministro del Interior las desgracias inseparables de una gran revolución; pero, ¿se ha derrumbado jamás un trono sin que sus fragmentos hayan herido a algunos ciudadanos? ¿Se hizo nunca una revolución completa sin que la demolición del orden de cosas existente haya sido funesta a alguien? ¿Deben imputarse a la ciudad de París los desastres que, no lo niego, fueron quizá ocasionados por las venganzas particulares, pero que es más probable que fueran la consecuencia de la conmoción general, de la fiebre nacional, cuyos milagros admirará la posteridad? El ministro Roland ha cedido a un resentimiento, que yo respeto, sin duda; pero su amor apasionado al orden y a las leyes, le ha hecho ver bajo la apariencia de facción y de complot de Estado lo que sólo es la reunión de pequeñas y miserables intrigas, cuyo objeto supera a los medios. Penetraos de esta verdad, no puede existir facción en una república. ¿Dónde están los hombres que nos presentan como conjurados y como pretendientes a la dictadura y al triunvirato? ¡Qué se les nombre! Yo declaro que los que hablan de la facción de Robespierre, son, en mi concepto, malos ciudadanos!

VI

Las primeras palabras de Dantón habían sido acogidas favorablemente, por la franqueza y la varonil energía que revelaban. Negando a Marat, daba una prenda de reconciliación con los girondinos. Sus últimas palabras expiraron en medio de los murmullos. Dantón cubría con su cuerpo a Robespierre a quien se deseaba herir. Buzot pidió desdeñosamente que Robespierre llevase el asunto a los tribunales, si se creía calumniado por Roland. Robespierre le interrumpió abalanzándose a la tribuna.

—Pido — dijo Rebecqui — que nadie ejerza aquí el despotismo de la palabra, como en otras partes.

Robespierre insistió en vano.

Un joven de veintiocho a veintinueve años, de estatura pequeña y de formas femeniles, facciones delicadas, cabellos rubios, ojos azules, color pálido, frente serena, y expresión melancólica, pero cuya tristeza no revelaba abatimiento, sino que recordaba la meditación que precede a las grandes resoluciones, presentóse en la tribuna. Tenía en la mano izquierda un rollo de papeles, y la derecha, apoyada sobre el mármol, parecía estar dispuesta al combate; paseaba la mirada sobre los bancos de la Montaña; únicamente esperaba que se restableciese el silencio. Este joven era Louvet.

VII

Louvet era un hombre cuyo destino político sólo tiene la duración de un día, pero este día le conquista la fama, porque une a su nombre el recuerdo de un talento y de un valor sublimes. El orador y el héroe se confunden a veces en un solo acto y en un solo momento. Louvet era natural de París, hijo de una familia de la clase media, colocada en los límites de la aristocracia y del pueblo, que amaba el orden, como las fortunas establecidas, que detestaba las superioridades sociales, como el que se impacienta por subir detesta al superior. Desdeñando el tráfico de su padre, el joven buscó en las letras el nivel de su talento. Había escrito un libro (*Faublás*), célebre entonces, manual de libertinaje elegante. Este libro, calcado sobre la sociedad corrompida del tiempo, era el ideal de la sociedad que se ríe de sí misma y que sólo se admira de los vicios.

Este escándalo había hecho famoso a Louvet; pero sólo su talento había tomado parte en aquella obra, pues su corazón conservó la virtud, alimentando un fiel y ardiente amor. Casi adolescente, había amado y sido amado con igual vehemencia; pero esta inclinación mutua de dos corazones había sido contrariada por las respectivas familias, y la mujer a quien amaba fué desposada con otro. Los dos amantes dejaron de verse, pero no de adorarse.

Lodoiska, así la llamaba él, que, al recobrar la libertad, se había unido a su amante, tenía por las letras, por la libertad y por la gloria el mismo entusiasmo que Louvet, a quien acompañaba en sus estudios. En aquella unión no había más que un alma y un genio para los dos, cuyo amor no era únicamente una felicidad, sino también una inspiración. Vivían ocultos en un pequeño retiro, en los lindes de los grandes bosques reales que rodean a París. Lodoiska era otra señora Roland, pero más tierna y feliz; la imaginación tenía menos lugar en su vida que el sentimiento; adoraba en la Revolución la fortuna y la celebridad de Louvet, pues su amor entraba por mucho en sus opiniones; se entusiasmaba con los libros de filosofía y de republicanismo, antes de que hubiera llegado la hora de ocuparse en ello. Tan pronto como hubo libertad de imprenta y se abrió la sala de los amigos de la Constitución, Louvet dejaba de día su retiro, al que volvía todas las noches, interviniendo en el movimiento de los partidos. Cambió la pluma licenciosa que había escrito las *Aventuras de Faublás*, por la pluma del publicista y por la tribuna del club de los jacobinos. Mirabeau, licencioso como él, lo amó y animó. Robespierre, que no comprendía la libertad sin las buenas costumbres, vió con sentimiento a aquel escritor de tocador hablar de virtud, después de haber popularizado el vicio; quería que se expulsara de la república a la juventud más infecta que, perfumada de

literatura y de ateísmo, y desde el tiempo de la Asamblea constituyente, el diputado de Arrás había tratado de separar a Louvet de los jacobinos. Durante la Asamblea legislativa, Louvet se había afiliado en el partido de Brissot contra Robespierre. Lanthenás, amigo y comensal de la señora Roland, le había proporcionado la intimidad de esta mujer.

—¡Oh! Roland, Roland — decía él más adelante—. ¡Cuántas virtudes han asesinado en ti! ¡cuántas virtudes, cuántos encantos y cuánto genio han esterilizado en tu esposa, más grande y varonil que tú!

Estas palabras de Louvet revelan la impresión que le había hecho la señora Roland. Esta no describe con menos gracia la inclinación que ella tenía por Louvet, cuando dice:

«Louvet podría algunas veces como Filopemen, pagar el tributo de su figura. Pequeño, delgado, corto de vista, descuidado en el vestido, no se parece en nada al vulgo que no advierte al primer golpe de vista la nobleza de su frente, el fuego que chispea en sus ojos y lo impresionable de sus facciones al expresar una gran verdad o un bello sentimiento. Es imposible reunir en una sola persona más inteligencia, más sencillez y más abandono. Valiente como un león y dulce como un niño, puede hacer temblar a Catilina en la tribuna, manejar el buril de la historia, o sugerir la ternura de su alma a la mujer amada.»

Una amistad firme y varonil unió bien pronto estas dos almas. Louvet descubrió en la señora Roland el misterio de su amor y le presentó a Lodoiska. Las dos mujeres se comprendieron por la política y por el amor; pero se vieron poco y furtivamente, porque la querida de Louvet vivía muy retraída del trato social. La casta y respetada esposa del ministro no podía confesar su intimidad con una mujer amancebada con Louvet.

VIII

Louvet escribió, por encargo de Roland, *El Centinela*, periódico de los girondinos, en el que el más ardiente republicanismo se asociaba al culto del orden y de la humanidad. El 10 de agosto había salvado algunas víctimas, y el 2 de septiembre había ablandado a los verdugos. Elegido miembro de la Convención, abandonó su retiro yéndose a vivir a una modesta casa de la calle de San Honorato, cerca del salón de los jacobinos. Adicto por convicción y amistad a las opiniones de la Gironda, formaba con Barbaroux, Buzot, Rebecqui, Salles, Lasource, Ducós, Fonfrede, Rabaut de Saint-Etienne, Lanthenás y algunos otros, la vanguardia del partido de la juventud de los departamentos, impaciente por purificar la república. Vergniaud, Pethión, Condorcet, Sieyés y Brissot se esforzaban inútilmente por moderar a aquellos jóvenes, animados por la señora Roland, cuya táctica consistía en que el partido empeñase una lucha decisiva, creyendo que contemporizar era tan impolítico como cobarde. Louvet prometió asestar el primer golpe. El discurso que llevaba consigo ya hacía muchos días, había sido concertado en el conciliábulo de la señora Roland, que había enardecido los ánimos y dictado las palabras: Louvet era sólo la voz. Este discurso era la explosión de odio de todo un partido.

IX

Robespierre contempló a Louvet con afectado desdén y triunfó en su fuero interno al ver que ningún orador de los que ya gozaban celebridad había querido encargarse de acusarlo. Esta consideración de Vergniaud, de Gensonné y de Guadet revelábase en su actitud e inspiraba confianza a Robespierre. Louvet despreciaba hasta el descontento de su partido, porque sentía la mano de la señora Roland que lo impulsaba a la lucha. Restablecido el silencio, habló así:

—Una gran conspiración amenazaba a Francia y había pesado durante demasiado tiempo sobre la ciudad de París. Llegasteis, y la Asamblea legislativa fué desconocida, envilecida y escarnecida; hoy se pretende envilecer la Convención nacional y se predica abiertamente la insurrección contra ella. Ha llegado el momento de saber si existe una facción de siete u ocho miembros de esta Asamblea, o si los setecientos treinta miembros que la componen son una facción, porque es

necesario que de esta insolente lucha salgáis vencedores o envilecidos; es necesario, para dar cuenta a Francia de las razones que os hacen conservar en vuestro seno a ese hombre, a quien la opinión pública mira con horror, o que por un decreto solemne reconozcáis su inocencia o que lo expulséis de aquí; es necesario que toméis medidas contra esa corporación municipal desorganizadora, que retiene una autoridad usurpada. En vano prodigaréis medidas parciales si no atacáis el mal en los hombres que lo ocasionan. Voy a denunciar sus complots y citaré a todo París por testigo. Podría desde luego admirarme de que Dantón, a quien nadie atacaba, haya declarado que era invulnerable, y negado a Marat, de quien se ha servido como de un instrumento y de un cómplice en la gran conjuración que estoy denunciando. (Murmullos.)

—Pido — interrumpió Dantón — que se permita a Louvet descubrir el mal y poner el dedo en la llaga.

—Sí, Dantón, voy a descubrirlo, pero no hay que gritar antes de tiempo—prosiguió Louvet—. Fué en el mes de enero último cuando se vió en el club de los jacobinos que las discusiones profundas y brillantes que nos habían honrado ante Europa, fueron substituídas por los miserables debates que poco faltó para que nos perdieran y cuando se empezó a calumniar a la Asamblea legislativa. Apareció un hombre que quería siempre hablar, hablar constantemente, monopolizar el uso de la palabra, no para ilustrar a los jacobinos, sino para sembrar la división, y, sobre todo, para que le oyesen algunos centenares de espectadores, cuyos aplausos se deseaba obtener a todo trance. Los confidentes de este hombre se mostraban para exponer a tal o cual miembro de la Asamblea a las sospechas, a la animadversión de los espectadores crédulos, y para ofrecer a su admiración a una persona de quien hacían el más fastuoso elogio, si no lo hacía el mismo interesado. Entonces fué cuando los intrigantes subalternos declararon que Robespierre era el único hombre virtuoso en Francia, y que se debía confiar la salvación de la patria a él, que no hacía más que prodigar bajas adulaciones a los centenares de ciudadanos fanatizados a quienes llamaba pueblo: es la táctica de todos los usurpadores, desde César hasta Cromwell, desde Sila hasta Masaniello. Nosotros, por lo contrario, fieles a la legalidad, avanzábamos bien resueltos a que no se impusiera a la patria la idolatría de un individuo. Dos días después del 10 de agosto, encontrándome yo en el consejo general provisorio, entró un hombre, y al verle produjose un gran movimiento; era él mismo, era Robespierre. Se sentó en medio de nosotros; me equivoco, se sentó en el asiento preferente de la mesa. Estupefacto me pregunté a mí mismo, no queriendo dar crédito a mis ojos: ¡Qué! ¡Robespierre! ¿El incorruptible Robespierre, el que en los días de peligro había dejado el puesto en que los ciudadanos le habían colocado, el que después se había comprometido formalmente veinte veces a no aceptar ningún cargo público; Robespierre es el que ocupa de pronto un puesto en el consejo general de la corporación municipal? Desde entonces comprendí que aquel consejo estaba destinado a reinar.

»Robespierre, vosotros lo sabéis, se atribuye el honor del día 10 de agosto; pero la revolución del 10 de agosto es obra de todos; es obra de los arrabales que se levantaron en masa, de los valientes federados a quienes en aquel tiempo ciertos hombres no habían querido recibir en París; es obra de los valientes diputados que aquí mismo, entre el fragor de las descargas de artillería, votaron el decreto de suspensión de Luis XVI; es obra de los generosos guerreros de Brest y de la intrepidez de los hijos de la altiva Marsella. En cambio, el 2 de septiembre, ¡conjurados bárbaros!, es obra de vosotros y sólo de vosotros. (Movimientos de horror.)

»Ellos mismos se alaban; ellos mismos, con desprecio feroz, nos designan como los patriotas del 10 de agosto, reservándose el título de patriotas del 2 de septiembre. ¡Ah! No se les dispute esa distinción, digna, en efecto, de la clase de valor que les es propia; quédense con ella para nuestra justificación perdurable y para su eterno oprobio. El pueblo de París sabe combatir, pero no asesinar;

todo él estuvo en las Tullerías en el magnífico 10 de agosto; es falso que estuviera en las cárceles en el horrible 2 de septiembre. ¿Cuántos asesinos había en las cárceles? No llegaban a doscientos. ¿Cuántos espectadores había fuera? No llegaban a cuatrocientos. Preguntad a Pethión, él os lo confesará, ¿por qué no se evitaron aquellos crímenes? ¡Porque Roland hablaba en vano! ¡Porque Dantón, ministro de Justicia, no hablaba!... ¡porque Santerre, comandante de las secciones, esperaba!... ¡porque los oficiales municipales con sus fajas presidían las ejecuciones!... ¡porque la Asamblea legislativa estaba dominada y un insolente demagogo venía a la tribuna a notificar los decretos de la corporación municipal y amenazaba con hacer tocar a rebato si no se obedecían.»

Billaud-Barennes se levantó y trató de protestar; pero la Asamblea se indignó contra él, y gran número de miembros señalaron con el dedo a Robespierre. Cambón, que se significó por la cólera de su actitud, tendió el brazo hacia la Montaña, y gritó:

—¡Miserables, ved el decreto de muerte del dictador!

—¡Robespierre a la barra, encáusese a Robespierre! — gritaron de todas partes voces acusadoras.

El presidente impuso silencio, y Louvet continuó, acusando a Robespierre de todos los crímenes de la corporación municipal. Luego, mirando a Dantón, dijo:

—Entonces fué cuando se fijaron aquellos carteles en que se designaban como traidores a todos los ministros, excepto a uno solo, a uno solo, y siempre el mismo, y, ¿puedes tú, Dantón, justificar esta excepción ante la posteridad? Entonces fué cuando se vió con espanto aparecer a la luz del día un hombre único hasta ahora en los fastos del crimen. (Todas las miradas se dirigen a Marat), y no creáis apaciguarnos repudiando ahora a este hijo perdido del asesinato. ¿Cómo habría salido él de su sepulcro si vosotros no le hubierais sacado? ¿Por qué le habríais recompensado si no os hubiese servido? ¿Cómo le presentasteis bajo vuestros auspicios a la Asamblea electoral, en que me insultasteis por haber tenido el valor de pedir la palabra contra Marat? ¡Dios! ¡lo he nombrado! (Movimiento de horror.)

»Sí, los guardias de corps de Robespierre, esos hombres armados de sables y de palos que lo acompañaban por doquier, me insultaron al salir de la Asamblea electoral y me anunciaron que antes de mucho tiempo me harían pagar cara la audacia de combatir a la persona protegida por Robespierre. Y, ¿por qué camino marchaban los conjurados, de común acuerdo, a la ejecución de su plan de dominación? ¡Por el terror! Necesitaba aún más asesinatos para que fuera completo y para separar a los generosos ciudadanos más adictos a la libertad que a la vida. Se hicieron circular listas de proscripción firmadas por complacencia y a la aventura por montañeses extraviados. Se codiciaba la sangre y se repartían anticipadamente los despojos de las víctimas. Durante cuarenta y ocho horas la consternación fué general; treinta mil familias pueden atestiguarlo. Cuando vi tantas atrocidades liberticidas, me pregunté si en el día 10 de agosto había soñado nuestra victoria, o si Brunswick y las columnas contrarrevolucionarias estaban ya dentro de nuestros muros. ¡No! Eran los furiosos conjurados que pretendían cimentar con sangre su naciente autoridad Los bárbaros necesitaban aún, según decían, veintiocho mil cabezas. Recuerdo a Sila que principió por herir a los ciudadanos desarmados, pero que bien pronto hizo pasear ante la tribuna de las arengas, en el foro, las cabezas de los más ilustres ciudadanos. Así marchaban a su objeto aquellos malvados por el camino del poder supremo; pero allí los esperaban algunos hombres resueltos, que no les habrían dejado la dictadura de un día... (Aplausos unánimes.) ¿Quién los contuvo, sin embargo? Algunos patriotas intrépidos. ¿Quién los combatió? Pethión. Roland prodigó, denunciándolos ante Francia, más valor que hubiera necesitado para denunciar a un rey perjuro... ¡Robespierre! ¡Yo te acuso de haber calumniado incesantemente a los más honrados patriotas! Te acuso de haber difundido las calumnias en la primera semana de septiembre, cuando las calumnias eran puñaladas. Te acuso de haber envilecido y proscripto en cuanto

te fué posible a los representantes de la nación en su persona y en su autoridad. Te acuso de haberte presentado como objeto de idolatría, de haber permitido que en tu presencia se te designase como el único hombre virtuoso en Francia, como el único que podía salvar al pueblo y de haberlo dicho tú mismo. Te acuso de haber procurado obtener el poder supremo.

X

Todas las miradas y todos los gestos se dirigieron a Robespierre, como otros tantos testigos mudos de la acusación que el orador fulminaba contra él. Robespierre, pálido y agitado, con las facciones contraídas por la cólera, fué abandonado por sus colegas, y sintió en torno suyo la atmósfera de reprobación de la Asamblea. Pero en el fondo de su fisonomía se advirtió el gozo secreto de que lo juzgaran digno de la acusación de dictador que, en cualesquiera términos que se hiciera, era una prueba de su prestigio y una indicación que se hacía al pueblo. Louvet suspendió el discurso, para dejar caer todo el peso sobre el acusado y sobre el pensamiento de los jueces. Dirigiéndose luego despreciativamente hacia Marat, prosiguió:

—Pero en medio de vosotros hay otro hombre, a quien no quiero nombrar por no ensuciarme la lengua, otro hombre a quien no tengo necesidad de acusar, porque él mismo no ha temido deciros que es necesario hacer caer doscientas sesenta mil cabezas... Y, ¿ese hombre está en medio de vosotros? Francia se avergüenza de ello y Europa se admira de vuestra debilidad. Pido que se dicte contra Marat un decreto de acusación.

XI

Louvet descendió de la tribuna en medio de los aplausos; unos celebraban su elocuencia, otros su valor, aquéllos por odio a Robespierre y éstos por odio a Marat; parecía que el alma del orador había pasado a la Asamblea. Hasta las tribunas, generalmente vendidas a la corporación municipal y sometidas al gesto de Robespierre, quedaron consternadas con el eco de aquella voz, creyendo ver, en la Convención puesta en pie, a Francia levantada contra la tiranía de París, y arrancando el poder sangriento de manos de los individuos del Ayuntamiento. Robespierre, instruído, por otra derrota, de la insuficiencia de un discurso improvisado contra la acusación meditada y pulida de antemano, pidió que se le concedieran algunos días para preparar su defensa. La Asamblea accedió con indulgencia demasiado parecida al desprecio.

Al día siguiente Barbaroux detalló, agravándolos, los complots de Robespierre.

Los jacobinos y las secciones temblaron ante el desprestigio de su ídolo; el pueblo se paseaba todas las noches después de estos discursos alrededor de la casa de Robespierre, y en los arrabales circuló la noticia de que había sido asesinado. No se le había visto ni en el club de los jacobinos ni en la Convención después de la denuncia de Louvet, a la que debía responder el lunes 5 de noviembre. En este día, las tribunas de la Convención, sitiadas desde el amanecer por los grupos de los dos partidos, estaban divididas en dos campos, que preludiaban el combate de las palabras con los gestos y las amenazas. Por fin, el presidente concedió la palabra a Robespierre, que subió a la tribuna pálido como nunca. Mientras se restablecía el silencio, golpeaba convulsivamente con los dedos la tribuna, como el músico que, distraído, juguetea con las teclas de un piano. Ningún gesto, ninguna sonrisa le animaba en la Asamblea; todas las miradas le eran hostiles, todas las bocas desdeñosas, todos los corazones estaban cerrados. Empezó a hablar con voz chillona, en la que se advertía el temblor de la cólera, penosamente reprimido.

XII

«¡Ciudadanos! ¿de qué se me acusa? —dijo, después de haber hecho un breve llamamiento a la justicia de sus colegas—. De haber conspirado para llegar a la dictadura, al tribunado o al triunvirato. Se reconocerá que, si semejante proyecto fuera criminal, sería aún más atrevido,

porque para realizarlo se necesitaba por lo pronto derribar el trono, anular la legislación, y, sobre todo, impedir la formación de la Convención nacional. Pero, entonces, ¿cómo he sido el primero que en mis discursos y en mis escritos he apelado a la Convención nacional como el único remedio a los males de la patria? Para llegar a la dictadura se necesitaba antes ser dueño de París y dominar los departamentos; ¿dónde están mis tesoros? ¿dónde mis ejércitos? ¿dónde los grandes destinos que desempeño? Todo esto está en manos de mis acusadores. Para que su acusación pudiera adquirir el menor carácter de verosimilitud, sería necesario demostrar primero que yo estaba completamente loco. Y, si estaba loco, faltaría aún explicar por qué los hombres sensatos se han tomado el trabajo de componer tan bellos discursos, tan bellos anuncios y desplegar tantos esfuerzos para presentarme ante la Convención nacional como el más peligroso de los conspiradores. Analicemos los hechos. ¿Qué me reprochan? ¿la amistad de Marat? Podría hacer mi profesión de fe respecto a Marat, sin deciros más bien ni más mal que lo que pienso de él; pero no sé hacer traición a mi pensamiento por adular a la opinión dominante. Hablé en 1792 una sola vez con Marat, y fué para reprenderle la exageración y la violencia con que perjudicaba a la causa que servía; por su parte, declaró al separarse que no había encontrado en mí *ni las miras, ni la audacia de un hombre de Estado*. Estas palabras responden a las calumnias de los que pretenden confundirme con ese hombre. ¿No me he granjeado bastantes enemigos combatiendo por la libertad, que aun es preciso imputarme excesos que siempre he evitado, y opiniones que no he cesado de reprobar? Pero he hablado, dicen, sin descanso en el club de los jacobinos y he ejercido gran influencia en aquel partido. Desde el 10 de agosto no subí diez veces a la tribuna de los jacobinos; antes de ese día colaboré con ellos en la preparación de la santa insurrección contra la tiranía y la traición de la corte y de Lafayette; pero los jacobinos entonces ¡eran la Francia revolucionaria! y vosotros, que ahora me acusáis, estabais con Lafayette. Los jacobinos no seguían vuestros consejos, y vosotros queréis valeros de la Convención nacional para vengar las desgracias de vuestro amor propio. Lafayette también pedía decretos contra los jacobinos; ¿pretendéis, como él, dividir al pueblo? ¿Que yo he aceptado el título de empleado municipal? Respondo, por lo pronto, que renuncié en el mes de enero de 1791 el empleo lucrativo y de ningún modo peligroso de acusador público. ¿Entré en la sala como dueño? ¿Fuí a ratificar mis poderes ante la mesa?

»No fuí nombrado hasta el 10 de agosto, y estoy lejos de pretender arrebatar el honor del combate y de la victoria a los que formaban parte de la corporación municipal en la noche terrible que armaron a los ciudadanos, dirigieron los movimientos, desconcertaron la traición y arrastraron a Mandat, que llevaba órdenes insidiosas de la corte. Se asegura que había intrigantes en el consejo general, ¿quién lo sabe mejor que yo? Aquellos intrigantes son ahora mis enemigos. ¿Se atribuyen a este cuerpo arrestos arbitrarios? Cuando el cónsul de Roma ahogó la conspiración de Catilina, Clodio le acusó de haber violado las leyes. He visto aquí ciudadanos, que no son Clodios, pero que algún tiempo antes del día 10 de agosto se encontraban, por prudencia, fuera de París y que denuncian a la corporación municipal, después que ha triunfado por ellos. ¿Actos ilegales? ¿Se salva a la patria con el código criminal en la mano? ¿por qué no nos censuráis también el haber roto las plumas mercenarias, cuyo oficio era propagar la impostura y ultrajar la libertad? ¿por qué no nos acusáis también de haber expulsado de París a los conspiradores y de haber desarmado a nuestros enemigos? Todo esto era sin duda ilegal; sí, ¡ilegal como la toma de la Bastilla; ilegal como la caída del trono; ilegal como la libertad! ¡Ciudadanos! ¿queréis una revolución sin revolución? ¿Cuál es el espíritu de persecución que pretende revisar, por decirlo así, la que ha roto nuestras cadenas? y, ¿quién puede después del golpe señalar el punto preciso donde debían estrellarse las olas de la insurrección popular? ¿qué pueblo podría nunca sacudir el des-

potismo a tal precio? Los actores del 10 de agosto no podrían decir a sus acusadores: si nos negáis, negad también la victoria; tomad nuevamente vuestro yugo, vuestras leyes y vuestro antiguo trono; restituídnos con la sangre que hemos derramado el precio de nuestros sacrificios y de nuestros combates...

»En cuanto a los días 2 y 3 de septiembre, los que han afirmado que yo había tenido la menor parte en tales acontecimientos, son muy crédulos o muy perversos. Abandono su alma a los remordimientos, si los remordimientos pueden suponer un alma. ¡En aquella época yo había dejado de pertenecer a la corporación municipal y estaba encerrado en mi casa!

Robespierre explicó luego, sin justificar aquellos horrores, la conexión del 10 de agosto y del 2 de septiembre y la imposibilidad que tenía el Ayuntamiento de prevenir las consecuencias de la agitación general. Y prosiguió:

—¡Se asegura que un inocente ha perecido! ¡uno solo! ¡es sin duda demasiado! ¡Ciudadanos, llorad esta desgraciada equivocación! Nosotros ya la hemos llorado mucho tiempo; ¡era un buen ciudadano, uno de nuestros amigos! Llorad también las víctimas culpables sometidas a la justicia de las leyes y que cayeron bajo los golpes de la justicia popular. Pero que vuestro dolor tenga término como todas las cosas humanas; guardemos algunas lágrimas para las calamidades que deben ser más sentidas. ¡Llorad a los cien mil patriotas inmolados por la tiranía; llorad a los ciudadanos que expiraron bajo sus techos arrasados, y a los hijos de los ciudadanos degollados en la cuna o en los brazos de sus madres! ¿No tenéis también hermanos, hijos y esposas que vengar? ¡La familia de los legisladores franceses, es la patria, es el género humano entero, menos los tiranos y sus cómplices!... La sensibilidad que sólo lamenta las desgracias de los enemigos de la libertad es sospechosa. Cesad de agitar a mi vista el manto sangriento del tirano o creeré que pretendéis encadenar nuevamente a la patria. ¡Calumniadores eternos! ¿queréis vengar el despotismo? ¿queréis mancillar la cuna de la República?

»Sepultemos esos despreciables manejos en un olvido eterno. Yo no tomaré ninguna resolución que me afecte personalmente, y renuncio a la justa venganza con que tendría el derecho de perseguir a mis calumniadores. No deseo otra venganza que el restablecimiento de la paz y de la libertad. ¡Ciudadanos, recorred con paso firme y rápido vuestra magnífica carrera, y pueda yo a expensas de mi vida y hasta de mi reputación contribuir con vosotros a la gloria y a la felicidad de nuestra patria común!»

XIII

Apenas concluyó de hablar Robespierre, cuando Louvet y Barbaroux, irritados por los aplausos que la Asamblea y los espectadores tributaban al orador y al discurso, se lanzaron a la tribuna para contestar; pero la Convención había ya acordado la impresión del discurso. Lo inútil de las acusaciones, la moderación de las conclusiones de Robespierre, la necesidad de extinguir, si era posible, el fuego que amenazaba incendiar la opinión pública, todo inducía a la Convención a poner término al debate. En concepto de Vergniaud, de Pethión, de Brissot, de Condorcet, de Gensonné y de Guadet, los más prudentes de los girondinos, el enemigo había salido de la contienda demasiado grande y les repugnaba engrandecerlo más.

Marat triunfó con Robespierre, a pesar de las comedidas negaciones de que habían sido objeto sus opiniones. Dantón consideróse triunfante al ver justificada la dictadura de la corporación municipal, amparados los crímenes de septiembre por la bandera de la salvación pública. Robespierre había disculpado a Dantón, y el partido indeciso de la Convención, en cuyo centro estaba Barrere, temió tener que contradecirse, alegrándose de humillar a los girondinos sin declarar inocentes a sus enemigos. A todos les convenía guardar silencio, menos a los acusadores.

XIV

Barbaroux, indignado con la obstinada negativa de la palabra que se oponía a sus súplicas y a las de Louvet, aban-

donó su asiento y bajó a la barra con objeto de usar de la palabra como ciudadano, ya que se le negaba como diputado.

—Me oiréis — exclamó, golpeando con ambas manos la baranda, como para hacer violencia a la Convención—, me oiréis. Si no me oís, ¿seré tachado de calumniador? Pero grabaré mi denuncia sobre el mármol.

Los murmullos, los sarcasmos y las risotadas de las tribunas no dejaron oír a Barbaroux, a quien se acusó de envilecer el carácter de representante del pueblo, al despojarse de él para acusar individualmente a un enemigo. Barrere, uno de los hombres que observan durante mucho tiempo la fortuna con objeto de no pronunciarse a la aventura, y que nunca se comprometen bastante para ser arrastrados en la caída del partido que han adoptado, se levantó para pedir la palabra. Joven, de formas elegantes, alto, desenvuelto, con estilo flúido, reflejaba en su rostro esa mezcla de reserva y de atrevimiento que caracteriza a los seyanos cubriendo todo el exterior de la inspiración, todo el cálculo del egoísmo. Estos hombres son los sabuesos de los grandes ambiciosos; pero, antes de entregarse a ellos, procuran dar a conocer su importancia con objeto de que se les aprecie más. Así era Barrere: carácter propio de la alta comedia, lanzado por equivocación del destino en la tragedia.

XV

Barrere había nacido en Tarbes, de una familia respetable: abogado en Tolosa, literato en París, ocultaba su nombre plebeyo bajo el pseudónimo de Vieuzac, que había traído de su provincia. Sus modales distinguidos y su lenguaje le abrían los salones, y la señora de Genlís le acogió e introdujo en la familiaridad del duque de Orleáns, quien, con objeto de atraerle a su causa, le confió la tutela de una joven inglesa sumamente bella, que pasaba por su hija natural. La señora de Genlís trataba a aquella pupila como una madre: esta joven se llamaba Pamela. Barrere era agraciado y elocuente, pareciéndose su filosofía sentimental a una parodia de Bernardino de Saint-Pierre, pues el colorido pastoral de las montañas, donde había nacido, se reflejaba en sus escritos. Los salones, los teatros y las academias afectaban entonces la desidia, que era como la languidez de la agonía de la moribunda sociedad que creía rejuvenecerse haciéndose pueril; pero esta afectada puerilidad era la chochez de la senectud. Barrere, Robespierre, Couthón, Marat y Saint-Just, almas acres, habían empezado siendo empalagosas.

Bailly, Mirabeau y el duque de Orleáns protegieron la candidatura de Barrere para la Asamblea nacional, donde desempeñó con asiduidad y talento un papel más literario que político; había adquirido numerosas relaciones, redactado después *La Aurora*, y sido uno de los primeros que pidieron la proclamación de la república cuando vieron vacilar el trono. El día 10 de agosto, enviado con Gregoire a esperar al rey en el jardín de las Tullerías, llevó cariñosamente en sus brazos al joven Delfín. Nombrado miembro de la Convención, parecía que debían unirle a los girondinos sus opiniones republicanas, sus estudios, sus relaciones, su origen meridional y su talento más florido que popular, y, efectivamente, se inclinaba hacia ellos en los primeros días; creía en su genio y admiraba su elocuencia; conocía la dignidad de su espíritu y le agradaba la moderación de su sistema; pero había visto la fuerza del pueblo el 10 de agosto y el 2 de septiembre, y la mirada del león le había fascinado. Temía a Marat, era admirado por Dantón y desconfiaba de Robespierre. La estrella de estos tres hombres podía sufrir muchos cambios y no quería ofrecerse como víctima a su venganza si triunfaban.

Se había colocado a igual distancia de los dos partidos, en el centro, que se llamaba la Llanura, y era, alternativamente, mediador o auxiliar, según las personas, el día y la mayoría. La Llanura, compuesta de hombres prudentes o mediocres, que callaban por prudencia, necesitaba un orador y Barrere se ofreció a serlo. Se levantaba por primera vez, y en su actitud y en sus palabras traslucíase la incertidumbre equívoca de las almas que tomaban prestada la voz.

—Ciudadanos — dijo Barrere, al ver

bajar a la barra a Barbaroux—, uno de nuestros colegas pretende hablar, y no puedo por menos de oponerme a que se le oiga. ¿Quiere ser peticionario? En este caso, olvida que debe juzgar como diputado las peticiones que formule como ciudadano. ¿Quiere ser acusador? Pues no es en la barra, sino aquí o delante de los tribunales donde debe explicarse. ¿Qué significan las acusaciones de dictadura o de triunvirato? No demos importancia a hombres a quienes la opinión pública colocará en el lugar que les corresponde. No coloquemos sobre pedestales a los pigmeos. ¡Ciudadanos, si hubiera en la república un hombre nacido con el genio de César o con la audacia de Cromwell, un hombre que con el talento de Sila dispusiera de sus medios peligrosos, sería temible y yo lo acusaría ante vosotros. Si hubiera aquí un legislador de gran genio o de gran ambición, preguntaría en primer término si tiene un ejército a sus órdenes, un tesoro público a su disposición, o un gran partido en el senado o en la república; pero, hombres de un día, pequeños empresarios de revoluciones, políticos que jamás entrarán en el dominio de la historia, no han nacido para ocupar el tiempo que debemos dedicar a la nación.

El orador, que es muy aplaudido, propone que se discuta la orden del día como desprecio a los acusados.

—Guardad vuestra orden del día—respondió Robespierre con sequedad — si ha de contener un preámbulo injurioso para mí.

La Convención acordó la indiferencia y la neutralidad entre los acusadores y el acusado.

—Mueran los ambiciosos y con ellos nuestras sospechas y nuestras desconfianzas—exclama Rabaut-Saint-Etienne.

XVI

La noticia del triunfo de Robespierre fué acogida con júbilo por la multitud que se agolpaba en los alrededores de las Tullerías para compadecer o vengar al tribuno, cuya presencia aquella noche en el club de los jacobinos atrajo un gentío inmenso, que entró palmoteando en el salón.

—Que hable Robespierre — propuso Merlín—, pues es el único que puede dar cuenta de lo que ha hecho hoy.

—Conozco a Robespierre — respondió un miembro del club—, y estoy seguro de que callará. Hoy es el día más hermoso que ha visto la libertad, pues es el día en que Robespierre, acusado y perseguido como faccioso, triunfa. Su enérgica e ingenua elocuencia ha confundido a sus enemigos, porque la verdad guía su pluma y su corazón. Barbaroux se ha refugiado en la barra, porque el reptil no podía soportar las miradas del águila.

Manuel rogó que se le permitiera leer el discurso que había preparado para defender a Robespierre.

«Robespierre no es mi amigo, decía en el discurso, casi nunca le he hablado y le he combatido cuando mayor era su poder; pero ha salido honrado de la Asamblea constituyente. Sentado siempre al lado de Pethión, estos dos hombres eran los campeones de la libertad: Robespierre puede decirnos lo que dijo un romano: Se me ataca en mis discursos, ¡tan inocente soy en mis acciones! Robespierre nunca ha querido ser nada; no ha tomado parte en los horrores de septiembre cuando el pueblo, tan perverso como los reyes, quiso también hacer su San Bartolomé. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Subido sobre montones de cadáveres prediqué el respeto a la ley.»

Collot d'Herbois trató de justificar los asesinatos, y Barrere de excusarlos. Admirado ya del entusiasmo popular que provocaba Robespierre, a pesar de haber sido desdeñado por él aquella mañana, dijo:

«Ciudadanos, yo también en el discurso que había preparado para acusar a Robespierre emitía una opinión tan política y revolucionaria como la de Collot d'Herbois. Este día, decía yo, representa un crimen para un hombre vulgar, pero al hombre de Estado le produce dos efectos: hace desaparecer los conspiradores que la ley no podía alcanzar, y anonada a los fuldenses, a los realistas y a la aristocracia.

El arrepentimiento de Barrere no fué bien acogido, y no encontró la populari-

dad que buscaba hasta en la sangre derramada por otras manos.

Fabre d'Eglantine acusó a los girondinos de pretender que la Convención nacional celebrara las sesiones fuera de París.

—He visto — dijo — en el jardín del ministerio de Negocios Extranjeros, al ministro Roland, pálido, abatido y con la cabeza apoyada en un árbol, pedir con grandes instancias que se trasladara la Convención a Tours o a Blois. He visto a los que se encarnizan hoy contra el 2 de septiembre, ir a casa de Dantón y manifestar su alegría al oír el relato de aquellas muertes. Uno de ellos (aludiendo a Brissot, enemigo del libelista Morande), todavía deseaba que Morande fuera inmolado. Sólo Dantón mostró entonces gran energía de carácter, y únicamente él no perdió la esperanza de que se salvara la patria; golpeando con el pie el suelo, hizo brotar miles de soldados.

Fabre d'Eglantine llevó la adulación hasta insultar a la señora Roland, ante cuyas aras quemaba incienso la víspera.

Fabre, secretario de Dantón, menos amigo que cortesano, había nacido en las faldas del Pirineo, como Barrere. Cómico en su juventud, amigo de dar gusto en sociedad, su disposición para tocar varios instrumentos, su genio, que se complacía en agradar, sus versos cómicos y su locuacidad de calavera, le hacían ser buscado por los aficionados a las diversiones. Dos comedias, que fueron aplaudidas, consagraron su reputación de escritor; la amistad de Dantón, de la Croix y de los agitadores subalternos de la corporación municipal había acrecentado su fortuna y ensanchado su ambición; pobre antes de los asesinatos de septiembre, tuvo, después de estos días, casa, carruajes y cortesanos. Parapetado siempre tras los poderosos, manifestaba más gusto por los grandes crímenes, que valor para cometerlos; el miedo le impulsaba al menos tanto como la ambición; Dantón lo utilizaba, y Robespierre lo despreciaba.

XVII

Pethión, que no había podido hablar en la Convención y que no quería hablar en el club de los jacobinos, hizo imprimir al día siguiente el discurso que había preparado menos para acusar que para juzgar a Robespierre. Vilipendiaba en él a Marat, censuraba a la corporación municipal y rechazaba con horror la sangre de septiembre. «En cuanto a Robespierre, decía, su carácter explica su papel: receloso, desconfiado, viendo complots y abismos por doquier, su temperamento bilioso y su imaginación atrabiliaria, le hacen ver con el colorido del crimen todos los objetos. No confiando más que en sí mismo, no hablando sino de sí, convencido siempre de que se conspiraba contra él, ambicioso del favor del pueblo y sediento de aplausos, esta debilidad ha dado lugar a que se creyera que aspiraba a la dictadura, cuando no aspiraba más que al amor exclusivo del pueblo. ¡El pueblo es toda su ambición!»

Este retrato verdadero de Robespierre, era también verdadero retrato de Pethión. Había entonces entre los partidos de la Montaña y de la Gironda más sospechas que conflictos reales, y los amigos comunes que aspiraban a reunirlos eran los confidentes de sus mutuas acusaciones.

Garat acababa de ser nombrado ministro del Interior, después que Dantón había dejado de serlo de Justicia; era un escritor nacido también en los Pirineos, revolucionario por filosofía y literato de profesión, a quien las circunstancias habían arrastrado en sentido contrario a su imaginación. Demasiado tímido para continuar al lado de los girondinos, demasiado escrupuloso para obrar con los montañeses, trataba de introducirse, tolerado, amado y desdeñado por ambos partidos.

«Muchas veces he recordado con asombro, dice en sus *Memorias*, dos conversaciones que en el espacio de dos a tres días tuve con Salles y con Robespierre. Había conocido a ambos en la Asamblea constituyente, y los creía sincera e igualmente partidarios de la Revolución; no tenía la menor duda respecto a su probidad, pero, si hubiera tenido que dudar de la de uno de ellos, del último que habría sospechado hubiera sido de Robespierre. Salles tenía una imaginación inquieta, agitada por la fiebre de la Revolución. En la palabrería confusa, insig-

nificante y vaga de Robespierre, cuando hablaba de inspiración, creía percibir los gérmenes de un talento que podía desarrollarse. Violentaba con paciencia la lengua para amoldarla a las formas de la antigüedad y a las de J. J. Rousseau; la lectura continua de este filósofo debía penetrar en su espíritu y mejorarle. Ambos tenían el temperamento atrabiliario de donde en todos los siglos han salido las tempestades populares. Creo que Robespierre tiene religión; pero nunca hombre alguno que sabe escribir frases elegantes y persuasivas tuvo talento más falso. Un día en que le suplicaba que reflexionara acerca de algunas ideas que le proponía, me respondió: No necesito reflexionar, pues siempre me atengo a las primeras impresiones; todos los diputados de la Gironda, Brissot, Louvet, Barbaroux, son contrarrevolucionarios y conspiradores. — Y, ¿dónde conspiran?, le pregunté. — ¡En todos partes, me contestó, en París, en Francia, en toda Europa! La Gironda ha formado hace ya mucho tiempo el proyecto de separarse de Francia para volver a la Guyena y unirse a Inglaterra. Gensonné dice claramente a todo el que lo quiere oír, que no son aquí representantes, sino plenipotenciarios de la Gironda: Brissot conspira en su periódico, que es una llamada a la guerra civil; ha ido a Londres y se sabe a qué; Claviere, su amigo, ha conspirado toda la vida; Roland está en correspondencia con el traidor Montesquieu. Trabajan juntos para abrir la Saboya y Francia a los piamonteses. Serván ha sido nombrado general del ejército de los Pirineos con el exclusivo objeto de entregar la llave de la frontera a los españoles. Dumouriez amenaza más a París que a Bélgica y a Holanda. Es un charlatán de heroísmo, a quien yo quería hacer arrestar con los girondinos. ¡Ah! estoy bien cansado de la Revolución, estoy enfermo. Jamás la patria estuvo en mayor peligro y dudo que pueda salvarse. — ¿Estáis bien convencido de lo que acabáis de decir?, le pregunté. — Convencidísimo, me respondió Robespierre...

XVIII

»Me retiré consternado y temeroso, prosigue Garat, y encontré a Salles, que salía de la Convención. Y qué, le dije, ¿no habrá medio de evitar estas divisiones mortales para la patria? — Lo espero, me dijo; espero desenmascarar en breve a todos estos malvados. Conozco sus planes y sé que sus complots empezaron antes de la Revolución: el duque de Orleáns es el jefe oculto de esa cuadrilla de malhechores; Ducós es quien ha urdido la trama; Lafayette su cómplice, y quien, fingiendo proscribirle, envió al duque de Orleáns a Inglaterra para intrigar con Pitt; Mirabeau, que tenía parte en estos manejos, recibía dinero del rey para ocultar sus relaciones con el duque de Orleáns, y recibía todavía más de éste para servirle; necesitaban haber contado con los jacobinos para sus complots; pero no se atrevieron y se dirigieron a los franciscanos, que fueron siempre el semillero de conspiradores. Dantón los amolda a la política, Marat los domestica para los crímenes; negocian con Europa y tienen relaciones con todos los gobiernos extranjeros, tengo pruebas de ello. Han derribado un trono y pretenden hacer salir de la sangre otro nuevo; saben que el lado de la Convención donde están todas las virtudes es también el lado donde están todos los republicanos; nos acusan de realismo para desencadenar, con este pretexto, contra nosotros el furor de la multitud. Todo el lado derecho debe ser degollado y el duque de Orleáns subirá al trono; pero Marat, Robespierre y Dantón lo asesinarán; tales son los triunviros; Dantón, el más hábil y el más malvado de los tres, se deshará de sus colegas y dominará solo, primero como dictador y después como rey... — Yo estaba estupefacto al ver la credulidad de semejante hombre. — En efecto, ¿tales cosas proyectan vuestros amigos?, pregunté a Salles. — Todos, o casi todos, respondió. Condorcet todavía duda; Sieyés se expansiona poco, Roland ve la verdad, y todos conocen que es indispensable evitar estos crímenes y estas desgracias. — Yo traté de disuadir a Sa-

lles. El odio y el miedo ofuscaban a ambos partidos.»

XIX

Sólo Vergniaud, más tranquilo porque era más fuerte, conservaba la sangre fría, manteniéndose imparcial en medio de las prevenciones y de los odios. En aquel tiempo escribía a sus amigos de Burdeos estas líneas de serena melancolía, consignadas por primera vez en la historia, que reflejan la situación de la patria: «En las circunstancias difíciles en que me encuentro, mi corazón necesita explayarse con vosotros. Los que se alababan de haber hecho solos el 10 de agosto, creyeron tener el derecho de conducirse como si hubieran conquistado a Francia y París; yo no quise humillarme ante aquellos ridículos déspotas, y me llamaron aristócrata. Previ que si la existencia de la corporación municipal se prolongaba, el movimiento revolucionario se prolongaría también y ocasionaría los más horribles desórdenes. Me llamaron aristócrata, y vosotros conocéis los deplorables acontecimientos del 2 de septiembre. Los despojos de los emigrados y de las iglesias eran objeto de las más escandalosas rapiñas; las denuncié y por eso se me llamó aristócrata. El 17 de septiembre se repitieron los asesinatos; tuve la suerte de conseguir que se promulgara un decreto que ponía la vida de los detenidos bajo la responsabilidad de la Asamblea, y me llamaron aristócrata. En las comisiones, mis amigos y yo nos ocupábamos constantemente en los medios de reprimir la anarquía y de expulsar a los prusianos del territorio francés y nos amenazaban noche y día con el puñal de los asesinos. Se abrió la Convención y era fácil prever que si retenía en su seno a los hombres de septiembre, se promoverían en ella continuas borrascas; lo anuncié, pero mi denuncia resultó ineficaz.

»Nunca me produjeron la menor emoción los miserables clamores que se levantaron contra mí; sin embargo, me dije: Quizá los que acusan sin cesar a la pretendida facción de la Gironda, que desde el 10 de agosto esgrimen los puñales contra nosotros, sólo ambicionan presentarse siempre en la tribuna; quizá tengan el talento y la suerte de servir allí a la causa pública mejor que nosotros; no impidamos por orgullo el bien que pueden hacer. ¡Ah! ¿deseamos nosotros otra cosa que salvar a la patria? En este caso guardaré silencio y me limitaré a trabajar en los comités: otra razón me hizo callar ante el choque de pasiones personales, ¿quién puede responder que ha de ser siempre dueño de las pasiones de su alma? Tarde o temprano se paga tributo a la debilidad humana, y nosotros tenemos que dar cuenta a la república de nuestros extravíos. Pues bien, ¿qué hicieron los eternos difamadores? Redoblaron su furor para calumniar en la Convención, en el ejército y en todas partes a los hombres que habían sido útiles a la república. Acusaron a todos de intrigas, para que de ese modo la atención general se separara de los complots que fraguaban; el que no aplaude los asesinatos es, en su concepto, un aristócrata; el que los aplaude es virtuoso. Nos apremian para que decidamos por aclamación la suerte de Luis XVI, sin fórmulas, sin pruebas y sin juicio; hacen circular infames libelos contra la Convención y ridículos panegíricos del duque de Orleáns; inducen en las secciones a nuevas insurrecciones como la del 10 de agosto, y preconizan leyes agrarias. Los asesinos del 2 de septiembre, asociados con sacerdotes que se dicen patriotas, fraguan y propagan listas de proscripción; hablan claramente de buscar un jefe y un dueño a la república. El afán de semejantes hombres en pedir la muerte de Luis XVI me parece, lo confieso, muy sospechoso; pretenden, con la precipitación de un juicio, parecido a sus violencias, hacernos legalizar los asesinatos de la Abadía.

»Os escribo pocas veces, perdonadme; con frecuencia mi cabeza abriga penosas ideas y mi corazón dolorosos sentimientos, y apenas me queda bastante fuerza moral para cumplir con mi deber. Vuestro juicio es mi consuelo; libre, ya lo sabéis, de toda clase de ambición, no aspirando a la riqueza ni a la fama, únicamente me ocupa un solo deseo, que es el de poder un día gozar con vosotros, en el retiro, del triunfo de la patria y de la libertad.»

XX

El tono de esta carta revelaba la gravedad, la tristeza y el desinterés de los pensamientos de Vergniaud. Boyer-Fonfrede y Ducós, sus dos jóvenes amigos, se expansionaban en confidencias semejantes con sus amigos de Burdeos.

«El departamento de la Gironda, escribía entonces Ducós, debe mucho al celo y a la actividad de este excelente joven (Fonfrede). Si continúa, como espero, marchando con paso firme por el mismo camino, toda la república le quedará muy obligada. ¿Por qué, amigo mío, censuras mi silencio? Si tu reconvención es porque no subo a la tribuna, te responderé que cuando se tiene un pobre concepto de sí mismo y mucho amor a la causa pública, se desea trabajar, hablar y servir más que hacer ostentación de la propia personalidad. He tratado de prestar algunos servicios, pero nunca de conseguir aplausos; no he procurado satisfacerme a mí, pero algunas veces he dado satisfacción a mi conciencia. Además, mi salud, delicada desde el mes de septiembre, no me ha dejado el uso de mis facultades, no diré oratorias, sino de discusión, y tú sabes que los pulmones de Duchesne son más poderosos en la Asamblea que la razón con voz chillona y aguda.»

XXI

En la misma época, escribía Fonfrede a su padre: «Los traidores nos rodean y las intrigas nos tienen sitiados. Sieyés, Brissot y Condorcet, nuestros amigos, son las únicas cabezas de Francia capaces de darnos una buena Constitución. Conocéis el talento, el patriotismo y la honradez de Vergniaud, y yo, que lo trato de cerca, puedo aseguraros que es la gloria de la Convención, es tan inaccesible a toda seducción como a todo temor: sólo le conozco un defecto, que es algo apático y tiene cierta propensión a desanimarse. Guadet, hombre de gran talento y de valor sublime, se inmortalizó el 10 de agosto; su vida responde bien a las calumnias que han propalado en contra suya; Grangeneuve es el patriotismo personificado; su cabeza se enciende demasiado pronto, pero alumbra ardiendo. Gensonné es hombre de recursos y discute bien; tuvo algún tiempo la pasión de gobernar, pero esta pasión se ha extinguido ya en él.»

Por último, Brissot, afiliado entre los patriotas del Mediodía, se quejaba a ellos en estas líneas encontradas entre los papeles de la Gironda: «Los enemigos de la libertad me amargan la existencia, viéndome obligado a sostener constantemente un penoso combate contra los que han jurado la pérdida de la república; nuestras convulsiones no han terminado, pues la facción de la anarquía toma consistencia y ahora nos será difícil vencerla. Lo he dicho desde el principio de la Convención; es la tercera revolución que tenemos que hacer, la revolución de la anarquía. Amigos míos, perseverad, pues sólo el orden y la ley pueden garantir la libertad. En medio de las tormentas que nos rodean aquí y que agitan a la ciudad en que os escribo, es un consuelo para mí contemplar la tranquilidad de que gozáis. Es la apología más elocuente del sistema de república que deshonran las disensiones y el despotismo de París.»

Vergniaud, Ducós, Fonfrede, Grangeneuve, Condorcet y Sieyés, comentaban todas las noches la situación de la república, en casa de una mujer notable por su talento y por su republicanismo, a quien habían sido recomendados los diputados de la Gironda por su banquero de Burdeos. Casada con un hombre rico, habitaba el barrio de la Chaussée d'Antin, no lejos de la casa en que había muerto Mirabeau, después de haber intentado, como los girondinos, moderar y constituir la Revolución; pero el metal en fusión no toma las formas sino cuando empieza a enfriarse, y la Revolución estaba aún candente. Parecía que aquellos hombres ignoraban que tenían que realizar demasiados esfuerzos para que la sobreexcitación de las fuerzas no prolongara sus convulsiones. En aquella tertulia, Condorcet era sentencioso, y Vergniaud elocuente, con la elocuencia tranquila y filosófica que cae de lo alto sobre las tempestades, como si la palabra pudiera calmarlas juzgándolas. Fonfrede y Ducós mostrábanse ardientes, temerarios y gra-

ciosos, cualidades propias de la inexperiencia y de la juventud. Sieyés revelábase profundo, conciso, luminoso, nutrido de lo mejor de los historiadores antiguos, y lanzando del fondo de su taciturnidad habitual rayos de previsión que iluminaban el porvenir. «Hombre de una intuición soberana, cuando Sieyés hablaba», dice la mujer que presidía aquellas reuniones, «me parecía que una inteligencia superior me hacía comprender lo que me parecía incomprensible antes que él hubiera hablado.» Los girondinos escuchaban a Sieyés con respeto, porque el prestigio de la Asamblea constituyente y de la amistad de Mirabeau lo rodeaba. El aconsejaba las más arriesgadas empresas, e, inflexible como un principio, no contaba para nada las dificultades del momento, ni los obstáculos ni los peligros que sus planes habían de suscitar. Abstracto como un oráculo, prolongaba sus axiomas y desdeñaba discutirlos, siendo los planes con que adulaba e inflamaba a los girondinos los de purificar los comités legislativos y de la Convención, expulsar a los demagogos, inutilizar a Robespierre, seducir o abatir a Dantón, reprimir a la corporación municipal, concentrar veinte mil hombres escogidos en los departamentos para rodear la Convención y sujetar al pueblo, dominar por completo los arrabales, apoderarse de la casa consistorial, la Bastilla del despotismo popular, concentrar el poder en un directorio republicano, lanzar a Dumouriez en Bélgica y a Custine en Alemania, hacer temblar a todos los tronos, a todas las teocracias y a todas las aristocracias del continente, negociar secretamente con Prusia e Inglaterra, salvar a Luis XVI y a su familia, tenerlos en rehenes hasta que se hiciera la paz y condenarlos después a un ostracismo eterno.

Tras estos planes republicanos y en el misterio de sus pensamientos o de sus reticencias, se ocultaba quizá un trono constitucional y el advenimiento de una dinastía revolucionaria; pero estaba muy lejos de dejarlo entrever a los girondinos. Sieyés, que había sido el alma de la Asamblea constituyente, cuyo verbo era Mirabeau, esperaba recobrar su ascendiente sobre las opiniones y sobre los negocios, por medio de Vergniaud.

«Sieyés es el topo de la Revolución, decía Robespierre, incomodado; el abate Sieyés no se presenta, pero no cesa de trabajar en los subterráneos de la Asamblea; todo lo dirige y todo lo embrolla, levanta la tierra y desaparece; crea las facciones, las pone en movimiento, empuja a unas contra otras, y él permanece separado para aprovecharse después, si las circunstancias le son favorables.»

Condorcet, Brissot y Vergniaud no tenían preocupaciones contra la monarquía, y el disgusto que causaban las convulsiones populares empezaban a inclinar a sus amigos hacia la concentración de la autoridad pública. Pero sólo la palabra trono era una injusticia en los oídos de los hombres del 10 de agosto, y el odio fanático a los reyes era casi toda la política de los jóvenes diputados de la Gironda, que gritaban: la república o la muerte.

XXII

Fonfrede, hijo de un comerciante de Burdeos y comerciante él también, sólo tenía veintisiete años de edad y había pasado la juventud en Holanda, en cuyo país había respirado la antigua tradición republicana de aquellas provincias unidas, donde han nacido, una de la otra, la riqueza y la libertad. Fonfrede, después de volver a Francia, había contraído matrimonio con una hermana de Ducós, que servía de nudo a aquellos dos amigos y a aquellos dos hermanos, quienes vivían, amaban y pensaban juntos: ricos y establecidos en París, daban hospitalidad a Vergniaud. Su entusiasmo revolucionario los llevaba mucho más lejos que a éste, quien, a pesar de su republicanismo, lloraba la suerte de los reyes y de los emigrados. Fonfrede y Ducós tenían la exaltación de los jóvenes jacobinos.

Los otros girondinos, Pethión, Buzot, Louvet, Salles, Lasource, Rebecqui, Lanthenás, Lanjuinais, Valazé, Durand de Maillane, Feraud, Valady, el abate Fauchet, Kervelegán y Gersás, reuníanse más habitualmente en casa de la señora Roland. Menos vehementes que

Fonfrede, Ducós y Grangeneuve, menos prudentes que Vergniaud, obraban por interés de la patria más que por la emoción de su alma. Triunfar de los jacobinos, disputándoles a todo trance la popularidad; quitar a Dantón y Robespierre los pretextos de que se valían para acusar a los moderados de realismo; ahogar a Marat en la sangre de septiembre removida incesantemente para provocar la animosidad de la Convención; crear y retener en su poder una fuerza armada y un poder ejecutivo; introducir a sus amigos en los comités y unir la mayoría a sus intereses por hilos que la mano de Roland pondría en movimiento, constituían su programa. Sin duda, los intereses de la patria entraban por mucho en sus pensamientos, pero confundían fácilmente la ambición del partido con el interés de la república; tal es el peligro de las agrupaciones de este género, republicanas o parlamentarias: los mejores ciudadanos convierten el patriotismo en facción, y reducen el gobierno a las proporciones de una opinión. Por lo contrario, el poder de Robespierre debíase principalmente a que estaba en constante comunicación con la multitud en la sala del club de los jacobinos, mientras los girondinos respiraban su propia atmósfera. La única ventaja de las reuniones en casa de Roland, era la de disciplinar al partido girondino; imprimir la misma orientación a sus periódicos y dirigir con mano invisible los sufragios de la Convención para llevar a los amigos a los comités. Con esta táctica gobernaban los comités por mediación de los jacobinos; pero Robespierre gobernaba al pueblo; ambos lados conocían que la victoria la obtendría el partido más popular; y, por consiguiente, la popularidad era lo que se disputaba, y ambos partidos la buscaban por todas partes.

XXIII

Los jacobinos creían encontrarla entonces en el Temple. Aquel de los partidos que demostrara en sus actos el odio más irreconciliable al trono y que mejor sirviera a la venganza de la nación, entregándole la cabeza del rey, adquiriría tal título a la confianza y daría una prueba tal a la república, que la nación y la república se le entregarían. El precio de la cabeza de Luis XVI era la dictadura, y la ambición no regatea y el temor todavía menos. Luego aquel de los partidos que rehusara dar esta prenda a la República, revelaría con este hecho solo su inclinación a la superstición por el trono, y esta duda se reputaría como complicidad. Compadecerse del rey era lo mismo que declararse hostil a la república, y la patria no quería enemigos ni amigos dudosos; rehusarle la venganza era desconocerla; por consiguiente, la rivalidad de los partidos se disputaba una cabeza, debiendo triunfar el más implacable. Ambos partidos iban a luchar delante de la república para ver quién le sacrificaría más pronto y más completamente mayor víctima; siniestra reunión de circunstancias en que el ideal humano está, por decirlo así, fuera de lugar, y en que el terror y la cólera trastornan de tal modo el alma de un pueblo, que en vez de cifrar su fuerza en la generosidad, la cifra en el exterminio.

XXIV

Robespierre no odiaba personalmente al rey; hasta había confiado en las virtudes del soberano a su advenimiento al trono; prometía un reinado a la filosofía, y el mismo Dantón hubiera deseado salvar a Luis XVI. Las misteriosas relaciones de éste con la reina y con Madama Isabel, las promesas que les había hecho de velar por la familia real, la compasión a aquel rey, cuyo único crimen consistía en haber nacido en una época revolucionaria, con escaso genio para comprenderla, demasiada clemencia para combatirla y demasiada debilidad para dirigirla; la ternura por sus hijos, que encontraban al nacer un crimen en su nombre y una prisión en su cuna, el secreto orgullo de salvar a una familia coronada, el pensamiento político de retener aquellos importantes rehenes y de hacer de su vida y de su libertad objeto de negociación con las potencias extranjeras, todo inclinaba a Dantón a moderarse, y no lo ocultaba a sus amigos íntimos.

—Las naciones se salvan, pero no se

vengan — dijo un día a un grupo de franciscanos que le censuraban el no insistir en el proceso de Luis XVI—. Yo soy revolucionario, pero no una bestia feroz; no deseo la sangre de los reyes vencidos, dirigíos a Marat.

Y hasta a Marat le era indiferente el proceso de Luis XVI. Sólo pedía que se juzgara al rey para arrojar un guante más a los girondinos y para mostrarse más político que Robespierre y más implacable que Dantón.

Arrojado este guante, ya era imposible a los girondinos eludir la cuestión. Proponer a la Convención la amnistía de Luis XVI, era mostrarse a los ojos del pueblo irritado como traidores que sólo perdonaban al tirano para restituirle la tiranía. El partido estaba dividido en dos opiniones respecto a esta cuestión. Vergniaud, Roland, Lanjuinais, Brissot, Sieyés, Condorcet, Pethión y Fauchet, manifestaban repugnancia invencible a levantar el cadalso para el rey y a la instauración de la república. La equidad, la justicia, las fórmulas del juicio, la magnanimidad y la generosidad protestaban dentro de su corazón; no desconocían, como hombres ya experimentados en las exigencias de las revoluciones, que esta concesión de la sangre de Luis XVI haría necesarias otras víctimas, y que una república nacida en el combate del 10 de agosto, inaugurada con la sangre de septiembre y sancionada por el cadalso, no prometía más que el terror en la nación y sólo provocaría aversión en el extranjero. Se inclinaban a disputar a la nación el derecho de juzgar al rey, reconociéndole al mismo tiempo el de vencerle y reducirlo a prisión. En su concepto, Luis XVI era un vencido, pero no un acusado; el pueblo, un vencedor, pero no un juez, y el suplicio una venganza, pero no una necesidad.

XXV

La otra opinión, aunque participaba del horror de la sangre y confesaba la inutilidad de la muerte del rey después del combate, consideraba a Luis XVI como reo de lesa nación, a quien ésta tenía el derecho de castigar para venganza del pueblo y para ejemplo de los reyes. Fonfrede, Ducós, Valazé y algunos otros espíritus rígidos, a quienes fascinaba el ejemplo de los antiguos tiranos, inmolados para cimentar la libertad de los pueblos y a quienes el espectáculo de las vicisitudes humanas y el enternecimiento de las víctimas aun no había conmovido, opinaban en este sentido. «Luis XVI va a expirar sobre el cadalso, escribía Fonfrede a sus hermanos de Burdeos. Este acontecimiento, muy sencillo en sí, considerado por cada uno de nosotros bajo diferentes aspectos, es esperado también de diverso modo por cada cual. Un resto de superstición mezclado a no sé qué inquietud respecto al porvenir, hace que le teman algunas almas escrupulosas; pero el mayor número lo desea, y la libertad y la igualdad lo imponen tanto como la *justicia universal*. El sacrificio es grande. ¡Condenar a un hombre a muerte! Mi corazón se conmueve y gime; pero el deber habla e impone silencio al corazón. La pena es justa, muy justa, me lo garantiza la conciencia; algunos miembros de la Asamblea creen que sería útil sobreseer el proceso hasta la paz; pero esto sería una medida a medias y no valdría nada. Nos perdemos si nos asustamos de nuestro valor. Cuando las potencias de Europa se coligan contra nosotros, les ofrecemos el espectáculo de un rey ajusticiado.»

Queremos dirigir la revolución de modo que nos arrastre, añadían los girondinos de este partido, y para dirigir una revolución se necesita ponerse a la cabeza de la pasión que la impulsa; ésta es la de la libertad, y la libertad quiere vengarse y defenderse, porque el pueblo no estará seguro de ser libre sino cuando haya pasado sobre el cadáver de un rey; la víctima es culpable, y no es un crimen el inmolarla. Los jacobinos, los franciscanos, la corporación municipal, el partido patriota de la Convención, los clubs, los periódicos y las peticiones de los departamentos nos mandan que juzguemos al enemigo de la nación. Si desoímos la voz del pueblo, el pueblo nos desconocerá y se entregará a Robespierre, a Dantón y a Marat, y seremos criminales por habernos compadecido. El cadalso del rey será el trono de su facción y nosotros pereceremos sin salvar la cabeza

de Luis XVI; dejaremos el gobierno a los malvados, y nuestro fatal escrúpulo habrá perdido a la revolución. Guardemos la sensibilidad para las mujeres y los niños en la vida privada, y llevemos a los negocios públicos la inflexibilidad de los hombres de Estado: algunas veces se salvaron los imperios con una gota de sangre, pero jamás se salvaron con las lágrimas.»

Estas dudas prolongáronse mucho tiempo entre los dos grupos de la Gironda, cuya unidad amenazaban romper; pero Sieyés las concilió. Hombre sin odio y sin amor, miraba los negocios fríamente, repugnándole tanto como a Vergniaud que se juzgara a un rey a quien la victoria había juzgado ya, y no reconocía en la Convención ni el derecho ni la imparcialidad necesaria para fallar un proceso. Inmolar a Luis XVI parecíale un acto de cólera nacional que más tarde hace avergonzarse a los pueblos que lo consideran a sangre fría y que salpica con manchas de sangre la cuna de su libertad. Sieyés esperaba que la reflexión y la justicia conducirían, mientras se tramitaba el proceso, el sentimiento público a la opinión del ostracismo, único suplicio de los poderes caídos; pero Sieyés, que tenía la serenidad de la inteligencia, no tenía la intrepidez del alma. La política y la timidez le impedían adoptar resoluciones absolutas, y se reservaba la posibilidad de transigir con el temor y de sufrir la necesidad de las circunstancias. Sus opiniones eran más bien avisos que resoluciones, y aconsejó a los girondinos, sus amigos, que prorrogasen la dificultad con términos que dejaran a cada uno en libertad de opinión respecto al juicio del rey, y que sometieran al pueblo el fallo definitivo y en última apelación. De este modo, los girondinos conservarían el crédito necesario en la Convención, hablarían y votarían individualmente cada cual según la exaltación de su patriotismo o la magnanimidad de su moderación, sin que la opinión de ninguno de los miembros del partido caracterizara la opinión del partido todo. Las opiniones en el juicio serían individuales; pero, dado el fallo, todos estarían conformes en pedir que lo revisara el pueblo soberano, con lo que pondrían a cubierto su responsabilidad. Esto fué lo que se llamó apelación al pueblo. El juicio fué resuelto con esta reserva que tranquilizaba la conciencia de los unos, ponía al abrigo la popularidad de los otros y concedía a las circunstancias, no la cabeza, sino el juicio del rey. Concedido el proceso por el imperio de la cólera nacional, que tres meses no habían podido calmar, y bajo la amenaza de los ejércitos extranjeros que impulsaba al pueblo a adoptar resoluciones desesperadas, era fácil prever que ningún partido podría salvar a la víctima.

XXVI

Así, ni Robespierre, ni Dantón, ni Marat, ni los girondinos ansiaban la sangre de Luis XVI, ni creían en la utilidad política de su suplicio. Cada uno de ellos como cada partido aislado, hubiera libertado al rey; pero cara a cara y luchando para ver cuál era más patriota y más republicano, los partidos y los hombres levantaban el guante que se arrojaban mutuamente. Todos habrían preferido que no se hubiera lanzado tal reto; pero, arrojado ya el guante, el que retrocedía se perdía y dejaba no sólo la popularidad, sino la vida en manos del otro; iban a herirse o defenderse al través del cuerpo del rey. No era ninguna facción, ninguna opinión, ningún hombre quien asesinaba al rey, sino el antagonismo de todas las opiniones y de todas las agrupaciones políticas, viniendo a ser este proceso una especie de campo de batalla de los partidos; la cabeza de Luis XVI no era el despojo, sino la insignia aparente y cruel del patriotismo, que ninguno quería dejar a los adversarios. El rey debía, por lo tanto, caer bajo las manos de todos.

Adoptado este partido, los girondinos, y Roland sobre todo, se apresuraron a quitar este pretexto de turbulencia y división en la república. Dueños del comité de legislación, hicieron que se encargara primero a Valazé y después a Mailhe el relato en la Convención de los *crímenes*, y, después, el juicio del rey. Querían quitar a Robespierre la iniciativa de la acusación e imprimir carácter judicial al proceso de Luis XVI, para que la len-

titud y la solemnidad de las fórmulas dieran tiempo a que se tranquilizaran los ánimos, a que se impusiera la justicia y a que se efectuara un cambio de opinión favorable a la clemencia.

Valazé hizo la primera relación, largo catálogo de los *crímenes* de Luis XVI, y Dantón, levantándose después de la lectura, pidió que se imprimiera, y que se estudiara detenidamente, juntamente con todos los autos y todas las opiniones que tuvieran conexión con aquella gran causa. Las palabras de Dantón revelaban claramente el secreto propósito de eludir la discusión con los trámites de la instrucción. «En semejante materia, decía, es necesario no ahorrar los gastos de impresión. Toda opinión que parezca sensata, aunque sólo contenga una idea buena, debe publicarse. La disertación del relator respecto a la inviolabilidad no está completa y habrá muchas ideas que agregar a ella, pues será fácil demostrar que los pueblos también son inviolables, que no hay contrato sin reciprocidad, y que es evidente que el ex rey ha querido violar, vender y perder la nación francesa, y es de eterna justicia que se le condene.»

Pethión y Barbaroux hicieron también proposiciones contemporizadoras, al mismo tiempo que encubrían, como Dantón, sus sentimientos humanitarios, con imprecaciones contra la conducta del rey.

XXVII

La impaciencia, real o fingida, que despertaba el juicio de Luis XVI, agitaba igualmente a las secciones, a los periódicos, a los jacobinos y a los franciscanos. Oradores errantes levantaban tribunas portátiles en medio de los jardines públicos para invitar a las turbas a que pidieran venganza y sangre. El pueblo, abandonando el trabajo antes de que terminara el día, discurría siguiendo la voz de los agitadores y la inspiración de sus proclamas, desde la puerta de la Convención a la de los jacobinos y franciscanos, mostrándose cada vez más entusiasta partidario de Robespierre y pidiendo a grandes gritos la prueba de los traidores en el juicio del rey. La corporación municipal fomentaba estas agitaciones y daba por contraseña a las secciones la traición de Roland y de la Gironda. La insurrección estaba suspendida de un modo permanente sobre la Convención.

El rumor público tan pronto acusaba a los girondinos de tener hambriento a París, negándose a establecer el máximum del precio de las subsistencias en beneficio del pueblo, como de desorganizar el ejército y de amortiguar el entusiasmo patriótico en la nación, en Saboya, en el condado de Niza, en Bélgica y en Alemania, acusándoles, además, de transigir con los realistas y de perdonar, perdonando al rey, la víctima del pueblo y el holocausto de la patria. Marat lanzaba diariamente sobre aquellos gérmenes de odio el rayo de su palabra. Sus periódicos hacían explosión todas las mañanas, como los gritos de insurrección que salen a intervalos de la multitud amotinada; eran el eco creciente y multiplicado del furor de la nación. Dantón, aunque se mantenía en silencio, algo separado de ambos partidos, conservaba cierto ascendiente entre los franciscanos e inteligencias cimentadas en una terrible complicidad con los jefes del Ayuntamiento. Robespierre, gloriándose de ser él solo un partido, permanecía inmóvil en sus principios y en su desinterés, sin aspirar, aparentemente, a nada, pero esperándolo todo. En efecto, después de la prematura acusación de Louvet, algunos miembros indecisos de la Convención se separaban del partido de Roland y de Brissot, para afiliarse en el del hombre de los principios, unos por miedo, otros por estimación, y la mayoría por el poder de atracción que ejercen, independientemente de su carácter y de su talento personales, los hombres que comprenden mejor los dogmas de la revolución, que la ayudan con más fe y que los profesan con más perseverancia e intrepidez a través de todas las circunstancias, de todas las fortunas y de todos los partidos. Así, Marat, Dantón y Robespierre, los jacobinos, los franciscanos y el pueblo de París por una parte, y Roland, Pethión, Brissot, Vergniaud, los diputados girondinos, los federados de los departamentos, los marselleses de Barbaroux y la clase media de

París por la otra, se formaban dos facciones que iban a despedazarse disputándose la república. Tal era el aspecto de la Convención.

XXVIII

Pero no era sólo la ambición de gobernar la república lo que formaba estas dos grandes agrupaciones, sino la diferencia de los dogmas revolucionarios que profesaba cada partido, y la diferente política que la diversidad de dogmas inspiraba a los jefes. Los girondinos eran demócratas circunstanciales, mientras Robespierre y los montañeses lo eran por principios. Los primeros no aspiraban, como la Asamblea constituyente y Mirabeau, más que a derribar las antiguas aristocracias de la iglesia, de la nobleza y de la corte, para reemplazarlas con las aristocracias más modernas de la inteligencia, de las letras y de la fortuna. El trastorno social provocado por los girondinos deteníase en las primeras clases de la sociedad; suprimiendo el trono, la iglesia y la nobleza, querían conservar todo lo demás. Satisfecho su genio y su orgullo, pretendían detener la revolución, colocar el límite de la democracia detrás de ellos, y dejar subsistentes, más abajo, las desigualdades y las injusticias, sobre las que solamente ellos se habrían elevado por el movimiento que les hubieran impreso.

No ocultaban su predilección por la forma de gobierno inglés o por las instituciones senatoriales que constituirían, si no la majestad del hombre, al menos la supremacía de una clase. Los girondinos más avanzados dejaban ver sus tendencias americanas y federativas, que, dividiendo la república en grupos distintos e independientes, permitieran a las influencias y a las familias de las provincias llegar a ser oligarquías de departamento.

Sin descender hasta la turbulenta demagogia de Marat, la política de Robespierre extendíase, en sus planes de emancipación y de organización, a todo el pueblo. Todos los hombres ciudadanos, todos los ciudadanos soberanos y ejerciendo, según las formas determinadas por la Constitución, igual parte de soberanía; perfectas la justicia y la igualdad, fundadas en los derechos de la naturaleza y distribuyendo por partes iguales entre todas las condiciones y todos los individuos los beneficios y las cargas de la asociación común; los frutos hereditarios del trabajo conservados en la propiedad, base de la familia; pero la ley de sucesiones y la equidad del Estado imponiendo constantemente al rico las cargas más pesadas, aliviando al pobre con socorros abundantes, y tendiendo de este modo continuamente a nivelar las fortunas a ejemplo de los derechos y de las castas niveladas; una religión cívica que encerrara en su símbolo y expresara en su culto sencillo los dogmas racionales, las fórmulas morales y las aspiraciones piadosas que hacen creer, esperar y obrar a la humanidad; en tres palabras, un pueblo, un magistrado y un Dios; la ley divina expresada y practicada, cuanto fuera posible, en la ley social: tal era el ideal de la política de Robespierre.

Era, como ya hemos dicho, la misma política de Juan Jacobo Rousseau, cuyo germen se encuentra en el cristianismo: ¡ideal divino al que se faltó mil veces por la imperfección de los instrumentos y de las instituciones que intentaron realizarlo; ahogado mil veces en la sangre de los mártires de la perfección social, pero que, sin embargo, sobrevive a todas las decepciones, a todas las tiranías, a todas las épocas, a todos los sueños, y que la humanidad vuelve continuamente a ver brillar ante ella, si no como un puerto, a lo menos como un fin!

Semejante doctrina política debía fascinar al pueblo: tenía cómplices en todas las injusticias, en todas las desigualdades, en todos los sufrimientos de las clases desheredadas de la fortuna y del poder, y en todas las aspiraciones generosas de la humanidad. La doble complicidad de cuanto sufre en lo presente y de cuanto aspira en lo porvenir era la fuerza de Robespierre. Por eso, para el pueblo, eran ambiciosos los girondinos, y Robespierre un libertador.

XXIX

Los miembros de la corporación municipal y del club de los franciscanos tenían, además, otro motivo para aborre-

cer y derribar a los girondinos. Dueños de París desde el 10 de agosto, no querían ceder el mando a la Convención. El instinto de la revolución les decía que era necesario dar una dictadura a Francia, manejar todos los resortes a un tiempo y comunicar a los departamentos, miembros lejanos y fríos de la república, el calor y la fiebre que se concentran siempre, en determinados momentos, en la capital de las naciones. París, centro y foco de las ideas revolucionarias desde hacía medio siglo, tenía bastante ardor, pasión, fanatismo y autoridad sobre el resto de la república para hacerse imitar u obedecer, y para ejercer sobre los diputados indecisos o dispersos de los departamentos una presión de voluntad, de terror y, a veces, de insurrección, que los convirtiera, a su pesar, en instrumentos de la desesperada energía de los principios. Los franciscanos, la corporación municipal y Dantón, de acuerdo en esto con ellos, despreciaban en los girondinos la moderación de espíritu y los escrúpulos de legalidad, propios, según ellos, para enervarlo todo en momentos en que todo debía estar tirante y violento como las circunstancias. Aborrecían, sobre todo, en aquella gente provinciana el espíritu de aislamiento y el esfuerzo del centro a las extremidades que tendían a poner cada departamento al nivel de París, y a no dejar a la capital más derechos ni más acción que al último pueblo del Norte o del Mediodía. «¿Qué nos importan vuestras leyes y vuestras teorías — decía brutalmente Dantón a Gensonné—, cuando la única ley es triunfar, cuando la única teoría para la nación es la de vivir? Salvémonos primero, y discutiremos después. Francia no está ahora en Lila, ni en Marsella, ni en Lyón, ni en Burdeos; está toda donde se piensa, donde se obra y donde se combate. No hay departamentos, intereses separados ni geografía; no hay más que un pueblo y no debe haber más que una república. ¿Es en Lyón donde se ha tomado la Bastilla? ¿Es en Marsella donde se ha hecho el 20 de junio? ¿Es en Burdeos donde se hizo el 10 de agosto? En todas partes donde hay necesidad de salvarla, allí está Francia, allí está la nación, una, entera, indivisible. ¿Os quejáis de la tiranía de París? Pues es la tiranía que ejerce la cabeza sobre los miembros; es decir, es la tiranía de la vida sobre la muerte. Sois hombres de desmembración, nos acusáis de sujetar los departamentos, y nosotros os acusamos de decapitar la república. ¿Cuál de nosotros es más culpable? Queréis hacer pedazos la libertad, para que se debilite y sean vulnerables todos sus miembros; nosotros queremos declarar la libertad indivisible como la nación, para que sea inatacable en su cabeza. ¿Cuál de nosotros es mejor estadista?»

Sin duda alguna, Dantón.

LIBRO XXXII

Luis XVI y la familia real en el Temple.—Descripción del Temple.—Manuel.—Tisón y su esposa.—El zapatero Simón y su ayudante Rocher.—El rey es separado de su familia.—Clery.—Toulán.

I

Mientras la república, al nacer, despedazada en el interior por las facciones y amenazada en el extranjero por la coalición de los tronos, enviaba sus ejércitos a todas las fronteras, se agitaba en París, y, no sabiendo contra quién enfurecerse, pedía a grandes gritos una cabeza, para sacrificarla al genio irritado del pueblo. El rey y su familia, encerrados en el Temple, oían confusamente desde el fondo de la prisión el rumor de estas convulsiones, que de día en día se aproximaban más y les amenazaban de más cerca.

En estos grandes choques de ideas y de hechos que producen las revoluciones, hay siempre algunos seres expiatorios, algunas familias, algunas almas en quienes se personifica la desgracia común y en quienes, por deplorable privilegio del infortunio, los odios de las dos causas encarnizadas, los golpes que se dirigen, los terrores o furores que se envían, una a otra, las agrupaciones políticas que las desgarran, las calamidades, la sangre y las lágrimas de toda la nación, se concentran, por decirlo así, estallan, se desgarran, lloran, derraman sangre, sufren y mueren en un solo corazón. Es el punto en que las revoluciones más necesa-

rias y las más santas se convierten en angustias, en tormentos y en suplicios para las víctimas que personifican las instituciones derribadas. Entonces es también cuando la opinión enmudece, cuando la teoría deja de ser implacable, y cuando la historia misma, olvidando el interés que le inspira la causa de los pueblos, no tiene otra causa, otra gloria ni otro deber sino la piedad. Porque la historia, intérprete del corazón humano, tiene también lágrimas; pero estas lágrimas la enternecen, y no la ciegan.

II

Hemos dejado a Luis XVI en el umbral del Temple, adonde lo había conducido Pethión, sin que el rey supiera todavía si entraba allí como suspenso en sus funciones de soberano o como prisionero. Esta incertidumbre duró algunos días.

El Temple era una antigua y sombría fortaleza edificada por la orden monástica de los templarios, en época en que las teocracias sacerdotales y militares, uniendo la revolución contra los príncipes a la tiranía contra los pueblos, construían castillos para monasterios, y se posesionaban de ellos con la doble fuerza de la cruz y de la espada. Después de la caída de los templarios, esta mansión fortificada había quedado en pie como resto de otro tiempo descuidado por el nuevo.

El castillo del Temple estaba situado cerca del arrabal de San Antonio, no lejos de la Bastilla, y comprendía, con las casas anejas a él, palacio, torres y jardines, un extenso perímetro de soledad y de silencio en el centro de un barrio bullicioso de París. Los edificios eran el *priorato* o palacio de la orden, en cuyas habitaciones se hospedaba el conde de Artois, cuando iba de Versalles a París. Este palacio arruinado tenía habitaciones amuebladas a la usanza antigua, con camas y ropa para el príncipe y su comitiva. Sólo vivían en él un portero y su familia. Había un jardín que lo rodeaba, y que estaba inculto y vacío como el palacio. A algunos pasos de aquella residencia elevábase el torreón o castillo del Temple, que estuvo fortificado en otro tiempo. Su tosca y negra mole alzábase formando un solo cuerpo desde el suelo hacia el cielo; dos torres cuadradas, una más grande que la otra, pero unidas como un manojo de paredes, y en cada uno de cuyos flancos había otras torrecillas aisladas y que en lo antiguo habían estado coronadas de almenas, formaban el grupo principal de la construcción. Arrimados al palacio había algunos edificios mucho más bajos y más modernos, que, desapareciendo con su sombra, sólo servían para que su altura destacase más. El torreón y la torre estaban construídos con anchas piedras de sillería, cuyas escoriaciones y grietas jaspeaban las murallas de manchas amarillentas y lívidas sobre fondo negro, como las que imprimen la lluvia y el humo en los monumentos del norte de Francia.

La torre principal, casi tan alta como la de una catedral, tenía más de sesenta pies desde la base al remate, encerrando entre sus cuatro muros un espacio de treinta pies cuadrados. Un enorme pilar de piedra ocupaba el centro de la torre y subía hasta la aguja del edificio. Este pilar, ensanchándose y ramificándose en todos los pisos, apoyaba sus arcos en los muros exteriores, formando cuatro bóvedas sucesivas que sostenían otras tantas salas de armas, cada una de las cuales comunicaba con unos gabinetitos más estrechos abiertos en las torrecillas. Los muros del edificio tenían nueve pies de espesor; los huecos de las pocas ventanas que le daban luz, muy anchos en la sala, iban en diminución hasta el marco de piedra, dejando penetrar en el interior un poco de aire y una luz lejana. Gruesas rejas de hierro hacían más sombrías aún estas habitaciones. Dos puertas, forrada la una con madera de encina muy gruesa y guarnecida de clavos de cabeza ancha en forma de diamante, y la otra con planchas de hierro reforzadas con barras del mismo metal, separaban cada sala de la escalera por donde a ellas se subía. Esta escalera en espiral llegaba hasta la plataforma del edificio.

Para llegar al terrado se necesitaba abrir siete postigos sucesivos o siete puertas sólidas cerradas con llave y cerrojo, en cada una de las cuales había un centinela y un llavero. En lo alto del torreón

había una galería exterior en la que se podían dar diez pasos por cada frente; el menor viento zumbaba allí como un huracán, y el ruido de París subía debilitándose. Desde allí podía extenderse la vista sin encontrar obstáculo alguno, por encima de los tejados bajos del arrabal de San Antonio o de la calle del Temple a la cúpula del Panteón, a las torres de la catedral, a los tejados de los pabellones de las Tullerías, o a las verdes colinas de Issy o de Choisy-le-Roi, que, con sus caseríos, sus parques y sus praderas, bajan hasta la orilla del Sena.

La segunda torre, contigua a la principal, tenía otras dos torrecillas en cada uno de sus flancos, era igualmente cuadrada y estaba dividida en cuatro pisos; pero estos edificios contiguos no se comunicaban interiormente, teniendo cada uno una escalera separada. Sobre la torre pequeña, como sobre el torreón, había un terrado en lugar de techo. El primer piso constaba de una antesala, un comedor y una biblioteca, donde los antiguos priores del Temple habían amontonado gran número de libros viejos y donde también habían ido a parar los desperdicios de las bibliotecas del conde de Artois. Los pisos segundo, tercero y cuarto tenían la misma distribución de habitaciones, las mismas paredes desnudas y los mismos muebles destrozados. Allí silbaba el viento, caía la lluvia a través de los vidrios rotos, y las golondrinas volaban con toda libertad; allí no había camas, ni mesas, ni sillones, ni cortinas. Una o dos tarimas para los ayudantes del portero, algunas sillas desvencijadas y con los asientos rotos, y algunos vasos de barro en una cocina abandonada, constituían todo el ajuar. Dos puertas bajas en forma de arco, cuyas molduras de piedra sillería imitaban un haz de columnas coronadas con el escudo roto del Temple, daban entrada a los vestíbulos de las dos torres.

Anchas calles empedradas rodeaban el monumento, separadas entre sí por barreras de tablas. En el jardín había una espesa vegetación de hierbas inútiles, y numerosos montones de piedras y escombros de demoliciones. La muralla alta y sombría como las paredes de un claustro, que rodeaba el edificio, daba un aspecto tétrico a la ingente construcción. Esta muralla sólo se abría al extremo de una larga calle sin árboles que daba a la antigua del Temple. Tales eran el aspecto exterior y la disposición interior de la residencia a que los habitantes de las Tullerías, de Versalles y de Fontainebleau llegaron a la caída de la tarde. Las desiertas salas no esperaban huéspedes desde que los templarios habían salido de ellas para encaminarse a la hoguera de Jacobo Molay. Las torres piramidales, vacías, frías y silenciosas durante tantos siglos, parecían menos habitables que los salones de una pirámide sepulcral, en que duerma el sueño eterno cualquier faraón del Occidente.

III

Al llegar al Temple, el rey fué puesto por Pethión bajo la vigilancia de los municipales y de la guardia de Santerre. El procurador síndico del ayuntamiento, Manuel, tan susceptible de enternecimiento como de exaltación revolucionaria, acompañó a Luis XVI. Su actitud revelaba que la piedad se había apoderado de él, y que el respeto que le inspiraba la grandeza caída, luchaba en su fuero interno contra la austeridad oficial de su lenguaje. La frente baja y el color sonrosado del rostro descubrían la secreta vergüenza que le causaba encerrar al rey, a la reina, a los niños y a la princesa en una mansión tan diferente del palacio que acababan de dejar. Cierta duda daba incertidumbre al papel de Santerre, de Manuel y de los municipales encargados de instalar a la familia real en el Temple, instalación que se parecía a una ejecución. Los magistrados del pueblo estaban tan turbados como los cautivos; y los artilleros de las secciones, que habían escoltado el coche real, y a quienes los recuerdos del 10 de agosto, la embriaguez del triunfo, los gritos y ademanes del pueblo durante el tránsito, habían hecho perder toda clase de respeto, querían encerrar a Luis XVI en la torre pequeña y al resto de la familia real en el palacio. Pethión inculcó a estos hombres sentimientos humanitarios, y toda la familia fué instalada junta en el palacio. Los porteros la recibieron silenciosos y tris-

tes, e hicieron con celo apresurado los preparativos necesarios para una larga permanencia.

No dudaba el rey que ésta fuera la residencia que la nación le destinaba hasta el desenlace de su destino. No entraba allí sin cierta alegría interior que hace que el hombre agitado por el movimiento y fatigado por la incertidumbre encuentre placer en la inmovilidad sobre el escollo en que se ha estrellado, y si no creía en la seguridad, creía al menos en la paz de aquella mansión, por lo que se apresuró a tomar posesión de ella, y a acomodarla *in mente* a los hábitos de su vida. Midió con la vista los jardines para los paseos de los niños y para el ejercicio diario que su fuerte naturaleza y sus gustos de cazador le imponían a él como una necesidad. Mandó que le abrieran las habitaciones, examinó la ropa blanca y los muebles, escogió las piezas, señaló la cámara para la reina, la suya, la de los niños, la de Madama Isabel, la de la princesa de Lamballe y la de las personas que, por ternura o por fidelidad, le habían seguido hasta aquel asilo.

Se sirvió la cena a la familia real, y Luis XVI comió, al menos aparentemente, con tranquilidad de ánimo. Manuel y los municipales asistieron en pie. Habiéndose dormido el Delfín en las rodillas de María Antonieta, mandó el rey que lo llevaran al lecho. Se disponían a acostar al niño, cuando llegó una orden del ayuntamiento, motivada por una denuncia de los artilleros que estaban de guardia, y turbó aquella primera alegría del cautiverio. Era la orden para que evacuaran inmediatamente el palacio, y se encerrara desde la primera noche a la familia real en la torre pequeña del Temple. El rey sintió este golpe quizá más dolorosamente que la salida de las Tullerías. Es muy frecuente unirse más a un despojo del destino que al destino entero. Se interrumpieron todos los preparativos para la instalación. Los artilleros y los municipales transportaron apresuradamente algunos colchones y alguna ropa a las inhabitadas piezas de la torre, donde se establecieron cuerpos de guardia. El rey, la reina, las princesas y los niños, reunidos en el salón del palacio y juntando en torno suyo los objetos necesarios a cada uno, esperaron en silencio durante muchas horas que la prisión estuviera dispuesta para recibirlos.

A la una de la madrugada les invitó Manuel a que pasasen a la torre. La noche estaba obscura, los municipales iban delante con linternas, y los artilleros con el sable desenvainado formaban filas. Estas débiles luces sólo alumbraban un corto espacio delante de ellos, dejando todo lo demás en completa obscuridad; pero las lamparillas colocadas en las ventanas y en las cornisas de la fortaleza del Temple permitían entrever las altas agujas y la masa negra de las torres hacia las que se dirigían silenciosamente. El edificio, iluminado así, presentaba perfiles gigantescos y fantásticos, desconocidos por el rey y sus servidores. Habiendo preguntado un ayuda de cámara del rey en voz baja a un municipal si era allí adonde llevaban a su amo, le respondió:

—Tu amo estaba acostumbrado a habitar bajo dorados techos, y ahora va a ver cómo se aloja a los asesinos del pueblo.

La comitiva penetró en la torre por la puerta estrecha y oblicua de la torrecilla que encerraba la escalera de caracol. En cada piso iba quedándose algún individuo de la familia real, y los criados en la habitación que se les había destinado. Madama Isabel se instaló en una cocina, donde sólo había una tarima, en el piso bajo; la reina y los niños en el segundo piso y el rey en el tercero. Una cama de encina sin cortinas y algunas sillas eran los únicos muebles que había en la miserable habitación que se destinó a Luis XVI. Las paredes no estaban empapeladas, pero, pegadas a ellas, había algunos grabados obscenos, restos del ajuar de un lacayo del conde de Artois. El rey, al entrar, recorrió con la vista, sin manifestar la menor repugnancia o debilidad, el aposento que le destinaban; miró los grabados, los desprendió, y dijo volviéndolos hacia la pared:

—No quiero que semejantes objetos puedan ser vistos por mi hijo.

El cuarto de la reina y de los niños se encontraba en el mismo abandono.

El rey se acostó y durmió, velando su sueño durante toda la noche sus criados,

Hué y Chamilly, sentados junto a la cama del infortunado monarca. La princesa de Lamballe pasó la noche al pie del lecho de la reina, y las demás señoras de la servidumbre de la familia real en la cocina, sobre colchones extendidos alrededor de la tarima en que dormía la joven hermana de Luis XVI. Algunos guardias y municipales hacían centinela de vista en todos aquellos aposentos.

La reina y las princesas pasaron la noche en cuchicheos, conteniendo las lágrimas y haciendo presagios siniestros respecto al porvenir. Sólo los niños disfrutaron de un sueño tranquilo y prolongado, como si estuvieran bajo los dorados techos de Versalles. Al otro día y los siguientes, la reina y las princesas tuvieron la libertad de verse en la habitación del rey, y de recorrer los diferentes pisos del interior de la torre. Visitaron todas las habitaciones y arreglaron definitivamente el alojamiento de cada una de las personas de la familia, amigas y criados. Estrecharon más su vida y se plegaron a los hábitos, como el prisionero encadenado se arregla los hierros para sentir menos el peso. Les llevaron algunos muebles más, se tendieron algunos tapices sobre la húmeda desnudez de los muros y se armaron algunas camas. Las de la reina y el rey se tomaron de los viejos muebles del palacio del Temple; eran las de los caballerizos del conde de Artois; una sola, la del rey, tenía cortinas de damasco verde, pero rotas y desgarradas, como convenía a tan miserable alojamiento.

Después del desayuno, servido todavía con cierto lujo en el comedor del primer piso, pasó el rey a la torrecilla del lado, hojeó con interés los viejos libros latinos amontonados allí por los archiveros de la orden de los templarios, volúmenes que yacían después de largo tiempo sepultados en el polvo. Horacio, poeta del placer indolente, estaba allí olvidado como ironía de las grandezas destruídas, de las juventudes sepultadas y de las bellezas destronadas. Luis XVI, además, descubrió a Cicerón, alma grande, cuya serena filosofía domina las vicisitudes políticas, y cuya virtud y adversidad se presentan en espectáculo y en lecciones a las almas que tienen que luchar con la fortuna. Por último, desenterró algunos libros religiosos, que la piedad, acrecentándose con la desgracia, le hizo recibir como don del cielo; viejos breviarios que contenían en los versículos de los salmos, distribuídos para todos los días del año, los gemidos de la tierra; una *Imitación de Cristo*, vaso de dolor del cristiano, donde todas las lágrimas se convierten, con la resignación, en reposo del espíritu y en goces anticipados de inmortalidad. El rey llevó estos libros a su gabinete de estudio, hueco tomado en la torrecilla al lado de su aposento, para ejercitar la memoria y la inteligencia del Delfín con el estudio de la lengua latina.

Las princesas se reunieron en la habitación de la reina, en el segundo piso, debajo del aposento del rey. La reina mandó colocar su cama y la de su hijo en la sala, que ocupaba el centro de la torre; Madama Isabel, su sobrina, y la princesa de Lamballe se instalaron en una pieza más pequeña y obscura, por la que durante el día pasaban los municipales, los guardias y los hombres de servicio de aquel piso para ir a otras piezas destinadas a usos más viles. Las cocinas del piso bajo quedaron vacías, como el cuarto piso de la torre. En otra cocina contigua al aposento del rey se colocaron las camas de los dos criados, Hué y Chamilly.

Permitióse a la familia real pasear durante una hora en el jardín, bajo una sombría calle de viejos castaños de Indias. La comida se sirvió a las dos, asistiendo a ella Santerre y dos de sus ayudantes de campo, que no mostraron insolencia ni respeto. La tarde la pasaron hablando, leyendo, viendo jugar y haciendo rezar a los niños; tiernos desahogos de familia para los cautivos. A las nueve se sirvió la cena en el aposento del rey, para que el ruido de esta última comida no turbara el sueño de los niños, que descansaban ya en la habitación de la reina. Después de cenar y de las cariñosas despedidas entre el rey, la reina y su hermana, las princesas volvieron a bajar, y el rey, entrando en su gabinete de lectura, encerróse para reflexionar, leer y orar hasta media noche.

IV

Así transcurrió el primer día de cautiverio. La presencia y los consuelos de la princesa de Lamballe, la asiduidad y el cariño de la duquesa de Tourzel y su hija Paulina, la adhesión de los criados, que voluntariamente habíanse encerrado con sus señores, creyéndose felices con hacer aquellos sacrificios; el culto piadoso de Madama Isabel por su hermano, la novedad de la desgracia, las diversiones, las tristes sonrisas que proporcionaron muchas veces a los prisioneros el arreglo de sus aposentos y el trastorno de sus costumbres en aquella triste mansión, el cansancio de los pasados tumultos, el considerarse más seguros en aquella fortaleza, el ver realizado así providencialmente el voto expresado por la reina a Dantón, cuando le dijo: «Es preciso encerrarnos por tres meses en una torre», la aproximación cierta de los extranjeros, el desconocimiento de los triunfos de Dumouriez, el testimonio de tanto cariño, tanta compasión y tantos votos como les seguían desde el centro de la nación a sus calabozos; la esperanza vaga, pero confiada, de un cambio posible en las disposiciones del pueblo, difundieron alguna dulzura sobre su tristeza. Cuando el infortunio tiene testigos que le contemplen, confidencias que le escuchen y amistades que participen de él, puede tener hasta alegrías. Aquella familia, aquellos criados, encerrados juntos dentro de aquellos muros, se consolaban recíprocamente.

A fin de distraerse algo, los prisioneros fueron al día siguiente a visitar las salas mayores de la gran torre del Temple, donde les había anunciado Santerre que se les preparaba habitación definitiva. Manuel, Santerre y una numerosa escolta de municipales los acompañaron en aquella visita a su futura prisión, y después a los jardines. Al atravesar las filas de los municipales y los grupos de los guardias nacionales que se encontraban al paso, el rey y la reina oyeron susurros amenazadores contra la princesa de Lamballe, la señora de Tourzel y las damas de servicio, que se les dejaba como una sombra del trono, «cuya presencia no se podía tolerar después de los crímenes de la corte, pues se infería un ultraje al pueblo conservando aquella apariencia de superstición a la soberanía».

Estos rumores, que al momento llegaron a oídos de la corporación municipal, fueron causa de que se mandara expulsar a todas aquellas personas; pero la humanidad de Manuel suspendió durante algunos días la ejecución de aquella crueldad, esperando que podría hacer revocar la orden; pero, en la noche del 19 al 20 de agosto, durante el primer sueño de los prisioneros, un inusitado ruido sobresaltó a la familia real. Los municipales entraron en los aposentos del rey y de la reina y les leyeron el decreto en que se ordenaba la expulsión inmediata de todos los individuos que no pertenecieran a la familia real, sin exceptuar las damas de servicio y los dos criados adictos a los reyes. Esta orden, notificada a altas horas de la noche, con términos y gestos que la hacían más cruel, llenó a todos los detenidos de estupor y de consternación. Hué y Chamilly precipitáronse medio vestidos en el aposento de su señor, y permanecieron en pie ante la cama del rey, manifestando con esta actitud el horror que les producía la separación.

—Tened cuidado — les dijo un empleado municipal—; la guillotina es permanente y hiere de muerte a los criados de los reyes.

La señora de Tourzel, aya del Delfín, llevó el niño dormido a la cama de la desconsolada reina. La señorita Paulina de Tourzel abrazaba a la joven princesa real, a quien la edad y la amistad la unían como a una hermana. La señora de Navarre, dama de honor de Madama Isabel y las tres damas de servicio de la reina, las princesas, los niños, las señoras Saint-Brice, Thibault y Bazire, lloraban amargamente a los pies de María Antonieta. Esta y la princesa de Lamballe, abrazadas, sollozaban y fueron separadas violentamente. Los municipales llevaron a la señora de Lamballe, que se había desvanecido junto a la escalera, fuera de aquellos muros donde dejaba a su reina y amiga. El rey no pudo reconciliar el sueño; Madama Isabel y la jo-

ven princesa real pasaron el resto de la noche llorando en el aposento de la reina, que desde aquel día se consideró verdaderamente cautiva, pues acababan de arrebatarle la amistad.

V

Para reemplazar a las damas, a los criados y a los amigos, necesidad de los corazones como de los hábitos, los comisarios de la corporación municipal instalaron en la torre a un matrimonio apellidado Tisón. Eran los únicos encargados del servicio de los prisioneros. Tisón, viejo melancólico, era un antiguo empleado en las puertas de París, hombre acostumbrado por su oficio a sospechar, a inquirir y a mostrarse grosero con todo el mundo; la brutalidad constituía el fondo de su carácter, y la grosería convertía todos sus servicios en injurias. La mujer, más joven y menos insensible, fluctuaba entre su enternecimiento por las desgracias de la reina y el temor de que éste se atribuyera como un crimen a su marido. Pasaba alternativamente de la complacencia a la traición, y de verter lágrimas sobre las rodillas de la reina, a la delación contra María Antonieta. Su corazón era bueno, pero el ver a la reina de Francia sujeta a su capricho, exaltaba y turbaba sus ideas. Esta lucha de la sensibilidad y del terror en un espíritu débil, concluyeron por trastornar la razón de aquella mujer, cuya demencia dió lugar a que se imputaran a la reina crímenes contra la natura, que sólo eran delirios de aquella desgraciada. Un zapatero, llamado Simón, comisionado por la corporación municipal para inspeccionar los trabajos y los gastos, era el único de los municipales que no fué relevado jamás del servicio del Temple. Este hombre daba órdenes a todos los criados carceleros y llaveros. Artesano, que se avergonzaba del trabajo y que deseaba representar un papel, aunque fuera el más abyecto, intrigaba para que lo hiciesen carcelero, cargo que ejercía como verdugo: tenía por ayudante un antiguo sillero llamado Rocher.

VI

Rocher era un hombre para quien el infortunio es un juguete y se complacía en ladrar a las víctimas, como los perros a los andrajos. Se le había escogido por su estatura, por su siniestra apariencia y por la ferocidad de sus facciones; era el mismo que había forzado el aposento del rey el 20 de junio y levantado la mano para pegarle. De rostro repugnante, de mirada insolente, de gesto grosero, y asqueroso en su lenguaje, llevaba una gorra de pelo y una larga barba; su voz era ronca y cavernosa, olía continuamente a tabaco y a vino, y estaba siempre envuelto en la nube formada por el humo de la pipa que jamás separaba de la boca. Arrastraba un gran sable sobre las baldosas y los peldaños de la escalera de piedra, y llevaba colgando de la cintura un enorme manojo de llaves cuyo ruido, que él aumentaba a propósito, y el estruendo de los cerrojos que no cesaba de abrir y cerrar, le complacían como complace a otros el ruido de las armas: parecía que aquel sonido, que hacía resonar para darse importancia, hacía también resonar la cautividad más pesadamente en los oídos de los prisioneros. Cuando la familia real salía a dar su paseo a mediodía, Rocher, fingiendo escoger entre el manojo de llaves y ensayar inútilmente las cerraduras, hacía esperar al rey y a las princesas mucho tiempo en pie detrás de él, y apenas abría la puerta del primer postigo, bajaba precipitadamente la escalera dando codazos al rey y a la reina e iba a colocarse de centinela en la última puerta. Puesto allí de pie y obstruyendo la salida, examinaba los rostros y lanzaba nubes de humo de la pipa a los de la reina, de Madama Isabel y de la princesa real, observando a cada bocanada si habían comprendido que su propósito era insultarlas y si los testigos de su villanía lo recompensaban con sonrisas de inteligencia. El aplauso de estos ultrajes le animaba a renovarlos diariamente. Los guardias nacionales que estaban de servicio se reunían siempre que salía el rey, para gozar de aquel suplicio inferido a la dig-

nidad real por un llavero. Las personas ofendidas por semejante ultraje sofocaban en su alma la indignación que hubiera parecido un crimen a sus compañeros. Los más crueles o los más curiosos hacían que les llevaran sillas del cuerpo de guardia y se sentaban con el sombrero puesto cuando el rey pasaba, estrechando con afectación el camino para que el monarca caído tuviera que ver de más cerca su irreverencia y su degradación. Carcajadas, cuchicheos, epítetos groseros u obscenos, todas las manifestaciones del insulto proferían aquellos canallas al pasar el rey y las princesas; los que no se atrevían a pronunciar injurias las escribían con las puntas de las bayonetas en las paredes del vestíbulo y de las escaleras. Por doquier se leían alusiones ofensivas a la corpulencia del rey, a los pretendidos desórdenes de la reina, amenazas de muerte a los niños, «lobeznos que era preciso ahogar antes que pudieran devorar al pueblo.»

Mientras paseaba la familia real, los artilleros, abandonando los cañones, y los albañiles las llanas, se reunían lo más cerca posible de los prisioneros y bailaban en corro, cantando coplas revolucionarias y versos obscenos que la inocencia de los niños no comprendía.

VII

Esta hora de comunicación con el cielo y la naturaleza, que la piedad de las leyes más severas concede a los más grandes criminales, habíase transformado de este modo en hora de humillación y de tormentos para los cautivos. El rey y la reina habrían podido evitarlos, permaneciendo encerrados en sus habitaciones; pero los niños hubieran sufrido con esta reclusión e inmovilidad: a su edad necesitaban respiración y movimiento; los padres pagaban voluntariamente al precio de ultrajes el poco aire, sol y ejercicio que necesitaban sus tiernas vidas.

Santerre y los seis guardias municipales que prestaban servicio en el Temple, precedían en los paseos a la familia real y la vigilaban de cerca mientras permanecían fuera; los numerosos centinelas, por delante de los cuales era preciso pasar, hacían el saludo militar al comandante de la fuerza armada de París y echaban armas al hombro a los municipales; pero bajaban los fusiles, volviendo las culatas hacia arriba, en señal de desprecio, cuando se aproximaba el rey.

Se contaban los pasos de la familia real, que se limitaban en el jardín a la mitad de una calle de castaños de Indias; las demoliciones, las construcciones y los obreros obstruían la otra mitad. Este reducido espacio recorrido lentamente por el rey, su esposa y su hermana, servía para que corrieran y jugaran la joven princesa y el Delfín. El rey afectaba divertirse con aquellos juegos para animarles y jugaba al tejo y a la pelota con el Delfín y ponía al término de la calle el premio de la carrera. Mientras tanto, la reina y su hermana conversaban en voz baja, o se esforzaban para distraer a los niños, a fin de que no oyeran las canciones obscenas que los perseguían hasta debajo de la sombra de los árboles.

Un día, durante el paseo, hablando la reina con Clery de la inutilidad de los esfuerzos que la corte había intentado para ablandar o corromper a los republicanos, y sobre todo a Pethión, Dantón y Lacroix, le reveló para que él pudiera atestiguarlo algún día, un acto de adhesión, por el que parecía profundamente conmovido. En una de aquellas crisis desesperadas en que Luis XVI, agotados sus recursos, buscaba su última esperanza de salvación en la adhesión desinteresada y en el bolsillo de algunos amigos, el comendador de Estourmel, descendiente de uno de los caballeros cruzados que habían subido los primeros en el asalto de Jerusalén, era procurador general de la orden de Malta en París. Enterado de la pobreza del rey, realizó en pocas horas la suma de quinientos mil francos, y la envió a Luis XVI, que la aceptó, para pagar durante algunos días más a los intermediarios que le respondían del pueblo, y que, por último, lo engañaron. Esta deuda de reconocimiento pesaba sobre el corazón del rey y de la reina, en la prisión del Temple, doliéndose con frecuencia de haber aceptado tantos sacrificios inútiles y haber arrastrado en la catástrofe la fortuna de sus amigos.

Algunas veces también, y sobre todo al principio de su reclusión, las princesas tenían, durante los paseos, dulces inteligencias con los de afuera, porque los verdugos no podían interceptar las miradas. Desde los pisos altos de las casas que rodeaban el cercado del Temple, contemplaban muchos ojos aquel jardín: aquellas casas habitadas por familias pobres, no ofrecían a la corporación municipal ningún pretexto de sospecha ni de violencia. El pueblo de mercaderes, de obreros y de revendedores no podía ser acusado de complicidad con la tiranía, ni de conspiración contra la igualdad; y, por eso, no se habían atrevido a prohibir que se abrieran aquellas ventanas. Tan pronto como se supo en París la hora en que salía el rey a paseo, la curiosidad, la piedad y la fidelidad las llenaron de numerosos espectadores, cuyos rostros no se podían reconocer a tan larga distancia, pero cuya actitud y gestos revelaban la tierna curiosidad y la compasión. La familia real dirigía furtivas miradas a los desconocidos amigos; la reina, para corresponder silenciosamente a los deseos de aquellas visitas, separaba con intención de su rostro el velo, se detenía para hablar con el rey cuando miraban los más curiosos, o dirigía los pasos y los juegos del joven Delfín, como por casualidad, hacia el lado en que podía ser mejor vista la gracia y la figura del niño. Entonces se inclinaban algunas frentes, y algunas manos, acercándose una a otra, hacían el mudo ademán del aplauso. Algunas flores caían, como por casualidad, de los jardincillos colocados sobre los tejados de los pobres, y algunos escritos en grandes caracteres aparecían en una o dos buhardillas, donde se leía una palabra cariñosa, un presagio feliz, una esperanza o un respeto.

Con gestos continuos, pero más inteligibles, respondían desde abajo, y una o dos veces el rey y las princesas creyeron haber reconocido entre aquellas caras las facciones de amigos adictos, antiguos ministros, señoras de alto rango unidas a la corte, y de cuya existencia dudaban ellos. Esta misteriosa inteligencia, establecida entre la cárcel y la parte fiel de la nación, era tan grata para los cautivos, que les hizo arrostrar, para gozar todos los días de ella, la lluvia, el frío, el sol y los más intolerables ultrajes de los artilleros que estaban de guardia. El hilo de su existencia proscripta parecíales anudarse de este modo con el alma de sus antiguos súbditos, con cuyos corazones creían estar en comunicación. El aire exterior, impregnado de adhesión, les llevaba de afuera la piedad que se les negaba dentro. Subían a la plataforma y se asomaban muchas veces a la ventana de la torre; sostenían intimidades a gran distancia y amistades anónimas; la reina y su hermana decíanse mutuamente: «Tal casa nos es adicta, tal piso es nuestro, tal cuarto es realista, tal ventana es amiga.»

VIII

Pero, si recibían alguna alegría de afuera, también les llegaban la tristeza y el terror con el estruendo de la ciudad. Habían oído hasta el pie de la torre los aullidos de los asesinos de septiembre, pretendiendo forzar las consignas, cortar la cabeza de la reina, o al menos mostrarle el cuerpo mutilado de la princesa de Lamballe.

El 21 de septiembre, a las cuatro de la tarde, habiéndose dormido el rey, después de comer, al lado de las princesas, que guardaban silencio para no interrumpir su sueño, un guardia municipal, llamado Lubín, acompañado de una escolta de gendarmería a caballo y de una tumultuosa oleada de gente del pueblo, proclamó al pie de la torre la abolición de la monarquía y la instauración de la República. Las princesas no quisieron despertar al rey; pero, cuando despertó, le contaron lo que habían oído.

—Mi reinado — dijo a la reina, sonriéndose tristemente — ha pasado como un sueño; ¡pero no fué un sueño feliz! Dios me lo había impuesto, y el pueblo me libra de él. ¡Que sea feliz Francia y no me quejaré!

Aquella misma noche visitó Manuel a los prisioneros, y dijo a Luis XVI:

—¿Sabéis que los principios democráticos triunfan, que el pueblo ha abolido el trono y adoptado el gobierno republicano?

—Lo he oído decir—replicó el rey con

tranquila indiferencia—, y he hecho votos porque la República sea favorable al pueblo; yo jamás me interpuse entre la dicha y él.

El rey entonces, llevaba aún espada, cetro del noble en Francia, y las insignias de las órdenes de caballería de que era el jefe, estaban todavía unidas a su frac.

—Sabréis también — continuó Manuel — que la nación ha suprimido esos juguetes; debieran haberos dicho que os los quitarais, pues habiendo entrado en la categoría de los demás ciudadanos, debéis ser tratado como ellos. En cuanto a lo demás, pedid a la nación lo que necesitéis y os lo concederá

—Gracias — contestó el rey—, no necesito nada — y continuó leyendo tranquilamente.

IX

Manuel y los comisarios, para evitar al rey una pena inútil y la degradación violenta de la dignidad personal, se retiraron haciendo señas al ayuda de cámara para que los siguiera, encargando luego al fiel servidor que quitara las insignias de la casaca del rey, cuando lo desnudara por la noche, y enviara a la Convención aquellos despojos del trono y blasones de la nobleza; pero no fué necesario, porque el mismo rey dió a Clery la orden de hacerlo, negándose, sin embargo, a separarse de las insignias, que había recibido en la cuna al nacer y que creía que pertenecían a su persona más que al trono. Las encerró en una caja y las guardó, no se sabe si como un recuerdo, o como una esperanza. El fogoso Hebert, tan famoso después con el nombre de «Padre Duchesne», miembro entonces de la corporación municipal, solicitó que lo pusieran de servicio aquel día para gozar de la rara burla de la suerte, y para contemplar en las facciones del rey el suplicio moral del trono degradado. Hebert escudriñaba con la vista y con sonrisa cruel el rostro del rey; pero la tranquilidad que reflejaba el semblante del soberano caído, burló la curiosidad de aquél. El rey no quiso proporcionar a sus enemigos el placer de que sorprendieran en su rostro la más ligera emoción: fingió leer tranquilamente la historia de la decadencia del Imperio Romano, de Montesquieu, mientras se estaba consumando su propia historia y se leía su catástrofe, más atento a los reveses de otro que a los suyos. El rey mostróse grande en su indiferencia; la reina, sublime en su altivez, consideraba más humillante llorar la grandeza que haber caído de ella; la caída de su carácter la habría envilecido más que la de su rango, por lo que ninguna debilidad regocijó a los espectadores de aquella ejecución. Al sonar las trompetas en los patios, después de la instauración de la República, el rey asomóse a la ventana, para ver la apariencia del nuevo gobierno: la multitud lo vió, y las imprecaciones, los sarcasmos, y las injurias resonaron por todas partes como último adiós a la monarquía. Los gendarmes, agitando los sables y gritando «viva la República», hicieron al rey señas para que se retirara, y Luis XVI cerró la ventana. Así se separó del pueblo el rey, después de tantos siglos de monarquía.

X

La Convención señaló la suma de 500.000 francos para los gastos relativos al establecimiento y la manutención de la familia real en la prisión. La corporación municipal, por medio de comisiones sucesivas, había empleado la mayor parte de esta pensión en construcciones de seguridad y en estrechar más la cautividad. Lo que debía servir para consolar la existencia de los prisioneros, sirvió para agravar su situación y para el pago de los carceleros. El rey no tenía a su disposición ninguna suma para vestir a la reina, a su hermana y a sus hijos, para recompensar los servicios que tenía que pedir fuera, ni para proporcionar a su familia en los muebles y en las ocupaciones de la cárcel, el consuelo que la fortuna privada de los detenidos deja penetrar hasta en los calabozos de los criminales. Habiendo salido inopinadamente de las Tullerías, sin más vestidos que los que tenían puestos en la mañana del 10 de agosto, saqueados sus guardarropas, y conducidos desde allí al Temple, sin más ropa blanca que la que había en-

viado al Picadero la embajadora de Inglaterra y la que algunos de sus servidores habían prestado a la familia real, los prisioneros, al entrar el invierno, ofrecían el aspecto de una verdadera desnudez. La reina y Madama Isabel pasaban los días como pobres obreras recosiendo las camisas del rey y de los niños y remendando los trajes de verano.

Cuando los negociadores prusianos exigieron a Dumouriez, para disfrazar su retirada, una relación secreta acerca de lo que pasaba en el Temple, y de los respetuosos consuelos que se daban a Luis XVI, propios para disimular su prisión ante Europa, Manuel y Pethión, a instancia de Westermann, fueron al Temple y cumplieron las órdenes de aquel general. Ninguno de estos dos magistrados superiores del Ayuntamiento tenían la vergonzosa necesidad de venganza y de crueldad que los municipales contra el que había sido rey. Pethión y Manuel, personas de ideas republicanas, veían en Luis XVI un principio que debía proscribirse, pero un hombre a quien debía perdonarse; en la reina, en las princesas y en el Delfín, mujeres y niños, víctimas de la vicisitud de las cosas humanas, que el pueblo debía compadecer y sostener, más bien que abrumar en su caída. Celebraron una conferencia secreta con el rey, en la que, al mismo tiempo que confesaban ser republicanos, no ocultaron el interés que les inspiraban las desgracias de la familia real, ni la esperanza de verla en salvo, cuando se apaciguaran los temores públicos después de la victoria y de la paz. Luis XVI y hasta la reina, recordando el terror de septiembre, parecieron comprender que su vida estaba en manos del pueblo más que en las del ejército de los reyes coligados, y unieron sus votos a los de los republicanos humanos y moderados para que se efectuara pronto la evacuación del territorio. El rey rogó a Pethión que hiciera que le entregaran algún dinero para sus necesidades personales y las de su familia, y Pethión le envió cien luises (9.600 reales), limosna de republicano al soberano sumido en la indigencia. Se hizo una lista de todos los objetos necesarios a la familia real, tanto de ropa blanca como de muebles, vestidos, leña, alimentos, libros, etc., y todo fué enviado con abundancia por cuenta de la corporación municipal y por medio de sus comisionados, no con proporción a las necesidades de la familia real, sino a la generosidad de la nación y a los respetos que se deben a la grandeza caída. La república se mostró generosa en esta ocasión.

XI

Pethión y Manuel, que no eran más que los magistrados oficiales de la corporación municipal, dulcificaban las órdenes del Ayuntamiento al ejecutarlas, pero no las inspiraban, y el espíritu de represalias, de venganza, de sospecha y de baja persecución de los demagogos legos prevalecía en las comisiones. Todos los días presentábanse delatores, para popularizarse en el consejo del Ayuntamiento, a hacer denuncias contra los presos del Temple. El consejo general escogía los comisarios delegados y los más encarnizados. Los hombres de sentimientos humanitarios renunciaban a ejercer aquellas odiosas funciones, que iban, por consiguiente, a recaer en personas abyectas e implacables. Aquellos carceleros excedíanse unos a otros en las medidas de rigor y de vejamen, necesarias, según ellos, para evitar la evasión de los cautivos y su correspondencia con el extranjero. A pesar de que estas medidas repugnaban, a veces, al buen sentido y a la humanidad del consejo general, nadie se atrevía a contrariarlas por temor de ser acusado de complicidad con los realistas, de manera que lo que individualmente repugnaba a todos, no era reprobado por nadie. Cuando el terror impera, pesa tanto sobre el cuerpo que lo inspira como sobre la nación que lo sufre.

La administración y régimen interiores del Temple estaban, por consiguiente, entregados a un reducido número de personas, hez del consejo de la corporación municipal, casi todos artesanos sin educación, sin magnanimidad y sin pudor, que se enorgullecían del poder arbitrario que la fortuna les daba sobre el rey «caído» más bajo que ellos, y creían salvar a la patria haciéndole derramar lágrimas.

XII

A fines de septiembre, cuando el rey se disponía a abandonar el aposento de la reina, después de haber cenado, para subir al suyo, entraron en la torre seis oficiales municipales, y leyeron a Luis XVI el decreto del Ayuntamiento que ordenaba trasladarlo a la gran torre y separarlo completamente del resto de la familia La reina, Madama Isabel, la princesa real y el joven Delfín, estrechando al rey en sus brazos y cubriendo sus manos de besos y de lágrimas, trataron en vano de conmover a los municipales y de obtener el último consuelo de los infortunados, el sufrir juntos. Los municipales Simón y hasta Rocher, aunque enternecidos, no se atrevieron a modificar la inflexibilidad de la orden. Se registraron los muebles con la más exquisita escrupulosidad, las camas y los vestidos de los prisioneros, y se les quitaron todos los medios de mantener correspondencia con los amigos de fuera; papel, tinteros, plumas y lápices. Cesaron, por consiguiente, las lecciones que el príncipe real empezaba a recibir de sus padres, y el heredero del trono quedó condenado a ignorar el arte de escribir, ignorancia de que se avergüenzan hasta los últimos hijos del pueblo.

El rey, arrancado de los brazos de su familia, fué conducido a la habitación, apenas concluída, que se le había destinado en la torre grande, donde trabajaban aún los obreros. Una cama y una silla en medio de la cal, de los escombros, de las maderas y de los ladrillos componían todo el ajuar. El rey se acostó completamente vestido y pasó las horas contando los pasos de los centinelas que se relevaban a su puerta, y enjugando las primeras lágrimas que la prisión le había arrancado. Clery, su ayuda de cámara, pasó la noche en la silla en el hueco de una ventana, aguardando con impaciencia que amaneciera para saber si le permitirían ir a prestar a las princesas los servicios a que estaban acostumbradas: él era quien peinaba al Delfín y rizaba los largos cabellos de la reina y de Madama Isabel, después de su cautiverio.

Solicitó Clery permiso para prestar este servicio, y el comisario de la corporación municipal, Verón, le respondió brutalmente:

—Ya no os comunicaréis con las prisioneras, ni vuestro amo volverá a ver a sus hijos.

Habiendo hecho el rey algunas respetuosas observaciones a los comisarios respecto a la barbarie que ultrajaba a la naturaleza, que hería a cinco corazones por castigar uno solo, y que infligía a seres vivos el tormento de una separación más cruel que la muerte, aquéllos, sin dignarse responder, le volvieron la espalda, como personas que no oían y a quienes molestaban las súplicas.

XIII

Un pedazo de pan insuficiente para alimentar a dos personas y una botella de agua en la que habían echado el jugo de un limón, fué el desayuno que sirvieron al rey aquel día; el soberano se adelantó hacia el criado, partió el pan y le dió la mitad.

—Se han olvidado de que todavía somos dos — le dijo el rey—; tomad esto, yo tengo bastante con lo restante.

Clery lo rehusaba; pero el rey insistió y el criado tomó al fin la mitad del pan de su señor. Las lágrimas regaban los pedazos que se llevaba el leal servidor a la boca; el rey le vió llorar y no pudo menos de hacer otro tanto. Así comieron, llorando y contemplándose en silencio, el pan de las lágrimas y de la igualdad.

El rey suplicó de nuevo a un municipal que le diera noticias de su esposa y de sus hijos y le proporcionara algunos libros para distraerse, a cuyo fin le indicó algunos tomos de historia y de filosofía religiosa. Este municipal, más humano que los otros, consultó a sus colegas y los conquistó para poder cumplir aquella comisión cerca de la reina. Esta había pasado la noche lamentándose en su aposento entre los brazos de su cuñada y de su hija: la palidez de sus labios, las huellas de las lágrimas que habían corrido por sus mejillas, su espesa cabellera, en la que se veían hilos de plata, como despojos de la juventud, la

inmovilidad de sus ojos secos y la obstinación con que se había negado a tomar el alimento que le habían servido como desayuno, jurando que iba a dejarse morir de hambre si insistían en tenerla separada del rey, conmovieron e intimidaron quizá a los municipales, que eran responsables de la vida de los presos. La corporación municipal les pediría cuenta de la víctima arrebatada por una muerte voluntaria al cadalso. La naturaleza influía también en el corazón con aquel idioma de las lágrimas que se hace obedecer aun por los más endurecidos. Las princesas, de rodillas delante de aquellos hombres, suplicaban que se les permitiera estar reunidas con el rey al menos durante algunos momentos del día y a las horas de comer. Los ademanes, los gritos del alma, las lágrimas que derramaban sobre el pavimento, prestaban su omnipotencia a las súplicas:

—Pues bien, que coman juntos hoy — dijo un oficial municipal—, y mañana resolverá el ayuntamiento.

Al oír esto, los gritos de dolor de las princesas y de los niños convirtiéronse en exclamaciones de alegría y en bendiciones. La reina, que tenía a los niños en brazos, les hizo ponerse de rodillas y se puso ella también para dar gracias al cielo. Los municipales se miraron unos a otros con los ojos humedecidos, y hasta Simón dijo, enjugándose los suyos:

—Creo que estos diablos de mujeres serían capaces de hacerme llorar.

Después, volviéndose hacia la reina, y como avergonzado de su debilidad, le dijo:

—No llorabais así cuando el 10 de agosto hacíais asesinar al pueblo.

—¡Ah! — respondió la reina—. El pueblo está muy engañado respecto a nuestros sentimientos.

Los carceleros disfrutaron, durante un momento, del espectáculo de su clemencia. Los prisioneros se reunieron a la hora de comer y conocieron, más que nunca, lo necesario que la desgracia los hacía unos a otros.

XIV

La sensibilidad del rey acrecía en la desgracia, como el alma de la reina se santificaba en la adversidad, y todas las virtudes de Madama Isabel se convertían en piedad por su hermano y por su cuñada; la razón de los niños se enternecía en los calabozos regados constantemente por las lágrimas de sus padres. Un día de cautiverio les proporcionaba más conocimiento de la vida que un año en la corte. El infortunio apresura la madurez de las víctimas, y aquella familia sufría y gozaba de todo como un solo corazón. La corporación municipal no reclamó contra la unión de los prisioneros, por el temor de que la reina se suicidara, y, en lo sucesivo, fueron conducidos tres veces a la gran torre para comer en compañía del rey, pero los municipales, presentes a aquellas entrevistas, impedían toda confidencia íntima de los prisioneros entre sí; les estaba severamente prohibido hablar bajo o en idiomas extranjeros, pudiendo hacerlo solamente alto y en francés.

Madama Isabel, olvidando una vez aquella prohibición, dijo algunas palabras en voz baja a su hermano, y un municipal la reprendió con violencia.

—Los secretos de los tiranos — ladró aquel hombre—, son conspiraciones contra el pueblo. Hablad alto o callaos; la nación debe saberlo todo.

Dos prisiones para una sola familia aumentaban las dificultades de la vigilancia y las sospechas de los carceleros, porque aumentaban también las facilidades para que los servidores del rey pudieran burlar las consignas de la cárcel. Clery, a quien sus opiniones revolucionarias habían hecho que Pethión lo escogiera entre los ayudas de cámara del rey, como persona más adicta a la nación que a su amo, había dejado enfriar su patriotismo con las tiernas reconvenciones de Madama Isabel y con el espectáculo de aquellos corazones despedazados, en los que leía tantos sufrimientos y tantas aceptaciones. Su pasión por la libertad le remordía desde que la vió convertirse en suplicio para la familia del

rey, y desde aquel momento no tuvo más opiniones que la del cariño. Había conseguido entablar algunas relaciones fuera del recinto, y tres empleados de las cocinas del rey en las Tullerías, llamados Turgy, Marchand y Chretién, que, afectando patriotismo, habían conseguido que se les admitiera en las cocinas del Temple para prestar a sus antiguos amos los buenos servicios del cautiverio, secundaban a Clery. Este, familiarizándose con los municipales de guardia, y sirviéndoles en cuanto podía las noches que pasaban en el Temple, descubría algunas veces entre ellos muestras de interés por la familia real. Unas veces, por medio de ellos, y otras por medio de su mujer, admitida una vez por semana a verle en el postigo, hacía pasar billetes de Madama Isabel y de la reina a las personas que las princesas le designaban, y que podían escribir por haber substraído un lápiz a la inquisición de los comisarios, escribiendo estas raras confidencias de sus corazones en las hojas en blanco de sus devocionarios. Sus misivas eran ajenas a todo complot, limitándose a dar a sus antiguos amigos noticias de su situación e informarse de la suerte de las personas a quienes amaban.

Madama Isabel, a pesar de su belleza, jamás había albergado en su corazón otro sentimiento que el de la amistad; pero la amistad en su alma era una pasión que tenía la inquietud y la constancia del amor. El objeto de este tierno afecto de la princesa era la marquesa de Raigecourt, señorita de Causán, que había sido una de sus damas de honor en los tiempos de prosperidad. Esta joven, dotada con las gracias de la corte, con el valor de la adversidad, y cuyo talento tan sensato, como jovial e instruído en el conocimiento de la antigüedad, recordaba los días de Luis XIV, había sido educada con la princesa. La vida había unido sus corazones y su suerte desde la infancia. Casada, por la protección de Madama Isabel, con un noble de las primeras familias de Lorena, la marquesa de Raigecourt habíase visto obligada a ir a unirse con su marido, que había emigrado; la misma Madama Isabel lo había exigido por creerlo necesario, al verla en estado de embarazo muy adelantado y temiendo que las desgracias previstas por ella desde los primeros trastornos de la monarquía no recayeran sobre otras personas. Las dos amigas se escribían diariamente, y sus cartas manifestaban el cariño de hermanas al través de los tristes temores que abrigaban respecto al tiempo. Esta correspondencia, único consuelo de Madama Isabel, duró hasta el día 10 de agosto: las últimas palabras de la princesa a su amiga revelaban hasta en aquel último momento que tenía esperanzas de salvación, pero, desgraciadamente, estas esperanzas quedaron frustradas.

Clery consiguió hacer pasar a la marquesa de Raigecourt uno o dos breves mensajes de la prisión; después el silencio de la tumba se interpuso entre aquellas dos almas y precedió un año al cadalso.

La reina recibió y remitió por el mismo conducto algunas raras comunicaciones; todas frases de doble sentido, pero que contenían volúmenes de angustias y de ternura; aquellas palabras sólo podían traducirlas ojos acostumbrados a leer en el corazón de que habían salido.

Clery pudo también informar algunas veces al rey del estado de las cosas públicas, haciéndole leer los diarios introducidos en el postigo con astucia y refiriéndole al oído los acontecimientos del día al tiempo de acostarse o levantarse. Cuando faltaron estos medios a la familia real, iban los vendedores de periódicos, pagados por los amigos de fuera, por la noche, cuando más silencio reinaba en las calles, a vociferar al pie de los muros del Temple los principales acontecimientos. El rey, advertido por Clery, abría la ventana y oía algunas palabras sueltas de los decretos de la Convención, de las victorias y de las derrotas del ejército, de las sentencias y ejecuciones de sus antiguos ministros y de los decretos o las esperanzas de su destino.

Sin embargo, la privación de los periódicos no era absoluta, pues, a veces, los municipales, con intención aviesa, los dejaban como por casualidad sobre la piedra de la chimenea, cuando excitaban a matar al rey; y, cuando aquellos canallas leían estos papeluchos, proferían amenazas e imprecaciones, que llegaban hasta el interior del aposento del rey.

Luis XVI, leyó un día la petición de un artillero que suplicaba a la Convención que le entregara la cabeza del tirano para cargar con ella su cañón y dispararla contra el enemigo.

—¿Cuál es — dijo tristemente el rey, al leer esta petición — el más desgraciado, yo o el pueblo a quien se engaña de este modo?

XV

Las princesas y los niños fueron, al fin, trasladados a la torre grande, cuyos segundo y tercer piso, dividido cada uno en cuatro piezas por tabiques de madera, se destinaron a la familia real y a las personas encargadas del servicio de vigilancia. El aposento del rey tenía una cama con cortinas, un sillón, cuatro sillas una mesa y, sobre la chimenea, un espejo. El techo era de tela, y la ventana, guarnecida con una alambrera, estaba, además, obscurecida con tablas de encina colocadas en forma de embudo, que impedían mirar a los jardines y a la ciudad y que sólo dejaban ver el cielo. El papel pintado del aposento del rey, como para martirizar dos veces al preso, representaba el interior de una cárcel, con carceleros, cadenas, grillos y todo el horrible aparato de los calabozos. La odiosa imaginación del arquitecto Palloy, habíase esmerado en agregar los tormentos de la vista a los de la realidad. En la habitación de la reina, situada sobre la del rey, advertíase igual avaricia de luz, de aire y de espacio: María Antonieta dormía en el mismo cuarto que su hija; Madama Isabel en uno muy lóbrego, al lado del carcelero Tisón y su mujer, que ocupaban un retrete contiguo, y los municipales en la primera pieza, que servía de antesala. Las princesas veíanse obligadas a atravesar esta pieza para pasar unas al aposento de las otras, en medio de las miradas y los cuchicheos de los guardianes. Entre el cuarto de la reina y el del rey, había dos postigos, rodeados de centinelas y de llaveros. El cuarto piso estaba inhabitado, y la plataforma que había encima del aposento del desgraciado monarca estaba dispuesta para servir de desahogo; pero, para que no se les viera desde las casas de París, o que la vista no se alegrara contemplando el horizonte de la ciudad, habíanse construído altos tabiques de madera para escatimar hasta el cielo a las miradas de los prisioneros.

XVI

Este fué el alojamiento definitivo de la familia real, que, a pesar de todo, experimentó gran satisfacción al verse instalada en él por encontrarse reunidos todos dentro del mismo recinto. Sin embargo, esta corta alegría se convirtió en lágrimas aquella misma noche a causa de un decreto de la corporación municipal, que mandaba quitar el Delfín a la madre y alojarlo en el aposento del rey. En vano el corazón de la reina prorrumpió en súplicas y llanto; la corporación municipal no quiso «que María Antonieta alimentara más tiempo al niño con el odio a la Revolución». Entregaron el niño al padre, mientras llegaba el día de entregarlo a Simón. Esto no obstante, la reina y las princesas conservaron la libertad de ver al Delfín todos los días en el aposento de Luis XVI, a las horas de comer y a las del paseo en presencia de los comisarios.

Los prisioneros regularizaron su vida en el Temple, de modo que recordaba el claustro de los reyes prisioneros de la primera raza.

Sólo sobrevivía al rey en Luis XVI el padre de familia; las princesas olvidaban que habían sido reina, hermana o hija de reyes, para recordar solamente que eran mujer, hermana o hija de un esposo, de un hermano, o de un padre prisionero. Sus corazones se limitaban a cumplir los deberes, a sufrir las tristezas y a disfrutar de las alegrías de familia.

El rey se levantaba al amanecer y rezaba largo rato de rodillas al pie de la cama. Después acercábase a la ventana o a la llama de la chimenea en el invierno, y leía con recogimiento los salmos en el Breviario, colección de súplicas y de cánticos indicados para cada día del año a los fieles por la liturgia católica. De este modo suplía la costumbre que tenían los reyes de asistir todas las mañanas al sacrificio de la misa en palacio. La corporación municipal le había

negado la asistencia de un sacerdote y las ceremonias del culto católico. Piadoso, pero sin superstición y sin debilidad, Luis XVI se dirigía a Dios, complaciéndose en servirse para sus rezos de las palabras y de las formas consagradas por la religión de su familia y de su trono: la reina y su hermana hacían lo mismo. Muchas veces fueron sorprendidas con las manos juntas y los libros de devoción mojados de lágrimas, rezando cerca de la cama: familia precipitada de la altura, de rodillas por el golpe de la desesperación, y como prosternada naturalmente al pie de Dios, cuya mano reconocía y besaba en todas partes. Después del rezo, el rey leía en la torrecilla, ya obras latinas, ya a Montesquieu o a Buffón, ya historia, ya relaciones de viajes alrededor del mundo. Aquellas páginas parecían absorber completamente su atención, no sólo porque era para él un medio de evitar la importunidad de los comisarios, siempre presentes, sino también porque buscaba efectivamente en la naturaleza, en la política y en las costumbres e historia de los pueblos, distracción a sus penas, instrucción para su rango o analogías con su situación. A las nueve reuníase la familia para el desayuno. El rey besaba en la frente a su esposa, a su hermana y a sus hijos; y, después de almorzar, como las princesas no tenían damas de tocador, hacían que Clery las peinase en el aposento del rey. Este, mientras tanto, daba al Delfín las primeras lecciones de gramática, de historia, de geografía, de latinidad, evitando cuidadosamente cuanto podía recordar al niño haber nacido en un rango superior al de los ciudadanos, y proporcionándole sólo los conocimientos aplicables al destino del último de los súbditos. Hubiera podido decirse que el padre se apresuraba a aprovecharse de la adversidad y del alejamiento de las cortes para educar a su hijo, no como príncipe, sino como hombre, y para formarle un alma acomodada a todas las fortunas.

XVII

El niño, precoz como los frutos de un árbol dañado, parecía exceder en inteligencia a la enseñanza del pensamiento y la delicadeza de la sensibilidad. Su memoria lo retenía todo, y su sensibilidad le hacía comprenderlo todo. Las conmociones que tantos acontecimientos siniestros habían dado a su imaginación y a su corazón, las lágrimas que continuamente sorprendía en los ojos de su madre y de su hermana, mayor que él, las escenas trágicas de que había sido testigo estando en brazos de su aya, las fugas de Versalles y de las Tullerías, la exposición de tres días en medio de las armas, de las amenazas y de los cadáveres en la tribuna de la Asamblea legislativa, la prisión, los carceleros, las degradaciones de su padre, la reclusión de todos los instantes con los seres cuyas penas veía sin comprenderlas por completo, y la obligación de reprimir los gestos y hasta las lágrimas delante de los enemigos que los espiaban, le habían iniciado, como por instinto, en la situación de sus padres y en la suya propia, y hasta sus juegos eran graves, y tristes sus sonrisas; aprovechaba los momentos de inatención de los carceleros para decir en voz baja algunas palabras a su madre y a su tía: era el cómplice hábil de las piadosas astucias que las víctimas inventan para ocultarse a la vista y a las denuncias de los que las vigilan. Temía agravar sus penas y gozaba al ver la menor alegría en sus rostros. Evitaba con tacto superior a sus años el recordarles en la conversación las dolorosas circunstancias de la vida, o los felices tiempos de esplendor, como si hubiera adivinado que el recuerdo de los días felices sirve de amargura en las desgracias.

Un día pareció que había reconocido a uno de los comisarios de la corporación municipal en el aposento del padre; el comisario se le acercó y le preguntó si recordaba haberlo visto y en qué circunstancias. El niño hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero rehusó obstinadamente responder. Habiéndole llevado su hermana a un rincón apartado, le preguntó por qué se negaba a decir cuándo había visto a aquel comisario, y el Delfín le contestó al oído.

—Lo he visto en el viaje de Varennes, pero no he querido decirlo en voz alta por no recordárselo a la reina, y no hacer llorar a nuestros padres.

Cuando veía en la antesala del padre a un comisario más respetuoso con los prisioneros y menos odioso a la reina que sus colegas, apresurábase a salir al encuentro de la madre cuando bajaba al aposento del rey para anunciarle, palmoteando, que iban a tener un buen día. La presencia de aquel niño aplacaba casi todos los odios; la soberanía bajo la figura de un niño inocente y prisionero, no tenía más enemigos que los brutos: los comisarios más prevenidos, los artilleros de la guardia, los carceleros y hasta el feroz Rocher, jugaban con el Delfín: sólo Simón le hablaba groseramente y le miraba con desconfianza y aversión como a un tirano oculto en un niño. Las facciones del joven príncipe recordaban, confundiéndolas, la gracia algo afeminada de Luis XV, su abuelo, y la altivez austriaca de María Teresa. Los ojos de azul de mar, la nariz aguileña, con las ventanas un poco levantadas, la boca rasgada, los labios algo encorvados, la frente ancha en la parte superior y estrecha en las sienes, los cabellos rubios separados en dos bucles en lo más elevado de la cabeza y cayendo en rizos sobre los hombros y hasta sobre los brazos, retrataban a su madre antes de la adversidad. Parecía que toda la belleza de su noble estirpe florecía en aquel último vástago de dos razas ilustres.

XVIII

A mediodía iban a buscar los carceleros a la familia real para que respirara el aire del jardín, adonde bajaban sin falta los presos, hiciera frío, brillara el sol o lloviese, y paseaban en medio de las miradas y de los ultrajes, como uno de los más rigurosos deberes de la cautividad. El ejercicio violento en los patios, los juegos del niño con su hermana en el interior del aposento, la vida regular y sobria, los estudios suaves y familiares entre las rodillas del padre y los tiernos cuidados de aquellas tres mujeres, le conservaban el ardor de la vida y la frescura de la infancia. El aire de la cárcel le acariciaba hasta entonces tanto como el de los bosques de Saint-Cloud; las miradas del rey y de la reina se encontraban y se consolaban sobre aquella cabeza que el rigor de los hombres no impedía que se desarrollara y embelleciera diariamente.

La princesa real rayaba ya en la edad en que la niña advierte que se hace mujer. Pensativa como Luis XVI, altiva como María Antonieta, y piadosa como Madama Isabel, reflejábanse en ella aquellas tres almas en medio de las cuales había crecido. Su belleza esbelta y pálida como las apariciones fantásticas de Alemania, tenía más de ideal que de positivo. Unida siempre al brazo y como escondida bajo el pecho de su madre o de su tía, parecía intimidada de la vida; sus cabellos rubios, flotantes todavía sobre los hombros como los de un niño, casi la rodeaban por completo; dirigía a través de aquel velo tímidas miradas o las recataba, ocasionando muda admiración a los enemigos más endurecidos. Los centinelas y los llaveros se apartaban para dejarle el paso, y sentían una especie de conmoción religiosa cuando su vestido o sus cabellos rozaban su ropa en las escaleras o en los pasadizos. Madama Isabel completaba la educación de la niña enseñándole la piedad, la paciencia y el perdón; pero el sentimiento de su rango innato en su alma, las humillaciones de su padre y los suplicios de su madre se grababan profundamente en cicatrices que no cesaban de sangrar en su corazón, donde se recogían, ya que no como resentimientos, por lo menos como una eterna tristeza.

XIX

La familia real volvía a sus habitaciones a las dos para comer; pero las alegrías íntimas y los encantos familiares de que se disfrutaba durante estas comidas en la casa del pobre, les estaban prohibidos, pues ni aun el rey podía libremente entregarse a satisfacer su apetito, porque muchos ojos contaban los bocados que se llevaba a la boca y muchos gestos se los echaban en cara; la fuerza y la salud eran una vergüenza más para Luis XVI. La reina y las princesas comían poco y despacio para dejar al rey el pretexto de satisfacer su apetito y prolongar la comida. Después reuníase la familia y el rey jugaba con la reina a los juegos de naipes, inventados para diver-

tir la ociosidad de un prisionero; pero con más frecuencia al pensativo juego del ajedrez, juego en que las piezas principales por sus nombres de «rey» o de «reina» y las maniobras sobre el tablero, que tienen por objeto hacer prisionero al rey, estaban llenas de alusiones significativas, y con frecuencia siniestras, a su propia prisión. Buscaban en estos juegos, más que una maquinal distracción a sus penas, ocasión de hablar con palabras encubiertas sin despertar las sospechas de los guardianes. A las cuatro, el rey dormía un poco en un sillón; los niños, a la más leve insinuación de la madre, cesaban en sus bulliciosos juegos, y las princesas reanudaban su labor de costura, reinando el más profundo silencio en el aposento durante el sueño del monarca. Sólo se oía el pequeño crujido de la seda al frotarse las cortinas que hacían la reina y su hermana, la respiración del rey y el paso acompasado de los centinelas a la puerta de la habitación y al pie de la torre. Podía decirse que los perseguidores y la cárcel enmudecían para no privar al rey prisionero de la única hora que volvía la libertad a sus pensamientos y la ilusión de los sueños a su alma. A las seis, el rey tomaba nuevamente las lecciones al Delfín y se distraía con él hasta la hora de cenar; después la reina lo desnudaba, le hacía rezar y lo llevaba a la cama.

Después que estaba acostado, inclinábase como para besarle y le decía al oído una corta oración, que el niño repetía en voz baja para que los comisarios no pudieran oírla.

Esta oración, compuesta por la reina, la retuvo en su memoria y la enseñó a su hija. Era la siguiente: «¡Dios omnipotente que me habéis creado y rescatado, os amo! ¡Conservad los días de mi padre y de mi familia! ¡Protegednos contra nuestros enemigos! ¡Dad a mi madre, a mi tía y a mi hermana las fuerzas que necesitan para soportar sus penas!»

XX

Esta sencilla súplica de un niño, que impetraba la vida para su padre y la paciencia para su madre, era un crimen del que necesitaban ocultarse. Dormido el niño, la reina leía en voz alta para instruir a su hija y para entretener al rey y las princesas; generalmente, era algún libro de historia, que refería las grandes catástrofes de los pueblos y de los reyes. Cuando, en la lectura, se tropezaba con pasajes que tenían cierta semejanza con la situación de la familia real, la voz de María Antonieta se velaba o se sofocaba en lágrimas interiores, y los presos le lanzaban una mirada feroz, como si el libro les hubiese revelado el temor o la esperanza oculta en el corazón de todos. El rey, al terminar el día subía un rato al aposento de su esposa, le daba la mano y, mirándola tiernamente, se despedía de ella; besaba después a su hermana y a su hija y volvía a encerrarse en la torrecilla, contigua a su cuarto, donde leía, meditaba o rezaba hasta las doce.

Sólo el Cielo conocía el secreto de aquellas veladas consagradas al recogimiento en la soledad del corazón. ¿Reflexionaría, quizá, Luis XVI, en los actos de su reinado, en las faltas de su política, en sus alternativas de confianza excesiva en el pueblo, o de desconfianza poco hábil contra la Revolución? ¿Trataría, quizá, de hacer conjeturas respecto a la suerte de Francia y respecto al porvenir de su familia después de la crisis por que atravesaba, y a la que no se hacía la ilusión de sobrevivir? ¿Se arrepentiría, quizá, de las luchas desiguales en pro y en contra de la libertad, y se reconvendría por no haber elegido enérgicamente desde el primer día, entre el antiguo y el nuevo régimen, por no haberse declarado jefe del nuevo pueblo? Porque este soberano, en el fondo, había pecado más bien por falta de comprensión que por aborrecer la Revolución. ¿Se reservaría, quizá, aquellas horas secretas para derramar libremente, delante de los desiertos muros, lágrimas por su esposa, por su hermana, por sus hijos y por él mismo, lágrimas que ocultaba durante el día a la sensibilidad y a la alegría de los que le vigilaban? Cuando salía de aquel gabinete para acostarse, su rostro estaba tranquilo y algunas veces hasta se veía en él la sonrisa; pero su frente doblegada, sus miradas melancólicas y la marca de sus dedos impresa en sus mejillas, revelaban a

su ayuda de cámara, que había pasado mucho tiempo con la cabeza apoyada en las manos, y que graves pensamientos le habían agitado el alma.

XXI

El rey esperaba siempre antes de dormirse que llegara el municipal del día siguiente, que se relevaba a media noche, para saber el nombre de su nuevo guardián, y para hacer conjeturas respecto a la dulzura o rigor con que sería tratada su familia. Se dormía después con tranquilidad, porque el peso del infortunio cansa tanto al hombre como la fatiga de la felicidad. Desde que el rey estaba cautivo, los defectos de su juventud habían ido desapareciendo poco a poco. La bondad algo tosca de su carácter habíase convertido en sensibilidad y en gracia para los que le rodeaban, como si hubiera pretendido rescatar a fuerza de paciencia, para sí, y de interés por los otros, la justicia de que sufrieran por su culpa: ya no se conocía su displicencia de rey, pues todos los defectos de su carácter habían desaparecido ante la magnanimidad de la paciencia. La trágica solemnidad de su abatimiento dábale la dignidad que el trono le había rehusado; la caída le había hecho más cariñoso, la cárcel le había ennoblecido y la aproximación a la muerte lo sublimaba. Reunía en aquel reducido espacio, en aquel círculo de familia y en los pocos días que le quedaban, cuanto la naturaleza, el amor y la religión habían inspirado a su alma de ternura, de valor y de virtudes. Sus hijos le adoraban, Madama Isabel lo admiraba, y la reina descubría en su corazón una gran dulzura y una fuerza extraordinaria, pero lamentaba que tantas virtudes brillasen tan tarde y sólo en la obscuridad de la prisión. Se reconvenía a sí misma amargamente, y se lo decía a su hermana, por haberse dejado lisonjear demasiado en los tiempos de prosperidad y por no haber conocido bastante entonces lo mucho que valía el amor del rey.

Hasta los carceleros, al acercársele, no reconocían al hombre sensual y vulgar que la preocupación pública les había pintado. Al ver a un padre tan bueno, a un esposo tan tierno, a un hermano tan complaciente, principiaban a dudar de que semejante hombre hubiera podido ser un tirano. Hasta parecía que algunos lo amaban al mismo tiempo que lo perseguían y lo martirizaban con respeto: su bondad amansaba a los hombres más groseros, instrumentos pasivos de la cautividad.

Un día encontrábase de centinela un vecino de los barrios, vestido de paisano, en la antesala del rey, y el ayuda de cámara, Clery, advirtió que lo miraba con respeto y compasión. Clery se adelantó hacia él, el centinela se inclinó, presentó las armas y tartamudeó con voz temblorosa y como con sentimiento:

—No podéis salir.

—¿Creéis que soy el rey? — preguntó Clery.

—Pues qué — replicó el hombre del pueblo—, ¿no sois el rey?

—No; ¿nunca lo habéis visto?

—¡Ah! no, y quisiera verlo en otra parte y no aquí.

—Hablad bajo, voy a entrar en su aposento, dejaré la puerta entreabierta y podréis verlo. Está sentado junto a la ventana con un libro en la mano.

Clery advirtió a la reina de la benévola curiosidad del centinela, y la reina habló de ella al rey, que interrumpió la lectura y se paseó bondadosamente muchas veces de un aposento al otro, afectando pasar cerca del centinela y dirigiéndole una muda señal de inteligencia.

—¡Oh! — dijo aquel hombre a Clery, cuando el rey se retiró—. ¡Qué bueno es el rey! ¡cómo ama a sus hijos! ¡No, no creeré jamás que nos hizo tanto daño como le atribuyen!

Otra vez un joven, colocado de centinela al final del paseo de los Castaños, revelaba en la benevolencia reflejada en su rostro y en las lágrimas que derramaba, el dolor que le inspiraba la prisión de la familia real. Madama Isabel se acercó a él para dirigir algunas palabras a aquel amigo desconocido de su hermano, y el joven hizo seña a la princesa de que había un papel debajo de los escombros que cubrían aquella parte de la calle. Clery se inclinó para recogerlo, con el pretexto de buscar ladrillos llanos para que el

Delfín jugara al tejo; pero los artilleros observaron el semblante de aquel centinela, que tenía húmedos los ojos, y, acusado, fué conducido a la Abadía y de allí al tribunal revolucionario, que le hizo pagar aquellas lágrimas con sangre.

XXII

Habiendo estado enferma y obligada a guardar cama sucesivamente toda la familia, con motivo de la humedad de las paredes y de los primeros fríos del invierno, la corporación municipal autorizó, después de muchas formalidades, al señor Lemounier, primer médico del rey, para que entrara en la prisión. Su ciencia restableció pronto a la reina, a Madama Isabel y a los niños; pero la enfermedad del rey se prolongó más y hasta llegó a inspirar temores a los guardianes. La reina y la princesa real no se separaban de la cabecera de su cama, y Clery, que lo velaba todas las noches, cayó peligrosamente enfermo cuando cesó la calentura del rey, sin poder levantarse para prestarle sus servicios, cuando estaba aún convaleciente, ni vestir al Delfín. El rey, desempeñando por primera vez las funciones de madre, levantaba, vestía y peinaba al niño, que luego pasaba todo el día en la habitación lóbrega y fría de Clery, dándole de beber y prestándole todos los servicios que su edad y su debilidad le permitían dispensar a un enfermo. Hasta el rey, levantándose durante la noche mientras dormía el comisario que vigilaba en la antesala, iba descalzo y en camisa a llevar un vaso de tisana a su fiel criado.

—¡Pobre Clery! — le decía—, cuánto quisiera velar al pie de vuestro lecho; pero veis cómo nos observan. Tened valor y conservaos para vuestros amigos, porque ya no tenéis señores.

El criado, enternecido, humedecía con lágrimas las manos del rey.

XXIII

Habiendo ordenado la corporación municipal que se estrechara todavía más el cautiverio en el recinto de la torre, hicieron subir a un cantero, que abrió agujeros en el alféizar de la puerta de la antesala del rey para colocar cerrojos. A mediodía bajó el obrero a comer, y el Delfín se puso a jugar con el martillo y el cincel que aquél había dejado junto a la puerta; llegó el rey, cogió de las manos del niño los instrumentos, y recordando su antigua afición a las obras de cerrajería y sus inclinaciones de artesano, enseñó a su hijo cómo se debían manejar las herramientas, y abrió él mismo el agujero principiado. Cuando subió el artesano y vió al rey trabajar con la formalidad de un hombre del oficio, no pudo contemplar sin conmoverse el cambio operado por la fortuna.

—Cuando salgáis de esta torre — dijo al rey con instinto de compasión que tomaba la esperanza por certidumbre — podréis decir que vos os habéis preparado la prisión.

—¡Ay! amigo mío — respondió el monarca, entregándole el martillo y el cincel—, ¿cuándo y cómo saldré?

Cogió al Delfín por la mano y volvió a su aposento, donde permaneció largo rato en silencio.

XXIV

Aunque insensible a las privaciones que sólo afectaban a él, la comparación del pasado esplendor en que habían vivido su esposa y su hermana con la desnudez actual, le hacía sufrir horriblemente.

Los aniversarios de su matrimonio, del nacimiento de su hija y de su hijo, del día de su santo, eran para él los de mayor tristeza, y con frecuencia también hasta los de nuevos ultrajes. El día de San Luis, los federados y los artilleros de guardia danzaron con alegría cruel, mientras cantaban en coro el *ça ira* debajo de sus ventanas. El rey recordaba melancólicamente a la reina aquellos días de perdida felicidad, y le rogaba que le perdonase por haber sido causa, aunque involuntariamente, de la desgracia que soportaban.

—¡Ah, señora! — decíale una noche al verla barrer el aposento del Delfín que se encontraba enfermo—. ¡Qué oficio para una reina de Francia! ¡Si lo vieran en Viena! ¡Ah! ¡quién hubiera dicho que, uniéndoos a mí, ibais a descender tanto!

—¿Y no significa nada — le contestó María Antonieta—, la gloria de ser la esposa del mejor y del más perseguido de los hombres? ¿Tales desgracias no son las más majestuosas de todas las grandezas?

En otra ocasión vió a Madama Isabel que recosía el vestido de la reina, a quien habían quitado hasta las tijeras, y, por lo tanto, tenía necesidad de cortar con los dientes el hilo.

—¡Ay, hermana! — le dijo—. ¡Qué contraste! Nada os faltaba en vuestra bonita casa de Montreuil.

Aludía a una deliciosa mansión que se había complacido en embellecer para su hermana, con todo lo más elegante de la vida rústica en los tiempos de prosperidad. Estos fueron los únicos recuerdos del pasado, que hacía todo lo posible por olvidar.

XXV

La uniformidad de aquella vida empezaba a convertirse en costumbre y en tranquilidad de espíritu. La presencia diaria de seres amados, la ternura mutua más ostensible desde que la etiqueta de la corte no se interponía entre los sentimientos y la naturaleza; la uniforme repetición de los mismos actos a las mismas horas; el paso de una habitación a otra, las lecciones y los juegos de los niños, las salidas al jardín que consolaban con frecuencia miradas comprendidas, el comer juntos, las conversaciones, las lecturas, el silencio profundo de los muros en torno de los presos, mientras tanto ruido se hacía lejos, el compasivo ademán de algunos comisarios enternecidos, algunas inteligencias furtivas con el exterior, algunos secretos complots de evasión abultados por la esperanza y la vista constante de calabozos, acostumbraban insensiblemente a los detenidos a la adversidad, y hasta les hacían descubrir el lado consolador de la desgracia, cuando el aumento de rigor en la prisión y de aspereza en los carceleros, turbó de nuevo su vida haciéndoles presagiar siniestros acontecimientos.

La vigilancia llegó a ser odiosa y ofensiva hasta para el pudor de las princesas; se partía el pan de los presos para examinar si se ocultaban billetes dentro; se cortaban las frutas, se rompían hasta los huesos de los melocotones, por temor a que una hábil astucia hubiera introducido en ellos misivas. Después de todas las comidas, se retiraban los cuchillos y los tenedores, se medía lo largo de las agujas de las princesas bajo pretexto de que podían transformarse en armas de suicidio, y hasta se intentó acompañar a la reina al aposento de Madama Isabel, donde iba al mediodía a quitarse la bata de mañana, pero, perseguida siempre por aquella injuriosa mirada, renunció a cambiarse el vestido; la ropa blanca se extendía pieza por pieza, y se registró al rey, quitándole hasta los pequeños utensilios de tocador de oro con que se rizaba el pelo y cuidaba los dientes, viéndose obligado a dejarse crecer la barba, que, siendo recia y retorcida contra la carne, le calentó dolorosamente la piel, obligándole a lavarse muchas veces al día en agua fresca. El matrimonio Tisón espiaba y contaba a los comisarios los menores cuchicheos, los gestos y las miradas de la familia real. Se dejaba entrar en el patio del Temple al populacho, que pedía a gritos la cabeza de la reina y del rey. Rocher cantaba la «carmañola» al oído del rey, y enseñaba al Delfín coplas insultantes contra su madre y contra él mismo; el niño las repetía inocentemente haciendo ruborizar a su tía: aquel hombre, habiéndose ablandado un momento, había recobrado su naturaleza, y bebía con el vino la insolencia; la embriaguez, que le hacía dormirse todas las noches, principiaba todas las mañanas. Obligadas las princesas a atravesar el aposento del beodo, para pasar al del rey o al salir del de éste, encontrábanlo siempre acostado a la hora de cenar, y con frecuencia también a la de comer. Vomitaba imprecaciones contra ellas y las obligaba a esperar con los ojos bajos a que se vistiera. Los obreros que trabajaban en la parte exterior de la torre no cesaban de amenazar al rey; agitaban las herramientas por encima de su cabeza, y uno de ellos levantó el hacha sobre el cuello de la reina y la hubiera derribado si otros no hubieran desviado el arma.

Un municipal despertó una noche al Delfín, tirándole con fuerza del brazo pa-

ra convencerse, decía, de la presencia del niño; la reina se precipitó entre aquel hombre y su hijo, y, perdiendo la paciencia, dirigió al comisario una aterradora mirada. Por primera vez, desapareció la reina humillada para mostrarse la madre.

Una comisión de la Convención, de la que formaban parte Chabot, Dubois-Crancé, Drouet y Duprat fué a visitar el Temple. Al ver a Drouet, el maestro de postas de Sainte-Menehould que, reconociendo y haciendo arrestar al rey en Varennes, había sido la causa de todas las desgracias de la familia real, la reina, Madama Isabel y los niños, palidecieron, creyendo tener delante al genio malo que se apareció a Bruto la víspera de Farsalia. Chabot y Drouet tomaron asiento sin respeto alguno a las princesas, que permanecían en pie; interrogaron a la reina, que no se dignó responder; luego preguntaron al rey si tenía que hacer alguna reclamación.

—No me quejo de nada — respondió el rey—; sólo ruego que proporcionen a mi esposa y a mis hijos la ropa blanca y los vestidos de que, como veis, tienen necesidad.

Los vestidos de las princesas se caían a pedazos, y algunas veces vióse obligada la reina para que el rey no se vistiera de andrajos, a echarle piezas al frac mientras él dormía.

Estos rigores y esta desnudez habían sido consecuencia de las órdenes cada día más severas de la corporación municipal. Tisón y su mujer denunciaron la familia real a la Convención, afirmando que los presos mantenían cuchicheos sospechosos con algunos comisarios; que Madama Isabel, mientras cenaba una noche, había dejado caer un lápiz que tenía en el pañuelo, y que se habían encontrado, en el aposento de la reina, obleas y una pluma. Esta denuncia fué causa de que se renovaran los registros, deshaciendo hasta las almohadas y los colchones, y de que sacaran al Delfín, que dormía, de la cama para registrarla. La reina cogió al niño durante aquel tiempo en brazos, y lo calentó, pues estaba desnudo y tiritando de frío.

Cuanto más aumentaban el odio y la persecución contra los prisioneros, mayor interés inspiraban a las personas honradas las tristezas y amarguras de la familia real, y más temeridad demostraban algunos adictos. La constante contemplación de los padecimientos, la dignidad y quizá también la encantadora belleza de la reina, habían logrado atraerse a algunos individuos de la corporación municipal. Si los grandes crímenes tientan a veces a las almas ardientes, los grandes sacrificios tientan también a los corazones generosos, porque la compasión tiene su fanatismo. Arrancar de la prisión a los perseguidos y al cadalso a la familia real, y devolverle por medio de la astucia la libertad, la dicha y quizá el trono, era una empresa que por la magnitud de las dificultades y de los peligros debía seducir y encontrar almas capaces de concebirla y de intentarla. Y, efectivamente, se trató de realizarla.

Había en aquel tiempo, entre los miembros de la corporación municipal, un joven llamado Toulán, que había nacido en Tolosa en condición humilde. Apasionado por los estudios literarios, que ennoblecen el corazón, se estableció en París, donde el comercio de libros en que se ocupaba satisfacía a la vez sus gustos y sus necesidades. Los libros, ojeados constantemente, a causa de su tráfico, le habían comunicado la pasión de la libertad y las inspiraciones novelescas que sugieren los libros y embriagan el entendimiento. Había tomado parte en la revolución, como si realizara un sueño, y su ardor y su elocuencia lo popularizaron. Uno de los primeros en el asalto de las Tullerías, el 10 de agosto, había sido también uno de los primeros en formar parte del consejo de la corporación municipal. Habiéndose distinguido entre sus colegas por su vehemente odio contra la tiranía, le valió esta circunstancia el ser elegido para comisario en el Temple, donde entró con el horror contra el tirano y su familia, y de donde salió, desde el primer día, con una adoración apasionada por las víctimas. La contemplación de María Antonieta, sobre todo, la majestad aumentada por la degradación, la fisonomía en que la languidez de cautiva templaba la altivez de reina, la tristeza difundida de repente como un velo sobre facciones en que brillaban aún tantas

gracias, el último resplandor de la juventud que iba a extinguirse con la humedad de los calabozos, la cabeza de que tan cerca había estado suspensa el hacha, y que al joven comisario le parecía ya ver agarrada por los cabellos para ser presentada al pueblo por el verdugo, todo había conmovido profundamente la sensibilidad de Toulán, cuya alma impresionable no discutía jamás contra los impulsos del corazón. Todo lo bello le parecía posible; buscó, intrigando con falsas demostraciones de cólera contra el rey, misiones más frecuentes y más arduas en la torre del Temple, y se las habían proporcionado. Procuró que la reina observase los signos mudos que le dirigía, con los que, sin hacerse sospechoso a sus colegas, le daba a comprender que tenía un amigo entre los perseguidores, y, por fin, lo consiguió.

Toulán, muy joven, bajo de estatura y delgado, tenía un rostro delicado y expresivo propio del Mediodía, en el que el pensamiento habla en los ojos y la sensibilidad palpita en la movilidad de los músculos. Su mirada era un lenguaje, y desde hacía ya tiempo, la reina le había comprendido. La presencia de otro comisario, que acompañaba siempre a Toulán, le impedía explicarse con más claridad; pero consiguió seducir a uno de sus colegas del consejo de la corporación municipal, llamado Lepitre, e interesarle, por la grandeza del proyecto y por el brillo de la recompensa en un complot de evasión de la familia real.

La reina vió a los dos comisarios, un día que prestaban servicio juntos en la prisión, arrodillarse ante ella y ofrecerle en la lobreguez del calabozo un sacrificio que el lugar, el peligro y la muerte presente hacían superior a todos los prodigados durante los tiempos de prosperidad. La reina lo aceptó y les animó; dió con su propia mano a Toulán un rizo de sus cabellos, con esta divisa en lengua italiana: «El que teme morir no sabe amar.» Era la carta de crédito que entregaba a Toulán para sus amigos de fuera; poco después añadió a ella un billete de su puño y letra, dirigido al caballero de Jarjais, jefe invisible del complot. «Podéis tener confianza, le decía, en la persona que os hablará en mi nombre; conozco sus sentimientos, que desde hace cinco meses no han variado.»

Cierto número de realistas seguros, ocultos en París y divididos en los batallones de la guardia nacional, fué vagamente iniciado en el plan de evasión, que consistía en sobornar a fuerza de dinero a algunos comisarios de la corporación municipal, encargados de la vigilancia de la prisión; hacer una lista de los realistas más decididos entre los batallones de la guardia nacional de cada sección; adoptar medidas encaminadas a que estos hombres, indicados como por casualidad, se encontraran el día designado en el destacamento que diera la guardia en la Torre del Temple; hacer que los conspiradores disfrazados desarmaran al resto del destacamento durante la noche; poner en libertad a la familia real y conducirla, teniendo relevos preparados hasta Dieppe, donde una barca de pescadores la esperaría para llevarla a Inglaterra, con los principales libertadores.

Toulán, intrépido e infatigable, provisto de sumas considerables, que la firma del rey había puesto a su disposición en París, maduraba el plan en el mayor misterio, informando a la reina de las tramas de sus partidarios, y comunicando a quien convenía las intenciones del rey; sondeaba sigilosamente a los principales jefes de partido en la Convención y en la corporación municipal; trataba de adivinar en todas partes las secretas complicidades, hasta en Marat, Robespierre y Dantón; tanteaba la generosidad de los unos, la avaricia de los otros, y más feliz cada día en sus empresas y más seguro del buen éxito, contaba ya con muchos guardas de la torre y cinco miembros de la corporación municipal, que eran cómplices de sus peligrosos proyectos. Toulán era un rayo de luz que penetraba en la sombra de la prisión y alimentaba en el alma de los prisioneros si no la esperanza, por lo menos el sueño de la libertad.

LIBRO XXXIII

Los jacobinos obligan a los girondinos a pronunciarse en el proceso del rey.—Saint-Just.—Su retrato.—Pide la muerte del rey.—La Montaña.—Su pensamiento.—Tomás Payne.—Carestía en París.—El clero asalariado.—El armario de hierro.—Denuncias.—El populacho alrededor del Temple.—La señora Roland en la barra.—Robespierre pide que el rey sea juzgado sin apelación.—Vergniaud lucha por la vida del rey.

I

Los jacobinos, entre tanto, apresurábanse a arrancar a los girondinos, a la faz del pueblo, su secreto respecto a la vida o la muerte del rey. Impacientes por apoderarse de armas que les permitieran acusarlos de realistas, necesitaban la discusión inmediata para colocarlos entre los débiles o entre los traidores. Conocían la repugnancia que a Vergniaud le inspiraba aquel sacrificio, a sangre fría, y sospechaban las intenciones de Brissot, de Sieyés, de Pethión, de Condorcet, de Guadet y de Gensonné, ansiando que se manifestaran claramente aquellas repugnancias y aquellos escrúpulos, para que sirvieran de motivo de reprobación contra los amigos de Roland. El proceso del rey iba a separar a los débiles de los fuertes; el pueblo pedía el juicio como una satisfacción, los partidos como combate decisivo, y los ambiciosos como garantía del gobierno de la República puesta en manos de los girondinos.

II

Pethión fué el primero que propuso a la Convención que se discutiera la inviolabilidad del rey, y que se resolviera esta cuestión preliminar para proceder luego a celebrar el juicio contra el rey. ¿Podía el rey ser juzgado? Morissón pretendió que la inviolabilidad, declarada por la Constitución de 1791, ponía a cubierto a la persona del soberano contra todo juicio que no fuera el de la victoria, y que cualquier atentado contra su vida sería un crimen. «Si el 10 de agosto, dijo, hubiera yo encontrado a Luis XVI con el puñal en la mano, manchado con la sangre de mis hermanos; si hubiera visto claramente aquel día que había sido él quien ordenó degollar a los ciudadanos, habría ido a herirle; pero, desde entonces acá, han transcurrido muchos meses, y hoy ¡está en nuestras manos, está sin armas, indefenso, y nosotros somos franceses! Esta situación es la ley de las leyes.»

III

Al oír esto, se levantó Saint-Just, que era como el pensamiento de Robespierre, y a quien éste obligaba a marchar algunos pasos delante de él.

Saint-Just, mudo como un oráculo y sentencioso como un axioma, parecía haberse despojado de toda sensibilidad humana, para personificar en él la fría inteligencia y el implacable impulso de la revolución. No tenía miramientos, ni oídos, ni corazón para nada de lo que fuera un obstáculo para la instauración de la República universal. Reyes, tronos, sangre, mujeres, niños, pueblo y cuanto se interpusiera entre este propósito y él, desaparecía o debía desaparecer. La pasión le había, en cierto modo, petrificado las entrañas, y su lógica le había hecho contraer la impasibilidad de un geómetra y la brutalidad de la fuerza material. El era quien en las largas e íntimas conversaciones que se celebraban durante la noche en casa de Duplay, había combatido más lo que llamaba «debilidades del alma de Robespierre y su repugnancia a derramar la sangre del rey». Inmóvil en la tribuna, frío como la idea, con los largos cabellos rubios flotándole por ambos lados del cuello y hasta sobre los hombros, la calma de la convicción absoluta difundida sobre sus facciones casi femeninas, comparado al *San Juan del Mesías del pueblo* por sus admiradores, la Convención lo contemplaba con la inquieta fascinación que ejercen ciertos seres colocados en los límites imprecisos de la demencia y del genio. Unido solo a Robespierre comunicábase muy poco con los demás, y abandonaba su asiento en la Convención para mostrarse como precursor de las opiniones de su maestro. Cuando concluía de hablar, quedaba silencioso e impalpable, no como hombre, sino como voz.

IV

—Os dicen — murmuró fríamente Saint-Just — que el rey debe ser juzgado como ciudadano, y yo pretendo demostraros que debe ser juzgado como enemigo: no tenemos que juzgarlo, sino combatirlo. La tardanza más funesta de todas las que nuestros enemigos nos aconsejan, sería la que nos hiciera contemporizar con el rey. Llegará un día en que pueblos tan distantes de nuestras preocupaciones, como nosotros lo estamos de las preocupaciones de los vándalos, se admirarán de que una nación haya deliberado para averiguar si tenía o no el derecho de juzgar a los tiranos; se admirarán de que en el siglo XVIII hayamos estado más atrasados que en tiempos de César, que fué castigado en pleno senado sin otra formalidad que veintidós puñaladas y sin otra ley que la libertad de Roma; y de que hoy se tenga respeto a procesar un tirano, asesino del pueblo, sorprendido con las manos en la sangre y el crimen. Los que dan importancia al justo castigo del rey, jamás instaurarán la República, pues entre nosotros la debilidad de carácter es un gran obstáculo para la libertad. Unos temen sufrir algún día por haber mostrado valor, otros no han renunciado por completo a la monarquía y los demás temen dar ejemplo de la virtud, que sería un lazo de responsabilidad común y de unidad de la República. ¡Ciudadanos, si el pueblo romano, después de seiscientos años de virtudes y de odio a los reyes, e Inglaterra, después de muerto Cromwell, restauraron a los reyes, a pesar de la energía que estas naciones demostraron poseer, ¿qué no deben temer entre nosotros los buenos ciudadanos al ver temblar el hacha en nuestras manos, y al pueblo respetar desde el primer día de libertad el recuerdo de las cadenas? ¡Se apela a la inviolabilidad! Existía, quizá, la inviolabilidad mutua de ciudadano a ciudadano; pero de pueblo a rey no existe relación natural, porque el rey estaba fuera del contrato social que une entre sí a los ciudadanos, y no puede estar garantido por un contrato, del que sólo él constituye tiránica excepción. ¡Y se invocan las leyes en favor de quien las ha infringido todas! ¡Qué proceso, qué información queréis hacer de sus crímenes, que en todas partes están escritos con sangre del pueblo! ¿no pasó antes del combate revista a las tropas? ¿no huyó en vez de impedir que se hiciera fuego contra la nación? ¿Pero a qué buscar crímenes? No faltará un alma generosa que dirá que se debe formar causa al rey, no por los crímenes de su gobierno, sino por el solo crimen de haber sido rey, porque la majestad es un crimen, puesto que el usurpador está sujeto a ser juzgado por los ciudadanos. Los hombres han recibido de la naturaleza la secreta misión de exterminar la dominación, y no se puede reinar impunemente, porque todo rey es rebelde. Y, ¿qué justicia podría hacerle el tribunal a quien encargarais de juzgarlo? ¿tendría facultad de restituirle la patria y de citar ante él, para darle una reparación, a la voluntad general? ¡Ciudadanos, el tribunal que debe juzgar a Luis XVI es un consejo político, porque es el derecho de las naciones quien juzga a los reyes, y no dudéis de que, según sea el criterio con que juzguéis a vuestro señor, así será el criterio con que instauraréis la república! La teoría de vuestro juicio será la de vuestras magistraturas, y la medida de vuestra filosofía en este juicio será también la de la libertad en vuestra constitución. ¿Para qué hacer un llamamiento al pueblo? El derecho de los hombres contra los reyes es personal, y el pueblo entero no podría obligar a un solo ciudadano a que perdonara al tirano. Pero apresuraos, porque no hay ciudadano que no tenga sobre él el derecho que tenía Bruto sobre César, ¡el derecho de Ankastroem sobre Gustavo! Luis es otro Catilina; el asesino juraría como el cónsul de Roma que ha salvado a la patria inmolándola. Ya conocéis sus pérfidos proyectos; habéis contado su ejército; el traidor no era el rey de los franceses, sino el rey de algunos conjurados: levantaba tropas; tenía ministros particulares, había proscrito secretamente a todos los hombres honrados y valerosos, y, en fin, es el asesino de Nancy, de Courtrai, del Campo de Marte y de las Tullerías. ¿Qué enemigo

extranjero nos hizo tanto mal? ¡Y se pretende compadecerlo! ¡Pronto se comprará la compasión con lágrimas, como en los entierros de Roma! ¡tened cuidado con vuestros corazones! ¡Pueblo, si el rey llegara a ser absuelto, recuerda que no somos dignos de tu confianza y considéranos traidores!...»

V

La Montaña hizo suyas estas palabras aplaudiéndolas con gran entusiasmo; habríase dicho que una mano atrevida acababa de rasgar la nube de las leyes escritas y de amenazar con la cuchilla a todos los reyes. Fauchet, arrostrando el delirio de la Asamblea, pronunció, pero sin lograr hacerse oír, enérgicas palabras respecto a la inutilidad de la muerte de Luis XVI y la virtud política de la magnanimidad.

—No — dijo—, conservemos este hombre criminal que fué rey; quede, como vivo espectáculo de lo absurdo y del envilecimiento del trono, y diremos a las naciones: ¿Veis esta especie de antropófago que jugaba con nosotros y con vosotras? Era un rey; ninguna ley francesa había previsto su crimen, pues ha traspasado los límites de los atentados previstos en nuestro código penal, pero la nación se venga imponiéndole un suplicio más terrible que la muerte, porque lo expone para siempre al universo, colocándolo sobre un padrón de ignominia.

Gregoire, en una de las sesiones siguientes, impugnó la teoría de la inviolabilidad de los reyes, diciendo: «Esta ficción no sobrevive a la ficción constitucional que la crea.» Y pidió, no la muerte, sino el juicio con todas sus consecuencias, aunque fuera la muerte prejuzgando el decreto con estas terribles palabras: «¿Hay un pariente, un amigo de los soldados muertos en las fronteras que no tenga el derecho de traer su cadáver a los pies de Luis XVI y decirle: «Esta es tu obra»? ¿Y este hombre no va a poder ser juzgado por el pueblo? Sin embargo, repruebo la pena de muerte, y espero que este último resto de barbarie desaparecerá de nuestras leyes, pues a la sociedad le basta que el culpable no pueda hacer daño. A Luis XVI le condenaréis sin duda a vivir para que el remordimiento y el horror de sus maldades lo persigan en el silencio del cautiverio; pero, ¿podrán los reyes arrepentirse? La historia, que consignará sus crímenes, podrá describirlo con un solo rasgo. El 10 de agosto en las Tullerías fueron degollados miles de hombres, y mientras el estruendo del cañón anunciaba una espantosa carnicería, aquí, en esta sala, ¡el rey comía!... Al fin sus traiciones impusieron la libertad; el impulso está dado al mundo; el cansancio de los pueblos llegó al colmo y todos desean ser libres; el volcán va a hacer explosión, de la que resultará la resurrección política del globo. ¿Qué ocurriría si, cuando los pueblos se disponen a romper las cadenas, proclamáis la impunidad de Luis XVI? Europa dudará de vuestra intrepidez y los déspotas recobrarían la esperanza, pues, según la máxima de la servidumbre, creen tener la corona por la voluntad de Dios y por la influencia de la espada.»

En las sesiones siguientes se leyeron numerosas exposiciones de los departamentos, pidiendo la cabeza del asesino del pueblo, pareciendo que la primera necesidad de la nación era vengarse, antes que defenderse.

VI

Entre los miembros de la Convención nacional, figuraba un extranjero, el filósofo Tomás Payne, nacido en Inglaterra, apóstol de la independencia americana, amigo de Franklin y autor del *Buen sentido*, de *Los Derechos del hombre* y de *La Edad de la razón*. Su nombre era de grande autoridad entre los novadores de ambos mundos y su reputación le había servido para naturalizarse en Francia, nación que entonces pensaba y combatía por el universo entero y reconocía por compatriotas a todos los que se mostraban celosos por la razón y la libertad. El patriotismo de Francia, como el de las religiones, no consistía en la uniformidad de lenguaje, ni en la comunidad de las fronteras, sino en la comunidad de las ideas. Payne, amigo de la señora Roland, de Condorcet y de Brissot, había sido elegido por la ciudad de Calais; los

girondinos le consultaban y le habían llevado al comité de legislación. Hasta Robespierre afectaba por el radicalismo cosmopolita de Payne el respeto de un neófito por las ideas que vienen de lejos. El rey había tratado con muchos miramientos a Payne, cuando fué enviado a París para implorar los socorros de Francia en favor de América. Luis XVI concedió a la joven República la suma de 6.000,000 de francos, que se entregaron a Franklin y Payne.

Los recuerdos de los beneficios recibidos debían, por consiguiente, sellar los labios de aquel filósofo, cuyos antecedentes le recusaban si su agradecimiento no lo encadenaba; pero no conservó ni la memoria ni el decoro que convenía a su situación. No pudiendo hablar en francés en la tribuna, escribió e hizo leer a la Convención una carta tan innoble en los términos, como cruel en la intención, pues era una abominable injuria inferida a la persona de quien en otro tiempo había solicitado auxilio y a quien debía la salvación de su patria.

«Considerado como individuo, decía Payne, ese sujeto no es digno de la atención de la República; pero, como cómplice de la conspiración contra los pueblos, debéis juzgarle. En cuanto a la inviolabilidad, no hay necesidad de hacer mención de ella siquiera. No veáis en Luis XVI más que un hombre de escaso talento, mal educado, como todos sus semejantes, dominado por el vicio de la embriaguez, y a quien la Asamblea constituyente restableció imprudentemente sobre el trono para el que no servía.»

VII

Así se expresó, por boca de uno de sus hijos, la América libertada por Luis XVI. Un americano, un ciudadano, un sabio, pedía, si no la cabeza, al menos la ignominia del rey que había protegido con bayonetas francesas la cuna de la libertad de aquel país. La ingratitud revelábase en ultrajes, y la filosofía se degradaba mostrándose inferior al despotismo en el lenguaje de Payne. La señora Roland y sus amigos aplaudieron la grosería republicana de aquel acto y de aquellas expresiones, y la Convención acordó por unanimidad que se imprimiera la carta; pero la opinión pública se indignó, porque, aunque todos podían aborrecer a Luis XVI, no creían que debiera aborrecerlo el apóstol de América y amigo de Franklin.

VIII

El duque de Orleáns, a quien Hebert había bautizado la víspera en la corporación municipal con el nombre de *Felipe Igualdad* y que había aceptado este nombre para despojarse hasta de las sílabas que recordaban la raza de Borbón, subió a la tribuna después de leída la carta de Tomás Payne, y dijo:

—Ciudadanos, mi hija, que tiene quince años de edad, ha ido a Inglaterra en el mes de octubre de 1791, con la ciudadana de Genlís-Sillery, su aya y dos jóvenes educadas con ella desde la niñez, una de las cuales es la ciudadana Enriqueta Sercey, huérfana, y la otra Palmela Seymour, naturalizada francesa desde hace muchos años. La ciudadana Sillery ha educado a todos mis hijos, y su comportamiento demuestra que les ha sabido inculcar las ideas republicanas. Uno de los motivos del viaje de mi hija ha sido el substraerla a la influencia de los principios de una mujer (su madre), muy apreciable sin duda, pero cuyas opiniones acerca de los asuntos palpitantes no han estado siempre de acuerdo con las mías. Cuando razones tan poderosas detenían a mi hija en Inglaterra, mis hijos se encontraban en las filas del ejército. Yo no he dejado de estar con ellos en medio de vosotros, y puedo decir que no somos los ciudadanos que habrían corrido menos peligros si no hubiera triunfado la causa de la libertad. Es imposible, es absurdo atribuir el viaje de mi hija al deseo de emigrar; pero, como para atormentar a un padre basta la más pequeña duda, os suplico, pues, ciudadanos, que calméis mis inquietudes. Si, lo que no puedo creer por parecerme imposible, imponéis el rigor de la ley a mi hija, por cruel que sea este decreto para mí, los sentimientos de la naturaleza no ahogarán los deberes de ciudadano, y alejándola de la patria por obedecer a la ley, demostraré nuevamente la estima en que

tengo el título de ciudadano, que prefiero a todo.

La Asamblea acordó desdeñosamente que pasara la súplica del duque de Orleáns al comité de legislación, pues la Convención, que no necesitaba cómplices, empezaba a inquietarse por tener a un Borbón en su seno. Encontrándose éste demasiado cerca del trono para que la Convención pudiera servirse de él sin riesgo, y no atreviéndose ésta a acusarlo por ser demasiado pública su adhesión al nuevo orden de cosas, le dispensaba una tolerancia, que se parecía mucho al olvido: quería eclipsarle y él también deseaba eclipsarse a sí mismo; pero su nombre era demasiado sonoro y no podía pasar inadvertido para la República, siendo el único crimen de que su postración ante el pueblo no podía absolverle, pues aquel nombre repudiado lo anonadaba.

Francia y Europa, atentas, se preguntaban cómo soportaría el patriotismo del duque de Orleáns la terrible prueba del proceso de Luis XVI, su pariente y su rey. La naturaleza lo recusaba, la opinión le pedía una cabeza y nadie se atrevía a predecir quién triunfaría, si la naturaleza o la opinión.

IX

Al mismo tiempo, París y los departamentos, amenazados por el hambre, se agitaban más a causa del terror pánico que experimentaban que a consecuencia de la escasez de víveres. El descrédito en que habían caído los asignados, moneda de papel, ideal como la confianza, hacía encerrar el trigo, y esto ocasionó el asalto de los mercados y los domicilios. Todos los pueblos pequeños próximos a París, granero de Francia, estaban en continua sedición. Los comisarios de la Convención, que se enviaban, eran injuriados, amenazados y expulsados a viva fuerza, y el pueblo les pedía pan y curas, y volvían a la Convención a dar cuenta de la alarma que cundía, de las injurias que les habían inferido, y de su impotencia para poner remedio al mal.

—Se nos conduce a la anarquía — decía Pethión—; nos despedazamos con nuestras propias manos; estos tumultos, que estallan precisamente en los departamentos en que hay más abundancia de trigo, obedecen a causas ocultas. Conspiradores que envilecéis la Convención, decidnos, ¿qué queréis de nosotros? Hemos abolido todas las tiranías, y hemos abolido el trono, ¿qué más queréis?

Las ideas religiosas, extraviando las conciencias, agitaban también a los departamentos; los sediciosos tomaban la cruz por estandarte, lo que conmovió a Dantón.

—Todo el mal no radica en la alarma que ocasiona la falta de subsistencias — dijo a la Convención—; la Asamblea ha lanzado una idea imprudente al hablar de negar pensión a los clérigos, apoyándose en ideas filosóficas que respeto, porque no conozco otro Dios que el del universo, ni otro culto que el de la justicia y el de la libertad; pero el hombre maltratado por la fortuna necesita goces ideales. Cuando ve a los ricos disfrutar de todos los placeres, acariciar todos los deseos, cree en Dios, porque le consuela la idea de que en otra vida los goces se multiplicarán en proporción de las privaciones sufridas en este mundo; cuando hayáis tenido durante algún tiempo predicadores de moral, que hayan hecho penetrar la luz en las cabañas, será ocasión de hablar al pueblo de moral y de filosofía; pero hasta entonces es bárbaro, es un crimen de lesa nación privar al pueblo de los elementos que les pueden proporcionar algún consuelo. Creo, pues, que sería útil que la Convención publicara una proclama para persuadir al pueblo de que no quiere destruir nada, sino perfeccionarlo todo, y que si persigue el fanatismo, es porque desea que haya libertad en las opiniones religiosas; pero hay otro asunto, además, que exige la pronta decisión de la Asamblea — añadió Dantón, más obligado que deseoso de hacer esta manifestación contra Luis XVI—, y es el juicio del ex rey, que es esperado con impaciencia. Los republicanos se indignan al ver que este proceso se hace interminable, y los realistas se agitan en todos sentidos, y como conservan la fortuna y el orgullo, veréis, quizá, con gran escándalo de la libertad, que los dos partidos chocan entre sí. Todo aconseja que os apresuréis a juzgar al rey.

X

No queriendo Robespierre dejar a Dantón la primacía de su moción, se adhirió a él para pedir que «el último tirano de los franceses, punto de unión de todos los conspiradores y causa de todas las turbulencias de la República, fuera condenado inmediatamente a la pena que merecían sus infamias.» Marat, Legendre, Jean-Bon, Saint-André dieron el mismo grito de impaciencia y lanzaron contra el rey el flujo de cólera, de inquietud y de agitación que amenazaba a la República. El proceso pasó a ser la orden del día permanente de la Convención.

También era la de los jacobinos, en cuyo club Chabot dirigía invectivas a Brissot, echándole en cara el haberse alegrado secretamente de los asesinatos de septiembre por la esperanza de que su cómplice de otros tiempos y su enemigo entonces, el libelista Morande, depositario de sus secretos, sucumbiera bajo el hacha del pueblo.

—¡Y tú te alabas ante tus amigos — le decía Chabot — de ser el héroe del 10 de agosto! Tú, que te has ocultado en el comité hasta el momento en que se trató de apoderarse del ministerio bajo la responsabilidad de Roland y de Clavière. ¿Serás el héroe del 10 de agosto, tú, que pocos días antes leías un discurso aplaudido por los realistas, en que te declarabas defensor del rey? ¡Los héroes del 10 de agosto, tú y tus amigos! ¿Es tu amigo Vergniaud que concluía su discurso acerca de la destitución del rey, dirigiendo un mensaje al tirano, con el propósito de adormecer a la nación hasta la llegada de Brunswick? ¿Es Jerónimo Pethión, que había impedido la insurrección del 28 de julio y que me reprendía el 9 de agosto porque quería tocar a somatén? ¿Es tu amigo Lassourcé que pedía el 8 de agosto que se ordenara la retirada de los federados que vencieron el 10? ¿Es Vergniaud que, presidiendo la Asamblea en la mañana de aquel día, juraba morir en defensa de los derechos constitucionales del rey? ¿Es tu partido, en fin, que mientras el cañón del pueblo derribaba el palacio, pedía que se decretara el nombramiento de un ayo al príncipe real? Dejo a la opinión pública que juzgue entre el ex capuchino Chabot y el antiguo espía de la policía Brissot.

La conclusión de todas estas filípicas de los jacobinos contra Roland, Brissot, Pethión y Vergniaud era el desafío que hacían a los girondinos de retroceder ante el proceso de Luis XVI, y de negar la cabeza del tirano al pueblo, a menos de confesar que eran traidores a la patria.

En la misma sesión del club de los jacobinos, Robespierre rechazó, como Dantón lo había hecho en la Convención, el pensamiento de suprimir la pensión del Estado a los clérigos. Robespierre y otros retrocedían con timidez, por interés del partido, ante la aplicación racional del dogma de la independencia de las creencias religiosas y de la emancipación absoluta de la razón de los pueblos. Decían que la religión era una mentira, y pedían que la República pagara sacerdotes encargados de predicar y de administrar lo que ellos llamaban una mentira. De esta manera, los que tenían más fe revolucionaria, los que no retrocedían ni ante la sangre de sus conciudadanos, ni ante los ejércitos de Europa, ni ante el cadalso, retrocedían ante el poder de una costumbre nacional y aplazaban la solución en las relaciones del hombre con Dios, más bien que su poder. ¡Cuán cercana está la debilidad de la fuerza!

—Mi Dios — decía Robespierre en una carta — es aquel que creó todos los hombres para ser iguales y felices, aquel que protege a los oprimidos y extermina a los tiranos; mi culto es el de la justicia y el de la humanidad, y rechazo, como el que más, el poder de los clérigos, porque es una cadena para la humanidad; pero es una cadena invisible unida a los espíritus. El legislador puede ayudar a la razón a libertarse de ella, pero no a romperla, y en este concepto nuestra situación me parece favorable, porque el imperio de la superstición está casi destruído, y ya el sacerdote no es venerado como la idea religiosa, que personifica a los ojos de la multitud. Ya la antorcha de la filosofía, penetrando hasta las clases más tenebrosas, ha disipado los ridículos fantasmas que la ambición de los

clérigos y la política de los reyes nos mandan adorar en nombre del cielo. Apenas queda ya en los ánimos otra cosa que los dogmas eternos, que prestan apoyo a las ideas morales, y la doctrina sublime y tierna de caridad y de igualdad que el hijo de María enseñó en otro tiempo a sus conciudadanos. Pronto, sin duda, el evangelio de la razón y de la libertad será el evangelio del mundo; el dogma de la divinidad está grabado en las almas, y el pueblo enlaza este dogma con el culto que ha profesado hasta ahora: atacar este culto, es atentar a la moralidad del pueblo. Tened presente que nuestra revolución está basada en la justicia, y que todo lo que tiende a debilitar este sentimiento moral en el pueblo es antirrevolucionario. Recordad con qué prudencia los legisladores más grandes de la antigüedad supieron manejar estos resortes ocultos del corazón humano; con qué arte sublime, respetando la debilidad o las preocupaciones de sus conciudadanos, consintieron en hacer que el Cielo sancionara la obra del genio. Cualquiera que sea nuestro entusiasmo, no hemos llegado aún a los límites de la razón y de la virtud humana; pero, ¡sería impolítico sembrar nuevos gérmenes de discordia en los ánimos, haciendo creer al pueblo que atacando a los sacerdotes se atacaba al culto! No digáis que no se trata de abolir el culto, sino sólo de no pagarlo; porque los que creen en el culto creen también que no pagarle o dejarle perecer es una misma cosa. Además, ¿no veis que entregando a los ciudadanos a la individualidad de los cultos, dais la señal de la discordia en las ciudades y aldeas? Unos querrán un culto, otros no querrán ninguno, y unos a otros se odiarán y despreciarán recíprocamente.

XI

Así es como Dantón y Robespierre, por extraña y cobarde concesión de sus principios, pretendían establecer en nombre de la República la uniformidad oficial de las conciencias, de que ellos acusaban a la política de los reyes. ¡Quitaban el rey al pueblo, y no se atrevían a declarar que dejarían de pagar al clero!

Esta inconsecuencia de Robespierre, que ocultaba su debilidad bajo un sofisma, prestábase a los sarcasmos de los enemigos: Carra, Gorsás y Brissot, redactores de los principales periódicos de la Gironda, se apiadaron de «su superstición» y ridiculizaron su complacencia. «Todos preguntan, decían, ¿por qué siguen tantas mujeres a Robespierre, a su casa, a la tribuna de los jacobinos, a los franciscanos y a la Convención? Porque la revolución francesa es una religión, y Robespierre desea formar una secta: existe una especie de sacerdotes que tiene devotos, Marías y Magdalenas, como los tuvo Cristo. Todo su poder reside en la rueca; Robespierre predica, Robespierre censura; es furioso, grave, melancólico, exaltado o frío, consecuente en las ideas y en la conducta; se enfurece contra los ricos y los grandes, siendo el tema de sus predicaciones el mismo que el de Cristo: «Es necesario despojar a los pícaros acomodados de Jerusalén para vestir a los desnudos.» Robespierre vive con poco, carece de necesidades físicas y su única misión es hablar, y habla siempre; crea discípulos y tiene guardias para su persona; arenga en el club de los jacobinos cuando necesita hacer prosélitos, y calla cuando comprende que la voz puede perjudicar a la popularidad; rehusa los empleos en que podría servir al pueblo, e intriga para obtener aquellos en que puede persuadirle; aparece cuando desea causar sensación, y desaparece cuando la escena está ocupada por otros. Tiene todos los caracteres de un jefe de religión y ha conquistado reputación de santidad; habla de Dios y de la Providencia; cree ser el alma de los pobres y de los oprimidos, y hace que le sigan las mujeres y los débiles de espíritu. ¡Robespierre es un sacerdote y jamás será otra cosa!»

XII

Marat, ausente de la Convención y oculto nuevamente en el subterráneo de los franciscanos, desde el insulto de Westermann y las amenazas de los federados, denunció desde su escondite a la Gironda, como conjuración permanente contra la patria. «No soy el único, escribía, a quien obligan a buscar refugio en

una lóbrega cueva para ponerse al abrigo del hierro de los asesinos, pues esta facción se encarniza contra Robespierre, Dantón, Panís y contra todos los diputados a quienes no consiguen hacer compasivos por medio del terror. Forman listas de proscriptos bajo los auspicios de su patrono Roland; pero, ¿quiénes son los enemigos públicos de todo hombre honrado? Los que en la Asamblea constituyente han sacrificado a la corte los derechos y los intereses del pueblo; los Camús, los Gregoire, los Roland, los Sieyés y los Buzot; los que en la Asamblea legislativa han conspirado con el poder ejecutivo y obligado a declarar la guerra de acuerdo con el conde de Narbona, Lafayette y Dumouriez; los que piden la desmembración de Francia y la traslación de la Asamblea nacional a Rouen; los Lassource, los Lacroix, Fauchet, Gensonné, Vergniaud, Brissot, Kersaint, Barbaroux y Guadet, viles maniquíes convencionales de Roland. ¡Y se me censura el haberme substraído a los puñales de los asesinos pagados por esos hombres, refugiándome en mi subterráneo! Cuando mi muerte pueda hacer feliz al pueblo, no empalideceré al arrostrarla.»

En efecto, Marat no tardó en reaparecer escoltado por hombres del pueblo armados con sables y palos, y seguido por grupos de niños y mujeres llenos de andrajos. Con este acompañamiento se presentó a la puerta de la Convención. «¡Y me acusan, escribía al día siguiente, de predicar la muerte y el asesinato! ¡a mí, que sólo he pedido algunas gotas de sangre impura para evitar que corran arroyos de sangre inocente! El amor a la humanidad es el que me ha hecho guardarme durante algún tiempo a fin de pedir la muerte de los enemigos del género humano. ¡Corazones sensibles y justos, a vosotros apelo contra las desgracias de los que verían sin conmoverse que un puñado de malvados exterminaban a la nación! En el muelle de los Teatinos, en el antiguo palacio de Labriffe, cuyo nombre se ha borrado, reúnense diariamente los agitadores Buzot, Kersaint, Gensonné, Vergniaud, Sieyés y Condorcet, y allí fraguan sus proyectos. Con más frecuencia aún se reúnen los conjurados en casa de la Saint-Hilaire, querida de Sillery, cuya casa es una de las madrigueras habituales, y donde se empieza por el conciliábulo y se concluye por la orgía, porque las ninfas de la emigración van allí a corromper a los padres conscriptos de la Convención. Saladín ha comido en aquella casa el 27 con muchos diputados de la trinca, tales como Buzot y Kersaint. Lassource ha cenado allí con las cortesanas contrarrevolucionarias y con Veimerange, antiguo administrador de correos, en cuya casa de campo de Thilles, cerca de la villa de Gonesse, se reúnen una vez a la semana los jefes de este partido, en el mismo sitio y en la misma mesa en que se reunían hace dos años Chapelier, Dandré, Maury y Cazalés!»

XIII

Camilo Desmoulins, asociándose, por entonces, con Merlín de Thionville, publicó un diario para defender la causa de Robespierre, con este lema, que revelaba constantemente a los lectores el pensamiento de los jacobinos: «No hay víctima más agradable a los dioses que un rey inmolado.»

«Ignoro, decía Camilo Desmoulins, si Robespierre debe temblar por el feliz éxito que ha obtenido contra sus cobardes acusadores. La segunda filípica, sublime discurso que pronunció Cicerón, fué, según afirma Juvenal, lo que hizo asesinar a aquel gran hombre. La victoria de Robespierre ha sido también demasiado completa, y sus enemigos están demasiado anonadados para que tan felices consecuencias no presagien una catástrofe. No es posible mayor humillación de los enemigos. Louvet estaba en la argolla, Pethión parecía sacrificado al triunfo de su rival. ¿Qué será la virtud si Robespierre no es su imagen? ¿Qué valen la elocuencia y el talento si el discurso de Robespierre no es la obra maestra, discurso en que he encontrado reunidas la ironía de Sócrates y la delicadeza de Pascal, con algunos rasgos comparables a las más bellas inspiraciones de Demóstenes? Robespierre, Lacroix te acusaba de haber pronunciado una palabra condenable; pero tan elevada idea tengo de tu virtud, que saqué la consecuencia de que

aquella palabra no merecía reprobación, puesto que tú la habías pronunciado. En cuanto a Marat, que me llama algunas veces su hijo, el parentesco no me impide ponerme a cierta distancia de semejante padre, porque Marat no es un partido, Marat vive solo. ¡Brissot, Brissot! Ese sí que es un partido. Extended la vista por los comités de la Convención; Brissot está en todas partes, Robespierre en ninguna. ¿Sabéis lo que agrupa a los girondinos? ¡El odio a París! ¡El odio al pueblo! ¡Aborrecen a París, porque París es la cabeza de la nación y porque encierra un pueblo inmenso, que es el terror de los traidores intrigantes!»

XIV

Una de esas casualidades que a veces ocurren en el desarrollo de los acontecimientos, para agravarlos o desenlazarlos, proporcionó inopinadamente a los jacobinos nuevas armas contra los girondinos y nuevos testimonios contra Luis XVI.

El rey, desconfiando de la seguridad de las Tullerías, algunos días antes del mes de agosto, hizo practicar en la pared de un pasadizo obscuro, que conducía a su gabinete, un armario secreto oculto por una puerta de hierro y una capa de madera. El rey se había valido para realizar esta operación de su compañero de trabajos manuales a los que se dedicaba cuando, en los momentos de ociosidad, descansaba de ser rey, convirtiéndose en herrero. Aquel hombre, de quien ya hemos hablado, llamado Gamain, era un cerrajero de Versalles, que había amado mucho a Luis XVI y nada hubiera podido decidirle a traicionarle si la demencia o las importunidades de su mujer no hubieran desarraigado poco a poco de su corazón el cariño que profesaba al rey. Habiendo aquel robusto obrero sido atacado de una enfermedad consuntiva, casi inmediatamente después de haber sido sellada la puerta de hierro, trató de averiguar, con la inquietud propia de una imaginación febril, cómo siendo joven y vigoroso había podido enervarse y enflaquecerse tan de repente, como si la sombra de la muerte hubiera pasado sobre él, o como si se hubiese infiltrado en su economía uno de esos hechizos, en cuya existencia creía la superstición del pueblo.

Su cabeza, a fuerza de dar vueltas a las ideas, concluyó por volcanizarse; su memoria, fiel o engañada, le recordó una circunstancia bien insignificante en apariencia, pero de que él hizo una sospecha. De la sospecha a la acusación en el alma de una persona sencilla y enferma, no hay más que el espacio de un sueño y su imaginación lo recorrió. Gamain recordó que, abrumado por el cansancio y la sed mientras forjaba el hierro, el rey le había socorrido dándole a beber con su propia mano un vaso de agua fría. Sea que la frialdad del agua le hubiera helado los sentidos, sea que el principio del marasmo hubiera coincidido naturalmente con aquella época de su vida, Gamain creyóse envenenado por su amo y amigo, interesado, decía, en hacer desaparecer al único testigo del depósito oculto en los muros de palacio.

Gamain confió estas sospechas a su mujer, que las creyó y las aumentó. El herrero luchó durante mucho tiempo contra aquella obsesión; pero, al fin, vencido por la desesperación de morir víctima de una traición odiosa, conmovido además por las crecientes sacudidas de la revolución, y temiendo que algún día le imputaran como crimen su silencio, resolvió vengarse antes de morir, y descubrir el secreto en que había intervenido. Fué a casa del ministro del Interior, Roland, ante quien prestó declaración; y sea que Roland estuviera impaciente por apoderarse de aquellos testimonios de convicción contra el trono, sea que creyera encontrar pruebas escritas de la corrupción de Dantón, de Marat y hasta de Robespierre, o más bien porque temiera entregar a la Convención documentos que comprometiesen a sus amigos, se apresuró a apoderarse del secreto. Roland no pensó en la inmensa responsabilidad que atraería sobre él aquel descubrimiento hecho sin testigos, y no llamó para abrir el candado a los miembros del comité de la Convención, sino que mandó a Gamain subir solo con él en su coche y se dirigió a las Tullerías, donde forzó la puerta de hierro, recogió los papeles que el armario contenía y se los llevó al ministerio del Interior para

examinarlos antes de depositarlos en la Convención.

Al hacerse público el descubrimiento de aquel manantial de acusaciones, prorrumpió París en un grito de alegría, y la Convención rugió contra la temeridad del ministro. Todos los partidos se acusaron mutuamente de algunas complicidades ocultas, cuyas pruebas contra los jefes ocultaba el armario de hierro; todos temblaron ante la idea de que Roland hubiera elegido a capricho los testimonios de traición, y todos, menos los girondinos, recriminaron su impaciencia y censuraron que el ministro hubiera substituído a la nación en el examen de aquel depósito de manejos y de traiciones contra ella. Aunque Roland puso aquel mismo día los papeles del armario de hierro sobre la mesa del presidente, el hecho de haber asistido solo a su descubrimiento y de haberlos revisado antes de entregarlos, le hacía sospechoso de substracción y de parcialidad. La Convención encargó al comité de los doce que hiciera una relación de los documentos y de los diputados que resultaran comprometidos en ellos. Entre los papeles se encontraba el tratado secreto de la corte con Mirabeau y las pruebas irrecusables de la corrupción del gran orador. La verdad brotaba de los muros de palacio, donde había sido sellada para presentarse a acusar a aquel ídolo del pueblo en su tumba. Barrere, Merlín, Duquesnoy y Rouyer, los miembros más eminentes de la Asamblea legislativa y bajo cuya denominación se comprendían Guadet, Vergniaud y Gensonné eran, si no acusados, al menos designados por haber tenido relaciones con Luis XVI. La correspondencia, en su mayor parte, revelaba los planes vagos que los aventureros políticos ofrecen a cambio de un poco de oro a los poderes caídos, más que planes decididos y complicidades efectivas, concluyendo casi todos por pedir muchos millones al tesoro del rey, y ofreciéndole nombres y conciencias, que hasta ignoraban que se les ponía precio. Barrere, Guadet, Merlín y Duquesnoy se disculparon fácilmente de las acusaciones que en contra suya se formularon. Sólo había un hombre en la Asamblea que vendió su palabra y su crédito a la corte, y este hombre era Dantón; pero la prueba de su traición a la República y a la Monarquía estaba en Inglaterra en poder de un ministro de Luis XVI, y los documentos del armario de hierro nada revelaban contra él.

XV

Barbaroux, para desvanecer las sospechas que se suscitaban contra Roland, pidió que Luis XVI fuera el primer acusado; Robespierre, mudo hasta entonces, tomó la palabra, no como el juez toma la balanza, sino como el enemigo la espada. No estableció entre Luis XVI y él más diferencia que la mortal antipatía que mediaba entre el señor y el esclavo, olvidando que no era él más que un hombre obligado a consultar, para formar juicio, no sólo las leyes escritas, sino hasta las no escritas de la misericordia y de la equidad; puso en paralelo la salvación de la República y la vida de un rey, y afirmó que la muerte del rey era indispensable al pueblo. Al menos, Robespierre tuvo el mérito de separar de aquel crimen de Estado la hipocresía de las formas del proceso. Condenó a Luis XVI como si él hubiera sido el juez supremo, y lo ejecutó como si Luis XVI no hubiera sido más que un principio. Esta franqueza y audacia sedujeron a muchos, haciendo olvidar a los admiradores de Robespierre que en aquel principio había un rey, que en aquel rey había un hombre, y que en aquel hombre estaba la vida, la vida de que la sociedad no priva a nadie por el crimen de su nacimiento, sino por el que ejecuta voluntariamente con su mano.

«Os salís de la cuestión, aquí no hay proceso, dijo; Luis no es acusado, vosotros no sois jueces, no tenéis que dictar sentencia alguna en pro ni en contra de un hombre, sino tomar una medida de salvación pública y ejercer un acto de previsión nacional.» (Aplausos.) ¿Cuál es el partido que la sana política prescribe para cimentar la República naciente? El de grabar profundamente en los corazones el desprecio al trono y aterrorizar a todos los partidarios del rey. Por consiguiente, presentar al universo su crimen como un problema, su causa como objeto de discusión la más imponente, la

más religiosa que existió en tiempo alguno, poner una distancia inconmensurable entre el recuerdo de lo que fué y el título de ciudadano, es precisamente el medio de hacerlo más peligroso a la libertad. Luis XVI fué rey y la República está fundada: con esta sola frase está decidida la famosa cuestión que os ocupa. A Luis XVI se le destronó por los crímenes que cometió, y, como ha conspirado contra la República, o se le condena, o la República no está absuelta. (Aplausos.) Instruir causa a Luis XVI es lo mismo que procesar a la revolución; si puede ser juzgado puede ser absuelto, y si puede ser absuelto puede ser inocente; y, si es inocente, ¿qué objeto ha tenido la revolución? ¿Si él es inocente, qué somos nosotros más que calumniadores? Los manifiestos de las cortes extranjeras contra nosotros son justos, su prisión es una crueldad; los federados, el pueblo de París y todos los patriotas de la nación francesa son culpables, y el gran proceso pendiente en el tribunal de la naturaleza, desde hace tantos siglos entre el crimen y la virtud, entre la libertad y la tiranía, será, al fin, decidido favorablemente al crimen y al despotismo. ¡Tened cuidado, ciudadanos! Estáis engañados por falsas nociones. Majestuosas las conmociones de un gran pueblo y los sublimes arranques de la virtud, se presentan a nosotros como las erupciones de un volcán y como el trastorno de la sociedad política. Cuando una nación se ve obligada a recurrir al derecho de insurrección, entra en el estado de la naturaleza respecto del tirano. ¿Cómo podrá éste invocar el pacto social? ¿Cuáles son las leyes que le reemplazan? Las de la naturaleza, la salvación del pueblo: el derecho de castigar al tirano y el de destronarle es uno solo, pues no tiene más formas el uno que el otro. El proceso del tirano es la insurrección, su juicio es la caída del poder y su castigo es el que exige la libertad del pueblo. Los pueblos lanzan el rayo, y éste su decreto; no condenan a los reyes, pero los suprimen y los reducen a la nada. ¿En qué República fué objeto de litigio la necesidad de castigar a los reyes? ¿Fué procesado Tarquino? ¿Qué habría dicho Roma si los ciudadanos se hubiesen declarado defensores de aquél? ¿Y nosotros llamamos abogados para defender la causa de Luis XVI? Podrá llegar el día en que tengamos que concederles coronas cívicas, porque, si defienden una causa, pueden abrigar la esperanza de hacerla triunfar; de otro modo, sólo ofreceríamos al universo una ridícula farsa de justicia. (Aplausos.) ¡Y nos atreveremos a hablar de República! ¡Ah! ¡somos tan sensibles para los opresores, porque carecemos de compasión para los oprimidos! ¡Qué república es aquella a la que sus fundadores procesan y a la que crean adversarios para que la ataquen en la cuna! Hace dos meses, ¿quién habría podido sospechar siquiera que aquí iba a hablarse de la inviolabilidad de los reyes? Y hoy un miembro de la Convención nacional, el ciudadano Pethión, os propone esa idea como objeto de una seria deliberación. ¡Oh crimen! ¡Vergüenza! En la tribuna del pueblo francés se ha hecho el panegírico de Luis XVI. Luis sigue combatiendo contra nosotros desde su calabozo, y ¿preguntáis si es punible tratarle como enemigo? ¿Permitís que se invoque en favor suyo la Constitución? Si es así, la Constitución os condena, porque la Constitución os prohibía destronarlo. ¡Id, pues, a los pies del tirano a implorar perdón y clemencia!... Pero surge una nueva dificultad, ¿a qué pena le condenaremos? Uno dice: la pena de muerte es demasiado cruel. No, replica otro, la vida es más cruel todavía, y es necesario condenarlo a vivir. ¡Abogados! ¿Es por compasión o por crueldad por lo que queréis substraerlo a la pena que merecen sus crímenes? Yo aborrezco la pena de muerte y no profeso a Luis XVI amor ni odio; sólo aborrezco sus crímenes. He pedido la abolición de la pena de muerte en la Asamblea constituyente, y no es culpa mía que los primeros principios de la razón hayan parecido herejías morales y judiciales; pero vosotros, que nunca habéis pensado en reclamar la abolición del suplicio en favor de los desgraciados, cuyos delitos son individuales y perdonables, ¿por qué fatalidad os acordáis ahora de ser humanos en beneficio del mayor de los criminales? ¿Pedís una excepción a la pena de muerte para el único que puede legitimarla?... ¡Un rey des-

tronado en el seno de una revolución que no está cimentada aún! ¡Un rey, cuyo solo nombre atrae sobre la nación la guerra extranjera! ¡Ni la prisión, ni el destierro pueden hacer que sea inocente! Proclamo con sentimiento esta verdad fatal. Luis debe morir para evitar que mueran cien mil ciudadanos virtuosos. Luis debe morir, porque es preciso que la patria viva.

XVI

El discurso de Robespierre, interrumpido frecuentemente por los aplausos, cayó en la opinión como un peso de hierro en la balanza; la elocuencia y el atrevimiento del sofisma admiraron y arrastraron las convicciones; los miembros de la Convención se envanecían con ser implacables como la necesidad y omnipotentes como la naturaleza, poniendo a la nación en el lugar de la Providencia y creyéndose autorizados para decretar en su nombre. Se engañaban; el derecho de las naciones sólo se compone del conjunto de los derechos que cada individuo posee, y ningún hombre tiene el de inmolar a otro, más que en combate o en juicio. Robespierre, en sus majestuosos axiomas, no sólo ponía al rey fuera de la ley, sino que lo ponía fuera de la naturaleza, y en esta invocación magnífica, pero errónea, al derecho natural, el elocuente sofista no comprendía sin duda que otorgaba a todo ciudadano la facultad de armarse de la cuchilla para herir al desarmado y no juzgado, por el solo derecho de su doctrina o de su cólera. Confundía la insurrección con el crimen y el derecho de combatir con el de asesinar.

XVII

Buzot, en una de las sesiones que siguieron a la en que se pronunció este discurso, propuso que se condenara a muerte a todo el que tratara de restablecer el trono, bajo cualquier forma que fuera. La alusión que hacían estas palabras al proyecto de dominación de Robespierre y de los jacobinos, provocó un violento tumulto, que se apaciguó, como siempre, descargando sobre el rey el furor de todos los partidos. Buzot pidió que en primer lugar, se oyera al rey, aunque no fuese más que para conocer sus cómplices; pero con el gesto y con la risa aludía a Robespierre y a Dantón.

Ruhl continuó leyendo la relación de los papeles encontrados en el armario de hierro, una de cuyas piezas contenía una consulta secreta del rey a los obispos de Francia, a quienes preguntaba si podía aprovecharse de los sacramentos en las fiestas conmemoratorias de la muerte y de la resurrección de Cristo.

«Acepté, les decía, la funesta constitución civil del clero; pero siempre consideré esta aceptación como forzada, firmemente resuelto, si vuelvo a adquirir el poder, a restablecer el culto católico.»

Los obispos le respondieron amonestándole severamente y prohibiéndole la frecuencia de los sacramentos hasta que se hubiese purificado del crimen de haber contribuído a la revolución. Se propuso que las cenizas de Mirabeau, convicto de venalidad por el testimonio de aquellos documentos, fueran sacadas del panteón.

—Arrestad si queréis su memoria — replicó Manuel—; pero no le condenéis sin oírlo.

Camilo Desmoulins interpeló a Pethión y le intimó que declarara por qué, como alcalde de París, no había asistido al sepelio de Mirabeau.

—Siempre he estado convencido—respondió Pethión — de que Mirabeau reunía a su gran talento una profunda inmoralidad. Creo que, cuando Lafayette engañaba al pueblo, Mirabeau sostenía punibles relaciones con la corte. Creo que ha recibido de Talón una suma de cuarenta y ocho mil libras; pero, cualesquiera que sean los indicios y la persuasión en que estoy de estos hechos, no tengo pruebas. Se conoce el plan de Mirabeau para que el rey marchara a Rouen; y es cierto que iba con frecuencia a Saint-Cloud y que allí celebraba conferencias secretas. Estas son las razones que tuve para no asistir a los honores que se tributaron a su cadáver.

XVIII

Al pueblo, soliviantado por el temor de la escasez de víveres y de la invasión extranjera, le impacientaba la lentitud

de la Asamblea y se reunía en grandes grupos a sus puertas, diciendo que ni habría trigo en los mercados, ni victoria en las fronteras hasta que Luis XVI hubiera expiado en el cadalso sus maldades y quitado la esperanza a los logreros y a los conspiradores. Grupos tumultuosos fueron a las inmediaciones del Temple, y amenazaron con forzar la prisión para sacar de ellas los presos. Estas agitaciones sirvieron de pretexto al partido de Robespierre para pedir que se decretara inmediatamente la muerte del rey sin formación de causa.

La Convención nombró una comisión, compuesta de veintiún miembros, a la que encargó que redactara las preguntas que se debían dirigir a Luis XVI, y el acta de acusación. Decretó, además, que el rey se presentara ante la Asamblea para oír la lectura de la acusación; que se le darían dos días de término para justificarse, y que al día siguiente de haber comparecido y respondido, se resolvería, respecto a su suerte, por votación nominal entre todos los miembros de la Asamblea presentes.

Marat subió precipitadamente a la tribuna después de la lectura de este decreto, y denunció a Roland y a los amigos de éste como causantes del hambre del pueblo, con el propósito de impulsar a las revueltas. Y, luego, volviéndose incpinadamente hacia Robespierre y Saint-Just, dijo:

—Se pretende que los patriotas de la Asamblea tomen medidas inconsideradas pidiendo que votemos por aclamación la muerte del tirano; pero yo os invito a que procedáis con calma, porque es necesario juzgar con prudencia.

La Asamblea se sorprende, los diputados se dirigen unos a otros miradas que revelan la duda de lo que han oído.

Marat, alzando más la voz, continúa con gravedad:

—¡Sí! No proporcionemos a los enemigos de la libertad el pretexto de las calumnias atroces que lloverían sobre nosotros, si nos abandonáramos, al tratar de juzgar a Luis XVI, al sentimiento de nuestra fuerza y de nuestra indignación. Para conocer a los traidores, porque los hay en esta Asamblea...

—Nombradlos — interrumpen muchas voces.

—Para conocer a los traidores — prosigue Marat, sin hacer caso de la interrupción—, os propongo un medio infalible, que es publicar el voto de los diputados respecto a la suerte del tirano.

Las tribunas aplaudieron con entusiasmo a Marat, hasta que el orador volvió a ocupar su sitio.

XIX

Chabot, después de Marat, con motivo de la denuncia formulada por un aventurero llamado Aquiles Viard, que pretendía conquistar popularidad manteniendo relaciones equívocas con todos los partidos, acusó a los girondinos, y especialmente a la señora Roland, de estar en inteligencia con el conde de Narbona, Malouet y otros constitucionales refugiados en Londres, para salvar al rey e intimidar a la Convención con una manifestación de diez mil republicanos moderados, que no deseaban la muerte del tirano. Esta imaginaria conspiración, soñada por Chabot, Bazire, Merlín y algunos otros miembros exaltados del comité de vigilancia de la Convención, provocó una escena de invectivas entre los dos partidos, que con las palabras, los gestos y las miradas envilecieron la dignidad de representantes de la República, poniendo la sesión al nivel de una trifulca tabernaria.

Desde aquel día el lenguaje varió como las costumbres, adquiriendo la aspereza y la trivialidad, corrupción del pueblo, en vez de la blandura y la afectación, que es la de las cortes. La cólera de los partidos empleó, para ultrajarse recíprocamente, las frases innobles del populacho; el pugilato había reemplazado a la espada, presintiéndose próximo el cadalso en las amenazas de los oradores. La sangre de septiembre perdía su color en las discusiones.

—Son imbéciles, bribones, infames — exclamó Marat, señalando con el dedo a Grangeneuve y a los amigos de éste.

—En primer lugar — repuso Grangeneuve—, te pregunto: ¿qué pruebas tienes tú de mi infamia?

Las tribunas se declararon en favor de

Marat, y se levantaron llenando de imprecaciones a los girondinos.

—Mirad hacia el lado derecho — dijo Montaut — para ver si están allí Ramond o Cazalés.

—Yo me atrevo a probar — contestó Louvet — que Catilina está en el vuestro.

—Los hombres honrados no temen la luz — exclamó Marat.

—Ni se ocultan en los subterráneos — replicó Boileau.

Al fin, se acordó que dos comisarios acompañaran a Marat a su residencia para verificar que no alteraba los documentos, bases de su denuncia, designándose para esta comisión a Tallién, amigo de Marat, y a Buzot, enemigo.

—No creo — dijo Buzot, con un gesto y un acento de desprecio — que la Convención tenga el derecho de mandarme que vaya a casa de Marat.

XX

Cuando ocurrían estos tumultos y los miembros de la Convención se ultrajaban mutuamente, fué llamada la señora Roland para ser careada con su acusador Viard. Al presentarse en la barra, esta mujer joven, bella, jefe de un partido, que reunía las seducciones de la naturaleza al prestigio del genio, avergonzada y altiva a la vez del papel que le daba tanta importancia en la República, provocó el silencio, el respeto y la admiración de la Asamblea. La señora Roland se expresó con la sencillez y la modestia de una acusada, segura de su inocencia, y que desdeña confundir a su acusador por otros medios que por el brillo de la verdad. Su voz, conmovida y sonora, resonó temblorosa en medio del respetuoso y favorable silencio de la Asamblea. Aquella voz femenina que por vez primera sucedía a los roncos clamores de hombres irritados y que parecía dar nueva entonación a los acentos de la tribuna, añadió un nuevo encanto a la graciosa elocuencia de sus expresiones. Viard, convencido de impudencia, enmudeció, y los aplausos absolvieron y vengaron a la señora Roland, que salió de la Convención en medio de las muestras de respeto y de entusiasmo. Todos los diputados se levantaron e inclinaron a su paso, y ella desapareció llevando en el alma y mostrando involuntariamente en la actitud la secreta alegría de haber comparecido ante el senado de su patria, de haber sido objeto de las miradas de Francia, vengado a sus amigos y confundido a sus contrarios.

—Contempla ese triunfo — dijo Marat a Camilo Desmoulins, que estaba sentado cerca de él en la sala—. Las tribunas que quedan frías, el pueblo que guarda silencio, son más prudentes que nosotros.

Hasta Robespierre despreció la ridícula conspiración soñada por Chabot, y dedicó una sonrisa a la inocencia y a la belleza de la señora Roland.

XXI

Los girondinos quisieron también evitar el proceso del rey y desafiar a los jacobinos, proponiendo la expulsión del territorio francés, de todos los miembros de la casa de Borbón, y particularmente del duque de Orleáns. Buzot, encargado de formular esta proposición de ostracismo, dijo:

—Ciudadanos, el trono está derribado, y pronto no existirá el tirano; pero el despotismo vive todavía. Como los romanos, que después de haber echado a Tarquino, juraron no tolerar más reyes en la ciudad, vosotros debéis a la seguridad de la República el destierro de la familia de Luis XVI, y, si pudiera hacerse alguna excepción, seguramente no sería en favor de la rama de Orleáns. Desde el principio de la revolución, el duque de Orleáns hase granjeado las miradas del pueblo; su busto, paseado por las calles de París, el mismo día de la insurrección, representaba un nuevo ídolo; pero no tardó en ser acusado de tener proyectos de usurpación, y, si es verdad que no los ha concebido, parece al menos que existían y que se encubrieron con su nombre. Su fortuna inmensa, sus relaciones íntimas con los poderosos de Inglaterra, el nombre de Borbón para las potencias extranjeras, el de Igualdad para los franceses, sus hijos, cuyo juvenil y ardiente valor puede fácilmente ser seducido por la ambición, son causas sobradas para que Felipe pueda vivir en

Francia sin alarmar a la libertad. Si la ama, si la ha servido, que concluya el sacrificio y nos libre de la presencia de un pariente de los presos. Pido que Felipe, sus hijos, su esposa y su hija sufran en otra parte y no en el territorio de la República, la desgracia de haber nacido cerca del trono, de haber conocido sus máximas, recibido sus ejemplos, y de llevar un nombre que puede servir de bandera a los facciosos y que no debe herir los oídos de ningún hombre libre.

Esta proposición, apoyada por Louvet, combatida por Chabot, aceptada nuevamente por Lanjuinais y sospechosa para Robespierre, soliviantó durante algunos días a la Convención y a los jacobinos, y se aplazó la resolución en lo concerniente al duque de Orleáns, hasta que terminara el proceso del rey. Los girondinos, al hacer esta proposición, se proponían un doble objeto: acreditarse en el partido violento adulando la pasión del pueblo y hasta su ingratitud decretando un ostracismo más severo y más completo que el del rey solo, y hacer recaer sobre Robespierre, Dantón y Marat la sospecha de una connivencia secreta con el futuro trono del duque de Orleáns. «Si los demagogos lo defienden, decían, pasarán por cómplices; si lo abandonan, tendremos en la Convención un voto, una persona, una fortuna y una facción menos contra nosotros.» Pethión, Roland y Vergniaud abrigaban, además, otro sentimiento: el de intimidar a los jacobinos con la suerte del duque de Orleáns, y utilizar su destierro para entablar negociaciones con Robespierre, encaminadas a conseguir, en cambio el derecho de apelación al pueblo y el de la vida del rey.

XXII

Pero todo esto extraviaba, sin suspenderla, la pasión dominante, fija constantemente en el Temple. Mientras los comisarios nombrados por la Convención desempeñaban cerca del rey la misión que por decreto se les había encomendado, Robert Lindet, diputado del Eure, una de las manos que redactan con impasibilidad y sangre fría lo que las pasiones inspiran a los cuerpos políticos, leyó otra nueva acta de acusación. Decidido el proceso, se discutió el recurso de *apelación al pueblo*. Los girondinos insistían en pedir la revisión del juicio después del proceso, en cuya opinión los sostenían todos los miembros de la Convención que sin pertenecer a ninguno de los dos partidos beligerantes, querían negar a la venganza de la República la sangre que no se creían con derecho a derramar, y que la República no deseaba. Sus discursos, acogidos, mientras los pronunciaban, con sarcasmos y gestos amenazadores, se perdían en el clamor general; pero más tarde debían encontrar un eco honroso para su nombre en la conciencia del pueblo, cuando éste se tranquilizara. Esperar es la venganza de la verdad.

XXIII

Buzot, al votar la muerte como castigo de los crímenes de Luis XVI, reservó también la apelación al pueblo, diciendo:

—No quiero que estéis colocados entre dos escollos: si rehusáis la apelación al pueblo, los departamentos se opondrán a la ejecución de vuestra sentencia; si la concedéis, París y los asesinos intentarán degollar, sin vuestro concurso, a la víctima; pero el que los malvados puedan asesinar a Luis XVI, no es una razón para que nosotros aceptemos la responsabilidad del crimen. En cuanto a los ultrajes, que en este caso nos alcanzarían, aunque yo fuera la primera víctima de los asesinos, no me faltará valor para decir la verdad, y tendré al morir la consoladora esperanza de que mi muerte será vengada. ¡Hombres justos, consultad vuestra conciencia antes de resolver respecto a la suerte de Luis, y así cumpliréis vuestro deber!

Robespierre, en otro discurso, acusó a los girondinos de que atentaban perpetuar el peligro de la patria, prolongando un proceso que pretendían que fallaran cuarenta y ocho mil tribunales. Después, dejando la cuestión para combatir cuerpo a cuerpo a los enemigos y volver en contra suya la indulgencia con que trataban al tirano, exclamó al concluir:

—¡Ciudadanos, os ha dicho una gran verdad el que os dijo ayer que marchabais a la disolución de la Asamblea por

la calumnia. ¿Necesitáis más pruebas que esta discusión? ¿no es evidente que no es a Luis XVI a quien se forma causa, sino a los más ardientes defensores de la libertad? ¿se clama contra la tiranía de Luis XVI? No, sino contra la supuesta tiranía de un pequeño número de patriotas oprimidos. ¿Son los complots de la aristocracia los que se denuncian? No: es la llamada dictadura de no sé qué diputados del pueblo que están dispuestos a contemporizar con la tiranía. ¡Se desea que viva el tirano para oponerlo a los patriotas sin poder! ¡Pérfidos! ¡Disponen de toda la autoridad pública, de los tesoros del Estado, y todavía nos acusan de despotismo! No hay un punto en la república donde no nos hayan infamado; agotan el tesoro público para difundir las calumnias, violan el secreto de la correspondencia para substraer la de los patriotas, y todavía gritan: ¡Calumnia! Sí, sin duda, ciudadanos, existe el proyecto de envilecer y quizá de disolver la Convención con motivo de este proceso; pero no en el pueblo, no en los que, como nosotros, lo han sacrificado todo a la libertad, sino en una veintena de intrigantes que utilizan todos estos resortes, que guardan silencio, que se abstienen de manifestar su opinión acerca del último rey, pero cuya sorda y perjudicial actividad provoca los tumultos que nos agitan. ¡Consolémonos, sin embargo, porque la virtud siempre ha estado en minoría sobre la tierra!...

La Montaña se levanta con entusiasmo y los aplausos de las tribunas interrumpen durante largo tiempo a Robespierre, que, luego, prosiguió:

—La virtud ha estado siempre en minoría sobre la tierra... y, ¡sin ella estaría la tierra poblada de tiranos y de esclavos! Hampden y Sidney eran de la minoría, porque expiraron en un cadalso. Los Césares y los Clodios eran de la mayoría, pero Sócrates de la minoría y bebió la cicuta; Catón, de la minoría, desgarró sus entrañas. Yo conozco a muchos aquí que servirían a la libertad del modo que Hampden y Sidney. (Aplausos en las tribunas.) ¡Pueblo, evítanos al menos esta especie de desgracia, reserva tus aplausos para el día en que hayamos hecho una ley útil a la humanidad! ¿no ves que, aplaudiéndonos, das a nuestros enemigos pretextos para calumniar la causa sagrada que nosotros defendemos? ¡Ah! ¡Huye más bien del espectáculo de nuestros debates! ¡quédate en tus talleres, lejos de tu vista combatiremos de igual modo por ti; y, cuando el último de tus defensores haya perecido, entonces véngale si quieres y encárgate tú mismo de hacer triunfar tu causa!... ¡Ciudadanos, quienesquiera que seáis, velad alrededor del Temple! ¡Detened, si es necesario, la pérfida malevolencia! ¡Desbaratad los complots de vuestros enemigos! ¡Fatal depósito! ¿No era bastante que el despotismo hubiera pesado tanto tiempo sobre la tierra? ¿Es necesario que su custodia sea para nosotros otra calamidad?

Robespierre calló, dejando en los ánimos el último dardo que había lanzado y la impaciencia de terminar con una muerte rápida la situación por que pasaba la República.

XXIV

Vergniaud, cuyo silencio había acusado claramente Robespierre, fluctuaba entre el temor de provocar disensiones irreconciliables y el horror que le inspiraba el asesinar a sangre fría a un rey a quien había abatido. Este orador no concedía nada a la emoción, nada a la ambición ni al miedo, porque tenía el poder del genio que se eleva hasta la imparcialidad, y lo veía todo desde el punto de vista de lo porvenir; pero, cediendo al fin a las súplicas de sus amigos, a la urgencia del próximo suplicio y al grito de su conciencia, pidió la palabra. La atención pública predisponía los ánimos en su favor, y las tribunas, aunque vendidas a Robespierre, experimentaban una especie de emoción involuntaria al oírlo. París palpitaba de impaciencia, y mientras él permanecía callado, creíase que había grandes cosas que decir.

Después de haber demostrado que el poder de la Convención no era más que una delegación del poder del pueblo; que, si la ratificación tácita de la nación sancionaba los actos secundarios de gobierno y administración, no ocurría lo mismo con los grandes actos constituciona-

les, para los que el pueblo se reservaba el ejercicio directo de su soberanía; después de haber demostrado que la condenación o la absolución, el suplicio o el perdón al jefe del antiguo gobierno era uno de los actos esenciales de soberanía que la nación no podía enajenar; y, en fin, después de haber hecho resaltar lo inútil de las objeciones que se oponían a las asambleas primarias, a quienes se diferiría la apelación al pueblo, el orador girondino revolvióse con todo el poder de su dialéctica y de su pasión contra Robespierre, diciendo:

—Os aseguran que la intriga salvará al rey, porque la virtud está siempre en minoría sobre la tierra; pero Catilina fué una minoría en el senado romano, y si esta minoría insolente hubiera prevalecido, ¿qué hubiera sido de Roma, del senado y de la libertad? En la Asamblea constituyente, Cazalés y Maury fueron también una minoría, y si esta minoría, mitad aristocrática, mitad sacerdotal, hubiera conseguido imponerse a la mayoría, no se habría hecho la revolución, y vosotros os arrastraríais todavía a los pies de ese rey, que sólo tiene de su pasada grandeza los remordimientos de haber abusado de ella. También los reyes están en minoría sobre la tierra, y para encadenar a los pueblos dicen, como vosotros, que la virtud se encuentra en minoría. De manera que en el pensamiento de los que emiten esta opinión, no hay en la república hombres verdaderamente honrados, verdaderamente virtuosos, ni verdaderamente adictos al pueblo, más que ellos mismos y un centenar de amigos suyos, que tendrán la generosidad de asociarse a su gloria. De manera que para que ellos pudieran fundar un gobierno digno de los principios que profesan, sería necesario desterrar del territorio francés a todas las familias cuya corrupción es tan profunda; convertir a Francia en un vasto desierto, y para la más rápida regeneración y la mayor gloria, entregarla a sus sublimes concepciones. Se creyó que sería fácil disipar todos estos fantasmas con que se nos quiere intimidar, y para atenuar, por anticipado, la fuerza de las respuestas que se preveían, se recurrió al más vil, al más cobarde de los medios: a la calumnia. Nos comparan a los Lameth, a los Lafayettes, a todos los cortesanos del trono, a los que tanto hemos contribuído a derribar; nos acusan, y ciertamente no me admiro, porque hay hombres de quienes cada soplo es una impostura, como es natural en la serpiente vivir sólo para destilar veneno; nos acusan, nos denuncian, como hacían el 2 de septiembre, al puñal de los asesinos, pero nosotros sabemos que Tiberio Graco pereció a manos de un pueblo extraviado, a quien constantemente había defendido. Nada hay que nos asuste, nuestra sangre pertenece al pueblo, y, derramándola por él, tendremos el pesar de no poder ofrecerle más. Nos acusan de que intentamos encender la guerra civil en los departamentos, o al menos provocar tumultos en París, sosteniendo una opinión que desagrada a ciertos amigos de la libertad; pero, ¿por qué una opinión había de provocar tumultos en París? ¿por qué esos amigos de la libertad amenazan de muerte a los ciudadanos que tienen la desgracia de no opinar como ellos? ¿Nos querrán demostrar de este modo que la Convención nacional es libre? Habrá desórdenes en París, y sois vosotros los que los anunciáis; ¡admiro la sagacidad de semejante profecía! ¿No os parece, en efecto, muy difícil, ciudadanos, que pueda predecir el incendio de una casa el que lleva la tea que ha de prender fuego? ¡Sí! quieren la guerra civil los hombres que consideran como principio el asesinato, y que designan como amigos de la tiranía a las víctimas a quienes su odio pretende inmolar. Desean la guerra civil los que dirigen los puñales contra los representantes de la nación e invocan la insurrección contra las leyes. Quieren la guerra civil los que piden la disolución del gobierno, el exterminio de la Convención; los que proclaman traidor a todo el que no está a la altura del pillaje y del asesinato. Os entiendo, vuestro anhelo es reinar; vuestra ambición era mucho más modesta el día del Campo de Marte. Entonces redactabais y hacíais firmar una petición que tenía por objeto consultar al pueblo respecto a la suerte del rey traído de Varennes. Nada os era costoso entonces para reconocer la soberanía del pueblo. ¿Sería, quizá, porque entonces favorecía

vuestros secretos propósitos y hoy los contraría? ¿No existe para vosotros más soberanía que la de vuestras pasiones? ¡Insensatos! ¿Habéis podido figuraros que Francia ha roto el cetro de los reyes para inclinar la cabeza bajo un yugo tan deshonroso?... Sé que en las revoluciones debe cubrirse la estatua de la ley que protege la tiranía, que es preciso destruir. Cuando cubráis la que consagra la soberanía del pueblo, principiaréis la revolución en beneficio de los tiranos. Se necesitaba valor para atacar el 10 de agosto a Luis en todo su poder; pero, ¿se necesita tanto para enviar a Luis al suplicio, vencido y desarmado? Un soldado cimbrio entra en la prisión de Mario para degollarle; asustado al ver a la víctima, huye sin atreverse a herirle. Si este soldado hubiera sido miembro de un senado, ¿creéis que habría dudado en votar la muerte de un tirano? ¿Qué valor se necesita para hacer lo que haría el más cobarde? (Aplausos estruendosos.) Amo demasiado la gloria de mi país para proponer a la Convención que se deje dominar en una ocasión tan solemne, por la consideración de lo que harán o no las potencias extranjeras; pero, a fuerza de oír asegurar que nosotros obrábamos en este juicio como poder político, creí que no sería contrario a vuestra dignidad ni a la razón hablar un momento de política. Viva o muera Luis XVI, es posible que Inglaterra y España se declaren enemigos nuestros; pero, si la sentencia de Luis XVI no es la causa de esta declaración de guerra, es cierto al menos que su muerte será el pretexto. Venceréis estos nuevos enemigos, no me cabe la menor duda, porque me lo garantizan el valor de nuestros soldados y la justicia de nuestra causa; pero, ¿qué reconocimiento os deberá la patria por haber hecho correr innecesariamente arroyos de sangre sobre el continente y sobre los mares, y por haber ejercido en su nombre un acto de venganza, que ocasiona tantas calamidades? Os atreveríais a ensalzar ante el país vuestras victorias, porque alejo de mi pensamiento los desastres y los reveses; pero, aun siguiendo el curso de los acontecimientos más prósperos, semejantes victorias serán vanas por sus resultados. Temed que Francia, en medio de sus triunfos, no se parezca a aquellos monumentos famosos que en Egipto han vencido al tiempo; el extranjero que pasa admira su grandeza; ¿pero qué encuentra al penetrar en ellos? Cenizas inanimadas y el silencio del sepulcro. Ciudadanos, el que de nosotros cediera a temores personales sería un cobarde, pero temer por la patria honra al corazón: os he expuesto una parte de los míos, pero tengo otros aún y voy a decirlos. Cromwell, deseando la disolución del partido, con cuyo apoyo había derribado el trono y llevado al cadalso a Carlos I, presentó al parlamento que deseaba arruinar proposiciones insidiosas que sabía bien que debían de conmover a la nación; pero hizo que la apoyaran aplausos pagados y gritos. El parlamento cedió; pero pronto la fermentación se hizo general, y Cromwell rompió fácilmente el instrumento de que se había servido para apoderarse del poder supremo. ¿No oís todos los días en este recinto y fuera de él gritar a algunos hombres con furor: «Si el pan está caro, la causa está en el Temple; si el numerario escasea, si nuestro ejército está mal provisto, la causa está en el Temple; si tenemos que sufrir diariamente el espectáculo del desorden y de la miseria pública, la causa está en el Temple»? Los que emplean este lenguaje saben que la carestía del pan, la falta de la circulación de subsistencias, la desaparición del dinero, la dilapidación de los recursos de nuestro ejército, la desnudez del pueblo y de nuestros soldados, tienen otras causas. ¿Cuáles son sus proyectos? ¿quién me garantiza que esos hombres no seguirán gritando después de la muerte de Luis con mayor violencia que ahora: «Si el pan está caro, si el numerario escasea, si nuestro ejército está mal provisto, si las calamidades de la guerra han aumentado por haberla declarado Inglaterra y España, la causa está en la Convención que ha provocado estas medidas, condenando precipitadamente a Luis XVI»? ¿Quién me garantiza que en la tempestad que se avecina, durante la cual saldrán nuevamente de sus madrigueras los asesinos del 2 de septiembre, no se os presentará todo cubierto de sangre y como libertador ese defensor, ese jefe que cree ha-

berse hecho necesario? ¡Un jefe! ¡ah! si tanta fuera su audacia, no aparecería sino para ser inmediatamente herido por mil golpes, pero, ¿a qué horrores no quedaría entregado París? ¡París, cuyo valor heroico contra los reyes admirará la posteridad, sin poder concebir jamás la ignominiosa sujeción a una cuadrilla de bandidos, escoria de la especie humana, que se agita en su seno y la destroza en todos sentidos con los movimientos convulsivos de su ambición y de su furor! ¿Quién podría habitar una ciudad, donde reinaran la desolación y la muerte? Y vosotros, ciudadanos industriosos, cuyo trabajo constituye toda vuestra riqueza y para quienes los medios de trabajo desaparecerían, ¿qué sería de vosotros? ¿Cuáles vuestros recursos? ¿Qué manos socorrerían a vuestras familias desoladas? ¿Iríais a buscar esos falsos amigos, esos pérfidos aduladores que os habrían precipitado en el abismo? ¡Ah! Huíd de ellos, temed su respuesta; voy a decírosla: «Marchad a las canteras a disputar a la tierra algunos pedazos sangrientos de las víctimas que hemos degollado. O ¿queréis sangre? Tomadla, vedla aquí: sangre y cadáveres, no tenemos otro alimento que daros.» Tembláis, ciudadanos, ¡oh patria mía! ¡cuánto deseo salvarte de esta crisis deplorable! Pero no; no amanecerán nunca para nosotros esos días de luto, porque son cobardes los asesinos, son cobardes nuestros pequeños Marios. Saben que, si se atrevieran a poner en ejecución sus complots contra la seguridad de la Convención, París saldría al fin de su apatía, que todos los departamentos se unirían a París para hacerles expiar las maldades con que ya han manchado la más memorable de las revoluciones. Lo saben, y su cobardía salvará a la república de su encono: estoy seguro, al menos, de que la libertad no está en poder suyo; de que teñida de sangre, pero victoriosa, encontraría una nación e invencibles defensores en los departamentos. La ruina de París, la división en gobiernos federativos, que sería el resultado, todos estos desórdenes más probables que las guerras civiles con que nos amenazan, ¿no merecen ser colocados en la balanza en que pesáis la vida de Luis XVI? De todos modos, declaro, que cualquiera que sea el decreto que dicte la Convención, consideraré como traidor a la patria al que no se someta a él; que, si efectivamente la opinión de consultar al pueblo prevalece, y los sediciosos, levantándose contra este triunfo de la soberanía nacional, se rebelan, vuestro puesto está ahí y en él debéis esperar sin temor a vuestros enemigos.

Pareció que este discurso había arrancado a la Convención la vida de Luis XVI. Tal fué el efecto que produjo.

Fauchet, Condorcet, Pethión y Brissot separaron con la misma generosidad al hombre del rey, la venganza de la victoria, e hicieron oír acentos dignos de la libertad; pero, al día siguiente, la libertad sólo oía terrores y resentimientos. Los más sublimes discursos sólo tenían eco en la conciencia de algunos hombres honrados; pero la chusma ahogaba la razón.

LIBRO XXXIV

El Temple.—Luis XVI en la barra de la Convención.—Su regreso al Temple.—El señor de Malesherbes.—Su retrato.—De Seze.—Tronchet.—Testamento de Luis XVI.—Discusiones que origina el proceso del rey.—Lanjuinais.

I

El rey, a quien agradaba el reposo y el silencio, empezaba a familiarizarse con la prisión, se fortificaba con la meditación, se elevaba con las oraciones y se consolaba con los pequeños goces que le proporcionaban los únicos seres a quienes siempre había amado, en aquel pequeño círculo de adictos que el calabozo agrupaba en torno suyo. Olvidando fácilmente las grandezas, cuyo peso le había abrumado, Luis XVI sólo experimentaba un deseo, el de ser olvidado en aquella torre hasta que la invasión extranjera o la tranquilidad devuelta al pueblo por las victorias de la república, o las inconstantes vicisitudes de la revolución, le reintegraran, ya que no en el trono, en la obscuridad del destierro. El haberse suavizado los rigores de la prisión, el acento de compasión y la fisonomía menos severa de los guardianes, le hacían

entrever desde hacía algún tiempo una dulce esperanza, creyendo advertir en aquellos síntomas que la cólera se apaciguaba. Y así era en efecto, porque, presintiendo los regicidas próximo su triunfo, no se molestaban en aborrecer a una víctima que tan pronto iba a ser inmolada.

II

El 11 de diciembre, mientras se desayunaba la familia real, oyóse un ruido inusitado en las inmediaciones del Temple. Los tambores tocaban llamada, el relincho de los caballos, y los pasos de numerosos batallones que marchaban sobre el empedrado del patio, sorprendieron y turbaron a los prisioneros. Estos preguntaron varias veces a los comisarios que presenciaban el desayuno, qué era lo que ocurría y no obtuvieron respuesta; por último, anunciaron al rey que el alcalde de París y el procurador de la corporación municipal lo conducirían aquella mañana a la barra de la Convención, para ser sometido a un interrogatorio y que aquellas tropas debían acompañarle. Se le notificó también la orden de que subiera a su habitación y se separara de su hijo, debiendo en lo sucesivo permanecer incomunicado con su familia, hasta el día en que se dictara su sentencia.

Aunque los prisioneros creían que aquella separación sería temporal, no dejaron de derramar muchas lágrimas. Se trasladó la cama del Delfín al aposento de la madre. El rey se enterneció al abrazar a su familia, y, volviéndose conmovido hacia los comisarios, les preguntó:

—Pero, ¿qué, señores, me quitáis mi hijo? ¡un niño de siete años!

—La corporación municipal ha ordenado — respondió uno de los comisarios — que, puesto que debéis estar incomunicado mientras se substancia vuestro proceso, vuestro hijo esté confinado también, con vos o con su madre, y ha elegido a la madre por suponer que vos sois más fuerte y más capaz de soportar la separación.

El rey, sin contestar, empezó a pasearse por el aposento con los brazos cruzados y la cabeza inclinada; después se sentó en una silla junto a la cama, donde permaneció silencioso con la frente apoyada en las manos durante las dos horas que tardaron en llegar los miembros de la corporación municipal. Informado secretamente, merced a la actividad de Toulán, de las borrascosas discusiones que había habido en la Convención respecto a su persona, Luis XVI repasaba en la memoria los actos de su reinado disponiéndose a responder de ellos ante los jueces y ante la posteridad.

A las doce, Chambón, que pocos días antes había sido nombrado alcalde de París, y Chaumette, nuevo procurador síndico de la corporación municipal, entraron en el aposento del rey acompañados de Santerre, de un grupo de oficiales de la guardia nacional y de varios municipales con fajas tricolores.

Chambón, sucesor de Bailly y de Pethión, era un médico inteligente, quien la estimación pública más que el favor revolucionario lo había elevado a la primera magistratura de París. Moderado en su opinión, con un corazón bueno y humanitario, acostumbrado por su profesión a compadecer todos los sufrimientos de la humanidad, ejecutor obligado por una orden que estaba muy en pugna con su sensibilidad, dejaba traslucir su enternecimiento de hombre a través de la impasibilidad del magistrado. El rey no lo conocía y lo contemplaba con la inquietud que pretende adivinar el lenguaje y los sentimientos de la persona de quien depende, en parte, nuestro destino.

Chaumette, hijo de un zapatero del Mediodía, que había sido sucesivamente grumete, seminarista, escribiente de un procurador, fraile novicio, periodista en París y orador en los clubs, era uno de esos aventureros, a quienes la fortuna y su natural travesura conmueven desde los dos extremos del orden social hasta que los elevan a la cumbre para derribarlos y arrojarlos desde la cima. En su irregular fisonomía, humilde e insolente a la vez, reflejábanse todas las situaciones por que había atravesado antes de llegar a la segunda magistratura de París. No tenía el pudor de la fuerza ante la debilidad, y se mostraba orgulloso del violento trastorno de las situaciones, de que Chambón se avergonzaba, y recordaba la humilde condición de su padre, al hablar él como señor al rey caído.

III

Chambón, antes de que el secretario de la corporación municipal, Colombeau, notificara al rey el decreto que citaba a «Luis» a la barra, le habló con la dignidad y el acento propio de un magistrado que representa al pueblo, pero que se dirige a un monarca destronado. Colombeau leyó en alta voz el decreto, en el que la Convención, suprimiendo todos los títulos monárquicos y tratando al rey como a cualquier otro ciudadano, le llamaba Luis Capeto. Al rey le ofendió más esta degradación del nombre de su familia que la supresión de todos los títulos, e hizo un movimiento de indignación al oírlo.

—Señores — respondió—, Capeto no es mi apellido, sino el de uno de mis antepasados; hubiera deseado que se me dejara a mi hijo, al menos, durante el tiempo que he pasado esperándoos; pero este tratamiento no es más que una continuación de los que sufro aquí desde hace cuatro meses; voy a seguiros, no por obedecer a la Convención, sino porque mis enemigos disponen de la fuerza.

Pidió a Clery una levita obscura que se ponía sobre el frac, cogió el sombrero y siguió al alcalde, que fué siempre delante de él, hasta que, al llegar a la puerta de la torre, subió en el coche de Chambón que, llevando los vidrios bajos, permitía ver el interior del carruaje. El vehículo atravesó lentamente los patios, y el ruido que produjo sobre el empedrado reveló a la reina y a las princesas la salida del rey; pero los pedazos de encina interpuestos entre la ventana y el pie de la torre les impidieron ver el acompañamiento, aunque lo seguían con el oído y el corazón. Permanecieron de rodillas delante de la ventana todo el tiempo que duró la ausencia del rey, con las manos juntas, la frente sobre la piedra, pidiendo a Dios que le concediese el valor, la sangre fría y la presencia de alma de que tanto necesitaba en presencia de los enemigos.

IV

París era aquel día un campamento; el aspecto de las bayonetas y de los cañones lo comprimía todo, hasta la curiosidad, pareciendo estar suspensa la vida; se habían doblado todas las guardias y cada hora se pasaba lista para verificar la presencia de los guardias nacionales. Había un piquete de doscientas bayonetas, de retén, en el patio de cada una de las cuarenta y ocho secciones, y una reserva con cañones acampada en las Tullerías; numerosas patrullas daban el ¿quién vive? en todas las plazas y calles a los transeuntes.

La escolta, reunida por la mañana en el Temple, era un cuerpo de ejército completo con infantería, caballería y artillería, a cuya cabeza marchaba un escuadrón de la gendarmería nacional, y detrás tres piezas de artillería con sus cajas de municiones. El coche del rey salió de la prisión flanqueado por una doble columna de infantería, seguido por un regimiento de caballería de línea, tras del cual iban otras tres piezas de artillería. Los soldados que componían aquel día la fuerza armada de París, habían sido escogidos y designados por la corporación municipal, previos informes de los jefes respectivos. La infantería llevaba diez y seis cartuchos por plaza; los batallones y escuadrones, dispuestos a hacer fuego, iban a tal distancia unos de otros, que a la menor alarma podían formarse en orden de batalla. Los ciudadanos ociosos eran separados brutalmente del tránsito; las calles de árboles que forman los bulevares, las puertas y las ventanas de las casas estaban atestadas de gente cuyas miradas buscaban al rey, y éste miraba también a la multitud, acaso con la esperanza de ver una muestra de interés o de enternecimiento. Su rostro, alterado a causa del sufrimiento y de la reclusión, hería al pueblo sin conmoverlo. La sombra del Temple había impreso en su semblante la palidez que parece reflejo de los calabozos; su barba, que se había visto obligado a dejar crecer por habérsele quitado todos los instrumentos cortantes de tocador, le erizaba la parte inferior del rostro; sus mejillas y sus labios, cubier-

tos de pelos rubios, ásperos y retorcidos, quitaban a su boca toda expresión y hasta toda melancolía. Su vista baja vagaba indecisa e incierta sobre la multitud, como quien busca en vano una frente amiga. La obesidad precoz de su cuerpo, adelgazado por las inquietudes y las vigilias, había disminuído; sus vestidos, demasiado anchos, parecían prendas prestadas, puestas por caridad sobre el cuerpo de un miserable. Todo su aspecto parecía calculado por el odio o combinado por la casualidad para presentar ante el pueblo algo tosco y repugnante. Era el espectro del trono conducido al suplicio, vestido de modo tal que hiciera olvidar su dignidad y su recuerdo.

V

La comitiva siguió por el Bulevar, la calle de las Capuchinas y la plaza Vendôme, para llegar a la Convención; en todo el tránsito reinaba un profundo silencio, pareciendo que los espectadores recogían la emoción y la respiración en el pecho; se conocía que pasaba sobre Francia la hora trágica, que debía decidir su suerte. El rey, más impasible que el pueblo, miraba y reconocía los barrios, las calles y los monumentos, y se los nombraba en voz alta al alcalde. Al pasar por delante de las puertas de San Dionisio y San Martín, preguntó cuál de los dos arcos de triunfo iba a ser derribado por orden de la Convención.

Al llegar al patio de los Fuldenses, Santerre se apeó y, poniendo la mano en el antebrazo del prisionero, lo condujo a la barra de la Convención.

—Ciudadanos de las tribunas — dijo el presidente—, Luis Capeto está en la barra; vais a dar una lección a los reyes, y un gran ejemplo a las naciones. Acordaos del silencio que acompañó a Luis cuando se le trajo de Varennes, silencio precursor del juicio de los reyes por los pueblos.

El rey se sentó frente a la presidencia, en el mismo recinto en que había jurado la Constitución; se leyó el acta de acusación, que era la enumeración de todas las faltas de que las facciones de la revolución habían sucesivamente inculpado a la corona, incluyendo en ellas los desmanes cometidos por los revolucionarios desde los días 5 y 6 de octubre en Versalles, hasta el 10 de agosto. Las tentativas de resistencia del rey al movimiento que precipitaba la monarquía, eran calificadas de conspiraciones, y sus debilidades, de traiciones. Más era el acta de acusación de las circunstancias que de los crímenes; nada había culpable sino su naturaleza; pero el tiempo, demasiado pesado para todos, todo se lo atribuía a él, haciéndole pagar por el trono, por la aristocracia, por el clero, por la emigración, por Lafayette, por los girondinos y hasta por los jacobinos. Era el macho cabrío, emisario de los tiempos antiguos, destinado a sufrir por las iniquidades de todos.

A medida que se desarrollaba ante él el cuadro de las supuestas faltas de su reinado, y se removía la sangre del Campo de Marte, del 20 de junio y del 10 de agosto, atribuyéndole toda la responsabilidad, algunos de los conspiradores de aquellos días, diseminados entre los jueces, como Pethión, Barbaroux, Louvet, Carra, Marat, Dantón y Legendre, se ruborizaban y bajaban los ojos. Su conciencia les decía que era vergonzoso declarar autor de aquellos atentados al que había sido víctima de ellos, y, sin embargo, se jactaban en voz alta, algunos días antes, de haber conspirado contra el trono; pero el sentimiento del derecho es tan fuerte en los hombres, que, aun al violarlo, fingen hipócritamente profesarle respeto, y los conspiradores más declarados, no satisfechos con obtener la victoria, pretenden también estar dentro de la legalidad.

VI

El rey escuchó la lectura con impasible atención; sólo en dos o tres puntos en que la acusación traspasaba los límites de la injusticia y de la verosimilitud, y en que se le reprochaba la efusión de sangre del pueblo, tan cuidadosamente evitada por él durante todo su reinado, no pudo menos de manifestar, con amarga sonrisa y movimiento involuntario de hombros, la indignación que lo agitaba, como si hubiera esperado todo menos la acusación de sanguinario. Levantó los

ojos al cielo y tomó a Dios por testigo contra los hombres.

VII

Barrere, que presidía aquel día la Convención, resumió en pocas palabras cada uno de los alegatos razonados de la acusación y procedió al interrogatorio del rey. Acercándose a la barra Valazé, uno de los secretarios de la Asamblea, mostró al acusado todos los documentos que tenían relación con el asunto, y el presidente le preguntó si los reconocía; de esta manera vió todos los documentos concernientes a la *traición* de Mirabeau y de Lafayette, encontrados en el armario de hierro, en que los había guardado él mismo: la carta confidencial a los obispos para desdecirse de la aceptación de la constitución civil del clero, otras cartas acusadoras firmadas por él o escritas todas de su puño y letra, y las notas secretas del señor Laporte, intendente de su tesoro particular, que demostraban haber invertido sumas considerables en corromper a los jacobinos, las tribunas de la Asamblea y los arrabales.

Luis XVI tenía dos medios igualmente nobles de defenderse: el primero era negarse a contestar, amparado por la inviolabilidad del rey o por la resignación del vencido; y el segundo, confesar paladinamente los esfuerzos que había realizado para contener a los grandes jefes de partido de la revolución y atraerlos a la monarquía amenazada, que su sangre, su rango y su juramento a la Constitución le obligaban defender, puesto que el trono formaba parte de aquella Constitución. Podía el rey haber adoptado con tanta más probabilidad este camino, cuanto que ninguno de los documentos encontrados en el armario de hierro, probaba directamente un concierto con las potencias extranjeras contra Francia; pero no se le ocurrió ninguno de estos dos sistemas de defensa, que si no le hubieran salvado la vida, al menos le habrían mantenido digno. En lugar de responder, como rey, con el silencio, o, como hombre de Estado, con la confesión atrevida y razonada de sus actos, respondió como el acusado que disputa la confesión de los hechos. Negó las notas, las cartas, los actos y hasta el armario de hierro, que se había abierto para revelar los secretos que él había pretendido ocultar. La angustia no le dejó el tiempo para deliberar respecto a lo que de él exigía la majestad; quizá la primera negativa lo condujo a negarlo todo, para no ser convicto de disimulo, o, más bien, para no comprometer a los monárquicos con sus confesiones. Quiso, sin duda, también dejar a los defensores en completa libertad de hablar, y, en fin, pensó en su esposa, en su hermana y en sus hijos, quizá más de lo que en aquel momento convenía, empañando de este modo el brillo de su defensa. Desde aquel día ya no fué un rey que luchaba con el pueblo, sino un acusado que disputaba con los jueces y que permitía que intervinieran los abogados entre la majestad del trono y la del cadalso.

VIII

Santerre, después del interrogatorio, volvió a agarrar al rey por el brazo y lo condujo a la sala que precedía a la de la Convención, acompañándolo Chambón y Chaumette. La duración de la sesión y la agitación de espíritu habían agotado las fuerzas del acusado, que se caía de inanición, y Chaumette le preguntó si deseaba tomar algún alimento; pero el rey lo rehusó. Un momento después, vencido por la naturaleza y viendo a un granadero de la escolta ofrecer al procurador de la corporación municipal medio pan, Luis XVI se aproximó a Chaumette y le pidió en voz baja un pedazo de aquel pan.

—Pedid en voz alta lo que queráis — le dijo Chaumette, que se retiró temiendo hacerse sospechoso hasta por la compasión.

—Os pido un poco de vuestro pan — repitió el rey, alzando la voz.

—Tomad, partidlo — le contestó Chaumette—; es un desayuno propio de un espartano; si tuviera alguna legumbre os daría la mitad.

Anunciaron que estaba dispuesto el coche, y el rey subió a él, conservando todavía el pedazo de pan en la mano, del que no comió más que la corteza. Incomodándole la miga y creyendo que, si la arrojaba por la ventanilla, podría

tomarse su acción por una señal, se la dió a Colombeau, substituto de la corporación municipal, que iba sentado al vidrio en el carruaje y quien la tiró a la calle.

—¡Ah! — exclamó el rey—. No se debe tirar el pan en tiempos en que está tan escaso.

—¿Y cómo sabéis que está escaso? — le preguntó Chaumette.

—Porque el que yo como huele a polvo.

—Mi abuela — repitió Chaumette, con jovial familiaridad — me decía cuando era niño: «no tires nunca una miga de pan, porque no serás capaz de producir otro tanto».

—Señor Chaumette, vuestra abuela tenía buen sentido, porque el pan viene de Dios.

La conversación continuó en el mismo tono durante todo el tiempo que se empleó en volver al Temple.

El rey contaba y nombraba todas las calles.

—¡Ah! ésta es la calle de Orleáns — exclamó al atravesarla.

—Decid la calle de la Igualdad — le replicó bruscamente Chaumette.

—Sí, sí — asintió el rey — porque... — se interrumpió, quedándose un momento triste y silencioso.

Poco después, Chaumette, que no había tomado nada desde por la mañana, se sintió mal en el carruaje, y el rey le prestó auxilio.

—Sin duda — le dijo — os incomoda el movimiento del coche; ¿habéis probado alguna vez el balanceo de un barco?

—Sí — respondió Chaumette—, hice la guerra a las órdenes del almirante Lamotte-Piquet.

—¡Ah! — exclamó el rey—. Era un bravo Lamotte-Piquet.

Mientras continuaba así la conversación en el interior del coche, los mozos del mercado del trigo y los carboneros, formados en batallones, cantaban alrededor de él las estrofas más belicosas de la Marsellesa.

La multitud gritaba: ¡viva la revolución! con toda la fuerza de sus pulmones, al acercarse la comitiva, prolongándose los gritos por toda la línea hasta la Bastilla, de tal suerte que formaban un solo rumor desde las Tullerías al Temple. El rey, fingía no oír aquellos augurios de muerte, y, al entrar en el patio de la fortaleza, levantó los ojos y contempló tristemente durante largo tiempo los muros de la torre y las ventanas de la habitación de la reina, como si con la mirada hubiera querido transmitir sus pensamientos a aquellos seres queridos. El alcalde lo condujo nuevamente a su habitación y le leyó el último decreto de la Convención, que ordenaba separarlo de la familia y dejarlo en absoluta incomunicación; el rey suplicó al alcalde que hiciera revocar aquella orden tan cruel, y sólo consiguió que informaran a la reina de su regreso; Chambón no podía hacer más. El ayuda de cámara, Clery, que dejaba al rey, habló por última vez con las princesas y les explicó los detalles del interrogatorio a que Luis XVI había sido sometido en la Convención. Clery aseguró a la reina la intervención de los gabinetes extranjeros para salvar al rey, dejando entrever que la pena se limitaría a la deportación a España, por ser país que no había declarado la guerra a Francia.

—¿Han hablado de la reina? — preguntó con ansiedad Madama Isabel.

Clery contestó que no se la había nombrado en el acta de acusación.

—¡Ah! — exclamó la princesa, como aliviada del peso de una gran inquietud—. Quizá consideran al rey como víctima necesaria a la seguridad del Estado; pero, la reina y los pobres niños, ¿qué obstáculo pueden oponer a su ambición?...

En esta entrevista, contraria a las órdenes de la corporación municipal, Clery concertó con las princesas las relaciones furtivas que la generosa complicidad de un guarda, llamado Turgy, proporcionaría a los prisioneros. Vestidos, muebles y ropa blanca, pedidos o enviados de un piso a otro, sirvieron de clave para la correspondencia, por medio de la cual el rey se enteraba del estado del alma y del cuerpo de las princesas y de los niños; y ellas, por su parte, conocían los principales actos del proceso del rey. Este, después de adoptadas estas precauciones, que le consolaron un poco, cenó y se acostó, pero volviendo las mi-

radas constantemente hacia el sitio de donde habían quitado la cama del Delfín y pidiendo a los comisarios que se lo llevaran.

IX

Apenas el rey había salido de la Convención, Pethión y Treilhard obtuvieron que se les permitiera, como a todo acusado, nombrar dos defensores. En vano Marat, Duhem, Billaud-Varennes y Charles protestaron contra el derecho de la defensa, pidiendo que se hiciera una excepción contra el «tirano rebelde». En vano exclamó Thuriot: «Es necesario que la cabeza del tirano caiga sobre el cadalso». La Convención se había sublevado casi unánimemente contra aquella impaciencia de verdugo conservando la dignidad de juez. A Cambaceres, Thuriot, Dupont de Bigorre y Dubois de Crancé se les encargó que llevaran al Temple el decreto que autorizaba al rey a elegir un consejo de defensa. La ley permitía al acusado el nombramiento de dos defensores.

El rey eligió a los señores Tronchet y Target, los dos abogados más célebres de París, y dió a los comisarios las señas de la casa de campo en que habitaba Tronchet, declarando que ignoraba la residencia de Target. Pronunciado estos nombres en la sesión de la Convención aquel mismo día, el ministro de Justicia, Garat, encargóse de notificar a ambos defensores la elección que el rey había hecho para aquel último ministerio de adhesión y de salvación.

Tronchet, abogado acostumbrado a las luchas políticas por las tormentas de la Asamblea constituyente, de que había sido miembro activo, aceptó sin vacilar la misión gloriosa que se le encomendaba.

Target, dotado de gran elocuencia, pero de alma pusilánime, temió el peligro de que se le creyera cómplice, y escribió a la Convención una carta inspirada por la crueldad y cobardía, en la que rechazaba el cargo «porque sus principios, decía, no le permitían aceptar».

Entre los muchos que se ofrecieron a reemplazar a Target, el rey escogió a de Seze, abogado de Burdeos, establecido en París. Este joven debió a aquella elección, de que era digno porque se gloriaba de ella, la celebridad de una larga vida, la primera magistratura de la justicia bajo otro reinado y la fama de su nombre perpetuada en su familia.

Pero Tronchet y de Seze no eran más que abogados del rey y éste necesitaba un amigo, que encontró, al fin, para consuelo de sus últimos días y gloria del corazón humano.

X

Residía entonces en las inmediaciones de París un anciano llamado Lamoignón, nombre ilustre en las altas magistraturas de la antigua monarquía. Los Lamoignón eran de aquellas antiguas familias parlamentarias que se elevan de siglo en siglo, merced a los continuados servicios prestados a la nación, hasta los primeros puestos del reino, sin que tengan que agradecer nada a los favores de la corte ni a los caprichos de los reyes, por lo que conservaban en sus opiniones y en sus costumbres algo de popular, que las hacía secretamente estimadas por la nación, y que las asemejaba más a las grandes familias patricias de las repúblicas que a las familias militares o salidas de la nada en las monarquías. La escasa libertad que las costumbres permitían a la antigua monarquía, reposaba enteramente en estos magistrados, que recordaban de vez en cuando a los reyes, por medio de respetuosas instancias, que aún existía una oposición pública, la oposición hereditaria del país.

Este anciano, llamado Malesherbes, de edad de setenta y cuatro años, había sido dos veces ministro de Luis XVI, pero sus servicios habían sido pagados con ingratitud y destierro por el odio del clero, de la aristocracia y de las cortes. Liberal y filósofo, Malesherbes era un precursor que se adelantaba, en el régimen de arbitrariedad y de abusos, a la aplicación de las reglas de justicia y de razón que las ideas reclaman, pero que las circunstancias rechazan. Si tales hombres estuvieran siempre a la cabeza de los gobiernos, apenas habría necesidad de leyes, porque ellos son leyes vivas, luz, justicia y virtud de su tiempo.

Discípulo de J. J. Rousseau y amigo

de Turgot, Malesherbes había introducido la filosofía en la administración, conquistando el amor de los filósofos del siglo XVIII. Como director general de imprentas, había favorecido la introducción en Francia de la *Enciclopedia*, arsenal de nuevas ideas; había descubierto atrevidamente los abusos reinantes, y se había declarado cómplice de la luz. La iglesia y la aristocracia no le perdonaron, y, a pesar de haber combatido la superstición y la tiranía, lo acusaron de haber atacado la religión y el poder. Sus sentimientos íntimos eran republicanos, pero sus costumbres y sus afectos todavía eran monárquicos, ¡ejemplo vivo de la contradicción interior que existe en los hombres, nacidos en las fronteras de las revoluciones, pues, siendo sus ideas de un tiempo, sus costumbres pertenecen a otro! El republicanismo de Malesherbes era a la República del momento lo que la idea filosófica del sabio es a los movimientos tumultuosos de un pueblo. Su teoría temía y se indignaba ante la práctica; no negaba sus doctrinas, pero se cubría el rostro para no ver los excesos; las desgracias del rey hacíanle derramar lágrimas de amargura, pues Luis XVI había sido la esperanza, y, a veces, la ilusión de Malesherbes. Testigo y confidente de sus votos por la dicha del pueblo y por la reforma de la monarquía, Malesherbes había creído ver en el joven soberano uno de los reformadores que abdican el despotismo, que prestan fuerza a las revoluciones para cumplirlas y moderarlas y que legitiman el trono por los beneficios que dispensan. Malesherbes salió del ministerio sin dejar de ser adicto al rey, pues comprendió que la influencia de la corte le había arrebatado un discípulo, pero le había dejado un amigo secreto, a quien, desde su destierro, había seguido desde los Estados Generales hasta el calabozo del Temple, manteniendo con él correspondencia secreta, aunque a largos intervalos, que llevaba a Luis XVI los recuerdos, los votos y las conmiseraciones de su antiguo servidor. Al enterarse del proceso del rey, Malesherbes abandonó su retiro y escribió a la Convención una carta, que el presidente Barrere leyó a la Asamblea.

«Ciudadano presidente, decía Malesherbes, ignoro si la Convención permitirá a Luis XVI tener defensores y si le dejará elegir. En este caso deseo que Luis XVI sepa que, si me elige, estoy dispuesto a defenderlo. No os pido que notifiquéis a la Convención mi deseo, porque estoy muy lejos de considerarme un personaje de bastante importancia para que se ocupe en mí, pero he sido llamado dos veces al consejo de aquél, que fué mi señor, en tiempos en que este puesto era ambicionado por todos, y le debo servir en circunstancias que muchos creen peligrosas. Si conociera otro medio de notificarle mis disposiciones, no me habría tomado la libertad de dirigirme a vos. He supuesto que, dado el puesto que ocupáis, tendríais más medios que otro alguno para comunicarle este aviso.»

Al oír el nombre de Malesherbes, toda la Convención experimentó la conmoción eléctrica que imprime a las reuniones el nombre de un ciudadano virtuoso y la emoción que experimenta la muchedumbre al presenciar un acto de valor y de virtud. Hasta el odio reconoció los santos derechos de la amistad en la súplica del señor de Malesherbes y se accedió a ella. Algunos miembros protestaron contra la lentitud que las formalidades del proceso exigían, manteniendo alejado del cadalso al culpable. «Con estas dilaciones se pretende prolongar el proceso durante un mes», dijo Thuriot.

—Los reyes — añadió Legendre — no retardan las venganzas contra los pueblos, ¡y vosotros dilatáis la justicia del pueblo contra el rey!

—¡Es necesario romper el busto de Bruto — continuó Billaud-Varennes, mostrando con el gesto la estatua de aquel romano—, porque no titubeó como nosotros en vengar al pueblo contra un tirano.

XI

Malesherbes fué introducido el mismo día en la torre donde gemía Luis XVI, viéndose obligado aguardar en el último postigo, donde los comisarios de la corporación municipal encargados de impedir la introducción furtiva de toda arma que pudiera substraer al rey, por el suicidio, al cadalso, lo detuvieron largo ra-

to. El nombre y aspecto del anciano inspiraron respeto a los guardianes, y él mismo se registró ante ellos; sólo llevaba algunos documentos diplomáticos y el diario de las sesiones de la Convención. Dorat-Cubieres, miembro de la corporación municipal, más vano que cruel, jactancioso de la libertad, escritor afeminado, fuera de su centro en las tragedias de la revolución, prestaba servicio en la antesala del rey. Dorat-Cubieres conocía al señor de Malesherbes y lo respetaba como filósofo a quien Voltaire, su maestro, había frecuentemente presentado al reconocimiento de los sabios. Hizo acercar al anciano a la chimenea y, hablándole familiarmente, le dijo:

—Malesherbes, si sois amigo de Luis XVI, ¿cómo le traéis diarios que le revelan la indignación que el pueblo le manifiesta?

—El rey — respondió Malesherbes — no es un cualquiera; tiene un alma fuerte y una fe que le hace superior a todo.

—Vos sois un hombre honrado; pero, si no lo fuerais, podríais fácilmente procurarle un arma, un veneno y aconsejarle que muriera voluntariamente.

El rostro del señor de Malesherbes, al oír estas palabras, reflejó una impresión tal, que parecía indicar el pensamiento de una de las muertes antiguas, que arrebataban al hombre a la fortuna y que lo convertían en propio juez y libertador; después, como reaccionando, dijo:

—Si el rey profesara la religión de los filósofos, si fuera un Catón o un Bruto, se suicidaría; pero es piadoso y cristiano, sabe que la religión le prohibe atentar contra su vida y no se dará muerte.

Estos dos hombres se lanzaron miradas de inteligencia y guardaron silencio, como si reflexionaran cuál de las dos doctrinas era más santa; si la que permite libertarse de la suerte, o la que manda sufrir, aceptándola.

La puerta del aposento del rey se abrió y Malesherbes con un paso indeciso se adelantó hacia él. Luis XVI estaba sentado junto a una mesita, leyendo con suma atención una obra de Tácito, ese evangelio romano de las grandes muertes. El rey, al ver a su antiguo ministro, dejó el libro, se levantó y se dirigió con los brazos abiertos y los ojos arrasados en lágrimas hacia el anciano.

—¡Ah! — exclamó, abrazándolo—. ¡Dónde me encontráis! ¡Adónde me ha conducido mi pasión por el bienestar del pueblo, al que tanto hemos amado los dos! ¡Adónde venís a verme! ¡Ese cariño expone vuestra vida y no salvará la mía!

Malesherbes manifestó al rey, cubriéndole las manos de lágrimas, la satisfacción que experimentaba al consagrarle lo que le quedaba de vida y al mostrarle en la prisión un amor siempre sospechoso en palacio. Trató de inspirar al prisionero esperanza en la justicia de los jueces y en la compasión del pueblo, que debía estar cansado de perseguirle.

—No, no — respondió el rey—; estoy seguro de que me quitarán la vida, porque tienen poder y voluntad de hacerlo; pero no importa, ocupémonos en mi proceso, como si el fallo hubiera de serme favorable, y en efecto lo será, porque dejaré memoria honrada de mí.

XII

Tronchet y de Seze, que entraban todos los días en el Temple con Malesherbes, prepararon los elementos de defensa. El rey recorría con ellos los textos de acusación y los diferentes actos de su reinado que, a su juicio, le reprochaban, y pasaba muchas horas haciendo a sus defensores la relación de su vida pública. Tronchet y de Seze iban a las cinco y salían a las nueve; Malesherbes se anticipaba a ellos y era introducido todas las mañanas en el aposento del rey, a quien llevaba los periódicos, los leía con él y preparaba el trabajo de la noche.

En estas conversaciones particulares, el alma del rey se enternecía y dilataba, y el cariño de Malesherbes convertía algunas veces aquellos desahogos en esperanzas y siempre en consuelos. La aspereza de los comisionados de la corporación municipal suspendía con frecuencia la conversación, exigiendo que la puerta del aposento de Luis XVI permaneciera abierta. El rey y el anciano se retiraban entonces al interior de la torrecilla, y, cerrando la puerta, evitaban la odiosa inquisición de aquellos hom-

bres. Por la noche, después que se retiraban Malesherbes, Tronchet y de Seze, el rey leía los discursos pronunciados en pro o en contra suya en la Convención, y, a juzgar por la imparcialidad de sus observaciones, habría podido creerse que leía la historia de un reinado lejano.

—¿Cómo podéis leer con sangre fría esas injurias? — le preguntó un día Clery.

—Aprendo hasta qué grado puede llegar la maldad de los hombres — respondió el rey—, pues nunca creí que pudieran ser tan malos — y, dicho esto, se durmió.

Un ovillo de hilo en el que había envuelto un papel, en que con picaduras de aguja se trazaban letras, servía a las princesas para estar en correspondencia con el cautivo. Turgy, que servía a la mesa en el aposento del rey y en el de la reina, ocultaba el ovillo en un armario del comedor, donde lo recogía Clery y dejaba en su lugar la respuesta del soberano. De este modo, las esperanzas y los temores, deslizándose al través de los muros, palpitaban a la vez en los dos pisos y confundían en un mismo pensamiento las almas de los prisioneros.

Después el rey dejaba caer un bramante, a cuyo extremo había un billete, sobre el cobertizo en forma de embudo que guarnecía la ventana de la reina, colocada directamente debajo de la de aquél, quien volvía a recogerlo con las confidencias de su esposa y de su hermana.

Desde que estaba incomunicado, dejó de bajar al jardín a tomar el aire.

—No puedo salir solo — decía—. Antes me agradaba el paseo porque disfrutaba de él con mi esposa y mis hijos.

El 19 de diciembre, dijo, a la hora de almorzar, a Clery, delante de los cuatro municipales de guardia:

—Hace catorce años madrugasteis más que hoy.

Una triste sonrisa reveló a Clery el significado de aquellas palabras, quien, enternecido, guardó silencio.

—Es el día — continuó el rey — en que nació mi hija, ¡hoy, día de su cumpleaños, no puedo verla! — y mojó el pan con sus lágrimas.

Los municipales, mudos y enternecidos, respetaban aquel recuerdo de días felices, que llegaba a la prisión para dejarla más sombría.

XIII

Al día siguiente, Luis XVI se encerró en su gabinete y pasó mucho tiempo escribiendo su testamento, último adiós a la esperanza: desde entonces sólo pensó en la inmortalidad: legaba cuanto podía en favor de su alma; la ternura a su familia, la gratitud a sus criados, y el perdón a sus enemigos. Después mostróse más tranquilo; había firmado como cristiano la última página de su destino.

«Yo, decía en aquella confesión póstuma en que parecía hablar desde otra vida: yo, Luis XVI de este nombre, rey de Francia, encerrado desde hace cuatro meses con mi familia en la torre del Temple en París, por los que eran mis súbditos, y privado de toda comunicación desde hace once días hasta con mi familia; envuelto, además, en un proceso, cuyo resultado es imposible prever a causa de las pasiones humanas; teniendo a Dios por testigo de mis pensamientos y a quien poder dirigirme, declaro aquí en su presencia mi última voluntad y mis sentimientos.

»Dejo mi alma a Dios mi criador y le ruego la reciba en su misericordia; muero en la fe de la Iglesia y en la obediencia a sus decisiones; suplico a Dios perdone todos mis pecados, que he tratado de reconocer escrupulosamente, de detestar y de humillarme.

»Ruego a todos aquellos a quienes haya podido haber ofendido involuntariamente (porque no recuerdo haber inferido a sabiendas ofensa alguna a nadie), que perdonen el mal que crean pueda haberles ocasionado.

»Ruego a todos los que tengan caridad, unan sus súplicas a las mías. Perdono de todo corazón a los que se hayan declarado mis enemigos sin motivo alguno, y ruego a Dios que les perdone, lo mismo que a los que por un falso celo o mal entendido, me han ocasionado mal...

»Recomiendo a Dios mi esposa y mis hijos, mi hermana, mis tías y mis hermanos y todos cuantos están unidos a mí por lazos de la sangre o cualquiera otro vínculo.

»Suplico a Dios particularmente que dirija sus ojos misericordiosos a mi esposa, mis hijos y hermana, que desde hace tanto tiempo padecen conmigo, y que los sostenga con su gracia si me pierden, en tanto que permanezcan en este mundo perecedero.

»Recomiendo mis hijos a mi esposa, porque jamás he dudado de su ternura hacia ellos; y, sobre todo, que no les haga considerar las grandezas del mundo si están destinados a gozar de ellas, más que como bienes peligrosos y pasajeros, y que vuelvan los ojos hacia la única gloria cierta y durable de la eternidad.

»Ruego a mi hermana que continúe dispensando su ternura a mis hijos, y ocupando el lugar de madre si tuvieran la desgracia de perder la verdadera.

»Suplico a mi esposa que me perdone todos los males que sufre por mí y los disgustos que puedo haberle ocasionado durante nuestra vida matrimonial; como puede a su vez estar segura de que no abrigo ningún resentimiento contra ella, si creyera tener algo que reprocharse.

»Recomiendo mucho a mis hijos que, después de lo que deben a Dios, permanezcan siempre unidos entre sí, sumisos y obedientes a su madre, agradecidos a todos los cuidados que les ha prodigado en memoria mía, y les ruego que consideren a mi hermana como una segunda madre.

»Recomiendo a mi hijo, si tuviera la desgracia de ser rey, que no olvide que se debe todo a la felicidad de sus conciudadanos y abandone todo odio y resentimiento, particularmente en lo que tenga relación con las desgracias y disgustos que experimento. Que recuerde que no puede hacer la felicidad del pueblo sino reinando conforme a las leyes; pero al mismo tiempo no olvide que el rey no puede hacerlas respetar ni hacer el bien que desea su corazón, más que teniendo la autoridad necesaria, pues, de otro modo, siendo contrariado en sus actos y no inspirando respeto, es más perjudicial que útil... que piense que he contraído una deuda sagrada con los hijos de los que han muerto en mi defensa y con los que son desgraciados por mi causa... le recomiendo los señores Hué y Chamilly, cuyo cariño les condujo a encerrarse conmigo en esta triste mansión; le recomiendo también a Clery, que me ha cuidado cuanto ha podido desde que está a mi lado; y, como me acompañó hasta el fin, suplico a la corporación municipal que se le entreguen mis vestidos, mis libros, mi reloj, mi bolsillo y los muebles que me quitaron y fueron depositados en la casa consistorial... perdono a mis guardianes los malos tratos y las molestias que me han ocasionado... he encontrado entre ellos algunas almas sensibles y tiernas... gocen en su caridad de la tranquilidad que debe proporcionarles su conducta para conmigo. Suplico a los señores de Malesherbes, Tronchet y de Seze reciban aquí todo mi agradecimiento y la expresión de toda mi sensibilidad por las atenciones y trabajos que se han tomado por mí.

»Concluyo declarando en presencia de Dios, y dispuesto a comparecer ante El, que no creo haber cometido ninguno de los crímenes que me han atribuído...

»Hecho por duplicado en la torre del Temple, el 15 de diciembre de 1792. — Luis.»

XIV

De este modo, aquella alma, al examinarse por última vez, nada leía en sus más secretos pensamientos, más que recta intención, ternura y perdón. El hombre y el cristiano estaban sin mancilla; todo el crimen, o, mejor dicho, toda la desgracia consistía en su situación. Este documento sellado por la ternura, bañado con lágrimas y poco después con sangre, era el irrecusable testimonio que su conciencia llevaba ante Dios. ¿Qué pueblo no habría adorado a este hombre, si no hubiera sido rey? pero, ¿qué pueblo a sangre fría no habría absuelto a un rey que perdonaba y amaba tanto? Este testamento, el acto más grande de la vida de Luis XVI, porque fué el de su alma sola, juzgaba más infaliblemente su vida y su reinado que el fallo inflexible que poco después pronunciaron los hombres irritados. Revelándose él mismo al porvenir, Luis acusaba involuntariamente a la dureza de los tiempos que iban a condenarlo al suplicio. Creía haber perdonado, y, con la sublimidad de su dulzura, se vengaba para siempre.

XV

Aquel mismo día presentáronle los abogados defensores el plan completo de defensa. Malesherbes y el rey habían suministrado los documentos de hecho y Tronchet los argumentos de derecho; de Seze había redactado la defensa y la leyó. La peroración estaba dirigida al alma del pueblo y se esforzaba por conmover a los jueces mostrando el cuadro patético de las vicisitudes de la familia real. Este apóstrofe a la nación hizo llorar a Malesherbes y a Tronchet, y conmovió al rey con la piedad que su defensor deseaba inspirar a los enemigos; sin embargo, se avergonzó de implorar otra justicia que la de su conciencia.

—Es necesario suprimir esta introducción — dijo Luis a de Seze—, pues no quiero enternecer a mis acusadores.

De Seze se resistió a obedecer, pero la dignidad de la muerte pertenece al moribundo, y el defensor cedió.

Cuando éste se retiró con Tronchet, el rey quedóse solo con Malesherbes, a quien dijo:

—Tengo un gran pesar. De Seze y Tronchet, que nada me deben, me dedican su tiempo, su trabajo, y quizá su vida; ¿cómo pagar este servicio? Nada poseo, y, aunque les hiciera un legado, tampoco les pagaría; además, no son los bienes materiales los que pagan deudas de esta clase.

—Señor — contestó Malesherbes—, su conciencia y la posteridad se encargarán de recompensarlos, pero podéis desde ahora concederles una recompensa, que apreciarán más que vuestros mayores favores cuando érais feliz y poderoso.

—¿Cuál? — preguntó el rey.

—Señor, abrazadlos.

Al día siguiente, cuando de Seze y Tronchet entraron en la prisión de Luis XVI para acompañarlo a la Convención, el rey acercóse a ellos en silencio, abrió los brazos y los tuvo estrechados largo rato; el acusado y los defensores no hablaron porque los sollozos se lo impedían, pero el soberano experimentó gran alivio al dar todo cuanto tenía, que era un cordial abrazo. De Seze y Tronchet se creyeron pagados; habían recibido cuanto ambicionaban: el salario de lágrimas de un desgraciado, abandonado por todos los súbditos y la gratitud de un moribundo.

XVI

Algunos momentos después llegaron Santerre, Chambón y Chaumette en busca del rey para conducirlo por segunda vez a la Convención, con el mismo aparato de fuerzas. La Convención le obligó a esperar cerca de una hora como a un ciudadano cualquiera, en la antesala de las deliberaciones. El aspecto exterior del rey era más decente, su traje menos raído que cuando sufrió el primer interrogatorio, y su rostro no reflejaba tanto las angustias del calabozo. Los amigos le habían aconsejado que no se afeitara, a fin de que la crueldad de los carceleros escrita en su rostro, provocase la indignación y el interés del pueblo; pero el rey rechazó con desdén este medio teatral de conmover, cifrando su derecho a la compasión en el alma y no en los vestidos. Los comisarios, a instancias suyas, permitieron que se entregara unas tijeras a Clery para que cortara la barba al prisionero, cuya fisonomía estaba tranquila y sus ojos serenos. Más a propósito para resignarse que para combatir con la suerte, la proximidad de la última desgracia engrandecía a Luis XVI. Se paseó con actitud de indiferencia entre los dos defensores, en medio de los grupos de diputados curiosos que salían de la sala para contemplarle. Hablaba sin calor y sin turbación con Malesherbes, y habiéndole éste dado al responderle el título de majestad, más respetuoso cuanto más insolente se mostraba con él la fortuna, Treilhard, que lo oyó, colocándose entre el rey y Malesherbes, dijo al antiguo ministro:

—¿Cómo tenéis la audacia de dar aquí títulos proscriptos por la nación?

—Desprecio la vida — respondió desdeñosamente Malesherbes, y siguió hablando con el monarca.

———

XVII

La Convención mandó entrar al rey acompañado de los defensores, y escuchó con religioso silencio el discurso de de Seze. Advertíase en la actitud de la Montaña que no había mayor agitación, porque, ya no había duda, los jueces, al conceder una hora al rey, estaban decididos a quitarle la vida. De Seze habló con dignidad, pero sin elocuencia; conservó su sangre fría ante el ardor de la pasión pública, y discutió cuanto creyó necesario, pero su defensa no estuvo a la altura de las circunstancias, pues olvidó que la arrogancia de las palabras es, en ciertos casos, la soberana prudencia y que en los momentos supremos no existe más que una elocuencia desesperada que pueda salvar, arriesgándose al mismo tiempo a perderlo todo.

Fué una de las fatalidades inherentes a la vida de Luis XVI no haber encontrado para su defensa una de esas voces que elevan la piedad a la altura del infortunio, y hacen resonar de siglo en siglo las caídas de los tronos, las catástrofes de los imperios y el golpe del hacha que corta las cabezas de los reyes, con frases tan elevadas, tan grandilocuentes y tan solemnes como los mismos acontecimientos. Si Bossuet, Mirabeau, o Vergniaud hubieran estado en el lugar de de Seze, Luis XVI no hubiera sido defendido con más celo, ni más prudencia, ni más lógica, pero su verbo, completamente político y no judicial, hubiera resonado como venganza sobre la cabeza de los jueces, y como remordimiento sobre el corazón del pueblo; y, si el tribunal no hubiera fallado favorablemente la causa, hubiese ilustrado para siempre a la posteridad. En las causas históricas, es una falta hablar al tiempo; es necesario hablar al porvenir, porque éste es el verdadero juez, circunstancia que olvidaron Luis XVI y sus defensores. A pesar de todo, quedó de aquella defensa una frase sublime, que resumía en una acusación directa toda la situación: «Vosotros no sois jueces, sólo sois acusadores».

XVIII

El rey, que había escuchado su defensa con interés, se levantó cuando de Seze concluyó de hablar, y dijo: «Acaban de exponeros mis medios de defensa y no he de repetirlos. Al hablaros, quizá por última vez, os declaro que nada me reprocha la conciencia, y que mis defensores sólo os han dicho la verdad. Jamás temí que mi conducta fuera examinada por el público; pero mi corazón se destroza al saber que en el acta de acusación se me imputa el haber querido que se derrame la sangre del pueblo, y sobre todo que se me atribuyan las desgracias del 10 de agosto. Confieso que las multiplicadas pruebas que había dado en todos tiempos de mi amor al pueblo, me parecían haberme puesto fuera del alcance de toda inculpación, pues yo mismo me habría expuesto por economizar una gota de sangre del pueblo.»

Y, dichas estas palabras, el rey salió de la sala.

—¡Que se le juzgue en el acto! — propuso Bazire.

—¡El llamamiento nominal inmediatamente!—exclamó Duhem—. Ya es tiempo de que la nación sepa si tiene razón en querer ser libre, o si este deseo es un crimen.

—¡Y yo — continuó Lanjuinais—pido que nos atengamos al decreto por el que nos hemos constituído jueces de Luis XVI! Mi respuesta a la proposición que se os hizo, es que Luis XVI sea juzgado; sí, es decir, que la ley sea aplicada; que las formas saludables y protectoras reservadas a todo ciudadano, le sean concedidas como a cualquiera otro, pero que sea juzgado por la Convención nacional; que lo sea por los conspiradores que se han declarado en esa tribuna autores de la jornada del 10 de agosto.

—A la Abadía — gritaron muchos en la Montaña.

—Os declaráis demasiado abiertamente partidarios de la tiranía — dijo Thuriot.

—¡Es un realista! Acaba de hacer el proceso del 10 de agosto — exclamaron

al mismo tiempo Duhem, Legendre, Billaud y Duquesnoy.

—Va a transformarnos en acusados y al rey en juez — añadió irónicamente Julien.

—¡Repito — prosiguió Lanjuinais—, que vosotros, los conspiradores declarados del 10 de agosto, seríais simultáneamente enemigos, acusadores, jurado de acusación, jurado de juicio y jueces!...

—¡Hacedle callar! ¡Es la guerra civil quien habla! ¡pido que se le acuse con las pruebas en la mano! — dijo Choudieu.

—Me escucharéis — continuó Lanjuinais.

—¡No, no, bajad de la tribuna! ¡a la barra, a la barra de los acusados! — gritaron mil voces al mismo tiempo.

—¡A la Abadía, a la Abadía! — respondieron los tribunos ; y el silencio se restableció.

—No he recriminado — dijo fríamente Lanjuinais — la conspiración de 10 de agosto, porque las conspiraciones contra la tiranía son santas. Sé que ese Bruto, cuya imagen veo, fué uno de los ilustres y santos conspiradores; pero repito que no podéis ser jueces de quien os habéis declarado enemigos mortales y personales; no podéis ser jueces habiendo todos o casi todos declarado previamente vuestra opinión, y algunos con ferocidad escandalosa. Existe una ley natural, imprescriptible, positiva, que quiere que a todo acusado se le juzgue al amparo de las leyes del país, y, por consiguiente, no podemos violar la justicia para condenar a muerte a un reo, aunque éste sea el más abominable de los tiranos.

—Luego, ¿queréis más la salvación del tirano que la del pueblo? — gritó una voz.

Lanjuinais buscó con la vista al interruptor, como para darle las gracias, y prosiguió:

—Se habla de la salvación del pueblo; es la feliz transición que yo necesitaba. Se os incita a discutir ideas políticas y no ideas judiciales; he tenido, por lo tanto, razón al deciros, que no debíais sentaros aquí como jueces sino como legisladores. ¿Quiere la política que la Convención se deshonre? ¿Quiere la política que la Convención ceda a la borrascosa volubilidad de la opinión pública? ¡En la opinión pública no hay más que un paso del odio y del encono, al amor y la piedad! Y yo os digo también, ¡pensad en la salvación del pueblo! La salvación del pueblo desea que os abstengáis de un juicio que atraerá horrorosas calamidades sobre la nación; de un juicio que servirá a vuestros enemigos para justificar las terribles conspiraciones que traman contra vosotros.

—Se os pregunta—respondió Amar—, ¿quiénes serán los jueces? Se os dice: todos sois partes interesadas. Pero, ¿no os dirán también que el pueblo francés es parte interesada, porque sobre él cayeron los golpes del tirano? ¿a quién será necesario apelar? A los planetas, sin duda.

—No, a una asamblea de reyes—agregó Legendre con una risotada, que resonó en las tribunas.

—Juzguemos sin levantarnos — exclamó Duhem—, pues cuando los austriacos bombardeaban a Lila, en nombre del tirano, no descansaban.

—Cesen esas declaraciones — replicó Kersaint—; nosotros somos sus jueces y no sus verdugos.

Algunos miembros, fatigados o indecisos, propusieron que se aplazara la discusión para otra sesión, lo que fué aprobado por mayoría. Ochenta diputados de la Montaña abandonaron sus bancos, se dirigieron a la tribuna y amenazaron al presidente, y Julién, en medio de los aplausos de la Montaña, dijo:

—Pretenden disolvernos—y, al hablar así, Robespierre, Legendre y Saint-Just le hacían signos de aprobación.

—Sí, pero sois vosotros — gritó Louvet.

—Se quiere disolver la República — continuó diciendo Julién—, atacando la Convención en su base; pero nosotros, los amigos del pueblo, hemos jurado morir en defensa de la República y del pueblo. Habito las alturas — agregó, señalando con la mano los bancos elevados del lado izquierdo—. ¡Ellas serán las Termópilas del pueblo!...

—Sí, sí, todos nosotros moriremos allí — respondieron en masa, levantándose y tendiendo la mano hacia Julién, los diputados de la Montaña.

Julién acusó al presidente de parcialidad y connivencia con Malesherbes, y el presidente se justificó, y restableció el orden. Quinette presentó un proyecto de decreto encaminado a determinar el modo de juzgar al rey; Camilo Desmoulins y Robespierre solicitaron impugnarlo. Couthón, después de hacerse conducir a la tribuna, dijo:

—Ciudadanos, Capeto está acusado de grandes crímenes, y, en mi conciencia, convicto. Acusado, es preciso que se le juzgue, porque es de eterna justicia que todo culpable sea condenado. ¿Por quién va a ser juzgado? Por vosotros, porque la nación os ha constituído en tribunal del Estado; no habéis podido crear jueces, pero vosotros lo sois por la suprema voluntad del pueblo.

Salles quiso hablar para abundar en las ideas de Lanjuinais; pero el tumulto ahogó su voz.

—Declaro — exclamó Salles — que se nos obliga a deliberar bajo el cuchillo.

Pethión, rechazado tres veces por las vociferaciones de la Montaña y por los apóstrofes de Marat, que intentó separarlo de la tribuna, consiguió hacerse oír; pero a las primeras palabras que pronunció, le dijo Duhem:

—Nosotros no queremos opiniones a lo Pethión.

—No tenemos necesidad de sus lecciones — añadió Legendre.

—Abajo el rey Jerónimo Pethión — gritaron las tribunas, que cuatro meses antes lo proclamaban rey del pueblo.

Barbaroux, Serres, Rebecqui, Duperret y todos los diputados jóvenes, amigos de Roland, se abalanzaron a los bancos de la Montaña, de donde partieron los apóstrofes contra Pethión, y entablaron viva discusión:

—¡Apelamos al pueblo!

—¡Nosotros apelamos a los departamentos!

—¡Cobardes!

—¡Ladrones!

—¡Asesinos!

—¡Realistas!

Las palabras no bastaron a la explosión de la cólera y las actitudes suplieron a las palabras. El presidente se cubrió para protestar del conflicto de la Asamblea; la Convención enmudeció de asombro y, al fin, se restablecieron el orden y el silencio.

XIX

Pethión prosiguió entonces:

—Ciudadanos! ¿Es así cómo se tratan los grandes intereses de la nación? ¿Así, por diferencias de opinión, nos motejamos mutuamente de enemigos de la libertad y de realistas? ¿No hemos jurado todos que no volveríamos a tener rey? ¿Quién será capaz de faltar a sus juramentos? ¿Quién querría ser rey? Nosotros no lo querremos.

—¡No, no, nadie! jamás — exclamó, poniéndose en pie, toda la Convención.

El duque de Orleáns, en medio de un grupo de diputados de la Montaña, hizo con más entusiasmo que sus colegas este juramento de odio al trono, agitando en el aire su sombrero.

—Pero — continuó Pethión — no se trata aquí de deliberar acerca del trono abolido ni respecto a la suerte del rey, porque Luis Capeto no lo es. Sólo se trata de deliberar acerca de la suerte de un hombre. Vosotros os habéis constituído en jueces suyos, y es necesario que juzguéis con plena convicción de los hechos. Los verdaderos amigos de la libertad y de la justicia son los que quieren examinar antes que juzgar. Muchos desean, como Lanjuinais, que se dé cuenta del decreto en que se notificó a Luis XVI que había de ser juzgado; otros quieren que se decida su suerte, como medida política. Yo soy de los primeros; pero no se debe prejuzgar ninguna opinión, y propongo que la resolución presentada por Couthón se sostenga, pero reservando la cuestión suscitada en el curso de la sesión.

La Convención, que había recobrado la tranquilidad, al oír la atrevida y aun imponente palabra de Pethión, votó la proposición de Couthón y las reservas de aquél, que dejaban horas, eventualidades y reflexiones respecto al decreto del pueblo y la vida del monarca.

XX

Mientras en el recinto de la Convención quedaba patentizada la irresolución

de los jueces, el rey, de vuelta al departamento de los inspectores, se echó en brazos de de Seze, le estrechó las manos, le enjugó con su pañuelo la frente y calentó la camisa destinada a reemplazar la que el sudor había empapado sobre el cuerpo del abogado. Estos cuidados familiares, que realzaban su situación y su rango, hacían suponer que el rey había olvidado que se trataba de su vida en la sala inmediata; oíanse los continuos murmullos y las voces que llegaban del recinto de la Convención, pero sin poder distinguir las palabras ni prejuzgar los resultados de la deliberación. La atención con que había sido escuchado de Seze, la tranquilidad y las disposiciones favorables de la opinión pública que se advertían desde hacía algunos días en los teatros y lugares públicos, daban alguna esperanza a Luis XVI. La rapidez con que lo habían conducido aquella vez al Temple, evitando pasar por los barrios populosos, reveló al rey que sus amigos vigilaban. Al día siguiente, un comisario llamado Vicent, que procuraba, al ejercer sus funciones, dulcificar la suerte de los prisioneros, se encargó de llevar secretamente a la reina un ejemplar impreso de la defensa de de Seze.

Cuando el rey volvió a entrar en el Temple, se quitó el corbatín y se lo dió a su abogado. ¡No podía ofrecerle otra cosa!

El día 2 de enero, al despertar, Clery, con motivo de la entrada de año, le expuso, en voz baja, su vehemente deseo que pronto tuvieran término sus desgracias. El rey lo escuchó con ternura, y levantando los ojos al cielo recordó los tiempos en que estos homenajes, murmurados ahora en voz baja por el único súbdito que lo acompañaba en su calabozo, le eran tributados por todo el pueblo en las galerías de palacio. Se levantó, rezó con más fervor que de ordinario, y suplicó a un municipal que fuera a informarse de la salud de su hija que estaba enferma y a notificar a la reina y a su hermana sus deseos. Hasta el 16 de enero nada cambió en las costumbres diarias del rey, excepto que el señor de Malesherbes se presentó inútilmente a la puerta de la torre. El anciano, en sus varias tentativas para ver al rey, fué acompañado por un joven realista, a quien una generosa atracción hacia la desgracia arrastró desde sus primeros años, y que fué más tarde, en mejores días, el ministro y consejero austero de la monarquía de los Borbones, que deseaba reconciliar con la libertad. Este joven se llamaba Hyde de Neuville; daba el brazo al señor de Malesherbes, y sostenía sus trémulos pasos cuando el venerable defensor de Luis XVI iba al Temple o a la Convención.

El rey pasaba el tiempo leyendo la historia de Inglaterra, y, especialmente, el volumen que contenía el juicio y la muerte de Carlos I, como si tratara de consolarse, como si hubiera querido prepararse para la muerte acomodando su conducta a la de otro rey decapitado.

XXI

Durante los días en que nada de lo que ocurría fuera traspasaba los muros de la prisión, los dos partidos que se disputaban la Convención, continuaron destrozándose entre sí por disputarse la vida del rey. Saint-Just volvió a tomar la palabra el 27 de diciembre, y refutó con axiomas breves e incisivos como el hacha, la defensa pronunciada la víspera, resumiendo su discurso en estas palabras: «Si el rey es inocente, el pueblo es culpable. Habéis proclamado la ley marcial contra los tiranos del mundo, y ¡perdonaríais al vuestro! La revolución no principia hasta que el tirano concluye.» Barbaroux manifestó con una reticencia, tan contraria a la energía de su carácter, el primer síntoma de la indecisión de ánimo de los girondinos.

Lequinio respondió a Barbaroux, diciendo:

—Si pudiera con esta mano asesinar de un solo golpe a todos los tiranos, lo descargaría inmediatamente.

Resonaron prolongados aplausos en la sala, y habiendo amenazado el presidente con llamar a la fuerza armada para que restableciera el orden, prorrumpió en descompasadas voces toda la Asamblea. Vergniaud lamentóse de los tumultos que ocurrían en la República naciente, bajo la horrorosa forma de la monarquía, y

propuso que se revelara a los departamentos el nombre de los diputados censurados.

—Nosotros no somos la Convención de París — dijo Buzot—, sino la Convención de Francia y de los departamentos.

En la sesión del 17, el ministro de Negocios Extranjeros, Lebrún, dió cuenta de las notas enviadas por la corte de España, cuyo embajador intercedía por la vida de Luis XVI, prometiendo, en cambio, alejar las tropas españolas reunidas en las fronteras de los Pirineos.

—Lejos de nosotros toda influencia extranjera — respondió Thuriot.

—No tratamos con los reyes sino con los pueblos — añadió Charles—; declaramos que en lo sucesivo ninguno de nuestros agentes negociará con ninguna testa coronada antes que ésta haya reconocido la República.

La orden del día respondió desdeñosamente a las tentativas del embajador de España.

Continuando la discusión del proceso del rey, Brissot y Buzot sostuvieron la apelación al pueblo. Carra, aunque girondino, la combatió, y Gensonné apostrofó a Robespierre.

—¿Decís que existe un partido que pretende disolver la Convención de París y hacer que los ciudadanos se degüellen mutuamente? ¡Tranquilizaos, Robespierre! No seréis degollado, y hasta creo que no haréis degollar a nadie. La ingenuidad con que reproducís constantemente aquella invocación, me hace temer que éste no sea sólo el más grande de vuestros sentimientos. Es demasiado cierto que el amor a la libertad tiene también su hipocresía y sus hipócritas, a quienes se conoce por el odio que tienen a las luces y a la filosofía, y por la habilidad con que halagan las preocupaciones y las pasiones del pueblo, y ya es tiempo de señalar esta facción a toda la nación. Ella es la que reina en los jacobinos de París, y sus principales jefes se encuentran entre nosotros. ¿Qué quieren? ¿Adónde se encaminan? ¿Qué extraño gobierno se proponen dar a Francia? ¿No aseguran que ningún republicano quedará en el territorio francés, si no se envía a Luis al cadalso, y que será necesario entonces nombrar defensor a la República? Pues qué, ¿no formáis vosotros una facción designándoos con el nombre de diputados de la Montaña, como si hubierais elegido esta denominación para recordarnos al tirano de Asia, conocido en la historia por la horda de asesinos que llevaba tras de sí, y por la obediencia fanática con que se obedecían sus órdenes sanguinarias? ¿No os ha dicho Robespierre con ingenuidad que el pueblo debía tener meños interés en ejercer por sí mismo sus derechos soberanos, que en confiarlos a hombres que hagan buen uso de ellos? ¡Siempre principió del mismo modo la apología del despotismo!... El proceso de Luis no puede ser para Europa la obra de aquella facción. ¡Solamente el pueblo debe salvar al pueblo!»

XXII

La acusación de antigua complicidad con la corte, lanzada contra Vergniaud, Guadet, Brissot y Gensonné, respondió al día siguiente a la invectiva de este último. Una carta de estos cuatro diputados dirigida antes del 10 de agosto al pintor de cámara Boze, dando consejos al rey, atestiguaba que el republicanismo había tenido para ellos dudas y complacencias, y que la Constitución de 1791, si no bastaba a sus principios, habría sido suficiente para satisfacer su ambición si hubieran sido los directores de ella. Esta correspondencia, muy constitucional, no tenía otro crimen. Guadet, Gensonné y Vergniaud se excusaron con facilidad, ayudados por su elocuencia y por la mayoría de los diputados que todavía les eran adictos. Sin embargo, la acusación lanzada inopinadamente contra ellos por los amigos de Robespierre, y las sospechas que dejó en el ánimo del pueblo, hicieron conocer la necesidad de responder con actos irrecusables de odio a la monarquía, y de firmarse los títulos de republicanos con algunas gotas de sangre del rey. Desde aquel día empezaron a deliberar entre el sacrificio de la vida de Luis y su propia abdicación: un partido que disfrutaba del favor del pueblo, no podía perderlo sin morir; quiso vivir, y para eso necesitaba que el rey muriese.

XXIII

Camilo Desmoulins, que mezclaba siempre la ironía a la muerte, y a quien nunca parecía la sangre de las víctimas bastante amarga, si no la realzaba con un sarcasmo, impugnó la apelación al pueblo en un discurso que no pudo oírse, pero que se hizo imprimir. He aquí el proyecto de decreto que resumía este discurso: «Se levantará el patíbulo en la plaza del Carrousel, adonde se conducirá a Luis con un cartel con estas palabras: «traidor y perjuro a la nación», delante, y otro cartel detrás que diga: «rey». La Convención decreta, además, que en el panteón fúnebre en que hasta ahora han sido enterrados los reyes en San Dionisio, se entierren en lo sucesivo los ladrones, los asesinos y los traidores.»

Merlín de Thionville, Hausmann y Rewel, comisarios de la Convención en los ejércitos, escribieron desde las fronteras: «Estamos rodeados de heridos y de muertos; en nombre de Luis Capeto degüellan los tiranos a nuestros hermanos, y sabemos que Luis Capeto vive todavía.»

Cambaceres propuso la apelación al pueblo, y Dantón propuso un modo de deliberar que sometía a discusión cuanto hasta entonces se había decretado, creyendo con eso ocultar la secreta intención de salvar al rey, favorecido por la confusión que había de producirse.

—Aflige — observó Couthón — ver el desorden que se ocasiona a la Asamblea. Hace tres horas que estamos perdiendo el tiempo por culpa de un rey. ¿Somos republicanos? No, ¡somos viles esclavos!

Por último, a propuesta de Fonfrede, la Convención decretó la votación nominal para cada una de las tres cuestiones sucesivamente planteadas: 1.ª ¿Luis es culpable? 2.ª ¿La decisión de la Convención ha de someterse a la ratificación del pueblo? 3.ª ¿Cuál será la pena?

A la primera cuestión, exceptuando a Lalande de la Meurthe, Baraillón de la Creuse, Lafont de la Correze, Lomond de Calvados, Enrique Lariviere, Isarn Valady, Noel de los Vosges, Morisón de la Vendee, Waudelincourt de la Haute-Marne y Rouget de la Haute-Garonne, que se recusaron, alegando su incompetencia y la incompatibilidad de las funciones de legisladores y de jueces, todos los demás seiscientos ochenta y tres miembros respondieron: sí, Luis es culpable.

XXIV

Doscientos ochenta y un diputados votaron en pro de la apelación al pueblo, y cuatrocientos veintitrés en contra de todo recurso a la nación. En el número de los primeros se encontraban Rebecqui, Barbaroux, Duprat, Durand de Mailhane, Duperret, Fauchet, Chambón, Buzot, Pethión, Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Grangeneuve, Lanjuinais, Louvet, Salles, Hardy, Mollevault, Valazé, Manuel, Dusaulx, Bertucat de Saone-et-Loire, y Sillery, el amigo del duque de Orleáns, que empezaba a separarse de los jacobinos y a inclinarse hacia las doctrinas y al cadalso de los girondinos.

Entre los segundos figuraron todos los miembros de la Montaña y algunos del partido girondino, en quienes la juventud, el ardor y la embriaguez revolucionaria sofocaban toda clase de escrúpulos. El resultado de esta prueba consternó a los personajes más resueltos del partido y decidió a los dudosos.

Dantón, mudo y observador hasta entonces, aprovechó desde el día siguiente 16, la primera ocasión para mostrarse enérgicamente sediento de sangre, sed que, aunque no la experimentaba, sabía fingir para mantenerse al nivel de sí mismo.

Se discutía una orden de clausura de los teatros, expedida por el consejo ejecutivo, y Dantón, levantándose y tomando la actitud del hombre de septiembre, dijo:

—Ciudadanos, creo que debíamos ocuparnos en otras cuestiones más interesantes que las comedias.

—Se trata de la libertad — respondieron algunos.

—Sí, se trata de la libertad — replica Dantón—, se trata de la tragedia que debéis representar ante las naciones, se trata de hacer caer la cabeza de un ti-

rano. Pido que decidamos sin levantar la sesión la suerte de Luis.

La proposición de Dantón fué aprobada; y, habiendo propuesto Lanjuinais después que se votara la pena por las dos terceras partes y no por mayoría absoluta, Dantón volvió a tomar la palabra como quien desea poner término a una situación que le molesta.

—Se pretende — dijo — que es tal la importancia de esta cuestión, que no bastan para decidirla las formas ordinarias de toda asamblea deliberante. ¿Por qué, cuando por simple mayoría se ha decidido la suerte de la nación entera? Cuando ni siquiera se ha intentado provocar esta cuestión al tratarse de la abolición del trono, ¿por qué se ha de decidir la suerte de un individuo, de un conspirador con formas más escrupulosas y solemnes? Nosotros sentenciamos como representantes por derecho de soberanía. Y os pregunto, ¿no habéis acordado por mayoría absoluta la república y la guerra? Si la sangre que se derrama en los campos de batalla no corre definitivamente, ¿los cómplices de Luis XVI no han sufrido en seguida la pena sin apelar al pueblo? ¿Merece una excepción el que ha sido el alma de los complots? (Aplausos.)

Lanjuinais no se dejó arrastrar por aquella corriente de aplausos, producida por la palabra de Dantón.

—Habéis rechazado todas las formas que la justicia y la humanidad reclamaban; la recusación, la forma secreta del escrutinio, protectora de la libertad de las conciencias y de los sufragios. Parece que se delibera aquí en una Convención libre, pero realmente estamos bajo la amenaza de los puñales y de los cañones de los facciosos.

La Asamblea rechazó estas afirmaciones y se declaró en sesión permanente hasta que se pronunciara la sentencia contra Luis XVI. La última votación nominal empezó a las ocho de la noche.

LIBRO XXXV

Aspecto de la ciudad y la Asamblea.—Condena del rey.—Vergniaud.—Luis XVI — El abate Firmont.—Última entrevista del rey con su familia.—Cortejo.—Ejecución.—Consideraciones acerca del proceso de Luis XVI.

I

El aspecto de la ciudad era amenazador, y el de la Convención siniestro. La corporación municipal y los jacobinos decididos a obtener la condena de Luis XVI, que consideraban como victoria personal sobre sus enemigos, y a llevar la violencia moral hasta la física, habían reunido en París todas las fuerzas de que disponían en los departamentos. Los agitadores de los arrabales habían reclutado numerosas bandas de mujeres y de niños andrajosos para pedir a gritos la muerte del tirano por las calles inmediatas a la Convención. Theroigne de Mericourt y Saint-Huruge, los asesinos de Aviñón, los degolladores de septiembre, los combatientes del 10 de agosto, los federados acumulados en París antes de marchar a las fronteras; voluntarios y soldados detenidos en París por el ministro de la Guerra Pache, más para engrosar las sediciones que para reprimirlas; una población ajena a toda pasión política, pero sin trabajo y sin pan, que, desesperada, se entregaba a las agitaciones; los grupos de curiosos que los grandes espectáculos hacen salir de sus casas, como los enjambres de abejas salen de las colmenas al aproximarse las tormentas, y que sin pasión individual favorecen con su presencia la pasión de algunos; los resultados de los sucesos de agosto y de septiembre que agitaban aún las imaginaciones; la noche que favorecía el tumulto, el rigor de la estación que soliviantaba los ánimos e inclinaba a la impaciencia; y, por último, la persona del rey que reasumía todas las miserias, todas las iniquidades, todas las traiciones imputadas al trono, y que hacía creer al pueblo que, inmolando al hombre, se inmolarían simultáneamente las calamidades, los crímenes, los recuerdos y las esperanzas de una institución repudiada; todo daba a la noche del 16 de enero

el carácter de impulsión irresistible que comunica a las manifestaciones populares la fuerza de un elemento.

II

Por la mañana, a uno de los vencedores de la Bastilla, llamado Louvain, que se había atrevido a decir que podía afianzarse la República sin derramar la sangre de Luis XVI, un federado le sepultó, por toda respuesta, el sable en el corazón, y el pueblo arrastró al herido, tirándole de los pies sobre el empedrado de la calle hasta que exhaló el último suspiro.

Por la noche un vendedor de libros y de periódicos, al salir de un gabinete de lectura considerado como realista, en la galería del Palacio Real, y acusado por uno que pasaba de que distribuía escritos favorables a la apelación al pueblo, fué asesinado por los que paseaban por el jardín, quienes le asestaron treinta puñaladas. Las patrullas de malhechores libertados de las cárceles de la Conserjería y del Chatelet, por los asesinos de septiembre, se aprovechaban de la perturbación pública para dedicarse al crimen impunemente. Los dragones de la República forzaron las consignas de los cuarteles y se diseminaron sable en mano por los lugares públicos, en el Palacio Real y en las Tullerías, blandiendo las armas y cantando canciones patrióticas. De allí fueron a la iglesia de Val-de-Grace, donde estaban encerrados en urnas de plata sobredorada los corazones de muchos reyes y reinas de Francia; rompieron los vasos fúnebres, pisotearon las reliquias del trono y las arrojaron a un sumidero. Este fanatismo de profanación que vengaba, como lo hace el bruto, en restos inanimados, la larga paciencia y las continuadas supersticiones de la servidumbre, revelaban la demencia de la libertad, y anunciaban la piedad que podía prometerse la majestad viva, cuando la muerta provocaba tales resentimientos.

III

Los alrededores y el interior de la sala de la Convención parecían dispuestos más bien para una ejecución que para un juicio. La hora, el sitio, las entradas estrechas, los patios tortuosos, las bóvedas sombrías del antiguo monasterio, los pocos faroles que luchaban con las tinieblas de una noche invernal, haciendo palidecer los rostros, las armas que brillaban y resonaban en todas las puertas; los cañones con que los artilleros, con la mecha encendida, parecían guardar las dos entradas principales, menos para intimidar al pueblo que para volverlos contra la sala, si no condenaba a muerte al rey; el sordo murmullo de la innumerable multitud, que velaba en pie en las calles adyacentes, comprimiendo por todas partes los muros como para arrancarles el decreto; el movimiento de las patrullas que se esforzaban para abrir paso por entre aquel océano de hombres a los representantes rezagados; los trajes, las fisonomías, los gorros encarnados, las carmañolas, las facciones contraídas, las voces, los gestos atroces y significativos, todo parecía calculado para insinuar al alma de los jueces el inexorable decreto dado previamente por el pueblo. «O la muerte del rey o la tuya.» Estas eran las únicas palabras que se decían en voz baja, pero con un acento imperativo, al oído de cada diputado que atravesaba los grupos para ocupar su puesto.

Muchos asiduos concurrentes a las sesiones de la Convención, y que, por lo tanto, conocían a los diputados, se situaron a cierta distancia unos de otros: eran espías del pueblo que nombraban a los miembros de la Convención en alta voz, señalaban a los dudosos, amenazaban a los tímidos, insultaban a los indulgentes y aplaudían a los inflexibles. Al oír los nombres de Marat, de Dantón, de Robespierre, de Collot-d'Herbois y de Camilo Desmoulins, se abrieron las filas respetuosamente para dejarles paso: representaban la indignación y la confianza del pueblo. Pero, cuando oyeron los nombres de Brissot, de Vergniaud, de Lanjuinais y de Boissy d'Anglás, los rostros inflamados, los puños cerrados, las picas y los sables enarbolados, revelaron claramente que el pueblo quería ser obedecido o «vengado». Hasta los centinelas colocados allí para proteger a los representantes, dieron el ejemplo del insulto y

de la violencia. El antes marqués de Villette, discípulo y amigo de Voltaire, miembro ahora de la Convención, reconocido en el pasadizo del Picadero que conducía a la Asamblea, fué sujetado y amenazado de muerte, intimándole a que se comprometiera a votar la muerte del «tirano». Villette, que, a pesar de su debilidad física, poseía un corazón intrépido, y que no creía que la filosofía tuviera por pedestal el cadalso, pudo desprenderse de los que le sujetaban, separó con ambas manos las hojas de los sables que le amenazaban, y mirando con serenidad a los provocadores, dijo:

—¡No, no votaré la muerte, y vosotros no me degollaréis! Respetaréis mi conciencia, la libertad y la nación — y pasó.

Los pasadizos de la Convención, ocupados por los jefes más sanguinarios de las sediciones de París, estaban obstruídos también por grupos armados, encargados de mantener el orden; pero se les había apostado allí como testimonios vivos del terror que sus nombres, sus armas y sus recuerdos debían inspirar a los jueces del rey. Maillard, Fournier *el Americano* y Jourdán *Corta-cabezas*, daban órdenes a sus antiguos cómplices designándoles con la mirada los nombres y los rostros que debían observar y retener. Como era preciso desfilar ante ellos para entrar en la sala, escribían las señas de los representantes en su memoria; eran las estatuas del asesinato colocadas a las puertas del tribunal del pueblo para exigir la muerte, y todos los diputados tenían que tropezar con ellos al entrar.

IV

Hasta la sala estaba iluminada con desigualdad; las lámparas de la mesa y la araña que pendía de la bóveda lanzaban a algunos puestos una luz brillante dejando a otros en la obscuridad. Las tribunas públicas, cuyas graderías en forma de anfiteatro, bajaban hasta cerca de los bancos de la Montaña, con los que se confundían, como en los circos romanos, estaban atestadas de espectadores. Como en los espectáculos antiguos, las primeras filas de aquellas tribunas estaban ocupadas por mujeres jóvenes, adornadas con lazos tricolores, que charlaban con indiferencia, gesticulando y sonriendo, sin prestar atención más que al recuento de votos que grababan sobre una tarjeta con la punta de un alfiler en el momento en que eran emitidos. Los ujieres de la Convención circulaban entre las gradas con bandejas llenas de sorbetes, de helados y de naranjas, con que eran obsequiadas aquellas... señoras. Sobre las gradas más elevadas, los hombres del pueblo con los trajes diarios de sus diversas ocupaciones, se mantenían en pie, atentos, y repitiéndose en alta voz, los unos a los otros, el nombre y el voto del diputado a quien acababan de llamar, y siguiéndole con aplausos o con murmullos hasta que llegaba a su banco. Los primeros puestos de aquellas tribunas populares los ocupaban los mozos de las carnicerías, con sus mandiles ensangrentados, levantados de un lado y sujetos a la cintura, y el mango de los largos cuchillos de su profesión asomando, como a propósito, por entre los pliegues de la tela que les servía de funda.

El espacio vacío al pie de la mesa, la barra, las cercanías de las puertas y las entradas que conducían a los bancos de los diputados y a las tribunas públicas, estaban obstruídos por el paso continuo de los diputados, y por los espectadores que, no habiendo podido encontrar sitio en las tribunas, penetraron en el recinto reservado a los legisladores. Estos grupos, sin cesar disueltos y formados nuevamente por los representantes llamados a la tribuna, o por los que bajaban de ella, semejaban una confusa agrupación de gentes congregadas en una plaza pública, más que el auditorio que presencia la deliberación de un tribunal.

El movimiento no se detenía más que cuando el nombre de un diputado influyente, pronunciado en voz alta, hacía levantar la vista hacia el votante para sorprender en su actitud y en el movimiento de sus labios la sentencia de vida o la muerte que iba a pronunciar. Los bancos de los diputados estaban casi vacíos; cansados de una sesión de quince horas, que debía durar sin interrupción hasta el fin del juicio, unos agrupados en pequeños grupos al extremo de los bancos elevados, hablaban a media voz; otros, con las piernas extendidas y el cuerpo echado

atrás y los codos apoyados en el respaldo de su banco desierto, se adormecían bajo el peso de los pensamientos, despertándose sobresaltados a los grandes clamoreos que de vez en cuando producía un voto más enérgicamente formulado. El mayor número, impelido continuamente de un sitio a otro por la agitación interior de sus ideas, no hacía más que salir y entrar en la sala. Se les veía ir de un grupo a otro, decir rápidamente y en voz baja medias palabras a sus colegas, escribir sobre sus rodillas, borrar lo que habían escrito, escribir de nuevo su voto y volver a borrarlo, hasta que el llamamiento del ujier, sorprendiéndolos en esta incertidumbre, les arrancaba de los labios la palabra fatal, que un minuto más tarde hubiera cambiado por la contraria, y de la que se arrepentían quizá antes de haberla pronunciado.

V

Los primeros votos emitidos en la Asamblea dejaban la incertidumbre en los ánimos. La *muerte* y el *destierro* parecían contar con igual número de sufragios. La suerte del rey iba a depender del voto que emitiese uno de los jefes del partido girondino, pues probablemente sería el voto de todo el partido y el número de diputados unidos a él constituiría irrevocablemente la mayoría. Por consiguiente, la vida y la muerte estaban, en cierto modo, en los labios de Vergniaud.

Se esperaba con ansiedad que se llamara a los diputados de la Gironda a la tribuna, donde Vergniaud debía presentarse el primero; recordábase su memorable discurso contra Robespierre para disputar el juicio del rey destronado a sus enemigos; se conocía su repugnancia y su horror al suplicio; se repetían las conversaciones confidenciales en que había confesado veinte veces lamentar la triste suerte del rey, cuyo mayor crimen, en su opinión, era una debilidad que casi rayaba en inocencia; se sabía que la víspera y aun algunas horas antes del escrutinio, comiendo Vergniaud con una mujer que se compadecía de los prisioneros del Temple, había jurado salvar al soberano, y nadie dudaba de su valor, que en aquel momento se reflejaba en su rostro y en los pliegues severos de su boca cerrada a toda confidencia.

Al oír el nombre de Vergniaud cesaron todas las conversaciones, y todas las miradas se dirigieron al elocuente orador, que subió lentamente las gradas de la tribuna, se recogió un momento, los ojos bajos, como quien reflexiona por última vez antes de decidirse y... después, con voz sorda, y como resistiendo a la sensibilidad que le gritaba interiormente, pronunció la *muerte*.

La admiración suspendió todos los ánimos y un silencio trágico invadió a la Asamblea; Robespierre se sonrió casi imperceptiblemente, con más desprecio que alegría; y Dantón encogió los hombros y dijo en voz baja a Brissot:

—Alabad a vuestros oradores, cuyas palabras pueden ser sublimes, pero sus actos son cobardes. ¿Para qué sirven tales hombres? No me habléis más de ellos: es un partido muerto.

El reducido número de los amigos del rey, ocultos en la sala y en las tribunas, perdió toda esperanza; Vergniaud había entregado la víctima. En vano pareció retirar su voto, después de haberlo emitido, pidiendo, como Mailhe, que después de haber votado la muerte la Asamblea deliberara si convenía a la seguridad pública conceder un plazo para la ejecución. Los jacobinos conocieron que, concedida la justicia del decreto, los girondinos no les disputarían la urgencia. Hasta Vergniaud declaró que su voto de muerte era independiente del plazo obtenido o rehusado, lo que equivalía a privarse de la posibilidad de recoger nuevamente la cabeza que abandonaba. Descendió con la frente abatida los escalones de la tribuna, y fué a mezclarse con la multitud.

VI

Se continuó llamando a los diputados para emitir su voto, y todos los girondinos, Buzot, Pethión, Barbaroux, Isnard, Lassource, Salles, Rebecqui y Brissot, sentenciaron al rey a muerte. La mayor parte condenaron a condición de que se concediera un plazo para la ejecución; Fonfrede y Ducós votaron la muerte sin condición. Sieyés, que en los consejos y

en las conversaciones secretas de su partido había insistido más que otro alguno en negar aquella alegría a Robespierre, aquel triunfo a los jacobinos, y aquella sangre estéril y peligrosa a la revolución, juzgó ya inútil toda resistencia, pareciéndole que dejar a Robespierre solo el título sangriento a la desesperada confianza del pueblo, era abdicar desde el primer paso el gobierno de la República y quizá arriesgar la vida. Puesto que no se podía reprimir el movimiento, consideraba necesario tomar parte en él para seguir dirigiéndolo. Sieyés subió, cuando le correspondió el turno, a la tribuna, y sólo pronunció una palabra: *la muerte;* pero la pronunció con el sentimiento y la frialdad de un geómetra que enuncia un axioma, y con el abatimiento de un vencido que cede a la fatalidad. No es cierto que pronunciara la frase irónica que se le imputa; su voto fué lacónico, pero no cruel. Condorcet, fiel a sus principios, rehusó verter sangre, y propuso que Luis XVI fuese condenado a la pena más grave después de la muerte. Lanjuinais, Dussaulx, Boissy d'Anglás, Kersaint, Rabaut-Saint-Etienne, Sillery y Salles, resistiéndose al ejemplo de los jefes de su partido y a la intimidación de los jacobinos, votaron casi todos la reclusión durante la guerra, y el ostracismo después de la paz. Manuel, vencido por el espectáculo de los infortunios de la familia real, que contemplaba de más cerca en el Temple, votó por la vida. Daunou, filósofo republicano, que sólo tenía, según él, dos pasiones desinteresadas, Dios y la libertad, separó en alta voz en su voto el derecho de juzgar y de deponer a los reyes, del de inmolarlos como víctimas. Demostró que las letras fortifican la justicia en el corazón del escritor, ilustrando la inteligencia, y que él había bebido en el trato literario de los antiguos, con sus máximas de magnanimidad, el valor de practicarlas ante la muerte. La Montaña, casi sin excepción, votó la muerte. Robespierre, resumiendo en breves frases su primer discurso, trató de conciliar su horror a la pena de muerte con la condenación que salía de sus labios, diciendo que los tiranos eran una excepción de la humanidad, y declarando que su ternura por los oprimidos superaba a su piedad por los opresores.

Los diputados de París, Marat, Dantón, Billaud-Varennes, Legendre, Panís, Sergent, Collot-d'Herbois, Frerón, Fabre d'Eglantine, David y Robespierre el joven, siguieron el ejemplo de Robespierre, y repitieron, como un eco, veintiuna veces seguida, la palabra *muerte.*

El duque de Orleáns fué llamado el último; al oírse su nombre reinó un profundo silencio; Sillery, su confidente y favorito, había votado contra la muerte, y era de esperar que él votara también lo mismo, o que se recusara en nombre de la naturaleza y de la sangre, y hasta para con los jacobinos estaba recusado, pero no lo hizo; subió con lentitud a la tribuna, desdobló un papel que llevaba en la mano y leyó, con acento impasible, las palabras siguientes: «Exacto cumplidor de mi deber, y convencido de que todos cuantos han atentado o atenten posteriormente a la soberanía del pueblo merecen la muerte, voto la muerte.»

Estas palabras impusieron silencio y causaron sorpresa hasta al partido a que el duque de Orleáns parecía concederlas como prenda. No hubo en la Montaña una mirada, un gesto ni una voz que aplaudiera. Los montañeses, sentenciando a muerte al rey prisionero y desarmado, podían lastimar la justicia y consternar la humanidad, pero no la naturaleza, que se sublevó contra el voto del primer príncipe de la sangre. Los asistentes a los bancos y tribunas de la Asamblea se indignaron, y el duque de Orleáns descendió de la tribuna turbado, dudando, al observar aquellos síntomas, del acto que acababa de consumar. El verdadero heroísmo de la libertad no hace estremecer al corazón humano, ni se tiene horror a lo que se admira: las virtudes como la de Bruto, están tan próximas al crimen, que hasta la conciencia de los republicanos se turbó en presencia de aquel acto. Sacrificar la naturaleza a las leyes parece bello a primera vista; pero la consanguinidad también es una ley, y no existe virtud contraria a otra virtud.

Si este voto era un sacrificio a la libertad, el horror de la Convención demostró al duque de Orleáns que no se aceptaba el sacrificio; si era una prenda, no se le

pedía tan grande; si una concesión, pagaba la vida demasiado cara. Atacado por los girondinos, apenas tolerado por Robespierre, y cliente de Dantón, si hubiera rehusado algo a la Montaña, ésta habría pedido su cabeza, y no tuvo bastante grandeza de alma para ofrecérsela. El porvenir se la hubiera pagado más de lo que valía su nombre. El mismo Robespierre, cuando entró por la noche en casa de Duplay, hablando de la sentencia dictada contra el rey, parecía protestar contra el voto del duque de Orleáns.

—¡Desgraciado!—dijo a sus amigos—. Nadie mejor que él podía haberse recusado, pero no ha querido o no se atrevió a hacerlo: la nación hubiera sido más magnánima que él.

VII

Se empleó mucho tiempo en hacer el escrutinio de la votación, cuyo resultado, dudoso, despertaba gran ansiedad. La muerte y la vida ganaban o perdían alternativamente, según la casualidad había agrupado los sufragios en las listas hechas por los secretarios, como si le costara gran trabajo al destino pronunciar la palabra fatal. Todos los corazones palpitaban, unos con la esperanza de evitar aquella vergüenza a la Revolución, otros por el temor de perder la víctima; por último, se levantó el presidente para pronunciar el fallo. Era Vergniaud; estaba pálido, y los labios y las manos le temblaban. Por siniestro azar o por burla cruel de la elección de sus colegas, el cargo de presidente condenaba a Vergniaud a proclamar el decreto de destitución en la Asamblea legislativa, y el de muerte en la Convención. A costa de su sangre hubiera salvado la monarquía constitucional y la vida a Luis XVI, y dos veces en tres meses veíase obligado a desmentir a su corazón y servir de órgano a las opiniones de sus enemigos. La falsa y cruel situación en que se encontró en estas dos circunstancias eran el símbolo de la de su partido; Pilatos de la monarquía y del rey, entregando la una al pueblo, sin estar convencido de sus vicios, y el otro a los jacobinos sin estarlo de su crimen, vertiendo en público una sangre que lloraba en secreto, combatiendo el remordimiento con el decreto y lavándose las manos ante la posteridad.

VIII

En aquel momento un diputado, llamado Duchatel, envuelto en las ropas del lecho, se hizo conducir a la Convención, en medio de las amenazas, para votar con moribunda voz contra la muerte. Se anunció una nueva intervención del rey de España en favor de Luis XVI, y Dantón tomó la palabra sin pedirla.

—Aun no eres rey, Dantón — le gritó Louvet.

—Estoy admirado — dijo Dantón — de la insolencia de una potencia que no teme la pretensión de ejercer influencia en nuestras deliberaciones. Si todos siguieran mi opinión, se declararía inmediatamente la guerra a España. ¡No reconocen nuestra República y pretenden imponerle leyes! Sin embargo, óigase, si se quiere, a ese embajador; pero que el presidente le dé una respuesta digna del pueblo a quien representa, diciéndole que los vencedores de Jemmapes no desmentirán la gloria que han adquirido y tendrán fuerza para exterminar a todos los reyes conjurados contra nosotros. No se debe transigir con la tiranía; el pueblo juzgaría a sus representantes si éstos lo hubieran vendido.

Vergniaud, con acento compungido, dijo:

—Ciudadanos, vais a ejercer un gran acto de justicia, y espero que los sentimientos de humanidad os hagan guardar el más profundo silencio; cuando la justicia haya hablado, podrá prestarse oído a los sentimientos de humanidad.

Leyó el resultado del escrutinio. La Convención contaba setecientos veintiún votantes, trescientos treinta y cuatro de los cuales habían votado por el destierro o la prisión, y trescientos ochenta y siete por la muerte, incluyendo en este número los que habían votado la muerte a condición de que se aplazara la ejecución, y, por consiguiente, esta pena tenía cincuenta y tres votos más que la del destierro; pero deduciendo los cuarenta y seis que la habían pronunciado pidiendo que la ejecución se sus-

pendiera, sólo quedaba una mayoría de siete votos. De suerte que unos cuantos hombres, fuera de su lugar, variaron el número y cambiaron el juicio. Eran los doce o quince jefes de la Gironda, cuyo voto había hecho inclinar la balanza hacia el lado de la pena más aflictiva, y la muerte, deseo de los jacobinos, fué dictada por los girondinos; Vergniaud y sus amigos fueron los ejecutores de la voluntad de Robespierre, y la muerte del «tirano», anhelada con pasión por el pueblo, fué una concesión de la Gironda. Unos pedían la cabeza de Luis XVI para salvar a la República, y los otros la daban para salvar a su partido; si el deseo de los primeros era ciego e implacable, ¿qué nombre dar a la concesión de los otros? Si la muerte por venganza es un crimen, en la muerte por cobardía hay dos.

IX

El rey, mientras se hacía el escrutinio, privado de toda comunicación desde el día en que se presentó por última vez ante los jueces, sólo sabía que su vida estaba en aquel momento en manos de los miembros de la Convención. A fuerza de desgracias, de reflexiones y de conformidad con la voluntad de Dios, había llegado al estado de sublime indiferencia en que el hombre, fluctuando entre el temor y la esperanza, se somete a la voluntad del Cielo; estado sobrenatural del alma en que la humanidad, sobreponiéndose a los deseos, arrostra todos los vaivenes de la fortuna y no experimenta más deseo que el de cumplir el decreto de la Providencia. La filosofía daba estos consejos en las adversidades a los sabios de la antigüedad, y el catolicismo convirtió la resignación en dogma, dando el ejemplo desde la Cruz.

Luis XVI contemplaba sin cesar aquella cruz y divinizaba su suplicio. Hubiera podido, solicitándolo, comunicarse durante aquellos días postreros con su familia, cuyos pasos y voz oía al través de las bóvedas, pero temió que la transición de la vida a la muerte, de la esperanza a la desesperación, más sensible aún por la presencia de los seres amados, debilitase demasiado su alma y lacerase repetidas veces los corazones de su esposa e hijos, y prefirió beber solo el cáliz de la separación de un solo trago, a hacerlo gustar gota a gota a su familia.

En la mañana del día 19, se abrieron las puertas de la torre, y el rey vió llegar al señor de Malesherbes. Luis XVI se apresuró a salirle al encuentro. El anciano, echándose a los pies de su señor y bañándolos con sus lágrimas, permaneció mucho tiempo sin poder hablar. Como el pintor antiguo que cubrió el rostro de dolor, temeroso de que no expresase bastante a lo vivo el quebranto del corazón humano, el señor de Malesherbes, mudo, confió a su actitud y a su silencio que revelase la palabra que él no se atrevía a pronunciar. El rey la comprendió y la repitió sin palidecer; hizo levantar a su amigo, le estrechó, e hizo todo lo posible por consolar y animar al venerable mensajero de la muerte. Se informó tranquilamente, como si no le afectara de una manera directa, de las circunstancias, del número de sufragios y del voto de algunos de los miembros de la Convención, a quienes conocía.

—En cuanto a Pethión y a Manuel— dijo a Malesherbes—, no necesito informarme, tengo la seguridad de que no han votado mi muerte.

Preguntó luego qué había votado su primo el duque de Orleáns, y al decírselo el señor de Malesherbes, exclamó:

—¡Ah! Este voto me aflige más que todos los demás.

Eran las palabras de César al reconocer el rostro de Bruto entre sus asesinos. Aquél fué el único que le hizo hablar.

X

Los ministros Garat y Lebrún, el alcalde Chambón y el procurador de la corporación municipal, Chaumette, acompañados de Santerre, del presidente y del acusador público del tribunal criminal, notificaron al rey la sentencia con todo el aparato de la ley, como si se tratara del delincuente más vil. De pie, con la frente erguida, la vista fija en los jueces, escuchó Luis XVI la condena de muerte dentro de veinticuatro horas, con la intrepidez del justo. Una sola mirada dirigida al cielo pareció ser la apelación

de su alma al juez infalible y soberano. Concluída la lectura, se adelantó hacia Grouvelle, secretario del consejo ejecutivo, le tomó el decreto de las manos, lo dobló y lo puso en su cartera; después, volviéndose hacia Garat, le dijo con voz en que se advertía el acento real en el acto del que suplica:

—Señor ministro de Justicia, os ruego que entreguéis esta carta a la Convención — y, como dudase Garat en tomar el papel, continuó el rey—: Voy a leéroslo, y leyó:

«Pido a la Convención un plazo de tres días para prepararme a comparecer ante Dios; pido ver libremente al sacerdote que indicaré a los comisarios de la corporación municipal, y que esté a cubierto de toda pesquisa por el acto de caridad que ejerza conmigo; pido que se me libre de la constante vigilancia que se ejerce sobre mí desde hace algunos días... Pido ver a mi familia cuando lo desee y sin testigos. Deseo que la Convención se ocupe al momento en la suerte de mi familia y que le permita retirarse libremente a donde juzgue conveniente... Recomiendo a la benevolencia de la nación a todas las personas que están unidas a mí, entre las cuales hay muchos ancianos, señoras y niños, que no tenían más medios de vida que mis beneficios, y deben estar muy necesitados. Torre del Temple, 20 de enero de 1792.»

El rey entregó también a Garat otro papel que contenía las señas de la casa del sacerdote, cuya compañía y consuelos deseaba que se le proporcionaran en su última hora. Este papel, que no estaba escrito por él, decía: «Señor Edgeworth de Firmont, calle del Bac.» Garat tomó ambos papeles, y el rey dió algunos pasos hacia atrás, inclinándose, como cuando despedía alguna audiencia de corte, para indicar que deseaba estar solo. Los ministros abandonaron la estancia.

XI

Cuando los ministros hubieron salido, el rey se paseó un rato por el aposento y, luego, pidió de comer; como no tenía cuchillo vióse obligado a cortar los alimentos con la cuchara y el pan con los dedos. Estas precauciones de los municipales le indignaban más que el decreto de muerte.

—Suponen que tengo bastante cobardía — dijo en alta voz — para rehusar la vida a los enemigos. Me imputan crímenes; pero soy inocente y moriré sin debilidad, deseando que mi muerte haga la felicidad de los franceses y conjure las desgracias que temo han de afligir a la nación.

A las seis, Santerre y Garat le llevaron la respuesta de la Convención a sus peticiones. A pesar de los reiterados esfuerzos de Barbaroux, de Brissot, de Buzot, de Pethión, de Condorcet, de Chambón y de Tomás Paine, la Convención había acordado ya la víspera no aplazar la ejecución. Fournier *el Americano*, Jourdán *Corta-cabezas* y sus satélites, levantaron los sables sobre la cabeza de Barbaroux y de Brissot en el pasadizo de la Convención, obligándoles a elegir, con la punta del hierro en el pecho, entre el silencio y la muerte, y los valientes diputados arrostraron la muerte y lucharon cinco horas para obtener el plazo. Cazenave, Brissot, Manuel y de Kersaint, éste último en una carta, que era en aquel momento uno de los más heroicos desafíos a la muerte que podía lanzar un ciudadano, protestaron inútilmente. Por mayoría de treinta y cuatro votos, reunidos por Thuriot, Couthón, Marat y Robespierre, se negó el plazo.

La carta de Kersaint decía lo siguiente:

«Ciudadanos, me es imposible soportar la vergüenza de sentarme por más tiempo en el recinto de la Convención con hombres sanguinarios, cuyo dictamen, apoyado por el terror, se impone al de las personas honradas; cuando Marat vence a Pethión. Si el amor a mi país me ha hecho tolerar la desgracia de ser colega de los panegiristas y de los promotores de los asesinatos del 2 de septiembre, quiero al menos evitar que se me crea su cómplice, para lo cual no tengo más momento que es éste, pues mañana ya sería tarde.»

La Convención, más irritada que conmovida con tales palabras, encargó al ministro de Justicia que respondiera a las peticiones de Luis XVI, a quien se auto-

rizó para llamar al sacerdote que designara y ver a su familia sin testigos, pero se le negaba el plazo de tres días para prepararse a la muerte, debiendo ser conducido al cadalso dentro de las veinticuatro horas.

XII

El rey oyó en silencio y sin protesta la comunicación del Consejo ejecutivo. No disputaba los minutos a la muerte, sino que únicamente deseaba retirarse algunas horas para prepararse a entrar en la eternidad, para cuyo sacrificio venía preparándose hacía ya muchas semanas. En una de sus conversaciones con el señor de Malesherbes, encargó a este anciano que entregara un mensaje secreto a un venerable sacerdote extranjero, oculto en París, y cuya asistencia imploraba en el caso de que fuera condenado a muerte.

—Os confío una comisión extraña para un filósofo — dijo con triste sonrisa al señor de Malesherbes—; pero he conservado siempre mi fe de cristiano como freno contra los extravíos del poder supremo y como consuelo en las adversidades; la he sostenido viva en el fondo de la prisión, y, si fueseis condenado a morir como yo, deseo que encontréis el mismo consuelo en vuestros últimos momentos.

Malesherbes averiguó la residencia del sacerdote e hizo llegar a sus manos la súplica del rey. El ministro de Dios esperaba la hora en que se le permitiera entrar en el calabozo, para realizar su misión, que estaba dispuesto a cumplir aun a costa de la vida. Además, una amistad santa unía desde mucho tiempo antes al sacerdote y al rey. Introducido furtivamente en las Tullerías en los días de solemnidad religiosa, aquel eclesiástico había confesado muchas veces al rey. La confesión cristiana, que prosterna al hombre a los pies del sacerdote y al rey a los pies del súbdito, establece entre el confesor y el penitente una confidencia paternal por una parte, y filial por la otra; que, aunque espiritual al principio, se transforma muchas veces en afecto humano entre dos almas que se han hablado tan cerca. Dios es el lazo de estas uniones espirituales; pero este lazo formado en el Cielo no se rompe nunca por completo sobre la tierra. Así sucedía con Luis XVI y el sacerdote Firmont.

XIII

A la caída de la tarde del miércoles 20 de enero, un desconocido llamó a la puerta del retiro ignorado en que habitaba aquél pobre sacerdote y le suplicó que lo siguiera al lugar donde se celebraban las sesiones del Consejo de ministros. El señor Firmont siguió al desconocido, y cuando llegaron a las Tullerías fué introducido en el gabinete, en que los ministros deliberaban acerca de la ejecución del suplicio, que la Convención había puesto bajo su responsabilidad. Garat, filósofo sensible; Lebrún, diplomático frío; Roland, republicano clemente y que amaba al hombre en el rey, hubieran querido separar de sus nombres y de su memoria, la siniestra misión que el destino les confiaba; pero ya no era tiempo. Solidarios de los girondinos, rehenes de los jacobinos en el ministerio, era indispensable ejecutar o morir. Su fisonomía, su agitación y su estupor revelaban el horror de la agitación que experimentaban, y procuraban engañarse a sí mismos, a fuerza de miramientos y de compasión. Se levantaron, rodearon al sacerdote, honraron su valor y protegieron su misión.

Garat tomó al confesor en su coche y lo condujo al Temple. Durante el camino, el ministro de la Convención desahogó la desesperación en el seno del ministro de Dios.

—¡Gran Dios! — exclamó—. ¡De qué horrorosa misión me veo encargado! ¡Qué hombre! — añadió, hablando de Luis XVI—. ¡Qué resignación! ¡Qué valor! ¡No, la naturaleza sola no podría dar tantas fuerzas; indudablemente hay en él algo de sobrehumano!

El sacerdote guardó silencio, temiendo ofender al ministro. Aquellos dos hombres no hablaron más hasta llegar a la puerta de la torre, que se abrió tan pronto como fué pronunciado el nombre de Garat. Después de atravesar una sala llena de hombres armados, el ministro y el confesor fueron a otra más grande. Las bóvedas, los deteriorados ornamen-

tos de arquitectura y las escaleras de un altar derribado, revelaban que era una capilla antigua, desde largo tiempo profanada. Doce comisarios de la corporación municipal celebraban consejo en aquella sala; sus rostros, sus palabras, la carencia absoluta de sentimientos y hasta de decoro ante la muerte, que caracterizaban a aquellos hombres, revelaban esas naturalezas brutales, incapaces de respetar nada en el enemigo, ni siquiera el dolor supremo y la muerte. Sólo uno o dos rostros, más jóvenes que los otros, ocultaban a sus colegas algunos signos furtivos de inteligencia con los ojos del sacerdote. El ministro subió mientras registraban al señor Firmont, y después condujeron al confesor al aposento del rey, quien, al verlo, corrió hacia él, y cerró la puerta del cuarto para que nadie lo interrumpiese.

El sacerdote se puso a los pies del penitente y lloró antes de consolar. El rey tampoco pudo contener las lágrimas, y dijo al sacerdote, levantándolo:

—Perdonadme este momento de debilidad; vivo desde hace tanto tiempo en medio de enemigos, que la costumbre me ha hecho ya insensible a su odio, y mi corazón se ha cerrado a los sentimientos de ternura; pero la presencia de un amigo fiel me devuelve la sensibilidad, que creía extinguida y me enternezco a pesar mío.

El rey llevó después al señor Firmont a la torrecilla retirada donde acostumbraba ocultarse con sus pensamientos. Una mesa, dos sillas, una mezquina estufa de loza, parecida a los pequeños hogares portátiles con que las mujeres de los artesanos pobres calientan sus buhardillas; algunos libros y una imagen de Cristo en la cruz esculpida en marfil, amueblaban aquella celda. El rey hizo sentar al sacerdote, y él tomó asiento en frente, al otro lado de la estufa.

—Vedme aquí — le dijo el condenado — ocupado en el exclusivo y gran negocio que puede interesarme ya en la vida, en reconciliarme con Dios, para entrar en la eternidad.

Al decir esto, sacó del pecho un papel y rompió el sello. Era su testamento; lo leyó dos veces despacio, para que ninguno de los pensamientos que expresaba en él escapara a la censura del sacerdote, a quien reconocía como juez. El rey manifestaba temer que, al perdonar a sus enemigos, se hubiera deslizado contra su voluntad alguna reconvención, que disminuyera involuntariamente la dulzura y santidad de su despedida. Su voz no se enterneció ni sus ojos se humedecieron, más que al pronunciar los nombres de la reina, de su hermana y de sus hijos. Toda su sensibilidad, dominada o amortiguada, reaparecía al evocar la imagen y el destino de los seres queridos. Nada tenía vivo ni que sufriese en él sobre la tierra más que su familia.

Después de la lectura del testamento, el rey y el sacerdote hablaron de los sucesos de los últimos meses, que Luis XVI desconocía. Se informó de la suerte de muchas personas que amaba, entristeciéndose con las persecuciones de los unos y alegrándose de la fuga y salvación de los otros; hablando de todos, no con la indiferencia de quien se aleja para siempre de la patria, sino con la curiosidad de quien acaba de llegar y desea informarse de la suerte de aquellos a quienes ha amado. Aunque oyó dar las horas de la noche en el reloj de las torres vecinas, y sólo le quedaban horas de vida, retardó el momento de ocuparse en las prácticas piadosas para las que había llamado al confesor. A las siete debía ver por última vez a su familia, y la aproximación de este momento a la vez tan deseado y tan temible le inquietaba mil veces más que el pensamiento del cadalso. No quería que aquellas últimas angustias de su vida turbaran la calma de su preparación para la muerte, ni que las lágrimas se mezclasen con la sangre en el sacrificio que de sí mismo iba a hacer a Dios y a los hombres.

XIV

La reina y las princesas, con el oído aplicado siempre a las ventanas, habían sabido, durante el día, la negativa del plazo para la ejecución y que ésta debía verificarse en el término de veinticuatro horas, según anunciaban las voces de los pregoneros que divulgaban la sentencia por todos los barrios de París. Ya no quedaba ninguna esperanza y una sola duda ocasionaba su ansiedad: ¿moriría el rey

sin volver a verlas, sin abrazarlas, sin bendecirlas? Un desahogo de ternura a sus pies, un abrazo postrero sobre su corazón, una palabra que oír y que retener, una mirada que guardar en el alma, a esto se limitaban toda su esperanza, todo su deseo y todas sus súplicas. Agrupadas desde la mañana en silencio, y orando bañadas en llanto en la cámara de la reina, interpretando con el corazón hasta el más pequeño ruido, preguntando con la vista a todos los rostros, no supieron hasta después que la Convención les permitía ver al rey; fué un placer en la agonía, para el que se prepararon mucho tiempo antes de alcanzarlo. En pie y arrimadas a la puerta, suplicaban a los comisarios y a los carceleros, a quienes no cesaban de preguntar, pareciéndoles que su impaciencia había de apresurar las horas, y que los latidos de sus corazones obligarían a aquellas puertas a abrirse más pronto.

XV

El rey, por su parte, aunque más tranquilo en apariencia, no padecía menos turbación. Nunca había profesado más que un amor: el de su esposa; una amistad, la de su hermana; una alegría, sus hijos. Estas ternuras del hombre, distraídas y enfriadas, aunque nunca extinguidas sobre el trono, se habían recogido, exaltado y como incrustado en su alma después de los ataques de la adversidad, y mucho más aún después de la soledad de la prisión. ¡Hacía tanto tiempo que el mundo no existía ya para él, más que en aquel reducido número de personas en que se multiplicaban sus afectos, sus alegrías y sus dolores! Además, temer, esperar y sufrir tanto, siempre juntos, es tener una comunidad de vida y de pensamientos. Las lágrimas, recíprocamente vertidas son el cimiento de los corazones; los padecimientos comunes unen mil veces más que las mismas alegrías; aquellas cinco almas no tenían más que una sola sensibilidad, y una cosa sola turbaba anticipadamente su última entrevista, y era la idea de que en ella su desesperación y su ternura habían de tener espectadores; que las más secretas palpitaciones del corazón del esposo, de la esposa, del hermano, de la hermana, del padre y de la hija, serían contadas, saboreadas y quizá recriminadas por los enemigos. El rey, apoyándose en el decreto de la Convención, pidió que la entrevista fuera sin testigos. Los comisionados, responsables ante la corporación municipal, que no se atrevían a desobedecer abiertamente a la Convención, deliberaron para conciliar las intenciones del decreto con el rigor de la ley, y convinieron en que la entrevista se celebrara en el comedor, que tenía una puerta de cristales contigua a la habitación en que estaban los comisarios; la puerta debía cerrarse después de entrar el rey y su familia, pero los comisarios podrían ver a los presos al través de los cristales. De este modo si las actitudes, los gestos y las lágrimas eran profanadas por las miradas extrañas, al menos las palabras no podrían ser oídas. El rey, poco antes del momento en que las princesas debían bajar, dejó a su confesor en la torrecilla, temiendo que el aspecto del ministro de Dios pusiera demasiado de manifiesto la muerte a los ojos de la reina; pasó al comedor para preparar los asientos y el espacio necesario para la última entrevista.

—Traed agua y un vaso — dijo a su criado.

Había sobre la mesa una botella con agua helada, y Clery se la mostró.

—Traed agua que no esté helada, porque, si la reina bebiera, podría hacerle daño.

Al fin se abrió la puerta, y la reina, llevando de la mano al Delfín, precipitóse en los brazos del rey, e hizo un rápido movimiento como para arrastrarlo a su habitación y substraerlo a la vista de los carceleros.

—No, no — dijo el rey con voz sorda, sosteniendo a su esposa sobre el corazón y dirigiéndola hacia la sala—; sólo puedo veros aquí.

Madama Isabel seguía con la princesa real, y Clery cerró la puerta apenas entraron. El rey hizo que la reina se sentara en una silla a la derecha, su hermana en otra a la izquierda y él en medio. Las sillas estaban tan inmediatas, que las princesas, sólo con inclinarse, rodeaban los hombros del rey con sus bra-

zos y tenían las cabezas descansando sobre su seno. La princesa real, con la frente baja y los cabellos tendidos sobre las rodillas de su padre, estaba como prosternada sobre su cuerpo; el rey tenía al Delfín sentado sobre su muslo, con uno de los brazos pasado alrededor del cuello. Estas cinco personas, así agrupadas y estrechándose convulsivamente las unas en brazos de las otras, con los rostros ocultos sobre el pecho del rey, sólo dejaban ver un grupo de cabezas, de brazos y de miembros palpitantes y agitados por el estremecimiento del dolor y de las caricias, y de donde se escapaba en mal articuladas y comprimidas palabras, en sordo murmullo o en desgarradores gritos, la desesperación de aquellas cinco almas confundidas en una para ahogarse, despedazarse y morir en un solo abrazo.

XVI

Durante más de media hora ninguno pudo pronunciar una sola palabra; sólo se oía un lamentable murmullo en que todas las voces se confundían en un gemido común; se llamaban, se respondían, se provocaban unos a otros por sollozos que se renovaban y acrecían por intervalos en gritos tan agudos y penetrantes, que atravesaban las puertas, las ventanas y las paredes de la torre, llegando a los barrios inmediatos; por último, la extenuación de fuerzas abatió hasta aquellos síntomas de dolor, las lágrimas se secaron sobre los párpados, las cabezas se juntaron, como para suspender todas las almas de los labios, y la conversación en voz baja, interrumpida de vez en cuando por besos y abrazos, se prolongó durante dos horas, que puede decirse fueron un solo abrazo. Nadie de fuera oyó las confidencias del moribundo y de los sobrevivientes; el sepulcro y los calabozos las ahogaron en pocos meses con los corazones. Sólo la princesa real las conservó en la memoria, y las reveló más tarde; pero la política y la muerte pueden dejar traslucir las ternuras de un padre, de la conciencia de un moribundo y de las secretas intenciones de un rey. Relaciones mutuas de pensamientos después de la separación; recomendaciones repetidas de sacrificar a Dios toda venganza, si alguna vez la inconstancia de los pueblos, que es la fortuna de los reyes, pusiera a los enemigos en sus manos; arrebatos sobrenaturales del alma de Luis XVI hacia el cielo; enternecimientos repentinos y recuerdos de la tierra en presencia de aquellos seres queridos, cuyos brazos entrelazados parecían atraerlo y retenerlo en ella; una esperanza vaga, exagerada por una tierna ficción a fin de moderar el dolor de la reina; resignación de todo en manos de Dios; votos sublimes para que su vida no costara una gota de sangre al pueblo; lecciones, más cristianas que reales, dadas y repetidas al Delfín; y todo esto, interrumpido por los besos, las lágrimas, los abrazos, las oraciones en común, y despedidas más cariñosas y más secretas, pronunciadas en voz baja al oído de la reina, llenaron las dos horas que duró la trágica entrevista. Desde fuera sólo se oía un confuso murmullo de voces, y los comisarios dirigían de vez en cuando una mirada furtiva al través de los cristales, como para advertir al rey que el plazo expiraba.

Cuando, agotada la ternura en los corazones, las lágrimas en los ojos y las voces en los labios, se levantó el rey y estrechó a toda su familia a la vez en los brazos, la reina se arrojó a sus pies y le suplicó que le permitiese pasar aquella última noche a su lado. El cariño obligó a Luis XVI a negarse, porque el enternecimiento le gastaba la vida, pretextando la necesidad que tenía de algunas horas de tranquilidad para tener al día siguiente todas sus fuerzas; pero prometió llamar a su familia al otro día a las ocho.

—¿Por qué no a las siete? — preguntó la reina.

—Pues bien, sí, a las siete — respondió el rey.

—¿Nos lo prometéis?—dijeron todos.

—Os lo prometo — repuso el rey.

Al atravesar la antecámara, la reina se suspendía con ambos brazos al cuello del rey; la princesa real lo rodeaba con los suyos; Madama Isabel abrazaba por el mismo lado el cuerpo de su hermano, y el Delfín, suspendido de una mano por el rey y de otra por la reina, tropezaba

entre las piernas del padre, con el rostro levantado y los ojos fijos en él. A medida que se acercaban a la puerta de la escalera, redoblaban los sollozos. Se separaban los unos de los brazos de los otros y volvían a caer en ellos con todo el peso de su dolor. Por fin, el rey retrocedió algunos pasos y tendiendo desde allí los brazos a la reina, le gritó con un tono de voz en que resonaba a la vez todo el pasado de ternura, todo el presente de angustias y todo el porvenir de eterna separación, pero en el que se distinguían, sin embargo, tales serenidad, esperanza y alegría religiosa, que parecía revelar la cita vaga, pero confiada, en la eterna vida, para volver a reunirse:

—¡Adiós! ¡adiós!

Al oír este adiós la joven princesa, se desprendió de los brazos de Madama Isabel y cayó desvanecida y sin movimiento a los pies del rey. Clery, Madama Isabel y la reina se precipitaron a levantarla, la sostuvieron y la condujeron hacia la escalera. Durante aquel movimiento, el rey se separó con las manos sobre los ojos, y volviéndose desde el umbral de la puerta de su aposento, que estaba entreabierta, gritó por última vez:

—¡Adiós!

Su voz se estrelló contra el sollozo de su corazón y la puerta se cerró; corrió a la torrecilla, donde le esperaba el confesor. La agonía de la majestad había pasado.

XVII

El rey cayó abrumado sobre una silla, permaneciendo largo rato sin poder hablar.

—¡Ah, señor — exclamó al sacerdote Edgeworth—, qué entrevista acabo de tener! ¡por qué amo tanto!... ¡Ah! — añadió después de una pausa—; ¡por qué soy tan amado!... ¡Pero esto acaba con el tiempo — continuó con voz más varonil—; ocupémonos en la eternidad!

En aquel momento entró Clery y suplicó al rey que tomara algún alimento. Luis XVI rehusó al principio; pero, después, reflexionando que tendría necesidad de fuerzas para luchar como hombre contra los preparativos y la vista del suplicio, comió, aunque la comida no duró más que cinco minutos. El rey, en pie, sólo tomó un poco de pan y vino.

El sacerdote, que conocía la fe de Luis XVI en los santos misterios del cristianismo y que reservaba proporcionarle la última alegría de que podía disfrutar en el calabozo, le preguntó si no le serviría de consuelo verle celebrar el santo sacrificio de la misa al día siguiente antes de amanecer, y recibir de su mano al Dios que se hizo hombre para sufrir por nosotros y se transformó en alimento espiritual de las almas. El rey, privado hacía mucho tiempo de asistir a las ceremonias sagradas, se conmovió de sorpresa y alegría, al pensar en que el Dios del Calvario iba a visitarlo en el calabozo a su última hora, como amigo que sale al encuentro de otro; pero no esperaba obtener aquel favor de la dureza e impiedad de los comisarios del ayuntamiento.

El sacerdote, animado por las muestras de respeto que Garat le había dado, tuvo más confianza; bajó a la sala del consejo y pidió la autorización y los medios para celebrar el divino sacrificio en el aposento del rey: la hostia, el vino, un cáliz y las vestiduras sacerdotales. Los comisarios, indecisos, temiendo por un lado rehusar aquel consuelo a un moribundo, y, por otro, que se les acusara de *fanatismo*, si permitían las ceremonias del culto repudiado, deliberaron largo tiempo en voz baja.

—¿Quién nos responde — dijo uno de ellos al eclesiástico — que no envenenaréis al condenado con la hostia? ¿Sería la primera vez que se ha envenenado a los reyes con el pan de la vida?

El confesor quitó todo pretexto a la sospecha, rogando a los municipales que le proporcionaran ellos el vino, la hostia, el cáliz y los ornamentos del altar; y volvió a comunicar al rey esta dicha.

XVIII

Luis XVI consideró este consuelo como el primer rayo de la inmortalidad. Se recogió en sí mismo, se arrodilló, repasó ante Dios los actos, los pensamientos y las intenciones de toda su vida, y aceptó vivo, no ante la posteridad, ni ante los hombres, sino ante Dios, el juicio que los

reyes de Egipto sólo sufrían en la tumba. Este examen de conciencia y esta acusación de sí mismo, duraron hasta bien entrada la noche; pero el juicio de Dios, siempre acompañado del perdón, no es el de los hombres; el rey se levantó, si no inocente, al menos absuelto. El sacerdote, que en la confesión cristiana impone una pena voluntaria a las faltas, impuso como expiación, a su penitente, la religiosa aceptación de la muerte que iba a sufrir, y el sacrificio de su sangre para lavar el trono de todas las faltas de su familia, y prometió al rey darle en la comunión del día siguiente el signo de reconciliación y de esperanza, el cuerpo de Cristo crucificado. El sentimiento de la purificación del alma que experimenta el cristiano después de la confesión, había calmado al rey; la atenta investigación de las debilidades de su vida le distrajo el pensamiento de la hora presente, y su reinado fué más irreprochable en su conciencia que en la historia. Creyéndose puro ante Dios, se juzgaba inocente ante los hombres, y debía creer en el perdón de la posteridad como en el de Dios.

XIX

A media noche, el sentenciado se acostó y durmió tan apaciblemente como si al día siguiente no debiera morir. El sacerdote pasó las horas rezando en la habitación de Clery, separada del aposento del rey por un tabique de tablas, y desde donde se oía la respiración acompasada y tranquila del durmiente, que atestiguaba la regularidad de los movimientos de su corazón como los de la péndola de un reloj que va a pararse. A las cinco fué necesario despertarlo.

—¿Han dado las cinco? — preguntó a Clery.

—En el reloj de la torre, todavía no — le respondió—; pero sí en otros muchos de la ciudad.

—He dormido bien — repuso el rey—. Lo necesitaba, porque el día de ayer me había fatigado.

Clery encendió luz, ayudó a vestir al rey, preparó el altar en medio del aposento y el sacerdote celebró la misa. Luis XVI, de rodillas, con un devocionario en la mano, parecía unir su alma a la significación y a las palabras de aquella ceremonia, en que el sacerdote hace la conmemoración de la última comida, de la agonía, de la muerte, de la resurrección y de la transubstanciación de Cristo, ofreciéndose como víctima a su Padre y dándose como alimento a sus hermanos. Recibió el cuerpo del Señor bajo los accidentes de pan consagrado, y se creyó fortificado contra la muerte, llevando en el corazón la prenda divina de otra vida. Después de la misa, mientras el sacerdote se despojaba de los ornamentos, el rey pasó solo a la torrecilla, donde entró Clery para pedirle de rodillas la bendición. Luis XVI se la dió, encargándole que la diese él en su nombre a todos los que le habían sido adictos, y en particular a los carceleros, que, como Turgy, se habían compadecido de él y dulcificado los rigores del cautiverio. Después, llevándolo al hueco de una ventana, le entregó furtivamente un sello que separó de su reloj, un paquetito que se sacó del pecho y el anillo de desposorio que se quitó del dedo.

—Entregaréis después de mi muerte — le dijo — este sello a mi hijo y este anillo a la reina. Decidle que lo dejo con sentimiento y para que no sea profanado con mi cuerpo... Este paquete contiene cabellos de toda mi familia; se lo entregaréis también. Decid a la reina, a mis queridos hijos y hermana, que les había prometido verlos hoy, pero que he querido evitarles el dolor de una separación tan cruel. ¡Cuánto me cuesta marchar sin recibir sus últimos besos!... — Los sollozos le impedieron continuar; pero, cuando logró reponerse, añadió—: Os encargo que les digáis adiós de mi parte.

Clery se retiró bañado en llanto. Un momento después el rey salió de su gabinete y pidió unas tijeras para que el criado le cortase el cabello, única herencia que podía dejar a su familia, y hasta esta gracia se le negó. Clery solicitó de los municipales el favor de que le permitieran acompañar a su amo para desnudarlo en el patíbulo, a fin de que la mano de un criado piadoso reemplazara a la afrentosa mano del verdugo.

—El verdugo basta para eso — respondió uno de los comisarios.

El rey volvió a retirarse.

XX

El confesor entró en la torrecilla y lo encontró calentándose junto a la estufa, y pensando, al parecer con triste alegría, en el próximo término de sus tribulaciones.

—¡Dios mío!—exclamó el rey—, ¡qué dichoso soy por haber conservado la fe sobre el trono! ¿dónde estaría hoy sin esta esperanza? Sí: existe en el Cielo un juez incorruptible que sabrá dispensarme la justicia que los hombres me niegan en la tierra.

Empezaba a amanecer y la luz del nuevo día penetraba en la torre al través de las barras de hierro. Se oía distintamente el ruido de los tambores que tocaban llamada en todos los cuarteles a los ciudadanos armados; los pasos de los caballos de la gendarmería, y el estruendo de las ruedas de los cañones y de las cajas de municiones que variaban de sitio en los patios del Temple. El rey oyó todo aquello con indiferencia, y explicaba las diferentes clases de ruido al confesor.

—Eso es probablemente la guardia nacional, que empieza a reunirse — dijo al oír la primera llamada.

Algunos momentos después oyéronse las herraduras de muchos caballos en el empedrado al pie de la torre, y las voces de los oficiales que formaban las tropas en orden de batalla.

—Ya se acercan — dijo interrumpiendo y volviendo a seguir la conversación.

Estaba sin impaciencia y sin temor, como quien llega primero a una cita donde le hacen aguardar. Esperó mucho tiempo. Por espacio de dos horas llamaban con varios pretextos a la puerta de su aposento, y cada vez creía el confesor que era la última. El rey se levantaba sin turbación, iba a abrir, contestaba y volvía a tomar asiento.

A las nueve resonaron en la escalera pasos tumultuosos y las puertas se abrieron con estrépito; se presentó Santerre acompañado de doce municipales y a la cabeza de diez gendarmes, que colocó en el gabinete formando dos filas. El rey, al oír aquel bullicio, entreabrió la puerta, y preguntó a Santerre con voz firme:

—¿Venís a buscarme? Esperadme allí un instante — y señaló con el dedo la entrada de su cuarto, cerró la puerta y volvió a ponerse de rodillas a los pies del confesor—. Todo está consumado, padre mío — le dijo—. Dadme la última bendición y rogad a Dios que me sostenga hasta el fin.

Se levantó, abrió la puerta, marchó con frente serena y la majestad de la muerte en el aspecto y el rostro, y se colocó entre la doble fila de gendarmes. Llevaba en la mano un papel doblado que era el testamento, y, dirigiéndose a un municipal que estaba frente a él, le dijo:

—¡Os ruego que entreguéis este papel a la reina!!!

Un movimiento de admiración que advirtió en los rostros republicanos, le hizo comprender que había cometido un error, y lo enmendó, diciendo:

—A mi esposa.

El municipal retrocedió y contestó toscamente:

—Eso no es incumbencia mía; sólo estoy aquí para conduciros al cadalso.

Este municipal era Jacobo Roux, sacerdote que había abandonado su ministerio y sus sentimientos caritativos al dejar el traje.

—Es verdad — repuso el rey en voz baja, profundamente contristado.

Luego, mirando los rostros y volviéndose hacia aquel cuya expresión más dulce le revelaba un corazón menos implacable, se acercó al municipal Gobeau y le dijo:

—Os ruego que entreguéis este papel a mi esposa; podéis leerlo, hay en él disposiciones que la corporación municipal debe conocer.

El municipal, con asentimiento de sus colegas, recibió el testamento.

Temiendo Clery, como el ayuda de cámara de Carlos I, que el frío hiciera parecer que Luis XVI temblaba ante el cadalso, le presentó su capa, y el rey le dijo:

—No, no la necesito, dadme sólo mi sombrero

Al recibirlo, cogió la mano a su fiel servidor y la estrechó con fuerza en señal de inteligencia y despedida; luego, volviéndose hacia Santerre y mirándole cara a cara, con gesto de resolución y tono de mando, dijo:

—Marchemos.

Parecía que Santerre y la tropa le seguían más bien que le escoltaban. El rey bajó con paso firme la escalera de la torre, y viendo en el vestíbulo al portero llamado Mathey, que le había faltado al respeto el día antes y a quien había reprendido con irritación su insolencia, se adelantó hacia él y le dijo:

—He sido ayer un poco vivo con vos; perdonadme en un momento como éste.

Mathey, en vez de responderle, volvió la cabeza y se retiró, como si el contacto del moribundo hubiera sido contagioso.

Al atravesar a pie el primer patio, el rey se volvió dos veces hacia la torre y levantó la vista en dirección a las ventanas de la reina; en esta mirada iba toda su alma a llevar un mudo adiós a cuanto dejaba de sí mismo en la prisión. Un coche lo esperaba a la entrada del segundo patio, y de los dos gendarmes que estaban en la portezuela, uno subió primero y se sentó al vidrio; el rey entró después e hizo colocar a su confesor a la izquierda; el segundo gendarme entró el último y cerró. El coche se puso en marcha.

Delante de los caballos batían marcha sesenta tambores, y a los lados y detrás del coche iba un ejército compuesto de guardias nacionales, de federados, de tropas de línea, de caballería, de gendarmes y de artillería. El vecindario de París estaba encerrado en sus casas, pues por un bando de la corporación municipal se había prohibido a los ciudadanos que no formaran parte de la milicia armada, atravesar las calles que desembocan en los bulevares o asomarse a las ventanas, desde donde pudiera verse el acompañamiento; hasta se habían hecho evacuar los mercados.

El cielo obscuro, nebuloso y helado, sólo dejaba ver a muy poca distancia los bosques de picas y de bayonetas, colocadas como barreras inmóviles desde la plaza de la Bastilla hasta el pie del cadalso, en la de la Revolución. De trecho en trecho, aquella doble muralla de acero estaba reforzada por destacamentos de infantería, llegados del campamento inmediato a París, con la mochila a la espalda y las armas cargadas como en día de batalla. Los cañones preparados, cargados con metralla y con las mechas encendidas, enfilaban las principales embocaduras de las calles en todo el trayecto que tenía que recorrer la fúnebre comitiva.

El silencio en la ciudad era tan profundo como el terror; nadie se atrevía a formular su pensamiento, y hasta los rostros permanecían impasibles bajo las miradas del delator; notábase algo de maquinal en aquella multitud. Pudiera decirse que París había abdicado el alma, para estar más dispuesto a temblar y obedecer.

El rey, en el fondo del coche, apenas se veía, oculto entre las bayonetas y los sables desnudos de la escolta. Vestía casaca obscura, calzones de seda negra, chaleco y medias blancas, y llevaba los cabellos recogidos bajo el sombrero. El ruido de los tambores, de los cañones, de los caballos y la presencia de los gendarmes, le impedían hablar con su confesor, a quien sólo dijo que le prestara el breviario, y buscó con el dedo y la vista los salmos cuyos gemidos y esperanzas eran adecuados a su situación. Los cánticos sagrados, tartamudeados por sus labios, resonándole en el alma, le evitaban el ruido y la vista del pueblo durante aquel doloroso tránsito de la prisión a la muerte: el sacerdote oraba a su lado. Los gendarmes colocados en frente, reflejaban en sus rostros el asombro y la admiración que les inspiraba el piadoso recogimiento del rey. La multitud acumulada a la entrada de la calle del Temple prorrumpió en gritos pidiendo gracia al ver salir el coche; pero aquellos gritos no tuvieron eco en el tumulto y en la compresión general de los sentimientos públicos, aunque tampoco se lanzó ninguna injuria ni imprecación. Si se hubiera preguntado, uno por uno, a los doscientos mil ciudadanos, autores o espectadores de aquellos funerales: ¿es necesario que este hombre, solo contra todos, muera?, quizá nadie habría contestado afirmativamente. Pero las cosas estaban combinadas de tal suerte por la desgracia y la severidad de la época, que todos juntos cumplían sin vacilar lo que ninguno aisladamente hubiera querido cumplir. La multitud, por la presión mutua que ejercía sobre sí misma, no podía

ceder a su enternecimiento y a su horror; semejante a la bóveda, cuyas piedras aisladas tienden a flaquear y caer, permaneciendo todas suspensas por la resistencia que la presión opone a su caída.

XXI

En la confluencia de las numerosas calles que salían al Bulevar, entre las puertas de San Dionisio y San Martín, sitio donde se ensanchaba el tránsito y una pendiente rápida hacía acortar el paso a los caballos, una repentina ondulación obligó a interrumpir un momento la marcha. Siete u ocho jóvenes, desembocando de la calle Beauregard y rompiendo por medio de la multitud, se precipitaron hacia el coche, sable en mano y gritando:

—A nosotros los que quieran salvar al rey.

Entre aquellos jóvenes estaba el barón de Batz, aventurero de conspiraciones, y su secretario Devaux. Tres mil jóvenes, afiliados secretamente y armados para este golpe de mano, debían responder a aquella señal e intentar después un levantamiento en París, apoyados por Dumouriez. Ocultos en la capital aquellos intrépidos conspiradores, al advertir que nadie los seguía, se abrieron paso, favorecidos por la sorpresa y la confusión al través de las filas de la guardia nacional, y se perdieron en las calles vecinas. Un destacamento de gendarmería los persiguió y alcanzó a algunos, que pagaron su intentona con la vida.

La comitiva, detenida un momento, reanudó la marcha en medio del silencio y de la inmovilidad del pueblo, hasta la embocadura de la calle Real junto a la plaza de la Revolución. Allí, un rayo de sol de invierno que rasgó la niebla, dejó ver la plaza ocupada por cien mil personas; los regimientos de la guarnición de París formaban el cuadro en torno del cadalso, los ejecutores esperaban a la víctima, y el instrumento del suplicio sobresalía por encima del gentío, amenazando con sus maderos y sus vigas pintados de color de sangre. Este suplicio era la guillotina, máquina inventada en Italia e importada en Francia por un famoso médico de la Asamblea constituyente, llamado Guillotín, que había substituído a los suplicios atroces e infamantes que la Revolución había querido abolir. Tenía, además, según creían los legisladores de la Asamblea constituyente, la ventaja de no hacer derramar la sangre por la mano y bajo el golpe con frecuencia poco seguro del verdugo, pues con ella se ejecutaba la muerte por un instrumento sin alma, insensible como la madera e infalible como el hierro. A la señal del ejecutor, el hacha caía por sí sola, y esta hacha, cuyo peso estaba centuplicado por pesas reunidas bajo el patíbulo, se deslizaba entre dos muescas, con movimiento a la vez horizontal y perpendicular, como el de la sierra, y separaba la cabeza del cuerpo por el peso de la caída con la rapidez del relámpago. Esta máquina era la supresión del dolor y del tiempo en la sensación de la muerte. Aquel día la guillotina estaba levantada en medio de la plaza de la Revolución, delante de la gran calle de árboles del jardín de las Tullerías, en frente, y como por sarcasmo, del palacio de los reyes, casi en el mismo sitio en que la fuente de surtidores, la más próxima al Sena, parece hoy estar lavando eternamente el pavimento.

Desde el amanecer, las cercanías del cadalso, el puente de Luis XVI, los terraplenes de las Tullerías, los pretiles del río, los tejados de las casas de la calle Real, y hasta las ramas sin hojas de los árboles de los Campos Elíseos, estaban ocupados por un innumerable gentío que esperaba el acontecimiento en la agitación, en el tumulto y en el ruido de una colmena humana, como si no creyera que un rey podía ser ejecutado, antes de haberlo visto con sus propios ojos. Las cercanías del cadalso habían sido invadidas, gracias al favor de la corporación municipal y a la connivencia de los comandantes de las tropas, por los sanguinarios franciscanos, jacobinos y los asesinos de septiembre, incapaces de vacilaciones ni de piedad. Colocándose en torno del cadalso, como testigos de la República, querían que el suplicio fuera consumado y aplaudido. Al acercarse el coche del rey, una inmovilidad solemne sorprendió de pronto a la multitud. El coche se de-

tuvo a algunos pasos del cadalso; se había tardado dos horas en recorrer el trayecto.

XXII

Al advertir el rey que el coche se había detenido, levantó la vista que tenía fija en el libro, y como quien interrumpe la lectura por un momento, se inclinó al oído de su confesor para preguntarle en voz baja:

—¿Hemos llegado?

El sacerdote le respondió con un gesto. Uno de los tres hermanos Sansón, verdugos de París, abrió la portezuela y bajaron los gendarmes; pero el rey, volviendo a cerrar y colocando su mano derecha sobre la rodilla del confesor, como para protegerlo, dijo autoritariamente a los verdugos, a los gendarmes y a los oficiales que se agolpaban junto a las ruedas:

—Señores, os recomiendo este sacerdote; cuidad de que después de mi muerte no se le dirija ningún insulto; os encargo que veléis por él.

Nadie respondió. El rey quiso repetir con más fuerza esta recomendación a los ejecutores, y uno de ellos le interrumpió diciéndole con acento siniestro:

—Sí, sí, nosotros cuidaremos de él; dejadnos obrar.

Luis XVI se apeó; tres criados del verdugo lo rodearon con el propósito de desnudarlo al pie del cadalso; pero el rey los rechazó con majestad, se quitó él mismo la casaca y la corbata y bajó la camisa hasta la cintura. Los ejecutores se arrojaron de nuevo sobre él:

—¿Qué queréis hacer? — les preguntó indignado.

—Ataros — le respondieron, y ya le habían cogido las manos para sujetarlas.

—¡Atarme! — replicó el rey con acento en que toda la gloria de su sangre se sublevaba contra la ignominia—. ¡No, no, nunca lo consentiré! Cumplid con vuestra obligación, pero no me ataréis, renunciad a ello.

Los ejecutores insistían, alzaban la voz, pedían ayuda, levantaban la mano, y se disponían a la violencia; la lucha cuerpo a cuerpo iba a manchar a la víctima al pie del cadalso. El rey, respetando la dignidad de la muerte y la tranquilidad de su último pensamiento, miró al sacerdote, como para pedirle consejo.

—Señor — le dijo el consejero divino—, sufrid sin resistencia este nuevo ultraje como el último rasgo de semejanza entre vos y el Dios ante quien vais a comparecer.

El rey levantó los ojos al cielo con expresión que parecía reconvenir y aceptar a la vez.

—Seguramente — dijo—, no se necesita nada menos que el ejemplo de Dios para someterme a semejante afrenta.

Luego, volviéndose y tendiendo las manos hacia los ejecutores, les dijo:

—Haced lo que os plazca; apuraré el cáliz hasta las heces.

Sostenido por el brazo del sacerdote subió los altos y resbaladizos escalones del cadalso. El peso de su cuerpo parecía indicar la debilidad de su alma; pero, al llegar al último escalón, se separó de su confesor, atravesó con paso firme el cadalso, miró al pasar el instrumento y el hacha, y volviéndose de repente a la izquierda frente a su palacio, y al lado en que la mayor masa del pueblo podía verle y oírle, hizo a los tambores la señal de silencio, y los tambores obedecieron maquinalmente.

—Pueblo — dijo Luis XVI con voz que resonó en el silencio y que se oyó distintamente en el extremo opuesto de la plaza—, ¡pueblo, muero inocente de todos los crímenes que se me imputan: perdono a los autores de mi muerte, y ruego a Dios que la sangre que vais a derramar no caiga nunca sobre Francia!...

Iba a continuar, pero un estremecimiento se apoderó de la multitud. El jefe de estado mayor de las tropas del campamento inmediato a París, Beaufranchet, conde de Oyat, hijo de Luis XV y de una favorita llamada Morfisa, mandó tocar a los tambores, y un redoble inmenso y prolongado cubrió la voz del rey y el murmullo de la multitud. El condenado volvió solo y a pasos lentos hacia la guillotina y se entregó a los ejecutores. En el momento en que se le unía a la tabla, miró al sacerdote que oraba de rodillas al pie del cadalso, conservando su entereza de alma hasta el

momento en que dejó de existir. La tabla se inclinó, descendió el hacha y rodó la cabeza de Luis XVI.

Uno de los verdugos agarró por los cabellos la sangrienta cabeza, y la mostró al pueblo, rociando con sangre las inmediaciones del patíbulo. Los federados y republicanos fanáticos subieron al tablado, tiñeron las puntas de sus sables y los hierros de sus picas en la sangre de la víctima, y las blandieron en el aire gritando: «¡Viva la República!»

El horror de aquel acto de salvajismo ahogó el mismo grito en los labios del pueblo, y la aclamación pareció un inmenso sollozo. Las salvas de artillería notificaron a los más lejanos arrabales que la majestad había sido sacrificada con el rey. La multitud fué retirándose silenciosa. Se llevaron los restos de Luis XVI al cementerio de la Magdalena en un carro cubierto, y se echó cal en la sepultura para que los huesos consumidos de la víctima de la Revolución no pudieran ser un día reliquias del realismo. Las calles quedaron vacías; algunas bandas de federados armados recorrieron los barrios de París, anunciando la muerte del tirano y cantando la Marsellesa; pero no consiguieron despertar el menor entusiasmo; la ciudad quedó muda, porque el pueblo no confundía el suplicio con la victoria. La consternación había vuelto a entrar con la libertad en la residencia de los ciudadanos. Todavía no se había enfriado el cadáver del rey sobre el cadalso, cuando el pueblo dudaba ya del acto que acababa de cometer y con curiosidad próxima al remordimiento se preguntaba si la sangre que acababa de derramar era una mancha sobre la gloria de Francia o el sello de la libertad. La conciencia de los republicanos se turbó ante el suplicio, y la muerte del rey dejó un problema que resolver a la nación.

XXIII

Han pasado cincuenta y tres años y el problema agita aún la conciencia del género humano, pues hasta la historia está dividida en dos partidos: calificándose de crimen o de estoicismo, según el punto de vista en que se coloca para considerarlo, siendo para unos un parricidio y, para otros, un acto de injusticia que la libertad se hizo heroicamente a sí misma; un acto político, que escribió con la sangre de un rey los derechos del pueblo, que debía hacer para siempre irreconciliables el trono y Francia, y que, no dejando a ésta, comprometida, en otra alternativa que sufrir la venganza de los déspotas o vencerlos, condenaba a la nación a la victoria por la enormidad del ultraje y por la imposibilidad del perdón.

Nosotros, que debemos justicia y piedad a la víctima, pero que también debemos justicia a los jueces, nos preguntamos, al concluir este triste relato, ¿qué es lo que se debe acusar, qué es lo que se debe absolver, el rey, los jueces, la nación o el destino? Y, si se puede ser imparcial, cuando se está enternecido, planteamos en estos términos la temible cuestión que hace vacilar a la historia, dudar a la justicia, y temblar a la humanidad. ¿Tenía la nación derecho a juzgar como tribunal legal y regular a Luis XVI? No; porque para ser juez es necesario ser imparcial y desinteresado, y la nación no era una ni otra cosa. En el combate terrible pero inevitable, que se daban bajo el nombre de Revolución el trono y la libertad, para la emancipación o la servidumbre de los ciudadanos, Luis XVI personificaba el trono, y la nación la libertad; no era culpa suya, sino de la naturaleza, y las tentativas de transacción eran vanas, luchando las naturalezas a despecho de las voluntades. Entre los dos adversarios, el rey y el pueblo que, por instinto, uno debía querer retener y otro arrancar los derechos a la nación, no había más tribunal que el combate, ni más juez que la victoria. No pretendemos decir con esto, que la causa no tuviera una moralidad superior a los dos partidos; pero la justicia no sucumbe jamás en el eclipse de las leyes y en la ruina de los imperios, aunque no tenga tribunal donde poder citar legalmente a sus acusados; es la justicia del Estado, la justicia que no tiene jueces instituídos, ni leyes escritas, y que pronuncia sus fallos en las conciencias y cuyo código es la equidad. Luis XVI no podía ser juzgado en política y en equidad más que por un proceso de Estado. ¿Tenía la nación derecho a juzgarlo así?

Esto equivale a preguntar si tenía derecho a combatirlo y a vencerlo; o, en otros términos, equivale a preguntar si el despotismo es inviolable, si la libertad es un motín, si sólo hay justicia en la tierra para los reyes, y si los pueblos no tienen más derecho que el de servir y obedecer. Sólo la duda es una impiedad contra los pueblos.

Teniendo la inalienable soberanía que reside en la razón, en el derecho y en la voluntad de cada uno de los ciudadanos cuyo conjunto constituye el pueblo, tenía ciertamente la facultad de modificar la forma exterior de la citada soberanía, la de nivelar la aristocracia, la de despojar la iglesia y la de rebajar y hasta suprimir el trono para reinar por medio de su propia magistratura. Luego, puesto que la nación tenía el derecho de combatir y de emanciparse, tenía también el de vigilar y consolidar los resultados de su victoria. Por lo tanto, si Luis XVI, rey demasiado recientemente desposeído del poder supremo, rey a quien toda restitución de poder al pueblo debía parecer destitución, rey mal satisfecho con la parte de reino que le quedaba, y que aspiraba a reconquistar la otra, rey importunado de un lado por una asamblea usurpadora, y del otro por una reina inquieta, por la nobleza humillada, por el clero que hacía intervenir el cielo en su causa, por la emigración implacable, por sus hermanos, que recorrían en nombre de él toda Europa para buscar enemigos a la Revolución; si Luis XVI rey, parecía a la nación una conspiración viva contra la libertad, si la nación sospechaba que sentía demasiado el poder supremo, que hacía tropezar voluntariamente la nueva constitución para aprovecharse de la caída, que conducía la libertad a alguna celada, que se alegraba de la anarquía, que desarmaba a la patria, a la que en secreto deseaba reveses, y mantenía correspondencia con los enemigos, la nación tenía derecho a citarle hasta sobre el trono, hacerle bajar de él, llamarle a la barra, y deponerlo para salvarse. Si la nación no hubiera tenido este derecho, el de vender impunemente a los pueblos habría sido en la nueva constitución una de las prerrogativas de los reyes.

XXIV

Ninguna ley escrita podía ser aplicada al rey, y, siendo jueces los enemigos, el juicio no podía ser legal, sino una gran medida de Estado, cuyos motivos únicamente la equidad debía debatir y apreciar con su fallo. ¿Qué decía la equidad y qué pena podía imponer si el vencedor tiene el derecho de aplicar una pena al vencido?

Luis XVI, arrojado del trono, desarmado y preso, culpable quizá de hecho, ¿era culpable moralmente, teniendo en cuenta la violencia moral y física de su deplorable situación? ¿Era un tirano? No: ¿un opresor del pueblo? No: ¿un fautor de la aristocracia? No: ¿un enemigo de la libertad? Tampoco. Todo su reinado protestaba, desde su advenimiento al trono, de la tendencia filosófica de su espíritu y de los instintos populares de su corazón, de que deseaba guarecer la monarquía contra las tendencias del despotismo; de que colocaría las leyes sobre el trono, de que pediría consejos a la nación, y de que haría reinar, por él y en él, los derechos y los intereses del pueblo. Príncipe revolucionario, él mismo había llamado la Revolución en su socorro; había querido darle mucho y la Revolución quiso arrancarle más, de donde resultó la lucha.

Y, sin embargo, nada había políticamente irreprensible por parte del rey en esta lucha. La incoherencia y el arrepentimiento de las medidas revelaban debilidad, y con frecuencia habían servido de pretexto a las violencias y a los atentados del pueblo. Así es que Luis XVI había convocado los Estados generales, y, queriendo demasiado tarde limitar el derecho de deliberación, fué violentado por la insurrección moral del juramento del Juego de pelota. Quiso intimidar a la Asamblea constituyente congregando tropas en Versalles, y el pueblo de París había tomado la Bastilla y sobornado a los guardias franceses. Había pensado en alejar a la Asamblea nacional de la capital, y el populacho de París fué a Versalles, forzó el palacio, degolló los guardias y aprisionó a la familia real

en las Tullerías. Había intentado fugarse, y la nación lo volvió a traer encadenado al trono y le impuso la Constitución de 1791. Había entrado en negociaciones con la emigración y los reyes extranjeros, y el populacho de París provocó el 20 de junio. Se negó a sancionar las leyes dictadas por la voluntad del pueblo, y los girondinos, unidos a los jacobinos, ocasionaron el 10 de agosto. Según el espíritu con que se consideraban las vicisitudes de su reinado desde el principio de la Revolución, había razones para acusarlo y para compadecerlo. No era completamente inocente, ni absolutamente culpable: ¡era desgraciado! Si el pueblo podía echarle en cara debilidades y disimulos, él también podía reprochar al pueblo violencias y crueldades. La acción y la reacción, el golpe y el rechazo, se habían sucedido por una y otra parte con tanta rapidez como en una batalla, y era difícil decir quién había herido el primero. Las faltas eran recíprocas, las sospechas mutuas y los peligros iguales. ¿Quién tenía, por consiguiente, derecho a condenar al otro y decirle con justicia e imparcialidad: «Tú morirás»? Ninguno. El rey no podía, caso de vencer, juzgar al pueblo, ni éste podía tampoco juzgar legalmente al rey: no había quien pudiera ser castigado; había un vencido y nada más. El proceso legal era una hipocresía de justicia, sólo el hacha era lógica y Robespierre lo había dicho; pero el hacha, después del combate e hiriendo a un hombre desarmado, en nombre de los enemigos, ¿qué significa en todas las lenguas? Un asesinato a sangre fría e inexcusable, puesto que no lo impone la necesidad: en resumen, una inmolación.

XXV

Deponer a Luis XVI, desterrarlo o impedirle conspirar y hacer daño, era lo que mandaban a los convencionales la salvación de la República y la seguridad de la Revolución. Inmolar a un hombre prisionero y desarmado no era más que una concesión a la cólera o al terror. Venganza aquí, cobardía allá, crueldad en todas partes; guillotinar a un vencido cinco meses después de la victoria, aunque el vencido fuera culpable y peligroso, era un acto sin piedad, y la piedad no es una palabra vacía de sentido entre los hombres, sino un instinto cuyas advertencias debe oír la fuerza para contenerse a proporción de la debilidad y la adversidad de las víctimas. Es justicia generosa del corazón humano, más previsora y más infalible que la justicia inflexible del espíritu: no hay pueblo que no haya hecho de ella una virtud. Si la falta de compasión es crimen en el despotismo, ¿por qué había de ser virtud en las repúblicas? ¿El vicio y la virtud cambian de nombre por variar de partido? ¿Están dispensados los pueblos de ser magnánimos? Sólo los enemigos osarían pretenderlo porque, dispensándolos, querrían deshonrarlos. ¡La fuerza que poseen les impone más generosidad que a los tiranos!

XXVI

La muerte del rey, ¿era necesaria como medida de salvación pública? Preguntaríamos primero si era justa, porque nada injusto puede ser necesario a las naciones. Lo que hace el derecho, la belleza y santidad de la causa de los pueblos, es la perfecta moralidad de sus actos: si abdican la justicia, ya no tienen bandera, y sólo son libertos del despotismo, que imitan los vicios de sus dueños. La vida o la muerte de Luis XVI, destronado o prisionero, no pesaba tanto como una bayoneta más o menos en la balanza de los destinos de la República. Su sangre era una declaración de guerra, más segura que su deposición; su muerte era indudablemente un pretexto para las hostilidades, en los consejos diplomáticos de las cortes enemigas de la Revolución. Príncipe gastado e impopular por cuatro años de lucha desigual con la nación, entregado veinte veces al capricho del pueblo, sin prestigio en el ejército, dotado de un carácter, cuya timidez e indecisión se habían sondeado repetidamente, rebajado de humillación en humillación y paso a paso desde el trono a la prisión; Luis XVI era el único príncipe de su estirpe a quien no le habría sido posible pensar en reinar. En el exterior estaba desacreditado por sus concesiones, y en el interior hubiera sido la prenda

paciente e inofensiva de la República, el ornamento de su triunfo y el testimonio vivo de su magnanimidad. Su muerte, por lo contrario, enajenaba de la causa francesa la parte inmensa de las poblaciones que sólo juzga los acontecimientos humanos por el corazón. La naturaleza humana es patética, y la República, olvidándolo, dió al trono la sublimidad del martirio y a la libertad el carácter de venganza. Preparó la reacción contra la causa republicana, y ganó para la causa del trono la sensibilidad, el interés y las lágrimas de no pocos pueblos. ¿Quién puede negar que el enternecimiento que produjo la suerte de Luis XVI y de la familia real haya contribuído mucho a la animadversión del trono algunos años después? Las causas perdidas experimentan mudanzas, cuyos motivos basta muchas veces buscar en la sangre de las víctimas odiosamente inmoladas por la causa contraria. El sentimiento público que despierta una iniquidad, no descansa hasta que, en cierto modo, se considera absuelto por alguna reparación brillante e inesperada. Hubo sangre de Luis XVI en todos los tratados que las potencias de Europa concertaron para recriminar y acabar con la República; hubo sangre de Luis XVI en el óleo que consagró a Napoleón, poco tiempo después de los juramentos a la libertad; hubo sangre de Luis XVI en el entusiasmo monárquico que restauró a los Borbones en el trono de Francia, y hasta hubo sangre en 1830, en la repulsa al nombre de la República, que arrojó a la nación en los brazos de otra dinastía. ¡Los republicanos son los que más deben llorar aquella sangre, porque ha perjudicado constantemente su causa, y porque les ha costado la República!

XXVII

En cuanto a los jueces, Dios solo lee en la conciencia humana; la historia no puede leer más que en la conciencia de los partidos; únicamente la intención hace el crimen o explica semejantes actos. Unos votaron la muerte porque tenían el convencimiento de que era necesario suprimir el testimonio vivo del trono, aboliendo la majestad; otros por lanzar un reto a los reyes de Europa, que no los creerían, según ellos, bastante republicanos mientras no ajusticiasen al rey; éstos, para dar a los pueblos una señal y un ejemplo, que les comunicaran la audacia para sacudir la superstición de los reyes; aquéllos, por la firme persuasión de las traiciones de Luis XVI, que la prensa y las tribunas de los clubs les denunciaban, desde el principio de la revolución, como conspirador; algunos, por impaciencia de los peligros de la patria; otros, como los girondinos, con sentimiento y por rivalidad de ambición para dar la prenda más irrecusable a la república; varios, por la debilidad que arrastra tras sí a los tímidos en la corriente de las asambleas públicas; no pocos, por la cobardía que sorprende de repente el corazón y que hace abandonar la vida ajena, como se abandona la propia; y, por último, la mayoría, votó la muerte, con reflexión, por fanatismo estoico, que no se hacía ilusión, ni respecto a la insuficiencia de los crímenes, ni sobre la irregularidad de las formas, ni acerca de la crueldad de la pena, ni siquiera pensando que la posteridad había de pedirles cuenta, pero creyendo que la libertad era bastante santa para justificar lo que faltaba a la justicia del voto, y bastante implacable para inmolarle la piedad.

XXVIII

Todos se equivocaron; pero la historia, aun acusándolos, no puede desconocer, en medio de las consecuencias políticas, contrarias a la equidad, crueles para el sentimiento y fatales a la libertad, del suplicio de Luis XVI, que aquel cadalso fué levantado por un poder, el poder de los partidos desesperados y de las resoluciones irremediables. El suplicio expuso a Francia a la venganza de los tronos, y de este modo dió a la República la fuerza convulsiva de las naciones, que no es otra que la fuerza de la desesperación. Europa lo entendió y Francia respondió. Cesaron las transacciones, la indecisión y las negociaciones, y la muerte, teniendo el hacha regicida en una mano y la bandera tricolor en la

otra, fué elegida como único juez entre la monarquía y la República, entre la esclavitud y la libertad, entre lo pasado y lo porvenir de las naciones.

LIBRO XXXVI

Impresión producida por la muerte de Luis XVI.—Lepelletier de Saint-Fargeau.—Gabinetes de Europa.—Custine.—Inglaterra.—Pitt.—Fox.—El señor de Talleyrand.—Coalición en el extranjero.—Reclutamientos.—El ejército.—Pache, ministro de la guerra.—Dumouriez en Bélgica.—Las señoritas Fernig.—Jemmapes.—El duque de Chartres.—Dumouriez vencedor.

I

Las grandes catástrofes de la humanidad tienen ecos en la imaginación pública, que sienten con más fuerza algunos hombres dotados, por decirlo así, de la facultad de reasumir la impresión de todos los demás y de llevar hasta el delirio, y en ocasiones hasta el crimen, la exaltación que aquéllas les inspiran. La muerte de Luis XVI, el asombro, la profanación y el dolor produjeron esta conmoción en las almas de toda la nación. Los que no participaban del estoicismo de los jueces, sobrecogiéronse de terror y consternación, temiendo que tan gran sacrilegio concitara contra Francia el rencor de toda Europa y la venganza con que el Cielo hace derramar, a cambio de la sangre de un justo, la sangre del pueblo que la provoca. Algunos murieron de dolor al saber que se había consumado el suplicio, y otros se volvieron locos; mujeres hubo que se precipitaron del tejado de su casa a la calle y de los puentes de París en el Sena. Hermanas, hijas, esposas y madres de convencionales, prorrumpieron en reconvenciones contra sus maridos y sus hijos. No se había ejecutado aún el suplicio, cuando el decreto de muerte de Luis XVI era vengado con la sangre de uno de los jueces que habían dictado la sentencia.

Miguel Lepelletier de Saint-Fargeau, de antigua familia de la alta magistratura y poseedor de una fortuna inmensa en el departamento del Yonne, hombre más ambicioso que genial, había desde el principio defendido el poder del rey en los Estados generales. Después de la Asamblea constituyente, preveyendo la ruina de la monarquía, se retiró a sus posesiones y se pasó al partido del pueblo, afectando el celo y las complacencias de quien tiene mucho que hacerse perdonar. Habiendo llegado a ser el centro de las agitaciones de su departamento, el alma de los clubs, y el instigador de los movimientos populares, fué nombrado miembro de la Convención nacional en Sens. El arzobispo de Sens, Lomenie de Brienne, antiguo ministro de Luis XVI, tránsfuga brillante de la Iglesia a la filosofía, había asistido, vestido de seglar y con gorro encarnado, a la elección de Miguel Lepelletier. El clero y la aristocracia acababan de abdicar, con los pies en la sangre, en manos del pueblo. El arzobispo de Sens, previendo las terribles mudanzas de una popularidad que exigía tales sacrificios, llevaba consigo un veneno preparado por Cabanís y enviado por Condorcet, del que debía servirse algunos meses después. Lepelletier de Saint-Fargeau presentía el puñal de un realista. Uno y otro eran próximos mártires de la nueva causa; el uno por sus propias manos y el otro por manos ajenas.

Más importante por su nacimiento y por sus riquezas que por sus discursos, Lepelletier de Saint-Fargeau tenía en la Convención y en el club de los jacobinos la influencia que los nombres que se acostumbra respetar, ejercen durante algún tiempo en los partidos de donde proceden. Presidía a veces las sesiones del club de los jacobinos, y no tenía más voluntad que la de Robespierre. Nadie sabe mejor adular a los dueños del pueblo que un aristócrata instruído en la adulación de las cortes. Visitaba mucho al duque de Orleáns y proyectaba, dicen, el matrimonio de su hija única con el primogénito de aquél. La cuantía de la dote debía compensar la desigualdad de nombres, y la conformidad de los principios revolucionarios podía borrar la distancia del rango. Su fortuna y su influencia en los departamentos de la Borgoña, agrupaban en torno suyo diez o doce miembros de la Convención que esperaban oír su voto, para seguirle. Estos doce votos, de que disponía Saint-Fargeau, constituían una diferencia de vein-

ticuatro en el proceso del rey. Por la indecisión y la balanza de los sufragios, la responsabilidad de la vida o de la muerte de Luis XVI, podía caer sobre Lepelletier. Los realistas lo sabían y habían hecho misteriosas solicitaciones a Saint-Fargeau, que había prometido ser clemente. Los jacobinos, enterados de estas negociaciones, habían exigido que los desmintiese con un acto que comprometiera su cabeza, y Saint-Fargeau había prometido ser inflexible, y, efectivamente, cumplió su palabra y votó la muerte. Los realistas habían rechazado dos veces este voto. El regicidio era, además, una traición en su concepto.

II

Entre los realistas figuraba un joven apellidado París, hijo de un empleado en la administración de los bienes del conde de Artois. París había entrado en la guardia constitucional de Luis XVI, cuando los sentimientos monárquicos habían reunido en este cuerpo a todos los defensores que quedaban al rey, los cuales no habían salido de la capital, espiando las ocasiones de sacrificarse por su causa. Audaz por la actitud, intrépido de corazón y de mano hábil, presentábase armado en los lugares públicos, animaba a los realistas, hacía frente a los jacobinos, reprendía al pueblo, amotinaba a las mujeres y conseguía escapar siempre al odio de los revolucionarios por la fuerza de su sable o por el secreto de su asilo. Este joven era uno de los que debían atacar la escolta del rey cuando lo condujeran al suplicio, y de los que tramaban un levantamiento para forzar las puertas del Temple. Habían éstos creído hasta el último momento que la Convención no llevaría a cabo el regicidio; y cuando se enteraron del voto de muerte y de la negativa del plazo, su cólera y su dolor se exaltaron hasta la demencia. Experimentando la irresistible necesidad que algunas veces se apodera de las almas apasionadas, de protestar solas contra todo el pueblo, abrazó a su querida, joven perfumista en el Palacio Real, que le daba asilo, ocultó el sable bajo la capa y salió sin saber lo que iba a hacer, pero decidido a que fuera algo memorable.

París anduvo durante largo rato por debajo del peristilo y por los patios, esperando que la casualidad le ofreciera como víctima al duque de Orleáns; pero el azar le engañó; el príncipe no pareció, y París, acompañado de uno de sus amigos, entró en casa de un fondista del Palacio Real, llamado Fevrier. Los salones subterráneos del fondista parecían cuevas mal iluminadas por tragaluces. El aspecto de pobreza, muy común en aquellos tiempos en que la riqueza era bastante para inspirar sospechas, condujo allí aquel día al opulento Lepelletier.

Púsose a comer solo en una mesita situada en una sala obscura inmediata al sitio en que estaba París, a quien, como la fiebre le impedía comer, hablaba en voz baja con un amigo de la sentencia dictada contra Luis XVI por la Convención la víspera, del suplicio que debía ejecutarse al día siguiente y de la cobardía del pueblo. La mal contenida rabia de su alma reflejábase en el tono de su voz y de su fisonomía. Al verle los que estaban inmediatos, presentían la demencia o el crimen. Su compañero le hablaba a media voz, menos como amigo que disuade, que como cómplice que anima; dos o tres veces durante la comida se levantó París con una precipitación convulsiva; salió y volvió a entrar, como quien espía a alguno. Cuando acabó de comer, cruzó los brazos sobre el pecho, bajó la cabeza y aparentó reflexionar; sus extraviados ojos examinaban maquinalmente a los concurrentes sentados en diferentes mesas. Nombró uno a Lepelletier, y París, que no conocía de vista, ni sabía cómo había votado el representante de Sens, se acercó a él y le dijo apostrofándolo:

—¿Sois Saint-Fargeau?

—Yo soy — respondió el interpelado—; ¿qué me queréis?

—Vuestra cara es de hombre honrado; ¿no habéis votado la muerte del rey, no es verdad?

—Os equivocáis — replicó Saint-Fargeau, con tono de dolor y de firmeza — la he votado porque mi conciencia así me lo ordenaba.

—¡Has votado la muerte! ¡pues bien; toma la recompensa!

Y, al decir esto, París hizo un movi-

miento para separar el embozo de su capa y buscar el puño de su sable; Saint-Fargeau se levantó, cogió un cuchillo y extendió las manos para defenderse; pero París, más rápido que el pensamiento, desenvainó el sable, lo sepultó en el corazón de Lepelletier y huyó por un pasadizo. Saint-Fargeau fué conducido moribundo a una cama; preguntó quién era el que lo acababa de herir, y expiró algunos momentos después.

Se dijo que en la agonía había experimentado un gozo sublime, y que había pronunciado las palábras propias del martirio, palabras solemnes que fueron divulgadas por el pueblo, para añadir al culto de la víctima el horror contra el realista asesino. El sablazo de París hizo de Lepelletier un gran hombre, a quien se tributaron honras nacionales, menos como homenaje a su memoria, que como venganza de la opinión que lo había herido.

Por la noche formáronse grupos levantiscos alrededor del Palacio Real, a la puerta del fondista, en torno al ataúd en que se encerró el inanimado cuerpo de Lepelletier. Muchos oradores populares referían con elogios las circunstancias de aquella muerte, presentándola como el primer acto de una inmensa conjuración que amenazaba la vida de todos los diputados fieles al pueblo. En el Palacio Real veíanse relucir muchos sables desnudos, dispuestos a vengar a Saint-Fargeau, y en medio de la multitud, que se estremeció de furor al oír el nombre del asesino y que pedía a grandes gritos su sangre, París se paseaba con un amigo en el jardín. Uno de los realistas testigos de la muerte lo encontró y conoció, y habiéndole hecho un signo de terror y de asombro, le dijo París en voz baja:

—Mi día no ha concluído aún. Estoy buscando a alguien a quien encontraré aquí o en la Convención, para enviarlo al otro mundo.

La policía, que buscaba por todas partes al asesino, excepto en el teatro del crimen, le permitió durante toda la semana siguiente mostrarse impunemente en el Palacio Real.

Ocho días después del crimen salió de París con su amante y su hermano, niño de doce años, vistiendo el mismo traje que llevaba el día del asesinato, con el propósito de embarcarse en Dieppe para Inglaterra. La amante y el hermano lo acompañaron hasta Gisors, desde donde marchó solo a pie por caminos de travesía, hacia la pequeña villa de Forges-les-Eaux; entró en una taberna del arrabal, pidió cena y cama, y tomó asiento junto a la chimenea mientras se la preparaban en la sala común. Había allí algunos revendedores, que hablaban de los sucesos de actualidad, y París tomó parte en la conversación.

—¿Qué opinan aquí — les preguntó con aparente indiferencia — de la sentencia y del suplicio del rey?

—Se opina — le respondió uno de los revendedores — que hicieron bien en condenarle y que hubiera sido conveniente decapitar a todos los tiranos con el mismo golpe.

La indignación de París, mayor que su prudencia, se exteriorizó al oír aquella respuesta, por un movimiento involuntario.

—¡No encontraré — murmuró bastante alto para ser oído — en todas partes más que asesinos de mi rey! — y se retiró al aposento que le habían preparado, donde cenó tranquilamente.

Los hombres que lo observaban al través de los cristales, le vieron besarse muchas veces la mano derecha, como para darle gracias por la justicia que había hecho. Después de cenar pidió pluma y tinta y escribió sobre su diploma de guardia del rey algunas líneas, deslizó una pistola debajo de la almohada y se acostó.

Los revendedores y el posadero fueron a la mañana siguiente muy temprano a despertar al alcalde y a la gendarmería de Forges, y les comunicaron las sospechas que los gestos y las palabras del viajero les habían inspirado la víspera. Los municipales, con las fajas tricolores, y los gendarmes con el sable desenvainado, entraron en el aposento de París, que dormía profundamente, y lo despertaron. El miró a los gendarmes sin turbarse y les preguntó:

—¿Sois vosotros? Os esperaba.

—Mostrad vuestro pasaporte.

—No lo tengo.

—Seguidnos al Ayuntamiento.

—Os sigo.

Y, al decir esto, metió la mano debajo de la almohada, sacó la pistola y se saltó el cráneo, sin que los gendarmes pudieran evitarlo.

Encontrósele sobre el corazón el diploma de guardia del rey, en el que había escrito la víspera las siguientes palabras: «Este es mi diploma de honor; que no se moleste a nadie, porque no tuve cómplices en la dichosa muerte del malvado Saint-Fargeau. Si no lo hubiera encontrado por casualidad, habría llevado a cabo una acción más hermosa librando a Francia del parricida Orleáns. Todos los franceses son unos cobardes.»

Al tener la Convención noticia de aquel arresto y suicidio, envió a Legendre y Tallién a Forges-les-Eaux para que testificaran la identidad del cadáver. Legendre quería llevarlo a París para que fuera arrastrado por las calles, a lo que se opuso Tallién. Consultada la Convención respecto al particular, ésta no autorizó la venganza en un cadáver, que fué arrojado, como una bestia feroz, en un hoyo, en lo más espeso de un bosque de las inmediaciones del pueblo.

III

Tres días después de la muerte de Saint-Fargeau, la Convención hizo los funerales a la víctima. El genio trágico de Chenier había organizado el programa, tomando por modelo los funerales heroicos de la antigüedad. En lo más elevado de un catafalco, conducido sobre el pedestal vivo de cien federados, estaba extendido medio desnudo sobre un lecho fúnebre el cadáver de Lepelletier, uno de cuyos brazos colgaba, como implorando la venganza; la ancha herida por donde se le había escapado la vida, abríase teñida de sangre sobre el pecho; el sable del asesino había sido puesto desenvainado, sobre el cuerpo de la víctima; y los vestidos ensangrentados eran conducidos como un estandarte, en el extremo de una pica. El presidente de la Convención subió las gradas del catafalco y colocó una corona de encina con estrellas de siemprevivas sobre la cabeza del cadáver, y el acompañamiento emprendió la marcha después de un redoble de tambores cubiertos de gasa y a los acordes de una marcha fúnebre ejecutada con instrumentos con sordina, cuyos sonidos más parecían quejarse que poblar el aire. La familia de Lepelletier, vestida de luto, iba a pie detrás del cadáver. En medio de los setecientos miembros de la Convención, flotaba una bandera en la que estaban inscritas en letras de oro las últimas palabras atribuídas a Sain-Fargeau: «Muero contento derramando mi sangre por la patria. ¡Ojalá sirva para consolidar la libertad y la igualdad, y para descubrir a los enemigos del pueblo!» Un gentío inmenso iba detrás, llevando los hombres en la mano coronas de siemprevivas y las mujeres ramas de ciprés, y cantando todos himnos a la gloria del mártir de la libertad y al exterminio de los tiranos.

Cuando la comitiva llegó al panteón, estaba el templo de la revolución invadido por una gran multitud. El cadáver levantado por las oleadas del gentío, que disputaba el espacio a la Convención, estuvo a pique de rodar por las escaleras del peristilo. Félix Lepelletier, hermano de la víctima, subió al estrado, arengó al pueblo en medio del tumulto, comparó a su hermano con el mayor de los Gracos y juró imitarle. Al día siguiente Félix Lepelletier, llevando por la mano a la hija de su hermano, niña de ocho años, la presentó, vestida de luto, a la Convención. La niña, adoptada por la nación, fué proclamada «hija adoptiva» de la República.

IV

La muerte de Luis XVI produjo una división de opiniones en los departamentos: la Vendee, cuyas sublevaciones no tardaremos en referir, sacó de aquel acontecimiento la desesperación que impulsa a los pueblos a la guerra civil; el Calvados, las Cevenas y la Gironda participaron de la decisión, del entusiasmo, del patriotismo y de los arrepentimientos de sus representantes; pero la noticia de la guerra sofocó bien pronto las recriminaciones recíprocas, realizándose las profecías de Salles, de Brissot y de Vergniaud. Europa, atraída por las doctrinas de la libertad, retrocedía ante el cadalso del rey, juzgando el suplicio con la imparcialidad de la distancia. Las negocia-

ciones, tan hábilmente empezadas por Dumouriez, Brissot, Dantón y el ministro Lebrún, y tan perfectamente acogidas por Prusia, interrumpiéronse, antes de estar completamente anudadas. El hierro de la guillotina las cortó.

Examinemos el estado de estas negociaciones y la disposición de los gabinetes de Europa respecto a la Revolución francesa, en el momento en que la muerte de Luis XVI provocó la segunda coalición.

Después del combate de Valmy y de la marcha de Dumouriez a París, el ejército coligado, bajo las órdenes del rey de Prusia y del duque de Brunswick, había vuelto a repasar desordenadamente los desfiladeros del Argonne replegándose en Verdún y Longwy. Era evidente que entre los prusianos y los franceses había inteligencias; Kellermann, que quería activar la persecución, recibió dos veces de los comisionados la orden de dejar paso al enemigo.

Cada marcha del ejército francés, acomodada a la del ejército prusiano, era señalada en las entrevistas que celebraban los jefes de los cuerpos contrarios. A media legua de Verdún, en medio del campo, conferenciaron los generales Labarolliere y Galbaud con el general Kalkreuth y el duque de Brunswick. El pretexto era la restitución de Verdún, sin combate, al ejército francés. Los generales franceses tuvieron la arrogancia de una causa nacional; el alma de la Convención había pasado a los campamentos.

—¡Admirable nación! — exclamó el duque de Brunswick—. ¡Apenas se ha declarado la República, toma el lenguaje de los republicanos de la antigüedad!

Habiendo dicho Galbaud que los pueblos se pertenecían y podían escoger el gobierno que más los engrandeciera o que los defendiese mejor, el duque se excusó humildemente de los términos de su manifiesto, diciendo que eran protocolos de amenazas que se arrojaban a los pueblos para intimidarlos antes del combate, pero cuyo valor apreciaban las personas inteligentes.

—No disputo de ningún modo a la nación francesa — continuó diciendo — el derecho de arreglar sus asuntos; pero pregunto: ¿ha escogido la forma que más conviene a su carácter? Tales son la inquietud y la duda de Europa. Al venir a Francia, no tenía otro deseo que el de contribuir a restablecer el orden perturbado.

Galbaud respondió que el orden establecido por un extranjero, se llamaba servidumbre en todos los pueblos.

Se decidió esperar las órdenes del rey de Prusia respecto a la rendición de Verdún, y se sacrificó mutuamente a los emigrados, por horror a un partido y por sospecha de otro.

—Continuad ambos sirviendo bien a vuestra patria — dijo el duque de Brunswick a los dos generales al separarse de ellos — y creed que, a pesar de los términos del manifiesto, no se puede menos de apreciar a los guerreros que aseguran la independencia de su país. Verdún fué entregado, y entró el general Valence. En la altura de Longwy, los de Hesse y los austriacos que formaban parte del ejército combinado, se separaron de los prusianos y pasaron a Luxemburgo, Coblenza y los Países Bajos, amenazados por Dumouriez: la coalición quedaba disuelta de hecho y el territorio francés evacuado.

V

Esto no era suficiente. El duque de Brunswick, acampado cerca de Luxemburgo, solicitó una entrevista con el general Dillón, señalando como sitio de reunión el castillo de Dambrouge, entre Longwy y Luxemburgo, para oír las proposiciones de paz. Kellermann, autorizado por los comisionados de la Convención, acudió y encontró reunidos al duque de Brunswick, al príncipe de Hohenlohe, al príncipe de Reuss, embajador del emperador, y al marqués de Lucchesini, diplomático italiano al servicio de Prusia.

—General — dijo el duque de Brunswick a Kellermann—, os hemos citado para hablar de la paz; estableced vos mismo las bases en que ha de fundarse.

—Reconoced la República, abandonad al rey y a los emigrados, no intervengáis ni directa ni indirectamente en nuestros asuntos interiores, y la paz será muy fácil — respondió Kellermann.

—Pues bien — repuso el duque—, nosotros nos volveremos.

—Pero, ¿quién pagará los gastos de la guerra? — preguntó con arrogancia Kellermann—. Porque creo que, habiendo el emperador sido el agresor, los Países Bajos austriacos deben indemnizar a Francia.

El príncipe de Reuss, enviado del emperador, hizo un movimiento, que revelaba la admiración que le producía tanta audacia, y el duque de Brunswick, fingiendo no haberla advertido, dijo a Kellermann:

—Anunciad a la Convención que estamos dispuestos a la paz, y que puede nombrar plenipotenciarios y señalar el sitio en que han de celebrarse las conferencias.

Estas proposiciones, después de la humillación de la retirada, y tratándose de una nación que había roto las relaciones diplomáticas con toda Europa, indicaban bastante, por parte del rey de Prusia, el arrepentimiento de una demostración temeraria y el pensamiento de hacer alianza con la República. Su ministro, Haugwitz, su secretario íntimo Lombard, su amante la condesa de Lichtenau, y Lucchesini sobre todo, que influía en los consejos con toda la gracia del cortesano y toda la insinuación de la astucia, le inclinaban, de común acuerdo, al partido de las negociaciones, que son el campo de la intriga. Lucchesini, que, cada vez más influyente en Prusia, tenía el genio de la diplomacia italiana, debía buscar las ocasiones de ejercerla. Si el gabinete austriaco tiene la paciencia germánica por carácter, el maquiavelismo, transportado a Alemania por Federico, ha sido con frecuencia el genio del gabinete prusiano. Lucchesini, nacido en Toscana, educado en Berlín, acostumbrado desde la infancia a los disimulos de la diplomacia, dotado del deseo de agradar y seducir, era la persona más adecuada para intervenir entre la revolución republicana y las monarquías, y para anudar los hilos del egoísmo prusiano a todas las políticas, sin enredarse definitivamente en ninguna.

Tales negociaciones demostraban el terror que había difundido en toda Alemania la retirada del ejército combinado. Esta retirada, delante de fuerzas tan desiguales, y después de haber publicado manifiestos tan amenazadores, no podía explicarse, pareciendo más una maniobra de gabinete que una operación de guerra. Era necesario dudar del genio militar del duque de Brunswick, o de su sinceridad, y como lo primero era muy evidente, buscábanse las causas ocultas de sus agitaciones y de su lentitud, demasiado parecidas a la traición. A motivo más poderoso y más oculto aún debían obedecer las inexplicables resoluciones del duque de Brunswick. Pitt no quería la guerra y el duque había contraído matrimonio con la princesa Augusta, hermana de Jorge III, rey de Inglaterra, siendo, por lo tanto, cliente de la Gran Bretaña. Aspiraba con la pasión de padre y con la ambición de soberano, a que su hija se casara con el heredero del trono de Inglaterra. Pitt, que conocía aquella ambición de la corte de Brunswick, la aduló e hizo que el matrimonio fuera el precio de las complacencias políticas y militares a voluntad del gabinete de Londres. El duque cedió, detuvo la marcha de la guerra, oyó las proposiciones de paz, desanimó al rey de Prusia, y convirtióse en el Ulises de la coalición, que lo había nombrado con la esperanza de que fuese su Agamenón.

VI

Mientras estas sordas negociaciones desconcertaban a Austria y preparaban a Alemania para fraternizar con Francia, la temeridad feliz, pero inoportuna, de un general francés, cubrió de gloria las armas de la República, asustó a Prusia y obligó al imperio, aún indeciso, a declarar la guerra a Francia: nos referimos a la expedición de Custine.

El conde Adán Felipe de Custine era uno de los generales del antiguo ejército que habían ido a respirar a América el aire de la libertad, y que habían regresado con Lafayette, republicanos de corazón, aunque aristócratas de sangre. Casi alemán, nacido en Metz de una familia ilustre, poseedor de una inmensa fortuna, coronel de dragones a los veintiún años, discípulo del gran Federico en sus últimas guerras, fanático por la táctica prusiana, celoso de la disciplina, ha-

bía visto con satisfacción que la Revolución, dividiendo a Europa en dos campamentos, ofrecía a los militares la ocasión de igualarse a los héroes antiguos, salvando la patria. Custine, además, tenía por la causa republicana aquel entusiasmo casi místico, que el carácter alemán imprime a las opiniones. La Revolución para él era un ideal sublime, al que todas las naciones debían aspirar, siendo muy bello para Francia llevar la bandera en la punta de sus bayonetas. Su valor personal tenía a la vez la calma germánica y el ímpetu francés. El combate era su elemento, el caballo su lecho, la carga su reposo. Un día que su ayudante de campo, Baraguay-d'Hilliers, a caballo a su lado, le leía un despacho en medio del fuego, una bala atravesó el papel. El ayudante miró al general y se detuvo.

—Proseguid — dijo Custine—; la bala no puede haberse llevado más que una palabra.

Nombrado miembro de la Asamblea constituyente por la nobleza de Metz, Custine se afilió al partido del pueblo. Desde el principio de la guerra, sirvió a las órdenes de Birón en el Norte y en el Rin. Nombrado, por fin, general en jefe después del 10 de agosto, le impacientaba aquella guerra de campamentos, que proporcionaba al talento tan pocas ocasiones de lucirse y de conquistar la gloria. Creía que el movimiento era lo principal del arte militar, y que en vez de esperar la fortuna de la Revolución en las fronteras, Francia debía ir a buscarla en los territorios y ciudades de los enemigos. Nacido general como Dumouriez, adivinaba como Napoleón la guerra de la Revolución.

Birón mandaba en Alsacia cuarenta y cinco mil hombres, y esperaba, además, veinte mil voluntarios de los departamentos del Este y del Mediodía, diseminados en las llanuras del Rin. Este ejército estaba dividido en muchos pequeños campamentos a propósito para observar, pero inhábiles para maniobrar. Los austriacos y los emigrados, a las órdenes de d'Erbach, d'Estherazy y del príncipe de Condé, formaban en frente un cordón sin unidad y sin concentración, que cubría el Brisgaw sin fortificar a Maguncia, llave de Alemania.

Custine vió en seguida cómo podía penetrar en aquellas provincias; pero estaba acampado en las inmediaciones de Landau con diez y siete mil hombres. Unido en París con los jefes del partido jacobino, mientras Dumouriez se apoyaba en el de los girondinos, estaba seguro de que los clubs le perdonarían fácilmente la temeridad de una empresa que correspondiera a su impaciencia, más que las calculadas contemporizaciones de Dumouriez. No le inquietó el desconcertar de este modo las negociaciones que sostenían Kellermann y el duque de Brunswick, ni de impulsar a Prusia a una guerra desesperada cuando se disponía a concertar la paz. Pensó en un golpe brillante, en la gloria que el éxito de una invasión repentina podía proporcionarle, en la popularidad que la toma de algunas ciudades extranjeras daría a la guerra, en el terror que un golpe dado tan lejos produciría en el centro de Alemania, y en la propagación de las ideas revolucionarias que, fermentando en los electorados, era de presumir que inflamaría el primer cartucho francés.

Una imprudencia del enemigo decidió a Custine. El conde d'Erbach, que mandaba diez mil austriacos en frente del ejército francés, recibió la orden de reemplazar el ejército del príncipe de Hohenlohe, que estaba delante de Thionville. Con este movimiento, Spira, almacén de los coligados, quedaba al descubierto, sólo bajo la protección de mil austriacos y de dos mil maguncianos mandados por el coronel Winkelmann. Custine atacó a Spira, que Winkelmann, con sus tres mil hombres, se esforzó en vano por defender. La artillería de Custine anonadó a aquellos defensores sin murallas, que, derrotados, corrieron hacia el Rin, donde Winkelmann había preparado embarcaciones para pasar el río. Los barqueros, asustados con el cañoneo, habían abandonado las barcas y huído. Acosados por los franceses y sin poder pasar el río, fueron hechos prisioneros Winkelmann y sus tres mil hombres, siendo ésta la victoria más hermosa que la guerra había proporcionado a los franceses desde que se había declarado. Cus-

tine entró en Spira, se apoderó de las municiones y de cuanto allí tenía el enemigo, marchó a Worms, y consiguió que sus conquistas tuvieran eco en la tribuna de la Convención y en los clubs de los jacobinos de todo el reino. La Revolución, que comprendía mejor el número de las ciudades conquistadas que los vastos y sabios planes de Dumouriez, proclamó a Custine general de sus conquistas. En tres días su nombre conquistó gran popularidad, y él se embriagó de placer con la noticia que le llegaba por las felicitaciones de los jacobinos. Desdeñó obedecer o combinar operaciones con Birón y Kellermann, se aisló, entró en el Palatinado y concibió la conquista de Maguncia, cuyas puertas le abría la propaganda antes que el cañón.

Aquella parte de Alemania estaba minada por la filosofía francesa bajo los pasos de los príncipes eclesiásticos que la poseían; la teocracia de los obispos soberanos y la aristocracia de las feudalidades sagradas, acumulaban sobre aquellos gobiernos el doble odio de los pueblos contra una doble dominación. El estruendo de las tribunas francesas había conmovido a la juventud alemana en las universidades, donde todas las ideas eran del partido de Francia. Servir a la causa de la Revolución era para los pensadores alemanes servir a la causa de la humanidad. Hacer traición a los príncipes, tiranos de la inteligencia y del pueblo, era emancipar el espíritu humano y obtener la libertad. Ni la conquista humillaba, porque se parecía a dar la libertad. La bandera tricolor era el estandarte de la filosofía en todo el universo; tal era la opinión que esperaba a Custine en el Palatinado.

Los príncipes de Suabia y de Francona, exceptuando al arzobispo de Tréveris, conocían las disposiciones de los pueblos y habían afectado hasta entonces una prudente neutralidad respecto a Francia. El elector palatino de Baviera, el duque de Wurtemberg y el margrave de Baden, no habían permitido a los emigrados reunirse en sus territorios. El arzobispo elector de Maguncia había prestado tropas al emperador, y su gobierno, más dulce que el de los príncipes sus vecinos, era menos odiado por el pueblo; pero Maguncia, ciudad completamente clerical, especie de Roma alemana, donde el clero vivía ocioso en medio del lujo y del público desorden de las costumbres, se prestaba más que cualquiera otra capital a las recriminaciones contra la teocracia, y haciendo desear con más ardor la ruina de aquella soberanía. A los primeros pasos que dió Custine, entre el Mosela y el Rin, los partidarios de las nuevas ideas corrieron al cuartel general a notificar al comandante en jefe francés el secreto deseo de las poblaciones, y a poner en su mano los primeros hilos de las inteligencias revolucionarias que los patriotas alemanes anudaban ya de lejos con su ejército. El coronel Houchard, hombre atlético, acribillado de heridas, fué enviado para intimar al gobernador la rendición de Maguncia, amenazando a la ciudad con el bombardeo, si se resistía.

—Escoged — dijo Custine en su mensaje — entre la muerte y la fraternidad. Yo debo a la gloria de la República, que desea exterminar a los déspotas, no encadenar más el ardor de mis soldados.

Maguncia pedía que se reconociese su neutralidad como precio de la rendición. Custine se negó a prejuzgar la resolución de la República, pero juró que Francia no quería otra conquista que la de la libertad de los pueblos, y las puertas de la ciudad se abrieron.

VII

La toma de Maguncia resonó en Alemania y en el campamento del rey de Prusia, como el estruendo de la Alemania que se desmoronaba. Custine, exagerando en sus partes a la Convención los obstáculos militares que había tenido que vencer, y transformando las negociaciones en asaltos, consiguió entusiasmar a los jacobinos con un triunfo que era de las ideas más que de las armas. Entró en Maguncia como apóstol más que como general, y fomentó en ella el foco revolucionario con que quería incendiar a Alemania; pero se distrajo con el triunfo de la conquista y descuidó el apoderarse de Coblenza y de la temible fortaleza de Ehrenbreistein, que a la sazón estaba desarmada. Esta indecisión de

Custine impidió a Francia recoger el fruto del pensamiento de Dumouriez. En vez de ceder a los consejos del estado mayor, que le señalaba a Ehrenbreistein y Coblenza, como las horcas caudinas de la coalición, Custine decidió ocupar a Francfort, movido por el cebo de los grandes tributos que pensaba recoger en aquella ciudad, capital de las riquezas comerciales de Alemania.

Sin declaración de guerra, el teniente de Custine se presentó el 22 de octubre a la cabeza de la vanguardia del ejército, a las puertas de Francfort y solicitó entrar; los magistrados parlamentaron, cedieron a la fuerza, y Custine impuso una contribución de cuatro millones. La debilidad de Francfort, ciudad neutral y republicana, fué el único motivo que tuvo tamaña violencia, pero aquellos despojos marchitaron la popularidad de los primeros triunfos franceses al otro lado del Rin.

Después de la ocupación de Francfort, Custine envió sus destacamentos y sus proclamas contra las posesiones del landgrave de Hesse. «Pueblos de Alemania— decía el general francés en sus manifiestos—, declaraos; la reunión de las dos naciones debe ser un ejemplo aterrador para los déspotas y una consoladora esperanza para los pueblos que gimen bajo el yugo de la tiranía; ¡y tú, monstruo— agregaba, dirigiéndose al soberano—, monstruo sobre quien se han reunido desde hace mucho tiempo, semejantes a nubes negras precursoras de la tempestad, las maldiciones de la nación alemana, serás entregado por tus propios soldados, de quienes has abusado, a la justa venganza de los franceses! No escaparás, porque, ¿cómo es posible que haya un pueblo que conceda asilo a un tirano como tú?» Este lenguaje era el de los jacobinos, que resonaba al otro lado del río en boca de un general francés. Custine con su audacia, con su lenguaje, y con su aspecto marcial, creía ser el propagador armado de los principios republicanos; pero la expoliación de Francfort quitaba a sus palabras cuanto tenían de seductoras; Alemania, que abría los brazos al libertador, no quería al conquistador y mucho menos al expoliador. El entusiasmo que habían despertado las doctrinas francesas se amortiguó bajo los pies de los soldados. El rey de Prusia, justamente alarmado por la invasión de Alemania, renunció al propósito de separarse de la coalición y a pactar con Francia, y púsose de acuerdo con el duque de Brunswick, igualmente irritado por tanta audacia, y con los príncipes del imperio. Cincuenta mil prusianos y naturales de Hesse, reunidos precipitadamente en la orilla derecha del Lhan, se concentraron para operar contra Custine y para libertar a Francfort.

VIII

Todo el imperio se conmovió; las proclamas republicanas de Custine y el decreto de la Convención tomáronlos como declaraciones de guerra los príncipes de Alemania, y la Dieta acordó por unanimidad declarar la guerra a Francia, ordenando movilizar un contingente de tropas, de ciento cincuenta mil hombres. El rey de Prusia, como elector de Brandeburgo, anunció tres días después que iba a poner en marcha un segundo ejército hacia el Rin. Al ver aquella explosión de las soberanías alemanas, Custine, omnipotente en la Convención por medio de los jacobinos, mandó a Birón que le enviara de Alsacia un refuerzo de doce mil hombres, dando al mismo tiempo orden a Beurnonville, que había reemplazado a Kellermann en el Mosela, de ir a reunírsele por el electorado de Tréveris. Mientras se ejecutaban estas medidas, el ejército prusiano y un cuerpo francés formáronse en orden de batalla junto a los muros de Francfort, para disputarse la presa. En la ciudad había dos mil hombres inactivos y expuestos a todos los peligros, que esperaban el combate, pero el duque de Brunswick, que mandaba a los prusianos y a los de Hesse, continuó negociando en secreto y previniendo el choque decisivo. El joven diplomático Felipe de Custine, hijo del general en jefe, celebró una entrevista secreta con el duque de Kœnigstein, a quien conocía desde hacía mucho tiempo. El joven Custine era quien había hecho un año antes al duque de Brunswick el ofrecimiento del mando general de los ejércitos franceses, y tanto uno como

otro ocultaban pensamientos secretos bajo los papeles oficiales que representaban. El duque de Brunswick no quería en modo alguno que Prusia y Francia contrajeran compromisos serios; y Custine, negociador más prudente que su padre, deseaba, como Dantón y los girondinos, dejar el camino abierto para la reconciliación de Prusia y la República. El resultado de esta entrevista reveló el pensamiento de los dos negociadores. Los franceses evacuaron a Francfort; y la retirada sin combate del campo de batalla escogido a placer y bien atrincherado, y el abandono de Francfort, no tuvieron otra explicación que las secretas inteligencias. El rey de Prusia, siempre inclinado a la paz con Francia, sólo pretendía obtener lo absolutamente indispensable para no hacer traición a la causa de los tronos y a la causa de Alemania; y los franceses deseaban contentarle combatiéndole.

IX

Inglaterra había favorecido hasta entonces con sus deseos el movimiento revolucionario. El pueblo inglés y el gobierno británico parecían, de común acuerdo, desear el establecimiento de la libertad constitucional en París; el pueblo, porque la libertad es su naturaleza, y porque tiene por causa propia la causa popular de todo el universo; y el gobierno, porque la libertad es borrascosa, y porque las tormentas que debía inevitablemente provocar en Francia y en todo el continente, no podían menos de abrir a la intervención diplomática de Inglaterra una carrera más vasta e influencias más decisivas en los negocios de Europa. Sin duda también, cierto sentimiento de venganza nacional debía regocijar al gabinete de Londres al ver las agitaciones de París, los apuros del trono y la precipitada decadencia de la casa de Borbón. Además de la larga rivalidad que desde hacía tres siglos venía sosteniendo Inglaterra con Francia, el gabinete de Londres veía con satisfacción abatirse y desmoronarse, en la persona de Luis XVI, a un soberano que había proporcionado socorros a América, cuando la guerra de la Independencia.

Súmese a estos motivos de satisfacción secreta del gabinete inglés, el temor que la marina francesa inspiraba a los ingleses en los mares y en las posesiones de las Indias orientales. La marina francesa debía debilitarse durante la crisis revolucionaria, que emplearía todas las fuerzas y todos los tesoros de Francia en el continente. Sin embargo, el gabinete de Londres había conservado hasta entonces una actitud expectante, más favorable que hostil a la Revolución. No sólo le obligaba a observar esta actitud el temor de que una gran coalición de las monarquías del continente venciera a Francia sin el concurso de Inglaterra, y borrase a ésta del mapa de las naciones, sino que se la imponía también la opinión que reina más que los reyes en los países libres, y que toma abiertamente partido por el pueblo contra la monarquía absoluta y contra la Iglesia destronadas. El odio al catolicismo no era menos popular en Inglaterra que el amor a la libertad política; aquel pueblo de pensadores consideraba como causa de Dios y del espíritu humano, una revolución que emancipaba los cultos y la razón. Sin embargo, la aristocracia inglesa había empezado desde la muerte del rey a fraternizar con la emigración francesa y formaban en el parlamento dos partidos, que estaban representados por dos jefes que les hacían luchar con su elocuencia, Pitt y Fox. Otro orador, tan poderoso por el genio como por la pluma y por la palabra como aquéllos, había mantenido durante algún tiempo indecisa la balanza entre los dos primeros. Este orador era Burke, que principiaba a separarse de la causa popular y a afiliarse al lado de la aristocracia y del trono, a medida que el pueblo iba deshonrándose con el derramamiento de sangre. La influencia personal de los individuos es tan poderosa en los países verdaderamente libres, que estos tres hombres agitaban o pacificaban a Inglaterra con un solo impulso de su imaginación.

X

Pitt, que entonces tenía treinta y tres años de edad, gobernaba ya hacía diez el país. Hijo del más elocuente de

los hombres de Estado modernos, lord Chatham, había recibido, como por derecho de herencia, facultades tan grandes como las de su progenitor. Si el primero, Chatham, tenía la inspiración, el segundo tenía el carácter de gobierno. Menos a propósito para seducir, pero más para dirigir; menos elocuente, pero convenciendo más que su padre, Pitt personificaba, mejor que nadie, la voluntad orgullosa, paciente y continua de la aristocracia reinante, que defiende el poder y que prosigue en la grandeza con obstinación que recuerda la eternidad del Senado de Roma. Pitt habíase apoderado del gobierno en uno de los momentos críticos en que la ambición que conduce al poder se parece al patriotismo, y se lanza a la brecha para perecer o salvar a la patria. Inglaterra encontrábase en el último grado de abatimiento y de humillación, y acababa de firmar una paz vergonzosa con Europa. Los franceses eran sus rivales en las Indias; América se le escapaba; las escuadras francesas le disputaban los mares, y la mayoría de la cámara de los Comunes, corrompida por los ministerios anteriores, no tenía bastante patriotismo para salvarse ni la disciplina necesaria para someterse a un dueño. Pitt, que no había podido ganarla, tuvo la audacia de combatirla y la suerte de vencerla, haciendo un llamamiento a la nación. La nueva cámara se sometió a él, y en diez años pacificó las Indias, reconquistó diplomática y comercialmente a América, templó la irritación sediciosa de Irlanda, restableció la Hacienda, hizo con Francia un tratado de comercio que imponía a la mitad del continente el tributo de los consumos ingleses, y, por último, arrancó a Holanda a la protección francesa, convirtiendo a las Provincias Unidas en un apéndice de la política británica en Tierra Firme. El país, reconocido, aplaudía con admiración, y tenía absoluta confianza en la mano que tanto había levantado a la nación. Los sentimientos personales de Pitt, respecto a la revolución francesa, aunque poco favorables a las agitaciones democráticas, que son las tormentas de los hombres de Estado, no habían hasta entonces influído en su política. Las pasiones nunca le perturbaron la inteligencia, o, más bien dicho, todas sus pasiones habíanse refundido en una sola, que era la prosperidad y grandeza de su patria. Jorge III, amigo de Luis XVI, no hubiera permitido al ministro declarar la guerra a Francia, cuando aquélla podía agravar la situación del rey que amaba. Es falso que el gobierno inglés provocó a precio de oro los tumultos revolucionarios de París; la libertad francesa, aun en sus convulsiones más terribles, jamás necesitó el dinero de Inglaterra. A Jorge III, a lord Stafford, al canciller Thurlow y a Pitt les hubiera repugnado emplear tan vergonzosos medios contra un soberano que tenía que lidiar con el pueblo, aunque Pitt no habría sacrificado a la conmiseración que le inspiraba Luis XVI un minuto o una ocasión para labrar la fortuna de su país. Preveía esta ocasión, porque tenía el presentimiento de la caída más o menos próxima del trono francés, minado por tantas pasiones desencadenadas. Sabía que los principios de la revolución francesa inspiraban tanto temor como antipatía al rey y a la aristocracia de Inglaterra, y se preparaba a la guerra para cuando el rey pareciese quererla, sin desearla, sin adelantarla. El momento estaba próximo y Burke lo declaraba ya en el Parlamento.

Los constitucionales y los girondinos, Brissot y el conde de Narbona, que tenían el mismo pensamiento, habían enviado diez y ocho meses antes de esta época a Talleyrand a Londres, para recordar la revolución de 1688 y ofrecer a Pitt la renovación del tratado de comercio de 1786. A este precio Luis XVI, los constitucionales y los girondinos esperaban comprar, ya que no la alianza, al menos la neutralidad del gabinete inglés, porque ambos partidos, que deseaban entonces la guerra con el continente para dirigir hacia las fronteras las tormentas que amenazaban a la Constitución de París, necesitaban que Inglaterra permaneciese neutral. Escogieron para negociar con Pitt el diplomático más aristócrata y seductor entre los hombres que habían abrazado la causa moderada de la revolución, y era la señora de Staël, elección verdaderamente acertada.

XI

El señor de Talleyrand empezaba a encargarse de los asuntos que manejó, anudó y desanudó después sin interrupción durante más de medio siglo, y que sólo abandonó al morir. Tenía entonces treinta y ocho años. Su delicado y fino rostro revelaba una inteligencia luminosa, pero fría, cuya previsión jamás turbaron las agitaciones del alma. La elegancia de su elevada estatura apenas era alterada por una deformidad corporal; cojeaba un poco, pero este defecto parecía una indecisión voluntaria de la postura del cuerpo. Su destreza sabía convertir en gracia hasta los defectos de la naturaleza; este vicio de conformación le impidió entrar en la carrera de las armas, a la que le llamaba su elevada cuna. El talento fué la única arma que pudo emplear para hacer carrera en el mundo. Se había enriquecido, pulido y aguzado para los combates de la ambición o para las conquistas de la inteligencia, y su voz era grave, dulce y sonora como la emoción oculta de una confidencia. Se conocía, al oírle, que era la persona que mejor podía hablar a todas las potencias, pueblos, tribunos, mujeres, emperadores y reyes. Algo de sardónico en la sonrisa, mezclábase en sus labios a un visible deseo de seducción; aquella sonrisa parecía revelar la intención de burlarse de los hombres agradándolos o gobernándolos.

Nacido de una familia que había sido soberana de una provincia de Francia, antes de la unidad del reino, y que después de este acontecimiento era adorno del trono, el señor de Talleyrand había sido dedicado a la Iglesia, como estorbo indigno de la corte, para obtener las más altas dignidades del episcopado y cardenalato. Obispo de Autún, resto de la ciudad romana oculta en los bosques de Borgoña, el joven Talleyrand desdeñaba la sede, le repugnaba el altar y vivía en París en medio de la disipación y de los placeres en que la mayor parte de los clérigos de su edad y de su rango consumían las inmensas dotaciones de la Iglesia. En relaciones con todos los filósofos, amigo de Mirabeau, presintiendo próxima la Revolución, cuyas primeras sacudidas harían caer la religión, de que él era prelado, estudiaba la política que iba a ocupar todas las grandes inteligencias en la magna empresa de destruir y reedificar los imperios.

Elegido miembro de la Asamblea constituyente, abandonó las opiniones y las creencias gastadas para pasarse al partido de la fuerza y del porvenir. Conociendo que su nombre aristocrático y opiniones populares constituían un doble poder, que necesitaba combinar hábilmente para imponerse a unos por el rango, y a los otros por la popularidad, había dejado el sacerdocio como recuerdo importuno y como traje molesto, y procuraba entrar en la Revolución por cualquier puerta. La medida y la reserva algo tímida de su talento, pues sólo tenía audacia en el gabinete y para la concepción de pacientes designios, no le permitían subir a la tribuna, y el señor de Talleyrand se inclinó a la diplomacia, donde la habilidad y el manejo debían reinar siempre. La amistad de Mirabeau había arrojado, al morir, sobre él uno de esos reflejos póstumos que las grandes notabilidades dejan tras sí sobre lo que se les ha acercado. Su silencio, reflexivo y misterioso, como el de Sieyés, le daba cierto prestigio en la Asamblea: era el poder de lo desconocido, el atractivo del enigma para las personas a quienes les gusta adivinar, y el señor de Talleyrand sabía explotar admirablemente este prestigio. Su palabra no revelaba todo su talento, con lo que parecía aún más profundo, porque las medias palabras son la elocuencia de la reserva, y ésta era la del señor de Talleyrand.

Sus opiniones dependían generalmente de la situación en que se encontraba, y sus verdades no eran sino los puntos de vista de su fortuna. Indiferente en el fondo, como durante toda su vida lo demostró, al trono, a la República, a la causa de los reyes, a la forma de las instituciones de los pueblos y al derecho o al hecho de los gobiernos, no los consideró más que como formas móviles que toman alternativamente el espíritu del siglo o el genio nacional de las sociedades, para cumplir determinada fase de

su existencia. Tronos, Asambleas populares, Convención, Directorio, Consulado, Imperio, Restauración o cambio de dinastías no eran para Talleyrand sino expedientes del destino, y no les sacrificaba un día más que a la fortuna, preparándose el papel de servidor feliz de los acontecimientos. Cortesano del destino, acompañaba a la felicidad, servía a los fuertes, despreciaba a los inhábiles y abandonaba a los desgraciados. Esta teoría lo sostuvo cincuenta años en la superficie, precursor de todos los sucesos, flotando después de todos los naufragios y sobreviviendo a todas las ruinas. Este sistema tiene visos de indiferencia sobrenatural, que coloca al hombre de Estado por encima de la inconstancia de los acontecimientos, y le da aptitud para dominar a lo que le levanta. En el fondo no es más que el sofisma de la verdadera grandeza de alma, burla aparente de los acontecimientos que debe principiar por la abdicación de sí mismo, porque, para fingir y sostener este papel de imparcialidad con todas las fortunas, se necesita que el hombre separe las dos cosas que constituyen la dignidad del carácter y la santidad de la inteligencia, que son la fidelidad a los compromisos contraídos y la sinceridad de sus convicciones, o lo que es lo mismo, la mejor parte del corazón y del alma. Servir a todas las ideas, equivale a decir que no se cree en ninguna. ¿A qué se sirve entonces con el nombre de ideas? A la ambición; es aparecer a la cabeza de las cosas e ir tras de ellas; estos hombres son aduladores y no auxiliares de la Providencia. Sin embargo, el señor de Talleyrand comprendió desde el principio de la Revolución, que la paz era la primera de las verdaderas ideas revolucionarias, y siempre permaneció fiel a este pensamiento.

XII

El decreto de la Asamblea, que prohibía a sus miembros aceptar funciones del poder ejecutivo, hasta cuatro años después de haber dejado de formar parte de la representación nacional, prohibía al señor de Talleyrand ejercer ninguna misión diplomática. Para salvar este inconveniente se dieron las credenciales al señor de Chauvelín, cortesano popularizado; pero se confió el secreto, las instrucciones y la clave de las negociaciones a Talleyrand. Una carta confidencial dirigida por Luis XVI al rey de Inglaterra decía a Jorge III: «Deben establecerse nuevas relaciones entre nuestros dos países. Conviene a dos reyes que se han significado por un deseo constante de hacer la felicidad del pueblo, el contraer lazos, que llegarán a ser tanto más sólidos cuanto más se ilustre el interés de las naciones.» Talleyrand fué presentado a Pitt, con quien empleó cuantos medios podían contribuir a interesar el genio de este gran hombre en la ejecución del plan de alianza que deseaba que aceptase. Le habló con entusiasmo de la gloria del hombre de Estado, a quien la posteridad debiese el reconocimiento de la reconciliación de los dos pueblos, que imprimían movimiento al mundo.

Pitt, después de escucharle atentamente, respondió exhalando un suspiro:

—¡Muy feliz será ese ministro! Yo quisiera serlo en ese tiempo.

—Acaso—replicó Talleyrand—, ¿creéis esa época tan lejana?

Pitt, después de breve reflexión, repuso:

—Eso depende del momento en que vuestra revolución concluya y en que vuestra Constitución pueda marchar.

Pitt manifestó claramente a Talleyrand, que el gabinete inglés no comprometería su influencia en una revolución que estaba en todo su apogeo, y cuyas interminables crisis no daban certidumbre ni seguridad a los compromisos que se contrajeran con ella. Talleyrand, a su regreso a Francia, notificó el resultado de sus gestiones al ministerio girondino de Roland y Dumouriez, que acababan de suceder al conde de Narbona y a de Lessart; Dumouriez envió nuevamente a Talleyrand a Londres, con el encargo de solicitar la mediación de Inglaterra entre el emperador y Francia. Esta vez Talleyrand y de Chauvelín se hicieron, no sólo importunos, sino sospechosos a Pitt, quien advirtió que los negociadores franceses tenían una doble misión, la de negociar con él la pacificación de Francia,

y con los jefes de la oposición la de agitar a Inglaterra; se les acusaba abiertamente, en los diarios ministeriales, de sostener relaciones secretas con Fox, con lord Grey y hasta con Tomás Payne y con el demagogo Horn-Tooke, fundador del partido popular, que no sólo atacaba a los ministros, sino también a la aristocracia, a la propiedad, a la Iglesia, al espíritu de la constitución británica y hasta las bases de la sociedad.

En vano Fox, rival de Pitt en la tribuna, hombre más capaz de agitar los pueblos que de conducirlos, esforzóse en probar que los golpes de la Revolución francesa resonaban hasta sobre el trono de Jorge III para amortiguar los movimientos de París; en vano presentaba la causa de la libertad francesa como solidaria de la causa de la libertad británica; el espíritu nacional se separó de él para unirse más estrechamente a Pitt. Las proposiciones de Fox, más populares en el pueblo que en la cámara de los Comunes, sólo eran defendidas por débiles minorías de cincuenta a sesenta votos. El 20 de junio y el 10 de agosto respondieron, uno tras otro, a sus promesas de la fundación de la libertad constitucional en Francia, e hicieron temblar o estremecerse a la numerosa parte del pueblo, unida al establecimiento constitucional. Lord Gower, embajador de Inglaterra en París, fué llamado inmediatamente después de la destitución de Luis XVI, con el pretexto de que sus credenciales dejaban de tener validez al caer el soberano ante quien lo acreditaban. La permanencia en Londres de Talleyrand y de Chauvelín ya no fué considerada por Pitt más que como tolerancia de su gobierno. Los días de septiembre, comentados con caracteres de sangre en los escritos y en los discursos de Burke, envolvieron en siniestra sombra las palabras de Fox. La paz y la alianza con Francia parecieron a la nación inglesa una complicidad con aquellos asesinatos impunes. La prisión del rey, de la reina y de los dos niños inocentes de todo crimen, no sólo inspiraban compasión sino horror, y el proceso del rey sin fórmulas y sin jueces, proporcionaba a Pitt el auxilio de todo el sentimiento público.

XIII

La decapitación del rey hizo temblar a todos los tronos; y todos los pueblos retrocedieron de admiración y de horror ante aquel sacrilegio de la majestad, a quien se atribuía algo de divino. Cuando llegó el correo que llevaba esta siniestra noticia a Londres, Chauvelín recibió la orden de salir de Inglaterra en el término de veinticuatro horas. Al preguntar la oposición los motivos de aquella expulsión del suelo libre de Inglaterra, Pitt hizo responder en la Cámara: «Después de unos acontecimientos sobre los que la imaginación no puede fijarse sin horror, y después que una facción infernal se ha apoderado del mando en Francia, nosotros no podemos tolerar la presencia de Chauvelín, porque no hay medio de corrupción que no haya ensayado, por sí o por sus emisarios, para seducir al pueblo y sublevarlo contra el gobierno y las leyes de este país.» Marat, que desembarcaba aquel día en Douvres, recibió también orden de volver a embarcarse, sin permitirle siquiera llegar hasta Londres. Talleyrand, sin título oficial del gobierno francés, y que no había dado a Pitt ni los mismos pretextos ni las mismas sospechas que Chauvelín, permaneció en Londres, teniendo, a pesar de todo, en la mano, el último hilo de las negociaciones.

Chauvelín, de regreso en París, propaló la noticia de una violenta fermentación en Inglaterra, anunció que el pueblo de Londres se levantaría en masa a la primera señal de las sociedades republicanas el día en que Pitt se atreviera a declarar la guerra a Francia, y que Jorge III no estaría seguro en su palacio. Brissot, dando crédito a los relatos de Chauvelín, subió a la tribuna de la Convención en nombre del comité diplomático, y creyendo intimidar a Pitt, anunció que la guerra que iba a estallar emanciparía a Irlanda del yugo de Inglaterra. Sordo a los consejos más ilustrados de Dumouriez, dijo:

—Holanda hace causa común con el gabinete de San James, de quien se muestra súbdita más que aliada, y debe participar de su suerte.

Púsose luego a votación la guerra contra Inglaterra y el Statúder de Holanda, y fué acordada por unanimidad.

«Desembarcaremos en su isla — escribió el ministro Monje a la escuadra francesa—, arrojaremos allí cincuenta mil gorros de la libertad, plantaremos el árbol sagrado y tenderemos los brazos a nuestros hermanos los republicanos. Aquel gobierno tiránico será pronto destruído.»

A Pitt, apoyado en la rivalidad nacional por una parte, y en el horror que inspiraba el suplicio del rey por otra, no le inquietaron tales amenazas, pues contaba más el número de buques que tenía Francia que sus proclamas; sabía que las tripulaciones de la marina francesa estaban diezmadas por la emigración, y que sólo tenía en el mar o en los puertos sesenta y siete navíos de línea y noventa y tres fragatas o corbetas. Inglaterra, en cambio, contaba con ciento cincuenta y ocho navíos de línea, veintidós de cincuenta cañones, ciento veinticinco fragatas y ciento diez buques ligeros; y Holanda, aliada de Inglaterra, podía, además, armar más de cien buques de guerra de diferentes tamaños. Desde el centro de la isla, rodeada de esta muralla flotante, Pitt podía esperar con tranquilidad, y dominar los acontecimientos del continente; sus tesoros no eran menos temibles que sus armamentos, pues podía tener a toda Europa a sueldo. Ministro de los preparativos, como irónicamente le habían llamado diez años antes, su previsión parecía haber adivinado la inmensidad de la obra que una coalición de diez años iba a imponer a la patria.

XIV

Las consecuencias del suplicio de Luis XVI no fueron menos funestas en Rusia para Francia. Catalina II rompió en seguida el tratado de comercio de 1786, en virtud del cual los franceses eran considerados como la nación más favorecida, y prohibió toda relación entre sus súbditos y los de Francia. Mandó salir de Rusia a todos los franceses en el término de veinte días, a menos que no abjuraran formalmente los principios de la revolución de su país. Hasta entonces, aunque la emperatriz disponía de inmensos ejércitos para enviarlos contra Francia, después de la paz con Turquía, había suspendido su marcha y dejado a Austria y a Prusia obrar solas contra una revolución que detestaba con todo el odio que profesa el despotismo a la libertad. Había esperado largo tiempo que el rey de Suecia, Gustavo, cuyo entusiasmo contrarrevolucionario animaba, bastaría sólo para pacificar a Francia; pero el asesinato de Gustavo frustró estos designios, y desde la muerte de aquél luchaba entre dos deseos: uno nacido de la ambición y el otro del orgullo de soberana; el primero de éstos era Polonia, y el segundo Francia. Sus tropas ocupaban a Varsovia y reprimían en Polonia las agitaciones de una revolución que fraternizaba con la de París. El rey de Prusia, por el mismo motivo, ocupaba a Danzig y la gran Polonia, país desgraciado que jamás dejó de ofrecer pretexto a la intervención de sus poderosos vecinos. Polonia ha sido con demasiada frecuencia una anarquía constituída.

La emperatriz y el rey de Prusia proyectaban, de común acuerdo, la conquista y repartición de Polonia, mientras estuviera ocupado el emperador en defender a Alemania contra Francia: éste era el secreto de la lentitud de la doble diplomacia del rey de Prusia y de la debilidad de la primera coalición. El rey de Prusia miraba hacia atrás, y la emperatriz no quería comprometer los ejércitos rusos en el Rin, temiendo abandonar sus aspiraciones a Polonia.

Pero al día siguiente de la muerte de Luis XVI, Catalina mandó al ministro que le representaba en Londres, conde Woronzoff, que hiciera un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Inglaterra. Apenas fué firmado, dejó a Inglaterra, Holanda, Prusia y al emperador que soportaran solos el peso de la guerra en el Océano, en los Países Bajos, en el Rin, y ella invadió Polonia, prevaleciendo así la política de ambición en el corazón de la emperatriz sobre la política de principios. Fingiendo profesar gran odio a la anarquía francesa, excitaba de lejos a sus aliados para que combatiesen; pero ella no combatía. Por su par-

te, Prusia, inquieta por tener a Rusia detrás, y deseando conservar su parte en la gran Polonia, sólo se comprometió a medias. Austria se arrogó el papel que tenía Prusia en la primera coalición, sublevó el imperio, reunió fuerzas y se encargó de sostener en primera línea la guerra ofensiva en los Países Bajos. Se convino en que las fuerzas de las potencias tendrían cada una un jefe particular, y la unidad de los ejércitos y de las operaciones fué de este modo entregada a merced de las rivalidades. El emperador confió el mando general al príncipe de Coburgo, que había mandado los ejércitos imperiales contra los turcos y participado con Souwaroff la gloria de los triunfos de Fokzani y de Rimuisk. Era un general contemporizador de la escuela del duque de Brunswick y el hombre menos a propósito para desconcertar u oponerse al ardor bélico del ejército francés. El príncipe de Coburgo, tan pronto como fué nombrado, pasó a Francfort a conferenciar con el duque de Brunswick, generalísimo de las fuerzas prusianas y a concertar con él un plan tan desacertado y pusilánime como el que acababa de libertar a la Champaña, perder a Luis XVI y descubrir el Rin.

XV

Tal fué la organización de esta nueva coalición, en la que, de cinco potencias, tres quedaban a la expectativa y sólo dos iban a combatir, observándose con inquietud una a otra, y comprometiéndose con reserva, haciendo secretos esfuerzos para echarse el peso de la guerra común, y maniobrando bajo la diferente dirección de dos generales, que hacían todo lo posible para evitar al enemigo.

Hemos dejado a Dumouriez vencedor en Valmy: a Kellermann acompañando, más bien que persiguiendo, la retirada del rey de Prusia; a Custine en Maguncia; a Dillón en Alsacia y a Montesquiou ocupado en reunir treinta mil hombres de las guarniciones de las ciudades del Mediodía de Francia para invadir la Saboya.

Esta, que puede considerarse como bosque de los Alpes, está unida al Mont-Blanc y al Mont-Cenís por una elevada cumbre; a un lado, baja por una rápida pendiente a las fértiles llanuras del Piamonte hacia Turín, y, al otro, divídese en cuatro anchos y profundos valles, cada uno de los cuales, con su respectivo torrente, se dividen desde el pie de los ventisqueros hasta la embocadura de las gargantas; allí, estos torrentes, cuyo desnivel disminuye o deja de existir, se convierten en lagos, como los de Ginebra, d'Annecy, o del Bourget, o desembocan en el Isere y en el Ródano, que los llevan al Mediterráneo por las provincias del Mediodía de Francia. Estos torrentes arrastran constantemente en sus aguas espumosas los aludes de nieve y pedazos de rocas, desprendidos de las montañas, oyéndose el ruido a una inmensa profundidad e imposibilitando con mucha frecuencia el paso de una a otra orilla. En los estanques donde se ensancha el cauce, hay algunos caseríos, con paredes bajas y cubiertos con lava negra, sobre la arena parda y las piedras acumuladas por las aguas. En todo el resto de estas rápidas pendientes vense, diseminadas, algunas pequeñas aldeas o cabañas aisladas, suspendidas y como colgadas de los estrechos y perpendiculares escalones de las montañas. Donde las pendientes tienen menos inclinación, hay varias praderas y algunas cepas enlazadas con los nogales, que el labrador, avaro de terreno, cultiva formando emparrados sobre soportes de madera.

Estos valles se enlazan con otros; pero se pierden en las gargantas que se estrechan repentinamente y se ocultan en las nieves. El valle de Faucigny, el más próximo al Valesado y a Suiza, se forma al pie del Mont-Blanc y desemboca junto a Ginebra. El Maurienne, que baja del Mont-Cenís, se ensancha de repente al aproximarse a Francia, entre Conflans y Montmelián, dos ciudades de Saboya, y allí se une al valle de la Tarentaise, donde corre el Isere. A alguna distancia de Montmelián, el Maurienne se divide en dos, corriendo, a la derecha, hacia Chambery, capital de Saboya, y a la izquierda, hacia Grenoble, ciudad francesa y capital del Delfinado, encajonada en una entrada de los Alpes. Montmelián, que defiende la entrada del Maurienne, del Tarentaise, de la llanura de Cham-

bery y del valle de Gresivaudán, camino de Grenoble, es la llave de Saboya.

XVI

El pueblo que habita estas mesetas, estos valles y llanuras, aunque sujeto a la soberanía de Italia, nada tiene de italiano más que el gobierno. Es raza completamente distinta de la latina y de la helvética, que no habla ni italiano ni alemán, sino francés, y franceses son su carácter, sus costumbres, sus hábitos y hasta sus industrias. Tan pronto como el lazo que le une al Piamonte se afloje o se rompa, Saboya se inclinará hacia Francia. Las guerras que le hizo bajo la bandera sarda, son contra naturaleza y casi guerras civiles, y, exceptuando la nobleza y el clero, a los que las soberanías hereditarias y los favores de la corte unen con amor fanático a la casa reinante de Saboya, todo el resto de la nación tiene el corazón francés. El yugo del Piamonte le pesa, la supremacía del nombre piamontés le humilla, los privilegios honoríficos de la nobleza le ofenden, y el dominio del clero, que teme la introducción de las ideas extranjeras en aquellas montañas, le disputa la luz y el aire del siglo. La casa de Saboya, aunque paternal, benéfica y deseosa de mejorar administrativamente los tres gobiernos que rige, los mantiene, sin embargo, en una especie de disciplina monástica que recuerda el régimen español. El rey, el noble, el sacerdote y el soldado son todo el pueblo.

Esto no obstante, la conformidad de lenguaje, la contigüidad de las fronteras, las relaciones mercantiles y las numerosas emigraciones de saboyanos a Francia, habían dejado penetrar las ideas revolucionarias en aquellas montañas. J. J. Rousseau había pasado la juventud en el pueblecito de Annecy y en la soledad de las Charmettes, cerca de Chambery. Voltaire había envejecido en Ferney a la puerta de Saboya. Ginebra, fuerte colonia de la libertad protestante y metrópoli, desde el tiempo de Calvino, de la filosofía moderna, lindaba con territorio saboyano. Estos recuerdos, estas influencias y vecindades habían inspirado a la población el desprecio al gobierno, que, aunque benigno, estaba atrasado, y el deseo de entregarse a Francia.

A pesar de los frecuentes enlaces de familia entre la casa de Saboya y la de Borbón, el tratado de Worms, en 1741, entre Carlos Manuel y María Teresa había enfeudado políticamente la monarquía sarda a Austria. Víctor Amadeo, que reinaba cuando estalló la Revolución en Francia, era un soberano amado por sus súbditos, y contemporizador como la vejez, pero que malograba la prudencia en palabras y el tiempo en consejos, por lo que le llamaban el Nestor de los Alpes. A pesar de la inquietud que le ocasionaba la inclinación de Saboya a separarse de la unión de los tres principados y a entregarse en brazos de la Revolución, su carácter le hubiera decidido a permanecer neutral; pero la influencia que el clero ejercía sobre él le había inspirado horror a una República, que era rebelde a Dios y al trono. Numerosos eclesiásticos franceses, expulsados por negarse a jurar la Constitución civil del clero, se habían refugiado en casa de sus colegas de Saboya, donde difundían las noticias de las persecuciones contra la Iglesia y lanzaban maldiciones contra el cisma. Chambery estaba atestado de obispos y de nobles fugitivos, que ponían de manifiesto los dolores, las esperanzas y las ilusiones de los refugiados de todos los tiempos y de todos los países. Turín era en el exterior la capital de la contrarrevolución; los realistas de Lyón, de Grenoble y del Mediodía, sostenían, a través de las fronteras de Saboya y del condado de Niza, relaciones secretas con Turín. El rey de Cerdeña había retirado su embajador de París, declarando con este acto que consideraba a Luis XVI como prisionero y que no trataría en lo sucesivo con la nación francesa. El señor de Semonville, enviado por Dumouriez a Turín para obtener explicaciones amistosas, había sido detenido en Alejandría, como sospechoso de agitador en Italia. Los girondinos, dueños del ministerio y de la Asamblea provocaron la declaración de hostilidades.

XVII

Montesquiou, general en jefe del ejército del Mediodía, recibió orden de prepararse a la invasión, y con ese objeto reunió cuarenta batallones, destacados del ejército que permanecía ocioso en los Pirineos. Su base de operaciones extendíase sobre una línea de más de cien leguas; desde el Jura, que domina a Ginebra, hasta el Var, que cubre a Niza. Montesquiou estaba impaciente por desplegar la bandera francesa en medio de pueblos que ansiaban tener ocasión de entregarse a Francia, y para quienes la conquista equivalía a la libertad. Estableció un campamento al extremo de su derecha junto al Var, y otro en Tournoux, en el centro de la muralla de los Bajos Alpes. Reunió, a su izquierda, diez mil hombres en el fuerte de Barreaux, cerca de Grenoble, y, por último, llevó diez mil de sus mejores soldados a Cessieux y algunos destacamentos a Seyssel y a Gex, a la entrada de los valles de Saboya. Montesquiou, fiel a las tradiciones militares del mariscal de Berwick, sabía que una expedición al Piamonte, recinto estrecho y circular, en que cada punto amenazado puede recibir en tres marchas refuerzos de Turín, su capital y plaza de armas, era impracticable con masas tan débiles como las de que disponía, pero que el condado de Niza y Saboya, dos largos brazos separados de la monarquía sarda, podían ser amputados al cuerpo y adquiridos por Francia, sin que el Piamonte pudiera salvarlos. Maniobró, por consiguiente, con arreglo a este plan, y el 4 de septiembre mandó en secreto invadir el condado de Niza a las tropas del Var, en combinación con la salida de la flota de Tolón, que atacaría por mar mientras que el ejército marchaba por las montañas a las órdenes del general Anselme. Después de mandar al general Casablanca que amenazara a Chambery por Saint-Genis, se dirigió él al fuerte de Barreau con el grueso del ejército, para forzar el desfiladero que cierra a Saboya.

XVIII

El ejército piamontés constaba de diez y ocho mil hombres al mando del general Lazary. Habiendo disparado éste algunos cañonazos al ejército de Montesquiou, en la entrada del desfiladero, replegó sus tropas hacia Montmelián. En lugar de fortificarlo cerrando a Montesquiou la entrada de los tres valles, cuyo punto de partida domina la ciudad, Lazary lo abandonó, cortando el puente, y se retiró a Conflans. Todos los cuerpos piamonteses, diseminados en Annecy, en Chambery y en Faucigny, se replegaron aisladamente y casi sin combatir, para reunirse al núcleo principal del ejército sardo y subir nuevamente hacia el Piamonte. Las columnas francesas los siguieron sin obstáculo, en medio de las aclamaciones del pueblo invadido. El mismo día que Montesquiou entraba triunfalmente en Chambery y recibía de manos de los magistrados las llaves de la capital de Saboya, cuya administración confió a los habitantes, los jacobinos en París lo destituían del mando; pero la noticia de la victoria y el grito de indignación pública contra la ingratitud de los jacobinos, hicieron revocar la destitución. Montesquiou llevó luego sus tropas a la frontera de Ginebra, mientras el general Anselme, reuniendo los batallones de voluntarios de Marsella a los ocho mil hombres que mandaba, se fortificaba en la línea del Var, amenazando al condado de Niza con una invasión y previniéndose contra otra en el Mediodía. El conde de Saint-André mandaba las tropas piamontesas, compuestas de ocho mil hombres de línea y de doce mil soldados voluntarios de las milicias del país.

El condado de Niza, estrecho pero admirable anfiteatro natural, que desciende gradualmente de la cumbre de los Alpes hacia el Mediterráneo, es una Suiza italiana, donde el olivo y el limonero reemplazan las hayas y los pinos; pero sus valles estrechos y de difícil acceso, atravesados por barrancos y torrentes, con frecuencia secos, ofrecen a la invasión las mismas dificultades que Saboya. La

raza liguria, que la habita, raza pastoril en las montañas, marítima y comerciante en las costas y belicosa en todas partes, hablando distinto idioma, y con costumbres diferentes de las francesas, estaba muy distante de mirar a Francia con la misma simpatía que los saboyanos. El mar y las montañas dan a los pueblos el sentimiento de una doble independencia. La proximidad de Génova mostraba constantemente a las poblaciones litorales el ejemplo de una individualidad republicana emancipada del yugo de las grandes monarquías vecinas. El espíritu genovés era el del condado de Niza, o sea, el amor a los principios franceses y el horror al yugo de Francia. Los montañeses bajaban a bandadas de las aldeas alpestres, calzados con sandalias sujetas con correas y la escopeta al hombro; incapaces de sufrir una larga campaña ni de someterse a la disciplina militar, pero ágiles, infatigables é intrépidos, eran muy aptos para una guerra de montaña, de sorpresas y guerrillas. El conde de Saint-André había escogido hábilmente la posición de Saorgio, altura inexpugnable que domina a Niza, los caminos de Francia y del Piamonte, como centro y ciudadela de la provincia que estaba encargado de defender. Había establecido allí previamente un campamento fortificado y atrincheramientos guarnecidos de murallas. El almirante Truguet se presentó delante de Niza el 28 de septiembre, con una escuadra compuesta de nueve navíos, y amenazó bombardear la ciudad. El general Anselme se aproximó por tierra, dispuesto a intentar el paso del Var. Por la noche el general Courtín, que mandaba la ciudad, replegó sus tropas hacia Saorgio; tres mil emigrados franceses, que habían buscado asilo en Niza, indignados con el cobarde abandono de la guarnición, sublevaron al pueblo y corrieron, unos a las baterías de mar y los otros a las del Var; pero, amenazados por los paisanos, que no veían en esta lucha desesperada más que un pretexto para incendiar la ciudad, se retiraron al camino de Saorgio, perseguidos, insultados, robados y asesinados por el populacho feroz de la costa, que amenazaba saquear la ciudad, por cuya razón los paisanos enviaron a un comisionado al general Anselme para rogarle que ocupase la plaza lo más pronto posible. Anselme pasó el Var a la cabeza de cuatro mil franceses, y entró en la capital del condado, en medio de entusiastas aclamaciones.

XIX

Entre tanto, los excesos que los revolucionarios de Niza cometían contra sus enemigos personales, amparados por las bayonetas y la bandera de Francia, habían sublevado a los montañeses, siempre más unidos a las antiguas costumbres y más fieles al antiguo dominio que los pueblos de las llanuras, de las orillas de los ríos o del mar. Los sacerdotes y los frailes, temiendo que entraran a mano armada en su imperio las ideas que acababan de despojar a la Iglesia en Francia, sublevaron al pueblo, no por patriotismo, sino por conciencia. Los más jóvenes y más intrépidos pusiéronse personalmente a la cabeza de las turbas y atacaron a los puestos avanzados y a los destacamentos franceses, dondequiera que los encontraban separados de la masa del ejército. Emboscados detrás de las rocas o de los troncos de los árboles, disparaban y huían escalando las escarpadas pendientes con la destreza de los cazadores. La guerra no era sino un continuo asesinato, y el general francés Anselme veía diezmar sus tropas.

El centro de aquella guerra santa estaba en Onella, pequeña ciudad, marítima y montuosa a la vez, capital de un pequeño principado independiente, que era el foco de todas las intrigas contra la dominación francesa. El puerto servía de refugio y plaza de armas a una multitud de piratas y de corsarios sardos, genoveses y napolitanos, cuyos barcos ligeros y falúas armadas hacían desembarcos nocturnos en la costa, o ejercían en el mar la misma piratería que las guerrillas de los montañeses en el valle de Niza. Muchos conventos de frailes, verdaderos dominadores de la ciudad, fomentaban la guerra, impulsando con sus violentas predicaciones aquellas inútiles y sangrientas expediciones. Anselme y Truguet resolvieron ahogar el fanatismo en el foco, y embarcaron tropas en Villafranca en los

navíos de la escuadra, que se presentaron ante Onella el 23 de octubre. El almirante Truguet envió al capitán Duchaila a que intimara a la ciudad y obligara a los habitantes a evitar con la sumisión los horrores del bombardeo. La falúa se aproximaba con bandera parlamentaria al ver las señales e invitaciones pacíficas de la población que ocupaba la playa; pero, apenas llegó al sitio de desembarco, fué acribillada por una descarga de cien disparos que dieron muerte a un oficial y cuatro marineros, e hirieron a muchos hombres. La falúa, llena de cadáveres y de heridos, viró de bordo, perseguida y ametrallada, cada vez que la ola la levantaba, por una nube de balas, pudiendo a duras penas incorporarse a la escuadra para testimoniar la perfidia de los habitantes. Las tripulaciones, indignadas, pidieron venganza, y Truguet, anclando contra el viento, disparó contra la ciudad hasta el anochecer, destruyendo el fuerte de Onella y apagando sus fuegos. Aquella noche, mil doscientos soldados a las órdenes del general Lahulière embarcaron en lanchas de la escuadra, y, al amanecer, hicieron el desembarco, apoyados por el fuego de dos fragatas.

Al ver estos preparativos, los habitantes de Onella se refugiaron en las montañas, llevando lo mejor que tenían, y abandonando las casas al saqueo y al incendio. Sólo los frailes, acostumbrados a la inviolabilidad del sacerdocio (respetado hasta entonces en las guerras de Italia), permanecieron encerrados en los conventos; pero los franceses derribaron las puertas y mataron sin distinción, culpables e inocentes, a los religiosos, a quienes creían instigadores de los crímenes y del cobarde asesinato de Duchaila. El saqueo y el incendio, represalias terribles, devastaron y destruyeron la madriguera de la piratería y del robo. Los franceses no dejaron en Onella, al embarcarse de nuevo, más que un montón de cenizas y los cadáveres de los frailes entre las ruinas de los conventos.

La expedición de Onella y el degüello de los sacerdotes, lejos de apaciguar la insurrección en las montañas del condado de Niza, provocó el levantamiento general de los *Barbotes*. Reunidos a los piamonteses y a un cuerpo austriaco, cedido al rey de Cerdeña por el emperador, atacaron a los franceses en Sopello, punto más elevado que ocupaban los soldados de Francia. Seis mil hombres y diez y ocho piezas de artillería arrojaron de allí al general Brunet. Anselme salió de Niza con toda la guarnición, compuesta de doce compañías de granaderos, mil quinientos hombres escogidos y cuatro piezas de artillería, y fué a rescatar aquella importante posición, y, conseguido lo cual, regresó a Niza. Denunciado a la Convención por su benigna administración, culpable a los ojos de los jacobinos por haber reprimido los asesinatos y las venganzas de los de Niza, fué arrestado en medio del ejército victorioso, y conducido a París para expiar en los calabozos las primeras glorias de las armas francesas.

XX

Al mismo tiempo, una escuadra francesa, mandada por el almirante Latouche, iba a intimar al rey de Nápoles que se declarara en pro o contra la República, y que desaprobara los manejos de su embajador en Constantinopla, contra el reconocimiento del pabellón tricolor por el sultán. La escuadra, compuesta de seis buques de guerra, había entrado el 27 de diciembre en el golfo, desafiando a las quinientas piezas de artillería de los muelles y los fuertes de Nápoles. Latouche, después de haber anclado bajo las ventanas del palacio del rey y dado la señal de combate a sus buques, envió un granadero de las tropas de marina a llevar un mensaje al rey. Este embajador no tenía más título que el de soldado francés, ni otras credenciales que las mechas encendidas de los cañones de la escuadra, que el rey veía humear desde el terrado de su palacio. El almirante exigía: que el enviado de la República fuera recibido; que se garantizase a Francia la neutralidad de Nápoles; que se llamara al embajador insolente que había negado la legitimidad del gobierno del pueblo francés en Constantinopla, y que la corte de Nápoles enviara un embajador a París. La negativa de una sola de es-

tas condiciones bastaba para que los buques hicieran fuego.

El rey, intimidado, recibió al granadero francés con los honores que hubiera dispensado al enviado de la República; concedió cuanto se le pedía, y, además, ofreció mediar entre la República y los enemigos de ésta.

—La República — le contestó el granadero — no quiere más mediación que la victoria o la muerte.

La corte de Nápoles, dominada por una reina orgullosa y enemiga de los franceses, sufrió aquella humillación sin murmurar, y fingió cumplir las condiciones impuestas por la actitud de Latouche; pero tomó de nuevo con más ardor su puesto en la conjuración de las cortes europeas contra Francia.

XXI

Mientras que los batallones franceses sometían a Saboya y el condado de Niza, las escuadras dominaban las costas del Mediterráneo, y Dumouriez limpiaba lentamente la Champaña. Los austriacos, alentados en los Países Bajos, por haberse ausentado el grueso de las tropas que Dumouriez había llamado para la reunión en el Argonne, intentaban entrar por el norte de Francia. Los emigrados habían persuadido al duque Alberto de Saxe-Teschen, gobernador de los Países Bajos, de que los habitantes del norte de Francia, y especialmente el pueblo de Lila, esperaban tener pretexto para sublevarse contra la Convención, y declarar al rey prisionero una fidelidad que era característica en aquellas provincias. Beurnonville, acudiendo con diez y seis mil hombres del ejército del Norte al socorro de Dumouriez, dejaba indefensa a Lila, donde sólo había diez mil hombres de guarnición, fuerza insuficiente para defender las extensas fortificaciones y contener al mismo tiempo a la población, compuesta de sesenta mil almas. El duque Alberto reunió veinticinco mil hombres, tomó de los arsenales de los Países Bajos cincuenta piezas de artillería de sitio, y se presentó el 25 de septiembre delante de las murallas de Lila donde hizo abrir trincheras.

Cinco baterías armadas de treinta piezas se montaron en la noche del 29, y el barón d'Aspre fué a intimar la rendición a la ciudad. Conducido al ayuntamiento con las formalidades prescritas por las leyes de la guerra, el parlamentario intimó al general Ruault, que mandaba la ciudad, quien le respondió como quien está seguro de sí mismo, del valor de la débil guarnición y del entusiasmo del pueblo.

La muchedumbre, que se agolpaba a las puertas del ayuntamiento, condujo nuevamente al parlamentario hasta los puestos avanzados austriacos, en medio de los gritos de ¡viva la república! ¡viva la nación!, y en seguida se rompió el fuego. Durante siete días y siete noches, las balas y las bombas cayeron sin descanso sobre la ciudad, destruyéndola, matando a seis mil personas e incendiando ochocientas casas. Las bodegas en que las mujeres, los viejos y los niños se habían refugiado, se hundieron en muchos barrios, bajo el peso de las bombas, sepultando a miles de víctimas bajo las ruinas. Aquella población valerosa convirtióse en ejército aguerrido, y tuvo un solo momento de vacilación, como si fuese la guerra la profesión habitual de aquel pueblo fronterizo. Las ciudades del Norte, con las que Lila no estaba completamente incomunicada, le enviaron víveres, municiones y batallones formados por lo más florido de la juventud. Seis miembros de la Convención, Duhem, Delmás, Bellegarde, Daoust, Doulcet y Duquesnoy, se encerraron en sus muros para animar a los sitiados y hacer ver en las fronteras que la nación estaba de su parte. En vano treinta mil balas rojas y seis mil bombas de cien libras de peso y cargadas con metralla, llovieron durante ciento cincuenta horas sobre aquella hoguera humeante, sin cesar extinguida y constantemente renovada; en vano, para animar a los sitiadores, la Archiduquesa de Austria, María Cristina, esposa del duque Alberto, fué personalmente a encender con su mano el fuego de una nueva batería; los de Lila conocieron que los austriacos cargaban las piezas con barras de hierro, cadenas y piedras, y dedujeron que empezaban a escasear las municiones, manteniéndose con más confianza en heroica impasibi-

lidad bajo el fuego. El duque Alberto, careciendo de tropas y de municiones, y sabiendo las ventajas obtenidas por Dumouriez en Champaña, temió que los soldados franceses acudieran al Norte, y levantó el sitio sin que lo persiguieran.

Lila había perdido un arrabal entero, y muchos barrios de la ciudad no eran más que montones de escombros que servían de sepultura a los cadáveres. Sus restos humeaban aún, y las hendiduras de los monumentos atestiguaban la gloria de una ciudad guerrera defendida y sacrificada por los habitantes.

Hubo allí rasgos verdaderamente heroicos. A un artillero voluntario de la ciudad, que servía una pieza sobre la muralla, le advirtieron que había reventado una bomba sobre su casa, y él, al oírlo, contempló la llama y contestó:

—Mi puesto está aquí, donde me han colocado para defender la patria y no mi casa.

Fuego por fuego, cargó y disparó su pieza.

La salvación de Lila despertó el entusiasmo nacional; las afrentas de Verdún y de Longwy quedaban vengadas.

Apenas se hubo levantado el sitio de Lila, cuando Beurnonville, destacado del ejército de Kellermann con diez y seis mil hombres, se adelantó hacia las fronteras del Norte, para contribuir al plan de invasión de Bélgica, tanto tiempo premeditado por Dumouriez y tan gloriosamente interrumpido por la campaña contra el rey de Prusia.

XXII

Dumouriez, deseoso de efectuar este plan, habíase dirigido a París al empezar el movimiento de retirada del duque de Brunswick. Su presencia en esta capital no sólo tenía por objeto triunfar, sino también preparar nuevas victorias, obteniendo, con el ascendiente de general victorioso, los medios necesarios para la invasión de Bélgica. Idolo del pueblo, temido de los jacobinos, amigo de Dantón, halagado por los girondinos, su gloria, su destreza y entusiasmo militar arrancaron al poder ejecutivo las órdenes y recursos de que podía disponer. El rechazo del 10 de agosto, la consternación que ocasionaron los sucesos de septiembre, la proclamación de la República, el estupor de unos y el delirio de otros ante el cadalso del rey, y, por último, el orgullo de Valmy y la gloria de haber reconquistado el territorio, hacían correr a las armas a toda la juventud francesa. Las armas faltaban a los brazos, no los brazos a las armas, por lo que se fabricaban apresuradamente en todos los talleres de la República. Muchos comisionados de la Convención y comisarios nombrados por los jacobinos, recorrieron los departamentos para activar la fabricación de armas y decretar y animar los alistamientos en todo el territorio de la nación. Las autoridades locales, nombradas espontáneamente por el pueblo y designadas por la voz pública como las personas más patriotas, disfrutaban de gran confianza, y eran obedecidas ciegamente, a pesar de no ser otra cosa que los reguladores del movimiento general.

Hombres de todas condiciones, de todas las fortunas y de todas las edades, presentábanse en masas para formar los batallones que cada departamento enviaba a las fronteras. Los guardias nacionales, introduciendo los soldados más aguerridos en aquellos batallones, se transformaron sobre el terreno en ejército activo. Los jóvenes que se habían distinguido por su celo y patriotismo en la guardia nacional, fueron nombrados comandantes de aquellos batallones: estos voluntarios, hijos de las mismas ciudades, de las mismas aldeas y de los mismos cantones, hermanos, parientes, amigos y compatriotas, se conocían mutuamente y escogían los jefes entre los más valientes, los más dispuestos, los más queridos, formando, en cierto modo, tantas familias militares cuantos eran los batallones de cada departamento. Marchaban al combate vigilándose, excitándose unos a otros y prometiéndose dar fe de su patriotismo, de su valor o de su muerte.

Al anunciarse el gran acontecimiento de París, al saberse la noticia de la declaración de guerra con otro enemigo más, al oír la relación de las catástrofes o de las ventajas militares que señalaban los primeros pasos de los ejércitos franceses en Champaña, en Saboya, en

el Mediodía o en el Norte, el amor a la patria despertaba con más vehemencia, inflamando el corazón de los ciudadanos. Las ardientes proclamas de la Convención, de las autoridades, de los jacobinos y de los representantes del pueblo, llamaban a los defensores de la libertad, y su voz, escuchada al punto, era la única ley para el alistamiento. El entusiasmo afiliaba; la voluntad disciplinaba, y los donativos patrióticos equipaban, armaban, pagaban y mantenían a aquellos patriotas.

XXIII

En las ciudades, en las aldeas y en los caseríos, los días en que las fiestas de la religión y las ferias reúnen a las multitudes, se levantaba un anfiteatro en la plaza pública, en la de armas o delante de la puerta del ayuntamiento. Una tienda militar, sostenida por pabellones de picas y coronada por banderas tricolores, se veía extendida sobre las aceras, como recuerdo del campamento. Esta tienda, cuya tela levantaba por delante un granadero y un soldado de caballería con uniforme, abríase delante del pueblo, ocupando el centro una mesa en la que se hacían los registros de alistamiento. El representante del pueblo en comisión, con la faja tricolor ceñida, el sombrero con las alas levantadas y adornado con un penacho de plumas, escribía en el registro los nombres de los que se alistaban. El alcalde, los regidores, los presidentes de los distritos y los de los clubs estaban agrupados en torno suyo; la multitud conmovida apartábase a cada momento para dejar paso a los defensores de la patria, que subían las gradas del estrado a decir sus nombres a los comisionados. Los aplausos del pueblo, los abrazos de los representantes, las lágrimas de enternecimiento de las madres de familia, las músicas militares, los redobles de los tambores y las estrofas de la Marsellesa cantadas en coro, recompensaban, excitaban y entusiasmaban aquellos actos de sacrificio por la salvación de la patria.

El contagioso entusiasmo que se apodera de las multitudes, dominaba muchas veces a los espectadores y decidía a los hasta entonces indiferentes o tímidos, a imitar los rasgos que estaban presenciando. Hombres casados se separaban de los brazos de sus esposas para lanzarse al altar de la patria; otros, ya de edad avanzada y hasta ancianos, pero ágiles y robustos aún, ofrecían el resto de su vida a la salvación del país. Despojábanse de las chaquetas y fracs delante de los representantes, y mostraban el pecho desnudo, las espaldas y brazos aun robustos, para probar que sus miembros tenían fuerza para llevar la mochila y el fusil, y para arrostrar las fatigas de la campaña. Los padres, inscribiéndose con sus hijos, los ofrecían a la patria, solicitando que les permitieran marchar en su compañía. Las mujeres, para seguir a sus maridos o sus amantes, o animadas por el delirio de la libertad y de la patria, el más generoso y desinteresado de todos los afectos, abandonaban los trajes propios de su sexo, vestían el uniforme de voluntarios y se alistaban en los batallones de los departamentos.

Estos voluntarios se encaminaban al depósito designado por el ministro de la Guerra, y allí se les daba el equipo, la instrucción y la organización. Emprendían la marcha por grupos más o menos numerosos, tambor batiente y cantando himnos patrióticos, acompañados hasta gran distancia de los pueblos por las madres, hermanos, hermanas y novias que llevaban la mochila y las armas, y que no se separaban de ellos hasta que la fatiga les agotaba las fuerzas. En los lugares elevados, en las entradas y salidas de las ciudades, a las puertas de las posadas aisladas, dondequiera que estos destacamentos hacían alto, los viajeros presenciaban las separaciones y despedidas. Los voluntarios, a quienes los últimos abrazos dejaban rezagados, enjugaban sus lágrimas marchando aceleradamente a incorporarse a su batallón sin mirar hacia atrás, temiendo dudar y enternecerse, y volvían a cantar con voz ronca, pero segura, la estrofa de la Marsellesa, que entonaban sus camaradas: *¡Marchemos, hijos de la patria!*

El vecindario de las ciudades y aldeas que atravesaban, salía a las puertas de las casas para verlos pasar y ofrecerles pan y vino. En los puntos donde debían

racionarse, los habitantes se disputaban el honor de alojarlos, como si fueran hijos de la familia. Las sociedades patrióticas les salían al encuentro, o los invitaban a asistir por la noche a su sesión. El presidente les arengaba, los oradores del club fraternizaban con ellos e inflamaban su valor, citando hechos gloriosos de la antigüedad. Se les enseñaban los himnos de los dos Tirteos de la Revolución, los poetas Lebrún y Chenier, y se les embriagaba con el sagrado delirio por la patria y con el fanatismo por la libertad.

XXIV

De tales elementos se componía el ejército que marchaba desde el centro a las fronteras, y que Dumouriez organizaba sobre la marcha.

Este general, después de haber pasado cuatro días en París celebrando conferencias secretas con Dantón y conferencias militares con Serván, entonces ministro de la Guerra, salió el 20 de octubre con dirección al cuartel general de Valenciennes. Antes de presentarse en él pasó dos días en una quinta de su propiedad en las inmediaciones de Perona, para meditar el plan de campaña, encaminado a libertar a Bélgica de los austriacos, y el plan de conducta que le convenía seguir para adular o intimidar a la Convención; servir a la República, si sabía gobernarse, o dominarla y destruirla si, como temía, pasaba de una anarquía a otra por culpa de las facciones. El general había salido de París despreciando a los girondinos, y confiando en el genio de Dantón. El horizonte indeciso de la fortuna le ofrecía dos perspectivas, en las que se complacía igualmente: la dictadura para él, compartida con Dantón, o el papel de Monk modificado por la diferencia de los tiempos y de los hombres, es decir, el restablecimiento de la monarquía constitucional, cuyo pensamiento le sugería la vista del duque de Chartres.

Mientras Dumouriez combinaba así las consecuencias probables que podían traer la guerra o la revolución, Serván abandonaba el ministerio en el que era reemplazado por Pache.

XXV

Pache, personaje subalterno, que acababa de salir de la obscuridad, elevado al ministerio de la Guerra por los girondinos, era amigo de Roland, y uno de los hombres que disimulan su ambición bajo la máscara de la modestia. Apenas se sabía cuál era su origen y por qué medios se había encaminado o arrastrado hasta allí, en la vida; pero se sospechaba que era hijo de un portero del duque de Castries, educado por aquella ilustre familia, a uno de cuyos hijos había él educado luego en la misma casa. Instruído, estudioso y reservado, no dejando escapar en la conversación más que palabras escasas y precisas, parecía muy a propósito para llegar a ser una de las ruedas útiles del mecanismo de la administración e incapaces de aspirar a ser nunca los reguladores. Mostraba hipócritamente gran desinterés, y sabía ocultar su deseo de mando, bajo la apariencia y la sencillez de filósofo: esta austeridad a la antigua usanza había seducido a la señora Roland, que se entusiasmaba con todo lo que hacía recordar los hombres de Plutarco, y había hecho que su marido tomara a Pache como jefe de su gabinete particular en el ministerio del Interior, y como confidente y auxiliar en sus más difíciles y secretos trabajos. Veía en Pache un hombre prudente que la Providencia había colocado junto a los hombres de Estado, para aconsejarles.

Cuando Serván fué llamado al ministerio de la Guerra, entró Pache en la administración con el mismo título e igual disimulo que con Roland; aparentó la misma aplicación en el cumplimiento de su deber y la misma aptitud para los pormenores. Al retirarse Serván, Roland había propuesto a Pache para desempeñar el ministerio de la Guerra, y los girondinos que, bajo la palabra de Roland veían en Pache un amigo decidido, lo aceptaron con confianza, creyendo que de ese modo el espíritu de Roland animaría a los dos ministerios; pero, apenas Pache vióse instalado en el consejo, sacudió como recuerdo importuno toda dependencia como toda gratitud hacia su

antiguo jefe, y principió a urdir con los jacobinos las tramas que debían hacer caer a Roland del poder y conducir a la esposa de éste al cadalso. Pache dió a los jacobinos como prenda la administración del ministerio de la Guerra, que confió a sus favoritos Vincent y Hassenfratz, que dominaron allí en su nombre; uno, joven franciscano, discípulo y émulo de Marat, y el otro, patriota de Metz, refugiado en París. Pache, ocupado únicamente en adquirir popularidad, hizo de las oficinas clubs, donde se veía el traje, las costumbres y el lenguaje de la más desenfrenada demagogia. El gorro encarnado y la carmañola reemplazaban al uniforme; las hijas de Pache hacían gala, en las fiestas cívicas, de la exageración de su patriotismo. Este ministerio no favorecía las miras de Dumouriez, a quien se acusaba de ser el hombre de guerra de los girondinos; el nombramiento de Pache lo aterró, y comprendió vagamente desde entonces que pronto veríase reducido por la enemistad de los jacobinos a la alternativa de humillarse ante ellos o de hacerlos temblar.

XXVI

Dumouriez, al llegar a Valenciennes, redactó el plan de invasión en Bélgica, y envió a cada uno de los generales que estaban a sus órdenes la parte de cuya ejecución les encargaba, y cuyo conjunto sólo conocía él, dirigiendo los movimientos combinados de las fuerzas, que ascendían a ochenta mil combatientes. El entusiasmo que había conducido a los batallones a la frontera acrecentábase con la esperanza de conquistas hechas en nombre de la República, teniendo todos en el general en jefe la confianza que el héroe de Valmy y el libertador de la Champaña inspiraba a los soldados. Donde estaba Dumouriez, allí estaban para ellos las leyes y la patria. Algo de dictatorial advertíase en la fisonomía, en las palabras y en las órdenes que daba al ejército, pareciendo que le importaban muy poco los comisionados, los decretos de la Convención y las miras del ministro de la Guerra. Habríase dicho que llevaba el gobierno consigo.

El duque Alberto de Saxe-Teschen mandaba en Bélgica en nombre de los austriacos; pero el emperador y Prusia lo habían dejado en un aislamiento que comprometía por aquella parte la seguridad de Bélgica. Las fuerzas diseminadas del duque de Saxe-Teschen apenas llegaban a treinta mil combatientes, cuatro mil de los cuales eran emigrados franceses a las órdenes del duque de Borbón, hijo del príncipe de Condé. Sus tenientes ocupaban con fuertes destacamentos toda la frontera belga. El duque de Saxe-Teschen, colocado en el centro de aquellas fuerzas diseminadas, dispuesto a avanzar o a replegarlas, ocupaba a Bruselas con una débil guarnición.

XXVII

Si Dumouriez hubiera tenido entonces genio verdaderamente militar, ese genio que multiplica la fuerza de los ejércitos concentrándolos, habría podido combatir a cada uno de los cuerpos aislados del ejército austriaco con todas sus tropas, y avanzando después en una sola columna al centro de Bélgica, cortar los otros cuerpos, mutilarlos o disolverlos; pero la escasa confianza que el general tenía aún en los batallones de voluntarios, y sobre todo la falta de material, de medios de transportes y de víveres, cosas que no podía suplir con requisas militares, le impidieron ejecutar aquella maniobra. La rutina de las antiguas guerras ponía obstáculos a la inspiración de los grandes generales.

Dumouriez dividió su ejército en cuatro cuerpos, imitando al duque de Saxe-Teschen. El general Valence, su brazo derecho y discípulo predilecto, mandaba el ejército de las Ardenas, que venía también de Valmy para oponerse a Clairfayt. Valence recibió la orden de ir a Namur para impedir, si era tiempo aún, la incorporación de Clairfayt al ejército de Bélgica junto a los muros de Mons; pero era demasiado tarde. Las primeras columnas de Clairfayt habían entrado ya en Mons; el segundo cuerpo, de 12.000 hombres, al mando del general d'Harville amenazaba a Charleroi; y el tercero, a las órdenes del general La Bourdonnaye, que mandaba el ejército del Norte propiamente dicho, compuesto de 18.000

hombres, debía adelantarse a Tournay. Por último, Dumouriez, a la cabeza de dos cuerpos que formaban el centro del ejército con 35.000 hombres, debía marchar a Mons y dar un golpe decisivo al ejército reunido de Clairfayt y del duque de Saxe-Teschen. Su propósito era dividir aquel ejército en dos y marchar por la brecha a Bruselas, insurreccionando a derecha e izquierda las provincias belgas y sirviendo de vanguardia a los tres cuerpos de Valence, de d'Harville y de La Bourdonnaye. Dumouriez había redactado proclamas en estilo revolucionario moderado, invitando a Bélgica a independizarse, y en estilo a propósito para hacer fermentar en las provincias citadas el antiguo germen de la revolución. Estas proclamas, obras maestras de habilidad, recordaban la prudencia del diplomático, la pericia del revolucionario y la espada del guerrero. Dumouriez se presentaba en Bélgica más como libertador que como conquistador; los franceses hablaban a los pueblos como hermanos que venían a ayudarles contra sus opresores; era el verdadero espíritu de la Revolución hablando por boca de su primer general. Si la Revolución hubiera hablado siempre y procedido como Dumouriez, su propaganda, pacífica para las naciones y amenazadora para los dominadores que las oprimían, habría combatido más que los ejércitos. Algunos patriotas belgas, impacientes por emancipar al país del yugo austriaco, habían pasado la frontera y, al oír la voz del general francés, habían formado batallones de voluntarios, que Dumouriez llevaba consigo. Eran el combustible con que éste confiaba encender la llama del patriotismo de la insurrección, como precursora de su marcha.

XXVIII

El éxito de este plan de campaña, concebido y preparado del modo que acabamos de indicar, dependía en la primera batalla, empeñada bajo los muros de Mons, entre el ejército de Dumouriez poyado por el de Valence y sostenido por el de d'Harville por una parte, y el ejército del duque de Teschen y de Clairfayt por la otra, acampado, fortificado y teniendo a la espalda una ciudad importante. Todo marchó desde aquel momento con rapidez y de concierto hacia Mons, donde Bélgica debía ser conquistada o perdida. Las miras de Dumouriez, claramente reveladas por la disposición de los cuerpos de ejército y por la marcha de las columnas, las había adivinado la previsión militar de Clairfayt, quien, unido al duque de Teschen, con treinta mil combatientes delante de Mons, había escogido el terreno, designando el campo de batalla, apoderádose de las alturas, cerrado los desfiladeros, escarpado las pendientes y armado los reductos en los puntos por donde había posibilidad de acercarse a ellos.

El campo de batalla, que de este modo habían sembrado de almenas y empalizadas, rodeado de barrancos, de canales y de riachuelos como inmensa plaza fuerte, es una cadena de colinas con algunas pequeñas desigualdades en los puntos de intersección, que se extiende a media legua de Mons. Esta línea de alturas está cubierta en la cumbre por un bosque. La villa de Jemmapes, colocada sobre los últimos llanos de la colina, la termina por la derecha; a la izquierda, se inclina y va descendiendo hacia la villa de Cuesmes. El espacio comprendido entre estas dos poblaciones, que los austriacos habían convertido en ciudadelas, forma naturalmente dos o tres ángulos entrantes, donde se habían colocado baterías para acribillar con fuegos cruzados las columnas que intentaran subir la cuesta.

Delante se extiende, como el estanque de un lago desecado, un llano profundo, estrecho, y cuyas tierras bajas forman recodos y ensenadas entre los picos de las peñas que lo circundan. Detrás, y especialmente por el lado de Jemmapes, la colina en que estaba el campamento y los reductos del ejército austriaco, entra en un terreno pantanoso entrecortado por canales de desagüe, por charcos de agua estancada, por terreno blando y movedizo, y por juncos que forman cercas elevadas en las orillas de los fosos e impiden el acceso a la caballería y a la artillería. Cubierto por detrás por este terreno pantanoso y por la ciudad de Mons, flanqueadas el ala derecha por la villa de Jemmapes y la izquierda por

la de Cuesmes, que toca a los arrabales de aquella gran ciudad cerrada, el ejército austriaco, teniendo delante y a los pies las baterías y los reductos con ciento veinte piezas de artillería, y los puestos avanzados fortificados en las últimas desigualdades del terreno que se adelantaban en el llano, nada podían temer en la línea de retirada y en los flancos, teniendo sólo que combatir de frente a los franceses, que avanzaran al descubierto bajo los fuegos y en el estanque que rodeaba por todas partes. La pericia de los generales austriacos había suplido al número por la formidable posición de su ejército; la elección y la disposición de este campo de batalla demostraban a Dumouriez que Clairfayt era un general digno de competir con él.

XXIX

Después de haber desalojado el 3 y el 4 de noviembre a los austriacos de los puestos avanzados que ocupaban el camino y el llano, Dumouriez se desplegó el 5 en la inmensa línea convexa, que se apoyaba, por la izquierda, en el pueblo de Quaraignón, que no había podido tomar la víspera, y, por la derecha, en la aldea de Siply, al pie de las alturas de Berthaymont y del monte Palisel, que dominan un arrabal de Mons; y se colocó en el centro de aquella línea de batalla a igual distancia de las dos alas. D'Harville, que formaba el extremo del ala derecha, al pie del monte Palisel y casi bajo los muros de Mons, tenía orden de permanecer en observación, y de aprovechar el movimiento de retirada y de confusión que produciría el ataque de las tropas francesas al ejército austriaco para apoderarse del camino de Mons y cerrarle las puertas de la ciudad, a donde el duque de Saxe-Teschen y Clairfayt esperaban encontrar refugio. Beurnonville, a quien Dumouriez confió la vanguardia tan numerosa como un cuerpo de ejército, estaba encargado con lo mejor de sus tropas de entablar la acción, apoderándose y tomando el pueblo y la meseta fortificada de Cuesmes a la izquierda de los austriacos. Cinco reductos había en esta terrible meseta; toda la línea enemiga entre Cuesmes y Jemmapes estaba igualmente atrincherada con reductos sobrepuestos unos a otros, y cuyos fuegos se cruzaban en caso de necesidad por lienzos de pared hechos con árboles cortados y ramas entrelazadas que impedían el paso a la caballería y la artillería; había, además, barrancos que la azada había ahondado más, y casas aspilleradas desde donde los tiradores del Tirol de certera puntería podían disparar tranquilamente y a cubierto, y diezmar las filas de las columnas de ataque. Sólo en el centro, la villa y el bosque de Flence, colocados sobre un terraplén más ancho y menos rápidamente inclinado, dejaban a la caballería francesa una garganta por donde podía llegar hasta el pie de la altura. El camino, interceptado, sin embargo, por la aldea de Flenu, había sido previamente ocupado por los mejores escuadrones de la caballería austriaca. El anciano general Ferrand, recuerdo de Laufelt y de la guerra de los Siete Años, pero que se rejuvenecía con el estruendo del cañón, mandaba el ala izquierda situada algo más atrás de la línea de batalla a causa de la aldea de Quaraignón, ocupada también por una fuerte columna austriaca con artillería, delante de la artillería de Jemmapes. Por último, el duque de Chartres, que fué luego rey de los franceses, mandaba el centro a la vista del general en jefe; era el más joven de los tenientes de Dumouriez y el favorito de este general. Hubiera podido decirse que el jefe deseaba que le iluminase la gloria para designarlo a Francia, y al destino que el instinto político de Dumouriez entreveía al través del humo de los primeros campamentos. El duque de Chartres debía emprender el movimiento para dar el último asalto por el centro inexpugnable de la posición de los enemigos. Ferrand y Beurnonville debían tomar antes uno de los dos extremos más accesibles de Jemmapes o de Cuesmes, siendo una de estas posiciones la única puerta por donde el ejército francés podía desembocar en la meseta y acercarse de flanco, o rodear al ejército austriaco.

Dumouriez tomaba estas disposiciones rodeado por su estado mayor, sobre el mapa más bien que a la vista de los lugares, porque las cercas, los bosques, los

grandes árboles que hay en los límites de los campos y de los caminos en las tierras de Bélgica, interceptaban el horizonte que podía descubrir el general. Los cuerpos diseminados en una gran extensión, combinaron las maniobras casi a ciegas, y en una extensísima línea de batalla, donde se combatía juzgando por el ruido más que por la vista. La noche ocultaba a los dos ejércitos, cuando se dieron detalladamente las diferentes órdenes a los tenientes de Dumouriez. Muchos dragones o húsares con hachas encendidas, escoltaron por los caminos y los senderos a los ayudantes de campo y a los generales que volvían a los vivaques para adoptar disposiciones para la acción del día siguiente.

El ejército durmió formado en orden de batalla, con mochila y sobre las armas; los artilleros al pie de los cañones; éstos enganchados y las bridas de los caballos pendientes del brazo de los jinetes. Así lo había dispuesto Dumouriez. Para combatir en aquel extenso campo, en el que había tres diferentes líneas de batalla, y cuyos azares podían prolongar la incertidumbre, el general quería aprovechar la luz del alba, pues siendo, en aquella estación, los días tan cortos, la falta de claridad en momentos determinados podría perjudicar a los combatientes. Temía, además, que si no se había decidido la victoria cuando las sombras de la noche volvieran a extenderse de nuevo sobre la tierra, el enemigo, al retirarse, se aprovecharía de la obscuridad para entrar de nuevo en Mons y evitar ser perseguido.

XXX

El primer resplandor del día en el desigual terreno de Bélgica, sorprendió al ejército francés sobre las armas; el cielo estaba pardo, encapotado y lluvioso como en un día de otoño en los climas del Norte. Una niebla fría obscurecía el sol y caía, en gotas de lluvia, de las ramas de los árboles. Habíanse recolectado las mieses, la tierra estaba desnuda, las hojas habían caído de los árboles, y ningún obstáculo interceptaba la vista en el extenso terreno que ocupaban las apretadas filas de los batallones y de los escuadrones que esperaban silenciosos la orden de ponerse en movimiento.

El aspecto severo, marcial y reflexivo del ejército enemigo atrincherado en las alturas; las gorras de pelo de los granaderos húngaros, la capa blanca de la caballería austriaca, el dormán azul celeste de los húsares, la casaca parda de los cazadores tiroleses, la inmovilidad de los cuerpos, en actitud de espectadores más que de combatientes, en las crestas de las mesetas de Jemmapes, como si estuvieran en el glacis de una ciudadela, contrastaban con el aspecto variado y la tumultuosa movilidad del ejército de Dumouriez; parecía que la Providencia había querido colocar frente a frente para que lucharan a las dos mayores fuerzas militares: la disciplina y el entusiasmo.

XXXI

El ejército francés, a excepción de los generales envejecidos bajo el uniforme y de la caballería, cuyos regimientos los componían antiguos soldados conservados con esmero en los cuadros y estaban orgullosos de su instrucción, estaba formado casi en su totalidad por voluntarios; los sencillos uniformes sólo ofrecían a la vista largas filas sombrías, mal alineadas por oficiales bisoños, revelando la inexperiencia de las maniobras en los soldados. Los zapatos de cuero grueso, los botines de paño negro abotonados hasta por encima de la rodilla, que daban más ligereza a la marcha, comprimiendo y diseñando los músculos de la pierna un calzón blanco; casaca cuyos largos faldones, cortados en figura de ala de pájaro, llegaban a los talones; dos anchas correas de cuero blanco cruzadas en el pecho y que servían, una para sostener la cartuchera y la otra para ceñir el sable en el lado izquierdo; otras dos correas parecidas, pero más estrechas, que pasaban por encima de los hombros y volvían a pasar inmediatamente debajo del sobaco, que sujetaban la mochila de piel de cabra del soldado como banasta de obrero; las solapas de la casaca de paño encarnado formando una especie de mancha de sangre sobre el pecho; un collarín bajo para dejar libres los movimientos del cuello; el cabello largo,

grasiento y empolvado, cubriendo, como dos copos de melenas, ambas orejas y atado en la nuca con una cinta de hilo negro; y, por último, la cabeza adornada, según los cuerpos, o con un ligero casco de cuero sólido, coronado con una corta garzota de crin en forma de escobilla, o con sombrero de alas levantadas sobre el que flotaba una pluma de gallo: tal era el uniforme del voluntario francés, cuyas armas eran un sable corto, un cuchillo de reserva para acometerse cuerpo a cuerpo cuando se inutilizaba la bayoneta, y un largo fusil de un solo cañón a cuyo extremo se colocaba la bayoneta para herir el pecho del enemigo cuando estaba descargado el fusil.

Casi toda la infantería llevaba este uniforme y armamento. Los cazadores lo disminuían a veces para maniobrar con más desembarazo; los granaderos, esos gigantes de las líneas, aumentaban su elevada estatura con una enorme gorra cubierta de piel negra, cuyo pelo caía por delante sobre una placa de cobre dorada o plateada. En esta placa, en letras de realce, distinguíase el número del regimiento o cifra del batallón.

Las compañías de zapadores, gastadores y obreros militares, hombres escogidos por su robustez y estatura, llevaban, en vez de fusil de bayoneta, un hacha afilada y brillante, con mango corto, apoyada en el hombro, con el corte al aire; arma que lo mismo servía para derribar los árboles y abrir paso al ejército, que para cortar cabezas en el campo de batalla.

Los artilleros llevaban la casaca más corta, de colores más brillantes, y más adornos en el uniforme; las forrajeras de hilo de algodón color de escarlata rodeaban el brazo izquierdo; casco plateado en la cabeza y plumero encarnado.

La caballería, compuesta de gendarmes, carabineros, coraceros, dragones, cazadores y húsares, según la estatura de los soldados y la alzada de los caballos, brillaba en las alas de cada división. Estos, alimentados con los fuertes pastos del Norte, relinchaban y piafaban como deseosos de entrar en combate. Los cañones, crujiendo sobre las cureñas, seguidos por los furgones enganchados y rodeados de artilleros con la mecha en la mano, disponiéndose a servir las piezas, estaban acostados como troncos negros sobre las carretas de los leñadores. Las tiendas de los oficiales superiores, únicas que se habían desplegado aquella noche, veíanse por doquier. Las filas de carruajes que llevaban las provisiones, estaban colocadas a retaguardia de los batallones; los fuegos de los vivaques, rodeados por los vivanderos y cantineras que distribuían aguardiente a las compañías, se iban apagando confundiéndose sus últimas humaredas con las nieblas de la mañana. De vez en cuando, el ruido de alguna cureña sobre el pavimento de las anchas calzadas belgas, un toque de trompetas o un redoble de tambores, anunciaba el movimiento de algunos cuerpos que se trasladaban lentamente de sitio, e iban a ocupar el puesto que para la batalla les había señalado el general.

XXXII

Tal era el aspecto de los terrenos pantanosos del llano de Jemmapes en la mañana en que se libró la batalla. En cuanto a las disposiciones del ejército reflejábalas claramente el rostro de los voluntarios. No tenían el semblante intrépido y grave ni la actitud inmóvil y marcial de un ejército habituado a las maniobras y a la disciplina, que da a los movimientos y a las fisonomías la uniformidad maquinal del ademán único y de la expresión idéntica, el orden no era perfecto; el traje y las armas no ofrecían uniformidad; el silencio se interrumpía con frecuencia; se trataba con familiaridad a los jefes, y con frecuencia hasta se les faltaba al respeto con réplicas y burlas. La edad, los modales, la fisonomía y el lenguaje de los voluntarios eran diferentes; unos eran muy jóvenes, y apenas podían soportar el peso de treinta libras con que estaban cargados; otros tocaban a la vejez y tenían el bigote blanco como los veteranos; pero la mayoría estaba entre los veinte y los cuarenta años. En la delicadeza o tosquedad de las manos; en lo blanco o moreno del cutis; en la elegancia o pesadez de los miembros, advertíase que estos batallones no habían sido reclutados en la

misma clase del pueblo, sino que todas las edades, todas las condiciones y todas las profesiones se encontraban allí confundidas y mezcladas: el ocioso al lado del trabajador, el hijo del particular de las ciudades al lado del labrador; el rico al lado del pobre, y el noble al del plebeyo. Los rostros, tan diferentes como los hombres, sólo se parecían en la uniformidad del valor; se conocía que no estaban allí como máquinas que la ley de la disciplina y del reclutamiento afilia y forma en empalizadas vivas frente al enemigo, sino que habían corrido movidos por un impulso espontáneo, repentino y voluntario; que la causa en cuya defensa marchaban y por la que sufrían hambre y frío, era personal; y que en la lucha de Francia contra Europa, era la victoria del patriotismo y de las ideas la que se aspiraba a conseguir.

Leíase, además, en los rostros la movilidad turbulenta, curiosa y agitada que revelaba que aquellas tropas eran bisoñas y no estaban acostumbradas a oír el ruído del cañón. Atentas a la escena, esperaban la batalla como un espectáculo en el que debían tomar parte. Esta extrema sensibilidad de los rostros y del alma en los batallones inquietaba y tranquilizaba al mismo tiempo a los jefes, pues podía, según las impresiones de aquellos hombres demasiado apasionados para batirse con sangre fría, convertirse, al empezar el fuego, en terror pánico o en entusiasmo, que haría de ellos o masas de fugitivos o batallones de héroes.

XXXIII

Dumouriez sólo había descansado sobre un haz de paja algunas horas, durante las cuales había sido interrumpido su sueño varias veces por las relaciones de los ordenanzas, y ya andaba recorriendo el frente de las líneas, rodeado por su estado mayor particular, en el que figuraban: Thouvenot, oficial a quien el general apreciaba más que a los otros, porque había sido el primero que en Sedán había comprendido y servido su gran pensamiento del Argonne; el duque de Chartres, a quien mostraba a los soldados para acostumbrar a la República a mirar a un príncipe; y el joven duque de Montpensier, casi niño, hijo segundo del duque de Orleáns, ayudante de campo de su hermano en Jemmapes. El valor precoz, aspecto melancólico y apasionada amistad que este joven profesaba a su hermano, atraían las miradas y conmovían a los soldados. También figuraban en el estado mayor Moretón de Chabrillán, jefe honorario de estado mayor, valiente, pero turbulento y celoso; el joven Bautista Renard, a quien el general había agregado a su servicio, siendo aún niño, y que desde la condición de criado habíase elevado al puesto que ocupaba merced a la abnegación por su señor; y, finalmente, un grupo a caballo de cuatro oficiales de distintas edades, entre los que no pasaban inadvertidos dos rostros femeninos, cuya modestia, color sonrosado y gracia contrastaban, bajo el traje de oficiales de ordenanza, con las fisonomías varoniles de los guerreros que los rodeaban. Estos cuatro oficiales eran el capitán de guías de Dumouriez, Fernig, habitante de la Flandes francesa; su hijo, teniente en el regimiento de Auxerrois, y sus dos hijas, a quienes el amor filial y el amor patrio habían llevado a los campamentos. El amor filial no les había dejado otro asilo.

XXXIV

Estas jóvenes eran naturales de la aldea de Montagne, en la frontera de Francia, limítrofe de Bélgica. Digamos cómo les fué revelada la vocación militar.

Al principio de la guerra, los departamentos fronterizos se levantaban por sí mismos para invadir el país, y Francia sólo era un campamento de aquellos que se consideraban como puntos avanzados. Además de los batallones que enviaban a Dumouriez, muchas compañías de voluntarios, formadas por hombres casados, viejos y jóvenes casi niños, sin más ley que la salvación pública, sin otra organización que el patriotismo, ni otros jefes que los más valientes, abandonaban las ciudades, las villas y las aldeas, sorprendían los destacamentos enemigos, rechazaban la invasión de los puntos avanzados y combatían contra los hulanos ligeros de Clairfayt. Hasta mujeres y niños formaban parte de estas rápidas

expediciones, en las que todas las edades y todos los sexos querían pagar tributo de entusiasmo y de sangre a la patria y a la libertad; las más entusiastas y decididas de estas heroínas fueron las dos hijas de Montagne, célebres después en los fastos de los primeros combates de Francia. Llamábanse Teófila y Felicidad y eran las dos mayores de cuatro hermanas.

El señor de Fernig, antiguo oficial, retirado en la villa de Montagne, en lo último de la frontera del departamento del Norte, era padre de una numerosa familia, cuyos hijos servían, uno en el ejército de los Pirineos y otro en el del Rin. Las cuatro hijas, a quienes la muerte había arrebatado la madre, vivían con él. Dos eran aún muy niñas, y las dos mayores apenas llegaban a quince años. El padre, que mandaba la guardia nacional de Montagne, había animado con su ardor militar a los paisanos del cantón, haciendo campamento de todo el país y fogueaba a los habitantes con escaramuzas constantes contra los húsares enemigos, que pasaban a veces la línea de la frontera para ir a insultar, saquear e incendiar la comarca. Pocas noches eran las en que no dirigía personalmente aquellas patrullas cívicas y sus expediciones, durante las cuales las hijas quedaban temblando por él. Teófila y Felicidad, más conmovidas aún por los peligros que corría su padre que por los de la patria, confiáronse mutuamente sus inquietudes y sintieron nacer a la vez en su corazón el mismo pensamiento: resolvieron armarse también, formar, sin que lo supiera el señor de Fernig, en las filas de labradores que éste había convertido en soldados; combatir con ellos, velar particularmente por su padre, y arrojarse entre él y la muerte si le amenazaban de cerca los soldados enemigos.

Sólo revelaron esta resolución a algunos vecinos de la villa, cuya complicidad les era necesaria para que no lo supiera el señor de Fernig. Se vistieron de hombres con los trajes que sus hermanos habían dejado en casa al incorporarse al ejército; se armaron con sus escopetas, y siguiendo muchas noches a la pequeña columna guiada por su padre, se batieron con los merodeadores austriacos, ejercitándose en las marchas, en los combates y en la muerte, y electrizando con su ejemplo a los valientes campesinos de la aldea. El secreto fué guardado fielmente durante mucho tiempo; el señor de Fernig al entrar por la mañana en casa, y referir las aventuras, los peligros y los triunfos de la noche a sus hijas, estaba muy lejos de sospechar que ellas habían combatido en primera fila y librádole algunas veces la vida.

Beurnonville, que mandaba el campamento de Saint-Amand, a poca distancia de la frontera, habiendo oído hablar del heroísmo de los voluntarios de Montagne, montó a caballo a la cabeza de un fuerte destacamento de caballería y fué a limpiar el país de los forrajeadores de Clairfayt. Al acercarse a Montagne una madrugada, encontró la columna del señor de Fernig, que entraba en el pueblo después de una noche de fatiga y de combate, en que no había cesado el fuego en toda la línea y en que éste había sido libertado por Teófila y Felicidad de las manos de un grupo de húsares que se lo llevaba prisionero. La columna, fatigada, conduciendo muchos heridos y cinco prisioneros, cantaba la Marsellesa al son de un solo tambor acribillado a balazos. Beurnonville detuvo al señor de Fernig, le dió las gracias en nombre de Francia, y para honrar el valor y el patriotismo de los campesinos, quiso pasarles revista tributándoles todos los honores de la guerra. Apenas empezaba a clarear el día, aquellos valientes se formaron, ufanos al verse tratados como soldados por el general francés; pero, apeándose y pasando por el frente de aquella tropa, Beurnonville creyó advertir que dos de los voluntarios más jóvenes, ocultos detrás de las filas, esquivaban sus miradas y pasaban furtivamente de un grupo a otro para evitar que se les acercase. No comprendiendo tanta timidez en hombres que llevaban fusil, suplicó al señor de Fernig que hiciera que se acercasen aquellos valientes jóvenes. Se abrieron las filas y dejaron a descubierto a las dos doncellas; pero los trajes varoniles, los rostros ennegrecidos con el humo de los disparos hechos durante el combate y los labios ennegrecidos por los cartuchos que habían roto con los dientes, las hacían des-

conocidas a su mismo padre. El señor de Fernig se sorprendió de no conocer a aquellos dos jóvenes que combatían a su lado.

—¿Quiénes sois? — les preguntó con tono severo.

Al oír esto, un sordo murmullo acompañado de sonrisas generales recorrió todas las filas. Teófila y Felicidad, viendo descubierto su secreto, se arrodillaron y, avergonzadas, lloraron, sollozaron e imploraron, abrazándose a las piernas de su padre, perdón por haberle engañado. El señor de Fernig abrazó a sus hijas llorando también, y las presentó a Beurnonville, que describió aquella escena en el oficio que dirigió a la Convención. Esta reveló los nombres de las dos jóvenes a Francia, a quienes, además, envió caballos y armas de honor en nombre de la patria. Volveremos a encontrarlas en Jemmapes, combatiendo, triunfando y salvando a los heridos enemigos después de haberlos vencido. Tasso no ha inventado en Clorinda nada más heroico, nada más maravilloso, ni más amor que el que admiró la República en el disfraz filial, en las hazañas y en el destino de aquellas dos heroínas de la libertad.

XXXV

Dumouriez, en la primera época de su mando en Flandes, las mostró a la admiración de los soldados en el campamento de Maulde. Su casa, cuando ocurrieron los primeros reveses de Francia, designada a la venganza de los austriacos, fué quemada, y el señor de Fernig no tuvo ya más patria que el ejército. Dumouriez llevó consigo al padre, al hijo y a las dos hijas a la campaña del Argonne; dió al padre y al hijo grados en el estado mayor; las jóvenes, siempre entre el padre y el hermano, llevaban traje y armas militares, desempeñando las funciones de oficiales de ordenanza. Habían combatido en Valmy, y estaban impacientes por combatir en Jemmapes; la mayor, Felicidad de Fernig, seguía a caballo al duque de Chartres, a quien no abandonaba durante la acción; la segunda, Teófila, se preparaba para llevar al anciano general Ferrand las órdenes del general en jefe, y para marchar con él al asalto de los reductos del ala izquierda. Dumouriez mostraba las dos encantadoras heroínas a los soldados, como modelo de patriotismo y presagio de la victoria; su belleza y su juventud recordaban al ejército las apariciones maravillosas de los genios protectores de los pueblos, a la cabeza de los ejércitos, el día del combate. La libertad, como la religión, podía también hacer milagros.

XXXVI

Mientras Dumouriez, después de haber pasado revista de inspección, decía, al pasar, a los soldados aquellas palabras que reasumen el entusiasmo en un ademán y vienen a ser el santo de la victoria, daba principio el combate en los dos extremos de la larga línea de batalla, por la derecha y por la izquierda. Por ésta se lanzó el general Ferrand, cantando la Marsellesa, a la fortificada villa de Quaraignón, puesto avanzado que era indispensable tomar antes de poder cercar la derecha de los austriacos o escalar a Jemmapes. Atento Dumouriez al estruendo del cañon, que tronaba sin variar de sitio desde hacía más de una hora, comprendió que Ferrand encontraba un obstáculo insuperable en las baterías, que la víspera habían ya hecho retroceder a los batallones belgas. No teniendo ningún movimiento que hacer, ni que vigilar el centro inmóvil, corrió al galope hacia Quaraignón para animar con su presencia el ataque, que no podía salir mal sin paralizar todos los movimientos en el centro y en la derecha. Al acercarse, Ferrand, acosado por el fuego que le hacían de las baterías de las casas y de los reductos, barriéndolo todo, parecía indeciso, y al abrigo de los primeros edificios del pueblo daba a sus batallones tiempo para reponerse. Una palabra y un ademán de Dumouriez, señalando con la mano las alturas, reanimaron a los batallones vacilantes. Envió a Thouvenot para que le reemplazara en la dirección de aquellas columnas; Ferrand y Thouvenot, animados por una generosa emulación, reformaron y movieron nuevamente las columnas, se lanzaron a la

cabeza de éstas al flanco derecho y al izquierdo del pueblo, recibieron tres veces la descarga de los reductos, los tomaron al paso de carga y a la bayoneta, y, sostenidos por cuatro batallones del general Rozieres, que cubrían las filas, se apoderaron de Quaraignón y del espacio que separa a este pueblo de Jemmapes.

Allí, siguiendo las instrucciones de Dumouriez, dividieron las fuerzas en dos columnas; una, al mando de Rozieres, desplegó ocho escuadrones en batalla sobre el camino; mientras el general, con ocho batallones de infantería, se acercaba a Jemmapes por la izquierda. La otra, a cuya cabeza marchaban Ferrand y Thouvenot, sostuvo el ataque principal en columnas por batallones, y se acercó a Jemmapes por el frente y a la bayoneta para no dar tiempo, descargando y cargando las armas, a que los reductos acribillaran a los sitiadores.

Thouvenot, para corresponder al pensamiento de su general y amigo; Ferrand, para hacer olvidar su indecisión de la mañana y hacer más venerables sus blancos cabellos con una nueva victoria, sacrificaron mil veces sus vidas, conduciendo los granaderos, la infantería de línea y los diezmados voluntarios, de escalón en escalón, sobre las mesetas de Jemmapes. Confundido por una nube de balas de cañón y de obús, que levantaban la tierra de los ribazos bajo sus pies, cayendo del caballo, que murió en el acto, Ferrand, levantado por Thouvenot, se colocó a pie con el sombrero en la mano a la cabeza de los granaderos, cogió un fusil y cargó a la bayoneta en las calles del pueblo, arrostrando la metralla de los austriacos. Fué herido, pero él no lo sintió. Rozieres, con cuatro batallones, amenazó cercar a Jemmapes por la izquierda; los ocho escuadrones que había colocado en observación, se lanzaron al galope a la pendiente de la villa, y apagaron el fuego de los reductos. Un destacamento de cazadores a caballo precipitóse sobre uno de los últimos batallones de granaderos húngaros, que luchaba aún con la columna del centro. La joven Teófila Fernig, lanzándose con sus cazadores sobre aquel batallón, lo desordenó, derribó a dos granaderos de dos pistoletazos e hizo prisionero al jefe del batallón, a quien condujo desarmado a la presencia de Ferrand.

XXXVII

Tranquilo ya Dumouriez en cuanto al ataque de la izquierda, donde había dejado el alma en la persona de Thouvenot, y viendo desde la llanura las nubes de humo que rodeaban a Jemmapes y hacían conocer, al esparcirse por los aires, los progresos de los franceses, fijó toda su atención en la derecha. Desprovisto, por aquel lado, del cuerpo de ejército de las Ardenas y de su jefe Valence, que no habían llegado aún a la línea, descansaba en Beurnonville, general activo e inspirado por el fuego.

Eran las once de la mañana. Dumouriez, después de cambiar de caballo en el cuartel general y dar rápidamente algunas órdenes al duque de Chartres, volvió a marchar a toda brida para conocer la causa que detenía el ataque de Beurnonville al pie de la meseta de Cuesmes. Al llegar, encontró las tropas de este general inmóviles como murallas bajo las balas de cañón que llovían sobre ellas, pero sin atreverse a salvar las gradas de fuego que los separaban de la llanura. Dos brigadas de infantería de Beurnonville sobresalían un poco de los reductos defendidos por los granaderos húngaros. Cien pasos más atrás, diez escuadrones de húsares, de dragones y de cazadores franceses esperaban inútilmente que la infantería les franquease el espacio cerrado delante de ellos. Estos escuadrones recibían a cada momento los fuegos oblicuos de las piezas de artillería que los flanqueaban y derribaban filas enteras de caballos, y para colmo de desdichas, la artillería del general d'Harville, apostada a lo lejos sobre las alturas de Siply, creyendo que aquellos escuadrones eran la caballería húngara, les disparaba a retaguardia. Encima de los reductos una columna de caballería y otra de infantería austriaca, dispuestas a caer sobre nuestros batallones tan pronto como los rompiesen las balas de cañón, dejaban ver las primeras líneas de bayonetas, y las cabezas y pechos de los caballos de

los primeros pelotones detrás y encima del humo de los cañones.

XXXVIII

Tal era la situación de las columnas de ataque francesas en las llanuras de Cuesmes cuando Dumouriez llegó; pero, impaciente al ver un alto, que, suspendiendo el entusiasmo de las tropas, les daba tiempo para contar los muertos y la tentación de retroceder, el general Dampierre, comandante a las órdenes de Beurnonville, no esperó que Dumouriez le arrebatase la victoria o la muerte. Dampierre en una carga desesperada condujo con el gesto y la voz el regimiento de Flandes y el batallón de voluntarios cazadores de París, gente perdida que había llevado al campo de batalla el fanatismo teatral pero heroico de los jacobinos. Agita Dampierre con la mano izquierda el penacho tricolor de su sombrero de general, y llama con la espada al batallón que está cien pasos detrás, expuesto a la metralla de los reductos y al fuego de los húngaros. Parece que la muerte, que tan cerca le esperaba en otro campo de batalla, huyó de él, porque no recibió una sola herida. El regimiento de Flandes y el batallón de París, tranquilizados al verle en pie, se lanzaron al paso de carga y le alcanzaron gritando ¡viva la República!, deshicieron a la bayoneta los batallones húngaros y entraron detrás de ellos en los dos reductos, cuyas piezas volvieron contra el enemigo. Dumouriez y Beurnonville, guiando por el frente y por la derecha las otras dos columnas al paso de carga, las hicieron entrar en la meseta, despejada ya por Dampierre. Los gritos de victoria y la bandera tricolor plantada sobre el último reducto, anunciaron a Dumouriez que Cuesmes era ya suyo y que era tiempo de atacar el centro cuyas dos alas estaban en retirada y cuyos flancos podían ser descubiertos.

Corrió a todo galope a dar a sus treinta y cinco mil combatientes la orden de atacar las alturas fortificadas que unen la villa de Cuesmes a la de Jemmapes. Estos batallones estaban escuchando inmóviles con el arma al brazo desde la aurora las descargas de artillería que se respondían de una ala a la otra. El viento que soplaba del lado de Jemmapes les llevaba, con el sonido del bronce, las nubes de humo y el olor incitante de la pólvora, y se impacientaban por entrar a la carga, murmurando de la lentitud del general.

A la señal de Dumouriez, toda la línea se puso en movimiento; formó por batallones en tres espesas y largas columnas; entonó simultáneamente la Marsellesa y atravesó a paso de ataque la llanura estrecha que separaba las dos alturas. Los ciento veinte cañones y obuses de las baterías austriacas vomitaron sin descanso balas y granadas sobre aquellas columnas, que sólo respondieron con el himno de los combates. Los disparos hechos desde mucha elevación pasaron sobre la cabeza de los soldados y sólo alcanzaron las últimas filas. Dos columnas empezaron a subir las cuestas. La tercera, que avanzaba por la garganta ancha y obstruída por los árboles del bosque de Flenú, atacada de repente por ocho escuadrones austriacos, se detuvo y retrocedió, refugiándose detrás de las casas del pueblo. Esta indecisión comunicóse a las columnas de derecha e izquierda, y las filas se aclararon; las cabezas de las columnas se replegaron a retaguardia; los batallones de jóvenes, menos intrépidos para esperar inmóviles, que para correr delante de la muerte, empezaban a desunirse y a formarse a la aventura en pelotones confusos, indicio y preludio ordinario de la fuga. Dumouriez, con la espada en la mano, guiaba con la vista, con el ademán y con la voz la cabeza de los primeros batallones de la derecha. Abandonar a las tropas elegidas, a quienes entusiasmaba su presencia, en el momento en que llegaban al primer reducto, equivalía a hacerles retroceder con él. Envió al joven Bautista Renard a informarse de la causa de aquel desorden; el intrépido Bautista atravesó a galope el espacio que separaba la división de Dumouriez del bosque de Flenú, reunió, al pasar, la caballería francesa, y la lanzó al socorro de la columna rota. Ya estos escuadrones, desembocando en la llanura, sembraban la confusión y el terror en las columnas de ataque francesas. Toda la brigada del general Drouín, cortada y

acuchillada, se dispersaba. Clairfayt, desde lo más elevado de su posición, de donde dominaba todo el ataque, vió el inmenso reflujo que la brigada de Drouín efectuaba en el llano, y envió allá a toda su caballería. Este choque, terrible para batallones bisoños, los cortó, diseminó e hizo retroceder en grupos desparramados hasta la primera línea.

Iban a concluir también con el centro, arrastrado cada vez más por aquel torrente de desorden y confusión, cuando el duque de Chartres, que estaba en la vanguardia, volviéndose, vió a la izquierda la derrota de los batallones. Inmediatamente, con el caballo herido ya en las ancas por un casco de granada, corrió, sable en mano, seguido por su hermano el duque de Montpensier, por la más joven de las hermanas Fernig, y por un grupo de ayudantes de campo, al través de los húsares enemigos. Atravesó la llanura, abriéndose paso a pistoletazos, y llegó a lo más encarnizado de la pelea, por medio de los grupos de las brigadas que se retiraban. La voz del joven general, el entusiasmo de la victoria que se reflejaba en los rostros de los pocos que le acompañaban, la vergüenza que experimentaban los soldados intimidados al ver una joven de diez y seis años llevando la brida con los dientes y una pistola en la mano, recriminándoles por haber huído ante los peligros que ella arrostraba, la pólvora y la sangre que cubrían el rostro del duque de Montpensier, las súplicas de los oficiales que corrían con la espada en la mano detrás de las compañías, desafiando a los soldados y diciéndoles que sólo sobre su cuerpo podrían pasar, suspendió la derrota y agrupó en torno del estado mayor del joven príncipe un núcleo de voluntarios de todos los batallones. Los ordenó apresuradamente, los animó y los llevó consigo, diciéndoles:

—Os llamaréis el batallón de Jemmapes, y mañana el batallón de la victoria, porque vosotros la lleváis en vuestras filas.

Colocó en medio de este cuerpo las cinco banderas reunidas de los cinco batallones, con cuyos despojos organizó esta columna, la llevó consigo a los gritos de ¡viva la República! y la sostuvo, al atravesar nuevamente la llanura, con una carga de caballería del centro contra los escuadrones austriacos. El batallón de Jemmapes, engrosado con los destacamentos de las brigadas dispersas, se acercó con la impetuosidad de la venganza a los atrincheramientos, que escaló encaramándose sobre los cuerpos de los heridos y moribundos. Hasta la caballería, salvando las dificultades del terreno, se precipitó sobre los reductos muriendo todos los artilleros austriacos al pie de los cañones. En la proximidad de las baterías estaba el terreno resbaladizo a causa de la sangre de los hombres y de los caballos, y los montones de cadáveres marcaban los diferentes órdenes de reductos. Los húngaros, cruzando la bayoneta con los voluntarios, opusieron una muralla de hierro detrás de cada una de fuego; los hombres que subían apenas bastaban para reemplazar en las filas las bajas ocasionadas por las descargas de los reductos. El duque de Chartres y su columna dejaron de avanzar, y ya se veían obligados a retroceder de nuevo a la llanura, cuando el general Ferrand, saliendo al fin de Jemmapes, que había tomado, se adelantó a la cabeza de seis mil hombres y ocho piezas de artillería, y cogió a los austriacos entre dos fuegos.

A las primeras descargas, advirtieron los generales austriacos que sus batallones estaban flanqueados por el fuego y les hicieron replegarse lentamente, abandonando al duque de Chartres y a Ferrand las alturas y los reductos de Jemmapes. El duque de Chartres y el general Ferrand persiguieron entonces con su infantería ligera y su caballería la retaguardia de los austriacos. Comprometida esta parte del ejército enemigo, y no teniendo tiempo de reunirse al núcleo principal, se precipitó al pie de la colina, detrás de Jemmapes, bajo el fuego, el sable y la bayoneta de los franceses. Parte de la infantería logró evadirse abandonando las armas y dejando los prisioneros y muertos; la caballería austriaca lanzada al galope en los barrancos que hay al pie de la colina, lanzóse al río l'Haine, que corre encajonado, profundo y rápido, en medio de los pantanos. Cuatrocientos o quinientos hombres y más de ochocientos caballos encontraron allí

la muerte, porque las orillas escarpadas y fangosas de aquel torrente rechazaron los pies de los caballos y las manos de los hombres, que se apoyaron en ellas para subir a la otra orilla. El río, crecido con las lluvias de otoño, arrastró los cadáveres de los hombres y caballos, depositándolos una legua más abajo en el fango y entre los juncos del pantano. Ferrand envió en seguida al general Thouvenot a informar a Dumouriez de las ventajas obtenidas por el ala izquierda; el duque de Chartres envió su hermano, el duque de Montpensier, a decir al general en jefe que el combate estaba restablecido y apagados los fuegos de los reductos en el centro.

XXXIX

Durante estos diversos movimientos de la línea de batalla y las vicisitudes de tantos combates, Dumouriez, confiando en su principal cuerpo de batalla, que veía lanzado e inmediato a la primera fila de los reductos del centro, corrió nuevamente hacia donde estaba Beurnonville.

De los cinco reductos que flanqueaban las alturas de Cuesmes, sólo habían sido tomados dos aquella mañana por el denuedo de Dampierre; pero el duque de Saxe-Teschen había reunido sus mejores batallones húngaros y sus escuadrones de caballería de línea en la cumbre y a espaldas de la meseta, que dominaba los otros tres reductos. De esta posición, que protegía a la vez la cabeza de la línea y la comunicación con la ciudad de Mons, dependía la victoria o la derrota. Latour, Beaulieu, sus mejores generales y más valientes soldados la defendían, y Dumouriez, que lo había comprendido, volvía con inquietud; en el momento en que llegaba de nuevo, algunos oficiales de ordenanza, consternados, le llevaban la triste noticia de la derrota de tres brigadas en el bosque de Flenú. Dumouriez, subiendo con el caballo a una eminencia del terreno, y contemplando la inflexión de su línea y los cascos de la numerosa caballería de Clairfayt que brillaban al sol en la llanura, experimentó una de las dudas mortales que colocan al guerrero entre la prudencia humillante y la obstinación temeraria. Conoció la necesidad de replegar las dos alas de su ejército para unirlas al centro que ya no las sostenía y bajó de la altura al paso, con la cabeza inclinada, pensativo y dispuesto a ordenar la retirada.

En su rostro se podía leer lo que le costaba a su alma esta resolución; la Revolución y él tenían igualmente necesidad de la victoria: era el primer combate en que entraban los batallones franceses desde la triste guerra de los Siete Años, porque Valmy sólo había sido un cañoneo heroico; era la primera ocasión de reconquistar la fama de superioridad militar que vale mucho más que un ejército en la fuerza de las naciones, y la primera batalla formal que daba él mismo. Hasta entonces sólo había sido un táctico prudente, pero no general victorioso. Los jacobinos y la Convención tenían en aquel momento suspensos sobre su cabeza la corona del triunfador y el hacha de la guillotina, y de la fama que adquiriese o perdiese en aquella jornada, dependía que se le coronase o se le condenara. No se le pedía cuenta de los miles de vidas salvadas o perdidas por su prudencia o por su temeridad, pero sí de la reputación del ejército francés y del entusiasmo de la Revolución que iba a dejar escapar con la victoria.

Dumouriez conoció que le convenía morir antes que ser vencido, porque no sobreviviría a las consecuencias de una derrota o de una retirada, ante generales celosos, ante los jacobinos suspicaces y ante la Convención humillada. Espoleó al caballo y lanzóse a la meseta de Cuesmes, donde su ejército estaba inmóvil frente a la formidable línea de infantería y de caballería imperiales que coronaba la cumbre de los reductos. Ningún general mandaba allí en aquel momento; Dampierre, herido, fué a descansar un poco y a curarse, y Beurnonville, comandante en jefe en el extremo derecho, tenía junto a sí las brigadas dispuestas a ir al socorro de los batallones atacados por los austriacos. Era una de las horas en que la incertidumbre mutua de los dos campamentos hace dudar y como respirar a las batallas.

Las primeras tropas que encontró Dumouriez eran dos brigadas de infantería,

compuestas de tres batallones de jóvenes parisienses, que aun parecía jugaban con la muerte, y de cuatro mil soldados veteranos del antiguo campamento de Maulde, que la casualidad le presentó en aquel momento crítico.

Al ver al general, los soldados veteranos, intimidados, se levantaron, golpearon la tierra con las culatas de sus fusiles, agitaron los sombreros en el aire, y gritaron: ¡Viva Dumouriez! ¡Viva nuestro padre! Este entusiasmo se comunicó a los batallones de jóvenes parisienses. El general, conmovido, pasó, llamando a los soldados por sus nombres, al frente de las dos brigadas, y juró conducirlos a la victoria, a la que ellos prometieron seguirle.

Diez escuadrones de caballería francesa, húsares, dragones y cazadores, separados de vez en cuando por las balas de cañón de los reductos, estaban formados en orden de batalla a algunos pasos, en un ángulo que formaba el terreno. Dumouriez corrió a ponerse a la cabeza de aquellos escuadrones, y envió a su ayudante de campo de confianza, Felipe de Vaux, para que apresurara la carga de Beurnonville, anunciándole que el general en jefe se estaba batiendo. Los austriacos reconocieron a Dumouriez por el movimiento que advirtieron en torno suyo y en el entusiasmo de los franceses, y enviaron, al galope, una división de dragones imperiales para disolver y exterminar aquel centro. Los soldados del campamento de Maulde, inmóviles, como tropas en revista, colocaron en medio de ellos a los batallones de París; esperaron a diez pasos las cargas de aquella masa de dragones, apuntaron al pecho y a la cabeza de los caballos, y derribaron a más de doscientos, que expiraron con los jinetes al pie de los batallones. Protegidos por esta muralla de cadáveres, las dos brigadas hicieron fuego a los escuadrones a medida que éstos se lanzaban al galope al abrigo del suyo. Dumouriez, a la cabeza de diez escuadrones franceses, envió a los húsares de Bercheny, que acuchillaron a los ya diezmados dragones. La caballería austriaca huyó al fin en desorden hacia el camino de Mons, conmoviendo con el espectáculo de su derrota la columna de infantería húngara. Beurnonville llegó con su reserva al paso de ataque, reemplazó a los austriacos en la meseta, que acababan de abandonar, y Dumouriez, tranquilo por aquella parte, se apeó en medio de sus soldados, que le recibieron con aclamaciones entre sus brazos. Formó luego una columna de aquellas dos brigadas, incorporó a ellas el regimiento de cazadores a caballo, mandado por uno de los hermanos Frescheville, y los húsares de Chamborand, que mandaba el otro hermano, ambos intrépidos en las cargas de lanza; incorporó el regimiento de húsares de Bercheny, aguerrido en las antiguas guerras de aventureros húngaros, cuyo solo nombre inspiraba terror y ponía en fuga al enemigo en todas las guerras de la revolución, al mando del coronel Nordmann, y entonó el himno de los marselleses, repetido por todo el estado mayor y por las mil quinientas voces de los hijos de París.

Al oír este cántico, que sobrepujaba al ruido del cañón e inspiraba el delirio a los soldados y hasta a los caballos, la columna se puso en movimiento y se lanzó a la bayoneta, sin disparar sobre los reductos. Los artilleros húngaros sólo tuvieron tiempo para descargar los cañones cargados de metralla contra la cabeza de las columnas; los voluntarios y los soldados, para escalar los reductos, pasaron por encima de los miembros de sus camaradas mutilados y clavaron con las bayonetas los cuerpos de los húngaros. En medio del espeso humo de pólvora que rodeaba aquel estrecho campo de carnicería, apenas se podían distinguir los franceses del enemigo, no reconociéndose muchas veces los combatientes sino hasta después de haber sido heridos; aquel humo encubrió prodigios de heroísmo por ambas partes. La lucha llegó a ser personal, en medio del siniestro silencio tan sólo interrumpido por el choque del hierro contra el hierro, por los sordos golpes de los cadáveres que caían y rodaban desde lo alto de los parapetos, y por el inmenso grito de victoria que se elevaba en cada línea de reductos conquistados, al coronarlos con la bandera del batallón los franceses. Allí no hubo fuga ni prisioneros; todos los húngaros murieron al pie de sus cañones, soste-

niendo aún en la mano los pedazos de bayonetas y de fusiles.

XL

Beurnonville, impelido por el entusiasmo de la carga, galopaba sobre el flanco derecho de los reductos con su caballería de línea, persiguiendo a los austriacos. Más soldado que general, adelantábase a sus escuadrones y obligaba, de vez en cuando, a los últimos pelotones enemigos a volverse para combatir. Rodeado en una ocasión por un escuadrón de coraceros, cayeron todos sus ayudantes de campo, y él, derribado del caballo, de que hizo parapeto, vióse muy apurado para defenderse del círculo de sables que se le dirigían al pecho. El teniente de gendarmes de caballería, Labreteche, seguido por un pelotón de veteranos, rompió al galope el escuadrón austriaco, derribó con el pecho de su caballo a los coraceros más próximos a Beurnonville, y le cubrió con su cuerpo, siendo herido por cuarenta hojas de sable, pero dando tiempo a que llegara el escuadrón francés, y salvando a su general. Labreteche vivió y volvió a combatir.

En el momento en que la columna, al atacar a uno de los reductos, desfilaba delante de Dampierre gritando: ¡Viva la República!, y como inflamada por un entusiasmo que hacía retemblar el suelo bajo los pies de los soldados, el general distinguió, en medio de los voluntarios, a un anciano con los cabellos blancos, que lloraba dándose golpes en el pecho.

—¿Qué tienes, amigo mío? — le preguntó Dampierre—. ¿Debe entristecerse un soldado en el momento que se le conduce a la victoria o a la muerte?

—¡Oh hijo mío! ¡oh hijo mío! — gritaba el anciano combatiente—. ¡Por qué el pensamiento de la vergüenza ha de amargarme este momento tan glorioso!...

En medio de estas exclamaciones contó al general que su hijo, enganchado en el primer batallón de París, había desertado y que él había ido a reemplazarle, para dar su vida a cambio del brazo de que la cobardía de su hijo había privado a la nación.

Este rasgo, propio de un romano, fué mencionado en las proclamas que Dumouriez dirigió al ejército. Los soldados jóvenes querían ver a aquel anciano, que rescataba con su sangre la falta de su hijo, y todos pensaban en su padre al verle.

XLI

Apenas triunfaba Dumouriez en la derecha, cuando sin dar tiempo a que la victoria se consolidara en aquel punto, corrió a llevarla al centro, que siempre creía roto y desbandado. Acababa de destacar seis escuadrones de cazadores a las órdenes de Frescheville, y marchaba él a todo escape a la cabeza de la caballería, para caer sobre la austriaca del bosque de Flenú, cuando vió llegar a galope al duque de Montpensier, que iba a notificarle la victoria del duque de Chartres, y poco tiempo después, Thouvenot le refirió el triunfo del ala izquierda en Jemmapes. Dumouriez estrechó en sus brazos a los dos mensajeros de su fortuna; el grito de victoria que salió del corazón del general y del pequeño grupo de oficiales de confianza y de amigos que lo rodeaban, fué aumentándose, repetido por los escuadrones de Frescheville y recorrió desde Cuesmes a Jemmapes, de boca en boca, toda la línea de las alturas ocupadas ya por los franceses. Enmudecieron las baterías, oyéndose sólo, cada vez más lejos, los cañonazos de retirada del ejército de Clairfayt y del duque Alberto, que se debilitaban a medida que se alejaban. Esta fué la hora más hermosa de la vida de Dumouriez, y también la primera de las grandes glorias militares de Francia; la victoria y el patriotismo acababan de hacer alianza en las llanuras de Jemmapes.

XLII

Dumouriez, que deseaba y podía obtener de esta jornada todos los resultados, cortando al ejército austriaco el camino de Mons y lanzándolo a los pantanos del Haisne, donde hubiera ahogado y hecho prisioneros sus restos, enviaba ayudantes de campo, unos tras otros, al general d'Harville, que mandaba el ejército de Valenciennes, y había sido colocado

como cuerpo auxiliar y destacado, más que en línea de batalla, en las alturas de Siply, cerca de los arrabales de Mons. Dumouriez, vencedor, le obligaba a apresurarse a atravesar con toda precipitación el valle que separa a Siply del monte Palisel, escalar los tres reductos que cubren aquella altura, y, de este modo, cerrar el camino de Mons a los austriacos. La lentitud del general d'Harville, la calma de Clairfayt, la intrepidez de los húngaros, de los tiroleses y de la caballería austriaca, frustraron las esperanzas de Dumouriez. El duque de Saxe-Teschen y Clairfayt se retiraron lentamente y amenazando todavía, y entraron en Mons sin ser perseguidos, cerrando tras sí las puertas. La gloria y el campo de batalla conquistados fueron las únicas ventajas que obtuvo Dumouriez. La fatiga, la falta de municiones, de sangre y de fuerza del ejército que combatía o vivaqueaba hacía ya cuatro días, y, en fin, la necesidad de alimento, le obligaron a conceder un descanso de dos horas a las tropas, dándoles una ración de pan y de aguardiente en el campo de batalla. Este descanso sobre reductos tomados, sobre mesetas escaladas, sobre granjas incendiadas en medio de heridos y de muertos, durante el cual los cánticos del *Ça ira* y de la Marsellesa, respondían a los ayes de los moribundos, ofrecía a Dumouriez, que todo lo recorría llevando el caballo al paso, el cuadro de las pérdidas y de la victoria. Este general era bastante filósofo para deplorar tales efectos; bastante militar para arrostrar aquel espectáculo, y lo suficientemente ambicioso para gozar de él. No había perdido ninguno de sus confidentes ni de sus amigos. Thouvenot, el duque de Chartres, el de Montpensier, Beurnonville, Ferrand, el fiel y valiente Bautista, las dos jóvenes y bellas heroínas Felicidad y Teófila Fernig lo acompañaban a caballo, llorando por los muertos, y auxiliando y consolando a los heridos. Se oía una triple aclamación al acercarse Dumouriez, en el centro de las brigadas, de los regimientos y de los batallones. Ningún herido le reprochaba la sangre que había derramado; todos los que habían sobrevivido le hacían homenaje de la victoria y de la vida. Las nubes que manchaban el cielo por la mañana habían sido rotas y lanzadas a los dos extremos del horizonte por las descargas de la artillería, y el claro sol de otoño iluminaba el espacio que ocupaba el ejército. Densas espirales de humo de la pólvora subían aquí y allí por los flancos de las cuestas entre Cuesmes y Jemmapes; algunas casas incendiadas por las bombas y algunos matorrales por los cartuchos, en el bosque de Flenú, estaban ardiendo todavía; treinta o cuarenta piezas de artillería abandonadas con sus cajas de municiones obstruían los reductos; cuatro mil cadáveres austriacos y húngaros habían quedado en las faldas o en el extremo avanzado de la meseta de Jemmapes; y mil doscientos caballos de la artillería y de la caballería austriaca acababan de expirar, con la cabeza lánguidamente levantada y la brida arrollada aún al brazo de sus jinetes muertos. En el río Haine y en los pantanos que atraviesa, veíanse numerosos grupos de hombres y de caballos que se agitaban en las aguas o el fango. Dos mil cadáveres franceses y más de dos mil caballos, con el pecho o el costado herido demostraban el destrozo que habían hecho los reductos de los austriacos en las filas de la artillería y de la caballería francesas que se les habían acercado por la garganta de las cuestas. Montones de cadáveres señalaban de distancia en distancia los pasos de los batallones y los intervalos dejados por la muerte entre una y otra descarga; casi todos los golpes que habían herido a los sitiadores eran mortales, pues sólo mil doscientos o mil quinientos heridos de bala o sable habían sido transportados a los hospitales de sangre. Los demás habían muerto acribillados por la metralla o exhalaban el último suspiro, vitoreando a su general. El entusiasmo que les había animado al volar al asalto, reflejábase aún en sus rostros, haciendo triunfal su agonía; murieron contentos, no como soldados sacrificados a la ambición de un general, sino como víctimas orgullosas de haber rendido aquel tributo a la patria. Los cirujanos del ejército observaron que el delirio de los que murieron de las heridas, al día siguiente o al otro de la batalla, en los hospitales de Mons, era patriótico; que el movimiento del al-

ma que los había llevado al combate se prolongaba y sobrevivía hasta en la agonía, y que las últimas palabras que pronunciaban casi todos, eran las estrofas del himno de Rouget de Lisle y los nombres de patria y de libertad. El pensamiento de la Revolución se había personificado en el ejército, y allí se llamaba patria, y, si hacía mártires en París, hacía héroes en Jemmapes.

XLIII

Al entrar en su tienda para dar las órdenes del movimiento de avance que proyectaba Dumouriez, fué detenido por la comitiva que acompañaba el cuerpo del general Drouín, moribundo, a quien los soldados conducían en una camilla cubierto con su capa ensangrentada. Responsable del desorden que había comprometido el centro y convertido momentáneamente la victoria en derrota, parecía que Drouín reparaba heroicamente con su vida la falta de sus soldados. Se había ofrecido a la muerte, y, mientras sus camaradas triunfaban, él iba a morir.

En cuanto a los austriacos, los generales, oficiales y soldados no abandonaron los atrincheramientos más que con la vida, pues no era sólo Bélgica lo que se disputaban los dos ejércitos, sino la reputación de dos naciones y el prestigio de la primera batalla. El combate se sostuvo cuerpo a cuerpo, pues no se acercaron sino al arma blanca y casi todos los generales austriacos salieron heridos. El barón de Keim, que mandaba los granaderos húngaros, viéndoles indecisos se hizo matar para que el espectáculo de su muerte animara a sus granaderos a la venganza.

Eran las cuatro de la tarde, y sólo faltaba una hora para que terminase el día. El ejército francés se adelantó y ocupó los arrabales de Mons, que abandonaron los austriacos durante la noche, y donde entró Dumouriez, como vencedor, al día siguiente. Su presencia inflamó el sentimiento de independencia y de fraternidad que fermentaba en la población bajo los pasos del ejército austriaco en toda Bélgica. El vecindario con sus magistrados saludaron la victoria y la revolución personificadas en el general y el ejército, y ofrecieron una corona de encina a Dumouriez, y otra a Dampierre, a quien los jacobinos de Mons atribuían también parte de la victoria. Dumouriez miró con justa envidia la gloria que se pretendía dividir entre él y uno de sus tenientes, cuyas operaciones habían dificultado la victoria, que era completamente suya, porque la había preparado, conducido y restablecido antes y durante el día. Jemmapes pertenecía a Dumouriez, como la acción pertenece al pensamiento que la ha concebido, y su primera recompensa era ver que se la disputaba la envidia, que es la sombra que sigue a los grandes hombres. ¡Hasta la victoria fué amarga para Dumouriez, a quien llegaron a serle odiosos los jacobinos!

LIBRO XXXVII

Dumouriez contemporiza.—Bélgica.—Dantón.—Sus planes.—Dumouriez descontento.—Sale de Bruselas.—Vuelve a París.—Proyecta la conquista de Holanda.—Regresa a Bruselas.—Orden de la Convención.—Beurnonville.—Derrota.—Dumouriez trata con los enemigos.—Rumores de su traición.—La familia de Orleáns.—Comisarios en el campamento de Dumouriez.—Retírasele el mando a Dumouriez.—Se niega a obedecer.—Entrega los comisarios a los austriacos.—Traición.—Dumouriez se libra de la muerte huyendo.

I

El ejército francés encontró en Mons doscientas piezas de artillería e inmensas provisiones destinadas al ejército imperial. Dumouriez pasó allí cinco días ocupado en organizar la administración del país y el servicio para aprovisionar el ejército. Su propósito era dejar a Bélgica que dispusiera de sí bajo la protección del ejército francés, pues una nación independiente, animada por el odio al Austria, hija de la revolución francesa, condenada a vivir o morir con los franceses y obligada por su debilidad a ser el granero, el arsenal, el punto de enganches y el campo de batalla de muchos ejércitos del Norte, parecía fundadamente a Dumouriez más útil a su patria que una provincia conquistada, sujeta, oprimida y saqueada por los comisionados de la Convención y por la propaganda de los jacobinos. Trataba a los belgas, desde el

principio, como hermanos, mientras los comisionados y los jacobinos pretendían tratarlos como vencidos.

Durante aquella residencia forzada, pero funesta, en Mons, los tenientes de Dumouriez, ejecutando lenta y débilmente su plan, avanzaban por el camino que él les había trazado; Valence a Charleroi, La Bourdonnaye a Tournai y a Gante. Después de una serie de combates de puestos avanzados, que tuvieron efecto del 12 al 14 de noviembre, el ejército entró en Bruselas, capital de Bélgica, que había sido evacuada la víspera por el mariscal Bender.

En uno de los encuentros entre la vanguardia francesa y la retaguardia austriaca, una de las jóvenes amazonas Fernig, Felicidad, que llevaba órdenes de Dumouriez a la cabeza de las columnas, impulsada por su ardor bélico, vióse, juntamente con el puñado de húsares franceses que la rodeaba, atacada por un destacamento de hulanos enemigos. Libre con dificultad de los sables que la amenazaban, volvía brida para incorporarse a la columna, cuando vió a un joven oficial de voluntarios belgas, derribado del caballo y defendiéndose con el sable contra los hulanos que trataban de darle muerte. Voló Felicidad al socorro de aquel oficial a quien no conocía; mató de dos pistoletazos a dos hulanos y puso en fuga a los otros; se apeó, levantó al moribundo, lo confió a sus húsares, le hizo marchar, lo acompañó, lo recomendó en el hospital y volvió a reunirse con su jefe. Este joven oficial belga, que se llamaba Vanderwalen, quedó después de la marcha del ejército francés en los hospitales de Bruselas y olvidó sus heridas; pero nunca pudo olvidar la protectora aparición que había tenido en el campo de batalla. Aquel rostro de mujer, bajo el uniforme de un compañero de armas, presentándosele en el combate para librarlo de la muerte, e inclinado después sobre su lecho en el hospital, teníalo constantemente en la memoria. Cuando Dumouriez huyó al extranjero y el ejército perdió la huella de las dos jóvenes guerreras que había llevado consigo en sus infortunios y en su destierro, Vanderwalen abandonó el servicio militar y fué a Alemania a buscar a su libertadora. Recorrió durante mucho tiempo en vano las principales ciudades del Norte, sin poder adquirir ninguna noticia de la familia Fernig, y, por último, la encontró retirada en el interior de Dinamarca. Su agradecimiento se convirtió en amor a aquella joven que había vuelto a tomar el traje, las gracias y la modestia de su sexo. Se casó con ella y la llevó a su patria; Teófila, su hermana y compañera de glorias y fatigas siguió a Felicidad a Bruselas, donde murió soltera, siendo todavía joven; música y poetisa como Victoria Colonna, cultivaba las artes y dejó poesías tan llenas de varonil heroísmo y de sensibilidad femenina, y dignas de transmitir su nombre a la posteridad. Estas dos hermanas, tan inseparables en la vida y en la muerte, como en los campos de batalla, yacen bajo el mismo ciprés en tierra extranjera. ¿Por qué no figuran sus nombres en las páginas de mármol de nuestros arcos de triunfo? ¿Por qué no están sus retratos en Versalles? ¿Por qué no se les han erigido estatuas en las fronteras, que regaron con su sangre?

Los magistrados de Bruselas fueron a presentar las llaves de la ciudad al cuartel general francés, que estaba en el pueblo de Anderlecht, y Dumouriez les dijo:

—Recoged esas llaves, nosotros no somos vuestros enemigos; sed vosotros dueños y no sufráis el yugo del extranjero.

Todo el ejército desfiló en medio de las aclamaciones del pueblo por la ciudad de Bruselas; pero el general no dejó expuesta la ciudad a las depredaciones del ejército ni consintió que éste se afeminara en las tentaciones y la indisciplina de la gran capital, encerrando las tropas en el campamento de Anderlecht, adonde cuatro mil individuos de tropas belgas, uniéndose a los libertadores de su patria y tomando la escarapela tricolor, fueron a afiliarse bajo sus banderas y a ocupar los huecos que la batalla de Jemmapes había ocasionado en el ejército.

II

Dumouriez, grande por este doble triunfo, amado por la nación cuya inde-

pendencia había salvado en Valmy, por el ejército que le debía la victoria, y por los belgas cuya emancipación prometía regularizar; ministro, diplomático, general y administrador afortunado, cuyo nombre estaba unido a la primera victoria de la libertad, ídolo y orgullo de toda la nación, era en aquel momento el verdadero dictador de todos los partidos. La señora Roland le escribía cartas confidenciales en que el entusiasmo de la gloria tenía algo de delirio. Gensonné y Brissot le mostraban con el dedo Holanda y Alemania para que las conquistase; los jacobinos coronaban su busto en el sitio donde celebraban sus sesiones, y Robespierre callaba por no contrariar inoportunamente el favor universal; sólo Marat se atrevía a denunciar a Dumouriez, como tránsfuga o como nuevo Cromwell. La Convención recibió en su seno al bravo Bautista, antes criado, ahora ayudante de campo de Dumouriez; le nombró oficial, le regaló armas de honor y escuchó de sus labios la relación de los triunfos. Dantón y Lacroix solicitaron la misión de ir a felicitar al vencedor, a Bruselas, y organizar a su sombra el país conquistado, y, por último, el duque de Orleáns, enviando su hija a la señora de Genlís a Tournay, se acercó también al ejército del que sus dos hijos, pupilos de Dumouriez, eran ornato, de modo que Dumouriez podía elegir, entre la república y la monarquía, pues a ambas las tenía en la mano. Era para él la realización de la dictadura que Lafayette no había hecho más que soñar; pero sin duda la hora de proclamarla no había llegado aún. La república, nacida apenas, no podía sentir todavía los arrepentimientos que hacen posible el dominio de un jefe armado sobre partidos extenuados; pero aquella hora, acelerada por los movimientos anárquicos que destrozaban a París, y que iba a diezmar a unos por medio de los otros, podía y debía sonar. Dumouriez nada tenía que hacer más que dejarse elevar cada vez más por la oleada; pero no lo hizo, sino que, por lo contrario, detuvo el movimiento que le traía la fortuna. En lugar de ser durante algunas campañas el conquistador de la república, pensó demasiado pronto en hacerse su moderador. Dantón comprendía mejor que el mismo Dumouriez su misión militar y el impulso temerario, repentino e inesperado que debía, sin mirar hacia atrás, dar a sus armas. Después de la proclamación de la República, ya no era posible la paz; era preciso activar bruscamente la guerra y sorprender a los reyes que estaban dormidos aún, y Dumouriez tuvo demasiado presente que era diplomático, cuando sólo debía acordarse de que era militar. Resistió a Brissot y a Dantón; dió tiempo a las maquinaciones de Inglaterra, a los argumentos de Holanda, a la reflexión de Alemania y al desvío de Bélgica; y dejó que el ejército se entibiase y los generales conspirasen contra él. La contemporización, muy útil con frecuencia en tiempos normales, pierde a los hombres en tiempos decisivos. La esencia de las revoluciones es el movimiento, y contenerlas es hacerles traición. Militarmente considerado, éste fué el error de Dumouriez.

III

Los belgas querían ser tratados con consideración, y la revolución que Dumouriez les llevaba no debía ser por completo una servil y anárquica imitación de la de París. Ambos pueblos, tan semejantes por su situación geográfica, por el suelo y por las ideas, se diferencian mucho en el carácter. Los hombres del Norte, robustos por la fertilidad de la tierra, ricos por la industria y el comercio, disciplinados por un catolicismo rígido, habiendo conservado hasta bajo el despotismo sacerdotal de Felipe II el borrascoso sentimiento de las libertades municipales y el orgullo individual del ciudadano; de corazón libre, apasionados por las artes, rivales de Roma, de genio muy a propósito para la pintura y para la música, no poseyendo grandes capitales en las que se acumula y fermenta la hez nacional, sino solamente un pueblo y poco populacho, los belgas tenían de la libertad una idea muy distinta que los franceses. La república que les convenía, aristocrática, con clase media y sacerdocio, no era el triunfo de la plebe turbulenta sobre la riqueza y las luces del resto de la nación, era la distribución regular de los derechos y de los poderes en-

tre todas las clases del país. En Francia la libertad era una conquista, en Bélgica una costumbre. La primera necesitaba una Convención, la segunda exigía un Senado.

Pero no era aquél el momento oportuno de deliberar acerca de la forma definitiva de gobierno y administración que debía darse a Bélgica. Conquistarla, entusiasmarla, sublevarla al paso de las tropas francesas, atravesarla llevando los revolucionarios y los soldados a la conquista de Holanda y del Rin, era la única empresa militar de Dumouriez, y un gobierno provisional bajo la protección y el impulso del ejército francés, bastaba para todo. La promesa de una organización semi-independiente, en proporción de los servicios que el pueblo belga hubiera prestado en la guerra común, era la única política indicada por el momento a la Convención y a su general. Dumouriez, emancipando a Bélgica, se hacía, a imitación de los generales de Roma, el patrono de aquel pueblo, al que tenía derecho a exigir los subsidios y las provisiones necesarias para el ejército libertador.

La Convención, cuyo tesoro, administrado por Cambón, estaba demasiado agotado para pagar y mantener los ejércitos, enviaba detrás del general comisionados para apremiar a las provincias y ciudades belgas. Estos, tratando a aquellas provincias y ciudades como país conquistado más que como auxiliar, se arrojaban sobre Bélgica como sobre una presa, y transformaban en rapiñas personales las subvenciones patrióticas que estaban encargados de exigir y administrar. Estando en lucha violenta y declarada, por esta causa, con Cambón, con el ministro de la Guerra Pache y con sus agentes en Bélgica, Dumouriez ponía obstáculos a las medidas *rentísticas* de la Convención y a la marcha de las tropas, que carecían de todo encontrándose en el granero de Europa, y que murmuraban, se desbandaban y desertaban. En estas circunstancias llegó a Bruselas Dantón con su amigo Lacroix.

Dantón proponíase un doble objeto al salir de París y al buscar una misión en los campamentos: primero, evitar con su ausencia, en la lucha abierta entre los jacobinos y los girondinos el declararse a favor de unos o de otros; y, segundo, acercarse al teatro de la diplomacia y de la guerra, donde podía concertar mejor con Dumouriez los proyectos de dictadura que fermentaban en su alma y la restauración de la monarquía constitucional.

Las noticias más auténticas e íntimas no permiten dudar respecto a los verdaderos sentimientos de Dantón, quien no ocultaba a su esposa, ni a sus parientes, ni a sus amigos, su deseo de combatir la anarquía tan pronto como ésta se cansara de sí misma; de entablar negociaciones con Prusia o, al menos, con Inglaterra, y de restablecer el trono y sentar en él a un príncipe tan comprometido en la revolución como Francia. Este príncipe era entonces el duque de Orleáns, bajo cuyo nombre pensaba reinar él. Por consejo de Dantón, partió el duque de Orleáns en aquella época al ejército y residió algunos meses en Tournai, con el pretexto de reunirse allí con su hija y con la señora de Genlís.

Esperando que sus vagos planes llegaran a buen término, Dantón procuraba hacerse el conciliador entre Pache y Dumouriez, pues le importaba mucho conservar a la cabeza del ejército a un general tan incrédulo como él en el sistema republicano e igualmente inclinado a la restauración de la monarquía constitucional.

Sin pronunciarse abiertamente respecto a la agregación definitiva de Bélgica a Francia, Dantón y Lacroix atizaban el fuego del jacobinismo en Bruselas, fraternizaban con los belgas más exaltados y abandonaban a sus confidentes alguna parte de los despojos de los bienes eclesiásticos de las iglesias y de los conventos. El aumento de su fortuna personal, cuyo origen se desconocía, hizo que se les acusara de imitar las concusiones de los procónsules romanos, y se vieron obligados a comprar el silencio hasta del mismo general, entregándole una parte de aquellas dilapidaciones nacionales.

Cualquiera que fuese el fundamento de estos rumores, que acreditaban sin probarlos el inexplicable lujo de Dantón y de Lacroix y su familiaridad con Du-

mouriez, el desorden, la contradicción y la incoherencia señalaban las medidas administrativas de los franceses, desde su entrada en Bruselas. El ejército perdía fuerzas, la República consideración, y el general la ocasión de afirmar la conquista y de avanzar.

Encargó al general La Bourdonnaye que tomara a Amberes. Habiendo la vanguardia de éste, mandada por Stengel, salido de Bruselas el 19, se apoderó de Malinas, arsenal de los austriacos, donde se encontraron municiones para una campaña. Dumouriez entró en Lovaina y en Lieja. Amberes, que había resistido hasta entonces a los débiles ataques de La Bourdonnaye, se rindió al general Miranda. Un mes bastó para conquistar a Bélgica y el principado de Lieja. Dantón, Lacroix y treinta y dos comisarios de la Convención siguieron al ejército de Lieja y decidieron a este país a que pidiera, como Saboya, su agregación a la República francesa. Dumouriez, opuesto a esta medida, que obligaba al imperio germánico, aún indeciso, a declarar la guerra a Francia por aquel desmembramiento de la federación alemana, declaró, también con sentimiento, la guerra a Holanda, rompiendo el bloqueo del Escalda.

Cerrado el paso de este río, se arruinaba el comercio de Amberes, rival del de Amsterdam. El emperador José II, después de haber hecho la guerra a Holanda para obtener la libre navegación por aquel río, en interés de los Países Bajos sujetos a su dominio, había concluído por renunciar a aquel propósito y por vender a los holandeses en catorce millones de francos el derecho exclusivo de navegación por el Escalda. Francia, conquistadora de los Países Bajos, no podía respetar aquel tratado indigno que enajenaba, en detrimento de los nuevos súbditos, hasta la naturaleza. La República autorizó la libre navegación por el río, y este beneficio que Francia hizo a los belgas, pareció una injuria a los holandeses y a los ingleses, entonces protectores celosos de Holanda. La apertura del Escalda contribuyó tanto como la muerte de Luis XVI a que Pitt se decidiera a declarar la guerra a la República.

IV

El ejército francés, aunque victorioso y ocupando cuarteles de invierno, que se extendían desde Aix-la-Chapelle hasta Lieja, carecía de todo y disminuía diariamente bajo la doble influencia de la miseria y de la sedición, habiendo quedado reducido a la cuarta parte de sus tropas de línea, pues el resto lo componían los batallones de voluntarios, valientes un día de batalla, e indisciplinados al siguiente. Los soldados, sin sueldo, sin zapatos y sin vestuario, desertaban en masa, orgullosos con haber obtenido una victoria, pero incapaces de hacer una campaña de invierno. Los generales y oficiales abandonaban los acantonamientos para ir a afeminarse en los clubs y en los placeres de las ciudades de Lieja y Aix-la-Chapelle. Los comisionados de la Convención y los enviados por los jacobinos de París fraternizaban con los voluntarios alemanes, y, convirtiendo a Lieja en una colonia demagógica de París, quitaban toda libertad de acción y toda autoridad al general. La Convención, a ruego de Dantón, haciendo suya la causa de los oprimidos en toda Europa, expidió un decreto que convertía la guerra regular en sedición universal.

«La Convención, decía el citado decreto, declara, en nombre del pueblo francés, que concederá fraternidad y auxilios a todos los pueblos que deseen recobrar su libertad. Manda a los generales someter a los pueblos y defender a todos los ciudadanos que hayan sido vejados o puedan serlo por causa de la libertad.» La guerra no tenía ya límites; ya no mandaban la diplomacia ni el ejército, sino los comisionados, de cuya omnipotencia y depredaciones era víctima Lieja. Sin embargo, la autoridad proconsular de Dantón y de Lacroix, que continuaban secretamente unidos a Dumouriez, defendía al general contra las exigencias de los clubistas de Lieja y contra las denuncias de los agentes de Pache, y, especialmente, de Ronsín. Dantón aspiraba a rehacer su fortuna, no sostenida ya por los subsidios de la corte, y que podía aumentarse considerablemente con las ciudades conquistadas.

V

Dumouriez, inactivo y descontento durante algunas semanas, encerrado en el palacio del obispo de Lieja, abrumado de cuidados, viendo desvanecerse la gloria con el ejército medio disuelto, no estaba enteramente de acuerdo con Dantón. El vencedor de Jemmapes espiaba en su secreto desaliento los homenajes que toda Francia le tributaba antes. Paseándose solo en los grandes salones del palacio de Lieja, contemplaba algunas veces su espada y se inclinaba a cortar prematuramente el nudo de aquella situación que soportaba con impaciencia.

Un día, acosado por la tristeza y por los siniestros presagios, abrió un tomo de Plutarco, escuela de los grandes hombres, y sus miradas se fijaron en las palabras del filósofo historiador, en la vida de Cleomenes: *Puesto que el asunto no es decoroso, es tiempo de avergonzarse y de renunciar a él.* Estas palabras, tan en armonía con el estado de su alma, le decidieron a poner término a la paciencia y a la traición. No fueron para Dumouriez las palabras del arrepentimiento y de la prudencia, sino las de la insurrección y la indignación contra la patria.

Era el momento en que el proceso del rey tocaba a su fin, y en el que el monarca a quien había servido y amado, iba a subir al cadalso, mientras él, su servidor y amigo, tenía en la mano la espada de Francia y mandaba sus ejércitos. El contraste entre la situación y los sentimientos, le arrancó lágrimas de enternecimiento y de cólera; tanteó secretamente al ejército para descubrir si quedaba todavía en el corazón del soldado francés una fibra que se conmoviera ante el espectáculo del rey preso, pero no encontró más que corazones que palpitaban por la República, pues la memoria de tantos siglos de servidumbre estaba muy reciente en el ánimo de los franceses. El partido de Robespierre y de los jacobinos tenían sus seides en el ejército, entre los mismos generales, rivales o enemigos de Dumouriez. La Bourdonnaye, Dampierre y Moretón conspiraban contra él, y el general, sin esperanza de arrastrar al ejército para hacer un movimiento contra París, concibió el proyecto de favorecer la evasión de los prisioneros del Temple por medio de un destacamento de caballería ligera, que se adelantaría con cualquier pretexto militar hasta las puertas de París, y que protegería, en pelotones escalonados, la fuga de la familia real hasta los puestos avanzados. ¡Tal era el sueño de Lafayette, más difícil de ejecutar en el Temple que en las Tullerías! Dumouriez escribió a Gensonné y a Barrere para que lo llamaran a París a socorrer a la Asamblea contra las insurrecciones demagógicas de la corporación municipal. Los girondinos, atrevidos para hablar, no habían tenido valor suficiente para obrar, presentando una espada a la Convención. Barrere, hombre previsor, se separaba ya de los girondinos, halagaba a Robespierre y no contestó al general, quien, no obstante, marchó a París, después de haber dirigido a los pueblos belgas una proclama para que se reunieran pronto en asambleas primarias y nombraran una asamblea constituyente que organizara la libertad.

VI

Dumouriez entró furtivamente en París, más como fugitivo que como triunfador, y se ocultó en una casa de Clichy, cuando los ánimos estaban soliviantados, en pro o contra la sentencia de Luis XVI. El general deseaba pasar inadvertido, para estudiar a los hombres y espiar las circunstancias, pues era igualmente incapaz de afectar contra el rey un furor hipócrita que no tenía en el alma, que de pronunciarse solo y desarmado en favor de la víctima, a quien compadecía, pero a quien no podía salvar. Dumouriez se acercó sucesivamente a todos los hombres y a todos los partidos para ver dónde estaba la fuerza y deducir a cuál de ellas prometía el gobierno de la República la crisis por que atravesaba la nación, y estudió a todos con el generoso pensamiento de salvar al rey. Director consumado de negociaciones clandestinas, volvió a representar su antiguo papel y no vaciló ante ninguna intriga ni ante ningún disfraz para abocarse con los principales jefes de opinión y lison-

jearles. Vestido con el uniforme más sencillo y con la capa de oficial de caballería, fué a pie por la noche a las entrevistas señaladas en casas que no pertenecían a ninguno de los que asistían a ellas o en las de sus mutuos amigos. El prestigio que le rodeaba y las esperanzas confusas que se tenían en el general favorito de la victoria y del ejército, le abrieron todas las puertas. Habló íntimamente con Gensonné, Vergniaud, Roland, Pethión, Condorcet y con Brissot, a quienes asustaba ya la República que habían creado, y temblaban ante su obra, preguntándose con espanto si la democracia había dado a luz un monstruo.

A Gensonné le halagaba la esperanza de salvar al rey; Barbaroux se indignaba con la ferocidad de los parisienses; Vergniaud juraba evitar esta vergüenza a la patria, aunque fuera el único que disputara aquella cabeza al pueblo; Roland y su esposa deseaban tanto más salvar a las víctimas, cuanto más se recriminaban el haberlas entregado, y Pethión se enternecía y decía que él *amaba* a Luis XVI como hombre a pesar de haberlo hecho bajar del trono como rey; pero ninguno, excepto Vergniaud, se mostraba resuelto a sacrificar la salvación de su partido a la de la vida del rey, ni ninguno, sobre todo, se mostraba dispuesto a obrar y a intentar contra la corporación municipal una lucha dirigida por Dumouriez. A pesar del prestigio de éste, a algunos regimientos de la guarnición de París y algunos batallones de federados de Marsella, animados por Barbaroux, no los consideraba capaces de luchar con buen éxito contra el movimiento general que sublevaba en aquel momento al pueblo. Dumouriez, que se inclinaba a aquellos aristócratas republicanos más que al resto, se separó de ellos al advertir su debilidad y su impotencia; los compadeció y los despreció.

En inteligencia con Santerre por mediación de Westermann, vivió en secreta intimidad, durante su estancia en París, con este comandante general, en cuya casa vió a los agitadores de la corporación municipal y hasta a los promotores de los sucesos de septiembre; se esforzó por seducir a Panís, cuñado de Santerre y amigo de Robespierre, e hizo que el primero insinuara a éste que a él solo le correspondía salvar al rey.

VII

Robespierre, que ya veía en Dumouriez a otro Lafayette a quien proscribir, rehusó toda relación con él, pues, no deseando otra dictadura que la de la opinión, detestaba la espada y esperaba que la gloria de Jemmapes, que alucinaba a Francia en aquel momento, se disipara para denunciar como conspirador al general victorioso. Dumouriez representó el papel de republicano con los jacobinos; pero se convenció cada vez más de que éstos tenían gran fuerza, y resolvió fingir hasta que pudiera dominarlos. Estas relaciones íntimas entre los jacobinos y él hicieron a Pache y al consejo ejecutivo más dóciles a los planes que fraguaba para la conquista de Holanda. Su popularidad, con el nuevo temple que adquirió en casa de Santerre, en la de Panís, de Desfieux, en el club de los jacobinos y en la Convención, le dió audacia para hablar como árbitro de la guerra, y fué obedecido en los comités, lo mismo que en el gabinete de Pache; sólo Marat se atrevía a injuriarle en la prensa. Comiendo un día en casa de Santerre, Dubois-Crancé, militar y jacobino muy popular, amigo de Marat, se atrevió a insultar al vencedor de Jemmapes, y hasta a amenazarle con un ademán. Dumouriez se levantó, empuñó su sable y arrostró, a pesar de su pequeña estatura, la talla colosal y el brazo levantado de Dubois-Crancé. Los convidados corrieron a interponerse entre los dos militares y evitaron que corriera la sangre.

VIII

Sin embargo, el general, indignado, pensó vengarse. Encerrado y pretextando una enfermedad, permaneció en Clichy durante los días que precedieron y siguieron al suplicio del rey, sin ver a nadie más que a sus tres confidentes, Westermann, Lacroix y Dantón, empleando el tiempo en meditar un plan militar para la conquista de Holanda y para dominar y refrenar la revolución. Westermann, amenazado con la vengan-

za de Marat, a quien se había atrevido a dar un bofetón en el Puente Nuevo, sonreía al pensar en la humillación de los demagogos ante el sable del ejército victorioso. Dantón daba secretamente pábulo a las esperanzas de los militares, y tenía fe en la lucha desesperada entre la Revolución y los tronos. Creía que era necesario fascinar con la gloria militar al pueblo, incapaz aún de comprender la gloria filosófica de la revolución. Por todas estas razones adheríase a la futura grandeza de Dumouriez, a la que también se unía Lacroix por ansia de hacer fortuna.

IX

El plan militar, unido a la conspiración política de Dumouriez, estaba basado en las combinaciones siguientes: marchar desde Amberes con veinticinco mil hombres al centro de Holanda hasta el canal Moerdyk, brazo de mar que cubre el Haya, Roterdam y Harlem, y que, después de pasado, inutiliza todas las plazas fuertes que defienden aquellas ricas comarcas; hacer un llamamiento al sentimiento republicano de los bátavos, y devolver el imperio a los enemigos de la casa de Orange y a los numerosos proscriptos a quienes la última tentativa de revolución contra el Statúder había obligado a acogerse a las banderas francesas. La legión bátava y dos mil hombres llamados a Amberes, formarían la vanguardia de la expedición libertadora. Concluída la conquista, Dumouriez proponíase separar del ejército a los batallones de voluntarios, cuya presencia contrariaba sus propósitos, reteniendo solamente en Holanda las tropas de línea más dóciles y los generales adictos. Levantando treinta mil soldados en Bélgica y otros tantos en Holanda, se proponía asimismo organizar un ejército independiente, y, por decirlo así, personal, bajo su mando. Armaría las plazas y la flota del Texel; convocaría a los representantes de las dos naciones; a los belgas en Gante y a los bátavos en La Haya; los constituiría bajo la protección del ejército en dos repúblicas aliadas, pero independientes una de otra; declararía la neutralidad con Inglaterra; pactaría una tregua con el imperio y se encaminaría a París a la cabeza de aquel ejército combinado para regularizar la República. Dumouriez, como aventurero confiado, dejaba a la casualidad el último resultado de esta conspiración militar: ¿sería su dictadura? ¿Sería el triunvirato con Dantón? ¿Sería la monarquía constitucional de 1789, con el duque de Chartres por rey? ¿En fin, el protectorado perpetuo de Holanda y de Bélgica en su persona? ¿Pensaría construir con los fragmentos de tantos tronos uno para él con el título de duque de Brabante? No lo decía ni lo sabía, porque nadie comprendió mejor la inmensa parte que es necesario dejar al destino en los proyectos humanos.

X

Dumouriez, tan rápido en ejecutar como en concebir, marchó a Bruselas, lanzó sus columnas, asombró a Holanda, se apoderó de Breda y de Gertruidenberg, llegó casi sin resistencia al Moerdyk, formó una flotilla para derribarlo y consiguió casi realizar la primera parte de su plan antes que la lentitud holandesa se hubiera movido para oponerse al avance de los doce mil hombres con que Dumouriez intentaba trastornar el Estado: la situación de los ánimos en Holanda le era favorable. Los holandeses, nación germánica, modificada por el contacto con el mar, participaban a la vez del carácter alemán y del inglés. Sensatos como los unos, y amantes de la libertad como los otros, parece que el mar sugiere a las naciones que la habitan el sentimiento y la voluntad de la libertad. El Océano, cuya vista emancipa los pensamientos, parece emancipar también a los pueblos. Obligados los holandeses, por decirlo así, a construirse un suelo artificial, a ensanchar su imperio con la marina, a enriquecerlo con el comercio y a completarlo a largas distancias por medio de colonias en las Indias orientales, habían sacudido la tiranía española en tiempo de Felipe II con la espada de la casa de Orange, y la independencia de las Provincias Unidas había coronado con el título de Statúder a sus libertadores. República federativa bajo esta autoridad hereditaria, rica, feudal, amada y poderosa, las grandes lu-

chas que sostenía con la confederación habían agitado recientemente su constitución, cuyos miembros eran republicanos, aunque la cabeza era monárquica.

Mientras marchaba Dumouriez hacia La Haya y Amsterdam, desconcertó sus planes una orden de la Convención. El príncipe de Coburgo había reunido su ejército en Colonia, destrozado en todas partes al ejército francés, y obligado a levantar el sitio de Maestricht, adelantándose al frente de sesenta mil hombres a reconquistar a Bélgica. Desmoralizados por los reveses sufridos y odiosos ya al pueblo belga, los soldados franceses desertaron en gran número, volviendo más de diez mil voluntarios a entrar en el departamento del Norte. Las tropas acampadas delante de Lovaina, perdieron las tiendas, los equipajes y la artillería. Ninguno de los generales que los mandaban tenía prestigio ni autoridad suficientes para contener o dirigir una retirada, que amenazaba transformarse en derrota; sólo Dumouriez podía volver a mandar aquel ejército y atraer a la fortuna, que la ausencia parecía haber dejado escapar; corrió a Lovaina, irritado con aquel principio de desgracia, y lanzó durante todo el camino reconvenciones, invectivas y casi amenazas contra los agentes de la Convención, a quienes atribuía los desastres, exagerándolos. Hubiera podido decirse que se esforzaba en hacer presentir a los belgas y a sus propios soldados la posibilidad próxima de una revolución armada contra los procónsules de Bélgica y contra los tiranos de París, contra quienes sembraba en la marcha la murmuración, el desprecio y la indignación, promoviendo la sedición con la palabra antes de intentarla de hecho.

XI

Dantón y Lacroix, previendo la crisis, habían vuelto a París, con objeto de atenuar el choque, ya próximo, entre el general y la Convención. Los comisarios Camús, Merlín de Douai, Treilhard y Gossuín, habíanse retirado a Lila con los grupos de desertores del ejército, para detenerlos y reorganizarlos al amparo de los muros de la ciudad; fueron a Lovaina, a salir al encuentro del general en jefe; le reconvinieron por las disposiciones administrativas que se había atrevido a adoptar en Bruselas, y, entre otras, la de que se restituyera la plata a las iglesias. Dumouriez como dueño, responsable solo ante Francia y la posteridad y no ante la Convención, dijo a Camús, jansenista austero, que reunía la superstición más exaltada al jacobinismo más inflexible:

—¡Id a ver en las catedrales de Bélgica las hostias pisoteadas y esparcidas sobre el pavimento de las iglesias; los tabernáculos, los confesonarios rotos y los cuadros destrozados! Si la Convención aplaude semejantes crímenes; si no se ofende por ellos, si no los castiga, la Convención y mi desgraciada patria caerán en el descrédito. Sabed que, si fuera necesario cometer un solo crimen para salvarla, yo no lo cometería. Semejante estado de cosas deshonra a Francia, y estoy resuelto a salvarla.

Los comisionados, atónitos ante tal audacia, principiaron a dar crédito a los sordos rumores que acusaban a Dumouriez de querer oponer un poder a otro.

—General — le dijo Camús, que no se atrevía aún a considerar sus sospechas como crímenes—, se os acusa de que aspiráis al papel de César; si estuviese seguro de ello, sería Bruto y os daría de puñaladas.

Dumouriez, que se había descubierto demasiado, llamó en su socorro a la ligereza de actitud y a la ironía que servían de velo a su disimulo.

—Mi querido Camús — respondió—, ni yo soy César, ni vos sois Bruto, y la amenaza de morir a vuestras manos me asegura la inmortalidad.

Al separarse de los comisionados, el general escribió a la Convención una carta amenazadora en la que le recriminaba con insolencia la desnudez del ejército, las depredaciones de sus agentes, la agregación impolítica de Bélgica a Francia, las profanaciones, los sacrilegios, las rapiñas que señalaban los pasos de los ejércitos franceses en un país amigo, y la hacía responsable de los desastres de Aix-la-Chapelle, de Lieja y Maestricht, exagerando aquéllos para hacer más duras sus recriminaciones. Sólo dejaba de acu-

sar al general Beurnonville, discípulo y amigo suyo.

Beurnonville acababa de suceder a Pache en el ministerio de la Guerra, y éste, a quien Dumouriez llamaba su Ajax, había sido nombrado por la influencia e indicación de Dantón. Dumouriez concluía la carta ofreciendo su dimisión; pero ésta sólo era un reto que lanzaba a los enemigos. La Convención sabía bien que la tropa no aceptaría otro general.

XII

El ejército se entusiasmó al ver nuevamente a su jefe, creyendo encontrar en él la victoria, y el general trató a los oficiales y a los soldados como un padre que encuentra a sus hijos. La marcial severidad de sus reprensiones no hizo más que añadir respeto al entusiasmo que inspiraba. El ejército constaba todavía de cuarenta mil hombres de antigua y sólida infantería y cinco mil de caballería, de los valientes regimientos que habían conquistado la celebridad en la guerra. Contaba además con los flancos, con la línea de operaciones, con las guarniciones de Bélgica y con el cuerpo destacado que invadía a Holanda, los cuales, reunidos, sumaban cerca de otros cuarenta mil combatientes. De los cuarenta mil hombres que tenía a la vista Dumouriez, entregó diez y ocho batallones a la derecha al general Valence, y otros tantos al duque de Chartres en el centro, igual número a Miranda a la izquierda, ocho batallones de granaderos al general Chancel, y una fuerte vanguardia de seis mil hombres al anciano general Lamarche, antiguo coronel de húsares, que conservaba, a pesar de sus cabellos blancos, el entusiasmo de la juventud. El 16 de marzo Dumouriez atacó a los austriacos en Tirlemont, obligándolos a replegarse.

El príncipe de Coburgo, que recibía diariamente refuerzos y tenía más de sesenta mil combatientes a sus órdenes, había concentrado su ejército entre Tongres y Saint-Tron. Las poblaciones de Nerwinde, Oberwinde y Midlewinde, habían sido abandonadas por el general austriaco, como campo de batalla y premio de la victoria obtenida en el combate sostenido por los dos ejércitos. Dumouriez formó el suyo en muchas columnas, tres a la derecha al mando del general Valence, para cercar la izquierda de los austriacos y amenazar a Saint-Tron; dos en el centro a las órdenes del duque de Chartres, que mandaba también la reserva, y tres a la izquierda bajo la dirección del general Miranda. Dió la señal de ataque general el 18, al salir el sol. Las columnas de la derecha avanzaron sin obstáculo hasta la altura de Saint-Tron; pero, rechazadas después por las fuerzas de caballería, tuvieron que volver a apoyarse en la infantería del centro. El duque de Chartres tomó dos veces la villa de Nerwinde, pero la abandonó tres, después de haber visto caer a su lado al general Desforets; Dumouriez tomó por cuarta vez aquella aldea, sacrificando algunas columnas de infantería. El ímpetu de las tropas austriacas le obligó a evacuarla nuevamente. Reunidas por el duque de Chartres y por el general en jefe a cien pasos del pueblo, la caballería y la infantería del centro y de la derecha recibieron muchas veces la carga de quince mil hombres de caballería austriaca. Valence, batiéndose como soldado, recibió un sablazo y vióse precisado a abandonar el campo de batalla. Thouvenot, haciendo abrir las filas para dejar pasar a los escuadrones, descubrió los cañones cargados con metralla y rechazó a la mutilada caballería. De este modo la batalla parecía ganada o indecisa delante de Nerwinde, en la derecha y en el centro de los franceses.

Pero la izquierda, compuesta de voluntarios y mandada por Miranda, flaqueó después de haber perdido la mayor parte de los generales y de los oficiales, y Miranda, sin advertir al general en jefe, se retiró con su división más de dos leguas a retaguardia de la línea de batalla. La izquierda del ejército, que era el eje de toda la acción en el plan de Dumouriez, habiendo flaqueado el centro y la derecha, no podía practicar el movimiento en Nerwinde y Saint-Tron; el ejército carecía ya de base. Observando Dumouriez por la tarde que algunas fuerzas de infantería y caballería se dirigían de la izquierda a la derecha del príncipe de Coburgo, principió a sospechar la catástro-

fe o la retirada de Miranda, y, dejando a Thouvenot encargado de vigilar el centro y la derecha, corrió casi solo al galope hacia las posiciones que había señalado a aquél, y las encontró abandonadas por las tropas francesas y ocupadas por Clairfayt, consiguiendo librarse de los húsares austriacos merced a la ligereza de su caballo. Buscando su ala izquierda por caminos extraviados, solo, en medio de la noche, asombrado del silencio y de la soledad que reinaban por doquier, encontró a las puertas de Tirlemont algunos batallones de voluntarios, sin artillería ni caballería, en la orilla del camino.

XIII

Los fugitivos manifestaron que habían quedado sobre el campo de batalla tres mil de sus compañeros. El general, admirado de la actitud inmóvil e indiferente de Miranda en Tirlemont, le reconvino severamente y pasó la noche dando órdenes de retirada al duque de Chartres y a Valence. Estos dos cuerpos habían sufrido ya las bajas de tres generales y dos mil hombres, habían perdido la artillería y se le habían desbandado seis mil voluntarios que huyeron hacia Lovaina.

Dantón y Lacroix, sabedores de la derrota, llegaron a Lovaina cuando Dumouriez entraba vencido. Iban desde París, como mediadores, para suplicar al general en jefe que retractase la altanera carta que había dirigido a la Convención. Pasaron la noche tratando de convencerle, por convenir a su interés y ambición común, que guardase todavía algunas consideraciones a la Convención. Dumouriez les entregó un billete de seis líneas, que, sin ser una retractación, era un paliativo. Dantón emprendió el viaje de regreso la misma noche, conociendo que se debilitaba el prestigio de su política, y comprendiendo con el instinto seguro, pero rápido de que estaba dotado, que una derrota era mal precedente para la dictadura.

XIV

Tan pronto como se hubo marchado Dantón, el coronel Mack, jefe de estado mayor del príncipe de Coburgo, entró en Lovaina como parlamentario, y concertó con Dumouriez un tratado secreto, que arreglaba paso a paso las marchas de los dos ejércitos hasta Bruselas. Los imperiales debían respetar la retirada de los franceses y limitar las hostilidades a encuentros insignificantes de vanguardias y retaguardias, necesarios sólo para ocultar a las tropas la connivencia de los generales; pero, a pesar de estas precauciones, que aseguraban a los imperiales la restitución de Bélgica y a Dumouriez la seguridad de la retirada, la de Lovaina se convirtió en derrota para los franceses. A Dumouriez, que no se atrevió a resistir en Bruselas con el ejército desbandado, costóle gran trabajo formar con la guarnición de Lovaina y sus mejores regimientos, una retaguardia sólida de cerca de quince mil hombres para proteger la marcha de los restos del ejército hacia Francia. Hizo arrestar al general Miranda y lo envió a París, por orden de la Convención, como víctima expiatoria de los desastres nacionales.

El mismo día celebróse en Ath la última y decisiva conferencia entre el coronel Mack y Dumouriez, a la que también asistieron el duque de Chartres, el coronel Montjoie y el general Valence. Encontrábase en el ejército todo el partido de Orleáns, y asistió al acto que debía derribar la República y colocar por mano del pueblo y de los soldados la corona constitucional sobre la frente de un príncipe de aquella casa. Dumouriez olvidaba que una corona levantada del suelo en medio de una derrota, sostenida por los austriacos y por un general traidor a la patria, no podía de ningún modo conservarse en las sienes de ningún rey. Mientras Dumouriez marchara a París para derribar la Constitución, los austriacos debían avanzar como auxiliares en el territorio francés y tomar a Condé en rehenes.

XV

Tal fué el tratado secreto concertado por la demencia de acuerdo con la traición. Dumouriez, que creía pasar el Rubicón, y que tenía siempre a César delante de los ojos, olvidaba que éste no había conducido los galos a Roma. Hac

que el ejército tomara parte en las facciones que dividían la República, después de haber vencido al extranjero y asegurado las fronteras; marchar a París y erigirse dictador, era uno de esos atentados políticos que la libertad no perdona y que el buen éxito y la gloria sólo excusan en circunstancias muy críticas; pero entregar el ejército, abrir las plazas fuertes al imperio, guiar contra la patria las legiones enemigas, que se le había encargado combatir, e imponer con ayuda del extranjero un gobierno al país, era traspasar mil veces la injusticia de los emigrados, porque éstos no eran más que tránsfugas, y los confederados de Ath eran traidores.

Dumouriez, al terminar esta conferencia, fué a Tournai con el estado mayor, agrupó en torno suyo seis mil hombres de caballería, distribuyó en las plazas fuertes inmediatas a Lila, Valenciennes y Condé, como en los campamentos de Maulde y de Saint-Amand, los generales y las tropas, a quienes más fácilmente creía seducir, y dispuso todo para la gran perfidia con que pretendía asombrar a Europa y anonadar a la Convención.

Sin embargo, como se veía obligado a ocultar su propósito y revelarlo a medias para preparar el ánimo de las tropas, el sordo murmullo de la traición que proyectaba, llegó hasta París como vago presentimiento de algún gran crimen. Dantón y Lacroix permanecían inmóviles, aparentando desconfiar del general a quien habían visto tan orgulloso e irritado. A los girondinos, enemigos del nombre de Orleáns, les era sospechoso un general en cuyo estado mayor figuraban dos príncipes de aquella casa, y hacían observar que la señora de Sillery, amiga y confidente de Felipe Igualdad, y su hija la señorita de Orleáns, joven princesa de edad de diez y seis años, se encontraban en Tournai, cuando Dumouriez urdía allí sus tramas, pareciendo el cuartel general del que mandaba en nombre de la República la corte de una monarquía de Orleáns. Los jacobinos enviaron tres emisarios, que fueron Proly, Dubuisón y Pereyra, a sondear al general y decidirle a sostenerlos contra la Gironda.

—No creáis — les contestó Dumouriez, después de haberlos oído — que la República pueda subsistir; porque vuestros errores y crímenes la han hecho tan imposible como odiosa.

XVI

Dumouriez, amenazando en vez de obrar, parecía presa del trastorno mental que se apodera del hombre cuando perpetra un crimen, e imprime en sus actos la incoherencia y agitación de sus pensamientos. Toda su audacia se desahogaba en palabras, dando al ejército tiempo para reflexionar y, por consiguiente, para arrepentirse. Retirado en el pueblecillo de Saint-Amand con el estado mayor y los regimientos que le eran más adictos, recibió sucesivamente la noticia de la capitulación de la ciudadela de Amberes, devuelta a los austriacos por las tropas francesas; de la derrota del campamento de Maulde y de la insurrección patriótica de los ciudadanos de la guarnición de Lila contra el general Miaczinsky, a quien había encargado que se apoderase de aquella ciudad.

Dumouriez sólo tenía a su lado en Saint-Amand a los hermanos duque de Chartres y duque de Montpensier, al general Valence, al ayudante general Montjoie, Thouvenot, Nordmann, coronel del regimiento de Berchiny y a los oficiales del estado mayor. Había encontrado en Tournai y llevado a Saint-Amand, para protegerla contra los austriacos y contra la Convención, a la princesa Adelaida de Orleáns, hermana del duque de Chartres, joven dotada de gracia, de talento y de una alma enérgica, que se veía a la sazón condenada a andar errante en los confines de Francia y de Bélgica, rechazada de la patria por las leyes contra la emigración, y del extranjero por el odio que el nombre de su padre inspiraba a los enemigos de la revolución. Unida a sus hermanos por una amistad que la desgracia, el destierro y el trono debían alternativamente probar e ilustrar, buscaba en los campamentos la protección del ejército, teniendo por compañera a otra joven de su edad, llamada Pamela Seymour, a quien la voz pública creía hija del duque de Orleáns y de la señora de Genlís. Esta joven, de extremada belleza, educada como hermana de los príncipes y de la prin-

cesa de Orleáns, acababa de contraer matrimonio en Tournai con lord Eduardo Fitz-Gerald, primer par de Irlanda e hijo del duque de Léicester. Este joven patriota irlandés, inflamado en el campamento francés con la pasión de la libertad, conspiró poco después para substraer a Irlanda al yugo de Inglaterra, y habiendo sido condenado a muerte como jefe de la conspiración, se suicidó en el calabozo, legando un nombre más a los patriotas irlandeses.

XVII

La señora de Sillery-Genlís, confidente del duque de Orleáns, encontrábase también en el cuartel general. Mujer cuyo rostro era todavía seductor, notable por su talento y acostumbrada a la intriga, daba con su presencia a la conspiración de Dumouriez el colorido de la casa de Orleáns. El general Valence era yerno de la señora de Genlís; el duque de Chartres y el de Montpensier, discípulos; la princesa Adelaida, pupila, y los jacobinos sus perseguidores. En su casa reuníanse todas las noches los jefes principales de los cuerpos que era necesario seducir y conmover en contra de la República. Dumouriez conocía que tenía allí toda una revolución en rehenes, y si no enarbolaba abiertamente la bandera de Orleáns, todo cuanto le rodeaba era bandera que se complacía en desplegar, para inculcar en la opinión las esperanzas de una monarquía revolucionaria. Seducido por su papel de protector armado de una princesa joven, bella y perseguida, tributábale un culto que imponía al ejército el ejemplo del respeto.

En medio de aquellas mujeres desterradas y de aquella sociedad sospechosa a la República, Dumouriez esperaba ocioso que el ejército fingiese violentarlo y le obligara a marchar contra París. Algunos vagos indicios le denunciaban, sin embargo, de todas partes la defección de los generales, alarmados ante la idea de marchar contra la patria. Del descontento del ejército al acto de volver las armas contra su propio país, hay tanta distancia como del murmullo al crimen. Dumouriez había considerado los rumores de los soldados por opinión, y la insubordinación por sublevación. Ya se sabía en Saint-Amand que la Convención deliberaría respecto al partido que debía tomar con el general rebelde, y que iba a pedirle cuenta de su conducta. Dantón, Robespierre y hasta Marat, temiendo desorganizar el ejército en presencia del enemigo victorioso, y negándose a dar crédito a la traición, habían obtenido que aquella medida se aplazara por algunos días. Entre tanto, el campamento estaba lleno de espías de la Convención, y los voluntarios, menos soldados que ciudadanos, espiaban también los pasos del general.

Seis voluntarios del batallón de la Marne, soliviantados con las hablillas del ejército, se atrevieron a presentarse armados en la audiencia del general, llevando escrita con yeso en sus sombreros la palabra «República». Intimaron al jefe a que obedeciera las órdenes que iba a recibir de la Convención, y le declararon que, imitadores de Bruto, habían jurado darle de puñaladas si no escuchaba la voz de la patria. Como el general les respondiese en términos ambiguos, se adelantaron para rodearlo; pero el fiel Bautista, que espiaba sus movimientos, se abalanzó sable en mano entre Dumouriez y los soldados, y llamó a la guardia. Los voluntarios, cogidos y desarmados, fueron reducidos a prisión. Dumouriez, exagerando a propósito el peligro que había corrido, esparció la noticia de que se había pretendido asesinarlo, con objeto de atraerse el cariño por medio de la indignación, y lo consiguió, pues todos los cuerpos protestaron contra el atentado y depositaron su confianza inalterable en el jefe.

XVIII

Mientras ocurrían estos sucesos, la Convención, largo tiempo dudosa, había, al fin, expedido el decreto que separaba al general del ejército, y lo llamaba a París para que explicara sus planes. Dumouriez no se hacía ilusión respecto al significado de un decreto de esta naturaleza, y se reconocía demasiado culpable para arrostrar el examen de su conducta; comprendía que, una vez separado de los soldados, no se volvería a dar al ejér-

cito un general que había hecho temblar a la República; y prefería sucumbir en una tentativa armada contra los opresores de la patria, que presentarse humildemente a ofrecer su cabeza sin defensa y sin venganza. Además, aunque la astucia de sus discursos, la audacia de su actitud y la influencia de Dantón le hubieran hecho absolver, su ausencia desconcertaría los planes concertados con Mack. Estaba, por lo tanto, decididamente resuelto a desobedecer a la Convención, y, puesto que no podía engañarla por más tiempo, se preparaba a consumar el último acto de rebelión contra los comisionados que se atrevieron a enviarle. Tal era el estado de las cosas, cuando el 2 de abril, a mediodía, se anunció la llegada al campamento del ministro de la Guerra, que lo era, a la sazón, Beurnonville, amigo personal de Dumouriez. Beurnonville apeóse del coche, acompañado de cuatro comisarios, Camús, Lamarque, Bancal y Quinette. Camús, hombre austero que había ingerido en la revolución el rigor del jansenismo y los escrúpulos de la propiedad; Lamarque, abogado locuaz y declamador, acostumbrado a vociferar el patriotismo en los ejércitos; Bancal, negociador prudente y templado, a propósito para intervenir con moderación en las pasiones de los partidos; Quinette, en quien el instinto del orden corría parejas con su pasión por la libertad, procuraba siempre ajustar la teoría a los límites de lo verdadero, y el patriotismo a los de lo justo.

XIX

Beurnonville, al llegar, arrojóse a los brazos de Dumouriez, para demostrar a los espectadores, con aquella acción, que no quería encadenar al general a la patria, sino apelando a sus sentimientos y a sus recuerdos. Le dijo que había querido acompañar a los comisionados portadores del decreto de la Convención para añadir el poder de la amistad a la voz del deber. Camús, para evitar a Dumouriez el embarazo de explicarse en público, y para que los comisarios pudieran expansionarse mejor en la intimidad, suplicó al general que alejase a los testigos, mandándoles pasar a una habitación más retirada. Los generales y oficiales presentes murmuraron al oír esto, temiendo que se pretendiera substraer al general a la protección de sus sables; pero Dumouriez los calmó con un ademán, y llevó a Beurnonville y a los comisarios a su gabinete. Los generales exigieron que quedara la puerta abierta.

Camús presentó el decreto a Dumouriez, y el general lo leyó con impasibilidad muy parecida al desprecio; después, devolviéndoselo al comisario, respondió que la ejecución de aquel decreto sería la disolución del ejército y la pérdida de la patria; que obedecería, pero oportunamente, y ofreció su dimisión con ironía, que no pasó inadvertida para los comisarios.

—Y después de haber presentado la dimisión, ¿qué haréis? — le preguntó Camús.

—Lo que juzgue oportuno — contestó el general con altivez—; pero declaro que no iré a envilecerme haciéndome condenar en París por un tribunal revolucionario.

—¿Es decir que no reconocéis este tribunal? — replicó Camús.

—Lo reconozco como tribunal sanguinario y criminal — contestó Dumouriez — y en tanto que pueda empuñar una pulgada de hierro en la mano, no me someteré a él.

XX

Temiendo los demás comisionados que la acritud de las palabras tuvieran un violento desenlace, se interpusieron como afectuosos mediadores y suplicaron al general que obedeciese la orden que lo llamaba a París, respondiéndole con sus cabezas, de que la Convención, satisfecha, lo enviaría nuevamente al ejército en seguida. Quinette se ofreció a acompañarle, a escudarle con su cuerpo y a volver con él al cuartel general. Bancal le citó los brillantes ejemplos de obediencia a la patria de los grandes hombres de la antigüedad.

—Los romanos — respondió Dumouriez — no mataron a Tarquino, no tenían clubs, ni jacobinos, ni tribunal revolucionario; ahora hay tigres que anhe-

lan mi cabeza y yo no quiero entregársela. Supuesto que me citáis a los romanos, os digo que he representado muchas veces el papel de Decio, pero que nunca seré Curcio, y que no me arrojaré al abismo.

—¿Os negáis decididamente a obedecer a la Convención? — preguntó categóricamente Camús.

—Os juro — dijo Dumouriez — que, cuando mi patria tenga un gobierno y leyes, le daré cuenta de mis actos y los someteré a su juicio; pero hacerlo ahora sería una locura.

Los comisionados se retiraron a otro aposento para deliberar, y Dumouriez se quedó solo con Beurnonville, a quien trató de seducir demostrándole el peligro que corría en París, y ofreciéndole el mando de la vanguardia.

—Bien sé — respondió heroicamente Beurnonville — que debo ser víctima de mis enemigos, pero moriré en mi puesto. ¡Mi situación es horrible! Comprendo que estáis decidido; que vais a tomar un partido desesperado, y os pido, como única gracia, que no me privéis de participar de la suerte, cualquiera que sea, que reserváis a los diputados.

—No lo dudéis — respondió Dumouriez—, y creeré, obrando de este modo, serviros y salvaros.

Beurnonville y Dumouriez volvieron a entrar en la sala donde estaba reunido el estado mayor. El coronel de los húsares de Berchiny, Nordmann, cuyo regimiento estaba formado en batalla delante de la residencia del general, recibió la orden de colocar treinta hombres elegidos de su regimiento a la puerta, dispuestos a ejecutar lo que se les mandara. Estos húsares eran todos alemanes o alsacianos, cuya diferencia de idioma los garantizaba contra la elocuencia patriótica de los comisionados, pues sólo conocían la voz del coronel.

Después de una hora de deliberaciones secretas, en la que el inflexible Camús combatió denodadamente la templanza de que aun querían usar sus colegas para evitar aquel sinsabor a la patria, volvieron a presentarse los diputados. Brillaban en sus rostros la calma de la resolución, la autoridad de la ley y la varonil tristeza de su misión; intimaron de nuevo al general a que obedeciera al decreto, y Dumouriez se negó.

—Pues bien — dijo Camús—, os declaro suspenso de todas vuestras funciones; ya no sois general; prohibo que se os obedezca, mando que os arresten y sello vuestros papeles.

El sordo murmullo del estado mayor y el movimiento de los oficiales que se acercaban con la mano en la espada, para defender al general, demostraron a los comisionados que su autoridad era desconocida, y que tal vez corrían peligro sus vidas; pero las habían consagrado a su deber.

—Esto es demasiado — dijo Dumouriez—; es preciso poner término a tanta audacia — y mandó en alemán a los húsares que entraran—. Arrestad a esos cuatro hombres — ordenó al oficial que los mandaba—; pero que no se les haga daño; arrestad también al ministro de la Guerra, pero que le dejen las armas.

—¡General Dumouriez!—exclamó Camús—, ¡perdéis a la República!

Los húsares se llevaron a los comisionados de la Convención, y en los carruajes que se habían preparado durante la conversación, los condujeron a Tournai escoltados por un escuadrón del mismo cuerpo y fueron entregados en rehenes al general austriaco Clairfayt.

XXI

Dumouriez, después de esta acción que rasgaba el último velo de sus maquinaciones, solicitó conferenciar nuevamente con los generales enemigos para concertar la marcha de ambos ejércitos. Al día siguiente montó a caballo y fué al campamento francés, y arengó a los soldados presentándoles el suceso de la víspera como un atentado de los jacobinos que deseaban quitar el general al ejército y el padre a los hijos. Las tropas respondieron con aclamaciones, pues la humillación de la ley civil ante el sable es siempre grata al soldado. Dumouriez, para probar mejor la confianza que tenía en el cariño de las tropas, durmió en el campamento. Su proyecto era llevar las tropas a Orchies, desde donde hubiera podido amenazar a Lila, Douai y Bouchain, y asegurarse de Condé, prenda que había

prometido entregar a los austriacos. Para realizar este primer acto de su traición salió de Saint-Amand el 4 de abril.

Debían formar su escolta cincuenta húsares, pero, como éstos tardasen, montó a caballo acompañado sólo por el duque de Chartres, el coronel Thouvenot, el ayudante general Montjoie, sus ayudantes de campo y ocho húsares de ordenanza, tomando el camino de Condé. Había dejado orden en el campamento de que la escolta siguiera aquel camino, tan pronto como se encontrara dispuesta. De este modo marchaba perfectamente seguro, calculando las probabilidades de su empresa, cuando a media legua de Condé, un ayudante de campo del general Neuilly, que mandaba en aquella ciudad, le anunció la agitación de la guarnición y la dificultad de contener a las tropas y que empezaban a conocer que se las había vendido, y, estando indignadas con las sospechosas conferencias de los generales con los enemigos, decían en voz alta que respondían a la patria de Condé, y que no dejarían entrar a la plaza ningún nuevo cuerpo que pudiera comprometer la defensa. Dumouriez, apeándose a la orilla del camino, reflexionó respecto a la gravedad de aquel incidente que daba al traste con su proyecto, y, cuando estaba reflexionando, pasaron delante de él tres batallones de voluntarios, que se dirigían a Condé espontáneamente. El oficial que los mandaba llegó a ser luego el mariscal Davoust. Dumouriez, sorprendido de aquel paso que no había mandado, hizo algunas preguntas con viveza a los oficiales y les ordenó detenerse.

XXII

La tropa hizo alto, Dumouriez se separó unos cien pasos del camino e iba a entrar en una cabaña para escribir una orden, cuando los gritos tumultuosos que lanzaban los batallones, el movimiento súbito y confuso de la columna que retrocedía, le advirtieron que ya era tiempo de pensar en salvarse. Los voluntarios, inspirados repentinamente al ver a Dumouriez y la incoherencia de las órdenes y contraórdenes, iban a impedir la traición, apoderándose de los traidores. Algunos, apuntando ya al general, le amenazaban con dispararle si no los esperaba; pero Dumouriez montó precipitadamente a caballo y huyó a galope, atravesando los campos con su débil escolta, seguido por las imprecaciones y los disparos de fusil. Un canal, que rodeaba un terreno fangoso, detuvo su caballo, y una granizada de balas diezmó el grupo que lo rodeaba; dos húsares fueron heridos de muerte; los dos criados que llevaban la cartera y la capa del general cayeron a su lado; Thouvenot, a quien mataron el caballo, saltó a la grupa del valiente Bautista; y, entonces, el general, abandonando su caballo de batalla, que corría espantado hacia los batallones, fué conducido en triunfo por éstos a Valenciennes. La más joven de las hijas de Fernig, quedó también a pie; su hermana Felicidad se apeó y entregó su caballo a Dumouriez, y, saltando las dos jóvenes al otro lado del canal, montaron en los caballos de reserva del duque de Chartres. Cantín, el secretario del general, cayó al atravesar el foso, bajo el cuerpo de su caballo. De aquella persecución resultaron cinco hombres y ocho caballos muertos y uno aprisionado; y los equipajes y los papeles secretos del general quedaron en el canal. El resto de la comitiva huyó a escape, atravesando los pantanos, y alejándose de los campamentos de Breuille, a los que Dumouriez quería reunirse, siendo perseguidos hasta el Escalda por las balas de los voluntarios. Las dos jóvenes amazonas, que conocían el terreno, condujeron al general hasta la barca, en que atravesó el río con ellas y el duque de Chartres, abandonando los caballos, y el resto de la comitiva, que no cupo en la barca, huyó por la orilla del Escalda, consiguiendo llegar al campamento de Maulde, en el que Bautista difundió la noticia del asesinato del general, cometido por los voluntarios insurreccionados, y reanimó en favor de Dumouriez el antiguo cariño de las tropas de línea.

Entre tanto el general, después de haber pasado el Escalda, emprendió la marcha a pie, extenuado de fatiga por los terrenos fangosos inmediatos al río, llamó a la puerta de una pequeña casa de campo, donde, al principio, le fué negada la entrada; pero, habiendo dicho sus com-

pañeros quién era, le dieron hospitalidad y alimento los belgas a quienes acababa de conquistar seis meses antes. Bautista, al anochecer, se reunió con él y le notificó la indignación del campamento, sublevado nuevamente en favor suyo; por la noche llegó Mack y proporcionó al general fugitivo una escolta de cincuenta dragones imperiales, que lo condujeron al campamento de Maulde. Exceptuando algunos rostros recelosos y algunas miradas en que se advertía la lucha de la sospecha con la adhesión, todos los cuerpos recibieron a Dumouriez como jefe que les inspiraba todavía adoración. Habiendo vuelto a llamar a su lado al regimiento de los húsares de Berchiny y algunos escuadrones adictos de coraceros y dragones, se adelantó hasta Rumigies, a una legua del campamento de Saint-Amand; creía haber vuelto a hacerse dueño del ejército y se obstinaba en llevar adelante el plan de sorpresa de Condé, que se había frustrado la víspera.

Pero la artillería del campamento de Saint-Amand, con la falsa noticia de la muerte de Dumouriez, ahogado en el Escalda, había expulsado a los generales, enganchado las piezas y emprendido la marcha a Valenciennes. Divisiones enteras, deponiendo o llevándose a los oficiales, abandonaron el campamento en que la perfidia del general en jefe les obligaba a servir de instrumento de tramas desconocidas.

Dumouriez, al saber estas noticias, que llegaban unas tras otras a Rumigies, dejó caer la pluma con que escribía las órdenes que pensaba dar a su desvanecido ejército, comprendiendo la debilidad de un hombre contra la patria, y la de una intriga contra la revolución; montó a caballo con los dos hermanos Thouvenot, el duque de Chartres, el coronel Montjoie, el teniente coronel Barrois, el señor de Fernig y las dos hijas de éste, y fué sin escolta a Tournai, donde lo recibió el general Clairfayt, no como general enemigo, sino como aliado desgraciado. El afecto que Dumouriez había sabido inspirar a los soldados era tal, que los ochocientos hombres del regimiento de Berchiny y los húsares de Sajonia reuniéronse espontáneamente con él en Tournai, prefiriendo la vergüenza del nombre de tránsfugas, al dolor de separarse del general.

El resto del ejército francés, dividido en pequeñas partidas y apenas reunido en las plazas fuertes, continuó expuesto a los golpes de Clairfayt. La sangre de los soldados fué entregada por el general, pero los tránsfugas no llevaron al enemigo el tesoro del ejército, y Dumouriez, exhausto de recursos, se confió a la casualidad y a la gratitud de los soberanos coligados; cuando llegó a Tournai, sólo tenía algunas monedas de oro en el bolsillo, y en el mismo caso se encontraban todos sus compañeros de fuga. El duque de Chartres, Thouvenot, Nordmann, Montjoie, el fiel Bautista y hasta las dos intrépidas heroínas Fernig, comprometidas en una deserción, que se parecía mucho a un acto de fidelidad, escoltaron a Dumouriez sin que éste lo supiera, y fueron los primeros que le ofrecieron el amargo pan del destierro.

XXIII

Tal fué el desenlace del largo drama político y militar que había elevado a Dumouriez a la altura de los más grandes hombres, para hacerle descender de pronto al nivel del más miserable aventurero. La elevación de sus sentimientos no correspondía a la grandeza de su valor ni a la extensión de su talento. Educado en medio de las ligerezas de las cortes, y demasiado acostumbrado a ver, durante su vida de diplomático, el reverso de las cosas políticas, y a atribuir los grandes resultados a pequeñas causas, no tuvo bastante madurez para comprender la república, ni magnanimidad suficiente para servirla arriesgando la cabeza. Representó el papel de grande hombre y sólo lo fué a medias; su sangre derramada por la libertad sobre el campo de batalla o sobre el cadalso por la ingratitud de la república, hubiera clamado en la posteridad por la venganza, y escrito una de las más bellas páginas de la Revolución. Su vida salvada y su traición descubierta, esparcen la sombra del resentimiento sobre el brillo de sus campañas y actos militares. Su nombre no es, por decirlo así, más que una aparición luminosa en la historia, y un deslumbra-

miento de la patria. Es lamentable que un hombre dotado de tacto político, de brazo de héroe y de corazón de intrigante, no pueda ser admirado enteramente; pero el recuerdo de su traición impide que se le cite entre los nombres gloriosos de la patria, porque no hay afrenta mayor para el espíritu humano que el espectáculo de los grandes destinos entregados a almas pequeñas, y de las grandes cualidades que no se respetan a sí mismas. La obra de los pueblos exige hombres graves como el pensamiento que los agita; el crimen en las revoluciones ofende menos el ánimo que la superficialidad, pues, aun siendo más culpable y odioso, es, sin embargo, un contrasentido menor en las catástrofes humanas.

XXIV

Desde aquel día, Dumouriez, maldito en Francia, tolerado en el extranjero, anduvo errante de reino en reino sin encontrar patria; objeto de una desdeñosa curiosidad, casi indigente, sin compatriotas y sin familia, pensionado por Inglaterra, inspiraba lástima a todos los partidos. El cielo, para castigarlo más, le concedió una larga vida y le dejó todo el genio para que lo atormentara en la inacción. Ocupóse en escribir memorias y planes militares para todas las guerras que Europa hizo a Francia por espacio de treinta años, y ofreció su espada, rehusada siempre, a todas las causas. Sentado, viejo ya e importuno, en el hogar de Alemania o de Inglaterra, no se atrevió a abandonar el destierro ni aun cuando Francia abrió sus puertas a los proscriptos de todos los partidos, pues temió que el suelo francés le reprochara su traición. Murió en Londres, y Francia dejó sus cenizas en tierra extranjera, y ni siquiera le levantó un pequeño monumento en el campo de batalla donde había salvado a la nación.

LIBRO XXXVIII

Acontecimientos en el interior.—Marat.—Organización de los comités.—Instituciones populares.—Sediciones.—Los asignados.—Consideraciones.—La tasa.—Decreto de acusación contra Marat.—Lyón.—La Vendée.—El ejército.—Dantón en la frontera.—Robespierre.—Los girondinos.—Comité insurreccional.—Muerte de la esposa de Dantón.—Los veintidós diputados girondinos.—Complot contra ellos.—Dantón.—Discurso.—El tribunal revolucionario.—Vergniaud.—Discurso.—Los girondinos rechazan los ofrecimientos de Dantón.—El comité de salvación pública.—La señora Roland.

I

Reanudemos el relato de los sucesos que se desarrollaban en el interior de Francia, que hemos suspendido para no hacer difuso este relato.

La concesión que los girondinos habían hecho de la cabeza del rey no sofocó los gérmenes de disensión en el gobierno, porque los partidos, aunque se confundieron un momento, no estaban unidos. La debilidad no desarma, anima a imponer nuevas exigencias. Los girondinos, entregando la vida del rey, habíanse despojado de la única fuerza de opinión que podía luchar en su favor, dentro y fuera de Francia. Conocido el secreto de su debilidad, iba a exigírsele la última palabra de su resistencia. Sin embargo, satisfechos con la gran victoria que acababan de ganar a los adversarios, los jacobinos dejaron respirar durante algún tiempo a sus enemigos. Hasta parecía haberse establecido un acuerdo entre los comités de la Convención y la corporación municipal de París, para refrenar los excesos y concentrar una fuerza poderosa en el gobierno, conviniendo hacer volver a su cauce el flujo popular que acababa de sumergir al trono.

II

Dantón manteníase alejado, en altiva independencia, que parecía deber convertirlo en árbitro de los partidos. Robespierre aguardaba que surgiera otra crisis para que su impulso lo llevara más lejos y a más altura. Ni uno ni otro fomentaban entonces los desórdenes y las agitaciones de la multitud; sólo un miembro

de la Convención turbaba la concordia aparente de todas las voluntades. Este era Marat, verdadera encarnación de la anarquía. Dantón personificaba la fuerza de convulsión que trata de salvar a las naciones, inspirándole accesos de patriotismo, llevados hasta el asesinato; Robespierre, la obstinación de la fe filosófica, que marcha al través de todos los acontecimientos a su fin; Marat, los sueños vagos y febriles de la multitud que sufre, que gime y se agita en el fondo de todas las sociedades: clase que, sin voz para dejarse oír, sin acción regular para abrirse paso, y que se conmueve como un elemento al soplo de todas las facciones, se fanatiza con esperanzas engañadas, convierte las decepciones en frenesí y destruye a todos los gobiernos, sin haber conseguido nunca romper las condiciones del trabajo, de la opresión y de la miseria, que la mantienen en la degradación. Marat era el representante del proletario moderno, especie de esclavitud templada por el salario, después de haber sido introducida en la escena política la multitud hasta entonces relegada a la impotencia y envilecida en sus andrajos. La pasión que inclinaba a Marat a representar aquel papel, no era sólo la de dominar, sino también la de la rehabilitación de las clases que padecen y se consideran degradadas. Había adoptado esta causa desesperada, y deseaba que en lo sucesivo se le impusiera su nombre; quería libertar de los males a las clases que padecen y volver contra las opulentas todas las plagas que pesaban desde hacía tantos siglos sobre la parte oprimida del pueblo; aspiraba a restituirle el bienestar a que pretendía conducir a los proletarios; pero los conducía como a bárbaros que con el hierro y el fuego en la mano invaden los derechos reconquistados, y no saben proporcionarse un lugar sobre la tierra, más que incendiando y exterminando. Marat, desde el 10 de agosto, no sólo se hacía oír desde los subterráneos que habitaba, como gemido exhalado del fondo del pueblo, sino que se mostraba con afectación a la multitud en el club de los jacobinos, en el de los franciscanos, en el ayuntamiento, en las secciones y en todos los tumultos; principiaba a emanciparse de la tutela de Dantón, que mucho tiempo había deseado y sufrido, y disputaba ya a Robespierre los aplausos de los jacobinos, prometiendo al pueblo el reinado de las leyes populares, que distribuirían con más equidad el bienestar social entre todas las clases; Marat ofrecía completos trastornos y despojos inmediatos. Uno contenía al pueblo por el corazón, el otro lo arrastraba por la locura; Robespierre era más respetado y Marat más temido.

III

He aquí los términos en que Marat se descubría a sí mismo en *El Amigo del Pueblo:*

«Perdónenme los lectores que hoy les hable de mí, pues no lo hago por amor propio ni por fatuidad, sino por deseo de servir mejor la causa pública. ¿Por qué ha de ser un crimen el presentarme tal como soy, cuando los enemigos de la libertad se esfuerzan en hacerme pasar por un loco, por un antropófago, por un tigre deseoso de sangre, con objeto de impedir el bien que yo podría hacer? Habiendo nacido con corazón sentimental, imaginación de fuego, carácter ardiente, franco y tenaz, con ánimo recto, abierto a todas las pasiones exaltadas, y, especialmente, al amor a la gloria; habiendo sido educado con los más tiernos cuidados en la casa paterna, he llegado a la edad viril sin haberme abandonado nunca al ardor de las pasiones. A los veintiún años permanecía aún puro, y me había dedicado desde hacía mucho tiempo al estudio y a la meditación.

»Debo a la naturaleza el temple de mi alma; pero a mi madre el desarrollo de mi carácter, pues inculcó en mi corazón el amor a la justicia y a la humanidad, haciendo pasar por mis manos los socorros que daba a los indigentes. El acento de interés con que hablaba a los miserables, me inspiró desde muy joven la ternura que ella les manifestaba. A los ocho años tenía ya formado el sentido moral, y a esta edad no podía mirar con calma los malos tratamientos que se daban a mis semejantes. La crueldad me llenaba de indignación, y la injusticia hacía latir mi corazón como si hubiera recibido un ultraje personal. Durante mi juventud, mi cuerpo fué débil; no conocí la ale-

gría, ni el aturdimiento, ni los juegos infantiles; dócil y aplicado, mis maestros conseguían de mí cuanto deseaban por la dulzura, y sólo fuí castigado una sola vez: tenía entonces once años; me habían encerrado en un cuarto, y, como el castigo era injusto, abrí la ventana y me arrojé a la calle.

»En todas las edades, mi pasión principal fué el amor a la gloria: a los cinco años hubiera querido ser maestro de escuela; a los quince, profesor; a los diez y ocho, autor y, a los veinte, genio creador, como hoy ambiciono la gloria de sacrificarme por la patria. Pensador desde mi adolescencia, el trabajo intelectual ha llegado a ser mi única necesidad, hasta en las enfermedades. He encontrado mis más dulces placeres en la meditación, en los momentos pacíficos en que el alma contempla con admiración el espectáculo de los cielos, o cuando, concentrada en sí misma, parece escucharse en silencio; pesar en la balanza de la verdadera felicidad lo vano de las grandezas humanas, penetrar el sombrío porvenir, buscar al hombre más allá de la tumba, y experimentar una inquieta curiosidad ante los destinos eternos.

»He pasado veinticinco años en el retiro, leyendo y meditando los mejores libros de moral, de filosofía y de política, para deducir las mejores consecuencias. En ocho tomos de investigaciones metafísicas y veinte de descubrimientos de las ciencias físicas, he experimentado en mis investigaciones sincero deseo de ser útil a la humanidad, santo respeto a la verdad, y el sentimiento de los límites de la humana sabiduría: los charlatanes científicos, los d'Alembert, los Condorcet, los Laplace, los Lalande, los Monge y los Lavoisier pretendían brillar exclusivamente. Yo ni siquiera podía publicar los títulos de mis obras, y gemía desde hace cinco años en cobarde opresión, cuando se anunció la Revolución convocando los Estados generales. Desde luego calculé adónde podían conducir los acontecimientos, y empecé a respirar con la esperanza de ver al fin a la humanidad vengada, de contribuir a romper sus cadenas y de ocupar mi verdadero puesto.

»Hasta entonces esto era sólo un sueño que estuvo próximo a desvanecerse, pues una enfermedad cruel me amenazaba terminarlo en la tumba; pero no queriendo dejar la vida sin hacer algo en beneficio de la humanidad, compuse en mi lecho de dolor: *La ofrenda a la patria...*

»Vuelto a la vida, sólo me ocupé en los medios de servir a la libertad; ¡y me acusan de ser un malvado vendido, cuando podía reunir millones sólo con guardar silencio, y gimo en la miseria!...»

IV

Estas líneas descubrían en el alma de Marat el frenesí de la gloria, la perpetua explosión de venganza contra las desigualdades sociales y el amor a las clases que padecen, exaltado hasta la ferocidad contra los ricos y los dichosos.

Esta sed de justicia absoluta y de nivelamiento repentino no podía saciarse más que con sangre, y Marat no cesaba de pedirla al pueblo, como consecuencia del endurecimiento de alma que goza en inmolar con el pensamiento lo que resiste a la inflexibilidad de sus sistemas.

Su vida era pobre y laboriosa, como la indigencia que representaba. Habitaba un cuarto mezquino en una casa obscura de la calle de los Franciscanos, ganándose el sustento con la pluma. Un trabajo infatigable de cabeza, una cólera crónica y prolongados desvelos le inflamaban la sangre, hundían sus ojos, daban palidez amarillenta a su piel e imprimían en su rostro el ardor enfermizo y los temblores nerviosos de la fiebre; lo mismo prodigaba la vida propia que la ajena, y hasta cuando las largas y frecuentes enfermedades le retenían en cama, no cesaba de escribir, con la rapidez del rayo, todos los pensamientos que el ardor de los ensueños le sugería. Los operarios de la imprenta llevaban una a una al taller las hojas empapadas en odio, y, una hora después, los vendedores públicos y los carteles fijados en las esquinas de las calles los publicaban por todo París. Su vida era un diálogo continuo y furioso con la multitud. Consideraba todas sus ideas como inspiraciones, y las recogía apresuradamente como las fascinaciones de una sibila, o los pensamientos sagrados de los profetas. La mujer con quien

vivía, lo reputaba un bienhechor desconocido del mundo, cuyas confidencias recibía primero que nadie. Marat, brutal e insolente para todos, era dulce y manso para aquella mujer, llamada Albertina. No hay hombre tan desgraciado o tan odioso en la tierra, a quien la suerte no le haya deparado una mujer como auxiliar o confidente de su obra, de su suplicio, de su crimen o de su virtud.

Marat tenía, como Robespierre y como Rousseau, una fe sobrenatural en sus principios, reputándose él mismo, en sus quimeras, como instrumento de Dios, y había escrito un libro en favor del dogma de la inmortalidad del alma. Su biblioteca componíase de cincuenta volúmenes filosóficos, puestos en una tabla de pino sujeta a la desnuda pared de su cuarto, sobresaliendo entre ellos Montesquieu y Raynal, ojeados con frecuencia; sobre la mesa tenía siempre abierto el Evangelio.

—La Revolución — decía a los que se admiraban de ello — está toda en el Evangelio, pues en ninguna parte ha sido más enérgicamente defendida la causa del pueblo, y en ninguna se han lanzado más maldiciones a los ricos y a los poderosos de este mundo. Jesucristo — repetía con frecuencia, inclinándose con respeto al pronunciar este nombre—, Jesucristo es el maestro de todos nosotros.

Muy pocos eran los amigos que visitaban a Marat en su triste soledad; Armonville, el septembrista de Amiéns, Pons de Verdún, poeta adulador de todos los poderes, Vincent, Legendre, y algunas veces Dantón, porque éste, que durante mucho tiempo había protegido a Marat, empezaba a tenerle miedo. Robespierre lo despreciaba como vergonzoso capricho del pueblo y al mismo tiempo lo envidiaba, pero no se prostituía tanto que mendigara su popularidad. Cuando Marat y él se encontraban cerca, en la Convención, dirigíanse miradas injuriosas y de mutuo desprecio.

—¡Cobarde hipócrita! — exclamaba Marat.

—¡Vil malvado!—murmuraba Robespierre.

Pero ambos aunaban su odio contra los girondinos.

El harapiento traje que Marat vestía en aquella época, contrastaba con el traje decente de Robespierre. Chaqueta de color obscuro, llena de remiendos, y las mangas vueltas como las de un jornalero que acaba de abandonar el trabajo; calzones de terciopelo, manchados de tinta; medias de lana azul; zapatos atados en el empeine con cuerdas; camisa sucia y que dejaba el pecho al descubierto; el cabello ceñido sobre las sienes y anudado atrás con una tira de cuero; sombrero redondo de alas muy anchas, caído sobre los hombros; tal era el aspecto que presentaba Marat en la Convención. La cabeza desproporcionadamente gruesa, con relación a su pequeña estatura, el cuello inclinado sobre el hombro izquierdo, la continua agitación de los músculos, la sonrisa sardónica de los labios, la provocadora insolencia de la mirada y la audacia de los apóstrofes, lo hacían notable. Su humildad aparente no era más que el programa de sus opiniones. El sentimiento de su importancia aumentaba en él con el presentimiento de su poder; amenazaba a todos sin exceptuar a sus antiguos amigos, y ridiculizaba el lujo y las inclinaciones voluptuosas de Dantón, de quien, hablando con Legendre, decía: «Dantón repite sin cesar que soy un chismoso que trastorno todos los negocios. En otro tiempo he pedido la dictadura para él, porque lo creía capaz de desempeñarla, pero se ha afeminado; los despojos de Bélgica y sus comisiones lo han embriagado, y hoy es un personaje demasiado importante para bajarse hasta mí. Camilo Desmoulins, Chabot, Fabre d'Eglantine y todos cuantos lo adulan, me desdeñan; pero el pueblo y yo los vigilamos.»

V

La Convención ocupóse durante algún tiempo, por medio de la organización de comités, en clasificar los conocimientos, las aptitudes y el desinterés individuales de los miembros que la componían, y en dedicar a cada uno de ellos a las funciones para las que parecían más aptos. Esto era el gobierno y la administración, nombrados, por decirlo así, por la aclamación pública. La ley fundamental, la instrucción pública, la Hacienda, el ejército, la marina, la diplomacia, la segu-

ridad general de los ciudadanos, y, por último, la salvación del Estado, atribución suprema que da a una nación la soberanía de sus propios destinos, originaron otros tantos comités distintos, donde se elaboraban en discusiones íntimas y en profundas relaciones las diferentes materias del gobierno, de economía política y de administración. De este modo, la Convención utilizaba todas las aptitudes, concentrándolas en los objetos especiales de su omnipotencia. Reservaba para las sesiones públicas las grandes luchas de teorías o de pasiones políticas que conmovían el imperio y hacían triunfar o sucumbir alternativamente a los partidos; pero el nervio de la administración interior o de la defensa exterior fué confiado a los comités. Este resorte continuaba laborando en secreto mientras la Convención parecía desgarrarse en las convulsiones públicas. La organización del gobierno republicano en un país acostumbrado durante muchos siglos a la unidad y a la arbitrariedad del gobierno monárquico, fué la primera necesidad y el primer pensamiento de la Convención, que llamó al comité de constitución a los hombres que suponía dotados en más alto grado del genio o de la ciencia de las instituciones humanas, sin tener para nada en cuenta el partido a que pertenecían, y atendiendo sólo al mérito. Los girondinos dominaban. Sieyés, Tomás Payne, Brissot, Pethión, Vergniaud, Gensonné y Barrere eran los que comunicaban el entusiasmo fingiéndolo, y, en fin, Condorcet y Dantón. Robespierre, odiado por los girondinos y sospechándole partidario de la anarquía, no fué elegido, por lo que se consideró profundamente humillado, y experimentó un resentimiento que ocultó bajo la máscara del desprecio.

VI

El comité de instrucción pública, el más importante después del de constitución, cuando era necesario transformar las costumbres del pueblo, como se cambiaban las leyes, componíase de filósofos, de literatos y de artistas de la Convención, siendo los principales miembros Condorcet, Prieur, Chenier, Herault de Sechelles, Lanjuinais, Romme, Lanthenás, Dusaulx, Mercier, David, Lequinio y Fauchet. Cambón reinaba en el comité de Hacienda; era jacobino por su pasión a la república, girondino por su odio a los anarquistas, honrado como la mano del pueblo en su propio tesoro e inflexible como una cifra. El comité de salvación pública, que debía absorber a todos los demás y colocarse sobre todas las leyes, no se organizó hasta dos meses después, y sólo duró seis.

Mientras los comités preparaban en silencio la constitución y los sistemas de educación, de guerra, de hacienda y de beneficencia pública, la agitación del pueblo de París impulsaba constantemente a la Convención a lo urgente y a lo imprevisto. La guerra y el hambre compelían igualmente al pueblo a la sedición, pues, por fatal coincidencia, los años de tumultos para la población lo habían sido de esterilidad para la tierra; los inviernos largos y crudos habían helado los trigos; todas las estaciones habían sido rigurosas y podía decirse que hasta los elementos combatían contra la libertad; el terror pánico, exagerando la escasez de cereales, había llenado de sospechas la imaginación pública; los ríos estaban helados, el pan muy caro; la leña escaseaba y el elevado precio de todas las subsistencias presentaba la miseria y la muerte bajo la forma que aterra más al pueblo: el hambre. A los jornaleros les faltaba trabajo; el lujo había desaparecido; los ricos aparentaban indigencia para evitar la expoliación; los nobles y el clero se habían llevado, al huir, o enterrado en las bodegas y paredes de sus casas, gran parte del oro y de la plata acuñados, signos del valor, medios de cambio, móviles de circulación y fuentes del trabajo y del salario. Las confiscaciones y los secuestros paralizaban en las manos de la República el cultivo de las tierras y el arrendamiento de las casas. Para suplir el oro y la plata, que parecían haberse agotado de repente, la Asamblea constituyente creó una moneda de papel con el nombre de *asignados*, moneda que si el pueblo hubiera querido comprenderla y adoptarla, habría producido los mismos efectos que la metálica, favoreciendo las transacciones entre particulares, fomentando el trabajo, pagando los im-

puestos y representando el precio de las tierras. La moneda, digan lo que quieran los economistas, nunca tiene más valor que el de la conveniencia que la ha creado y del crédito que lleva consigo. La letra de cambio, moneda individual que no tiene más valor que la firma del que la crea, suple a un numerario incalculable, y tiene todos los defectos del oro y de la plata, pues no es más que una moneda que puede hacer cualquiera y que representa la confianza que se tiene en un individuo. ¿Cómo, pues, el Estado, que representa la fortuna y el crédito de todos, no podría hacer una moneda de papel, tan inviolable y acreditada como la de los simples ciudadanos?

VII

Pero el pueblo, que, acostumbrado al oro, quería pesar y tocar su valor, no le inspiraba confianza el papel. Mientras las verdades no se conviertan en costumbres, parecen veladas al pueblo.

Además, el gobierno, agobiado por necesidades que eran mayores cada vez, había multiplicado de pronto el nuevo signo monetario de papel, lo que contribuyó al descrédito de los asignados y a la ocultación de la riqueza monetaria por el que la poseía o la aceptaba. Se dictaron leyes muy severas contra los que rehusaban recibir el papel moneda, y esto paralizó la circulación y decayó el comercio ocasionando el peligro de los negocios, la suspensión de los cambios, la cesación del trabajo libre, la desaparición del salario y la extenuación del jornalero, viéndose obligados los propietarios y los ricos a vivir de los productos directos de las tierras o de las sumas reservadas en oro o en plata, de las que sólo ponían en circulación la cantidad necesaria para satisfacer las más urgentes necesidades. Se cultivaba mal, se consumía poco y no se construía nada; los coches y los caballos habían desaparecido; los muebles no se renovaban; los vestidos revelaban avaricia o miseria; y la vida, reducida a lo estrictamente necesario, escatimaba todo empleo y todo salario a los innumerables artesanos, que viven a expensas de las superfluidades de los potentados en los países prósperos.

VIII

Los comerciantes de las grandes ciudades, intermediarios entre el consumidor que desea comprar barato y el productor que quiere vender caro, añadían, además, la usura al precio de los géneros. El comercio se aprovechó de todo para enriquecerse, sin exceptuar el hambre, porque la sed del oro endurece como la de la sangre.

La lucha entre el pueblo bajo de París y el comercio al por menor era cada vez más violenta; el odio contra los especieros, expendedores de los consumos diarios de las masas, había llegado a ser tan ardiente y sanguinario, como el que se profesaba a los aristócratas; las tiendas eran objeto de tantas imprecaciones como los palacios; los continuos motines a las puertas de los panaderos, de las tabernas y de los lonjistas, obstruían el tránsito de las calles. Turbas hambrientas, a cuya cabeza iban mujeres y niños, tipos de la miseria, salían todas las mañanas de los barrios populosos y de los arrabales, para diseminarse por los barrios ricos y situarse frente a las casas donde había sospecha de que se encerraba el grano. Estos grupos rodeaban la Convención, y hasta forzaban a veces las puertas para pedir a grandes gritos pan o rebaja en el precio de los géneros; las patrullas de mujeres que habitan las orillas y los barcos del río y se ganan la vida lavando ropa, acudían a intimar a la Convención que bajara el precio del jabón, elemento indispensable de su profesión, el del aceite, de las velas y de la leña.

Pedían el máximum, es decir, la tasa de las mercancías, el arbitrio del gobierno, colocado entre el comerciante y el consumidor, para moderar las ganancias de uno y favorecer las necesidades del otro; pero si el deseo de la tasa era legítimo, su ejecución era imposible. La justicia, que de este modo se creía dispensar al consumidor necesitado, podía llegar a ser una injusticia o una opresión para el comerciante; la ley iba a obrar a tientas y substituir el arbitrio a la libertad de comercio. La tasa, para ser justa, hubie-

ra también debido cambiar tantas veces cuantas fueran las variaciones en los precios de adquisición de las mercancías; y, por consiguiente, nadie podía llegar a esta apreciación, siendo evidente que la especulación iba a quedar anulada. Tal es el alma del comercio, que, sujeto a las intervenciones inquisitoriales, debía cesar de abastecer a Francia, por lo que el pueblo pedía la muerte de las transacciones. Estas disposiciones, vivamente combatidas por la clara razón de los girondinos, por Robespierre, por Hebert y hasta por Chaumette, iban a ocasionar, en los abastecimientos de París y en las relaciones del pueblo y del mercader, el trastorno y la escasez que tenían por objeto precaver. Pero, si el pueblo entiende pronto las cuestiones puramente políticas y las verdades nacionales, porque las comprende por el corazón y las resuelve por la pasión, es tardo para penetrar las cuestiones económicas, porque exigen la aplicación de una inteligencia ejercitada y las luces de la experiencia. La economía política es una ciencia, y la política no es más que un sentimiento; por lo cual es más fácil extraviar a las masas, sobre todo cuando la miseria y el hambre contribuyen a dar valor a los sofismas.

IX

Marat y sus partidarios defendían fanáticamente la tasa en los precios de las subsistencias, e impulsaban al pueblo por el hambre a la valuación y al pillaje de los ricos. Los periódicos de Marat tocaban todos los días a rebato.

«Es incontestable, decía en el *Amigo del Pueblo* del 23 de febrero, que los capitalistas, los agiotistas, los monopolizadores, los comerciantes de objetos de lujo, los empleados de los embrollos, los ex golillas, los ex nobles, con muy pocas excepciones, y los dependientes del antiguo régimen, son los que echan de menos los abusos, de que alguna vez se aprovechaban para enriquecerse con los despojos públicos. Siendo imposible cambiar su corazón, vista la inutilidad de los medios puestos en acción hasta ahora para atraerlos al cumplimiento del deber, y perdiendo la esperanza de conseguir que los legisladores adopten medidas oportunas para obligarles a ello, sólo la destrucción total de esta raza maldita es lo único que puede devolver al Estado la tranquilidad. Ahí los tenéis redoblando la maldad para acarrear el hambre al pueblo, por la elevación extraordinaria del precio de los géneros de primera necesidad, y por la perspectiva de la miseria. El saqueo de los almacenes, a cuyas puertas se colgaran algunos agiotistas, pondrían pronto fin a las malversaciones que reducen a cinco millones de hombres a la desesperación, haciendo morir a muchos miles de miseria. ¿No sabrán los diputados del pueblo más que perorar acerca de los males, sin encontrar nunca el remedio? Dejémonos de leyes, porque es evidente que nunca han tenido efecto. Además, este estado de cosas no puede durar mucho tiempo; tengamos todavía un poco de paciencia y, al cabo, el pueblo llegará a penetrarse de esta gran verdad: que debe salvarse a sí mismo. Los malvados que tratan de encadenarlo y castigarlo porque ha exterminado a un puñado de traidores, en los días 2, 3 y 4 de septiembre, temen ser colocados en el número de los miembros podridos que es útil amputar al cuerpo político.

»¡Infames hipócritas, que os esforzáis en perder a la patria con pretexto de imponer el reinado de la ley, subid a la tribuna! ¡atreveos a denunciarme! ¡Con este papel en la mano, estoy dispuesto a confundiros!»

X

No se podía predicar en términos más precisos el pillaje y el asesinato. Al día siguiente el pueblo, cuya tribuna era el periódico de Marat, obedeció la señal del apóstol; las turbas hambrientas salieron de los arrabales, de los talleres, de los lugares sospechosos, e invadieron las calles ricas de París; forzaron las puertas de las panaderías; allanaron los almacenes de comestibles; se distribuyeron, tasándolos, los géneros de primera necesidad, el pan, el jabón, el aceite, las velas, el café, el azúcar, el queso, y saquearon algunas lonjas.

Barrere al otro día, como órgano de

los centros, pidió que se cumpliese la ley.

—Mientras yo sea representante del pueblo — dijo — haré imperturbablemente la guerra a los que violen las propiedades y pongan el saqueo y el robo en el lugar de la moral pública, encubriendo estos crímenes con la máscara del patriotismo.

El girondino Salles leyó en la tribuna la sanguinaria provocación de Marat.

—¡Decrétese el procesamiento contra ese monstruo! — gritaron muchos diputados.

Marat subió a la tribuna, en medio de los aplausos de sus amigos, apostados por él desde por la mañana entre los espectadores.

—Los movimientos populares de ayer — dijo mirando a Salles y a Brissot — son obra de aquella facción criminal y de sus agentes, pues ellos son quienes envían a las secciones emisarios para fomentar los tumultos. Profundamente indignado, he aconsejado el saqueo de los almacenes de los agiotistas y que se les ahorque a la puerta de sus casas, único medio eficaz de salvar al pueblo, y ¡se atreven a pedir que se decrete mi procesamiento!

Al oír esto, casi todos los que estaban en el salón se levantaron indignados; las imprecaciones ahogaron la voz del orador, pero Marat se sonrió despreciando aquellas almas *débiles*.

—¡Imbéciles! — exclamó al bajar de la tribuna.

Lareveillere-Lepaux, hombre íntegro y neutral entre los partidos, atestiguó la probidad de Roland y lo justificó de las calumnias de Marat, diciendo:

—Ciudadanos, ha llegado el momento de saber si la Convención se decide por el crimen o por la virtud.

—¿Quién se atrevería a defender a Marat? — susúrrase por todos lados.

—Yo — respondió Thirión.

—No quiero defensores — replica el *Amigo del pueblo*—. Esto es una maniobra de la intriga que persigue en mí a la diputación de París. Quieren alejarme de la Asamblea porque les molesto, descubriendo sus manejos.

—Marat es crédulo — dice Carrá—; en sus arrebatos trata con injusticia a sus amigos y desacredita a la Montaña.

Marat interrumpe a Carrá:

—El pérfido comentario de Carrá conducirá al cadalso a los mejores patriotas.

Buzot pide irónicamente la palabra en defensa de Marat, y éste grita audazmente:

—Soy bastante fuerte para defenderme.

—¿Por qué — continuó diciendo Buzot — acusáis a ese hombre? En su diario sólo escribe lo que constantemente se dice en esta tribuna; no es más que el órgano de las calumnias que sin cesar se vomitan contra nosotros y contra los mejores ciudadanos; no es más que el precursor de la anarquía, que contiene en las últimas plagas el trono; el decreto que dictéis contra él, sólo servirá para dar importancia a un hombre que no es más que el instrumento de los perversos.

Los murmullos de la Montaña se dirigen a Buzot, y convierten en furor contra los girondinos la indignación de que era objeto Marat. Salles, Valazé, Boileau y Fonfrede solicitan el decreto de acusación; Bancal la expulsión, y Pereyres que se le declare loco. La Convención, en pie, se divide en dos grupos desiguales, de donde salen exclamaciones, sarcasmos e invectivas.

—Llamamiento nominal — grita Boileau—. Sepamos al fin quiénes son los amigos de Marat y los cobardes que no se atreven a declararse contra él.

—Que hable — exclamaban otros—; se le acusa y tiene derecho a hablar.

Marat, entonces, dirigiéndose a los girondinos, prorrumpió en estas palabras:

—¡Aquí no hay justicia ni pudor! (Todos los girondinos se levantan como un solo hombre, y quieren anonadar con los ademanes y la voz la insolencia del orador.) Sí, decretad mi acusación — continuó diciendo Marat con una sonrisa de reto—; pero al mismo tiempo decretad que están locos esos *hombres de Estado*.

Este es el título con que los demagogos de la corporación municipal y el mismo Robespierre calificaban a los amigos de Roland.

Tallién, uno de los primeros discípulos de Marat, se obstinó en vano en defenderlo, porque las voces de los centros no

dejaron oír la de Tallién. La última frase que pronunció Vergniaud hizo que se enviara la acusación a los tribunales ordinarios, y encargó al ministro de Justicia que persiguiera a los autores e instigadores del saqueo.

—¡Es una maldad! — gritó Marat, y salió protegido por los aplausos de la Montaña, que defendía al hombre al mismo tiempo que reprobaba sus doctrinas. Lo que apreciaba en Marat era su enemistad con los girondinos.

XI

Pocos días después de estos desórdenes, llegó la noticia de los tumultos de Lyón y de la insurrección de la Vendée, primeros síntomas de la guerra civil, que estallaron cuando Dumouriez flaqueaba y hacía traición en las fronteras, y cuando la anarquía destrozaba a París; pero la Convención sólo prestaba atención a las fronteras, donde los desastres se sucedían sin interrupción. Sucesivamente se recibieron las noticias de los reveses de Custine en Alemania, de la derrota del ejército del Norte y de las conspiraciones de Dumouriez. España rompió las hostilidades, y la Convención, después de haber oído a Barrere, respondió sin vacilar, declarando la guerra a la corte de Madrid. La Convención, lejos de disimular los peligros a la nación, buscando la salvación en el peligro mismo, los puso completamente de manifiesto. Se nombraron en seguida noventa y tres comisionados para llevar a las diferentes secciones de París la noticia de la derrota del ejército y de los peligros de las fronteras; la corporación municipal hizo enarbolar una bandera negra, señal de luto y de muerte, en lo alto de las torres de la catedral; los teatros se cerraron y se tocó llamada durante veinte horas consecutivas en todos los cuarteles; los oradores ambulantes leyeron en las plazas públicas una proclama del consejo, inspirada en el himno de los marselleses; las secciones, cada una de las cuales se había convertido en una corporación municipal que obraba y en una convención que deliberaba, adoptaron medidas desesperadas; y pidióse la prohibición de la venta del numerario, la pena de muerte contra el comercio de la plata acuñada, la creación de un impuesto sobre los ricos, la destitución del ministro de la Guerra, la acusación contra Dumouriez y sus cómplices, y, por último, la creación de un tribunal revolucionario para juzgar a Brissot, Pethión, Roland, Buzot, Guadet, Vergniaud y a todos los girondinos, cuya pérfida moderación perdía a la patria, con pretexto de salvar la legalidad.

XII

Dantón, unas veces en la Convención y otras en los campamentos, sobreponiéndose a los dos partidos, impulsó con la voz y el ademán al pueblo a las fronteras, y fingió recomendar a la Convención la concordia para concentrar toda la energía contra el extranjero. Robespierre, en nombre de los jacobinos, dirigió al pueblo una proclama en la que inculpaba a los girondinos de todos los reveses nacionales, acusándolos de haber sido los instigadores del saqueo para deshonrar las doctrinas populares y afiliar a los ricos, los propietarios y los comerciantes en el partido de la contrarrevolución, y pidiendo que se levantara una muralla de cabezas entre la nación y los enemigos, incluyendo desde luego las de los girondinos.

Pero a la sombra de este movimiento ostensible de los jacobinos, de la corporación municipal, de los franciscanos y de las secciones que fermentaba contra los jefes de la Convención, un conciliábulo, unas veces público y otras oculto, se ocupó en reunir e inflamar los elementos de una insurrección popular contra la mayoría de la Convención. Este comité de insurrección reuníase, ora en una sala del ayuntamiento, ora, en más corto número, en una casa del arrabal de San Marcelo. A él pertenecían Marat, Dubois-Crancé, Duquesnoy, Drouet, Choudieu, Pache, alcalde de París, Chaumette, Hebert, Momoro, Panís, Dubuissón, el español Guzmán, Proly, Pereires, Dopsent, presidente de la sección de la Cité y uno de los organizadores de los degüellos de las cárceles; Hassenfratz, Henriot y Dufourny. La mayor parte de los agentes secundarios eran los asesinos del 6 de octubre, del 20 de junio, del 10 de agosto

y del 2 de septiembre, grupo revolucionario, que la corporación municipal había conservado. Estos hombres, dispuestos a todo, después de haber obedecido el impulso de Pethión y de los amigos de éste, estaban dispuestos a subordinarse a Pache, Marat y Robespierre; oleada revolucionaria cuya condición les inducía a traspasar los límites continuamente, siéndoles insoportable cuando propendía a fijar la revolución. Entre estos hombres de acción, se encontraban Maillard, presidente de los asesinatos de la Abadía; Cerat, que había dirigido los de los Carmelitas y era entonces juez de paz de la sección del Luxemburgo; Gonchón, el Dantón del arrabal de San Antonio; Varlet; el tintorero Malard, amigo de Billaud-Varennes; el peluquero Siret, que después de la toma de la Bastilla, donde había ensayado su valor, tomó parte en todos los combates de la revolución; el curtidor Gibón, patriota seducido por Henriot, que confundía, como éste, el patriotismo con el crimen; Lareynie, antiguo gran vicario de Chartres, que persiguió hasta el fin de la Revolución a las instituciones de que había abjurado; Alejandro, que tenía en su arrabal gran prestigio militar, y, por último, el zapatero Chalandón, presidente del comité revolucionario de la sección, y cuya protección mendigaba cobardemente el célebre abogado Target, frecuentando su mesa y redactando sus arengas.

XIII

En la noche del 6 de marzo, reunióse el comité de insurrección general con más misterio que el acostumbrado, siendo únicamente convocados a él los miembros dotados de una resolución implacable y de una probada reserva. Les molestaba el nombre de asesinos que Vergniaud y los amigos de éste les aplicaban en la tribuna, y esperaban que Dantón, su antiguo cómplice, y sobre quien recaían las injurias de los girondinos, se les uniría para exterminar a los enemigos comunes, estando dispuestos a concederle la dictadura del patriotismo, por lo que esperaban que regresara del campamento adonde había ido por tercera vez para sugerir nuevo entusiasmo a las tropas insurreccionadas.

XIV

Informado Dantón, por una carta de su cuñado Charpentier, de la enfermedad de su esposa, había salido precipitadamente de Condé para ir a recoger el último suspiro de la compañera de su juventud; pero la muerte había sido más veloz que él. Al descender del coche en la puerta de su casa, se le anunció que aquélla acababa de expirar, y se trató de alejarlo de aquel fúnebre espectáculo; pero Dantón, que bajo la impetuosidad de sus pasiones políticas y desordenada vida, profesaba respetuosa ternura a la madre de sus dos hijos, separó a los amigos que le disputaban la entrada en su domicilio; subió precipitadamente a su cuarto, corrió hacia el lecho, levantó el paño mortuorio, y cubriendo de besos y de lágrimas el rostro medio yerto de su esposa, pasó toda la noche exhalando gemidos y sollozos.

Nadie se atrevió a interrumpir su aflicción ni a separarlo de aquel sitio para llevarlo a la sedición, por lo cual tuvieron que aplazarse los proyectos de los conjurados por falta de jefe. Sin embargo, Dubuissón arengó al comité y le demostró la urgencia de anticiparse a los girondinos, que hablaban todos los días de vengar los asesinatos de septiembre.

—¡Mueran — gritó al concluir — esos hipócritas que afectan un patriotismo y una virtud de que carecen!

XV

Cuando Dubuissón dejó de hablar, todos los oyentes levantaron los brazos en terrible ademán de muerte, e inmediatamente se discutieron los nombres de los diputados girondinos, cuyas cabezas, en número de 22, debían ser sacrificadas, en compensación a los jacobinos que Dumouriez había prometido, según se asegura, entregar a la venganza del ejército y a la cólera del extranjero. Unos propusieron colgar a Vergniaud, Brissot, Guadet, Pethión, Barbaroux y los amigos de éste en las ramas de los árboles de las Tullerías; otros que se les condujera a la

Abadía y se renovara en ellos la justicia anónima de septiembre. Marat, cuyo nombre nada tenía que temer por una maldad más, y para quien la mayor gloria era el mayor crimen, disipó toda clase de escrúpulo.

—Nos llaman bebedores de sangre — dijo—, pues bien: merezcamos este nombre, bebiendo la de nuestros enemigos; la muerte de los tiranos es la última razón de los esclavos. César fué asesinado en pleno Senado; tratemos lo mismo a los representantes traidores a la patria, ¡asesinémoslos sobre sus bancos, teatro de sus crímenes!

Manín, que había paseado la cabeza de la princesa de Lamballe sobre una pica, ofrecióse con algunos de sus compañeros a degollar a los girondinos en su misma casa; y Hebert apoyó esta proposición, diciendo:

—La muerte sin ruido, aplicada en las tinieblas, tomará completa venganza de los traidores a la patria y mostrará la mano del pueblo, suspendida siempre sobre la cabeza de los conspiradores.

Se aceptó este plan, sin excluir, sin embargo, la idea de Marat, si se presentaba ocasión para ejecutar los asesinatos con más solemnidad, en medio de los desórdenes, cuando el pueblo asaltara la Convención. Se distribuyeron a los agitadores los barrios que había que sublevar; y se señaló, para la ejecución, la noche del nueve al diez de marzo.

XVI

Mientras los conjurados del comité de insurrección reclutaban fuerzas, los girondinos tuvieron casualmente noticia de la clase de complot fraguado contra ellos. El peluquero Siret, con la indiscreción propia de los de su oficio, reveló a Mauger, presidente de la sección de la isla de San Luis, que al día siguiente, a mediodía, los girondinos habrían dejado de existir. Mauger, que era amigo de Kervelegán, diputado del Finistère, y uno de los más valientes del partido de Roland, fué al anochecer a casa de Kervelegán y le suplicó en nombre de la seguridad personal que no fuera al día siguiente a la sesión de la Convención, ni que durmiera en su casa la noche del 9 al 10. Kervelegán, que aquella noche esperaba a cenar a los principales jefes de la Gironda, les transmitió el aviso de Mauger y previno a todos los diputados de su partido que se abstuvieran de ir a la Convención y que se ausentaran de sus respectivos domicilios durante el día y la noche siguientes. El mismo fué a casa de Gamón, uno de los inspectores de la sala, para concertar las medidas necesarias a la seguridad de la Convención; pasó en seguida a despertar al comandante del batallón de los federados del Finistère, que se encontraba en el cuartel, e hizo que la tropa tomara las armas. Ya estaban en marcha algunos grupos.

Louvet, el valiente acusador de Robespierre, vivía a la sazón en la calle de San Honorato, no lejos del club de los jacobinos, y sabía que el pueblo lo escogería como primera víctima. Hacía ya tiempo que vivía como un proscripto, pues salía sólo para ir a la Convención y siempre armado, pidiendo asilo en diferentes casas para pasar la noche y frecuentando secretamente la suya para visitar a la joven que compartía su suerte: Lodoiska, cuya belleza, valor y amor ha inmortalizado en sus escritos. Esta mujer, cuyos ojos espiaban los menores síntomas, oyó, poco después de anochecer, el rumor de un tumulto inusitado en la calle y los gritos que lanzaban algunos grupos, más numerosos que de ordinario, a la entrada de los jacobinos; corrió allá, penetró en el salón, y asistió, sin ser conocida, en las tribunas altas, donde era permitido entrar a las mujeres, a los preliminares de los atentados que debían consumarse aquella noche. Vió estallar la conjuración, designar el objeto, dar el santo, proferir los juramentos, apagar las luces y desenvainar los sables. Luego, confundiéndose con la multitud, salió para advertir a su amante. Louvet, abandonando su retiro, corrió a casa de Pethión, donde estaban reunidos algunos de sus amigos deliberando tranquilamente acerca de los proyectos de decreto que se proponían presentar al día siguiente. A Louvet costóle gran trabajo decidirles a que se abstuvieran de ir a la sesión de la Convención aquella noche; Vergniaud se negaba a darle crédito, Pethión prefería esperar en su casa antes que huir;

pero, al fin, se dispersaron y fueron a pedir hospitalidad hasta que amaneciera el nuevo día. Louvet corrió aquella noche, de puerta en puerta, para advertir a Barbaroux, Buzot, Salles y Valazé del peligro que les amenazaba. Brissot, informado de lo que ocurría, había ido a notificárselo a los ministros, animándolos con su intrepidez.

XVII

Mientras, de esta suerte, conjuraban los diputados girondinos el peligro que les amenazaba, las hordas que habían salido de los franciscanos, armadas de pistolas y sables, se dirigieron a la imprenta de Gorsás, redactor de la *Crónica de París*, derribaron las puertas, rasgaron los periódicos, rompieron las prensas y saquearon los talleres. Gorsás, con una pistola en la mano, pasó, sin ser conocido, por entre los asesinos que pedían su cabeza. Al llegar a la puerta de la calle, la vió custodiada por hombres armados, y escaló la pared del patio introduciéndose en una casa inmediata, desde donde se refugió en la sección.

Otro grupo, de cerca de mil hombres del pueblo, al salir de un banquete cívico que habían celebrado en los soportales de los mercados, se dirigió a la Convención y desfiló por la sala gritando: *vivir libres o morir*. Los bancos vacíos de los girondinos desconcertaron los proyectos de los asesinos; pero aquéllos, arrostrando los silbidos y las amenazas de la multitud y de los tribunos, ocuparon al día siguiente su puesto. Otra multitud, de cerca de cinco mil hombres de los arrabales, obstruía el paso en la calle de San Honorato, en el patio del picadero y en el terraplén de los Fuldenses. Los sables, las pistolas y las picas agitábanse sobre las cabezas de los diputados, mientras resonaban los gritos de *mueran Brissot y Pethión*. Fournier, *el Americano*, Varlet, Champión y los gritadores conocidos del pueblo pidieron las cabezas de trescientos diputados moderados y acudieron en diputación al consejo de la corporación municipal para exigir que se cerraran las puertas de París y se proclamara la insurrección. El consejo no accedió, y hasta Marat se opuso a esta petición y contestó a Fournier y a sus compañeros.

La sesión de la Convención fué muy tumultuosa; lanzáronse ultrajes y provocaciones, y Barrere, indeciso entre los girondinos y los montañeses, y, por lo tanto, tolerado por ambos partidos, entibió durante un momento el furor general, divagando acerca de las generalidades patrióticas y protestando contra la aristocracia de los girondinos, contra la anarquía de los montañeses y contra la insurrección municipal de París.

—¡Se ha intentado — dijo — asesinar esta noche a algunos diputados! ¡Ciudadanos, las vidas de los diputados están seguras; las vidas de los diputados tienen por base todos los departamentos de la República! ¿quién se atreverá a tocarlas? El día en que se consuma este crimen imposible, se disolverá la República.

El discurso de Barrere fué acogido con entusiastas aplausos, que parecían garantir la vida de los representantes de la nación contra los puñales del pueblo de París. Robespierre propuso, como remedio al mal, la concentración del poder ejecutivo en los comités, iniciando el comité de Salud Pública; es decir, la dictadura sin que interviniera la Convención.

—Las consideraciones generales que se os hacen son ciertas — dijo Dantón—; pero, cuando el edificio arde, nadie atiende a los malhechores que roban los muebles. Lo primero es apagar el fuego; ¿queremos ser libres? Si no lo queremos, perezcamos, pues todos lo hemos jurado. Haced salir vuestros comisionados, haced que marchen esta misma noche y digan a la clase opulenta: es necesario que la aristocracia de Europa pague nuestra deuda, sucumbiendo a nuestros esfuerzos o que vosotros la paguéis. El pueblo sólo tiene sangre y la prodiga. ¡Vamos, miserables! ¡prodigad vuestras riquezas! Ved, ciudadanos — continuó Dantón, en cuyo rostro se reflejaba la previsión profética de la felicidad pública—; ved, ciudadanos, los altos destinos que os esperan; ¡tenéis una nación entera por palanca, y la razón por punto de apoyo! ¿y no habéis trastornado aún el mundo? En circunstancias más difíciles,

cuando el enemigo estaba a las puertas de París, dije a los que gobernaban entonces: Vuestras discusiones son mezquinas, yo no conozco más que al enemigo, venzamos al enemigo. Vosotros que me fatigáis con vuestras disputas particulares — continuó mirando alternativamente a Marat, Robespierre y los girondinos — en vez de ocuparos en la salvación de la República, a todos os considero traidores, a todos os coloco en la misma línea, ¡qué me importa la reputación! ¡sea libre Francia, aunque sea ultrajado mi nombre!

Cambaceres propuso la organización de un tribunal revolucionario; Buzot dijo que se deseaba llevar a Francia al despotismo, más siniestro aún que la anarquía, y protestó contra la reunión de todos los poderes en una sola mano.

—No protestaba — murmuró Marat— cuando todos los poderes estaban en mano de Roland.

Robert Lindet leyó el proyecto de decreto creando un tribunal revolucionario.

—Se compondrá de nueve jueces — dijo Lindet—, y no estará sujeto a ninguna forma, pues el código será la conciencia y los medios de convicción lo arbitrario. Habrá siempre en la sala de este tribunal un miembro encargado de recibir las delaciones y juzgará a cuantos la Convención envíe.

La Montaña aplaudió estas disposiciones, y Vergniaud, indignado, se levantó diciendo:

—Esto es una inquisición mil veces más temible que la de Venecia, y moriremos antes que consentirla.

XVIII

Cambón y Barrere quedaron atónitos al ver el arma que se les presentaba.

—Cuando los lacedemonios — dijo Barrere — vencieron a los atenienses, los pusieron bajo el dominio de treinta tiranos, que, al principio, sólo condenaron a muerte a los malhechores que horrorizaban al mundo, y el pueblo aplaudió el suplicio; pero pronto castigaron también a los buenos. Sila, victorioso, hizo degollar gran número de ciudadanos que se habían elevado por los crímenes y por el mal que habían ocasionado a la República, y todos lo aplaudieron, diciéndose en todas partes que habían merecido el suplicio; pero ésta fué la señal de una espantosa carnicería. Apenas cualquiera codiciaba una casa o una tierra, denunciaba al poseedor y lo hacía incluir en el número de los proscriptos.

La Convención decretó que los jurados de aquel tribunal revolucionario serían nombrados por ella y elegidos en todos los departamentos. Estas condiciones, que atemperaban la decisión de vida o muerte del tribunal, impacientaban visiblemente a Dantón, quien, cuando ya iba a levantarse la sesión, saltó de su banco y corrió a la tribuna, obligando con ademán imperioso a que volvieran a sentarse los diputados que estaban en pie.

—Intimo — dijo Dantón imperativamente — a todos los buenos ciudadanos que no dejen su puesto. (Todos los miembros volvieron a sentarse, guardando el más profundo silencio.) ¡Ciudadanos — prosiguió—, podréis separaros sin adoptar las medidas que exige la salvación de la República! Conozco cuán importante es tomar medidas que castiguen a los contrarrevolucionarios, porque para ellos es necesario el tribunal, y éste debe suplir al tribunal supremo de la venganza del pueblo. Arrancadlos vosotros a la venganza popular, la humanidad os lo manda, y nada es más fácil que definir un crimen político; pero, ¿no es necesario que las leyes extraordinarias aterren a los rebeldes y alcancen a los culpables? Ahora la salvación pública exige grandes medios y medidas terribles, y no me parecen medios adecuados las formas ordinarias y un tribunal revolucionario: seamos terribles para que el pueblo no sea cruel. Organicemos un tribunal, si no perfecto, porque esto es imposible, lo menos malo que se pueda, a fin de que la espada de la ley caiga sobre la cabeza de los enemigos. Concluída esta gran obra, os recuerdo las armas, los comisionados que debéis elegir y el ministerio que debéis organizar. Llegó el momento; seamos pródigos de hombres y dinero. ¡Tened cuidado, ciudadanos! Vosotros respondéis al pueblo del ejército, de la sangre que se derrama y de los asignados. Propongo, pues, que se organice el tribunal sin levantar la sesión.

Pido que la Convención tenga en cuenta mis razones y desprecie las calificaciones injuriosas que se atreven a darme; organícese esta misma noche el tribunal revolucionario, organícese también el poder ejecutivo y mañana el movimiento militar, porque mañana deben ponerse en marcha los comisarios. Levántese Francia entera, corra a las armas y salga al encuentro del enemigo, invádase Holanda y quede libre Bélgica, arruínese al comercio inglés, triunfen los amigos de la libertad en este país, lleven nuestras armas victoriosas la libertad y la dicha a todos los pueblos y quede vengado el mundo.

XIX

Parecía que el corazón nacional de Francia latía en el pecho de Dantón, cuyas palabras resonaban en las almas, como el paso de carga de los batallones sobre el suelo de la patria. Bajó de la tribuna en brazos de sus colegas de la Montaña, y por la noche quedó definitivamente aprobada la creación del tribunal revolucionario. Cinco jueces y un jurado nombrados por la Convención, un acusador público nombrado también por ésta; la muerte y la confiscación de los bienes en beneficio de la República, tal era aquel tribunal de Estado, única institución capaz, según se creía, de defender en aquellos momentos a la República contra la anarquía, contra la contrarrevolución y contra Europa. La Convención, representación del pueblo, todo lo asumía, hasta la justicia. El arma que empuñaba en el peligro podía ser saludable o funesta, según el uso que se hiciese de ella; si no se hubiera tratado más que de defender las fronteras, la seguridad de los ciudadanos y su propio poder, esta arma podía salvar a la nación y la libertad; pero, si se entregaba a los partidos para destruirse mutuamente, perdía y deshonraba a la Revolución. Los girondinos no se atrevieron a rehusar aquella medida a la impaciencia pública y a la urgencia de la necesidad. Por un raro capricho de la suerte, Barrere, que rechazaba aquella ley, debía ser el que hiciera de ella el más sangriento uso, y Dantón, que la propuso, debía entregarle la cabeza. La víctima forjaba la cuchilla, y el sacrificador la rehusaba.

XX

El pueblo, alarmado por el peligro público y por el comité de insurrección, continuaba asediando la Convención; el proyecto de degollar a los girondinos en su casa se frustró nuevamente en un conciliábulo del arrabal de San Marcelo. Dantón, a quien sus agentes le habían enterado de aquellas tramas, advirtió a los amenazados para que por segunda vez abandonaran sus casas. Intimidaba con una mano y protegía con la otra, procurándose apoyo, esperanzas y gratitud en los tres partidos, pues deseaba ser necesario y terrible para todos a la vez. El solo impedía el choque entre la Gironda y la Montaña; decidiéndose él, se decidía la victoria.

Pero la superioridad de la aptitud de Dantón mortificaba el orgullo de los girondinos, que respondían a sus proposiciones con desprecios, y perseguían a Robespierre, atribuyendo a estos dos toda la demencia de Marat y todos los delirios de la anarquía: casi disculpaban a Marat para que recayera todo el odio sobre Dantón y Robespierre.

—Marat — decía Isnard en la tribuna—no es la cabeza que concibe sino el brazo que ejecuta, el instrumento de los malvados que se burlan de su credulidad y envenenan sus disposiciones naturales: gentes que ven todos los objetos bajo colores fúnebres, le persuaden de lo que quieren y le hacen ejecutar lo que les agrada: cuando lo han acalorado, este hombre divaga y delira cuando a ellos les place.

Reunidos en junta los miembros de aquel partido en casa de Roland, decidieron al fin aprovecharse de la indignación que la insurrección del pueblo contra la Convención acababa de promover en París para reconquistar el ascendiente que se les escapaba. Vergniaud, que hacía mucho tiempo que estaba inactivo, cedió a las instancias de sus colegas, y preparó un discurso para pedir venganza a la opinión contra los puñales de Marat; pero ya se había introducido la di-

visión en la Gironda. Vergniaud, amado y admirado por todos los girondinos, no reflejaba ya la política de su partido; afectaba el papel de moderado y, de este modo, se acercaba a Dantón, pero entre estos dos hombres que se tocaban sólo había la sangre de septiembre. He aquí el discurso de Vergniaud:

«Cercado sin cesar por la calumnia, me abstuve de subir a la tribuna mientras creí que mi presencia podría suscitar las pasiones, sin la esperanza de ser útil a la patria; pero hoy que estamos todos, al menos así lo creo, reunidos por el sentimiento de un peligro que se ha hecho recíproco; hoy que toda la Convención nacional se encuentra al borde de un abismo, al que el menor impulso puede precipitarla para siempre con la libertad; hoy que los emisarios de Catilina no sólo se presentan a las puertas de Roma, sino que tienen la audacia de venir a este recinto a desplegar los signos de la insurrección, no puedo guardar silencio, porque el silencio, en este caso, sería una verdadera traición. Diré la verdad sin temor a los asesinos, porque éstos son cobardes y sé defenderme contra ellos..»

Después de haber recordado los atentados a la propiedad efectuados en los meses de febrero y marzo, prosiguió:

—Así de crimen en amnistía y de amnistía en crimen, gran número de ciudadanos ha llegado a confundir los motines sediciosos con las insurrecciones contra la libertad. Se ha desarrollado este extraño sistema de libertad, con arreglo al cual se os dice: sois libres, pero pensad como nosotros, o, si no, os denunciamos a la venganza del pueblo; sois libres, pero inclinad la cabeza ante el ídolo a quien quemamos incienso, o, si no, os denunciamos a la venganza del pueblo; sois libres, pero reuníos a nosotros para perseguir a los hombres cuya probidad y conocimientos tememos, o, si no, os denunciaremos por medios ridículos a la venganza del pueblo. Entonces, ciudadanos, ha sido permitido temer que la Revolución, como Saturno, devorase sucesivamente todos sus hijos. Algunos miembros de la Convención nacional han dado la Revolución por terminada desde que Francia quedó constituída en república, y desde entonces he creído que convenía contener el movimiento revolucionario, devolver la tranquilidad al pueblo y dictar las leyes necesarias para que ésta fuera durable. Otros miembros, al contrario, alarmados por los peligros con que la coalición de los reyes nos amenaza, han creído que importaba perpetuar la efervescencia. La Convención tenía que fallar un gran proceso: unos han considerado la apelación al pueblo, o la simple reclusión del culpable, como el medio de evitar la guerra que iba a hacer derramar arroyos de sangre, y como homenaje solemne tributado a la soberanía nacional. Otros han creído que aquella medida era un germen de guerras intestinas y una condescendencia con el tirano; ellos han llamado a los primeros realistas, y los primeros han acusado a los segundos de que se mostraban tan ardientes en hacer caer la cabeza de Luis, para colocar la corona sobre la frente de otro tirano. Desde entonces el fuego de las pasiones se ha encendido con furor en el seno de la Asamblea, y la aristocracia, no poniendo límites a sus esperanzas, concibió el infernal proyecto de que la Convención se destruya a sí misma. La aristocracia dijo: enconemos más los odios, hagamos de modo que la Convención nacional sea el cráter ardiente de donde salgan las expresiones sulfurosas de conspiración, traición, contrarrevolución, y nuestro odio hará lo demás; y si en el movimiento que provoquemos perecen algunos miembros de la Convención, presentaremos después a Francia a sus colegas, como asesinos y verdugos.»

Después de denunciar los hechos que revelaban el plan de insurrección y de asesinatos en los días 9 y 10 de marzo, prosiguió Vergniaud:

—Ciudadanos, tal es la profundidad del abismo que se había abierto bajo nuestros pies. ¿Al fin ha caído la venda de vuestros ojos? ¿Habréis aprendido a reconocer a los usurpadores del título del pueblo? ¿Y tú, pueblo infortunado, continuarás siendo el juguete de los hipócritas que prefieren obtener los aplausos, a merecerlos? ¡Los contrarrevolucionarios te engañan con las palabras de libertad y de igualdad! Un tirano de la antigüedad tenía una cama de hierro, sobre la que hacía extender a sus víctimas, muti-

lando a las que eran más grandes que la cama, y dislocando dolorosamente a las que lo eran menos para que llegaran al nivel. Este tirano amaba la igualdad; ésta es también la igualdad de los malvados que te destrozan. La igualdad para el hombre social es sólo en cuanto a los derechos; no es la igualdad de las fortunas como no es la de las estaturas, ni las de las fuerzas, del talento, de la actividad, de la industria y del trabajo. Entender la igualdad de otro modo es fomentar la licencia que se presenta con la máscara de la libertad, y tiene, como los falsos dioses, sus druidas que desean alimentarla de víctimas humanas. ¡Ojalá sufran estos sacerdotes crueles, estos nuevos druidas, la suerte de sus antecesores! ¡Ojalá la infamia selle para siempre la piedra afrentosa que cubra sus cenizas! Y a vosotros, colegas, ya os ha llegado el momento de optar por la energía que os salve o por la debilidad que pierde todos los gobiernos; si desmayáis, seréis juguete de todas las facciones y víctimas de todos los conspiradores, y no tardaréis en caer en la esclavitud. Ciudadanos, aprovechemos las lecciones de la experiencia, podemos trastornar los imperios con victorias; pero, ¿haremos revoluciones en los pueblos si no les damos el espectáculo de nuestra felicidad? Si queremos derribar los tronos, demostremos que somos felices con la República; si nuestros principios tardan en propagarse en las naciones extranjeras, es porque los sofismas, los movimientos tumultuosos, y, sobre todo, la sangre han empañado su brillo. Cuando los pueblos se prosternaron por primera vez delante del sol, para llamarle padre de la naturaleza, ¿estaba, acaso, encubierto por las nubes destructoras que llevan consigo las tempestades? Seguramente no: radiante de gloria avanzaba entonces en la inmensidad del espacio y derramaba sobre el universo la fecundidad y la luz. Pues bien, disipemos con nuestra firmeza las nubes que encubren nuestro horizonte político; anonademos la anarquía, no menos enemiga de la libertad que el despotismo; fundemos ésta en las leyes y en una constitución sabia, y pronto veréis caer los tronos, romperse los cetros, y los pueblos, extendiéndonos los brazos, proclamarán con gritos de júbilo la fraternidad universal.

Este elocuente discurso, que proporcionó aplausos al orador, agitó el alma de la Asamblea, pero no le imprimió ninguna dirección.

Marat sucedió en el uso de la palabra al orador de los girondinos: el cinismo de su aspecto en la tribuna revelaba claramente cuánto despreciaba la elocuencia, y que no aspiraba a poseerla.

—No vengo — dijo — con discursos floridos y frases escogidas a mendigar aplausos, sino que me propongo, con ideas luminosas, disipar la vana charlatanería que acabáis de oír. A nadie le duele más que a mí el ver aquí dos partidos, uno de los cuales no quiere salvar la revolución, y el otro no sabe salvarla.

Pronunciadas estas palabras, aplaudieron las tribunas, como para profundizar en el pecho de los girondinos el dardo que Marat acababa de lanzar; el orador señaló con la mano el banco de Vergniaud y de los amigos de éste, y prosiguió:

—Aquí están los hombres de Estado, y no digo que su extravío sea un crimen, porque sólo detesto a los jefes; pero está probado que los que han apelado al pueblo querían la guerra civil, y que los que han votado en favor de la vida del tirano, votaron por la conservación de la tiranía. Además, no soy yo quien los persigue, es la indignación pública. Me opongo a la impresión de un discurso que revelaría a los departamentos el cuadro de nuestras disensiones y de nuestras alarmas.

La Asamblea, dividida ya en dos mitades iguales, deseando ambas borrar la victoria para no parecer vencida, decretó que se imprimieran los discursos de Vergniaud y de Marat. Semejante acuerdo era tan semejante a la injuria, que Vergniaud, ofendido, declaró que había olvidado su improvisación.

XXI

Dantón, por entonces, celebraba frecuentes conferencias con Guadet, Gensonné y Vergniaud, inclinándose evidentemente hacia el partido de aquéllos, cuyas luces, elocuencia y costumbres prometían a la República un gobierno menos anárquico en el interior y más im-

ponente en el extranjero. Su conducta con este partido resentíase cada día más de aquellas disposiciones secretas. Atacado constantemente por Brissot, Valazé, Louvet, Barbaroux, Isnard y Buzot y por todos los jóvenes girondinos, a quienes dirigía la virtuosa indignación de Roland, inflamada por la cólera de su esposa, Dantón sufría en silencio, fingiendo no oír las insinuaciones que se lanzaban contra él, a las que nunca respondía; fuese magnanimidad o prudencia, refrenaba su ardor y no cesaba de rehusar el combate que los imprudentes de la Gironda no dejaban de ofrecerle. De día en día Dantón desplegaba más el genio de un diplomático. Hombre de acción sobre todo, daba a los girondinos el poder de voluntad y de unidad que les faltaba; disponía del corazón del pueblo, del que Vergniaud y sus amigos sólo tenían el oído, y hubiera dado las masas a los girondinos que ya contaban con los propietarios; unidos, hubieran reprimido la anarquía en Francia, lanzando la revolución más allá de las fronteras. Dantón lloraba amargamente la obstinación de los amigos de Roland en alejarse de él.

—Su odio contra mí los pierde y, acaso después de su perdición, causará también la mía — decía—. ¡Insensatos, no saben lo que rechazan!

Pero, a pesar de los pasos que daban muchas veces los moderados de la Gironda, la reconciliación fracasaba siempre; el pasado de Dantón esterilizaba su genio; y su complicidad con los asesinos de septiembre, lo perseguía, persiguiendo en él a la República.

XXII

En esta época se creó, a propuesta de Isnard, el primer comité de Salud Pública, cuyos miembros efectivos, nombrados con imparcialidad, fueron Dubois-Crancé, Pethión, Gensonné, Guytón, de Morveau, Robespierre, Barbaroux, Rulh, Vergniaud, Fabre d'Eglantine, Buzot, Delmás, Guadet, Condorcet, Breard, Camús, Prieur (de la Marne), Camilo Desmoulins, Barrere, Quinette, Dantón, Sieyés, Lassource, Isnard, Cambaceres y Juan Debry; y los suplentes, Treilhard, Aubry, Garnier (de Saintes), Lindet, Lefebre, Lareveillere-Lepaux, Ducós, Sillery, Lamarque y Boyer-Fonfrede: las fuerzas de los partidos estaban equilibradas. Durante aquel breve período de conciliación, el aumento de energía caracterizó los actos del gobierno y de la corporación municipal, pues el peligro de la patria no permitía pensar en otra cosa que en la guerra. En París se tocaba a rebato, los tambores tocaban llamada y las secciones corrían a las armas; Santerre estaba a la cabeza de dos mil ciudadanos armados; la Convención mandaba; el comité de Salud Pública dirigía; la corporación municipal hacía visitas domiciliarias para arrestar a los conspiradores, desarmar a los aristócratas, y desterrar de la capital a los nobles, a los clérigos y a los sospechosos. El tribunal revolucionario empezaba a actuar y a pronunciar los primeros fallos. El cadalso se levantaba en la plaza de la Revolución, como institución complementaria de la República; pero los girondinos separaban el cuchillo de la cabeza de los emigrados y de los aristócratas, y no se atrevían a herir a los verdaderos enemigos.

XXIII

La señora Roland había perdido la esperanza de que imperase en Francia la libertad, desde que habían alejado del poder a su marido; las frías teorías de Robespierre le helaban el corazón, y los andrajos de Marat le ofendían la vista. Encerrada en la soledad, preguntábase ya si el ideal de la revolución que había soñado, sería una de tantas utopías que engañan con perspectivas seductoras las imaginaciones ansiosas del bien, y que se disipan al intentar tocarlas. Hubiérale sido grato morir antes del desencanto. El ardor de la lucha y la grandeza de su valor le habían sostenido mientras su esposo estaba en el poder; pero ahora la actividad de su pensamiento volvíase contra ella misma y la devoraba. La ingratitud del pueblo se anticipaba a la gloria, y de todas las promesas de la República no había visto realizarse más que las ruinas y los crímenes. La calumnia, que se encarnizaba en ella, la asus-

taba más que el cadalso. Había conservado la amistad con Barbaroux, Pethión, Louvet, Brissot y Buzot, y preparábase a salir de París y a retirarse de nuevo con su esposo y su hijo a Beaujolais.

Pero no era sólo por huir del ruido amenazador que los enemigos hacían en torno suyo por lo que deseaba ocultarse en las montañas, sino por huir también de sí misma. Los peligros que corrían sus amigos le revelaban la estimación en que los tenía. Casta, como las estatuas de la antigüedad que le habían servido de modelo, temió profanar, por el fuego de un amor vulgar, la llama pura y sobrenatural de la libertad, y resolvió alejarse, pues, teniendo más necesidad de la estimación que de la gloria, quería ofrecer a la muerte una víctima sin mancilla.

Pero la agitación que a la sazón experimentaban los ánimos, la necesidad en que se encontraba Roland de rendir cuentas de su administración, y los peligros, cada día mayores, que un viaje entrañaba, la obligaban a dilatar la marcha, reteniéndola en París, y haciéndole sufrir al mismo tiempo todas las angustias de esposa, de madre y de jefe de partido. Conocía ahora la amargura del odio del pueblo, el veneno de la calumnia, la indiferencia del hogar conyugal, las alarmas nocturnas por la vida del esposo y de los hijos, angustias que no había compadecido en la reina. Su casa, situada en una calle sombría de un barrio del Panteón, encerraba tantos disgustos y gemidos como en días anteriores habían entenebrecido el palacio. ¡La justicia de Dios deja rara vez de manifestarse!

LIBRO XXXIX

Dantón y Robespierre.—Segundo casamiento de Dantón.—Dantón acusa a los girondinos.—Robespierre pide que se les procese.—Vergniaud se defiende.—Dantón replica.—Marat.—Teorías de Robespierre.—Apreciaciones.

I

Los acontecimientos sucedíanse rápidamente, como una fortuna que se desmorona. La influencia de los girondinos en los departamentos, sostenida artificialmente por la prensa que subvencionaba Roland, era cada día mayor, pues los peligros de la patria hacían que el pueblo se adhiriera a los partidos extremos. Los comisarios de la Convención iban de ciudad en ciudad, nombrando o destituyendo a capricho las autoridades locales, unas del partido de los jacobinos, y otras del de la Gironda. Bourdón de l'Oise, comisionado en Orleáns, donde predicaba las doctrinas de Robespierre y reemplazaba el ayuntamiento moderado por otro jacobino, recibió veinte bayonetazos en la casa consistorial; pero, levantado y puesto en salvo por los demagogos, envió los asesinos a París al tribunal revolucionario. Manuel, antiguo procurador síndico de París, retirado a Montargís, su pueblo natal, fué arrebatado de casa por el pueblo, arrastrado al pie del árbol de la libertad, despojado de los vestidos, acribillado de heridas, desfigurado por los golpes, e inundado de sangre, sin que la corporación municipal, que acudió en su auxilio, pudiera hacer en su favor otra cosa que encerrarlo en un calabozo. La mayoría de la Convención, decidida por la Llanura, vagaba al antojo de Barrere; Robespierre se alejaba de Dantón, de quien se sospechaba que era cómplice en la traición de Dumouriez, y Legendre trató de reconciliarlos.

II

Dantón y Robespierre encontráronse en la mesa de Legendre: Dantón, que poseía la franqueza de la fuerza y el odio de los hombres violentos, fácil de ablandar, se adelantó a dar la mano a Robespierre; pero éste retiró la suya y permaneció todo el tiempo de la comida violento y en taciturna observación. Al concluir dejó escapar algunas frases de doble sentido, que sin designar directamente a Dantón, revelaban la desconfianza y el desprecio que le merecían los que sólo ven en las revoluciones medios sangrientos de hacer fortuna, recogiendo los despojos de la victoria. Era una alusión demasiado clara a las sospechas de concusión que pesaban sobre la conciencia de Dantón, y a los recuerdos de septiembre. Dantón respondió lanzando algunos sarcasmos contra los que tomaban el orgullo por virtud, y la cobardía por moderación. Ambos rivales se separaron

siendo enemigos más enconados que nunca. Dantón se inclinó de nuevo a los girondinos, ante quienes se humilló, implorando la amnistía del pasado. El diputado Meilhand suplicó a sus amigos que aprovecharan aquellas disposiciones para atraerse a este coloso que llevaba consigo la popularidad y la victoria.

Dantón y Meilhand encontráronse un día en uno de los comités de la Convención y entablaron conversación. Marat atravesó la sala, pronunció algunas palabras al oído de Dantón y se alejó.

—¡Miserable!—exclamó éste—. ¡Sangre, sangre, siempre sangre, no quiere más que sangre! Salgamos de aquí; ¡me horrorizan estos malvados! — y arrastró a Meilhand hacia el jardín de las Tullerías.

Como Meilhand advirtiese que a Dantón le afligían los remordimientos y tenía el ánimo dispuesto a escuchar consejos de templanza, le manifestó que Marat deshonraba la política y que Robespierre, después de haber abusado de la popularidad, le amenazaría de muerte, y le expuso la necesidad que tenía la República de una mano poderosa, que, encargándose de los negocios, pusiera freno al populacho, impulsara a la nación, encauzara a la Convención, y aplastase, como a viles reptiles, a Marat y a Robespierre.

—Tú eres ese hombre — añadió—; pronúnciate en favor nuestro; y olvidaremos lo pasado y te seguiremos. Tu ambición será la salvación de la patria.

Dantón escuchaba complacido y reflexionaba, contemplando a Meilhand, como tratando de adivinar el pensamiento de su interlocutor. Al fin dijo:

—¡Si pudiera fiarme! ¿En nombre de quién me hablas de ese modo?

—En nombre — respondió el girondino — de los que desprecian a Marat y detestan a Robespierre tanto como tú.

—¿Y quién te ha dicho que yo detesto a Robespierre?

—¿Quién me lo ha dicho? Tu interés. Robespierre ha proferido ya contra ti palabras amenazadoras, y si no le ganas por la mano, las convertirá en actos.

Dantón volvió a quedar silencioso y, después de algunos instantes, que empleó en reflexionar, repuso resueltamente:

—No hablemos más de esto, ¡es imposible! Tus amigos no tienen confianza en mí, y, después que me hubiera perdido por ellos, me entregarían a nuestros enemigos comunes. La suerte está echada; la muerte decidirá.

Dantón inspiraba repugnancia a los girondinos por las violencias y a Robespierre por la inmoralidad, siendo el temor lo único que entonces lo protegía contra el desprecio. Arrostraba descaradamente la mala reputación, haciendo alarde de desenfreno a la sombra del patriotismo. Rodeado por personas corrompidas y serviles, tenía una corte y cortesanos; Hebert, Fabre, Merlín, Chacot, Lacroix, Westermann, Brune, Bazire y Camilo Desmoulins se sentaban a su mesa, donde de las conjuraciones pasaban a los placeres, dando a la revolución carácter de orgía patriótica. Los versos, las artes, la música y el amor fácil distraían a Dantón de la tirantez de ánimo ocasionada por los negocios, y de los arrebatos de elocuencia. La indiferencia voluptuosa y el ateísmo constituían la filosofía de aquellas reuniones, en que los tertulios eran discípulos de Helvecio practicando la moral del placer sobre las ruinas de la nación.

Dantón, además, había comprado y amueblado a orillas del Sena, en la colina de Sèvres, una casa de campo donde, a imitación de Mirabeau, congregaba frecuentemente a sus confidentes más íntimos para concertar los golpes de Estado.

El aislamiento en que le había dejado la muerte de su esposa le entristecía, y, saciado ya de todo y cansado de los deleites sensuales, echaba de menos las afecciones puras. Había atraído sus miradas una joven de diez y seis años, de notable hermosura, hija de irreprensible familia, llamada Luisa Gely, y trataba de casarse con ella, por indicación de su primera mujer, quien, al morir, había manifestado que podía ser madre de sus hijos. Dantón sólo tenía entonces treinta y tres años; pero, cansado del tumulto, pensaba buscar la tranquilidad en el seno de la vida conyugal. La influencia de aquel amor, el deseo de purificarse ante su amada del contacto de Robespierre y Marat, la necesidad de fijar la revolución

para asegurar su propia suerte, eran otros tantos motivos que impelían a Dantón hacia los girondinos, creyendo que el partido de estos hombres elocuentes y moderados podría rehabilitarlo. Perseguíale con obstinación la idea de unirse a ellos, y aun después de haber renunciado a ella, le ocurría sin cesar como pesar o presentimiento.

III

El padre de Luisa Gely había sido alguacil del Parlamento, y Dantón le había proporcionado un empleo lucrativo en las oficinas del ministerio de Marina, a cuyo favor estaba aquella familia muy agradecida; pero si la fama de Dantón tenía algún prestigio, no dejaba de inspirar horror. La madre de Luisa se opuso mucho tiempo al matrimonio, e hizo a Dantón reconvenciones amargas por su conducta en las jornadas de septiembre y por haber votado la muerte del rey. Dantón se humilló, confesó sus errores en las primeras crisis de la revolución, atribuyéndolos a la fogosidad de su patriotismo y de su juventud; manifestó sincero arrepentimiento por haber votado la muerte de Luis XVI, y atribuyó el voto al imperio de las circunstancias y a la convicción que había tenido de la imposibilidad de salvar al rey. Aseguró que los excesos demagógicos le inspiraban cada día más horror, que el establecimiento de la República en el seno de semejante concepción le parecía una quimera, y que todos sus esfuerzos secretos tendían desde hacía mucho tiempo a la restauración de la monarquía constitucional. El acento de franqueza y de dolor con que Dantón hizo estas manifestaciones, venció a la familia Gely y le fué concedida la mano de Luisa.

IV

El amor que a Dantón inspiraba la joven, le hizo ser más condescendiente todavía, accediendo a contraer matrimonio religioso de conformidad con las creencias y piadosas costumbres de la familia en cuyo seno iba a entrar; y, cuando más proscriptas estaban las ceremonias del culto católico y más perseguidos los sacerdotes, Dantón hizo que bendijera su unión el clérigo señor de Heravenán, que más tarde murió siendo cura de San Germán de los Prados. Antes de la ceremonia, Dantón pasó al gabinete del sacerdote, se arrodilló ante él y cumplió o simuló el acto de la confesión.

La inmensa fortuna que le suponían y que se atribuía a las exacciones que había hecho en Bélgica, quedó desmentida por la dote que reconoció a su nueva esposa, aportando sólo al matrimonio la cantidad de treinta mil francos en asignados, que muy poco después ya no representaron más que doce mil, y entregando a su mujer como único regalo de boda un bolsillo que contenía cincuenta luises de oro.

V

En esta época Dantón empezaba a mirar con disgusto a la República, y maduraba el proyecto de restaurar por medio del ejército la monarquía constitucional en la familia de Orleáns. Algunos días después de haber contraído matrimonio, preguntó a su mujer si había gastado los cincuenta luises que el día de la boda le entregara.

—No — respondió la joven—, los guardo para entregártelos en momentos de apuro.

—Pues bien, préstamelos — dijo Dantón—, porque los necesito para emplearlos en una cosa que sólo a ti puedo revelar.

Entonces le confesó que estaba fraguando un plan para modificar la República y arrebatar el gobierno a la anarquía; que, un movimiento en París, coincidiendo con otro del ejército, proclamaría pronto la necesidad de la centralización del poder, llamando al duque de Orleáns a ocupar el trono de la revolución; que no faltaba a dicho plan más que el conocimiento y la aprobación del duque de Orleáns, entonces ausente de París; que era preciso enviar un agente discreto y seguro y que había pensado confiar esta misión a su secretario, llamado Miger, destinando a los gastos de viaje los cincuenta luises.

Entregóselos la esposa, y Miger partió; pero, como el duque de Orleáns no

quiso cooperar a esta empresa, que le pareció culpable o prematura, Dantón aplazó el movimiento, sin abandonar la idea.

Retrocedamos algunas semanas para apreciar bien la situación de Dantón en los movimientos que precedieron al 31 de mayo.

Algunos días después de la traición de Dumouriez, Lasource, el más receloso de los amigos de Roland, insinuó que Lacroix y Dantón eran cómplices del general con objeto de restaurar la monarquía.

—Ahí está la nube que es preciso rasgar — dijo al concluir Lasource, dirigiendo la mano al banco en que se sentaba Dantón—. Propongo que nombréis una comisión para descubrir y castigar al culpable. Bastante tiempo hace que el pueblo ve el trono y el capitolio; ahora conviene que vea la roca Tarpeya y el cadalso. Propongo, además, que se arreste a Felipe Igualdad y a Sillery; y, por último, propongo que, para demostrar a la nación que no hemos de capitular nunca con el tirano, nos comprometamos todos a dar muerte al que pretendiere erigirse rey o dictador.

La Asamblea, levantándose, repitió el juramento de Lasource. Las tribunas, arrastradas por el movimiento de la Convención, juraron dar muerte al dictador, mirando a Dantón. La sospecha que todos abrigaban pareció entonces haber estallado por voz de Lasource, purificando el aire de la Convención.

VI

Mientras Lasource pronunciaba su discurso, Dantón había revelado en su actitud cuanto pasaba en su alma; primero manifestó el asombro del orgullo que se consideraba inatacable; después la cólera dispuesta a estallar contra el insolente enemigo, el desdén de la popularidad que podía arrostrar cualquier ataque, la energía comprimida de la resolución de combatir a muerte, y, por último, la inmovilidad afectada de la indiferencia que se compadece de los acusadores, y agita en la mente las armas con que va a herirlos. Nunca había reflejado en tan pocos minutos el rostro de Dantón tantas ni tan variadas impresiones; tenía la imaginación turbada y la vista arrebatada como en un torbellino de pasiones. Cuando Lasource bajó de la tribuna, Dantón se levantó, y, pasando delante de los bancos de la Montaña en que se sentaba, inclinóse hacia los amigos de Robespierre y les dijo a media voz, señalando con la mano a los girondinos:

—¡Malvados! ¡quieren atribuirnos sus crímenes!

Comprendieron los montañeses que Dantón, saliendo al fin de su larga perplejidad, se decidía a anonadar a los enemigos. Todas las miradas le siguieron a la tribuna. Al inclinarse, volvióse con orgullosa deferencia hacia la Montaña, y con voz cuya gravedad ahogaba mal la agitación que experimentaba, e indicando con un ademán que sólo a los montañeses se dirigía, dijo:

«Ciudadanos, debo empezar tributándoos un homenaje de admiración, pues vosotros, los que os sentáis ahí, habíais juzgado mejor que yo. Mucho tiempo he creído que, sea cual fuere la impetuosidad de mi carácter, debía moderar las facultades que debo a la naturaleza, para emplear en circunstancias calamitosas la templanza que los sucesos parecían imponerme. Me acusabais de debilidad, y teníais razón y lo reconozco ante Francia entera. ¡A nosotros es a quienes acusan! ¡a nosotros, consagrados a denunciar la impostura y la maldad; y son esos con quienes contemporizamos, los que adoptan hoy la insolente actitud de denunciadores!...»

Su voz atronadora descollaba como el toque de rebato sobre los murmullos de los girondinos y los anticipados aplausos de la Montaña. Después de haber justificado por medio de negaciones y afirmaciones la conducta que había observado en sus relaciones con Dumouriez, hizo una pausa para apreciar el efecto de su justificación, sondear el terreno bajo sus plantas y reprimir su indignación; luego prosiguió:

«Y por haber sido demasiado prudente y circunspecto, por haberse divulgado artificiosamente que yo tenía un partido y aspiraba a la dictadura; por no haber querido, respondiendo hasta ahora a mis adversarios, provocar combates demasiado violentos y ocasionar rompimientos en

la Asamblea, me acusan hoy de menospreciar y envilecer a la Convención. ¡Envilecer a la Convención! ¿Quién más que yo ha procurado realzar su dignidad y robustecer su poder? ¿No he hablado respetuosamente hasta de mis enemigos? ¿Y por qué he abandonado este sistema de silencio y moderación? Porque la prudencia tiene límites; porque, atacado por los que debían regocijarse de mi circunspección, es permitido corresponder del mismo modo y salir de los términos de la paciencia. ¿Queremos rey? Sólo los que tuvieron la cobardía de pretender salvar al tirano por la apelación al pueblo pueden ser sospechosos de quererlo. ¡Sólo los que han intentado castigar a París por su heroísmo, sublevando contra él a los departamentos, sólo los que han celebrado cenas clandestinas con Dumouriez cuando estaba en París, ¡sí! sólo ésos son cómplices de la traición del general!»

A cada una de esas insinuaciones tan directas contra Lasource, Vergniaud, Barbaroux y Brissot, respondía la Montaña con explosiones de júbilo, entre las que sobresalían los apóstrofes y la voz agria de Marat.

—Nombrad a los que designáis — gritaron al orador Gensonné y Guadet.

—¡Pues bien, escuchad! — respondió Dantón, dirigiéndose a la Gironda.

—¡Escuchad — repitió Marat — los nombres de los que quieren asesinar la patria!

—¿Queréis oír una palabra que lo abarque todo? — exclama Dantón.

—¡Sí, sí! — le gritan de todas partes.

Dantón, entonces, con el acento y ademán de quien depone toda consideración, dijo:

—¡Pues bien! creo que ya no hay tregua posible entre la Montaña y los patriotas que han querido la muerte del tirano, con los cobardes que, deseando salvarlo, nos han calumniado por toda Francia.

La Montaña, aceptando este grito de separación entre ella y los girondinos, se levantó como un solo hombre, prorrumpiendo en una prolongada exclamación.

—He vivido de calumnia en calumnia — prosiguió Dantón—. La calumnia ha tomado mil formas contra mí y siempre la han desmentido las propias contradicciones. Sublevé al pueblo al principio de la revolución y me calumniaron los aristócratas; hice el 10 de agosto, y me calumniaron los moderados; empujé a Francia a las fronteras y a Dumouriez a la victoria, y me calumniaron los falsos patriotas; ahora ocasionan nuevas inculpaciones las miserables homilías de un viejo cauteloso, de Roland, que lleva a tal punto el delirio y que de tal modo ha perdido la cabeza, que sólo ve la muerte, imaginándose que todos los ciudadanos se disponen a herirle. Está fraguando el aniquilamiento de París; pero, cuando París perezca, ya no existirá la República.

VII

Estas palabras fueron acogidas en las tribunas con prolongados aplausos. Pretenden imponerles silencio, pero Dantón las disculpa entonando un himno al pueblo de París, que desde lo alto de aquellas tribunas ha puesto el corazón, la mano y la voz en la obra de la libertad. Entra en algunos pormenores para justificarse, y, dirigiéndose de nuevo a la Montaña, exclama:

—Demostraré que soy un revolucionario inmutable, que resistiré a todos los ataques, y os suplico, ciudadanos, que aceptéis mi augurio.

La Montaña desde sus bancos abre los brazos a Dantón, como para abrazar a su nuevo jefe, y de la Llanura sale una voz que pronuncia el nombre de Cromwell.

—¿Quién es el malvado que se atreve a compararme con Cromwell?—exclama el orador interrumpiéndose—. Pido que ese infame calumniador sea castigado y conducido a la Abadía. ¡Yo Cromwell! ¡Cromwell fué aliado de los reyes, y el que ha segado como yo la cabeza de un rey se convierte para siempre en objeto de la execración de todos los reyes!... Reuníos — prosiguió con voz enérgica—, reuníos los que habéis pronunciado la sentencia del tirano contra los viles que quisieron salvarlo. Estrechaos, llamad al pueblo para aniquilar a nuestros comunes enemigos interiores; confundid con el vigor y lo imperturbable de vuestro carácter a todos los malvados, a todos los aristócratas, a todos los moderados, a to-

dos los que os han calumniado en los departamentos. ¡Basta ya de paz, no más tregua, no se puede transigir más con ellos!... Ya veis por la situación en que me encuentro en este momento, la necesidad de manteneros firmes y declarar la guerra a los enemigos, sean quienes fueren. Preciso es formar una falange indomable. Yo me encamino a la república, marchemos juntos y veremos quién de nosotros o de nuestros cobardes detractores llegará a la meta. Pido que la comisión de los Seis, que a propuesta de Lasource acabáis de nombrar, examine la conducta de los que nos han calumniado y conspirado contra la indivisibilidad de la República, y la de los que pretendieron salvar al tirano.

Dantón bajó de la tribuna en brazos de sus colegas de la Montaña. Sus palabras correspondían a la impaciencia de la lucha latente entre jacobinos y girondinos, refrenada hasta entonces únicamente por su actitud; pero este discurso rompió el dique que contenía a ambos partidos, abriendo libre curso al encono y a la sangre.

VIII

Marat acusó también a todos, y Santerre anunció que cien batallones formados por Carnot y él iban a salir de París para reparar la brecha que en las fronteras del Norte había dejado abierta la traición. Custine escribió que empezaba la retirada. Los franciscanos, los jacobinos, la corporación municipal y las secciones redoblaron su energía y se deshicieron en imprecaciones contra los girondinos, que introducían la división entre París y los departamentos, y que, incapaces de dirigir la República, conspiraban en los conciliábulos de Roland, concertando la pérdida de los mejores patriotas y la restauración de la monarquía. El tribunal revolucionario, nombrado recientemente por la Convención, se quejó de que no se le hubiera llevado todavía conspiradores ni traidores a quienes juzgar; pero pronto le fueron enviados aristócratas emigrados y generales del ejército de Dumouriez, culpables, no de traición, sino de la derrota; Carnot, enviado a la frontera del Norte, llevó consigo el genio de la organización militar de que estaba dotado; se fortificaron las plazas fuertes, se distribuyeron guarniciones con los correspondientes acopios de provisiones; pusiéronse en actividad los talleres de armas y cañones; los generales fueron nombrados por aclamación, y el ejército se reorganizó frente al enemigo, que se asombraba de encontrar otra muralla de bayonetas detrás de la que había destruído.

IX

La necesidad de atender a la salvación pública confundió aparentemente durante algunos días los actos, los votos y los discursos de la Convención; los corazones parecían unánimes, pero habíanse concentrado en ellos ambiciones y odios que sólo esperaban ocasión propicia para estallar. Desde que Dantón pronunció su discurso, el partido de Marat, seguro de tan temible apoyo, adquirió más audacia.

Aquél, que nada era ya por sí mismo, habíase convertido en bandera de la Montaña y ésta no podía abandonarla sin que pareciera debilitarse y transigir con la Gironda. Marat conocía su fuerza y abusaba de ella para emprender nuevas luchas que se engrandecían ante el pueblo a medida de la importancia del combate. Idolo del pueblo bajo, agitador de las secciones, seguro de la adhesión de la corporación municipal, orador de los franciscanos, era, además, sostenido por el club central de la insurrección que había convertido en poder ejecutivo de la Asamblea, y que se reunía en la sala del Arzobispado, adonde concurrían a la más pequeña indicación de Marat, para redactar peticiones incendiarias o amotinar los arrabales, los que de la sedición habían hecho un oficio, no cesando de pedir a la Convención la acusación contra Guadet, Vergniaud, Gensonné, Brissot, Barbaroux, Louvet y Roland.

Pethión denunció a la Convención una de las peticiones que provocaban al asesinato de parte de la representación nacional: «¿Quién merece mejor el patíbulo que Roland? — decía el escrito—. Y, sin embargo, respira. A cualquier lado que dirijamos la vista, no vemos más que conspiradores. ¡Legisladores, amedren-

tad con el suplicio! ¡Montaña de la Convención, sálvad a la República! Y, si no tenéis bastante fuerza para hacerlo, tened, al menos la osadía de declararlo francamente, y nosotros nos encargaremos de ello.»

Dantón, traspasando los límites de la audacia, propuso que se hiciera mención honorífica del escrito, y precipitóse a la tribuna con Fabre d'Englantine y varios miembros de la Montaña para arrojar de ella a Pethión.

—No te muevas, Pethión — le gritó Duperret—; tenemos hijos que nos vengarán.

—¡Sois unos malvados! — respondió Dantón.

De la Llanura salieron voces de: ¡Abajo el dictador! Los diputados, abandonando sus asientos, se abalanzaron como dos torrentes contrarios a la tribuna; un girondino desenvainó un puñal y un montañés puso una pistola al pecho de Duperret. El presidente se cubrió, y Pethión siguió comentando el escrito y pidiendo venganza de los ultrajes dirigidos contra los miembros de la Convención nacional; pero, a cada palabra, fué interrumpido por murmullos y carcajadas. Adelantóse en medio del salón David, amigo de Robespierre y de Marat, desafiando a Pethión con voces y ademanes; pero éste insistió haciendo resaltar la poca dignidad de la Convención en conservar en su seno a un hombre junto al cual nadie quería sentarse un mes antes, y a quien a la sazón se tributaba más respeto que a los mejores ciudadanos, un hombre que predicaba abiertamente el despotismo, que provocaba el saqueo e incitaba al asesinato, en una palabra: ¡Marat!

Dantón sucedió a Pethión.

—¿Tenemos por ventura el derecho — exclamó — de exigir al pueblo más cordura que la que nosotros mismos manifestamos? ¿No tiene el pueblo derecho a experimentar la fermentación que lo conduce al delirio patriótico, cuando esta tribuna parece un circo de gladiadores? ¿No he sido sitiado hace poco en este lugar? ¿No me han dicho que pretendía ser dictador? Voy a examinar con frialdad la proposición de Pethión, y no me dejaré arrastrar por pasión alguna permaneciendo impasible, sean cuales fueren los movimientos de indignación que fermentan en mi pecho. Conozco el desenlace de este gran drama, cuyo objeto será el pueblo; yo deseo la República y demostraré que me encamino constantemente a este fin. Se queja Pethión de que hayan pedido su cabeza, ¿y no se ha pedido también la mía en algunos departamentos? A Pethión apelo; ¿no es hoy la primera vez que se encuentra en medio de las borrascas populares y sabe bien que cuando un pueblo derriba la monarquía para fundar la República, la fuerza de impulsión lo lleva más allá del objeto que se propone? ¿Qué tenéis que responder al pueblo, cuando os dice severas verdades? Vuestra respuesta debe ser salvar a la República. Será tanto más buena la Constitución cuanto más terribles hayan sido las borrascas que la libertad haya desencadenado al nacer, y por eso un pueblo de la antigüedad levantaba las murallas, trabajando con una mano, mientras que con la otra empuñaba la espada que debía defenderlas. ¡No se hagan, pues, denuncias exageradas como si se temiera la muerte! ¡Bien os cuadra pronunciaros contra el pueblo por haberos dicho verdades enérgicas! ¡Pido que sea desatendida la moción de Pethión! Si París se muestra indignado, es porque tiene el derecho de hacer la guerra a los que tantas veces lo han calumniado, después de los servicios que ha prestado a la patria.

Fonfrede, indignado, se levantó para apoyar la moción de Pethión.

—No considero — dijo — a algunos hombres como el pueblo. Se acusa a la mayoría de la Asamblea de complicidad; pero, ¿quién lo hace? Dumouriez. ¿Quién quiere disolverla? Orleáns, cuando se pasa al enemigo. ¿Quién la acusa? Los realistas que vuelven a pediros el tirano, cuya cabeza habéis cortado. ¿Quién la acusa, en fin? Todos los nobles, todos los clérigos, todos los reyes. Nos acusan de complicidad, porque no se atreven a censurarnos el haber fundado la República; el haber declarado la guerra a la monarquía, y haber, por último, desterrado a los Borbones, cuyo despreciable jefe se ha despedido de nosotros. Y es indudable que debemos ir derechos a nuestro

objeto, rechazando con una mano al enemigo y fundando con la otra la Constitución. ¡Ciudadanos! ¡No permitáis que se envilezca la nación!

—¡Ciudadanos! — replicó Guadet—, la República se pierde si consentís que vengan los malvados a deciros impunemente que la Convención está corrompida.

Robespierre añadió:

—Los que pretenden que la mayoría de la Convención está corrompida son unos insensatos; pero los que niegan que alguna vez puede extraviarla una coalición compuesta de hombres profundamente corrompidos, son unos impostores... ¡Voy a descorrer parte del velo!...

Al oír esto, Vergniaud se indignó y solicitó que se escuchara a Robespierre.

—Aunque no tenemos — dijo — discursos preparados artificiosamente, sabremos responder y confundir a los malvados.

X

Robespierre acusó enérgicamente a Vergniaud y al partido de éste, concluyendo por pedir que se le juzgara, conclusión que indujo a Vergniaud a subir a la tribuna después que aquél, y que dió margen a que se le oyera con disgusto.

XI

—Tendré — dijo — el atrevimiento de responder a Robespierre, quien en un discurso novelesco y pérfido, pensado y escrito en el silencio del gabinete, acaba de sembrar nuevas discordias en el seno de la Convención; le responderé sin meditación, porque no tengo necesidad de arte como él; me basta tener alma. Mi voz, que desde esta tribuna ha llevado el terror al palacio contribuyendo a precipitar al tirano, aterrará a los malvados que desean imponer la tiranía. En vano se pretende irritarme, porque no han de conseguirlo. No secundaré los infames proyectos de los que se esfuerzan por hacernos degollar mutuamente como los soldados de Cadmo, para entregar nuestros puestos vacantes a los déspotas que nos preparan. ¡Robespierre nos acusa de habernos opuesto en el mes de julio a la destitución de Luis Capeto! A esa calumnia sólo debo responder que fuí el primero que en esta tribuna habló de la destitución el 3 de julio, y añadiré que tal vez aquel discurso contribuyó no poco a la caída del trono. La comisión del 21 de que era yo miembro, no quiso ni nuevo rey, ni nuevo regente, sino la República, y yo fuí quien, después de haber presidido durante toda la noche del 9 al 10 de agosto, al son del toque de rebato, vine, mientras presidía Guadet por la mañana entre el estruendo del cañón, a proponer la República en nombre de la Asamblea legislativa. Decidme, ciudadanos, ¿es esto haber estado en connivencia con la corte? ¿es a nosotros a quienes debe ésta mostrarse agradecida, o a quienes por las persecuciones que ahora lanzan contra nosotros, la vengan cumplidamente del daño que le hemos ocasionado?

»¡Robespierre nos acusa de haber incluído en el decreto de suspensión un artículo en virtud del cual se podía nombrar un ayo al príncipe real! El 17 de agosto abandoné la presidencia a las nueve de la mañana, para redactar en diez minutos el decreto de destitución. Suponiendo que los motivos en que me fundaba para incluir dicho artículo fuesen erróneos, dadas las graves circunstancias en que nos encontrábamos y las inquietudes que debía experimentar en aquellos momentos, únicamente podría acusárseme de no haber sido infalible. Como quiera que fuese, no es a Robespierre, escondido entonces prudentemente en una cueva, a quien corresponde mostrarse tan enojado por un momento de debilidad. Pero, cuando apresuradamente redactaba yo el proyecto de decreto, todavía estaba incierta la victoria entre el pueblo y el palacio, y aquel nombramiento de ayo para el príncipe real, en el caso de haber vencido el tirano, separaba constitucionalmente al padre del hijo, que podía de este modo servir de rehenes al pueblo contra las venganzas de la corte. Robespierre nos acusa de haber ensalzado a Lafayette y al conde de Narbona. Guadet y yo fuimos los que, a pesar de los murmullos de la Asamblea legislativa, tuvimos la osadía de atacar a Lafayette en la barra, cuando intentó darse aires de César. ¡Robespierre nos acusa de ha-

ber hecho declarar la guerra a Austria! No se trataba entonces de saber si tendríamos guerra, porque ya nos la habían declarado de hecho; la cuestión se reducía a saber si debíamos esperar a que los enemigos llevaran a cabo los preparativos que estaban haciendo a nuestras puertas para aniquilarnos, si dejaríamos que el teatro de la guerra fuese el territorio nacional, o si habíamos de llevarlo nosotros al suyo. El valor de los franceses ha respondido a esta acusación.

»¡Se dice que hemos calumniado a París! Sólo Robespierre y sus amigos son los que calumnian a esta célebre ciudad. Siempre he contemplado con espanto las escenas deplorables que han manchado la revolución; pero he sostenido constantemente que no ha sido obra del pueblo, sino de algunos malvados que han acudido de todos los puntos de la República para vivir de la rapiña y del asesinato en esta ciudad, cuyos extensos límites y numerosas perturbaciones abrían ancha carrera a los crímenes. Por la gloria del pueblo, he pedido que fuesen entregados al rigor de las leyes. Otros, por lo contrario, para asegurar la impunidad de los malvados y procurarles sin duda nuevas ocasiones de matanza y de rapiña, han hecho la apología de sus crímenes, atribuyéndolos al pueblo. Ahora bien, ¿quién calumnia al pueblo, el que lo considera inocente de los crímenes de algunos malvados extranjeros o el que se obstina en imputarle la odiosidad de los asesinatos?

—Son venganzas nacionales — exclamó Marat.

Vergniaud prosiguió sin mirarlo:

—Hemos querido huir de París, nos dice Robespierre, que intentó fugarse a Marsella. En cuanto a mí, declaro que si la Asamblea legislativa deseaba salir de París, no podía hacerlo más que como salió Temístocles de Atenas, es decir, con todos los ciudadanos, sin dejar a los enemigos otra conquista que cenizas y escombros, y sólo para labrar mejor su tumba. Robespierre nos acusa de haber votado la apelación al pueblo. ¿Debía yo por ventura sacrificarle una opinión que me parecía buena y podía evitar a la nación una nueva guerra cuyas calamidades temía? ¡Somos intrigantes y conspiradores! ¿Se nos ha visto acaso proponer, el 10 de agosto, que se arrestase a los ministros en el seno de la Asamblea? La ocasión, sin embargo, era oportuna y podíamos creer fundadamente que la elección recayera en algunos de los nuestros; ¿dónde están, pues, las pruebas de la apasionada ambición, del ansia de poder que nos atribuyen? Dantón se ha vanagloriado de haber solicitado y obtenido empleos para personas a quienes creía buenos ciudadanos; y si alguno de nosotros ha observado la misma regla de conducta, cosa que ignoro, ¿por qué razón ha de ser en él un crimen lo que no ha parecido vituperable en Dantón? Pero somos moderados, ¿somos fuldenses? ¡Nosotros moderados! ¡No lo era yo el 10 de agosto, Robespierre, cuando estabas escondido en una cueva! ¡Moderados! No lo soy en el sentido de querer debilitar la energía nacional, porque sé que la libertad es siempre activa como la llama e irreconciliable con la calma perfecta, que sólo conviene a esclavos. También sé que en tiempos revolucionarios, sería tan insensato el pretender calmar la efervescencia popular, como mandar a las olas que se contengan cuando el huracán las agita. Pero el legislador, en cuanto le sea posible, debe prevenir los desastres de la tempestad con prudentes consejos, y, si para ser patriótico es menester declararse protector del saqueo y de la matanza, sí, ¡soy moderado! Desde la abolición de la monarquía, se ha hablado mucho de revoluciones; pero sólo hay dos posibles: la de las propiedades o agraria, y la que nos condujera de nuevo a la monarquía, y he resuelto firmemente combatirlas a ambas. Si es esto ser moderado, lo soy efectivamente. También se ha hablado mucho de insurrección, y confieso que lo he lamentado. O tiene la insurrección objeto, o no: en el último caso es una convulsión del cuerpo político, que, no pudiendo beneficiarle en nada, debe necesariamente ocasionarle mucho daño. Si la insurrección tiene un objeto determinado, ¿cuál puede ser si no el de arrancar el poder a la representación nacional para transferirlo a un solo ciudadano? En ambos casos, los que preconizan la insurrección conspiran contra la República y contra la libertad, y si es preciso

aprobarla para ser patriota, o ser moderado combatiéndola, soy moderado. Cuando la estatua de la libertad está en el trono, no pueden provocar la insurrección más que los amigos de la monarquía. He querido asimismo que se adoptaran medidas terribles, pero sólo contra los enemigos de la patria; he deseado castigos y no proscripciones. Algunos han creído que el patriotismo consiste en atormentar y hacer derramar lágrimas; pero yo hubiera deseado que el patriotismo sólo sirviera para hacer felices a los ciudadanos. Se trata de consumar la revolución por medio del terror, y yo hubiera querido que el amor fuera el único artífice de esa obra. En fin, no he querido que, asemejándonos a los clérigos y feroces ministros de la inquisición, que sólo hablaban del Dios misericordioso al fulgor de las hogueras, habláramos nosotros de libertad entre puñales y verdugos. ¡Ah! ¡Dénsenos gracias por nuestra moderación! Si hubiéramos aceptado el combate a que constantemente nos provocan aquí, declaro a mis acusadores, que, cualesquiera que sean las sospechas en que nos envuelvan y las calumnias con que se nos mancille, son todavía nuestros nombres más apreciados que los suyos y hubiérase visto acudir de todos los departamentos hombres tan temibles para la anarquía como para los tiranos. Nuestros acusadores y nosotros habríamos sido ya exterminados por el fuego de la guerra civil.

Después de haber respondido así a todos los cargos de Robespierre, Vergniaud, examinando la petición de Pethión, prosiguió diciendo:

—Habéis ordenado por decreto que los culpables del 10 de marzo sean enviados ante el tribunal revolucionario; el crimen está probado, pero, ¿cuántas cabezas han caído? Ninguna. ¿Qué cómplice ha sido detenido? Ninguno. Habéis ordenado que se ponga en libertad a uno de los culpables para oírlo como testigo, lo cual es lo mismo que si en Roma hubiera decretado el senado que Léntulo declarara como testigo para juzgar la conspiración de Catilina. Habéis citado a la barra a miembros del comité central de insurrección, ¿han obedecido? ¿Han comparecido? ¿Quiénes sois, pues? En la petición de la Alhóndiga, se difama a la Convención nacional, porque no es una petición lo que vienen a someternos, sino órdenes que os dictan, proponiéndoos aisladamente la orden del día. Ciudadanos, si sólo fuerais simples individuos, os diría: ¿Sois cobardes? Pues bien, entregaos a la eventualidad de los sucesos, aguardad que os despidan u os manden degollar, y declarad que seréis los esclavos del primer asesino que se proponga encadenaros. ¿Buscáis a los cómplices de Dumouriez? ¡Ahí los tenéis, ahí están! Ellos son los que han formado el comité central de insurrección, los que han provocado la criminal exposición de la sesión de la Alhóndiga; todos desean, como Dumouriez, aniquilar la Convención; todos, como Dumouriez, desean la restauración de la monarquía, ¡y a nosotros es a quienes llaman cómplices de Dumouriez! ¿Se ha olvidado que nosotros hemos denunciado muchas veces la facción de Orleáns? ¡Nosotros cómplices de Dumouriez! ¿Así se olvida, que en medio de las borrascas de una sesión de ocho horas, hicimos decretar el destierro de todos los Borbones? ¡Nosotros cómplices de Dumouriez! ¿Se ha olvidado (señalando a Robespierre) quiénes hicieron revocar aquel decreto? ¡Cómo! ¡Dumouriez conspira en favor de un Borbón, nosotros nos esforzamos en obtener el destierro de los Borbones, y somos acusados! A todo he respondido; he confundido a Robespierre, y aguardo tranquilo que la nación dé la razón a quien la tenga, a mis enemigos o a mí. ¡Ciudadanos, termino esta discusión tan enojosa para mí como fatal para la causa pública; creía que la traición de Dumouriez produciría una crisis feliz, agrupándonos a todos para conjurar el peligro común; creía que en vez de encarnizarnos, en perdernos unos a otros, sólo nos ocuparíamos en salvar a la patria! ¿Por qué especie de fatalidad los representantes del pueblo se afanan en convertir este recinto en foco de calumnias y de pasiones? ¡Sabéis que he devorado en silencio las amarguras con que me abruman hace seis meses, y que he sabido sacrificar a la patria los más justos resentimientos! ¡Sabéis que, bajo pena de cobardía, bajo pena de declararme cul-

pable, bajo pena de comprometer el poco bien que creo que todavía puedo hacer, me he abstenido de patentizar la perfidia e impostura de Robespierre! ¡Ojalá sea éste el último día que perdemos en escandalosos debates!

XII

Con este discurso, en que se desahogó el alma de Vergniaud, conquistó al numeroso partido de los moderados. Sus elocuentes palabras resonaron durante algunos días en París y en Francia entera, y los girondinos resolvieron aprovecharse de la predisposición del favor público para exterminar a los enemigos; pero no disponían de otras armas que los discursos, mientras que Dantón y Robespierre eran dueños del pueblo de París. En los días siguientes estaban tan agitados los ánimos, que Duperret, echando en cierta ocasión mano a la espada, abalanzóse a los miembros de la Montaña; pero, reportándose, al oír los gritos de horror de la Convención, se excusó declarando que si hubiera tenido la desgracia de poner la mano en un representante del pueblo, le quedaba todavía otra arma para darse muerte. La Asamblea atribuyó su acaloramiento a un acceso de locura y lo perdonó.

Pethión pronunció después un discurso que parecía un prolongado grito de desesperación por haber perdido la popularidad. Sucedióle Guadet, defendiéndose, como Vergniaud, de su complicidad con el duque de Orleáns y Dumouriez.

—Es cierto — dijo — que Dumouriez ha venido a París precedido por la reputación de gran general y adornado con el esplendor de la victoria; pero no he ido tras él y lo he conocido en el comité de que yo era miembro. Lo vi en otra ocasión en una casa donde le ofrecieron una función, a la que fué invitado y a la que concurrí por la amistad que profesaba al actor Talma, pero sólo permanecí en ella media hora. El general estuvo muchos días en París, y no supe dónde vivía; ¿pero a quién se vió diariamente al lado de Dumouriez en todos los espectáculos de París? ¿Quién estaba constantemente junto a él? ¡Vuestro Dantón!...

Al oír esto, exclamó Dantón, como despertando sobresaltado:

—¿Conque me acusas a mí? No conoces mi fuerza; te responderé, probaré tus crímenes. En la Opera estuve en un palco inmediato a Dumouriez, pero no en el suyo; también estabas tú.

Guadet prosiguió:

—Sí, Dantón, Fabre d'Eglantine y el general Santerre formaban la corte de Dumouriez. Y tú, Robespierre, que nos acusas de haber estado en inteligencia con Lafayette, ¿dónde te ocultabas el día que, acompañado de todo el brillo del poder, fué traído desde el palacio de las Tullerías hasta esta barra, entre el ruido de las aclamaciones que se le tributaban en esa explanada como para imponer a los representantes del pueblo? Sólo yo subí a la tribuna y lo acusé, no encubiertamente como tú, sino en público; ahí estaba, y, sin embargo, tú, calumniador sempiterno, me acusas de corrupción; dices que la conspiración de que formamos parte es una cadena cuyo primer eslabón está en Londres y el último en París, y que ese anillo es de oro. ¡Pues bien! ¿dónde están los tesoros? Venid, vosotros los que me acusáis, venid a mi casa, venid a ver a mi esposa e hijos comiendo el pan del pobre; venid a ver la honrosa medianía en que vivimos. Id a mi tierra natal y averiguad si han aumentado mis escasas posesiones; vedme llegar a la Asamblea; ¿me conducen magníficos corceles?

»¿A quién debía aprovechar la traición de Dumouriez? Al duque de Orleáns. ¡Pues bien! No ha sido reciente ni confidencialmente, cuando y como le he manifestado el concepto que me merece. Lo he acusado aquí una noche de que aspiraba al trono y al día siguiente entró en mi casa a las siete de la mañana, con gran sorpresa mía. Protestó que su renuncia a la dignidad real era sincera, y me preguntó si había pretendido designarlo, rogándome que me explicara con franqueza. «Me suplicáis que os hable con franqueza, le dije, y no necesitáis rogármelo; conozco vuestra nulidad y de vos solo nada recelaría, pero a vuestra sombra se mueven personas que os necesitan y los temo.» Añadí: «Tenéis un medio muy sencillo de poner término a

las sospechas, y es pedir vos mismo a la Convención nacional que destierre de la República a vos y a vuestra familia.» Respondióme el de Orleáns que Rabaut-Saint-Etienne le había aconsejado lo mismo, y al siguiente día manifesté a Sillery que al de Orleáns no le quedaba otro partido. Me respondió éste: «Sí, lo creo como vos, y voy a prepararle un discurso en que pida su expulsión, porque él nada sabe hacer.» Pero, ¿cuál no fué mi sorpresa, cuando en la sesión en que proponía que se decretara el destierro, oí a Sillery pedir la palabra para impugnar esta medida? Esta contradicción acrecentó las sospechas que hacia Orleáns había yo concebido. Así, pues, ciudadanos, está demostrado que la conjuración del 10 de marzo está relacionada con la conjuración de Orleáns. ¿Y quién ha urdido la conspiración del 10 de marzo? ¿Quién la ha urdido, ciudadanos? Tendré valor para decir toda la verdad: ha sido Robespierre. Mientras este nuevo Mahoma envolvía en una insinuación insidiosa a las víctimas que iba a herir, su Omar las nombraba en sus hojas, encargándose otros de degollarlas. ¿Pero, ciudadanos, creéis que no os amenaza otra vez el peligro de que habéis escapado? ¡Desengañaos, y escuchad!

Guadet leyó el manifiesto que los jacobinos dirigían a los colegas de los departamentos, en el cual se decía: «¡A las armas! ¡A las armas! ¡Estamos vendidos! Vuestros mayores enemigos se encuentran entre vosotros; dirigen vuestras operaciones y disponen de vuestros medios de defensa; sí, hermanos y amigos, en el Senado es donde manos parricidas desgarran vuestras entrañas; sí, la contrarrevolución está en el gobierno, en la Convención nacional; ahí, en el seno de vuestra seguridad y de vuestra confianza tienen algunos criminales representantes el hilo de la trama que han urdido de acuerdo con los déspotas que vienen a asesinarnos; pero la indignación inflama ya vuestros pechos; ¡republicanos, corramos a las armas!»

XIII

—¡Es verdad! — exclamó Marat.

Al oír la voz del demagogo, la derecha y el centro se levantaron con indignación, pidiendo en altas voces que se acusara a Marat. Apoyado éste por la inmovilidad de la Montaña y por el aliento que le daban las tribunas, arrostró la cólera de la mayoría y lanzóse a la tribuna:

—¿A qué conduce tanta palabrería — dijo con insolencia — y para qué sirve? Se trata de llevar a vuestro ánimo la sospecha de una conjuración fantástica para sofocar otra demasiado real.

—El decreto de acusación contra Marat — gritaron al mismo tiempo trescientos miembros. Marat se esforzó en hacerse oír, pero los gritos ahogaron su voz.

Dantón bajó entonces de la Montaña, para escudar a Marat con su desdén, pero también con su protección.

—¿No es Marat — dijo — representante del pueblo? ¿Podemos mutilar la Convención antes de tener contra uno de sus miembros pruebas evidentes? ¿Quién es culpable, Marat o los *hombres de Estado?* El tiempo lo dirá. ¿El verdadero culpable es Orleáns? Pues enviadlo al tribunal revolucionario y poned precio a la cabeza de todos los Borbones emigrados.

—Y nuestros comisionados, detenidos por Dumouriez, ¿qué suerte correrán?— preguntó una voz de la Montaña.

—Vuestros comisionados—replicó Dantón — son dignos de la nación y de la Convención nacional, y no deben temer la suerte de Régulo.

Boyer-Fonfrede insistió en pedir que se decretara la acusación contra Marat.

XIV

La Convención votó al día siguiente la acusación de Marat, que fué decretada por doscientos veinte votos contra noventa y dos, y arrancó a los jacobinos un grito de indignación. El ostracismo de Marat fué el principio de su triunfo.

XV

Rodeado Marat, a la salida del salón, por numerosos franciscanos, no fué detenido ni conducido a la Abadía porque nadie osó poner la mano en el ídolo del pueblo. Evadióse fácilmente y una in-

mensa muchedumbre lo llevó al día siguiente a la barra de la Convención. El orador de las secciones era un joven que, inspirado por Dantón, pronunció estas palabras:

—Venimos a pediros venganza contra los traidores que deshonran la representación nacional. Si el pueblo ha perseguido a los traidores en el trono, ¿por qué los ha de dejar impunes en la Convención? ¿Será el templo de la libertad uno de esos asilos de Italia que brindan con la impunidad a los malvados? ¿Habrá renunciado la República al derecho de purificar la representación nacional? Pedimos la expulsión de Brissot, de Guadet, de Vergniaud, de Gensonné, de Grangeneuve, de Buzot, de Barbaroux, de Salles, de Biroteau, de Pontecoulant, de Pethión, de Lanjuinais, de Valazé, de Hardy, de Lehardy, de Louvet, de Gorsás, de Fauchet, de Lanthenás, de Lasource, de Valady y de Cambón.

La Asamblea escuchó en silencio su propia proscripción y, terminada la lectura del órgano de Dantón, se levantó Fonfrede y dijo:

—¡Ciudadanos, me habéis olvidado! Tengo el derecho de ofenderme por no haber oído mi nombre en la lista gloriosa que acaban de presentaros.

—¡Y nosotros también, nosotros todos! — exclamaron, retando valerosamente al pueblo los miembros de la Gironda.

Olvidando la Convención sus disensiones para hacer frente a Europa, dirigió a todos los pueblos un manifiesto redactado por Condorcet, que era un llamamiento a la insurrección general, después de lo cual se reanudó la discusión de los artículos de la Constitución.

Robespierre seguía desarrollando todas las noches en el club de los jacobinos las teorías de la filosofía social, cuya introducción en la Constitución proponía al siguiente día, de suerte, que por mediación de aquél constituíase el club en inspirador de la Convención. A la nueva ley fundamental debía servir de base la declaración de derechos en que se había fundamentado la de 1791, ampliada por Robespierre. Era el decálogo popular que había de contener todas las verdades sociales, de cuyas consecuencias emanarían las instituciones, proporcionando al pueblo ocasión fácil de comparar los principios de la filosofía con las disposiciones de las leyes y la práctica del gobierno. Los axiomas sociales, redactados por Robespierre, confundían, como los de Rousseau, los instintos naturales del hombre con los derechos legales creados y garantizados por la sociedad. Olvidaba Robespierre que el estado natural es la falta o la anarquía de todos los derechos; que la sociedad, triunfando, de siglo en siglo, de la fuerza bruta de cada individuo, va creando, lentamente, cercenando algo al derecho de cada uno, el vasto sistema de relaciones, de derechos, de facultades, de garantías y deberes que componen el derecho social distribuído y garantizado después por la sociedad a sus miembros.

Pero, si faltaba sabiduría en la declaración de los derechos de Rousseau y Robespierre, palpitaba, en cambio, en cada una de sus fórmulas el espíritu social, filosófico y cristiano, constituyendo lo ideal de la igualdad y fraternidad entre los hombres, estableciendo la verdad de las relaciones entre el Estado y los ciudadanos e instituyendo la sociedad intelectual y moral, en vez de la egoísta y tiránica; tornábase el Estado familia humana, y la patria, en vez de madrastra, era madre de todos sus hijos. El instinto inducía a Robespierre y a sus discípulos a fijarse en aquel proyecto de organización de la sociedad, en lo que podía tener realización inmediata. Respetaba la familia y la propiedad, y, semejante en esto a los arquitectos de la antigüedad, que, al erigir un templo a los dioses, dejaban siempre en el nuevo edificio algunos paredones o pilares del anterior, Robespierre conservaba las tradiciones de la antigua sociedad en la moderna. Llegaba todo lo lejos que le permitía la reforma, deteniéndose ante la utopía. Reconocía a Dios como origen y garantía de todos los derechos, y se advertía, desde las primeras palabras, que se había elevado a la verdad suprema para derivar de ella las secundarias, de manera que no podían rebatirle sus doctrinas sin empezar refutando a Dios.

«La Convención nacional — decía — proclama a la faz del universo y a la vista del legislador inmortal, la siguiente

declaración de los derechos del hombre y del ciudadano:

»Artículo 1.° El objeto de toda asociación política es el mantenimiento de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre y el desarrollo de sus facultades.

»Art. 2.° Los principales derechos del hombre son proveer a la conservación de su existencia y de su libertad.

»Art. 3.° Estos derechos pertenecen igualmente a todos los hombres, cualquiera que sea la diferencia de sus fuerzas físicas y morales. La igualdad de los derechos la establece la naturaleza; y la sociedad, lejos de conculcarla, la garantiza contra el abuso de la fuerza, que la hace ilusoria.

»Art. 4.° La libertad es el poder que tiene cada hombre de hacer uso de sus facultades; tiene por norma la justicia, por límites los derechos ajenos, por principio la naturaleza, por salvaguardia la ley.

Art. 5.° La ley no puede prohibir más que lo perjudicial a la sociedad; ni ordenar más que lo útil.

»Art. 7.° La propiedad es el derecho que tiene cada uno de gozar de la porción de bienes que la ley le garantiza.

»Art. 8.° El derecho de propiedad está limitado, como los demás, por la obligación de respetar la propiedad ajena.

»Art. 11. La sociedad tiene obligación de proveer a la subsistencia de todos sus miembros, ya proporcionándoles trabajo, ya asegurando los medios de existencia a los que no puedan trabajar.

»Art. 12. Los socorros que necesita la indigencia son una deuda que el rico tiene contraída con el pobre; a la ley corresponde determinar el modo con que debe pagarse esta deuda.

»Art. 13. Los ciudadanos cuya renta no exceda de lo que necesitan para su subsistencia, quedan dispensados de contribuir a los gastos públicos; los demás deben sostenerlos progresivamente con arreglo a la extensión de su fortuna.

»Art. 14. La sociedad debe favorecer con todo su poder el progreso de la razón pública, y poner la instrucción al alcance de todos los ciudadanos.

»Art. 16. El pueblo es soberano; el gobierno, obra y propiedad suya, y los funcionarios públicos, sus delegados. El pueblo puede, siempre que lo crea oportuno, variar la forma de gobierno y destituir a sus mandatarios.

»Art. 18. La ley es igual para todos.

»Art. 19. Todos los ciudadanos pueden ejercer toda clase de funciones, sin más distinción que la de las virtudes y talentos.

»Art. 20. Todos los ciudadanos tienen igual derecho a nombrar a los mandatarios del pueblo.

»Art. 21. Para que estos derechos no sean ilusorios y la igualdad quimérica, la sociedad debe asalariar a los funcionarios públicos y procurar que todos los ciudadanos que viven de su trabajo puedan asistir a las asambleas públicas a que la ley los llama, sin comprometer su existencia ni la de sus familias.

»Art. 25. La resistencia a la opresión es la consecuencia de los demás derechos del hombre y del ciudadano: se oprime al cuerpo social cuando uno solo de sus miembros es oprimido.

»Art. 34. Los hombres de todos los países son hermanos, y los diferentes pueblos deben prestarse mutua ayuda, según su poder, como los ciudadanos del mismo Estado entre sí.

»Art. 35. El que oprime a una nación es enemigo de todas.

»Art. 37. Los reyes, los aristócratas, los tiranos, sean quienes fueren, son esclavos rebeldes contra el soberano de la tierra, que es el *género humano*, y contra la legisladora universal, que es la *naturaleza*.»

XVI

Esta declaración era más bien una recopilación de máximas que un código de gobierno, si bien da la idea del movimiento que se estaba operando. Lo que imprimía a la Revolución tanta grandeza, aun en medio de las borrascas, de las anarquías y de los crímenes, es que era una doctrina, cuyos autores eran al mismo tiempo sus apóstoles. Sus dogmas eran tan sagrados, que si de este código se hubiera borrado la impresión de la mano sangrienta que lo firmó, podían haberse creído redactados por el genio de Sócrates o por la caridad de Fenelón. Por esto, las teorías revolucionarias, im-

popularizadas circunstancialmente a causa de los dolores que a Francia ocasionó su aparición, renacen y renacerán más y más en las tendencias de los hombres. Fueron deshonradas, pero son divinas; borrad la sangre, y quedará la verdad.

XVII

Las verdades fundamentales de las teorías de la Convención convertíanse en instituciones que llevaban el sello del espíritu democrático, en todas las sesiones en que se ocupaba en la Constitución o en la discusión de las leyes populares. Cuando se apaciguaba la Asamblea, brotaban los dogmas con los actos, y la cólera de los oradores, encarnizados entre sí, transformábase en inmenso amor a la verdad social, al pueblo y al género humano: amor que, a causa de su inexperiencia del bien, tenía ignorancias, impaciencias y errores, llegando en ocasiones hasta el frenesí de la verdad, pero sin dejar de ser siempre verdad. Por esto, todo ha sido y será perdonado, en el transcurso de los tiempos, a aquella época. Ningún trabajo humano se pierde, ninguna sangre derramada es estéril, ningún pensamiento de virtud queda frustrado. Las obstinadas tendencias del género humano son a la sociedad lo que la brújula al navío: ésta no ve el puerto, pero encamina a él.

XVIII

El proyecto de constitución emanado de los girondinos y redactado por Condorcet, sin dejar de ser tan democrático en el procedimiento, era menos popular en el espíritu que el de Robespierre. Limitábase a establecer la soberanía del pueblo y a restituir a cada ciudadano la parte más amplia de libertad compatible con la acción colectiva del Estado. Servíale también de base la unidad de la sociedad, pero en el espíritu de los girondinos era la unidad nacional, y en el de Robespierre la humana. La constitución presentada por los girondinos era una institución francesa; la concebida por los montañeses podía llamarse universal.

XIX

La democracia constituída en gobierno se formulaba en instituciones populares que recibían toda clase de aplicaciones. Como la Convención no quería que la democracia fuese una palabra vana, el alma del pueblo daba animación a todas las leyes propuestas, entre las cuales sobresalían la abolición de la mendicidad por medio de talleres, refugios y socorros proporcionados a la parte indigente del pueblo; los impuestos a los ricos, obligándolos a contribuir proporcionalmente a su capital; la adopción por la República de todos los expósitos, estímulo humanitario en la intención, pero inmoral en el efecto, a la maternidad de las solteras; fijación del máximum de valor de los artículos más necesarios al pueblo; restricciones a la libertad y codicia de la concurrencia en los mercaderes; intervención del Estado como árbitro entre el productor, comerciante y consumidor, para hacer justicia a todos, y organización general de la instrucción pública para que todos disfrutaran de ella.

Respecto a la educación pública, Robespierre exigía más todavía. Al hacer la educación primaria obligatoria a todas las familias, y echando en el mismo molde toda la generación de cinco a doce años, establecía, a falta de comunidad de bienes, la de los niños y de las ideas. Consideraba al género humano como padre que debía legar a las generaciones de la patria todas las ideas, todas las creencias y todas las opiniones con que le había enriquecido el tiempo. La educación era para la Convención como el ambiente que la sociedad proporcionaba gratuitamente a la respiración de todos los ciudadanos.

El trabajo, con arreglo a esta teoría, debía ser parte integrante de la educación; las escuelas eran talleres y el principal de los trabajos el cultivo de la tierra. Robespierre, como todos los legisladores de la antigüedad, consideraba la agricultura como el más moral y social de todos los trabajos humanos, porque alimenta más directamente al trabajador,

sin despertar tanto el ansia de la codicia y sin crear tantos vicios como el trabajo de las manufacturas. La disciplina a que esta educación común debía sujetar a los niños, era una costumbre del yugo de los deberes a qué más tarde habían de someterse como ciudadanos; participaba algo de las instituciones de los lacedemonios, y recordaba las de Fenelón en su república de Salento, y los planes de J. J. Rousseau en su *Emilio*.

La patria debía enseñar a los niños a leer, escribir, y a contar; inculcarles los principios de moral universal, que ya en la civilización se reconocían como dogmas; explicarles las leyes del país, ejercitarles la memoria con las narraciones de la historia de los pueblos y desarrollar en su imaginación el sentimiento de lo bello tan hermanado con el de la virtud, recitando los fragmentos más admirables de filosofía, de poesía y elocuencia, legados a los siglos por la humanidad.

Finalmente, en cuanto a la religión, el niño debía escoger una, cuando la educación hubiera desarrollado suficientemente su inteligencia, para que no fueran las creencias religiosas del hombre un hábito irreflexivo de la infancia, sino una elección deliberada del ser inteligente.

XX

Robespierre, para atender a los gastos de estos establecimientos, al mantenimiento de los niños y a los honorarios de los maestros, proponía la creación de un impuesto proporcional, llamado de los niños. También proponía la creación de otro impuesto de pobres para sostener a los ancianos y enfermos indigentes. El rico, despojado de lo superfluo, el pobre instruído gratuitamente, elevado a la facultad del trabajo, a una profesión, todo, en el plan de Robespierre, tendía evidentemente a la comunidad de bienes e igualdad de condiciones. Era el primitivo comunismo, ideal de los primeros cristianos, que había pasado a ser el de los filósofos.

Esta distribución uniforme de los conocimientos de las facultades y de los dones de la naturaleza, es evidentemente la aspiración legítima de la inteligencia humana. Los reveladores, poetas y sabios, han llevado eternamente este pensamiento en el alma, haciéndolo perpétuamente aparecer en el cielo, en sus delirios o sus leyes, como la perspectiva de la humanidad, lo cual demuestra que es un instinto de la justicia en el hombre y, por consiguiente, un plan divino que Dios hace entrever a las criaturas. Todo cuanto se opone a este plan, es decir, todo cuanto tiende a constituir desigualdad de ilustración, de categoría, de condiciones, de fortuna entre los hombres, es impío; y todo cuanto tiende a nivelar gradualmente estas desigualdades que con frecuencia son injusticias, y a repartir con más equidad la herencia común entre los hombres, es divino. La política puede ser juzgada por este signo, como el árbol por los frutos: lo ideal no es más que la verdad vista de lejos.

Pero cuanto más sublime es lo ideal, más difícil es de alcanzarlo en la tierra. Hasta ahora la dificultad ha estado en conciliar con la igualdad de bienes la desigualdad de virtudes, de facultades y de trabajo que distinguen a los hombres entre sí. La igualdad de bienes sería una injusticia entre el hombre activo y el holgazán, porque éste gasta, y el otro produce, de modo que, para que fuera justa, sería preciso suponer en todos los hombres la misma conciencia, idéntica aplicación al trabajo e igual virtud; pero esta hipótesis es una quimera. ¿Cuál es, pues, el orden social que podría tener sólido fundamento en semejante mentira? Sería preciso que la sociedad, en todas partes presente e infalible, pudiera obligar a todos los individuos al mismo trabajo y virtud; pero, en este caso, ¿qué sería la libertad? La sociedad quedaría sometida a universal esclavitud.

O debería la sociedad dar diariamente a cada uno la parte exactamente proporcionada al trabajo y al servicio que aportara a la asociación general; pero, entonces, ¿quién sería el juez?

A la imperfecta sabiduría humana le ha parecido más fácil, prudente y justo decir al hombre: «Sé tú tu juez; retribúyete con tu riqueza o con tu miseria.» La sociedad ha instituído la propiedad,

proclamando la libertad del trabajo y legalizando la concurrencia.

Pero la propiedad instituída no alimenta al que nada posee, y la libertad del trabajo no proporciona los mismos elementos al que sólo posee los brazos, que al que tiene inmensas heredades. Además, la concurrencia es el código del egoísmo y la guerra a muerte entre el que compra y el que vende, entre el que nada en la abundancia y el que padece hambre. ¡Iniquidad por todas partes! ¡Incorregibles desigualdades de la naturaleza y de la ley! La sabiduría del legislador debe aplicarse a atenuarlas, una por una, siglo por siglo, ley por ley. El que todo lo quiere corregir a un tiempo, lo quebranta todo. Lo posible es la condición de la mísera sabiduría humana. Sin tener la pretensión de resolver, con una solución única, iniquidades complicadas, la justicia de seres imperfectos, como nosotros, se limita a corregir sin cesar, a mejorar siempre. En los designios de Dios el tiempo parece un elemento de la misma verdad, y pedir ésta definitivamente a un solo día, es exigir de la naturaleza más de lo que puede dar. La impaciencia hace forjar ilusiones y ocasiona ruinas en vez de implantar realidades. Las decepciones son verdades recogidas prematuramente.

XXI

La verdad es evidentemente la comunidad cristiana y filosófica de los bienes de la tierra, y las decepciones son las violencias y sistemas en virtud de las cuales se ha creído poder hasta ahora establecer la verdad y organizarla. La nivelación social, ley de justicia, es, según parece, el plan de la naturaleza en el orden político, con tanta verdad como lo es en el material el aplanamiento del globo. Las montañas, según creen algunos geólogos, llegarán en el transcurso de los siglos a confundirse con los valles y éstos con las llanuras, a causa de los vientos, de las aguas, de los desmoronamientos y de las elevaciones sucesivas. Si esta nivelación se efectuara de pronto ocasionaría un cataclismo que sepultaría todos los seres que viven en la superficie terrestre; pero, siendo lenta, gradual e insensible, restablecerá la igualdad de nivel y de fertilidad, sin producir daño a una hormiga. Descubrir la ley de Dios en las sociedades y ajustar a ella la del legislador, no anticipándose a la verdad con la ilusión, ni al tiempo con la impaciencia, es la sabiduría; tomar el deseo por la realización y hacer sacrificios a lo desconocido, es la locura; irritarse contra el obstáculo y la naturaleza, sepultando generaciones enteras bajo los escombros de instituciones imperfectas, en vez de guiarlas con paso seguro de una sociedad a otra, es el crimen.

Tres cosas se distinguían en el alma de la Convención: un ideal verdadero y prácticamente accesible; ilusiones que al aplicarse se desvanecían, y accesos de furor que pretendían imponer por medio de torturas un orden de cosas no establecido aún por la naturaleza humana. Santos deseos, vanas teorías, medios atroces, tales eran los elementos que constituían la política de la Asamblea, colocada entre dos civilizaciones para exterminar a una y anticiparse a la otra. Robespierre personificaba estas tendencias más que ninguno otro. Sus planes eran religiosos en el objeto, quiméricos en sus disposiciones y sanguinarios al estrellarse contra la imposibilidad de la práctica. El furor del bien, que produce tan funestos efectos como el del mal, sobrecogía al legislador teórico. Robespierre obstinábase del mismo modo en las quimeras que en las verdades, y, a ser más ilustrado, hubiera sido también más paciente; las decepciones le encolerizaron. Pretendía ser el artífice de una regeneración social, y, al ver que la sociedad se le resistía, tomó la espada creyendo que es permitido al hombre hacerse ejecutor de Dios. Comunicó, en parte por fanatismo, y en parte por terror, su espíritu a los jacobinos, al pueblo, a la Convención, y de aquí provino el contraste de la Asamblea que se apoyaba con una mano en el tribunal revolucionario y en el instrumento del suplicio, y con la otra escribía una constitución que recordaba las repúblicas pastoriles de Platón o de Telémaco, y en cuyas páginas todas estaban Dios, el pueblo, la justicia y la humanidad. Nunca hizo la verdad derramar tanta sangre;

pero a la historia corresponde lavar aquellas manchas, en vez de rechazar la justicia social, por haber caído ríos de sangre sobre los dogmas de la libertad, de la caridad y de la razón.

LIBRO XL

Robespierre y Dantón se unen contra los girondinos.—Triunfo de Marat.—Los girondinos apostrofan a los jacobinos.—Folleto de Camilo Desmoulins.—El duque de Orleáns es reducido a prisión.—Ensayos de constitución.—Peligros de la República.—Isnard.—La comisión de los Doce.—Prisión de Hebert.—Divisiones.—Hanriot.—Garat.—Acusaciones.—Los veintidós girondinos.

I

Estas discusiones, que mostraban a la Convención la perspectiva de la felicidad humana, templaron durante algunos días la irritación de los ánimos. Divididos en cuanto al presente, Vergniaud, Robespierre, Condorcet, Dantón y Pethión, ponían se de acuerdo en lo referente al porvenir. Los girondinos, jacobinos y franciscanos se calmaban, mostrándose tranquilos ante los espectadores de las sesiones. Dantón, menos quimérico que ninguno de aquellos hombres de Estado, parecía extasiarse en la contemplación del porvenir, olvidando la sangre que había hecho derramar:

—¡Esto me consuela! — decía, exhalando un suspiro al salir de la Asamblea—. ¡No se sabe cuánto cuesta el triunfo de una doctrina al corazón de los que la legan a la posteridad!

II

Estos principios de la escuela de Robespierre fueron explanados por Saint-Just en un discurso en que el joven orador se declaró oráculo del maestro.

—El orden social — dijo — existe en la naturaleza de las cosas y sólo toma de la inteligencia humana el trabajo de coordinar su mecanismo; el hombre nace para la paz y la verdad; pero las malas leyes lo corrompen. Dictarle leyes conformes a la naturaleza del corazón, es devolverle la felicidad y los derechos; pero el arte de gobernar casi no ha producido más que monstruos, y los pueblos se han separado del rumbo que debían seguir: nuestra tarea se reduce a volverlos a encaminar. El estado social es la verdadera relación de los hombres entre sí; y el político es la relación del pueblo al pueblo. El vicio de los gobiernos consiste en emplear para oprimir a los ciudadanos la fuerza con que están armados y que se les ha conferido para defenderse las naciones contra los enemigos exteriores. Dividid, por consiguiente, el poder, si queréis que la libertad subsista; el poder ejecutivo va haciéndose paulatinamente usurpador hasta en el gobierno más libre del mundo, porque, si la autoridad delibera y ejecuta al mismo tiempo, pronto se constituye en soberana; la monarquía no está personificada únicamente en el rey, sino también en todo poder que delibera y ejecuta a la vez.

Esta serie de máximas incoherentes, y el velo con que encubría Saint-Just su pensamiento, permiten apenas distinguir si quería atacar o robustecer la unidad de poder de la Convención.

III

Marat, Hebert y Chaumette eran los únicos que utilizaban el incentivo de la comunidad de bienes para adular y fanatizar al pueblo; pero entiéndase que lo que pretendían era una traslación violenta y no la destrucción de la propiedad. Tal fuerza de costumbre y de derecho habían adquirido la propiedad y la familia en el ánimo de los hombres, que un proyecto de ley agraria se habría tomado entonces como un escarnio a la humanidad. Este principio, puramente especulativo, podía servir de pretexto a algunos disertadores quiméricos, pero no servía de base a ningún partido, porque todos lo desaprobaban por no contrariar la opinión. Los programas de los partidos comenzaban siempre por un acto de fe y una profesión de respeto hacia la propiedad; prodigaban la muerte sin perder popularidad, pero respetaban los bienes. Esto consiste en que el hombre moderno tiene más apego a la riqueza que a la vida, porque aquélla es su vida y la de su esposa y la de sus hijos. Perdiendo la vida en defensa de los bienes,

muere defendiendo lo presente y lo porvenir; y la revolución francesa se había hecho para equilibrar mejor la propiedad, y hacerla más accesible a todos, mas no para destruirla.

IV.

Mientras estas excursiones filosóficas e instituciones populares aplazaban la lucha en la Convención, la corporación municipal, los jacobinos y los franciscanos empleaban el tiempo en amotinar los arrabales contra los girondinos, único obstáculo que, a su juicio, se oponía a la felicidad del pueblo y a la seguridad de la patria.

Imponer a los departamentos el yugo de las opiniones de París, avasallar la representación nacional por medio del terror, convertir la Convención nacional en instrumento pasivo y vil del ayuntamiento, dominar a éste por las secciones y a éstas por un puñado de agitadores a las órdenes de dos o tres demagogos, entre los cuales elegiría el pueblo un director implacable para remediar la anarquía: tal era el proyecto de Marat, Chaumette y Hebert.

Robespierre y Dantón adheríanse a este proyecto sin repugnancia, fiando ambos en la inconstancia del favor público y en el profundo desprecio a Marat, ídolo del día, y creyendo fundadamente que el poder caería de aquella frente innoble e insensata, y que, destruídos los girondinos por Marat, y éste por sí mismo, no quedaría a la nación otro recurso que elegir a uno de los dos para salvarla. Cada uno de ellos creía ser más poderoso que su rival; Dantón por la superioridad del valor, y Robespierre por la del pensamiento. Ambos fingían contra los girondinos un odio que estaban lejos de experimentar, y por el *amigo del pueblo* proscripto, un interés de que secretamente se avergonzaban. En cuanto al pueblo, la expulsión de Marat de la Convención, la formación de su causa, su fuga, sus doctrinas, el misterio que se guardaba respecto al lugar en que se había refugiado, y, por último, el divulgado rumor de las enfermedades que había contraído trabajando en los subterráneos para servir a los oprimidos, todo exaltaba hasta la idolatría la pasión de la multitud hacia el que creía su vengador.

Marat abandonó su escondite para comparecer el 24 de abril ante el tribunal revolucionario. La audacia de su actitud, el guante que arrojó a los jueces, la turba que lo condujo escoltado al tribunal, las aclamaciones del pueblo, que se agrupaba en derredor del tribunal, impusieron a los jurados la orden de declararlo inocente, y, obtenido este fallo, un grito de triunfo salió del tribunal y prolongado por los grupos hasta las puertas de la Convención, notificó a los girondinos la absolución de su enemigo. Los franciscanos y las turbas de los arrabales que habían impuesto este fallo, tenían también preparado anticipadamente el triunfo. Marat, después de absuelto, fué levantado en alto por cuatro hombres que lo mostraron a la multitud, llevándolo después a un estrado sobre el que habían colocado un sillón antiguo parecido a un trono. Era el pavés de la sedición en que los proletarios inauguraban el reinado de la indigencia. Las mujeres de la Alhóndiga y del mercado de las flores le ciñeron la cabeza con varias coronas de laureles, a lo que Marat no opuso resistencia.

—Es el pueblo — exclamó — que se corona en mi cabeza. ¡Caigan pronto a mi voz todas las cabezas que sobresalgan del nivel del pueblo!

La comitiva encaminóse a la Convención a las voces de: ¡viva el amigo del pueblo! La turbamulta, compuesta de hombres andrajosos, mujeres, niños e indigentes, se adelantó, lentamente, por los pretiles y el Puente Nuevo, hacia la calle de San Honorato, engrosándola en el camino los innumerables grupos de artesanos que habían suspendido el trabajo para defender y honrar al representante de los proletarios. Los que lo llevaban, se relevaban de vez en cuando. En los puentes, en las plazas, a la entrada de las calles principales, aguardaban a Marat diputaciones de los diferentes oficios, que después se incorporaban a la columna que les precedía o seguía. Las ventanas estaban atestadas de mujeres que arrojaban sobre la cabeza del triunfador una lluvia de cintas, coronas y flores, se le aplaudía cuando pasaba, de modo que

toda la marcha desde el palacio hasta el picadero fué una prolongada ovación.

—Amigos míos — exclamaba Marat—, excusad, perdonad mi sensibilidad: muy poco he hecho hasta ahora por el pueblo; pero en adelante sólo puedo pagarle esta deuda con la vida.

V

En la calle de San Honorato las mujeres de los mercados de París, reunidas para asociarse al festejo, detuvieron a la comitiva y alfombraron de ramilletes el suelo, anegando el trono y al *amigo del pueblo*. Marat, con la frente cargada de coronas, y los hombros, los brazos, el cuerpo y las piernas envueltos en festones de hojas, desaparecía, por decirlo así, entre las flores. Apenas se divisaba su traje negro raído, su ropa sucia, su pecho descubierto, sus cabellos ondulando sobre los hombros; sus brazos abríanse frecuentemente como para abrazar a la multitud; y la asquerosa sordidez de su traje contrastaba con la frescura de los festones y guirnaldas. Su macilento rostro, su descompuesta fisonomía, las sonrisas petrificadas en sus labios, los vaivenes del estrado en que lo llevaban, la agitación brusca de su cabeza y la gesticulación de sus manos, imprimíanle algo de maquinal y violento que se parecía a la demencia, y el espectador dudaba si se trataba de un suplicio o de un triunfo. Era la convulsión del pueblo personificada en Marat, más propia para disgustar a Robespierre y a Dantón de la embriaguez popular, que para causarles envidia de Marat.

Algo más lejos, los hombres de los mercados y pretiles de París, en número de dos o tres mil, arengaron al diputado, prorrumpiendo con atronadoras voces en prolongados gritos de ¡viva el amigo del pueblo! Estos gritos conmovieron las bóvedas de la Convención, cuyas puertas forzó la comitiva. Marat descendió del sillón, pero fué levantado por los brazos del pueblo, y entró en el salón con la frente cubierta aún de laureles. La multitud rogó que le permitieran desfilar por el recinto y se diseminó entre los diputados por las gradas de la Convención. La sesión fué interrumpida.

Marat, conducido a la tribuna en medio de atronadores aplausos, hizo inauditos esfuerzos por imponer silencio y, cuando al fin lo hubo conseguido, dijo:

—Legisladores de Francia, este día devuelve al pueblo uno de sus representantes cuyos derechos fueron violados en mi persona. Represento en este momento a un ciudadano que había sido acusado y que acaba de justificarse, y seguirá defendiendo con toda la energía de que es susceptible los derechos del hombre y los del pueblo.

Dicho esto, la multitud agitó los sombreros y los lanzó al aire; del salón y de las tribunas salió un grito unánime de ¡viva la República!, que fué repetido por las turbas que se apiñaban fuera de la Convención. Dantón, fingiendo participar del entusiasmo del vulgo por el ídolo a quien él despreciaba, pidió que a la comitiva de Marat se le tributasen los honores de la Asamblea, desfilando por el recinto. Marat, con la corona en la mano, fué a sentarse en la cumbre de la Montaña junto al feroz Armonville, y dijo en alta voz, dirigiéndose al grupo de diputados que le felicitaban:

—Ya tengo en mi poder a los girondinos y brisotinos, quienes también irán en triunfo, pero será a la guillotina.

Dirigiéndose a los diputados que habían decretado su acusación, los fué nombrando uno a uno y apostrofándolos en términos injuriosos.

—A los que vosotros condenáis — exclamó—, el pueblo los absuelve; próximo está el día en que hará justicia a los que respetáis como hombres de Estado.

Las invectivas de Marat sólo provocaron sonrisas de desprecio. Robespierre encogióse de hombros en señal de disgusto, pero Marat le lanzó una mirada amenazadora llamándole *cobarde facineroso*. Robespierre fingió no haberle oído y no dió importancia a aquel frenesí del pueblo. Marat, después de salir, fué paseado nuevamente en el trono por las principales calles de París, gritando la muchedumbre que lo acompañaba: «¡Marat es el amigo del pueblo, que siempre será suyo!» Al pie de los pilares de la Alhóndiga le ofrecieron un banquete, y después lo condujeron al club de los franciscanos.

VI

Allí, Marat arengó al pueblo, al que prometió que correría la sangre, pues hasta el placer de aquella alma exterminadora era sanguinario, siendo los gritos de ¡mueran los girondinos! el himno de su triunfo. Después de la sesión, los franciscanos y el pueblo, que lo esperaban a la puerta del club, lo condujeron hasta su casa, alumbrándole el camino con hachas encendidas. Las ventanas y tejados de la calle donde vivía y otras inmediatas habíanse iluminado como si entrara el salvador del pueblo.

—¡Ese es mi palacio! — dijo Marat a su amigo Guzmán, subiendo por la obscura escalera que conducía a su aposento—, y ése mi cetro — añadió sonriendo y mostrando una pluma metida dentro de un tintero de plomo—. Mi compatriota Rousseau no lo tuvo de otra clase, y, sin embargo, con él he trasladado la soberanía de las Tullerías a este camaranchón. El pueblo es mío porque le pertenezco, y no abdicaré hasta haberlo vengado.

Tal fué la oración de Marat, cuando empezaba a consumirle la vida el incendio que llevaba en el alma. Aquel día de gloria y de reinado, haciéndole fermentar la sangre, desarrolló la fiebre que le minaba la existencia. La enfermedad no le impidió continuar trabajando, pero le obligó a quedarse muchas veces en cama. La cercanía de la muerte y la concentración de las ideas no amortiguaron sus provocaciones al asesinato. Aquel Tiberio moderno daba órdenes a la multitud desde el rincón de su indigente Caprea; sus insomnios costaban sangre al siguiente día; y no echaba otra cosa de menos en la vida que la falta de tiempo para sacrificar las trescientas mil cabezas que pedía constantemente para vengar a la nación. Su puerta, asaltada día y noche por los delatores, recibía como la boca de hierro de Venecia los indicios de sospecha. Su mano, yerta ya, no cesaba de agregar nombres a la lista de las proscripciones, que tenía siempre abierta sobre el lecho.

VII

Aquella jornada, que puso de relieve la fuerza del pueblo, el avasallamiento de la Convención y la impotencia de los girondinos, le alentó a dar a éstos los últimos ataques. Los progresos de los vandeanos, que habían rechazado a los republicanos de toda la orilla izquierda del Loire; la repartición de Francia, que los generales y plenipotenciarios de las potencias extranjeras hacían públicamente en un consejo de guerra celebrado en Amberes; Custine que se replegaba en Laudán ante cien mil confederados alemanes; Maguncia bloqueada e inutilizando en sus muros a veinte mil soldados escogidos del ejército del Rin; los primeros encuentros del ejército de los Pirineos con el español; Serván, que mandaba allí las tropas, atacado a la vez en sus tres campamentos; Lyón, donde las secciones, todas realistas, resistíanse a la instalación de un régimen revolucionario y amenazaban con la insurrección; Marsella, indignada por los ultrajes del pueblo de París a los confederados y a Barbaroux, organizando nuevos batallones para vengar a sus hijos; Arlés, Nimes, Tolón, Montpeller, Burdeos, declarándose enemigos de la Montaña y jurando en los manifiestos enviar la juventud a París; las acusaciones recíprocas de federalismo y de anarquía entre montañeses y girondinos; el hambre a la puerta de las panaderías; el pueblo sin otro trabajo que el de la perpetua agitación por las calles; los clubs en efervescencia; los periódicos escritos con hiel; las facciones en permanencia; las cárceles llenas ya; la guillotina despertando en el pueblo la afición a la sangre en vez de saciarla: todo ocasionaba a la población de París un estremecimiento de terror, preludio de los últimos excesos. La desesperación es la consejera del crimen, y el pueblo, que conocía su propia pérdida, necesitaba atribuirla a alguno. Los jacobinos mostraban todo su odio a los girondinos. El robo del Guarda-Muebles, cuyos millones y diamantes habían pasado, según se aseguraba, a manos de los esposos Roland, daba especialmente a la irrita-

ción popular un carácter de personalismo, de insulto y de asesinato. Brissot, Girey-Duprey, Gorsás, Condorcet, los periodistas girondinos más importantes, apoyados por los capitalistas y sostenidos por el comercio y la clase media, no escaseaban las calumnias ni las ironías sangrientas a Marat, a Robespierre, a Dantón y a los jacobinos. Sus periódicos, leídos en las sesiones de los clubs, se rasgaban, quemaban y pisoteaban, jurando lavar las ofensas en la sangre de los autores. Marat osó pedir a la faz de Robespierre, que le enviaran todos los documentos y las delaciones de los ciudadanos contra los ministros para hacer justicia, personificando audazmente al pueblo en sí mismo. Robespierre apenas se atrevía a abrir los labios en presencia de Marat, quien, desde su triunfo, se había constituído en plenipotenciario de la multitud. Se arrogaba la dictadura que veinte veces había propuesto al pueblo para el más decidido de sus defensores, y no tenía otra teoría política que la muerte, siendo el hombre de las circunstancias porque era el apóstol del asesinato. Cada vez que salía de casa con el traje de enfermo y envuelta la cabeza en un pañuelo sucio para comparecer en el club de los jacobinos o en la Convención, Dantón y Robespierre le cedían la tribuna, donde hablaba como señor y no como consejero de la nación, poniendo con una sola palabra término a las discusiones, como el puñal corta el nudo. Los aplausos de las tribunas lo ponían bajo la protección del pueblo, y los murmullos y rechiflas interrumpían a los que intentaban discutir con él. Era el plebiscito, el decreto soberano de la multitud sin réplica.

VIII

Hasta en la Convención habíanse convertido las discusiones en luchas de palabras. Habiendo Guadet, con motivo de las honras fúnebres tributadas por la corporación municipal a Lazouski, uno de los conspiradores del club del arzobispado, tenido la osadía de decir que la posteridad se asombraría de que se hubiera concedido una apoteosis nacional a un hombre convencido de haber estado a la cabeza de los asesinos, y de haber pretendido el 10 de marzo disolver la Convención, se levantó Legendre a contestarle. Los murmullos del centro le disputaron la tribuna.

—Cederé la tribuna — exclamó — a los que se encuentren mejor que yo; pero, aun cuando me encerrasen en la hornilla que ha de enrojecer el hierro con que se os imprima la marca de ignominia, la ocuparé. Aun cuando tenga la desgracia de llegar a ser vuestra víctima, propongo que el primer patriota que muera a vuestros golpes sea paseado por las plazas públicas, como Bruto paseó el cuerpo de Lucrecia, y se diga al pueblo: «Esa es la obra de tus enemigos.»

IX

Al día siguiente, Ducós pretendió hacer comprender a la Convención los peligros de poner tasa al precio de los granos; pero los pataleos, los gestos, las vociferaciones de los asistentes ahogaron su voz, obligándolo a bajar de la tribuna.

—¡Ciudadanos — exclamó Guadet—, una diputación nacional envilecida puede asegurarse que de hecho ha dejado de existir! Todo paliativo para asegurar la dignidad es una vileza. Las autoridades de París no quieren que seáis respetados, y ha llegado el momento de poner término a la lucha entre la nación entera y un puñado de facciosos disfrazados con el nombre de patriotas. Propongo que la Convención nacional decrete que el lunes se celebre la sesión en Versalles.

Al oír la proposición de Guadet, todos los girondinos y parte de la Llanura se levantaron gritando:

—¡Marchemos! Salvemos de los ultrajes y puñales de París lo que resta de dignidad y libertad en la Convención nacional.

Vigée, joven intrépido que, como Andrés Chenier, fundaba el heroísmo en el peligro, arrostró solo en la tribuna las vociferaciones, los gestos, y las invectivas de la Montaña y de los espectadores.

—Aplazarlo hasta el lunes — dijo — sería dar a los facciosos tiempo de prevenir nuestro traslado por medio del motín o de los asesinatos. Propongo que al primer murmullo que salga de las tri-

bunas, abandonemos este recinto en que estamos cautivos y nos vayamos a Versalles...

Marat, presente aquel día en la cima de la Montaña, descendió con el soberano ademán de un pacificador, temeroso de que la proposición de los girondinos librara a la Convención de la presión directa e imperativa de la multitud de que era rey, y, tratando de distraer la emoción que arrastraba a los girondinos fuera del salón, dijo:

—Propongo una gran medida, propia para disipar toda sospecha. Pongamos a precio la cabeza de los Borbones fugitivos y traidores con Dumouriez. He pedido ya la muerte de Orleáns y reproduzco mi proposición, para que los *hombres de Estado* se pongan el dogal al cuello respecto a los Capetos fugitivos, así como los patriotas se lo han puesto votando la muerte del tirano.

X

Las víctimas mutuamente sacrificadas por los dos partidos, eran, por consiguiente, para Marat las únicas prendas de reconciliación.

—Ni apoyo ni combato la moción de Marat — exclamó Buzot—. Pretenden distraernos para que se dé al olvido la proposición de Guadet. Examinemos, ciudadanos, cómo juzgará la posteridad nuestra situación. No hay una autoridad en París, no hay un club que no sea mejor obedecido que nosotros. Los jacobinos son dueños de la situación: ejércitos, ministerios, departamentos, municipios, ¿dónde dejan de dominar? En los sitios públicos inmediatos a este recinto, en nuestras calles, a nuestras puertas, en nuestros tribunales, ¿qué es lo que se oye? ¡Gritos frenéticos! ¿Qué vemos? ¡Semblantes asquerosos, criminales manchados de sangre! Así lo ha querido la naturaleza: el que una vez ha derramado la sangre de un semejante es un monstruo que no puede ya vivir en una sociedad bien organizada. Necesita sangre, siempre sangre, para ahogar los remordimientos. Estoy convencido de que todos os lamentáis de la situación en que nos encontramos, y apelo a vuestros corazones, e invoco a la historia que lo diga: si no habéis castigado tan enormes delitos, es porque no habéis podido; pero ved los resultados de la impunidad. ¿Preguntáis cuál es la causa de tales desórdenes? Se ríen de vosotros. ¿Recordáis el cumplimiento de las leyes? Se ríen de vosotros y de vuestras leyes. ¿Castigáis a uno? Os lo traen en triunfo para burlarse de vosotros. ¡Ved esa sociedad que ha conquistado para siempre la celebridad (aludiendo a los girondinos); ya no quedan treinta de los verdaderos fundadores, sino únicamente hombres llenos de deudas y de crímenes! Leed los periódicos y ved si, mientras existan tan abominables guaridas, podéis permanecer aquí.

A esta contundente invectiva lanzada contra Robespierre, Marat, Dantón, Collot-d'Herbois, Billaud-Varennes y Bazire, toda la Montaña se levantó contra Buzot.

—Somos jacobinos — exclamaron a una voz doscientos miembros.

Durand-Maillane, arrostrando la borrasca, anunció a la Convención que a la llegada del último correo de los jacobinos de París al club de Marsella, se puso a precio la cabeza de cinco diputados marselleses que habían propuesto la apelación al pueblo para la sentencia del rey, ofreciéndose 10.000 francos al puñal del primer asesino.

—Este departamento — añadió Durand-Maillane — está en la anarquía.

Creció el tumulto de la Asamblea; los unos pedían que se votara la proposición de retirarse a Versalles; los otros que se pasara a la orden del día, despreciando el cobarde terror de los girondinos. Dantón que, desde hacía algún tiempo, parecía rechazar las medidas extremas, como si de lejos hubiera visto el abismo y temido su propio acaloramiento, subió a la tribuna e intentó apaciguar la agitación con algunas palabras de paz.

—Todos estamos conformes — dijo — en que ha habido falta de respeto y en que debe hacerse justicia; pero sólo debe castigarse a los culpables. ¿Queréis ser rígidos y justos a la vez? Pues bien...

La impaciencia de la Montaña, la indignación de la Gironda no dejaron a Dantón exponer su idea, obligándole con sus murmullos a bajar de la tribuna.

Dantón hizo al bajar una señal de inteligencia a los espectadores, y evacuaron las tribunas. La ausencia voluntaria de los culpables puso término a la discusión que ya no tenía objeto.

Camilo Desmoulins publicó, algunos días después, un folleto, en el que mostraba a la odiosidad pública a Roland, Pethión, Condorcet y Brissot. Hasta la señora de Roland, errante ya y perseguida, disfrazada de cortesana sanguinaria, era entregada a los sarcasmos de la multitud. Ambición, cohechos, conspiración contra la libertad, intrigas, traiciones, complicidad con los extranjeros, tendencias a la restauración de la monarquía, cuyos ministros se proponían ser, tales eran los crímenes cuyas pruebas deducía Camilo Desmoulins de anécdotas inventadas, de confidencias reveladas, de secretos sorprendidos, de reuniones fantásticas y de orgías imaginarias, cuyo relato emponzoñaba con la causticidad de su pluma. La historia de los brissotinos, leída por Camilo Desmoulins a los jacobinos, fué adoptada como manifiesto de la Montaña contra los dominadores de la Convención. Los cien mil ejemplares impresos a expensas de la sociedad, fueron distribuídos profusamente por las calles de París y enviados a las sociedades afiliadas a los departamentos. Robespierre, Marat y Dantón eran propuestos, en aquel folleto, como ejemplo a los patriotas. Camilo Desmoulins, bastante inteligente para admirar a los girondinos, suficientemente envidioso para odiarlos, y demasiado tímido para imitarlos, declaróse órgano de las bajas pasiones, que hostigan a los hombres superiores. El carácter de aquel escritor, inferior a su talento, necesitaba, como el reptil, arrastrarse y morder al mismo tiempo. Se arrastraba ante Dantón, Robespierre y Marat; y se desencadenaba contra Roland y Vergniaud. Así, pues, adulando y abandonando alternativamente a los poderosos del momento, había pasado del gabinete de Mirabeau y de la intimidad de Pethión, a las cenas de Dantón y a la servidumbre de Robespierre. El odio y la adulación constituían el fondo del carácter de aquel hombre. Mudo en la Convención ante la elocuencia de Vergniaud, alzaba en la calle la voz de las calumnias y provocaba a la muerte para que le vengara del genio.

XI

La acusación de orleanismo era a la sazón el insulto mortal que recíprocamente se inferían los partidos. Camilo Desmoulins acumulaba todas las circunstancias, ciertas o falsas, que presentaban a los girondinos como cómplices de los Orleáns, retrotrayendo esta conspiración imaginaria hasta la época de Lafayette, el enemigo más incorruptible de aquella facción. Fomentaba estas sospechas refiriendo anécdotas a propósito para dar a la pretendida conjuración el clarobscuro con que los antiguos historiadores relatan las tramas tenebrosas de los grandes conjurados, como para que la opinión pública presintiera más misterios y crímenes que los que se denunciaban.

«El rasgo, dice, que acabó de convencerme de que, a pesar del odio aparente que existía entre Lafayette y Orleáns, la gran familia de los usurpadores seguía coligada contra la República, fué el siguiente. Encontrándonos un día solos en el salón de la señora de Sillery, y después de haber concluído ésta de cantar, acompañándose con el arpa, una canción en que invitaba a la inconstancia, su hija y su discípula, la hermosa Pamela, y la señorita de S... bailaron una danza rusa, cuyo nombre he olvidado, pero tan voluptuosa y ejecutada con tanta seducción, que no creo que la joven Herodías bailase ante su tío otra más a propósito para obtener la cabeza de Juan Bautista, y, ¿cuál no sería mi sorpresa, cuando vi entrar, a pesar de haber estado la puerta cerrada, a los profanos?... ¿a quién? ¡a un ayudante de Lafayette, que había ido allí con el objeto de convencerme de que el general era otra vez amigo de la casa! Pero, ¿no han llevado los girondinos al colmo los artificios, trabajando en secreto en favor de la facción de Orleáns, mientras enviaban a la Montaña el busto de Felipe Igualdad, autómata movido por ellos, al que hacían sentar y levantarse maquinalmente en medio de nosotros, para hacer creer al público que si existía la facción de Orleáns, la formábamos entre nosotros?... ¿No

han sido los girondinos los primeros en pedir el destierro de Felipe? En cuanto a Orleáns, en cuatro años que lo he seguido con la vista, no creo que haya opinado jamás de diferente modo que la cima de la Montaña, por lo que yo le llamaba un Robespierre autómata. No lanzaba menos imprecaciones que nosotros contra su antiguo confidente Sillery, actualmente unido a los girondinos hasta el extremo que muchas veces me he dicho a mí mismo: «¡Muy singular sería que Felipe de Orleáns no perteneciera a la facción orleanista! Pero esto no es imposible, porque la facción existe y él se sienta a la derecha con los girondinos.»

XII

El pueblo, que necesita poco para creer en el mal y que sospecha más cuanto mayor es su ignorancia, se regocijaba al reconocer, al fin, en los girondinos a los culpables de todos los males, y el duque de Orleáns participaba de la impopularidad de ellos.

Había llegado la hora de que este príncipe conociera la ingratitud. Expuesto por los girondinos a la sospecha del pueblo, y entregado por los montañeses, quienes temían que su presencia en la Montaña hiciera a ellos sospechosos también, fué unánimente proscripto, sin que pudiera precisarse qué delito había cometido. El pretexto para imponerle el ostracismo fué la fuga de su hijo, arrastrado por Dumouriez en su tentativa y deserción. A propuesta de Barbaroux y de Boyer-Fonfrede, la Convención había decretado que Sillery, suegro del general Valence, segundo de Dumouriez, y Felipe Igualdad, padre del joven general, fuesen vigilados, aunque quedando en libertad de ir a donde quisieran, siempre que no salieran de París. Sillery, sacrificado por los girondinos, no les hizo ninguna reconvención.

—Cuando se trate de castigar a los traidores — exclamó mirando el busto de Bruto que adornaba el salón—, si mi yerno es culpable, aquí estaré ante la imagen de Bruto.

E inclinó la cabeza como quien acepta el ejemplo y conoce el deber.

—Y yo también — agregó el príncipe, señalando con la mano la imagen del romano, juez y homicida de su hijo — ¡si soy culpable, debo ser castigado; y si mi hijo lo es, veo a Bruto!...

Entonces prestó obediencia al decreto sin quejarse. Ora preveyera el premio de sus servicios, ora comprendiera la falsa situación en que se encontraba respecto a la República a la que causaba recelos hasta con los servicios, ora adquiriera su espíritu, cansado de las agitaciones, la impasibilidad de los caracteres privados de energía, el duque de Orleáns no manifestó asombro ni debilidad ante la ingratitud de la Montaña. Alargó la mano a sus colegas, que rehusaron estrechársela, temiendo despertar sospechas de familiaridad con el gran proscripto, y se encaminó escoltado por dos gendarmes a su palacio convertido en prisión.

Inocente o culpable, el duque de Orleáns servía de estorbo a los dos partidos, por lo que no tardó en ser trasladado a la Abadía y de allí a Marsella, al fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, con el joven conde de Beaujolais, su hijo, la duquesa de Borbón su hermana, y su tío el príncipe de Conti. Sólo hubo una excepción en el decreto, y fué en favor de la duquesa de Orleáns, separada de su esposo hacía ya tiempo, y a quien protegieron de la proscripción la piedad y veneración pública; se le permitió residir en el castillo de Vernón, en Normandía, junto a su padre el duque de Penthievre, a quien servía de consuelo en la vejez.

XIII

El duque de Orleáns, al llegar al fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, encontró al segundo de sus hijos, el joven duque de Montpensier, que acababa de ser detenido bajo las banderas republicanas en el ejército de Italia el mismo día que su padre. Este y sus dos hijos se abrazaron en la cárcel, un año después del día en que se habían encontrado juntos en el campamento de Dumouriez después de la batalla de Jemmapes. El duque de Chartres faltaba en aquel cuadro de las vicisitudes de la fortuna; pero también andaba errante bajo otro nombre en paí-

ses extraños. La hija única del duque de Orleáns, separada de su madre y sin otra protectora que la señora de Sillery-Genlís, mujer sospechosa a todos los partidos, vagaba por las márgenes del Rin y avanzaba hasta la Suiza alemana para refugiarse bajo nombre supuesto en un convento.

El duque de Orleáns contemplaba en el fuerte de la Guardia la dispersión de los suyos y su propia caída como espectáculo extraño a él. Ya tuviera la creencia de que las grandes revoluciones devoran a los apóstoles; ya que una especie de filosofía sin esperanzas ni pesares le hiciera aceptar, como a ser inerte, los vaivenes del destino, no experimentaba otro sentimiento que el paternal, que parecía sobrevivir en su corazón. Ocupó al principio el mismo aposento que sus dos hijos y gozó de la libertad de pasearse en su compañía en la azotea del fuerte, desde donde las miradas, libres al menos, contemplaban desde lo alto de la roca el vasto horizonte del Mediterráneo y el movimiento y el ruido de Marsella. Al cuarto día, y estando almorzando con sus hijos, entraron en el aposento algunos oficiales de guardias nacionales para notificarle la orden de separarse del duque de Montpensier, que fué encerrado solo en otro piso de la fortaleza.

—Al más joven de vuestros hijos — le dijo el oficial encargado de la ejecución de la orden — se le permite, a causa de su poca edad, permanecer a vuestro lado; pero no podrá volver a ver a su hermano.

El príncipe protestó inútilmente contra la barbarie de la orden, y el duque de Montpensier, bañado en lágrimas, fué separado, a viva fuerza, de los brazos de su padre y de su hermano y conducido a otro piso de la fortaleza.

Trasladados después del primer interrogatorio al fuerte de San Juan, prisión más lóbrega, situada en un extremo del puerto de Marsella, la estrechez del cautiverio llegó hasta el punto de privarles de aire, de vista y de ejercicio. Encerróse al príncipe y a sus dos hijos en tres calabozos sobrepuestos unos a los otros en las recias paredes de la torre, permitiéndose al más joven, el conde de Beaujolais, respirar algunas horas del día el aire exterior, bajo la vigilancia de dos guardias. Cuando bajaba para ir a paseo, el niño pasaba delante del calabozo de su hermano, situado debajo del suyo, el duque de Montpensier arrimaba entonces el rostro a la puerta, y los dos hermanos cruzaban algunas palabras por entre las maderas y cerrojos, produciéndoles el sonido de las voces un momento de alegría. Subiendo un día el conde de Beaujolais, encontró abierta la puerta del duque de Montpensier, y escapándose de los guardias entró de un salto en el calabozo de su hermano y se arrojó en sus brazos, costándoles a los centinelas gran trabajo el separarlos; ¡hacía dos meses que los dos hermanos no se habían visto! En lo sucesivo adoptáronse precauciones para evitar aquellas sorpresas de ternura, que eran consideradas como ardides de malhechores. ¡Uno de ellos tenía trece años, el otro diez y ocho!

El padre, aposentado en la misma escalera, no podía verlos ni oírlos. El deseo de contemplar a un príncipe de la sangre, autor y víctima de la revolución, encadenado por el pueblo a quien había servido, llevaba continuamente visitantes al sitio en que estaba su calabozo. El príncipe, a quien era más enojosa la soledad que el cautiverio, y que no tenía otra sociedad peor que la de los pensamientos, no evitaba las miradas ni las preguntas de los curiosos, cada uno de los cuales parecía aliviarle en parte del peso de las horas.

Habiendo oído un día la voz de uno de sus hijos, preguntóle desde un rincón del calabozo:

—¿Eres tú, Montpensier, pobre hijo mío? ¡Cuánto bien me ha hecho tu voz!

El hijo oyó que su padre se levantó del lecho para ir a la reja y suplicar al carcelero que le dejara ver a sus hijos; pero esta gracia le fué negada, y la puerta al través de la cual se habían transmitido un suspiro padre e hijo, quedó para siempre cerrada.

XIV

El sacrificio a la concordia o a la sospecha, hecho por la Gironda y la Montaña, no había sido más que un paliativo del odio que excitaba un partido contra

otro. No por haber arrancado de la Convención aquella sombra de rey, cesaron en los discursos y periódicos las acusaciones de traición. Saint-Just, Robespierre, Guadet, Vergniaud e Isnard, discutieron algunas teorías constitucionales.

—Acabemos la Constitución — decía Vergniaud en la sesión del 8 de mayo—; con ella desaparecerá este código draconiano y este gobierno de circunstancias, indudablemente impuestos por la necesidad y justificados por traiciones demasiado memorables, pero que gravitan sobre los buenos ciudadanos lo mismo que sobre los malos, y fundarían por último la tiranía bajo pretexto de libertad. Apresurémonos, ciudadanos, a tranquilizar a los agricultores, a los comerciantes, a los propietarios alarmados por las doctrinas que aquí se exponen. Los antiguos legisladores, para infundir respeto a sus obras, hacían intervenir a algún Dios entre ellos y el pueblo. Nosotros, que no poseemos la paloma de Mahoma, ni la ninfa de Numa, ni el demonio familiar de Sócrates, sólo podemos interponer la razón entre el pueblo y nosotros. ¿Qué república queréis dar a Francia? ¿Queréis proscribir la riqueza y el lujo, que, según Rousseau y Montesquieu, destruyen la igualdad? ¿Queréis crear un gobierno austero, pobre y guerrero como el de Esparta? En este caso, sed consecuentes como Licurgo, repartid los bienes entre los ciudadanos; proscribid los metales que la codicia arrancó de las entrañas de la tierra; quemad los asignados; manchad con la infamia el ejercicio de las artes útiles y no dejéis a los franceses más que la tierra y el hacha; que no paguen más impuestos los ciudadanos, haciendo sólo tributarios a aquellos a quienes neguéis el título de ciudadanía, obligándolos también a satisfacer vuestras necesidades con su trabajo; emplead a los extranjeros en el comercio; buscad ilotas para cultivar los campos, y haced depender vuestra subsistencia de los esclavos. Es incontestable que semejantes leyes son crueles, inhumanas, absurdas; es incontestable que el más terrible de los niveladores, la muerte, dominaría pronto sola en las campiñas, y deduzco que la coalición de los reyes os está sugiriendo sistemas que reducirían a los franceses a la igualdad de la desesperación y de las tumbas. ¿Queréis fundar como en Roma una república conquistadora? Os diré, y conmigo la historia, que las conquistas fueron siempre fatales a la libertad, y con Montesquieu, que la victoria de Salamina perdió a Atenas, como la derrota de los atenienses a Siracusa. ¿Para qué, además, las conquistas? ¿Queréis convertiros en opresores del género humano? ¿Queréis, por último, hacer de la nación francesa un pueblo simplemente agricultor y comerciante, aplicándole las instituciones campestres de Guillermo Penn? ¿Pero cómo puede existir un pueblo así en medio de naciones casi siempre hostiles y gobernadas por tiranos que no conocen más derecho que el de la fuerza?

Vergniaud impugnó todas estas teorías de constituciones ultrademocráticas, y propuso que las instituciones se acomodasen a la situación geográfica, al carácter nacional, a la actividad industriosa, al estado de virilidad y de civilización del pueblo para el que la Convención tenía que legislar. Combatió las antiguas utopías, y se limitó a invocar las inspiraciones de la sensatez. Pero la república de los girondinos no correspondía a la enardecida imaginación del pueblo, ni a las sobrenaturales teorías de los jacobinos, en lo referente a la completa transformación de la sociedad.

Previendo Isnard la lentitud con que la Convención llevaría a cabo el establecimiento de la Constitución, y queriendo poner la vida de los legisladores bajo la garantía de un derecho inviolable, propuso que se decretara en algunos artículos un pacto social, antes de discutir los pormenores de la Constitución. La Montaña, que no admitía otra ley fundamental que la voluntad del pueblo y la dictadura de las circunstancias, acogió con murmullos la proposición de Isnard, y Dantón, el hombre de los expedientes, la rechazó, mostrando un orgulloso desdén a los hombres y a las cosas, y encaminándose directamente al hecho, a la salvación de la patria.

XV

Robespierre, el hombre de las ideas generales, habló al siguiente día acerca de la Constitución. Su discurso, profundamente meditado y redactado en el estilo de Montesquieu, fué el acta de acusación de un filósofo contra las tiranías y los vicios de los gobiernos anteriores. Pactar con las tiranías y transigir con los vicios parecíale una debilidad indigna de la verdad y de la razón. La austeridad de sus principios de gobierno contrastaba con la suavidad de los girondinos.

—Hasta aquí — decía Robespierre — el arte de gobernar no ha sido otra cosa que el arte de despojar y avasallar al mayor número en provecho del menor. El objeto de la sociedad es la conservación de los derechos del hombre y la perfección de su ser, y en todas partes la sociedad degrada y oprime al hombre. Ha llegado el momento de que la sociedad empiece a desempeñar sus verdaderas funciones. La desigualdad de condiciones y de derechos, esa preocupación hija de nuestra educación, depravada por el despotismo, ha sobrevivido a nuestra imperfecta revolución. Se ha derramado ya la sangre de trescientos mil franceses, y quizá va a derramarse aún la de otros trescientos mil, para impedir que el simple labrador venga a sentarse en el Senado al lado del rico mercader; pero es preciso que el artesano pueda votar en las asambleas populares al lado del comerciante y del abogado, y que el pobre inteligente y virtuoso pueda disfrutar de los derechos del hombre en presencia del rico imbécil y corrompido. ¿Creéis que el pueblo, conquistador de la libertad y que ha derramado su sangre en defensa de la patria, mientras vosotros dormíais en la molicie o conspirabais en las tinieblas, va a dejarse envilecer, encadenar, empobrecer, degradar y degollar por vosotros? ¡No! ¡temblad! Temblad, porque la voz de la verdad que suena en los corazones corrompidos es muy semejante a los sonidos que retumban en los sepulcros sin despertar a los que en ellos yacen. No busquéis la salvación de la verdad en un imaginario equilibrio de poderes, que, realmente, no es otra cosa que una quimera metafísica. ¿Qué nos importan los contrapesos que equilibran la autoridad de la tiranía? ¡La tiranía misma es la que debemos extirpar, y el pueblo debe ocupar el puesto de los señores y tiranos! ¡No me gusta que el pueblo romano se retire al monte Sacro; deseo que permanezca en Roma, para arrojar de allí a los opresores! ¡El pueblo no debe tener más que un tribuno, y éste debe ser él mismo!

Robespierre aludía en este discurso al nuevo salón del antiguo palacio de las Tullerías, donde se había acordado la víspera que se celebraran las sesiones. Parecía que la república tomaba posesión definitiva del poder supremo, entrando en la Convención en aquel palacio de donde la jornada del 10 de agosto había expulsado a la monarquía. El edificio entero habíase acomodado al nuevo destino que se le daba, pues, desde el salón de la Convención hasta los despachos de los ministros y grandes oficinas públicas, las Tullerías contenían todo el gobierno, convirtiéndose en verdadero palacio del pueblo. Habíanse puesto nombres populares a los jardines, patios, pabellones, y cuerpos de edificio que el vasto recinto encerraba, y en todas partes había substituído la República los atributos del pueblo a los del rey, y los símbolos de la libertad a los del poder monárquico. El pabellón del Norte llamábase de la Libertad; el del Mediodía, de la Igualdad; el del Centro, de la Unidad. El salón de la Convención ocupaba todo el espacio comprendido entre el pabellón de la Unidad y el de la Libertad, y subíase a él por la escalera principal. Las salas inferiores estaban ocupadas por los destacamentos de la tropa que custodiaba a los diputados. El salón de la Convención, más amplio, a propósito para las funciones de la Asamblea soberana, había sido decorado por el pintor republicano David, y en él renacían en las formas, en la tribuna y en las estatuas los recuerdos del foro romano. Era su aspecto majestuoso y austero, pero inspiraba al pueblo menos respeto que los improvisados salones de los Estados generales y de la Asamblea nacional; no era el salón del primer movimiento popular, pues en

él no había resonado como en el Juego de Pelota de Versalles el juramento de los tres Estados, ni había oído, como el picadero, la voz de Mirabeau.

XVI

Los peligros que amenazaban a la República eran cada vez más graves. La Vendée había levantado la bandera contrarrevolucionaria; Santerre iba a ponerse al frente de los batallones parisienses que debían ir a sofocar la guerra civil; Custine, replegado en Landau, cubría apenas la línea del Rin; Wurmser y el príncipe de Condé asediaban a Maguncia; y Marsella, Burdeos, Tolón, Lyón y la Normandía continuaban agitadas. Las clases acomodadas, los banqueros, los comerciantes, los literatos, los artistas, los propietarios pertenecientes casi todos al partido que quería moderar y contener la anarquía, ofrecían a los oradores de la Gironda un ejército para combatir a la chusma de los arrabales. Ambos partidos, casi igualmente confiados en el triunfo, deseaban una batalla decisiva que los libertase de los enemigos. Burdeos, por medio de un manifiesto amenazador, proporcionó a la Montaña y a la Gironda el medio de medir sus fuerzas en la sesión del 14 de mayo.

—Legisladores — dijo el orador de Burdeos—, la Gironda tiene la vista fija en los peligros de los diputados, pues sabe que están amenazados de muerte veintidós representantes. ¡Convención nacional, y vosotros, parisienses, salvad a los diputados del pueblo, o vamos a París a imponer el orden nosotros! ¡La revolución no es para nosotros la anarquía, la desorganización, el crimen, ni el asesinato! ¡Todos pereceremos antes que sufrir el reinado de los perversos y de los asesinos!

La Asamblea escuchó con terror aquellas amenazas en que la Montaña reconoció la inspiración de Guadet y Vergniaud.

El presidente se atrevió a responder a los peticionarios en un lenguaje que parecía reclamar vengadores para los girondinos proscritos.

—¡Id — les dijo — a tranquilizar a vuestros compatriotas, y decidles que en París hay gran número de ciudadanos que vigilan a los malvados asalariados por Pitt para oprimir a la Asamblea nacional! Si hoy quisieran levantarse nuevos tiranos sobre los escombros de la República, tomaríais la iniciativa de la insurrección, y Francia, indignada, se levantaría con vosotros.

Legendre se irritó «contra una petición incitada y mendigada por diputados pérfidos, que se quejaban de que se intentaba degollarlos sin tener el más leve rasguño que mostrar».

—¡Ciudadanos — dijo Guadet—, no subo a la tribuna para defender a los habitantes de Burdeos, porque no necesitan defensa! ¡Si no enviáis al patíbulo a los sicarios que proyectan cometer nuevos crímenes contra la representación nacional, los departamentos destruirán a París!

—¡Mejor — exclamaron algunas voces en la Montaña—; eso es lo que deseamos!

—Ayer — continuó Guadet — se ha hecho en el club de los jacobinos la moción de exterminarnos a todos antes de ir a la Vendée, y esa petición de asesinos fué aplaudida con entusiasmo. ¡Se habla del desquiciamiento de la República! ¡Ah! ciertamente no tardará París en verlo, porque es imposible que esto continúe así mucho tiempo. ¡Los que desean el desquiciamiento son los que tratan de disolver la Convención entregando a parte de sus miembros al hierro homicida! ¿Creéis que los departamentos verán caer impunemente a sus diputados bajo el puñal? ¡Y todavía se nos dice que mostremos las heridas! Esto es precisamente lo que Catilina respondió a Cicerón. «¿Atentan contra vuestra vida? ¡Y, sin embargo, todos respiráis!» ¡Pues bien! Cicerón y los senadores debían ser víctimas del hierro asesino la misma noche en que aquel traidor les hablaba de este modo.

La Convención vacilaba a cada nuevo debate; pero Isnard fué nombrado presidente por una gran mayoría y la elección redobló la confianza de la Gironda, y fué considerada por la Montaña como una declaración de guerra, y hasta por los moderados como un desafío. Isnard, hombre excesivo en todo, tenía en el carácter la fogosidad de su declamación.

Era la exageración de la Gironda: no de los hombres reconocidos como jefes por las opiniones, cuando éstas, arrastradas de temeridad en temeridad por la embriaguez del éxito o del terror, renuncian a la prudencia, que es la salvación de los partidos. Vergniaud, cuya moderación era igual a su fuerza, vió con sentimiento la elección, porque conoció que Isnard llevaría a la Montaña a muchos que estaban indecisos todavía. Vergniaud conservaba la sangre fría en sus más elocuentes improvisaciones, y como conocía el poder de la razón en las turbas, su entusiasmo era siempre hábil y meditado. Hubiera deseado formar entre los dos extremos de la Convención una mayoría de cordura y patriotismo que amortiguara los golpes que las dos grandes facciones iban a asestarse.

Cada una de las sesiones que presidió Isnard, se señaló con una borrasca y terminó con una catástrofe. El primer día, en la sesión del 9 de mayo, las secciones de París reclamaron que se pusiera en libertad a un sujeto llamado Rouse, preso arbitrariamente por orden del comité revolucionario de la sección del Buen Consejo.

—Es la facción de los hombres de Estado — exclamó Marat — que quiere proteger a los contrarrevolucionarios.

—¿Somos una república libre o un despotismo popular? — le respondió Mazuyer—. ¡Cómo! ¡Puede arrancarse del hogar, en medio de la noche y sin sentencia ni auto de prisión a un ciudadano y lo consentiremos!

Al ponerse a votación la petición de las secciones, Legendre se levantó para proponer que fuera nominal, a fin de que el pueblo conociera a los que protegían a los conspiradores, y esta proposición fué apoyada por cincuenta miembros de la Montaña. El presidente se opuso y suspendió la sesión cubriéndose. Transcurrieron dos horas en tumultuosa agitación, sin poder acallar los gritos de la Montaña y de las tribunas. Vergniaud pidió que se levantara la sesión y se enviara acta de ella a los departamentos; Couthón, el segundo de Robespierre, pretendió hablar desde su asiento, pretextando que la enfermedad que paralizaba sus piernas le impedía subir a la tribuna; pero los girondinos no le hicieron caso ni apreciaron la circunstancia que exponía. Entonces el diputado Maure, que tenía fuerzas atléticas, cogió a Couthón en brazos y lo llevó a la tribuna. Los espectadores aplaudieron.

—Dicen que soy anarquista y que he puesto a mi departamento en conflagración — exclamó Couthón—. ¡Ah! Si los autores únicos de los disturbios que os agitan fuesen tan honrados y sinceros como yo, vendrían, ahora mismo, a esta tribuna y provocarían el juicio de su departamento, presentando conmigo la dimisión.

Couthón fué llevado a su banco en medio de aplausos. Vergniaud, que durante largo tiempo había permanecido mudo e inmóvil, se levantó, restableció la verdad de los hechos y demostró que el individuo en cuestión había sido preso contra las leyes.

—En cuanto a la doctrina de Couthón — siguió diciendo—, respecto a las mayorías y minorías, está equivocado. No reconozco mayoría permanente, pues la mayoría está donde imperan la razón y la verdad; no tiene asiento a la derecha ni a la izquierda, y en cualquiera parte que exista, es un crimen rebelarse contra ella. Couthón dice: «Supongamos una mayoría perversa», y yo digo: «Supongamos una minoría perversa», y ésta es una hipótesis al menos tan verosímil como la otra; supongamos una minoría ambiciosa de poder, de dominación, de despojos; supongamos que pretenda fundar su poder en el desorden de la anarquía; ¿no es evidente que si la mayoría no tiene medios de salvar la libertad de la opresión, podrá llegarse, de minoría en minoría, de los decenviros a los triunviros y quizás al rey? Couthón propone que los que sean sospechosos de haber ocasionado nuestras disensiones presenten la dimisión. Ciudadanos, nuestros juramentos y los peligros de la patria nos encadenan aquí. Los que se retiren para evitar las sospechas de los calumniadores son unos cobardes.

La noche interrumpió la borrasca; pero se reanudó en la sesión siguiente, porque la Montaña insistió en reclamar el derecho que tenía la minoría de pedir la votación nominal en todas las cuestiones.

—Cuando en Inglaterra se intentó disolver el parlamento — dijo Guadet — se emplearon los mismos medios; se incitó a la minoría contra la mayoría para que el menor número dominara al mayor. ¿Sabéis lo que ocurrió? La minoría encontró, efectivamente, medio de oprimir a la mayoría, llamando en su auxilio a los *patriotas por excelencia* (así se calificaban) y a una multitud extraviada, a la que se prometió la rapiña y la repartición de las tierras. El carnicero Pride (aludiendo a Legendre) purificó el parlamento, y fueron expulsados ciento cincuenta miembros, quedando dueña del gobierno la minoría, compuesta de sesenta patriotas. Estos *patriotas por excelencia,* instrumentos de Cromwell, fueron expulsados luego por el usurpador, valiéndose del pretexto de sus propios crímenes. Entró un día en el parlamento, y, dirigiéndose a los titulados salvadores de la patria: «¡tú, dijo al uno, eres un ladrón! ¡tú, dijo a otro, eres un borracho! tú, te has enriquecido con los caudales públicos; tú, no haces más que frecuentar lugares sospechosos. ¡Fuera! ¡fuera! Ceded el puesto a los hombres honrados.» ¡Se fueron y Cromwell reinó! ¡Ciudadanos, pensadlo bien! ¿No es el último acto de la historia de Inglaterra el que se quiere que representemos ahora?

XVII

Las mujeres que ocupaban las tribunas interrumpieron a Guadet. Marat, señalando con el gesto a un escritor del partido moderado, llamado Bonneville, que asistía a la sesión, dijo:

—Es un aristócrata infame, es el entremetedor de Fauchet.

—Esta denuncia de Marat es un asesinato — respondió Lanthenás, amigo de la señora Roland—. ¡Tú eres — añadió, mostrando el puño a Marat—el aristócrata, porque no cesas de incitar a la contrarrevolución, preconizando el asesinato y la rapiña!

—¡Ciudadanos — dijo con voz conmovida y solemne el presidente Isnard—, lo que aquí está sucediendo me abre los ojos! ¡Pueblo, legisladores, escuchad; estos tumultos son pagados por la aristocracia, por Inglaterra, por Austria, por Pitt! (Murmullos.) Sólo los enemigos de la patria pueden interrumpirme. ¡Ah! ¡si pudierais ver mi corazón encontraríais en él amor a la patria! Y, aunque me dieran muerte en este sillón, mi postrer suspiro sería para ella, y mis últimas palabras: ¡Dios mío, perdona a los asesinos, pero salva la libertad de la nación! Nuestros enemigos, no pudiendo vencernos por sí, proyectan la insurrección del pueblo; el movimiento debe empezar por las mujeres. Se pretende disolver la Convención. Los ingleses aprovecharán las circunstancias y la contrarrevolución quedará hecha. Este es el proyecto, según me han revelado esta mañana, y estas agitaciones lo confirman; debía declararlo al país y lo he hecho; ahora que he cumplido con mi conciencia, espero los acontecimientos.

Gran parte de la Asamblea aplaudió esta insinuación contra los promotores de disturbios. Vergniaud pidió que la declaración de Isnard se imprimiera y fijara en los sitios públicos de París.

—¡Declaremos — exclamó Meaulde — que no nos abandonaremos y que moriremos juntos!

—¡Sí, sí! — respondió la Convención entera.

Gamón, uno de los inspectores del salón, declaró que el comité encargado de la vigilancia de las tribunas, advertido de los desórdenes que en ellas provocaban las mujeres, había hecho prender a algunas y las había interrogado.

Guadet, aprovechándose del movimiento y de la indignación, dijo:

—Mientras que los virtuosos se lamentan de los peligros de la patria, los malvados se agitan para perderla. Dejad, hablar, decía César, y yo obraré.

Y, después de este exordio, expuso a la Asamblea los planes fraguados para disolver la Convención, las reuniones de los conspiradores en el ayuntamiento, en el Arzobispado y en el club de los jacobinos; las amenazas de asesinato proferidas contra los brissonitos, rolandistas y moderados; y, por último, el tumulto provocado por las mujeres en las tribunas para dar el pretexto y la señal de degüello.

—¿Hasta cuándo dormiréis, ciudada-

nos, en el borde del abismo? — agregó luego—. ¡Apresuraos a deshacer los lazos que por todos lados os tienden! Hasta ahora han quedado impunes los conjurados del 10 de marzo. El mal está en la anarquía, en esa especie de insurrección de las autoridades de París contra la Convención, autoridades anárquicas que es preciso...

El tumulto de las tribunas, en las que había muchos agentes municipales, no dejó oír las últimas palabras de Guadet. La Montaña prorrumpió en invectivas y se agitó en ademanes de rabia. El impasible Guadet leyó en medio de un profundo silencio los tres proyectos de decreto de los girondinos para atacar de frente a la corporación municipal, y reconquistar el imperio de la ley:

«Las autoridades de París quedan destituídas; la corporación municipal será reemplazada en veinticuatro horas por los presidentes de las secciones; y, finalmente, los suplentes de la Asamblea se reunirán en Bourges para formar una Asamblea nacional, libre de las violencias de París y para concentrar el poder de la República tan pronto como llegue a su conocimiento que se ha atentado contra la libertad de la Convención.»

XVIII

Leídos estos decretos, exclamó Collot d'Herbois:

—¡Esa es la conspiración descubierta por los mismos que la han fraguado!

Barrere, el hombre de los papeles dobles, tomó la palabra como relator del comité de salvación pública, y dijo:

—Es verdad que existe un proyecto revolucionario en los departamentos para comprometer la República; pero ese proyecto es obra de la aristocracia. Es verdad que Chaumette y Hebert han acogido en la corporación municipal proyectos encaminados a disolver la Convención. Es verdad que ochenta electores reunidos en el Arzobispado han tratado de los medios de purificar la Asamblea nacional, y de ello hemos dado conocimiento al alcalde de París, Pache. Es verdad también que algunas personas reunidas en cierto lugar buscan los medios de cercenar veintidós cabezas de individuos de la Convención, y para promover el motín cuentan con las mujeres. No hay duda que esto merece llamar vuestra atención y exige vuestra vigilancia.

La derecha aplaudió, pero Barrere, volviéndose al punto hacia la Montaña, contuvo con una mano los golpes que acababa de asestarle con la otra.

—¿Pero qué os propone Guadet? — añadió—. ¡Destituir a las autoridades de París! Si yo deseara la anarquía, apoyaría esta proposición. Me habéis proporcionado la ocasión de ver de cerca a esas autoridades y, ¿qué es lo que he encontrado? Un departamento débil y pusilánime, secciones independientes rigiéndose por sí mismas como otros tantos ayuntamientos; un consejo general de la corporación municipal en el que hay un hombre llamado Chaumette, cuyo civismo no conozco, pero que ha sido fraile; he visto una corporación municipal interpretando y ejecutando las leyes conforme a sus caprichos y organizando un ejército revolucionario. ¿Qué remedio reclama este estado de cosas? El comité no ve otro que el de la creación de una comisión de doce miembros escogidos entre vosotros y encargados de adoptar las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad pública y examinar los actos de la corporación municipal.

XIX

Estas ambiguas palabras calmaron la tempestad, aplazando en apariencia las proposiciones de Guadet, pero dando a los girondinos la seguridad de triunfar si se les permitía elegir a los doce comisionados entre los miembros de su partido. Como, generalmente ocurre en las circunstancias extremas, la elección de los girondinos no recayó en los moderados, como Vergniaud, Ducós, Condorcet, sino en Boileau, Lahosdiniere, Vigée, Boyer-Fonfrede, Rabaut-Saint-Etienne, Kervelegán, Saint-Martin-Valogne, Gomaire, Henri Lariviere, Bergoing, Gardién y Mollevault. La mayor parte de éstos, a juicio de la Montaña y del pueblo, eran sospechosos de realismo, y constituían el personal a propósito para un golpe de Estado. La comisión de los Doce

lo proyectaba efectivamente, pero carecía de fuerza.

Tan pronto como se divulgó en París la noticia de esta victoria de los girondinos en la Convención, todas las secciones y todos los clubs prorrumpieron en un grito de alarma. La corporación municipal se reunió el 19, para acordar las medidas más extremas. Se declaró a la Convención avasallada e incapaz de salvar a la patria, y se propuso la prisión de los sospechosos; se pidieron las cabezas de los veintidós girondinos que dominaban en la Convención, llegando la osadía hasta el punto de presentar el asesinato nocturno y el homicidio individual de los veintidós tiranos como acto legal de urgencia y de salvación pública. Un orador citó como ejemplo la jornada de San Bartolomé, y agregó:

—¡A media noche, Coligny estaba en la corte, a la una ya no existía!

Los miembros de la corporación municipal se separaron al fin sin haber acordado otra cosa que vengarse.

XX

El alcalde Pache, interpuesto entre la ley y el pueblo, para engañar a una y adular al otro, desempeñaba el doble papel de magistrado y de faccioso, combatiendo en alta voz las medidas violentas que protegía solapadamente. Colocado por sus funciones entre la Convención y París, era a la vez agente de la una e instigador del otro. Guadet, al pedir la destitución de Pache, había herido el corazón de la anarquía, pero la comisión de los Doce no podía hacer otra cosa que vigilarlo.

Pache vituperó en voz alta y conspiró en secreto. Robespierre se limitó a lamentarse en el club de los jacobinos. En los franciscanos, Marat, Varlet, y hasta las mujeres pidieron la muerte de los veintidós tiranos. La multitud que se congregaba todas las noches en el recinto e inmediaciones del club, parecía dispuesta a obrar.

La Comisión de los Doce, enterada hora por hora de lo que ocurría en los clubs y del estado de los ánimos, buscaba, para acabar de un solo golpe con la insurrección, los medios de fuerza que se le desvanecían en la mano. Pedía al alcalde Pache informes y preparaba el que había de dar a la Convención para obligarla a obrar por medio del terror; pero en tales circunstancias, los cuerpos deliberantes, tímidos e indecisos por naturaleza, desean que se les preste fuerza y no que se les pida. Es necesario presentarse a ellos después del triunfo para obtener la sanción, porque, antes del combate o mientras éste se da, sólo sirven para desconcertar la victoria.

XXI

Vigée, en nombre de la comisión de los Doce, leyó el informe de la Asamblea el 24, cada una de cuyas palabras fué un golpe de rebato que llamaba a la Convención en auxilio de sus miembros.

«Habéis instituído una comisión extraordinaria — decía el informe — invistiéndola con grandes poderes. Habéis conocido que era la última tabla arrojada en medio de la tempestad para salvar a la patria, y, en su consecuencia, hemos jurado salvar a la libertad o perecer con ella. Desde los primeros pasos hemos descubierto una trama horrorosa contra la República y contra vuestra vida. Si se hubieran detenido algunos días, la República ya no existiría. Si no demostramos con pruebas lo que decimos, ofrecemos nuestras cabezas al patíbulo...»

El centro y la derecha aplaudieron, y la Montaña prorrumpió en carcajadas irónicas.

Luego leyóse una serie de disposiciones, de policía más que de política, rigurosas en apariencia, pero impotentes en la realidad.

«La Convención pone bajo su salvaguardia a los ciudadanos honrados, a la representación nacional y a la ciudad de París. Los ciudadanos tendrán la obligación de presentarse con exactitud en el punto de reunión de sus compañías. La guardia de la Convención será reforzada con algunos hombres. Las asambleas de las secciones se cerrarán a las diez de la noche. La Convención encarga a la comisión de los Doce que le proponga inmediatamente las medidas que crea oportunas para asegurar la tranquilidad pública.»

XXII

Tales eran las disposiciones adoptadas, pueriles si el peligro era extraordinario, y opresivas y vejatorias si el riesgo no existía. Era provocar sin combatir, amenazar sin herir. Los girondinos sabían bien que, a excepción de Marat, no había Cromwell, ni conspiración de asesinato en la Convención; que Dantón y Robespierre se mostraban ajenos a las maquinaciones subalternas de Pache, Chaumette y Hebert en la corporación municipal, y a las tramas del club del Arzobispado; pero querían, como todos los partidos, transformar las sospechas en crímenes, y arrojar sobre los enemigos que tenían en la Convención el horror público inspirado a los buenos ciudadanos por los proyectos de los malvados. Cuando Vigée hubo concluído de hablar, pidió Marat que se explicaran los motivos que se habían tenido para adoptar aquellas medidas, fundadas, decía, en temores quiméricos y en suposiciones ridículas, manifestando que no conocía otra conspiración en Francia que la que se fraguaba en los conciliábulos de los hombres de Estado reunidos diariamente en casa de Valazé.

—Deseo que se nos ilustre — dijo Thirión—. Los unos dicen que hay una facción de anarquistas, y Marat acusa a otra de hombres de Estado. Temo que éstos pretendan vengarse en nosotros formando el proceso de la revolución del 10 de agosto, así como antes de este día también se quiso hacer el de la primera revolución. ¿Cuáles son los crímenes? ¿Quiénes son los culpables?

La Asamblea estaba indecisa. Un miembro de la Montaña declaró que por una revelación confidencial sabía que un miembro de los Doce había asegurado que antes de quince días serían exterminados todos los jacobinos.

—Y a mí — replicó Vergniaud — me escriben de diferentes puntos de la República asegurándome que algunos emisarios hacen correr la voz de que mis colegas y yo moriremos antes de pocos instantes.

Siendo desmentida por la Montaña la afirmación de Vergniaud, Boyer-Fonfrede, designado por sus amigos de la comisión de los Doce para apoyar el informe y obtener el decreto, subió a la tribuna.

XXIII

—¿Dónde estamos, ciudadanos? — dijo—. ¿Habéis perdido la memoria desde ayer? ¿No acabáis de decretar que las secciones de París que denunciaran el peligro merecieran bien de la patria? ¿El alcalde de París no os ha denunciado también a esos individuos que no tienen de hombres más que la figura, y que han tratado de degollarnos? ¿No tenéis la mesa y las manos llenas de denuncias? ¡Y se nos prohibe atender a la seguridad de los ciudadanos de París y a la vuestra! ¿Los que se oponen no temen verse presentados a la contemplación de Francia indignada, manchados con la sangre de sus colegas? Sostienen que nuestro decreto calumnia a París, ¿pero no son los ciudadanos de París los que pedimos que os custodien? ¿No son los ciudadanos de París los que queremos que os defiendan de los asesinos? ¡Nuestras conspiraciones no son más que una quimera, dicen Marat y Thirión! ¡Ciudadanos! Los que han sido destinados a la muerte, se consagran a la inculpación de la calumnia. Vigilarán por vosotros, así como vosotros debéis vigilar por la libertad; respiran aún. ¡Salvad a París! ¡Salvad a la República! ¡Ved nuestros departamentos! ¡Están en pie; están armados! ¡La República está disuelta, si sois los únicos en Francia que carecéis de valor! Sí; ¡en caso de que perezcan los colegas que tanto aprecio, no quiero sobrevivirles! El día en que se cometa semejante atentado, proclamaré desde esta tribuna un desquiciamiento funesto, aborrecido hasta el día, fatal a todos quizá, pero que hará necesaria la violación de cuanto hay más sagrado en la tierra. Sí, lo proclamaré; los departamentos no permanecerán sordos a mi voz, y la libertad encontrará asilo.

Esta alusión desesperada a la federación de los departamentos contra París, arrancó aplausos a las tres cuartas partes del salón.

—¡Ciudadanos! — continuó Fonfrede,

a quien el interés que le inspiraban sus amigos parecía elevarlo sobre el piso de la tribuna—, ¡qué bien acompañadas abandonarán los cuerpos las almas de nuestros colegas proscritos! ¡Las listas de proscripción estaban hechas! ¡Diez mil ciudadanos de París debían ser encarcelados y degollados! ¡Ciudadanos de París! ¡la causa de los representantes es la vuestra! ¡Despertaos! ¡protegeos a vosotros mismos!

XXIV

Arrastrada la Asamblea por este torrente de elocuencia y de valor, disponíase a votar el artículo primero, cuando Dantón, ocultando bajo una fingida imparcialidad la indecisión que lo agitaba, subió lentamente las gradas de la tribuna. Negar los peligros que corría la representación nacional era imposible; sostener a los girondinos era despopularizarse; perderlos era entregar la dictadura a Robespierre, a quien temía, o a Marat, a quien despreciaba.

—Ese artículo — dijo — nada tiene de malo, porque no hay duda que la representación nacional necesita estar bajo la salvaguardia de la nación, pero eso está ya escrito en todas las leyes, y decretar lo que se os propone sería decretar el miedo. ¿Puede acaso la Convención nacional anunciar a la República que se deja dominar por el miedo? Se ha calumniado a París. Pache, a quien acusáis de no haber venido a dar cuenta, ha informado al comité de salvación pública. Las leyes bastan; guardaos de ceder al temor y no nos dejemos arrastrar por las pasiones. Temamos, por lo contrario, que después de haber nombrado una comisión para descubrir los complots que se urden en París, se os pida la creación de otra para castigar los crímenes de los que extravían los ánimos de los departamentos.

XXV

Cuando Dantón hubo concluído de hablar, se levantó Vergniaud diciendo:

—No hablaré con menos sangre fría que Dantón, porque estoy personalmente interesado en la conspiración, y deseo convencer, a los que pretenden asesinarme, que no los temo. Dantón os dice que nos exponemos a calumniar a París, si creemos en la existencia de estos complots; pero si la imputación se dirige a la Convención en pleno es una impostura. Si sólo se refiere a los que como nosotros no han cesado de repetir que es preciso distinguir a los ciudadanos de París de la turba de asesinos que pululan por las calles de esta inmensa ciudad y que sólo esta turba es culpable de los crímenes que han manchado la revolución, para desgracia de los buenos ciudadanos, París ha sido calumniado, sí, ¿pero, por quién? Por los perversos, que para asegurar la impunidad de sus crímenes, tienen la audacia de confundirse con el pueblo.

»Dantón os dice: No abriguéis temor alguno. ¡Distingamos, ciudadanos! Como hombres, no debemos pensar en nuestra vida; pero, como representantes, debemos, en bien de la patria, amenazada en nosotros, adoptar precauciones extraordinarias. Os propone que procedáis con moderación, porque se trata de vuestra seguridad personal, y yo respondo que por la misma razón debe procederse rápidamente y con energía. Si no conjuráis los peligros que os rodean, si no aseguráis, no sólo vuestra vida sino también vuestra independencia, vendéis a la patria, sacrificáis al pueblo, y perdéis a la República. El que se defiende contra un asesino no es el que tiene miedo; no es el que castiga el crimen el que teme, sino quien le deja triunfar y reinar.

Vergniaud defendió después, artículo por artículo, el proyecto de decreto, y prosiguió luego:

—Ciudadanos, recordad lo que una de las secciones fieles os ha dicho en la barra: ¡Atreveos a ser terribles o estáis perdidos! ¡Atreveos a atacar de frente a vuestros enemigos y los veréis hundirse en el polvo! ¿Queréis esperar cobardemente que vengan a clavaros el cuchillo en el pecho? Proclamadlo en voz alta: ninguno de vosotros morirá sin que sea vengado. Los departamentos están en pie. No hay duda que la libertad sobreviviría a nuevas tormentas; pero podría ocurrir muy bien que buscara, ensangrentada, asilo en los departamentos me-

ridionales. Salvad con vuestra energía la unidad de la República, y si no tenéis el valor de hacerlo, abdicad vuestras funciones y pedid a Francia sucesores más dignos de su confianza.

XXVI

La Asamblea, conmovida por estas palabras, aprobó el decreto propuesto por la comisión de los Doce.

Los girondinos apresuráronse a emplear las armas que acababan de obtener. A las nueve de la noche, Hebert, uno de los substitutos del consejo de la corporación municipal, recibió orden de comparecer ante la comisión.

La corporación municipal habíase reunido en consejo permanente; Hebert acudió allí antes de obedecer a la Convención, con el propósito de provocar la indignación contra la nueva tiranía. Recordó el juramento que los munícipes habían prestado de hacer causa común y considerarse todos heridos en la persona de uno solo, y declaró que no evocaba este recuerdo por lo que a él le interesaba, porque estaba dispuesto a subir al patíbulo. Salió, volvió a entrar y abrazó a Chaumette, como quien va a morir. El presidente y los miembros del consejo estrecharon a Hebert en sus brazos. Chaumette anunció pocos momentos después que Michel y Marino, empleados de policía, acababan de ser presos por orden de la comisión de los Doce, y el consejo, intimidado, vaciló entre la consternación y la rebelión. Sucediéronse unas a otras en la casa consistorial las diputaciones de las secciones que iban a fraternizar con el ayuntamiento, jurando vengarse. El consejo envió, hora por hora, diputaciones a la comisión de los Doce, para informarse de la suerte de Hebert y sus colegas, y, a las doce de la noche, se supo que Hebert había sido interrogado; a las dos, que había concluído de declarar; a las tres, que había sido preso Varlet, uno de los oradores más fogosos de los franciscanos, y a las cuatro, se prorrumpió en un grito de indignación al saberse la prisión definitiva de Hebert, que fué conducido a la Abadía.

Los periódicos propalaron al día siguiente el grito de venganza dado por la corporación municipal, publicando, además, una carta dirigida por Vergniaud a sus conciudadanos de la Gironda, fechada en *París bajo la cuchilla*, y concebida en los siguientes términos: «Os escribí ayer con el corazón afligido, no por los riesgos que arrostro, sino por vuestro silencio. Aguardo a mis enemigos y tengo aún confianza en hacerlos palidecer; dicen que hoy o mañana deben venir a solicitar que se les sacie con sangre de la Convención nacional, pero dudo que se atrevan a tanto, a pesar de que el terror ha entregado las secciones a un puñado de facinerosos. Estad preparados, porque, si me obligan, os llamaré desde la tribuna para que vengáis a defendernos, si es tiempo aún, o para que venguéis la libertad, exterminando a los tiranos. ¡Girondinos, no hay que perder un momento!

XXVII

La publicación de esta carta, las deliberaciones de las secciones, las funestas noticias llegadas de la Vendée y de las fronteras durante la noche, las maniobras de Pache, la exasperación de los jacobinos, de los franciscanos y de la corporación municipal, exaltaron hasta el extremo el frenesí popular. El ayuntamiento acordó exigir a la Convención que se celebrara inmediatamente el juicio para sentenciar a Hébert; llevado este acuerdo de unas secciones a otras, provocó los más encarnizados debates, firmándose en unas y rasgándose en otras; pero la mayoría se adhirió a él y juró acompañar a los ciudadanos que tuvieran valor suficiente para formular la petición en la barra. La comitiva engrosó, durante el trayecto, con la turba inmensa, que arrastra siempre tras de sí la corriente de la agitación pública. Una comisión de los peticionarios presentóse en la barra, e Isnard, que presidía, mostraba en su actitud la resolución de su partido, pareciendo que la dignidad del cargo de presidente reprimía la fogosidad de su carácter. Fijaba en los peticionarios la mirada que Cicerón debió fijar en Catilina cuando pensaba su inmortal discurso contra el conspirador romano, y

parecía que esperaba la sedición, para aterrorizarla en nombre de la ley.

Al pronunciar el orador de la diputación las primeras palabras, la derecha murmuró; y Dantón, reclamando enérgicamente silencio, afectó amparar a los peticionarios.

—Venimos — dijo el orador de la corporación municipal — a denunciaros el atentado cometido en la persona de Hebert.

Los girondinos indignáronse al oír la palabra atentado.

—Sí — prosiguió el orador—, Hebert ha sido arrancado de la casa consistorial y conducido a los calabozos de la Abadía. El consejo general defenderá la inocencia hasta morir, y pedimos que sea puesto en libertad. Las prisiones arbitrarias honran a los hombres honrados tanto como las coronas cívicas.

Las tribunas y la Montaña aplaudieron, e Isnard se levantó e impuso silencio con un ademán imperioso.

—Magistrados del pueblo — dijo a los peticionarios—, la Convención, que ha hecho la declaración de los derechos del hombre, no consentirá que un inocente permanezca aherrojado. Obtendréis justicia pronta; pero escuchad también vosotros las verdades que voy a deciros. Francia ha puesto en París el depósito de la representación nacional, y París debe respetarlo. Si se envileciera a la Convención, si una de las insurrecciones que desde el 10 de marzo se renuevan sin cesar, y de que vuestros magistrados nunca han advertido a la Convención...

Los recios murmullos de la Montaña y los aplausos de la Llanura interrumpieron al orador, quien, restablecido el silencio, continuó impasible:

—Si por estas insurrecciones siempre nacientes llegara a vulnerarse la representación nacional, lo declaro en nombre de Francia entera...

—No, no, no — exclamó la Montaña.

El resto de la Asamblea se levantó para amparar al presidente en el uso de la palabra, y trescientos miembros exclamaron a la vez:

—Sí, sí, sí, decid en nombre de Francia entera.

—Sí, lo declaro en nombre de Francia entera — prosiguió Isnard—, París dejaría de existir.

Estas últimas palabras no se oyeron a causa de las imprecaciones de la Montaña y de las rechiflas y pataleos de las tribunas.

Los girondinos apoyaron las amenazas del presidente, repitiéndolas con el brazo extendido.

—¡Bajad del sillón! — vociferó Marat—. ¡Estáis deshonrando a la Asamblea y protegiendo a los hombres de Estado!

El presidente, sin mirar a Marat, concluyó su frase:

—¡Y pronto se buscarían por las márgenes del Sena las ruinas de París!

Dantón se levantó como si hubiera oído una blasfemia y pidió la palabra. Isnard continuó:

—¡La espada de la ley, en la que está aún fresca la sangre del tirano, se encuentra preparada para cortar la cabeza del que se atreva a imponerse a la representación nacional!

XXVIII

Dantón sucedió a Isnard en el uso de la palabra.

—Mucho — dijo — y durante largo tiempo se ha calumniado a París, y no comprendo la imprecación del presidente contra esta ciudad. Es bastante extraño que se diga que París será devastado por los departamentos en el caso de que la ciudad se hiciera culpable...

—Sí, sí—exclamaron los girondinos—, lo harían.

—También yo entiendo las figuras oratorias — replicó Dantón—. Hay en la respuesta del presidente un sentimiento de amargura, ¿por qué suponer que ha de llegar un día en que se busque a París en las márgenes del Sena? Un presidente de la Convención no debe hacer tales hipótesis, sino imágenes consoladoras. ¡Bueno es que la República sepa que París no abandonará nunca sus principios, y que, después de haber destruído el trono, no lo volverá a levantar para hacer colocar en él a otro déspota! Si en el partido que sirve al pueblo hay culpables, el pueblo sabrá castigarlos. Pero tened en cuenta esta gran verdad: si

hubiera que escoger entre dos excesos, valdría más arrojarse hacia el de la libertad que retroceder hacia el de la esclavitud. Hace algún tiempo que los patriotas están oprimidos en las secciones; conozco la insolencia de los enemigos del pueblo, y prometo que no gozarán durante mucho tiempo de la ventaja de que hoy disfrutan, porque el pueblo, desengañado, los aniquilará. Entre los buenos ciudadanos los hay demasiado impetuosos, pero, ¿por qué hemos de considerar un crimen la energía que emplean para servir al pueblo? Si no hubieran existido hombres fogosos, no habría habido revolución. No quiero exasperar a nadie, porque, al defender la razón, tengo la conciencia de mi fuerza. ¡Ved si estoy complicado en algún crimen... (Un sordo murmullo recorre las filas de la Gironda) y si soy culpable, enviadme al tribunal revolucionario! Por fortuna, soy inocente.

—¡No se trata de eso! — le gritaron desde la derecha.

—Es preciso reunir a los departamentos, pero no irritarlos contra París — prosiguió Dantón—. ¿Cómo París, que ha quebrantado el cetro de hierro, violaría el arca santa de la representación que le está confiada? No, ¡París ama la revolución, París merece el abrazo de Francia entera! El pueblo francés se salvará a sí mismo, y, arrancada la máscara a los que, fingiendo patriotismo, sirven de antemural a los aristócratas, Francia se alzará y exterminará a los enemigos.

Esta amenazadora alusión a los girondinos en boca de Dantón, dejó entrever, en un porvenir más o menos remoto, un nuevo septiembre.

XXIX

Sin embargo, ni Dantón ni Robespierre conspiraban contra la vida de los adversarios que tenían en la Convención. El primero vacilaba en decidirse, y el otro observaba silencioso, como antes del 10 de agosto, los sucesos sin agitar ni contener al pueblo. Las sesiones de los jacobinos, casi desiertas desde que la lucha de los partidos se concentraba en la Convención, oían raras veces su voz.

Cuando, la víspera de la insurrección, considerábase ya segura la victoria, Robespierre prorrumpió en amenazas contra la comisión de los Doce, robusteciendo el propósito, hasta entonces indeciso, de las secciones.

Los agitadores del ayuntamiento reuniéronse adoptando el nombre de club central o de Unión republicana. Decidieron hacer intimaciones a la corporación municipal para que se insurreccionase, convocara a la fuerza armada y cerrase las barreras de París hasta que la Convención hiciera justicia al pueblo. Hanriot, nombrado comandante general en substitución de Santerre, les respondía de las bayonetas.

Era Hanriot persona procedente de la hez de la sociedad. Nació en las afueras de París y, dedicado en su juventud a todas las profesiones sospechosas, había sido sirviente poco escrupuloso, charlatán y espía de la policía, al que la revolución de 1792 le abrió las puertas de Bicetre donde estaba encerrado por algunos delitos, y de donde salió como salen las inmundicias de un albañal, para ensuciar o infectar la población. Audaz en la actitud, pero cobarde de corazón, estuvo en las filas de los insurgentes del 10 de agosto, saqueó después de la victoria y degolló en las cárceles, distinguiéndose por sus crímenes entre las turbas. Arrastró más bien que mandó el ejército de las secciones, disciplinadas por él para la anarquía.

XXX

La anarquía en que se agitaban las secciones, alcanzaba también al gobierno, de suerte que la comisión de los Doce no podía hacerse obedecer ni por la fuerza. La corporación municipal, verdadero gobierno de París, estaba en rebelión, unas veces abierta, y otras encubierta, contra la Convención. En cuanto a los ministros, atrincherábanse en el círculo de sus atribuciones administrativas, esclavos complacientes de los comités cuyas órdenes recibían. El ministro del Interior, Garat, era el único encargado de la vigilancia de París y de la seguridad de la Convención; pero, inútil en momentos de crisis, se acomodaba a los acontecimientos. Amigo de los giron-

dinos, pero aspirando también al favor eventual de Dantón, de Robespierre y de la Montaña, procuraba que sus palabras y sus actos se significaran por la templanza, y, dando esperanzas a los dos partidos, estaba siempre en disposición de sacrificar al más justo por el más feliz. A la cabeza de los partidos próximos a perecer hay siempre alguno de estos hombres funestos: armas de mal temple que se rompen en la mano del que quiere usarlas.

XXXI

En la sesión del 27, Pache respondió del orden público en la capital y de la seguridad de la Convención. A consecuencia de este informe, que consternó a los girondinos, pidió Marat la supresión de la comisión de los Doce por inútil, provocando a la insurrección.

—Y no sólo hago la guerra a la comisión de los Doce, porque, si la nación entera fuera testigo de vuestros complots liberticidas — dijo encarándose con Vergniaud y Guadet— os haría conducir al patíbulo.

Algunas diputaciones de las secciones habían reclamado que se pusiera en libertad a los presos, pidiendo con insolencia que los miembros de la comisión de los Doce fueran enviados al tribunal revolucionario.

—Ciudadanos — les respondió el presidente Isnard—, la Asamblea os perdona en atención a vuestra juventud.

La Montaña, irritada, levantóse al oír esto, y Robespierre se precipitó a la tribuna, pero los gritos de la mayoría ahogaron su voz.

—¡Sois un tirano! ¡un infame! — gritó Marat a Isnard.

—Quieren degollar individualmente a todos los patriotas — añadió Charlier.

—¡Los tiranos a la Abadía! — exclamaron por todas partes.

La Convención, dividida en dos campos, no hablaba ya más que por gestos, pareciendo que todos provocaban el desafío y la muerte de hombre a hombre y de partido a partido.

Vergniaud, dominando el tumulto, dijo:

—No más discursos, obras son lo que se necesita. Vamos a votar la convocación de las asambleas primarias, pues es el único remedio que nos queda en la situación en que nos encontramos. ¡Sólo Francia puede salvar a Francia!

Los girondinos se levantaron agrupándose y manifestando que se adherían a la desesperada proposición de Vergniaud. Legendre y los jóvenes montañeses, aceptando también el desafío, gritaron:

—¡La votación nominal!

El presidente se dispone a ello; pero, temiendo que la votación nominal diera la victoria a los girondinos, la Montaña y los patriotas prorrumpieron en imprecaciones contra Vergniaud.

—¡Levantemos la sesión! — gritaron los moderados.

Isnard se cubrió, y cesaron los clamores. Dantón, impasible al parecer hasta entonces, se dirigió a los girondinos, diciendo con voz tan atronadora que recordaba el estampido del cañón del 10 de agosto:

—Tanta impudencia comienza a cansarnos.

Estas palabras significativas, en boca del hombre de septiembre, fueron acogidas con aplausos por las tribunas. La Montaña pidió que se consignaran en el acta, no como la aclamación de un miembro aislado, sino como el pensamiento de todo el partido. Hasta Dantón lo reclamó y subió a la tribuna impulsado por su inquietud y por las manos de sus amigos. El silencio, que Robespierre no había podido obtener, se restableció al aspecto de Dantón. Aquél no era más que la palabra del pueblo, pero éste era el brazo levantado; todos estaban pendientes del golpe que iba a asestar.

—Declaro — dijo Dantón — a la Convención y a todo el pueblo francés, que si se insiste en tener aherrojados a ciudadanos cuyo único crimen es un exceso de patriotismo; que, si se niega el uso de la palabra a los que desean defenderlos, declaro, repito, que con sólo cien buenos ciudadanos que aquí haya, resistiremos.

—¡Sí, sí! — respondió la Montaña.

—¡Declaro—siguió diciendo Dantón— que la negación de la palabra a Robespierre es una cobarde tiranía! ¡La comisión de los Doce utiliza las armas que

habéis puesto en sus manos para atacar a los mejores ciudadanos! ¡El pueblo francés juzgará!

Cuando Dantón hubo concluído de hablar, subió Thuriot a la tribuna para censurar al presidente:

—El es — dijo — quien con sus respuestas incendiarias, intenta provocar la guerra civil en París; él es quien amenaza a la capital con la destrucción.

—Presidente — gritó Lanjuinais a Isnard—, no os humilléis respondiendo.

Ambas partes volvieron a pedir la votación nominal o el juicio del pueblo. Bazire se precipitó a las gradas de la escalera que conducen al sillón del presidente, siendo detenido por algunos girondinos que se apresuraron a defender a Isnard.

—Quiero arrancarle — dijo aquél — la declaración de la guerra civil escrita en su respuesta a los peticionarios.

—¡Y yo — agregó Bourdón de l'Oise—, si el presidente tiene la audacia de proclamar la guerra civil, lo asesinaré!

Dióse principio a la votación nominal; pero fué interrumpida por la aglomeración y el ruido del inmenso tropel de gente que acudió a los corredores de la Convención, impulsada por la gravedad de la medida.

—He querido salir y me ha sido imposible—declaró el diputado Lidón—, pues me han puesto la punta de un sable al pecho.

La Montaña acusó a los girondinos de haber congregado alrededor del salón a sus partidarios, e, interrogado el comandante Raffet, declaró que, habiendo marchado por orden de sus jefes, en el momento de estar restableciendo el orden, Marat, con una pistola en la mano, se adelantó hacia él y poniéndole el cañón en las sienes, le amenazó dispararle si no se retiraba.

—He apartado el arma y he cumplido mi deber — añadió el oficial.

Marat desmintió el hecho, y arreció el tumulto. Los aplausos de la Llanura vengaron al comandante Raffet de los ultrajes de Marat, y aquél fué admitido a los honores de la sesión. La opinión, indignada, se declaró en favor de los girondinos.

XXXII

La Asamblea encontrábase en uno de esos momentos de vacilación en que una sola palabra puede mover a los grandes auditorios a tomar las medidas más extremas. Garat, ministro del Interior, entró en el salón con Pache, y todas las miradas se fijaron en ellos. El primero hizo uso de la palabra para defender a las secciones y a los conspiradores.

Las apologías y justificaciones que en favor de éstos hizo Garat, irritaron a la derecha de la Convención, que le reconvino por discutir en vez de limitarse a dar cuenta. La Montaña se declaró a favor del ministro, y Legendre se arrojó sobre Guadet con el brazo levantado; pero los amigos de éste lo rodearon y defendieron. En la Llanura oyéronse voces de «al asesino», y el presidente suspendió, por tercera vez, la deliberación y se restableció el silencio.

Garat arreció en sus insinuaciones contra la comisión de los Doce.

—Aseguro a la Convención — dijo — que no le amenaza peligro alguno, pudiendo volver cada uno de vosotros tranquilamente a su casa. ¡Respondo de ello con mi cabeza!

Los girondinos, al oír las palabras del ministro que los entregaba a los enemigos, se consternaron, y Garat bajó de la tribuna entre los aplausos de la Montaña, yendo a sentarse en medio de la Gironda. Con su actitud de falsa generosidad, afectó Garat participar de los peligros de sus amigos en el momento en que los vendía.

—¡Espero — dijo Dantón, radiante de júbilo — que de esta gran lucha surgirá la verdad, como del rayo nace la serenidad del aire! Hay hombres — añadió con acento de desdeñosa amargura, mirando a Vergniaud y Guadet—, ¡hay hombres que no pueden despojarse del resentimiento! En cuanto a mí se refiere, la naturaleza me ha hecho impetuoso, pero exento de odio.

En apariencia ofreció a los girondinos permanecer neutral, pero éstos no aceptaron el ofrecimiento.

Pache, animado por el favor que las

tribunas dispensaban a Garat, desarrolló con más astucia las acusaciones contra la comisión de los Doce.

—¡Debo declarar — dijo concluyendo — que la comisión de los Doce ha dado orden a tres secciones adictas, la de la *Butte des Moulins*, la del Mediodía y la del 92, de que tengan dispuestos trescientos hombres armados!

XXXIII

Al oír esto, las tribunas prorrumpieron en un grito de indignación, y las diputaciones de las secciones agolpáronse, tumultuosas, a las puertas del salón. Pache pidió a la Convención que los oyera, y los girondinos quisieron levantar la sesión. Fonfrede bajó del sillón presidencial y Herault de Sechelles le reemplazó.

Agradable al pueblo de las tribunas por la gracia de su rostro y por su juventud, grato a la Montaña también por el exagerado republicanismo que afectaba, esclavo de toda popularidad por su ambición, Herault de Sechelles fué acogido en la presidencia por los aplausos de toda la sala. Su sola presencia era señal de una concesión. Muchos se retiraron por no presenciar los ultrajes que iban a inferirse a la representación nacional, y los montañeses se diseminaron por los bancos desiertos.

El orador, en nombre de veintiocho secciones de París, pidió nuevamente a la Convención que Hebert fuera puesto en libertad.

—Gemimos — dijo — bajo el yugo de un comité despótico, como antes gemíamos bajo el de un tirano. ¡Devolvednos los verdaderos patriotas! Libradnos de una comisión tiránica, y en esta misma sesión...

—¡Sí, sí! — exclamaron los miembros de la Montaña.

Herault de Sechelles, sin dejar al orador de las secciones que terminara la frase comenzada, contestó a los peticionarios:

—Ciudadanos, la fuerza de la razón y la del pueblo son una misma cosa. Contad con la energía nacional, cuya explosión advertís en todas partes. La resistencia a la opresión es tan sagrada en el corazón humano como el odio a los tiranos. ¡Representantes del pueblo, prometemos haceros justicia y cumpliremos nuestra promesa!

Las palabras del presidente, repetidas de boca en boca, desde el pie de la tribuna hasta los jardines y patios, anunciaron al pueblo su triunfo. En pocas horas la mayoría, personificada en los tres presidentes de la sesión, había variado tres veces a fuerza del impulso que el movimiento exterior comunicó al salón, manifestándose resuelta primero e implacable en Isnard, moderada luego y conciliadora en Fonfrede, cómplice, en fin, y sediciosa en Herault de Sechelles. Enardecidos por este resultado, otros oradores de las secciones arreciaron en audacia e invectivas contra los Doce.

—Los patriotas están aherrojados. Las escenas del 17 de julio van a reproducirse.

—La República está destruída.

—No en vano hemos jurado vivir libres o morir.

—El foco de la contrarrevolución está en vuestro seno. ¿Será éste otro palacio de las Tullerías?

—¡Diputados de la Montaña, no podéis acercaros a esta sala sin pasar sobre millares de cadáveres, sin pisar la sangre de los patriotas que han conquistado para vosotros este palacio! ¡Tenéis a vuestra disposición cien mil brazos armados!

—¡Os pedimos la libertad de Hebert, el proceso del infame Roland y la supresión de la comisión de los Doce!

—Cuando se violan los derechos del hombre — respondió Herault de Sechelles — es preciso decir: «¡la reparación o la muerte!»

Esta provocación a la insurrección lanzada por el presidente en nombre de la mayoría, fué como una orden. Lacroix convirtió en decretos las peticiones de las secciones, y la Convención las aprobó. Uniéronse los peticionarios a los diputados ocupando los huecos dejados por la Gironda y votaron con ellos. Púsose en libertad a Hebert, a Varlet y a sus cómplices, y quedó suprimida la comisión de los Doce.

La Convención levantó la sesión a media noche, retirándose el pueblo satisfecho a las voces de ¡viva la Montaña! y ¡mueran los veintidós!

LIBRO XLI

Complots.—Lanjuinais. —Dantón.—Hebert es llevado en triunfo.—Calamidades públicas.—Política de Vergniaud. —Divisiones.—El 31 de mayo.—Robespierre pronuncia el acta de acusación contra los girondinos.—Votos concedidos a los peticionarios.—La Convención.—El pueblo.—Los girondinos.

I

Pasó la noche entre agitaciones, terrores pánicos y conciliábulos. Mientras los girondinos, reunidos en casa de Valazé, acordaban los medios de recobrar la victoria que los montañeses habían obtenido por sorpresa, Marat, Hebert, Dobsent, Varlet, Vincent, Fournier *el Americano*, el español Guzmán, que era respecto a Marat lo que Saint-Just respecto a Robespierre, Hanriot y otros sesenta miembros de los más exaltados de las sesiones, congregáronse en un salón del Arzobispado cerrado al público, donde se lamentaron del resultado del triunfo que, sin proporcionarles despojos ni víctimas, dejaba a los enemigos la vida, la tribuna, la palabra, la prensa, partidarios en algunas secciones del centro de París y la ocasión de recobrar su ascendiente. ¿Qué les importaban a aquellos hombres ansiosos de sangre las infructuosas oscilaciones de la mayoría en la Convención, si ésta era todavía libre? Querían una Convención esclava, instrumento dócil de sus furores y que sólo conservara el nombre de la representación nacional para encubrir el avasallamiento de los departamentos. Todos aspiraban al papel de los Gracos, de Clodio, de Mario, de Sila y Catilina, creyéndose cada uno un político tanto más ilustre cuanto más siniestras eran las ejecucicnes que proyectaba.

Discutiéronse mil planes. Un joven, más depravado que ilustrado por las letras, Varlet, desconocido aún, expuso un proyecto de asesinatos individuales, inspirado ostensiblemente en los de septiembre. Varlet había preparado algunas cartas falsas para hacer creer que los girondinos habían sostenido correspondencia con el príncipe de Coburgo, documentos destinados a provocar la infamia y execración del pueblo contra los supuestos traidores a la patria. Por la noche debían ser presos uno a uno, y conducidos sin aparato a una casa aislada del arrabal de Saint-Jacques, donde se les asesinaría en secreto, sepultándolos luego en fosas abiertas de antemano en un jardín próximo para ocultar al público las causas de su desaparición. Al siguiente día, la publicación de la correspondencia falsa los entregaría a la execración general, se divulgaría el rumor de que se habían fugado a países extranjeros, y, cuando la verdad llegara a desmentir estas suposiciones, ya estaría la república salvada, la corporación municipal imperaría, y el pueblo quedaría agradecido a los vengadores.

Tal era el proyecto de Varlet, que a los ejecutores de septiembre pareció plausible; pero fué rechazado por Dobsent y hasta por Marat, no sólo por ser una superchería indigna del pueblo, sino también, y muy especialmente, por reducir las víctimas a muy escaso número. Al fin, se acordó encomendar al pueblo la purificación, designando las víctimas que necesitara para satisfacer su venganza. Los unos fijaban en treinta el número de personas que debían ser asesinadas, y los otros lo elevaban hasta ochenta, dejando a la casualidad el cuidado de designarlas. Los conjurados separáronse para comunicar a las secciones y arrabales el santo y seña, que, dado por Marat, era: «No más providencias a medias.» Se ha dicho que en la misma noche, otro comité superior de ejecución, compuesto por Robespierre, Dantón, Fabre, Pache y algunos otros miembros principales del ayuntamiento y de la Convención, habíase reunido en Charentón, en la casa en que se concertaron los movimientos del 20 de junio y 10 de agosto, y que allí los principales jefes de la Montaña habíanse entregado recíprocamente los enemigos, como Octavio, Antonio y Lépido; pero esto no ha llegado a probarse nunca.

II

Dantón, arrastrado a pesar suyo en la lucha, hubiera deseado que la victoria hubiera quedado reducida a la humillación de los girondinos, pues él no conspiraba contra la muerte de los rivales que

más admiraba y a quienes menos temía en la Convención, teniendo sobre ellos la ventaja de la popularidad, que consideraba suficiente.

—No — decía la víspera—, no merecen tanto encono esos buenos oradores, que son entusiastas y ligeros como la mujer que los inspira. ¿Por qué no confían la jefatura del partido a un hombre? Esa mujer los perderá, porque es la Circe de la República.

Dantón aludía a la señora Roland, que lo había humillado.

Robespierre, inquieto y perturbado a consecuencia del desquiciamiento de la Convención, encerróse la víspera de la crisis en el retiro más profundo, como quien teme tocar un acontecimiento, por no hacerlo desviar o abortar. Sólo pronunció algunas palabras impuestas por su afán de popularidad, dejando a Marat la tarea de soliviantar al pueblo y luchar con los girondinos, cuerpo a cuerpo, hasta derribarlos. ¿Obraba así Marat por venganza, ambición, vanidad, o por inquietud de su espíritu que no se permitía descansar nunca? De todo había en el carácter de Marat; pero su mayor placer consistía en estar en escena, y representar al pueblo luchando a muerte contra los supuestos enemigos.

III

Los girondinos, congregados en casa de Valazé, enteráronse casualmente de lo ocurrido en el comité. Un confederado bretón, partidario suyo, recién llegado a París, al pasar la noche del 27 delante del Arzobispado, observó que se apiñaban a la puerta algunos grupos y que sólo dejaban entrar al que mostraba al conserje cierta medalla de cobre. Impulsado el bretón por la curiosidad, sacó del bolsillo una moneda de cobre que confundió el conserje con la medalla, y consiguió entrar; pero, tan pronto como hubo empezado la deliberación, reconoció su imprudencia, pudiendo salvarse merced a la confusión y agitación de los ánimos. Salió sin que nadie reparase en él y corrió a dar aviso de lo que ocurría a un diputado de su departamento. Este lo condujo a casa de Valazé, quien le suplicó que volviera la noche siguiente al foco de la conjuración para que les refiriese lo que viera y oyera. Expúsose nuevamente el bretón, y su rostro, ya conocido, no inspiró, al parecer, sospechas a los conspiradores; pero al salir, para encaminarse a casa de Valazé, fué seguido, y al día siguiente apareció su cadáver flotando en las aguas del Sena. En el cuerpo del bretón, acribillado de heridas, encontróse la medalla de cobre con que había sorprendido a los conjurados.

IV

A pesar del decreto de la víspera, que la suprimía, la comisión de los Doce habíase reunido por la noche, para acordar las medidas de resistencia que los girondinos pensaban proponer al día siguiente a la Convención. Todos los miembros de este partido y los de la Llanura fueron muy temprano a la sesión, e Isnard ocupó la presidencia, decidido a recobrar el ascendiente sobre la mayoría o morir en su puesto. Las filas de la Montaña estaban desiertas y los diputados vencedores la víspera descansaban en el triunfo, no queriendo dejar traslucir el temor de que se frustrara su victoria. Lanjuinais pidió con osadía la palabra.

Lanjuinais no era girondino; no tenía la ambición de este partido; no había incurrido en sus errores; no estaba complicado en los sucesos del 20 de junio, ni en los del 10 de agosto, ni era responsable de la sentencia de Luis XVI. Nacido en Rennes, hijo de una honrada familia, dedicado al foro, abogado distinguido, filósofo cristiano, sus ideas revolucionarias podían exclusivamente considerarse como forma de su fe evangélica. La igualdad era uno de sus dogmas: «La nobleza — escribía en una de sus primeras obras — no es un mal necesario.» Se había ejercitado en las luchas parlamentarias, en los conflictos del tercer estado de Bretaña contra la aristocracia, el clero y el parlamento de Rennes. Este espíritu de oposición al antiguo orden de cosas habíale valido el nombramiento de diputado en los Estados generales. Había sido uno de los fundadores del *club bretón*, y tenía la austeridad de conciencia y obstinación de carácter que produce héroes en los partidos. Religioso como un bre-

tón, controversista como un parlamentario, más republicano por costumbres que por convicción, Lanjuinais era uno de esos hombres que por la pureza de alma y por la generosidad de corazón se consagran a las causas abandonadas cuando creen ver en ellas la justicia y la verdad. Tenía, además, un valor que se enardecía ante el tumulto de las asambleas y ante la sedición del pueblo, como el del soldado ante el humo de la pólvora. La opresión de los girondinos por el pueblo y la Montaña le había irritado la víspera, pues para tener a Lanjuinais en sus filas, bastaba a un partido ser oprimido.

Creyendo la Montaña que iba a protestar, se negó a oírlo, pero Lanjuinais exclamó:

—Tengo derecho a ser oído; voy a hablar acerca de la existencia del pretendido decreto de ayer. Sostengo que no ha habido decreto; y, si lo ha habido, pido que se revoque...

Los murmullos de la Montaña lo interrumpieron.

—Todo está perdido, ciudadanos—prosiguió Lanjuinais con el ademán de quien contempla la ruina de la nación—: ¡Todo está perdido! y os denuncio en el decreto de ayer una conspiración mil veces más atroz que las que se han fraguado hasta aquí. ¿Cómo, de tres meses a esta parte, han hecho vuestros comisionados más prisiones arbitrarias en los departamentos que en treinta años de despotismo? ¡Personas hay que predican hace seis meses la anarquía y el asesinato y quedarán impunes!

—Si Lanjuinais no se calla — gritó Legendre—, lo arrojaré de la tribuna y lo aplastaré.

—¡Consigue primero que se decrete que soy un buey! — replicó Lanjuinais (aludiendo al oficio de carnicero de Legendre).

—Pido — dijo Barbaroux — que se consignen en el acta las palabras de Legendre, para testimoniar la libertad de que gozamos.

—¡Has protegido a los aristócratas de tu departamento, eres un malvado! — gritaron contra Lanjuinais los miembros de la Montaña.

Levasseur declaró que la comisión de los Doce había sido instituída, no para prevenir, sino para fraguar un complot contrarrevolucionario, y cruzáronse entre los miembros de la Gironda y los de la Montaña las frases más violentas, negando unos y afirmando otros que se había acordado el decreto.

—Habláis — dijo Guadet — de legitimar un decreto acordado cuando los legisladores encarcelados en este recinto, después de la dispersión de la guardia, deliberan bajo la cuchilla, en medio de amenazas, ultrajes y violencias, y cuando muchos de nosotros, especialmente Pethión y Lasource, no pudimos abrirnos paso para llegar a nuestros puestos; ¡cuando, en fin, a algunos sediciosos los animaba el mismo presidente a doblegar la voluntad de la Convención ante la del pueblo amotinado!

Robespierre, con voz desmayada, pronunció algunas frases lamentando la tiranía de los Doce; pero el rumor de la Llanura impidió oírlo.

Al fin, acordóse revocar el decreto de la víspera que destituía a la comisión de los Doce, y el asombro que esta decisión produjo, petrificó a la Montaña.

—¡Es preciso poner un velo a la estatua de la libertad! — exclamó Collot-d'Herbois.

Dantón, que se esforzaba, aunque inútilmente, por evitar la ruptura definitiva de la representación, se levantó para proponer el último medio de conciliación a los girondinos vencedores.

—Vuestro decreto de ayer — dijo a la Convención — fué un acto de justicia y me complazco en creer que antes de que termine la sesión volveréis a acordarlo; pero, si la comisión de los Doce recobra el poder que pretendía ejercer sobre los miembros de la Asamblea; si el hilo de la conjuración no se hubiera roto; si los magistrados del pueblo no fueran reintegrados en sus funciones, después de haber demostrado que sobrepujamos a nuestros enemigos en prudencia, les demostraríamos también que les superamos en audacia y vigor revolucionarios.

Los miembros de la Montaña se asociaron con las voces y los ademanes a la declaración de Dantón.

—Y nosotros — replicaron los girondinos — pedimos venganza a los departa-

mentos y no al pueblo de las tribunas.

Marat intentó hablar; pero la Llanura se lo impidió gritando al unísono: «¡Fuera Marat!

Rabaut-Saint-Etienne, relator de la comisión, quiso leer por último el informe de los Doce, pero se negaron obstinadamente a oírle, y él invocó la prioridad del informe.

—La prioridad la tiene el cañonazo de alarma — respondió la Montaña, y las tribunas ahogaron con el estrépito la voz de los girondinos.

—La contrarrevolución está aquí — gritó Thuriot.

—Ya no somos libres, vamos a nuestros departamentos — exclamó Chambón.

Los montañeses pidieron, de acuerdo con las insinuaciones de Dantón, la libertad de Hebert, y la Llanura, en virtud de una proposición de Fonfrede, se apresuró a acordarla.

Algunos peticionarios reclutados e inspirados por los girondinos solicitaron ser oídos.

—Ya es tiempo — dijeron — de que esta lucha termine. Es tiempo ya de que los malvados, ocultos bajo la capa del patriotismo, desaparezcan; ya es tiempo de que la minoría turbulenta se someta al orden. Pronunciad una palabra e inmediatamente os veréis rodeados de defensores dignos de la causa que os está confiada. ¡En una parte estarán los buenos ciudadanos y en la otra un puñado de forajidos!

Interrumpidos por el mugido de la Montaña y de las tribunas, los peticionarios recibieron las felicitaciones de Isnard y los honores de la sesión.

—¿Seríais capaces — dijo Dantón — de ordenar la impresión de ese manifiesto? El pueblo francés está dispuesto a volver las armas contra los enemigos. Cuando quiera, aniquilará en sólo un día a los que tengan la estupidez de creer que hay distinción entre el pueblo y los ciudadanos. Tened presente que, si se vanaglorían de obtener aquí mayoría contra vosotros, vosotros la tenéis mucho más considerable en la República y en París.

—Sí, sí — respondieron las tribunas.

—¡Ya es tiempo — prosiguió Dantón — de que el pueblo abandone su actitud defensiva! ¡Ya es tiempo de que ataque a los partidarios del moderantismo! ¡Ya es tiempo de que prosigamos con arrogancia la carrera que hemos emprendido! ¡Ya es tiempo de asegurar los destinos de Francia! ¡Tiempo es ya de coligarnos contra las maquinaciones de los que pretenden destruír la República! En cierta ocasión tuvimos energía y vencimos. París no perecerá, no. ¡A los brillantes destinos de la República irán unidos los de esta ciudad famosa que los tiranos deseaban aniquilar! París será siempre el terror de los enemigos de la libertad, y sus secciones en los grandes días, cuando el pueblo se reúna en masa, harán desaparecer a los miserables fuldenses, a los cobardes moderados cuyo triunfo sólo es momentáneo.

Esta elocuente peroración de Dantón, acogida con aclamaciones unánimes, puso término a la sesión, dejando indeciso el éxito de la jornada.

—¿Qué me importan vuestras quejas? — dijo Dantón, saliendo de las Tullerías, a los grupos que lo rodeaban—. No veo más que los enemigos; ¡marchemos juntos contra los enemigos de la patria!

V

Por la noche, Hebert fué llevado en triunfo desde la cárcel a la casa consistorial, donde Chaumette le puso una corona de laurel. Se pidió que, para que se le castigara por la prisión de Hebert, la comisión de los Doce fuera citada ante el tribunal revolucionario. Hebert, quitándose la corona de la frente, la depositó en el busto de Rousseau, el primer apóstol de la libertad. Los artífices de la Revolución, rendían culto al autor del *Contrato Social*, que tantas veces habría dejado de reconocerlos por discípulos. La sesión del día siguiente en la Convención fué tranquila; calma aparente que con frecuencia precede a las tempestades, así en los movimientos populares como en los fenómenos atmosféricos.

La sesión del club de los jacobinos del 30 fué el preludio de la tempestad que se desencadenó al día siguiente. Mientras el comité insurreccional del arzobispado concertaba el movimiento, Legen-

dre y Robespierre en el club de los jacobinos, y Marat y Dantón en el de los franciscanos soliviantaban la opinión.

—¡No soy capaz—dijo Robespierre—de indicar al pueblo los medios de salvarse, porque esto no debe ser obra de un solo hombre, y yo no lo puedo hacer, porque, además, estoy fatigado por cuatro años de revolución y por el espectáculo desgarrador del triunfo de la tiranía! ¡No me es dado a mí indicar esas medidas, a mí que estoy consumido por una fiebre lenta y especialmente por la fiebre del patriotismo!

Esta aparente resignación del patriotismo impotente era una hábil provocación a la energía desesperada del pueblo.

—¡No, no — le respondió uno de los más exaltados jacobinos—; nunca creerá la posteridad que veinticinco millones de hombres han podido ser subyugados por un puñado de intrigantes, a no ser que vea en nosotros veinticinco millones de cobardes! ¡Es preciso que mañana se estremezca el bronce, que el cañón retumbe y que todos los que no combatan al enemigo común, sean declarados traidores a la patria! El bronce alentará con su estampido a los cobardes, que se unirán a nosotros para exterminar a los enemigos.

VI

Las medidas insurreccionales del comité central del Arzobispado cundían por todo París. El consejo municipal, reunido en sesión permanente en la casa del ayuntamiento, hablaba ya como dueño, amenazando a la Convención. Las secciones, tumultuosamente reunidas, agitábanse en deliberaciones contradictorias, conforme la ausencia o presencia de algunos individuos daba o quitaba la mayoría a uno u otro de los partidos. Las noticias que sucesivamente llegaban de la Vendée y de las fronteras del Mediodía, infundían terror al pueblo, disponiéndolo a adoptar un partido desesperado. Los desastres del ejército de los Pirineos; la retirada, semejante a una derrota, del ejército del Norte; las plazas de Valenciennes y Cambrai bloqueadas sin ser socorridas y prolongando la resistencia hasta un extremo casi increíble; las tropas republicanas derrotadas en Fontenay por las fuerzas realistas de Lescure; Marsella en revolución; Burdeos exasperada; Lyón lanzando las primeras chispas de la insurrección que se encerraba en sus muros; todas las calamidades cayendo sobre la República, desgarrada entonces en la Convención, soliviantaban los ánimos contra las personas, débiles o malintencionadas que gobernaban tan desgraciadamente la patria.

No sabiendo el pueblo a quién echar la culpa, atribuía a los girondinos todas las calamidades, y éstos, para resistir al torrente de impopularidad, no tenían más que la fuerza abstracta de la ley. Las bayonetas y picas de la guardia nacional estaban a merced de la versatilidad de las sesiones. Entre oradores intrépidos, por una parte, que apelaban a los departamentos, muy apartados para oírlos; y, por otra, todo el pueblo armado, sublevado por motores ocultos y dirigido por los jacobinos, el triunfo no podía ser dudoso. Confiados al principio los girondinos en la legalidad de su causa y en el favor que les dispensaba la clase mejor acomodada de París, comenzaban a presentir la ruina, disponiéndose a ella como mártires. Sin embargo, todavía les halagaba la esperanza de recobrar la fortuna en los últimos momentos, y hacían que los departamentos lanzasen manifiesto tras manifiesto, poniendo sus vidas bajo la responsabilidad de París. Creían que, si los moderados de la Convención eran demasiado tímidos para atreverse a arrostrar el poder de la corporación municipal y destruir la anarquía, tenían, sin embargo, el suficiente apego a su seguridad para no abandonarse a sí propios, entregando las cabezas de veintidós de sus colegas al ostracismo o al patíbulo. No podían creer que los hombres honrados de las secciones emplearan contra la representación nacional las bayonetas que llevaban para defenderla.

Semejante violación parecíales tan monstruosa, que la consideraban como imposible; y la venganza de los departamentos era para ellos tan segura e inminente, que prometían intimidar con ella a los asesinos. Unidos en idea y peligros con los numerosos miembros de la Llanura, que se sentaban entre ellos y la

Montaña, contaban con secreta seguridad con los trescientos votos que en las ocasiones decisivas les habían proporcionado la victoria, y confiaban en el derecho, en la sensatez, en el interés bien comprendido, y en el valor de las asambleas, olvidando la envidia, el temor, la facilidad en dejarse arrastrar, los pretextos con que los débiles excusan su cobardía ante el peligro que creen conjurar entregando víctimas. Exponían estas ideas en las diferentes reuniones nocturnas que celebraban Buzot, Louvet, Barbaroux, Petión, Isnard, Rebecqui, que subían, uno a uno, esquivando las miradas del pueblo, por la escalera de la casa de Roland, casi oculta en el fondo de un patio de la calle de La Harpe. Allí vituperaban aquellos intrépidos jóvenes la lentitud y vacilación de la comisión de los Doce, que, a su juicio, habría debido precaver los ataques de la tribuna, arrastrar y comprometer a la Convención desde la primera noche a entregar a Marat, Pache, Dantón y Robespierre al tribunal revolucionario o llamar las fuerzas de los departamentos a París, reorganizar las secciones y cerrar los clubs, foco de la anarquía, del crimen y del terror.

Roland, humillado y aspirando a alcanzar la gloria de asegurar la República, desplegaba el sombrío vigor de palabras que nada cuesta a los brazos desarmados. Su esposa, estimulada a la vez por el interés apasionado que le inspiraban sus amigos y por el temple varonil de su carácter, alentaba y desanimaba alternativamente aquellas conferencias. Buzot la adoraba como imagen y voz de la patria; y Barbaroux la escuchaba con respeto y entusiasmo, estando dispuestos a morir; pero combatiendo.

VII

Vergniaud, Condorcet, Sieyés, Fonfrede, Ducós, Guadet y Gensonné reuníanse con más frecuencia en la calle de San Lázaro o en Clichy, unas veces en casa de una mujer enamorada de uno de ellos y otras en la del joven Fonfrede. Eran los políticos del partido. Sieyés les aconsejaba actos de energía, cuya responsabilidad no quería arrostrar él solo. Condorcet se irritaba al ver el fracaso de sus teorías ideales y se disponía a morir antes que abandonarlas. Fonfrede y Ducós, montañeses en cuanto a las ideas, pertenecían a las filas de los girondinos por el odio a Robespierre, y mucho más todavía por los lazos de amistad, más poderosos que los de opinión entre hombres de valor que se han jurado fidelidad. Ducós y Fonfrede inclinábanse a no reconocer la comisión de los Doce, cuyas imprudencias provocadoras habían censurado.

Guadet, lleno de ardor, de elocuencia y de intrepidez, arrastrado por el torrente de su entusiasmo y confiando en el poder de sus arranques sobre la Convención, no aceptaba otro plan que lo imprevisto, ni más táctica que la improvisación, ni otras armas que la palabra, encontrándose tan dispuesto a vencer como a morir con tal que fuera en un movimiento brillante de la tribuna.

Gensonné, más reflexivo y ejercitado en las medidas de gobierno, quería pedir a las bayonetas de las secciones la protección y el triunfo para la Constitución que no podía obtener ya en las oscilaciones de una vacilante mayoría.

Vergniaud, fuerza, gloria y última popularidad de su partido, veíase solicitado por todos para que tomase la dirección suprema de la lucha, y preparase las ideas, los sentimientos y las palabras, únicos medios con que podían contrarrestar la grandeza del peligro; deseaban que subiera a la tribuna, que desahogara su alma indignada ante la patria, abrumase la conspiración bajo el peso de la ley, y devolviera a los buenos ciudadanos el ánimo que con el silencio dejaba extinguir en todos los corazones.

Vergniaud escuchaba irresoluto y en silencio las interpelaciones de sus amigos, pues, demasiado previsor para dejar de comprender el peligro, y demasiado valiente para temer a la muerte, era también demasiado político y muy profundamente versado en la historia para que los diferentes planes que le proponían lo ilusionasen. Repugnaba a Vergniaud arrostrar la responsabilidad de la derrota y la ruina del partido, que ya le parecía consumada. Mirando en torno suyo, no veía ninguna fuerza real en que la República, como él la había concebi-

do, pudiera apoyarse para resistir a la anarquía. Su vista perspicaz no veía más que abismos donde los otros creían ver recursos. Su genio lo desalentaba porque sólo servía para hacerle apreciar mejor lo imposible. ¡Qué situación tan horrible para un talento superior! En las crisis desesperadas, los límites de la inteligencia son una felicidad para las medianías, pues, sin privarles de su fogosidad, les dejan la ilusión; pero Vergniaud carecía ya de una y otra, y sólo conservaba la impasibilidad estoica que no necesita incentivos ni ilusiones, que ve aproximarse sin palidecer el momento supremo, y que, al combatir sin esperanza, acepta la derrota como los hombres aceptan el martirio con toda la sangre fría y todo el heroísmo de la voluntad.

VIII

Pocas veces habíase dejado arrastrar Vergniaud por los extravíos de su partido. Con la vista fija en Europa, conocía este gran orador, tan profundamente como Dantón, la necesidad de robustecer la unidad de la república para resistir al desmembramiento de la patria, lastimándole el federalismo desesperado de Barbaroux, Louvet y la señora Roland. Nunca se había servido del federalismo en los discursos sino como de argumento desesperado propio para hacer estremecer a la anarquía, comprendiendo que los enemigos más encarnizados de Francia no podían concebir cosa más funesta que aquel desmembramiento voluntario, proyectado por algunos insensatos. Lo que temía para la patria en la lucha empeñada contra la corporación municipal, no era tanto la proscripción y la muerte de sus amigos y la suya propia, como la insurrección y dislocación de los departamentos que debía sobrevenir al desquiciamiento de la representación. El patriotismo ahogaba el espíritu de partido en el alma de Vergniaud y su palabra era tan fogosa porque se templaba en el fuego de este sincero patriotismo.

En esta perplejidad de ánimo, Vergniaud, como todo el que se encuentra ante lo imposible, no pedía al destino, a los amigos ni a los enemigos más que tiempo, al que se había sacrificado aceptando la República al día siguiente al 10 de agosto, cuando la víspera creía aún en la necesidad transitoria de una monarquía constitucional y también cuando, contra su conciencia, votó la muerte de Luis XVI. Estas dos concesiones habían contenido el peligro, pero del mismo modo que el dique contiene las aguas, acumulando y agravando su peso. Vergniaud deseaba contrarrestarlo todavía y, cediendo el gobierno a la Montaña, disputar la anarquía al pueblo, y evitar la ruptura de París con los departamentos. Sin ambición y sin vanidad, nada le costaba entregar el poder, considerándose superior por la naturaleza a los que lo dominasen por la política. Su poder era su genio y no podían arrebatárselo. Cediendo el poder no creía ceder nada, ni aun la gloria, porque la gloria del sacrificio era, a su juicio, mayor que la dominación.

IX

Vergniaud era, pues, partidario de las medidas de transacción, y Dantón, que tenía las mismas miras, mantenía de buena fe estas disposiciones conciliadoras de Vergniaud por medio de amigos comunes. Robespierre y Pache, seguros ya de la victoria, dedicábanse a dar a la insurrección el carácter de una demostración irresistible de la voluntad del pueblo, deseando imponerse a la Convención, pero no destrozarla. Nada de sangre, nada de víctimas, tal era la nueva contraseña que Pache y sus partidarios hacían circular.

Suprimir la comisión de los Doce; expulsar a veintidós miembros de la Convención; dar la mayoría a la Montaña; entregar el gobierno revolucionario al ayuntamiento de París; establecer un terror legal bajo el amparo de una representación nacional intimidada y avasallada; a esto se reducían los resultados de la jornada preparada por los conspiradores. La violencia material, el derramamiento de sangre y las cabezas que se entregaran al pueblo, habrían dado a los departamentos demasiados pretextos de insurrección y demasiados motivos de venganza; y la extraordinaria fermentación del Mediodía, la guerra del Oeste, las

agitaciones de Lyón y el rompimiento de la Convención inspiraban temores y podían ser la señal del repentino desquiciamiento de Francia. Era preciso encubrir la tiranía con la máscara de moderación y respeto a los departamentos; era menester ocultar hasta a los ciudadanos armados de las secciones el carácter del atentado que iban a impulsarles a cometer. Robespierre, Dantón, Pache, y hastas Marat convinieron al fin en estas ideas de prudencia. Hanriot recibió la orden de disciplinar la insurrección y confundir de tal manera las órdenes de la Convención y las del municipio, que la rebelión tuviera carácter de legalidad y que las fuerzas dirigidas a las Tullerías no pudieran saber si iban a libertar o a oprimir a la Convención. Este carácter hipócrita y equívoco de las jornadas del 31 de mayo y 2 de junio debióse todo al genio artificioso de Pache, que inspiró al ayuntamiento, sosteniendo mejor que lo había hecho Pethión el 10 de agosto, el doble papel de provocador y moderador del movimiento.

X

Estas medidas, conocidas por los girondinos, les hicieron creer que la sesión del 31 se limitaría a una violenta lucha de mayoría, en la que el pueblo no tomaría parte más que con su curiosidad y sus gritos en favor de la Montaña, pero que la menor concesión la apaciguaría, como había ocurrido en los días precedentes. Las noticias que les daban eran distintas, según los barrios y clubs de donde las recibían.

La sesión del 30, breve y sin discusión, no fué notable más que por haberse presentado una diputación de veintisiete secciones de París pidiendo la destitución de la comisión de los Doce y la prisión de sus miembros. Un joven patriota, exaltado por la edad y las circunstancias, orador de la diputación, intimó con violentas palabras la voluntad del pueblo, diciendo:

—No pronunciaré un largo discurso. Los espartanos se expresaban con pocas palabras, pero sabían morir. ¡Nosotros, los parisienses, colocados en las Termópilas de la República, sabremos morir también y tendremos quien nos vengue!

La Convención, poco numerosa y cuyos asientos del centro estaban desocupados, acordó que se imprimiera esta petición. Esta resignación iba acostumbrando, hora por hora, a la corporación municipal a ser audaz, y a la representación nacional a ser paciente.

Por la noche, el consejo general de la corporación municipal reunióse para convertirse en centro activo de la insurrección, quedando París dividido desde entonces en dos campos: uno que abrazaba las Tullerías, el Carrousel, el Palacio Real, todos los barrios ricos o comerciantes de la ciudad, cuyos batallones compuestos por ciudadanos amigos del orden, eran partidarios de los girondinos; y otro que, extendiéndose desde el palacio del ayuntamiento hasta el extremo de los dos grandes arrabales de San Marcelo y de San Antonio, era adicto a los jacobinos. Todas las grandes jornadas se habían desarrollado en aquella parte populosa de la capital. Podían clasificarse geográficamente las opiniones del pueblo. Desde los Campos Elíseos a la altura del Puente Nuevo, se extendía la ciudad constitucional; desde el Este a la Bastilla, la revolucionaria. Las Tullerías eran el centro de la primera y la casa municipal el de la otra. Eran dos pueblos y a veces dos ejércitos; el uno deseando siempre avanzar, aunque fuera en la anarquía, el otro detenerse, aunque fuera en lo provisional y en lo inconsecuente. La indigencia, inquieta, sediciosa, pero desinteresada por naturaleza, es el arma ofensiva de las revoluciones, así como la riqueza, egoísta y estacional, es el arma defensiva de las instituciones. La opinión de la generalidad de los hombres puede apreciarse por el término medio de su fortuna. El pueblo es el ejército de las ideas nuevas; los ricos constituyen el de los gobiernos. Al uno lo recluta la esperanza, a los otros los congrega el miedo. Tales eran los dos París que estaban frente a frente; el uno sublevado por los montañeses, el otro temblando con los moderados.

XI

Pache, Chaumette, Hebert, Sergent y Panís fingieron conservar durante aquella noche en los actos y las palabras en la corporación municipal, las apariencias de legalidad. Sabiendo Pache que el club del Arzobispado tomaba resoluciones extremas, presentóse en él y aconsejó a los sediciosos que se moderasen y esperaran. Volvió al consejo a anunciar que sus recomendaciones habían sido impotentes contra la cólera del pueblo, y que el comité acababa de declararse en insurrección y de mandar que se cerraran las barreras y prendieran a los sospechosos. No bien hubo acabado Pache de hablar, cuando oyóse el toque de rebato en las torres de la catedral. Eran las tres de la mañana. Aquellos sonidos siniestros, propagándose rápidamente de campanario en campanario, despertaron a los ciudadanos de París, enardeciendo a unos y aterrorizando a otros. Desde el 14 de julio el rebato había sido el paso de carga de las grandes sediciones populares. En medio de aquel tumulto que aquel ruido provocó en la casa consistorial y en la plaza de la Greve, un joven llamado Dobsent, orador del comité del Arzobispado, entró en el salón del ayuntamiento a la cabeza de una diputación de la mayoría de las secciones, y declaró, en nombre del pueblo soberano, representado por las secciones, que, considerándose herido en sus derechos, acababa de adoptar medidas extremas para salvarse a sí mismo, y que la corporación municipal y demás autoridades departamentales quedaban destituídas. Al oír esto Chaumette, intimó a sus colegas que abdicaran su poder en el pueblo. Todos los miembros se levantaron, dimitieron sus cargos, juraron no separarse de la nación, y se retiraron vitoreando a la República. Dobsent nombró inmediatamente un nuevo consejo, compuesto en su mayoría por los antiguos miembros, y confirmando en sus funciones en nombre de la insurrección a Pache, Chaumette y Hebert. El Consejo, sin embargo, substituyó su título por otro más significativo, declarándose Consejo general revolucionario del municipio de París. Ordenó a Hanriot que mandara disparar cañonazos de alarma, tocar a rebato en la casa consistorial y enviar refuerzos a las guardias de las cárceles para evitar la evasión o matanza de los presos. Los gendarmes y guardias nacionales del puesto de la plaza de la Greve desfilaron de nuevo, prestando juramento al poder insurreccional. De cuarto en cuarto de hora, fueron a adherirse al movimiento y fraternizar con la insurrección repetidas diputaciones de las secciones y batallones.

Amaneció el día encontrando de pie a la ciudad entera. El alcalde Pache, dictador de una noche, encaminóse a la Convención a dar cuenta de la situación de París, acompañado por algunos miembros del Consejo para interponerse, en caso de necesidad, entre el puñal y el alcalde. Hasta el Carrousel siguiólos una muchedumbre inmensa, que les sirvió de escolta popular. Hanriot, a caballo, recorrió las secciones, hizo marchar a los batallones y formó las tropas en derredor de las Tullerías, en el Puente Nuevo y en el Carrousel. Hanriot asoció, como Pache, a la insurrección la fuerza pública, destinada aparentemente a fomentarla y a contenerla al mismo tiempo. Para impresionar al pueblo e intimidar a las secciones próximas a las Tullerías, hizo trasladar al Carrousel, frente a la puerta de la Convención, las hornillas de hierro en que los artilleros enrojecían las balas, como si la tiranía y los suizos estuvieran aún atrincherados en aquel palacio. De minuto en minuto sonaba el cañonazo de alarma en el Puente Nuevo. Los batallones, que ignoraban si habían ido a sitiar o defender la Convención, ocupaban los puestos que se les asignaron, acostumbrados ya a seguir, más que a reprimir, los caprichos de la multitud.

XII

Tal era el aspecto de París al amanecer del día 31 de mayo. El cielo estaba nuboso; y el viento glacial irritaba los nervios, predisponiéndolo a la cólera. Los guardias nacionales tiritaban bajo el armamento. El insomnio, el frío, el toque

de rebato, el estampido de los cañonazos de alarma, la impaciencia del éxito, la duda, el asombro y la incertidumbre daban a los rostros el aspecto atónito y siniestro que se advierte en el vulgo, la víspera o el día siguiente de los grandes atentados.

XIII

Los diputados amenazados, temiendo las emboscadas, no habían pernoctado en sus casas, y sólo Vergniaud, impasible y resignado a la fatalidad, había rehusado obstinadamente adoptar ninguna precaución.

—¿Qué me importa la vida? — respondió la víspera, al salir de casa de Valazé—. Mi sangre sería quizá más elocuente que mis palabras para despertar y salvar a la patria. ¡Viértanla en hora buena si ha de ser beneficiosa!

Los demás habían descansado algunas horas en las casas de sus amigos. Buzot, Barbaroux, Louvet, Bergoing, Rabaut Saint-Etienne y Guadet encontrábanse juntos en la casa de un barrio extraviado. Tres camas, algunas sillas, armas seguras, puertas atrancadas y la resolución de no morir sin vengarse les habían permitido disfrutar de algunos momentos de sueño. A las tres de la mañana los cañonazos de alarma y el toque de rebato los despertaron.

—*¡Illa suprema dies!* — exclamó Rabaut Saint-Etienne, prestando oído al estruendo.

Rabaut, como hombre piadoso, arrodillóse al pie del lecho en que acababa de dormir libre por la última vez, e invocó en alta voz la misericordia divina. El escéptico Louvet y el joven Barbaroux, refirieron después que la oración de Rabaut, antiguo ministro del Evangelio, les había conmovido profundamente. Hay momentos en que el pensamiento de Dios impulsa a los hombres a confiarse a Él ardorosamente al advertir la impotencia humana. Rabaut se levantó sereno y fortalecido. Sus amigos y él salieron a las seis a la calle, llevando pistolas y puñales ocultos entre la ropa, y llegaron sin haber sido conocidos a la Convención.

El salón estaba aún vacío. Sólo Dantón, impulsado por los acaecimientos de la noche e impaciente por los del día, encontrábase paseando con manifiesta ansiedad. Estaba hablando con dos miembros de la Montaña, y al ver entrar a los girondinos, a quienes consideraba como víctimas, hizo un gesto de sentimiento, contrayendo sus labios un movimiento convulsivo de compasión. Louvet lo tomó por una sonrisa de gozo.

—¿Ves — dijo a Guadet — qué horrible esperanza brilla en el rostro espantoso de ese hombre?

—Sin duda — contestó Guadet, en voz bastante perceptible para que pudiera oírle Dantón—, ¡hoy es cuando Clodio destierra a Cicerón!

XIV

Mientras el salón se iba ocupando y los grupos de diputados se interrogaban mutuamente acerca de los acaecimientos de la noche, la sección armada de la *Buttes des Moulins*, sostenida por otras cinco inmediatas del centro de París, sabiendo que el arrabal de San Antonio se había puesto en marcha para desarmarlas, se atrincheró en el jardín del Palacio Real y cargó los cañones con metralla, ofreciendo este último punto de apoyo a los moderados de la Convención contra la opresión de la corporación municipal. Llegados los cuarenta mil federados a la altura de las verjas del Palacio Real, intentaron forzar las puertas del jardín; las secciones del centro se dispusieron a defenderlas; la sangre iba a correr; se parlamentó. Los confederados se contentaron con pedir que se permitiera entrar en el jardín a las diputaciones de sus batallones, para convencerse de si era cierto que los seccionarios del Palacio Real llevaban la escarapela blanca. Las diputaciones reconocieron lo absurdo de la calumnia y estrecharon las manos a sus hermanos de armas. Este episodio calmó la cólera del pueblo y mantuvo a los batallones de ambos partidos en pasiva inmovilidad.

La sesión de la Convención empezó a las seis. El ministro del Interior, Garat, y Pache después que él, dieron cuenta de la agitación de París, atribuyéndola a la

reintegración en sus funciones de la comisión de los Doce.

Valazé, impaciente por decidir la jornada, subió a la tribuna, y Vergniaud, temiendo el arrojo de sus amigos, hizo un ademán de disgusto.

—Desde que se levantó la sesión de ayer — dijo Valazé — se está oyendo el rebato y la generala. Pero, ¿por orden de quién? ¡Atreveos a mirar a los culpables! Hanriot, comandante provisional, ha enviado al Puente Nuevo la orden de disparar los cañonazos de alarma. Es una prevaricación manifiesta, castigada con la pena de muerte. (Estas palabras sublevaron a las tribunas.) Si el tumulto prosigue — continuó Valazé con intrepidez — haré respetar mi carácter. ¡Soy aquí el representante de veinticinco millones de hombres! Pido que se mande a Hanriot comparecer a la barra y que se le arreste. Pido que la comisión de los Doce, tan calumniada, sea llamada para que nos comunique las noticias que haya recogido.

—Propongo — dijo Thuriot, que sucedió a Valazé en el uso de la palabra — que dicha comisión sea, por lo contrario, abolida inmediatamente, sellados sus papeles, y examinadas sus actas por el comité de salvación pública.

El toque de rebato interrumpió a Thuriot, y de todas partes salieron gritos, unos a favor de las proposiciones de Valazé, y otros favorables a las de Thuriot; pero el cañonazo de alarma lo dominó todo. Vergniaud hizo a la tribuna una señal para que se tranquilizaran, y se restableció el silencio.

—Estoy tan persuadido de las verdades que os han dicho acerca de las funestas consecuencias del combate que parece prepararse en París; estoy tan convencido de que este combate comprometería eminentemente la libertad de la República, que, en mi opinión, el que desee verlo empeñado es cómplice de nuestros enemigos exteriores, sea cualquiera el éxito. ¿Os pintan a la comisión como el azote de Francia cuando estáis oyendo los cañonazos de alarma? ¿Se pide que sea abolida por cometer actos arbitrarios? No hay duda que si esto es cierto debe ser abolida; pero debemos oírla y no es éste el momento de hacerlo, porque su informe irritaría necesariamente las pasiones, lo cual es preciso evitar en días de agitación pública. Lo más necesario es que la Convención demuestre a Francia que es libre, y para demostrarlo no debe hoy abolir la comisión, y pido que se aplace resolver acerca de este particular hasta mañana. Entre tanto, sepamos quién ha mandado disparar el cañonazo de alarma y hagamos comparecer en la barra al comandante general.

Lanzáronse gritos unánimes de aprobación, sancionando el aplazamiento propuesto por Vergniaud y que no salvaba la libertad ni el honor, pero sí la actitud de la Convención; apaciguaba al pueblo prometiéndole la victoria; satisfacía a la Montaña excusándole la odiosidad de la violencia; salvaba las cabezas de los girondinos prometiendo su abdicación; era una vana protesta de respeto a la ley; y convenía a todos y especialmente a los débiles. Los girondinos consideráronse a la vez perdidos y salvados. Los que pensaban en la vida lo aplaudieron; pero los que atendían sólo al honor, quedaron mudos y consternados.

XV

Dantón, deseando arrancar a la Asamblea una victoria cedida ya a medias por Vergniaud, exclamó con voz estentórea:

—¡Justicia ante todo! La comisión ha provocado la indignación del pueblo; recordad mi discurso contra ella, aquel discurso en extremo moderado. Un hombre apacible e imparcial, el ministro del Interior, os ha aconsejado que pusierais en libertad a las víctimas de esa comisión que habéis creado, en beneficio vuestro. Examinad sus actos. Si es culpable, haced un terrible escarmiento que amedrente a los que no respetan al pueblo, aun en su exageración revolucionaria. El cañón ha retumbado; pero si París ha querido dar una gran señal para provocar las representaciones que os trae; si París, por convocación demasiado solemne y estrepitosa no se ha propuesto más que avisar a todos los ciudadanos para que vinieran a pediros justicia, ¡París ha merecido bien de la patria! Lejos de vi-

tuperar esta explosión, utilizadla en provecho de la causa pública, aboliendo la comisión.

Los unos murmuraron, los otros aplaudieron. Dantón, lanzando una mirada desdeñosa a la Llanura, que se agitaba a sus pies, repuso:

—No me dirijo más que a los que tienen algún talento político, y no a los estúpidos que sólo saben hacer hablar a sus pasiones. Digo a los primeros: Considerad la grandeza de vuestro fin que es el de salvar al pueblo de los enemigos, de los aristócratas y de su propia cólera. La comisión ha estado bastante desprovista de sentido para adoptar resoluciones temerarias y notificarlas al alcalde de París, y pido que se procese a sus miembros. ¿Decís que los creéis inocentes? Yo, por lo contrario, creo que han utilizado su cargo para dar satisfacción a sus rencores. Es preciso aclarar este caos y hacer justicia al pueblo.

—¿Qué pueblo? — preguntó la Llanura.

—¡Qué pueblo!—prosiguió Dantón—. Ese pueblo inmenso — y, al decir esto, señaló con la mano las innumerables cabezas que se asomaban en lo alto de las tribunas públicas—. Ese pueblo que es la centinela avanzada de la República; todos los departamentos abominan la tiranía y todos se adherirán a este gran movimiento que ha de exterminar a los enemigos de la libertad. Seré el primero en hacer justicia a los valientes que han lanzado el toque de rebato y hecho tronar el cañón de alarma...

Los aplausos de las tribunas no le dejaron concluir esta apología de Hanriot y del comité revolucionario de la corporación municipal. Dantón, arrastrado mucho más allá de donde se había propuesto, conoció que le embriagaba el delirio del auditorio y que irritaba el furor que deseaba refrenar, y terminó diciendo:

—Si algunos hombres, de cualquier partido que sean, osaran prolongar un movimiento que sería inútil después de haber hecho justicia, París los aniquilaría.

Y concluyó pidiendo que se consultara a la Asamblea respecto a la supresión de la comisión de los Doce.

Rabaut pidió que al menos se oyera a la comisión, y denunció a Santerre que por la noche debía atacar a París con los voluntarios destinados a la Vendée, a cuyo efecto estaban acantonados a las puertas de la capital. Rabaut fué interrumpido, porque todos deseaban oír a la diputación del Ayuntamiento.

Vergniaud, apostrofado por las tribunas, pidió que fueran evacuadas.

—Nos acusáis — gritó Rabaut a Bourdón de l'Oise — porque sabéis que vamos a acusaros.

Admitida la diputación del Observatorio, que en nombre del consejo general deseaba dar cuenta de las medidas que había adoptado, manifestó que había puesto propiedades bajo la guardia de los descamisados, y como esta clase no podía pasar sin trabajo, le había señalado la suma de 40 sueldos diarios.

—El pueblo — siguió diciendo el orador — que se levantó el 10 de agosto para derribar al tirano del trono, se ha levantado ahora para frustrar los complots liberticidas de los contrarrevolucionarios.

—¡Denunciad esos complots! — gritaron los girondinos.

Guadet, irritado con tanta audacia, lanzóse a la tribuna.

—Los peticionarios — dice — hablan de un gran complot y no se equivocan más que en una palabra, y es que en lugar de decir que lo han descubierto, deberían decir que lo han fraguado.

Las tribunas, al oír esto, amenazaron desplomarse sobre la cabeza de Guadet.

—Dejad hablar a ese Dumouriez — dijo Bourdón de l'Oise.

—¿Creéis — prosiguió Guadet — que las leyes pertenecen a las secciones de París o a la República entera? Instituir una autoridad superior a las leyes es violar la República. ¿Y no se imponen a la ley los que hacen tocar a rebato, cerrar las puertas de la ciudad y disparar el cañonazo de alarma? ¡No son las secciones de París, son algunos forajidos!

—¡Queréis perder a París; lo estáis calumniando! — le gritó la Montaña.

—¡El amigo de París soy yo; los enemigos de París sois vosotros! — replicó el orador. Intentó continuar, pero los gritos le cortaron la palabra.

XVI

El presidente amenazó a las tribunas con hacerlas evacuar.

—Una autoridad rival se levanta junto a vosotros — prosiguió Guadet — si dejáis subsistir ese comité revolucionario...

La voz expiró otra vez entre el tumulto, oyéndose apenas las conclusiones que se reducían a anular todas las medidas tomadas por la corporación municipal y encargar a la comisión de los Doce que descubriera y castigara a los que habían hecho cerrar las tribunas, tocar a rebato y disparar los cañonazos.

Vergniaud, con el propósito de calmar la irritación producida por las palabras de Guadet, subió a la tribuna.

—¿Por ventura son los girondinos los que únicamente tienen el derecho de hablar? — le gritó Legendre.

Concédese la palabra a Couthón, quien, después de hablar en voz baja con Robespierre, dice:

—Es cierto que la ciudad de París está soliviantada. La corporación municipal ha hecho tocar a rebato; pero estamos en momentos de crisis, en los que puede tomar bajo su responsabilidad las medidas que reclaman las circunstancias. Guadet la acusa de haber preparado la insurrección. ¿Dónde está la insurrección? Decir al pueblo de París que está insurreccionado, es insultarlo. Si hay movimiento, vuestra comisión es quien lo ha producido. Esa facción criminal, para encubrir un gran complot, ha soliviantado los ánimos y preparado el movimiento. Esa facción quiere, propalando calumnias, encender la guerra civil, proporcionar a los enemigos el medio de entrar en Francia y proclamar un tirano. Recordad, ciudadanos, que la corte, buscando medios de perder la libertad, inventó el establecimiento de un comité central, y del mismo modo la facción de los hombres de Estado ha creado una comisión. La comisión de la corte hizo prender a Hebert, la de los Doce ha hecho lo mismo. La primera dictó mandamiento de prisión contra tres diputados, y, cuando advirtió que la opinión la abandonaba, recurrió a la fuerza armada. ¿No es esto precisamente lo que está haciendo la comisión de los Doce?

Este paralelo artificioso de Couthón, entre los actos de dos tiranías estremeció a las tribunas, porque semejante paralelo retraía al 10 de agosto. El orador, interrumpido por los aplausos, parecía gozar con el odio que había provocado; pero le faltaba voz para terminar el discurso.

Vergniaud conoció adónde iba asestado el golpe y, dirigiéndose al ujier que renovaba el vaso de agua de los oradores en la tribuna, le dijo:

—¡Dad a Couthón un vaso de sangre; desea beberla!

Recobrando en seguida la calma y comprendiendo que las circunstancias le exigían un sacrificio para desarmar al pueblo, subió a la tribuna.

—Y yo también — dijo — pido que decretéis que las secciones de París han merecido bien de la patria, manteniendo la tranquilidad en día tan crítico, y que las invitéis a continuar ejerciendo vigilancia hasta que todas las maquinaciones queden frustradas.

Esta proposición de doble sentido fué acordada por ambos partidos, que estaban ya cansados, y creyendo cada cual que votaba contra el otro.

Pero presentáronse otros peticionarios, solicitando imperiosamente que los diputados *traidores a la patria* fueran entregados a la espada de la justicia; que se organizara un ejército revolucionario en París, con el socorro individual de 40 sueldos diarios; que se encarcelara a los veintidós girondinos; que se limitara el precio del pan a 3 sueldos la libra, y que costeara la República el armamento general de los descamisados.

Después de estos peticionarios llegaron los miembros municipales de París, cuyo presidente dijo:

—Han intentado destruir a París; pero si París desaparece de la superficie del globo, será por defender la unidad de la República. ¡La posteridad nos vengará! ¡Ya es tiempo, legisladores, de poner término a esta lucha! ¡Al pueblo le irrita tanta lentitud! ¡Tiemblen los enemigos! ¡La cólera está a punto de estallar!

¡Tiemblen, sí! ¡El universo se estremecerá ante la venganza! ¡Isnard ha provocado la guerra civil y la destrucción de la capital! ¡Os pedimos que lo proceséis a él y a sus cómplices Brissot, Guadet, Vergniaud, Gensonné, Buzot, Barbaroux, Roland, Lebrún y Claviere! ¡Vengadnos de Isnard y de Roland, haciendo un escarmiento ejemplar!

XVII

Tan pronto como fué oída esta petición, la multitud que seguía a los peticionarios se esparció por los bancos de la Montaña. Vergniaud y Doulcet protestaron de aquella confusión que impedía discutir y anulaba la ley.

—¡Pues bien! — dijo Levasseur de la Sarthe — que pasen los diputados de la Montaña a aquel lado (señalando los bancos desocupados de la derecha). ¡Nuestros puestos estarán bien guardados por los peticionarios!

La Montaña se precipitó al lado de los girondinos a la derecha del salón, y Vergniaud rogó que se hiciera comparecer al comandante de la fuerza para recibir las órdenes del presidente; pero Valazé protestó, en nombre de las cuatrocientas mil almas que representaba, contra toda deliberación que se efectuara bajo el imperio de la insurrección.

Robespierre quiso hablar; pero adelantóse Vergniaud a decir:

—La Convención Nacional no puede deliberar en el estado en que se encuentra; vamos a unirnos a la fuerza armada y a ponernos bajo la protección del pueblo.

Y, dicho esto, Vergniaud abandonó el salón con algunos amigos suyos, pero volvió al momento, o rechazado por la multitud, o sintiendo abandonar la tribuna a los enemigos. Robespierre la ocupaba ya y reconvenía a la Asamblea por la actitud de vacilación que observaba y la ineficacia de sus resoluciones. Vergniaud, que oyó estas últimas frases del orador, pidió la palabra, y aquél, mirándole desdeñosamente desde la tribuna, agregó:

—No ocuparé a la Asamblea en la fuga y el regreso de los que han abandonado los bancos, porque no se salva la patria con medidas insignificantes. Vuestro comité de salvación pública os ha hecho por medio de Barrere varias proposiciones, una de las cuales adopto y es la supresión de la comisión de los Doce. ¿Pero creéis que sea suficiente para satisfacer a los amigos inquietos por la salvación de la patria? No. Esta comisión ha sido ya suprimida y el curso de las traiciones no se ha interrumpido. Adoptad contra ella las vigorosas medidas que los peticionarios acaban de indicaros. ¡Hay personas aquí que desean castigar esta insurrección como un crimen! ¿Volveréis a poner la fuerza armada a disposición de los que desean emplearla contra el pueblo?

Aquí Robespierre pareció querer debatir, sin explicarse claramente, las diferentes medidas propuestas por las circunstancias.

Vergniaud, cansado de esperar el golpe con que Robespierre le amenazaba, exclamó con impaciencia:

—¡Concluid!

Este grito provocó violentos murmullos contra Vergniaud, pero Robespierre, mirando con desdeñosa sonrisa al que le había interrumpido, siguió diciendo:

—¡Sí, voy a concluir y contra vosotros! ¡contra vosotros, que después de la revolución del 10 de agosto, pretendíais llevar al cadalso a los que la hicieron! ¡contra vosotros, que no habéis cesado de provocar la destrucción de París! ¡contra vosotros, que intentasteis salvar al tirano! ¡contra vosotros, que habéis conspirado con Dumouriez! ¡contra vosotros, que habéis perseguido con encarnizamiento a los patriotas, cuya cabeza pedía Dumouriez! ¡contra vosotros, cuyas criminales venganzas han provocado la insurrección con que pretendéis recriminar a vuestras víctimas! ¡Mi conclusión es el decreto de acusación contra los cómplices de Dumouriez y contra todos los que han designado los peticionarios!

Cada una de las conclusiones del orador, aplaudida por la Montaña, por los peticionarios y por la tribuna, quitó a Vergniaud las ganas de contestar. Todo el peso de la Convención y del pueblo pareció caer sobre los girondinos, que guardaron silencio. Se puso a votación el decreto propuesto por Barrere, que,

además de suprimir la comisión de los Doce, contenía algunas medidas de hipócrita independencia que, en apariencia, debían salvar a los departamentos, y fué aprobado, sin discusión por la Llanura y la Montaña. Las personas que ocupaban el recinto hicieron alarde de alborozo, en parte fingido, en parte cruel, que se comunicó a las tribunas, a los grupos que rodeaban el salón exteriormente. Bazire propuso a la Convención ir a fraternizar con el pueblo, y la proposición fué adoptada con entusiasmo. También el terror tiene sus ternuras.

La corporación municipal hizo inmediatamente iluminar París, y la Convención, precedida y rodeada por hombres que llevaban hachas encendidas, recorrió los principales barrios de la capital, seguida por los seccionarios, y contestando con sus gritos a los de ¡Viva la República! Los girondinos, temerosos de que su ausencia fuera comentada desfavorablemente, seguían a la comitiva y asistían con muestras de gozo forzado al triunfo conseguido contra ellos. Condorcet, Pethión, Gensonné, Vergniaud y Fonfrede no faltaron; Luis XVI estaba vengado; los conspiradores del 10 de agosto tenían también su 20 de junio. Aquel humillante triunfo a que el pueblo los arrastraba, era el presagio de su caída y el primer paso de su largo suplicio.

—¿Qué prefieres entre esta ovación y el patíbulo? — preguntó con voz bastante perceptible para ser oído, Fonfrede a Vergniaud, que iba a su lado con la frente inclinada.

—Es igual — respondió Vergniaud con estoica indiferencia—; no hay que escoger entre este paseo y el cadalso, porque el uno conduce al otro.

LIBRO XLII

Tentativa de arresto contra Roland.—La señora Roland en la Asamblea.—Prisión de la señora Roland.—Poder del comité de salvación pública.—La alarma.—El dos de junio.—Discurso.—La Asamblea.—Lanjuinais.—Tumulto.—La Convención ante el pueblo.—Juicio acerca de los girondinos.

I

Cuando los girondinos seguían del modo que acabamos de decir la comitiva de su derrota, el comité revolucionario de la corporación municipal envió gente armada a prender a Roland en su casa. El enojo del anciano, el genio y la belleza de su esposa, el rumor popular, que consideraba su casa como el foco de conspiraciones contra la Montaña, las declamaciones de Marat, las insinuaciones de Robespierre, las constantes alusiones de los periódicos jacobinos al poder oculto de esta familia; y, finalmente, la denominación de rolandistas dada a los girondinos, para confundir los pretendidos crímenes de Roland con los que se atribuían a sus amigos, no habían permitido al pueblo olvidar a este ministro en desgracia. Roland no había gozado del olvido, que es la ventaja de la caída; era muy temido para que se le perdonara, y, al prenderlo a él, creyeron prender una conspiración contra la República y encontrar en su poder los hilos y el alma del partido federalista.

A las seis de la tarde, mientras la multitud rodeaba la Convención y sus amigos luchaban en la tribuna, los seccionarios se presentaron en el domicilio de Roland, intimándole que les siguiera en nombre del comité revolucionario. Al mostrarle una orden escrita, el ex ministro respondió:

—No existe ese poder en la Constitución, y no obedeceré voluntariamente las órdenes que emanan de una autoridad ilegal. Si empleáis la violencia, sólo podré oponeros la resistencia de un anciano, pero protestaré hasta que exhale el último suspiro.

—No tengo orden de emplear la vio-

lencia — contestó el jefe de los seccionarios encargados de aprisionarlo — y voy a consultar con el consejo municipal, dejando aquí a mis colegas para que me respondan de vuestra persona.

II

La señora Roland, profundamente indignada por la violación de la ley ante los peligros que corría su esposo, redactó precipitadamente una carta dirigida a la Convención pidiendo venganza; y otra al presidente, rogándole que le permitiese a ella presentarse en la barra. Luego subió en un carruaje de alquiler, y se hizo conducir a las Tullerías.

Como la multitud y las tropas ocupaban los patios, cubrióse el rostro con el velo, temiendo ser conocida por sus enemigos. Rechazada al principio por los centinelas, consiguió a fuerza de astucia e insistencia penetrar en el salón de peticionarios, desde donde oyó durante algunas horas de angustia el sordo rumor del salón y los tumultos de las tribunas que ultrajaban a sus amigos o aplaudían a sus enemigos. Envió su carta al presidente por conducto de un diputado de la Llanura llamado Roze, que la reconoció y protegió, volviendo éste después de mucho tiempo a darle cuenta de las mociones homicidas que se presentaban contra los girondinos, la consternación del partido, el peligro que corrían veintidós de sus miembros, y la imposibilidad en que estaba la Convención de evitar este combate a muerte para oír y discutir la reclamación de una señora; pero, como ésta insistiera, Roze le llevó a Vergniaud.

La señora Roland y Vergniaud hablaron, mientras su partido se hundía.

—Hacedme entrar, conseguid que se me conceda la palabra — suplicó a Vergniaud la mujer valerosa — y expondré verdades que no serán inútiles a la República, y despertarán a la Convención del estupor en que se encuentra. Un ejemplo de valor puede avergonzar a una nación.

La inspiración que sentía, hacía que la señora Roland se forjara ilusiones acerca de la cobardía de las asambleas; pero Vergniaud la disuadió, le estrechó las manos y entró enternecido y fortificado en el salón para responder a Robespierre.

La señora Roland salió de las Tullerías, corrió a pie a casa de Louvet, cuyo valor apreciaba y quería invocar; pero éste estaba en la Convención. Al regresar a su domicilio, le notificó el portero que Roland, habiendo burlado a los seccionarios que lo vigilaban, se había refugiado en una casa inmediata. Corrió a verlo, pero el ex ministro habíase ya marchado de allí; síguelo de puerta en puerta y, al fin, lo encuentra; se precipita en sus brazos, le refiere sus tentativas, se alegra de que esté en libertad, y vuelve a salir encaminándose otra vez a la Convención.

III

Hacía ya dos horas que había anochecido. La señora Roland recorrió sola las calles iluminadas sin saber de qué partido era el triunfo que festejaban aquellas luces, pero, llegada al Carrousel, donde poco antes había cuarenta mil hombres y se agitaba una muchedumbre inmensa, encontró la plaza desierta y silenciosa; sólo vió a los centinelas que guardaban las puertas del Palacio Real. La sesión se había ya levantado. Interrogó a un grupo de descamisados que estaban junto a un cañón, y éstos le notificaron, con extraordinario regocijo, que la comisión de los Doce estaba abolida; que este sacrificio se debía a los patriotas; que París había salvado la República; que el reinado de los traidores había concluído, y que la corporación municipal, victoriosa, mandaría prender a los veintidós. Entonces volvióse consternada a casa, abrazó a su hija que estaba durmiendo y reflexionó si debería huir para evitar el arresto. El asilo en que estaba oculto el señor Roland no podía albergar a ambos, y el único a que podía recurrir hubiera suscitado calumnias a las que temía más que a la muerte. Decidióse a esperar y arrostrar el destino en medio de su vida de esposa y de madre, y, resuelta a esto, sentóse para notificar a su esposo el resultado de su jornada. Abrumada por el cansancio y las angustias en que había pasado el día, acababa de dor-

mirse, cuando presentáronse algunos miembros de la sección e hicieron que la doncella la despertase. Se levantó sobresaltada, y, comprendiendo su suerte, se vistió con decencia, e hizo un lío con las ropas más necesarias, como si se despidiera para siempre de su casa. Los seccionarios que la esperaban en la sala, le mostraron la orden de prisión dictada en su contra por la corporación municipal, y ella solicitó un minuto para informar, por medio de una carta, de lo que ocurría a un amigo y encomendarle su hija. Se lo concedieron, pero habiendo insistido el jefe de los seccionarios en enterarse de lo que escribía y de a quién se dirigía, rasgó indignada la carta, prefiriendo desaparecer sin despedirse, a exponer a ser perseguida a la persona a quien estimaba.

Al amanecer fué separada de su hija y de sus criados afligidos.

—¡Cuánto os quieren! — le dijo con asombro uno de los seccionarios que nunca había visto en aquella mujer bella más que el jefe de un partido odioso y calumniado.

—Porque yo también los quiero—respondió con altivez la señora Roland.

La introdujeron en un coche rodeado de gendarmes, y el pueblo y las mujeres de la calle la siguieron gritando: «¡A la guillotina!» Al vulgo le complacen todas las caídas.

Un comisionado de la corporación municipal preguntó a la señora Roland si deseaba que se bajaran los cristales para evitar las miradas y los gritos, y ella respondió:

—No; la inocencia no debe tomar la actitud del crimen y de la vergüenza; no temo las miradas de las personas honradas y arrostro las de mis enemigos.

—Tenéis más valor que muchos hombres — le dijo el comisario—. Sin duda confiáis en que se os haga justicia.

—¡Justicia! — respondió ella—. ¡Si la hubiera, no estaría yo aquí! Iré al cadalso del mismo modo que voy a la cárcel; desprecio la vida.

Las puertas de la cárcel se cerraron tras de aquella mujer con quien parecían entrar en el calabozo todas las faltas, todas las esperanzas, todos los arrepentimientos y todo el heroísmo de su partido. La historia la seguirá para admirarla.

IV

En la sesión del día siguiente, primero de junio, la Convención sólo se ocupó en leer la proclama dirigida por el comité de salvación pública al pueblo francés, leída y redactada por Barrere. Esta proclama, en la que se advierte el carácter de debilidad y ambigüedad de los sucesos y de los hombres, consideraba la insurrección como una feliz ilegalidad del pueblo de París, y presentaba a los girondinos como representantes de una virtud demasiado austera, cuyos errores había reparado la Convención, pero protegiéndolos sin embargo con la inviolabilidad. La corporación municipal, embriagada por la victoria, hablaba más imperiosamente y se reunía para exterminar a los enemigos. El alcalde Pache no fingía ya vituperar al comité insurreccional del Arzobispado.

—Vengo — decía — del comité de salvación pública, adonde he sido llamado, y lo he encontrado en las mejores disposiciones, como atestiguará Marat, que estaba allí. Marat desea que sigáis sus consejos en estas graves circunstancias.

Marat presentóse, efectivamente, en la tribuna, y exclamó:

—¡Levántate, pueblo soberano! Tus recursos son tu propia energía, porque tus mandatarios te venden. Preséntate a la Convención, lee tu petición y permanece en la barra hasta que se te conteste, después de lo cual obrarás conforme a nuestros derechos e intereses. Este es el consejo que tenía que darte.

A la voz de Marat, la corporación municipal, obediente, nombró doce comisionados, seis de su seno y otros seis del comité insurreccional para hacer la petición a la Convención. El presidente dió las gracias a Marat por haber ido a dar energía al ayuntamiento. Se acordó sublevar al pueblo de París, señalar sueldo a los descamisados, dar el toque de rebato, poner a las tropas sobre las armas y disparar el cañonazo de alarma.

V

También deliberaba el comité de salvación pública, al que había transmitido por decreto la Convención todos los poderes y toda la responsabilidad arrancados la víspera a la comisión de los Doce. Componíase entonces aquél de montañeses y de algunos diputados neutros de la Llanura. El comité de salvación pública deliberaba en secreto y no tenía más que nueve miembros: Barrere, Delmás, Breard, Cambón, Roberto Lindet, Guytón de Morveau, Treilhard, Lacroix de Eure-et-Loir y Dantón. En aquel comité, investido repentinamente de la dictadura, vacilaba Barrere como siempre, y Dantón dominaba como en todas partes. El comité, informado por sus agentes de las resoluciones de la corporación municipal y del proyecto de prender a los veintidós girondinos, pasó la noche y parte del día deliberando, y llamó a su seno a Pache, a Garat, ministro del Interior, y a Bouchotte, ministro de la Guerra y hechura de Pache. Las noticias eran temibles, los dictámenes vacilantes, los ánimos estaban indecisos entre el peligro de rehusar todo al ayuntamiento, y el de prestarle la mano de la Convención para que mutilara a ésta. Pache, Bouchotte y Garat no ocultaban ya al comité que la prisión de los veintidós girondinos era la única medida que podía calmar la agitación de París. Esta cruel necesidad de sacrificar a los colegas al ostracismo del vulgo, repugnaba hasta a Barrere, que decía a Pache:

—Veremos quién representa a la nación: si la Convención nacional o el ayuntamiento de París.

Treilhard, Delmás, Breard y Cambón, también se rebelaban contra la idea de atentar a la inviolabilidad del único poder soberano que existía, dando así aliento a las facciones, y concitando los departamentos. De todas las dictaduras de que tanto se hablaba iba a aceptarse la peor; la dictadura de las sediciones.

Lacroix, franciscano fanático, adicto a Dantón como al genio de la República, no se atrevía a emitir opinión antes que hubiera hablado su señor, temiendo equivocarse, y hasta Dantón parecía estar indeciso por vez primera. Escuchaba todo, encubriendo su pensamiento, de ordinario tan visible en su rostro, con la máscara de la impasibilidad; pero en su inmovilidad y silencio advertíase más aflicción que encono, como si su fisonomía se vistiera de antemano con el luto de la República.

Garat lamentábase junto a Dantón de la inminencia del peligro, de la gravedad del atentado, de las terribles consecuencias que podía acarrear semejante sacrificio hecho a la fuerza brutal de la chusma. Después, como iluminado de pronto por uno de los repentinos relámpagos que esparcen alguna luz en medio de la obscuridad, exclamó:

—Sólo concibo un medio de salvación; pero implica un heroísmo que no se puede exigir en estos tiempos corrompidos.

—Habla — dijo Dantón—; nuestras almas están a la altura de todos los tiempos; la Revolución no ha degradado a la naturaleza humana.

—¡Pues bien! — replicó Garat con timidez, como quien mide el abismo del corazón ajeno, ignorando saber si en el fondo va a encontrar el crimen o la virtud—; acuérdate de las disensiones de Temístocles y Arístides, que estuvieron a punto de aniquilar a su patria, desgarrándola entre dos facciones encarnizadas. Arístides vió la salvación del pueblo en la grandeza de su alma. «Atenienses, dijo al pueblo, que se dividía entre él y su rival, no disfrutaréis de sosiego ni de felicidad, mientras no precipitéis a la vez a Temístocles y a mí en el abismo adonde arrojáis a los criminales.»

—Tienes razón — exclamó Dantón, comprendiendo la alusión antes que Garat la aplicase a las circunstancias, y levantándose como quien encuentra la salvación y la abraza—: ¡tienes razón! Es preciso que la unidad de la República triunfe aunque sea sobre nuestros cadáveres; es preciso que nuestros enemigos y nosotros nos retiremos, en número igual, de la Convención para devolverle la fuerza y la paz. Corro a proponer esto a nuestros heroicos amigos de la Montaña, ofreciéndome el primero a presentarme en rehenes a Burdeos.

Todo el comité, arrastrado por el entu-

siasmo del acto y de las palabras de Dantón, adoptó este partido que, dejando el honor del sacrificio a los montañeses, salvaba las cabezas de los girondinos, no dando a la victoria más que al patriotismo. Garat veía en él la terminación de una lucha que le intimidaba; Barrere, la continuación del equilibrio entre las facciones; Pache, el camino para la suprema magistratura de la República, que se pensaba otorgarle bajo el título de *gran juez del pueblo;* y Dantón, un sacrificio personal que ampararía su nombre contra las acusaciones de septiembre, una prueba de desinterés patriótico que lo engrandecería todavía más ante el vulgo y le daría, a fuerza de aprecio, la dirección suprema de la Revolución que no había podido conquistar aún a pesar de su inmensa popularidad.

Pero el entusiasmo se apaga y las resoluciones adoptadas de improviso en un consejo son raras veces aprobadas en una gran asamblea. Dantón arrastró a algunos amigos, y los otros pidieron tiempo para reflexionar. Procuró explorar el ánimo de Robespierre; pero éste, más político y menos generoso, habló fríamente de las ilusiones de Dantón, diciendo:

—Mi lógica no me permite abdicar, no el poder, porque no lo tengo, sino el encargo del pueblo que me ha enviado al puesto en que deseo morir. No se trata de mí, sino de mis ideas que son las del pueblo y del tiempo, y no tengo derecho a abdicarlas. Que tomen mi cabeza, pero no la entregaré voluntariamente. Por otra parte — añadió—, el abismo de Arístides no es más que un sofisma. O Arístides cree que es perjudicial a la patria, y en ese caso debe precipitarse él, o cree que la salva, y entonces debe precipitar a los enemigos: ésa es la lógica. El heroísmo de Dantón no es más que la ternura de un corazón débil que cede ante el deber y entrega la Revolución a cambio de una lágrima.

VI

Dantón, Barrere, Lacroix y Garat, paralizados por la inflexibilidad de Robespierre, viéronse obligados a renunciar a este proyecto y no encontraron otra salvación para la Asamblea que la abdicación inmediata y espontánea de los veintidós. Se esforzaron en convencer a los diputados designados, de la necesidad de sacrificarse a la unidad de la República, ayudándoles el patriotismo y el miedo a convencer a algunos; pero la mayoría y los jefes prefirieron esperar que se consumara el crimen, y, como Robespierre, respondieron a los negociadores del comité de salud pública:

—Que tomen nuestras cabezas. Las ofrecemos a la República pero no a los asesinos.

VII

El comité de ejecución estaba en sesión permanente en la casa consistorial. Componíanlo Varlet, Dobsent, Dufourny, Hassenfratz y Guzmán, satélites todos de Marat, quien les sugirió la idea de hacer retroceder hacia París a los batallones de voluntarios que marchaban contra la Vendee, para cercar la Convención y bloquearla hasta que hubiera entregado los veintidós y la comisión de los Doce. Mientras los emisarios del comité insurreccional partían para hacer volver a los batallones, oyóse de nuevo el toque de rebato en los campanarios de París, y el tambor de las secciones tocó generala en todos los barrios.

Los girondinos, al toque de rebato y de generala, reuniéronse por última vez, no para deliberar, sino para estrecharse e inspirarse aliento contra la muerte. La inminencia del peligro, la imposibilidad de retardarlo, y el encono del pueblo, que ya no distinguía de matices, confundiéndolos a todos en las mismas imprecaciones, los envolvían en momento tan supremo en la misma suerte. Cenaron juntos en una casa de la calle de Clichy, entre el estruendo de las campanas, de los tambores, y del movimiento de los cañones y armones que Hanriot hacía conducir a la Convención. Aquellos ruidos siniestros no les quitaron la libertad de ánimo, ni la serenidad de corazón, ni la alegría que aquellas almas intrépidas se complacían en manifestar en las últimas entrevistas, como provocación a la fortuna o como retos a la muerte. Confor-

máronse con su suerte, limitándose a discutir al fin de la comida acerca de la actitud que les convendría adoptar, no para salvarse, sino para dar ejemplo a la República, pronunciándose palabras sublimes que quedaron sepultadas en el silencio de aquella noche. Todos podían huir, y casi ninguno lo quiso hacer. Pethión, tan débil contra la popularidad, fué valeroso contra la muerte. Gensonné, acostumbrado al espectáculo de los campamentos, y Buzot, cuyo corazón latía a consecuencia de las impresiones que le había producido la desgracia de la señora Roland, querían esperar la muerte en los bancos de la Convención, dejándose asesinar y dando el grito de venganza a los departamentos. Barbaroux, con el ardor propio de la juventud del Mediodía, mostraba las armas que llevaba ocultas entre la ropa, y conjuraba a sus colegas a que se armasen, con el propósito de sacrificar a los asesinos más peligrosos. Louvet, vituperando aquel heroísmo sin esperanza ni resultado, les suplicaba que huyesen durante aquella noche tumultuosa para ir a provocar la indignación y alzamiento de los departamentos. Vergniaud confiaba, como siempre, en la suerte y en su genio, y nada quería resolver antes del desenlace; el valor perjudicaba a la energía de sus resoluciones. Se conformaba demasiado con la muerte para tratar de evitarla. La muerte, en su opinión, estaba tan irrevocablemente colocada en todas las sendas de la revolución, que le era completamente indiferente la elección de la que debía emprender. La fuerza que nace de un estado desesperado induce a la resignación. Hay esperanza en el heroísmo. Vergniaud era el más elocuente de los ciudadanos, pero no era combatiente.

—Brindemos a la vida o a la muerte— dijo levantándose de la mesa a Pethión, que estaba frente a él—. Esta noche nos trae en su sombra una u otra de estas dos cosas. No nos ocupemos en nosotros sino en la patria. Aunque este vaso contuviera mi sangre en vez de vino, lo bebería a la salud de la República.

Las sublimes palabras de Vergniaud conmovieron a todos los oyentes, que prorrumpieron en vivas a la República; pero los desgraciados girondinos veíanse obligados a bajar la voz, para no ser oídos por el pueblo por quien iban a morir.

VIII

El rebato, la generala y los cañonazos de alarma que se sucedían unos a otros en el terraplén del Puente Nuevo, y los pasos de los seccionarios armados, que se encaminaban a sus puestos, les anunciaron que la hora no permitía ya las vacilaciones; pero se separaron sin haber acordado nada definitivo. Cada cual tomaba consejo de sus ilusiones o de su desesperación, de su valor o de su debilidad; los unos buscando la salvación en la fuga nocturna fuera de las barreras de París, yendo los otros a esperar el resultado de la sesión en casa de los amigos no sospechosos de federalismo, y presentándose los más generosos e imprudentes en la Convención para morir en su puesto. Sus bancos estuvieron desocupados durante largo tiempo en la sesión de la noche, que empezó a las diez, y ya corría en la Montaña el rumor de su fuga y de su traición, cuando la presencia de los más valientes de los veintidós impuso a los asesinos.

Habíase llevado a la práctica el proyecto de bloqueo de Marat. Toda la noche había estado Hanriot haciendo maniobrar, alrededor de la Convención, a los batallones de voluntarios parisienses que se habían traído de las afueras. Ciento sesenta bocas de fuego y los batallones de las secciones de París en quienes menos confiaba el ayuntamiento, formaban la segunda línea detrás del Carrousel. Reinaba profundo silencio en las filas de aquel ejército de ciudadanos, que revelaba la resolución de imponerse a la representación nacional, aunque fuera con las bayonetas. El crimen contra la Constitución estaba ya moralmente consumado.

Al amanecer abrióse la sesión, presidida por Mallarmé, como la víspera. Más moderado que Herault de Sechelles, sabía dar a la violencia aspecto de legalidad. La Montaña habíale confiado el cuidado de conservar a la proscripción toda la dignidad de la ley. Lanjuinais, miran-

do los bancos casi desiertos de los girondinos, y tanto más alentado en la defensa, cuanto más abandonados los veía, pidió la palabra.

—¡Abajo Lanjuinais! — gritaron las tribunas—. Quiere encender la guerra civil.

—Mientras sea permitido hacer oír aquí una voz libre — dijo Lanjuinais—, no dejaré envilecer en mi persona el carácter de representante del pueblo. Diré la verdad. Es evidente que estáis deliberando hace tres días bajo la ley de la cuchilla. Un poder rival os domina y os rodea. Dentro sólo hay hombres pagados; fuera, cañones; se han cometido crímenes que la ley castiga con la muerte. Una autoridad, usurpando atribuciones, ha hecho disparar los cañonazos de alarma.

Turreau, Drouet, Legendre y Robespierre el joven, se precipitan pistola en mano, hacia la tribuna para arrancar de ella a Lanjuinais; Legendre le aplicó la boca de la pistola a las sienes; y Biroteau, Defermón, Pilastre, Lidón y Penieres se lanzaron en defensa de Lanjuinais. El presidente se cubrió, diciendo entristecido y con solemnidad:

—Morirá la libertad, si continúan semejantes desórdenes.

—¿Qué habéis hecho, sin embargo?— prosiguió Lanjuinais con firmeza—. ¿Qué habéis hecho por la dignidad de la Convención, y por la inviolabilidad de sus miembros, cuya vida está amenazada? ¡Absolutamente nada!

—¡Malvado! — le gritó Thuriot—. Has jurado indudablemente perder a la República con tus eternas declamaciones y tus calumnias.

—Existe una asamblea usurpadora que conspira, delibera y obra — continuó diciendo el orador impasible—. Un comité directorial enciende la guerra civil, y aun existe esa corporación municipal rebelada. Anteayer, cuando esa autoridad rival y usurpadora os rodeaba de armas y cañones, os presentaron esa petición, esa lista de proscripción de vuestros colegas, encontrada en el fango de las calles de París.

Al oír esto, las tribunas y la Montaña enfurecióronse contra Lanjuinais. La multitud, que se apiñaba a las puertas y corredores, lanzó gritos de muerte y rechazó hasta las gradas de la tribuna a los ujieres y guardias de la Convención; pero los alaridos, los ademanes homicidas, las armas que se esgrimían a algunos pasos de él, no alteraron el acento de Lanjuinais, quien concluyó su discurso, pidiendo que se impusiera un correctivo a la corporación municipal, a pesar de encontrarse el orador bajo la amenaza de los puñales.

La diputación de las autoridades revolucionarias de París sucedió a Lanjuinais en el uso de la palabra.

—Delegados del pueblo — dijo—, hace cuatro días que París no ha depuesto las armas, y hace también cuatro días que sus reclamaciones son rechazadas. La antorcha de la libertad se ha obscurecido, las columnas de la igualdad se han conmovido, y los contrarrevolucionarios levantan las cabezas con insolencia. ¡Tiemblen por fin! El rayo que ha de pulverizarlos, ha sido ya lanzado. ¡Representantes, conocemos los crímenes de los facciosos de la Convención: salvadnos o nos salvaremos nosotros!

Billaud-Varennes propuso que esta petición fuera inmediatamente enviada al comité de salvación pública y se discutiera inmediatamente. La Llanura pidió la orden del día.

—La orden del día — exclamó el impaciente Legendre — es la de salvar a la patria.

Al ver la perplejidad de la Convención, al oír las palabras de Legendre, que parecían una señal convenida entre la Montaña y el pueblo, salieron tumultuosamente de las tribunas algunas mujeres gritando: ¡a las armas! Las puertas cedieron estrepitosamente al empuje de la multitud, y la Convención pudo creerse forzada en su recinto.

—Salvad al pueblo de la furia del pueblo — exclamó un diputado de la derecha llamado Richón—. Salvad la cabeza de vuestros colegas decretando su arresto provisional.

—No, no — respondió con majestuosa intrepidez el generoso Lareveillere-Lepeaux, cuyo sentimiento religioso le hacía firme en el cumplimiento del deber—, no; nada de debilidad. ¡Todos protegeremos a nuestros colegas!

Pero los que propagaban el terror y

confundían la cobardía con la prudencia, continuaron pidiendo a voces el decreto de arresto. Levasseur, amigo de Dantón, se lanzó a la tribuna; como enemigo de la Gironda, pero como enemigo leal, quería purificar la Convención sin derramamiento de sangre.

—Nos piden — dijo — el arresto provisional de los veintidós para protegerlos contra el furor del pueblo; pero la prisión debe ser definitiva si la han merecido, y la merecen como lo voy a demostrar.

Al oír esto, la proposición de Levasseur fué aprobada con prolongados aplausos, que revelaron a los girondinos que estaban ya entregados.

Levasseur prosiguió enumerando en un extenso discurso los crímenes atribuídos a los girondinos, sosteniendo que, aunque fueran inocentes, recaían por lo menos sospechas sobre ellos, y que, como sospechosos, debían ser detenidos y juzgados legalmente por la Convención.

El silencio con que fué escuchado Levasseur revelaba el combate interior que sostenía la Asamblea. Barrere, esperado con impaciencia, llegó, por fin, del comité de salvación pública y subió a la tribuna para leer el dictamen de dicho comité. Su fisonomía, violenta cuando miraba a la derecha, risueña cuando se dirigía a la Montaña, hacía sospechar las resoluciones de que era órgano e inspirador.

—El comité — dijo lacónicamente—, por respeto a la situación moral y política de la Convención, no ha creído deber decretar el arresto, pero ha resuelto dirigirse al patriotismo y generosidad, pidiendo la suspensión voluntaria de su poder, única medida que pondrá término a las disensiones que perturban la República, restituyéndole la paz. El comité, por lo demás, ha adoptado las medidas necesarias para poner a los miembros de que se trata bajo la salvaguardia y la fuerza armada de París.

IX

El silencio glacial de la Montaña y los murmullos de desaprobación de las tribunas dieron claramente a conocer a los girondinos que esta medida no satisfacía más que a medias la impaciencia de sus enemigos. Algunos se apresuraban a aprobarla, temiendo que no prosperase si se ponía a discusión. Isnard, el más famoso de ellos en otras ocasiones y ahora el más desalentado y humilde, subió las gradas de la tribuna y dijo:

—¡Cuando se pone en la misma balanza a un hombre y la patria, me inclino siempre al lado de la patria! Si mi sangre fuera necesaria para salvar a la patria y no hubiese más verdugo que yo, llevaría mi cabeza al cadalso y pondría en movimiento la cuchilla que me diera muerte. Se pide nuestra suspensión como única medida capaz de evitar los grandes males que nos amenazan, ¡pues bien! ¡me suspendo a mí mismo y no quiero otra salvaguardia que la del pueblo!

Isnard bajó de la tribuna entre las aclamaciones de unos y el desprecio de los otros. Lanthenás, amigo de Roland, imitó a Isnard, diciendo:

—¡Nuestras pasiones y nuestras divisiones han abierto un abismo bajo nuestros pies, en el que deben precipitarse los veintidós miembros denunciados!

Fauchet, ansioso de encontrar asilo en la indulgencia del pueblo, se apresuró a hacer un sacrificio a la patria o al miedo. También cedió el anciano Dusaulx, abatido por la edad y el estudio, siendo cada una de estas abdicaciones acogida con aplausos. La Convención, satisfecha, creyó evitar el derramamiento de sangre con aquellas abdicaciones voluntarias.

X

Pero levantóse Lanjuinais y subió por última vez a la tribuna.

—Creo — dijo con voz tan firme como su conciencia—, creo haber demostrado tener hasta ahora bastante energía para que no esperéis de mí suspensión ni dimisión.

Al oír esta altiva declaración, la Montaña, las tribunas y el pueblo que inundaba el salón respondieron con imprecaciones y amenazas de muerte. Lanjuinais contempló desdeñosamente a la multitud, cuyos ademanes le amenazaban de lejos y cuyos improperios ahogaban su

voz, y aprovechando un momento de silencio, lanzó esta reconvención inmortal a la villanía de sus enemigos:

—¡Cuando los antiguos sacrificadores arrastraban las víctimas al altar para sacrificarlas, las coronaban de flores y cintas!... ¡villanos! ¡no las insultaban!...

Al oír tan majestuosa imagen, realzada por la siniestra analogía del orador con la víctima, del sacrificador con el pueblo, el tumulto, avergonzado, cesó, y el pueblo inclinó la frente. Cuando la sublimidad del lenguaje va unida a la de la acción, el hombre se subyuga a pesar suyo, la elocuencia se convierte en heroísmo y el genio se confunde con la virtud.

—Está visto — prosiguió Lanjuinais—; no se puede salir de aquí ni asomarse a la ventana para pedir justicia a la nación; los cañones están apuntándonos. En tales circunstancias, no puede salir de aquí ningún decreto legal. Callo...

Barbaroux, menos elocuente, pero tan inflexible como Lanjuinais, ocupa su lugar, diciendo:

—Si mi sangre fuera necesaria para el afianzamiento de la libertad, la derramaría. Si el sacrificio de mi honor fuera preciso para la misma causa, os diría: arrebatádmelo; la posteridad habrá de juzgarme. Si la Convención, en fin, considerara necesaria la suspensión de mis poderes, acataría su decisión; pero nunca abdicaré la autoridad con que me ha investido el pueblo... No, no esperéis que haga dimisión. ¡He jurado morir en mi puesto y cumpliré mi juramento!

Los oyentes, admirados, guardaron silencio.

—¡Sacrificios a la patria! — exclamó Marat—. ¡Olvidan que es preciso ser honrados para ofrecer tales sacrificios! Yo soy quien, como verdadero mártir de la libertad, debo sacrificarme por todo. ¡Ofrezco mi suspensión inmediatamente después que hayáis decretado el arresto de los veintidós, y pido que, borrando de la lista a Ducos, Lanthenás y Dusaulx, que no merecen los honores de la proscripción, pongáis en su lugar a Fermont y de Valazé, que no figuran en ella!

XI

Billaud-Varennes estaba rebatiendo, como Marat, la blandura de las proposiciones de Barrere, cuando estalló un nuevo tumulto a las puertas de la Asamblea interrumpiendo la deliberación. Lacroix, amigo y confidente de Dantón, impulsado en secreto por éste, se precipitó en el salón con los brazos extendidos como quien pide asilo y venganza contra algunos asesinos. En su actitud, en su voz, y en sus gestos, se reflejaba el terror.

—Me han amenazado de muerte—exclamó—. La Convención está bajo la acción de la metralla. Hemos jurado vivir libres o morir; y, como es preciso saber morir, ¡moriremos libres!

La Gironda y la Llanura confirmaron las palabras de Lacroix y declararon que algunos diputados habían sido rechazados al salón y ultrajados. Dantón se mostró igualmente indignado. Barrere dijo que la Convención avasallada no podía hacer leyes, que la estaban acechando nuevos tiranos, y que ejercía esta tiranía el comité revolucionario de la corporación municipal, de la que formaban parte algunos malvados. Designó al español Guzmán, amigo y agente de Marat, y añadió que en aquel momento y en presencia de la Convención, se estaba distribuyendo a las tropas que la rodeaban el salario de la insurrección. Dantón apoyó a Barrere y pidió que el comité de salvación pública se encargara de castigar a los culpables. Por decreto ordenóse a la fuerza armada que se retirara del recinto, y Mallarmé, afónico ya, cedió la presidencia a Herault de Sechelles, presidente de prevención para los días de conflicto.

Si todos los girondinos hubieran estado presentes, si Vergniaud, cuya moderación cautivaba a la Llanura y apaciguaba a la Montaña, hubiera pronunciado entonces uno de sus magníficos discursos, calmando el furor público con promesas y avergonzando a la Convención, quizá la tentativa de Lacroix y de Dantón para salvar las veintidós cabezas no habría sido infructuosa; pero los oradores de la

Gironda o estaban ausentes o mudos. Barrere provocó por segunda vez a la Asamblea, diciendo:

—¡Ciudadanos, lo repito, sepamos si somos libres! Propongo que la Convención vaya a deliberar en medio de la fuerza armada, que sin duda la protegerá.

Dicho esto, Herault de Sechelles bajó del sillón presidencial y se puso a la cabeza de un grupo de diputados dispuestos a seguirle. Los girondinos y la Llanura se unieron a él. La Montaña, indecisa, quedóse inmóvil.

—No salgáis — le gritaron los jacobinos de las tribunas—. Es un lazo en que los traidores desean envolver a los patriotas. ¡Seréis degollados! ¡Cómo! ¿abandonaréis a vuestros colegas que van a una muerte segura haciendo creer al pueblo que hay dos Convenciones?

Los diputados de la Llanura respondieron con ademanes de súplica, y Dantón se arrojó generosamente en medio de ellos. Robespierre conferenció un momento con Couthón, Saint-Just y un grupo de jacobinos, y, por fin, se unieron a la comitiva.

Las puertas abriéronse ante el presidente, ceñido con la faja tricolor; los centinelas presentaron las armas y la multitud dejó pasar a los representantes, que avanzaron hacia el Carrousel. Las turbas que ocupaban la plaza saludaron a los diputados, algunos gritos de ¡viva la Convención! ¡abajo los girondinos! ¡entregad los veintidós!, confundieron la sedición con el respeto. La Convención, impasible, marchó ordenadamente hasta las piezas de artillería, junto a las cuales pareció que el comandante general Hanriot esperaba con su estado mayor. Herault de Sechelles mandó a Hanriot que hiciera retirar aquel aparato de fuerza y abriera paso a la representación nacional. Hanriot, que se consideraba fuerte con la omnipotencia de la insurrección, encabritó el caballo, retrocedió algunos pasos, y con gesto imperativo dijo a la Convención:

—No saldréis sin haber entregado a los veintidós.

—¡Prended a ese rebelde! — ordenó Herault de Sechelles a los soldados, indicándoles a Hanriot; pero los soldados permanecieron quietos.

—¡Artilleros, a vuestras piezas! ¡soldados, a las armas! — gritó Hanriot a los batallones.

Estas palabras, repetidas en toda la línea por los oficiales, determinaron un movimiento de concentración alrededor de las piezas de artillería. La Convención retrocedió; y Herault de Sechelles pasó con los diputados por la bóveda del palacio al Jardín, donde los batallones fieles acantonados en el extremo de la gran alameda que conducía a la plaza de la Revolución, llamaban a los miembros de la Asamblea, jurando defenderlos. Herault de Sechelles se encaminó hacia ellos, pero, antes de llegar al puente Giratorio, salióle al encuentro un batallón de las secciones insurreccionadas. La Convención, agrupada alrededor del presidente, vaciló y se detuvo.

Marat, saliendo entonces de una alameda inmediata, acompañado por un grupo de jóvenes franciscanos que gritaban ¡viva el amigo del pueblo!, intimó a los diputados a volver a sus puestos. La Convención, prisionera, pero fingiendo haber quedado satisfecha de los pocos pasos que le permitieron dar, entró nuevamente en el salón. Couthón añadió dentro la decisión a la violencia que fuera se había ejercido contra ellos.

—Ciudadanos—dijo—, todos los miembros de la Convención deben ahora confiar en la libertad. Habéis ido hacia el pueblo y en todas partes lo habéis visto respetuoso ante los representantes e implacable contra los conspiradores. Por consiguiente, ahora que estáis convencidos de que podéis deliberar libremente, propongo que decretéis que sean detenidos en sus propios domicilios no sólo los veintidós diputados cuya prisión os pide el pueblo, sino también los miembros de la comisión de los Doce y los ministros Claviere y Lebrún.

XII

Un aplauso aparente, pero unánime, demostró que ni siquiera quedaba ya a la Convención la vergüenza de la situación. Legendre, Couthón y Marat dedicaron, sin embargo, algunas palabras de compasión a los miembros de la comisión

de los Doce, que protestaron contra la prisión de Hebert y Varlet. Se borró de la lista de los proscriptos a Fonfrede, Saint-Martin y algunos otros.

Algunos peticionarios ofreciéronse como rehenes a los departamentos cuyos diputados iban a ser detenidos.

—No he necesitado bayonetas para defender la libertad de mis opiniones — dijo Barbaroux — y tampoco las necesito para proteger mi vida. Mis rehenes son la pureza de mi conciencia y la lealtad del pueblo de París, a cuyas manos me entrego.

—Y yo — agregó Lanjuinais — pido rehenes, no por mí, pues hace tiempo que he hecho el sacrificio de mi vida, sino para impedir que estalle la guerra civil y para mantener la unidad de la República.

Estas últimas palabras de los veintidós no provocaron ultrajes ni murmullos. La Convención conocía que, al herirlos, habíase herido a sí misma y, compadeciéndolos, se compadecía de sí. La Montaña abandonó en silencio sus bancos, evitando mirar a los que acababa de proscribir, varios de los cuales habíanse escapado, y otros se habían ocultado en casa de Meilhán, su correligionario, y, al conocer el resultado de la sesión, se dispersaron.

Barbaroux, Lanjuinais, Vergniaud, Mollevault y Gardién, permanecieron en sus sitios esperando que fueran a apoderarse de ellos, pero, al ver que no se les prendía, se retiraron a sus casas, donde no tardaron en presentarse los gendarmes enviados por el comité revolucionario para vigilarlos.

XIII

Tal fué la catástrofe política de la Gironda, que murió, como había nacido, a consecuencia de una sedición legalizada por la victoria. La jornada del 2 de junio, llamada también del 31 de mayo, porque la lucha duró tres días, fué el 10 de agosto de los girondinos, cuyo partido cayó por debilidad e indecisión como el rey a quien había derribado. La República, que había levantado, se desplomó sobre él, a los ocho meses de existencia. Se honró a aquel grupo de republicanos por sus intenciones; se le admiró por sus talentos, y se le compadeció por sus desgracias, haciéndose sensible su pérdida a causa de las personas que le sucedieron y porque los jefes, al caer, abrieron ancha senda al cadalso. Después de la desaparición de este partido, naturalmente, se desea saber cuál fué su idea y si tuvo alguna. La historia también pregunta si el triunfo de la Gironda en el 31 de mayo pudo haber salvado la República; si las palabras, las concepciones, la unión, los caracteres y el genio político de los girondinos fueron elementos suficientes para un gobierno a la vez dictatorial y popular, capaz de reprimir las convulsiones interiores de Francia, hacerle triunfar en el exterior y procurar el establecimiento de la república preservándola de los reyes y de los demagogos. La historia responde negativamente: los girondinos no poseían ninguna de estas condiciones. En la Asamblea legislativa habían contemporizado durante mucho tiempo con la monarquía, sin comprender que el pueblo no se transforma ni regenera casi nunca bajo la mano y el nombre del poder de que se emancipa. La República, tímidamente concebida por algunos, había sido acogida como necesidad más que abrazada como sistema por los otros. Ya desde el siguiente día de la proclamación, habían temido el fruto de la obra, como la madre que hubiese dado a luz un monstruo. En vez de trabajar por la consolidación de la naciente República, no habían mostrado otro afán que el de libertarla. La Constitución propuesta por ellos más parecía arrepentimiento que esperanza, pues combatía uno por uno todos los órganos de vida y de fuerza de la República. La aristocracia revelábase bajo otra forma en todas sus instituciones civiles, en las que se reconocía ahogado de antemano el principio popular. Desconfiaban del pueblo como éste desconfiaba de ellos. La cabeza temía al brazo y el brazo temía a la cabeza. El cuerpo social no podía hacer otra cosa que agitarse o languidecer.

Por esta razón, los girondinos habían caminado desde su advenimiento, de provocaciones en concesiones y de resistencias en derrotas. El 10 de agosto les ha-

bía arrancado el trono, en cuya conservación pensaban todavía al promulgar el decreto en que Vergniaud proclamaba la destitución del rey. Dantón había obtenido de la Gironda las proscripciones de septiembre, que no habían sabido evitar con la fuerza ni castigar amparando a las víctimas. Robespierre les había arrebatado la cabeza de Luis XVI, cobardemente cedida a cambio de las suyas. Marat les había arrancado la impunidad y el triunfo después de la acusación del 10 de marzo. Los jacobinos los habían expulsado del ministerio destituyendo a Roland. Y, por último, Pache, Hebert, Chaumette y la corporación municipal les obligaron a abdicar no dejándoles más que la vida. A esta debilidad de su administración en el interior, había que sumar su desgracia en el exterior: Dumouriez había vendido la República, haciendo recaer sobre ellos la sospecha de complicidad. El ejército sin jefes, sin disciplina y sin reemplazo, retrocedía de derrota en derrota. Las plazas fuertes del Norte caían o se defendían sólo con las murallas. El realismo conquistaba el Oeste; la federación trastornaba el Mediodía; la anarquía paralizaba el centro; las facciones tiranizaban la capital. La Convención, rica en oraciones, pero sin caudillos políticos, vacilaba en sus manos admirando los discursos, pero burlándose de los actos. Odiaban a los jacobinos y les dejaban reinar. Aborrecían el tribunal revolucionario y permitían herir caprichosamente esperando que los hiriese a ellos mismos. Temían el desgarramiento de la República y no cesaban de inducir a los departamentos al suicidio aconsejando el federalismo.

XIV

Si hubiera durado algunos meses más semejante gobierno, Francia, casi conquistada por el extranjero, devorada por la anarquía, desgarrada por sí misma, habría dejado de existir como república y como nación. Todo perecía en las manos de aquellos hombres, y era preciso resignarse a morir con ellos o fortificar el gobierno. La violencia los tomó por su cuenta arrogándose, como en el 10 de agosto, la dictadura que nadie se atrevía a proclamar en la Convención. La insurrección de la corporación municipal, aunque fomentada y dirigida por pasiones perversas, ofrecióse a los ojos de los patriotas como la insurrección de la salvación pública. Viendo el pueblo claramente que iba a perecer, puso ilegalmente la mano en el timón y lo arrebató a los que lo dejaban abandonado. El pueblo creyó usar en esto de un derecho supremo, el de existir. Se le acusó de haberse arrogado la iniciativa sobre los departamentos habiendo substituído la voluntad de París a la de Francia. ¿Qué podían hacer, decían los patriotas del 31 de mayo, los departamentos a la distancia en que se encontraban de los sucesos? Antes que los hubiesen consultado y hubieran respondido; antes que la fuerza de la opinión y de las armas hubieran llegado a París, podían los coligados estar a sus puertas, los vendeanos a las de Orleáns, y ser la República ahogada en la cuna. En los grandes peligros la proximidad otorga un derecho, y la parte del pueblo más inmediata al riesgo, es la que debe acudir primero a remediarlo, pues en tales casos la medida del poder es el alcance del brazo. Cualquiera ciudad ejerce entonces la dictadura de la situación, para ratificarla después, y París la había ejercido muchas veces antes y después de 1789. No le recriminaba Francia el 14 de julio, ni el Juego de Pelota, ni el 10 de agosto, en que París había conquistado, sin consultarla ni esperarla, la Revolución y la República.

Además, sean cuales fueren las teorías de igualdad abstracta entre las ciudades de un Estado, ceden desgraciadamente la supremacía a los hechos en circunstancias excepcionales; y estos actos no carecen de derecho, porque la necesidad los hace justos. Es indudable que las ciudades en que residen los gobiernos no son más que miembros del cuerpo nacional; pero ese miembro es la cabeza. La capital de la nación ejerce sobre los miembros el poder de la iniciativa, del movimiento y de la resolución relacionado con los sentidos más enérgicos, cuyo asiento, así como en la organización individual, está en la cabeza. La polémica

rigurosa puede combatir fundadamente este derecho, pero la historia no puede negarlo. En la paz, el gobierno se encuentra repartido por todas partes en proporción igual; pero, en circunstancias extraordinarias, el gobierno está, de hecho, aunque no de derecho, en el punto en que se apoderan de él. La iniciativa es la señora de las cosas cuando está en armonía con el sentido mismo de las cosas. El 31 de mayo era ilegal, ¿quién lo justifica? ¿Pero el 10 de agosto dejaba acaso de serlo? Este era, sin embargo, el título de los girondinos. ¿Cuál era el partido que podía entonces invocar legítimamente la ley? Ninguno. Todos la habían violado. No existía la ley en aquella usurpación recíproca y constante, ni en la Montaña, ni en la Gironda, ni en la corporación municipal, ni en París, ni en Burdeos.

La ley no existía ya, o, por mejor decir, la ley era el instinto de conservación de un gran pueblo. ¡La ley era la misma revolución! El pueblo extraviado por el patriotismo creyó promulgarla en medio del tumulto y de la sedición de aquellos tres días. Era el desorden, pero el desorden para ellos era entonces la ley, porque la violencia parecíales la única medida que podía salvar la patria y la revolución. El 10 de agosto, decían al pueblo, sólo podía salvar la libertad, el 31 de mayo salvaba la nación.

FIN DEL TOMO II

ÍNDICE

LIBRO XXIII

La Asamblea y el pueblo.—El poder en la casa consistorial.—Los jefes salen de sus escondites.—El ayuntamiento, germen de la Convención.—Aspect de la Asamblea.—Los peticionarios en la barra.—Despojos del palacio llevados por los combatientes.—Suspensión de la monarquía.—Se decreta la Convención.—Campamento junto a París. — Roland, Claviere y Serván son reintegrados.—Dantón, ministro de Justicia.—Sus palabras en el palacio municipal.—París al anochecer del 10 de agosto.—El pueblo y la burguesía. — Santerre y Lafayette.—El rey y la familia real pernoctan en los Fuldenses. — El pueblo sigue pidiendo asesinatos.—Dantón aplaza las venganzas populares.—La familia real es conducida al Temple.

Pág. 5

LIBRO XXIV

Los girondinos se ven obligados a abdicar.— Disposiciones del ejército.—Lafayette se expatria.—Dumouriez presta juramento a la nación.—Couthón.—Westermann, emisario de Dantón en el ejército.—Dumouriez reemplaza a Lafayette en el ejército.—Se capta la confianza de las tropas.—El ayuntamiento de París se arroga el poder ejecutivo.—Creación de un tribunal del crimen.—Marat prosigue sus planes de exterminio.—Dantón los ejecuta.

Pág. 17

LIBRO XXV

París sin comunicación con el exterior.—Visitas domiciliarias.—Los sospechosos en las cárceles.—Dantón se prepara para el acontecimiento.—Robespierre deja marchar la revolución.—Saint-Just y Robespierre.—El 2 de septiembre.—Asesinatos en las prisiones.—Los suizos.—El barón de Reding.—Los guardias del rey.—El señor de Montmorín.—El señor de Sombreuil y su hija.—Cazotte y su hija.—Thierry.—Los señores de Maillé y de Rohán-Chabot.—El joven Montsabray.—El abate Sicard.—El arzobispo de Arlés.—La princesa de Lamballe.—El negro Delorme.

Pág. 36

LIBRO XXVI

Proscripciones.—Muerte del duque de La Rochefoucauld en Gisors.—Asesinatos en Orleáns, Lyón, Meaux, Reims y Versalles.—El alcalde Richaud.—Dantón acepta la responsabilidad de las jornadas de septiembre.

Pág. 57

LIBRO XXVII

El ejército.—Dumouriez permanece en Argonne.—Kellermann.—Miranda.—Campamento de Sainte-Menehould.—Posición de Kellermann.—El duque de Chartres.—Su retrato.—Valmy.—Victoria.—Retirada del ejército prusiano.—Inacción.—Perseverancia de Dumouriez.—Apacigua las murmuraciones de las tropas.—La República es reconocida en los campamentos.

Pág. 61

LIBRO XXVIII

Negociaciones secretas de los ejércitos.—Dantón trata de dominar la revolución.—Dumouriez en París.—Dumouriez se entiende con Dantón.

Pág. 77

LIBRO XXIX

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convención.—Disidencias.—La monarquía.—La república.—Los girondinos.—Collot-d'Herbois propone la abolición de la monarquía.—Los girondinos adoptan la proposición.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de destronamiento.

Pág. 85

LIBRO XXX

La república proclamada por unanimidad.—Los girondinos en casa de la señora Roland.—Acusación contra Marat.—Apóstrofe de Vergniaud.—Dantón.—Robespierre.—Detalles íntimos.—Escenas tumultuosas.—Marat.—Su retrato.—Ruptura de la señora Dantón con los girondinos.

Pág. 92

LIBRO XXXI

Diplomacia de Dumouriez.—Westermann.—El *Amigo del Pueblo*.—Brissot intenta oponerse a las facciones.—Louvet.—Su retrato.—Acusa a Robespierre.—Infama a Marat.—Respuesta de Robespierre.—Barrère.—Fabre d'Eglantine.—Carta confidencial de Vergniaud.—Fonfrede.—Los partidos se disputan la popularidad.

Pág. 119

LIBRO XXXII

Luis XVI y la familia real en el Temple.—Descripción del Temple.—Manuel.—Tisón y su esposa.—El zapatero Simón y su ayudante Rocher.—El rey es separado de su familia.—Clery.—Toulán.

Pág. 144

LIBRO XXXIII

Los jacobinos obligan a los girondinos a pronunciarse en el proceso del rey.—Saint-Just.—Su retrato.—Pide la muerte del rey.—La Montaña.—Su pensamiento.—Tomás Payne.—Carestía en París.—El clero asalariado.—El armario de hierro.—Denuncias.—El populacho alrededor del Temple.—La señora Roland en la barra.—Robespierre pide que el rey sea juzgado sin apelación.—Vergniaud lucha por la vida del rey.

Pág. 167

LIBRO XXXIV

El Temple.—Luis XVI en la barra de la Convención.—Su regreso al Temple.—El señor de Malesherbes.—Su retrato.—De Seze.—Tronchet.—Testamento de Luis XVI.—Discusiones que origina el proceso del rey.—Lanjuinais.

Pág. 185

LIBRO XXXV

Aspecto de la ciudad y la Asamblea.—Condena del rey.—Vergniaud.—Luis XVI — El abate Firmont.—Última entrevista del rey con su familia.—Cortejo.—Ejecución.—Consideraciones acerca del proceso de Luis XVI.

Pág. 203

LIBRO XXXVI

Impresión producida por la muerte de Luis XVI.—Lepelletier de Saint-Fargeau.—Gabinetes de Europa.—Custine.—Inglaterra.—Pitt.—Fox.—El señor de Talleyrand.—Coalición en el extranjero.—Reclutamientos.—El ejército.—Pache, ministro de la guerra.—Dumouriez en Bélgica.—Las señoritas Fernig.—Jemmapes.—El duque de Chartres.—Dumouriez vencedor.

Pág. 225

LIBRO XXXVII

Dumouriez contemporiza.—Bélgica.—Dantón.—Sus planes.—Dumouriez descontento.—Sale de Bruselas.—Vuelve a París.—Proyecta la conquista de Holanda.—Regresa a Bruselas.—Orden de la Convención.—Beurnonville.—Derrota.—Dumouriez trata con los enemigos.—Rumores de su traición.—La familia de Orleáns.—Comisarios en el campamento de Dumouriez.—Retírasele el mando a Dumouriez.—Se niega a obedecer.—Entrega los comisarios a los austriacos.—Traición.—Dumouriez se libra de la muerte huyendo.

Pág. 264

LIBRO XXXVIII

Acontecimientos en el interior.—Marat.—Organización de los comités.—Instituciones populares.—Sediciones.—Los asignados.—Consideraciones.—La tasa.—Decreto de acusación contra Marat.—Lyón.—La Vendée.—El ejército.—Dantón en la frontera.—Robespierre.—Los girondinos.—Comité insurreccional.—Muerte de la esposa de Dantón.—Los veintidós diputados girondinos.—Complot contra ellos.—Dantón.—Discurso.—El tribunal revolucionario.—Vergniaud.—Discurso.—Los girondinos rechazan los ofrecimientos de Dantón.—El comité de salvación pública.—La señora Roland.

Pág. 281

LIBRO XXXIX

Dantón y Robespierre.—Segundo casamiento de Dantón.—Dantón acusa a los girondinos.—Robespierre pide que se les procese.—Vergniaud se defiende.—Dantón replica.—Marat.—Teorías de Robespierre.—Apreciaciones.

Pág. 298

LIBRO XL

Robespierre y Dantón se unen contra los girondinos.—Triunfo de Marat.—Los girondinos apostrofan a los jacobinos.—Folleto de Camilo Desmoulins.—El duque de Orleáns es reducido a prisión.—Ensayos de constitución.—Peligros de la República.—Isnard.—La comisión de los Doce.—Prisión de Hebert.—Divisiones.—Hanriot.—Garat.—Acusaciones.—Los veintidós girondinos.

Pág. 315

LIBRO XLI

Complots.—Lanjuinais.—Dantón.—Hebert es llevado en triunfo.—Calamidades públicas.—Política de Vergniaud.—Divisiones.—El 31 de mayo.—Robespierre pronuncia el acta de acusación contra los girondinos.—Votos concedidos a los peticionarios.—La Convención.—El pueblo.—Los girondinos.

Pág. 339

LIBRO XLII

Tentativa de arresto contra Roland.—La señora Roland en la Asamblea.—Prisión de la señora Roland.—Poder del comité de salvación pública.—La alarma.—El dos de junio.—Discurso.—La Asamblea.—Lanjuinais.—Tumulto.—La Convención ante el pueblo.—Juicio acerca de los girondinos.

Pág. 353

A. DE LAMARTINE

LA REVOLUCIÓN FRANCESA (HISTORIA DE LOS GIRONDINOS)

D-2
12625